

Amor y capitalismo.

Crisis de conciencia, revolución y literatura popular en la Argentina de Yrigoyen.

Autor:

López Rodríguez, Rosana

Tutor:

Croce, Marcela

2022

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Literatura.

Posgrado

Amor y Capitalismo

Crisis de conciencia, revolución y literatura popular en la Argentina de Yrigoyen

Rosana López Rodríguez

“El amor es la fuerza motriz del mundo.”
Christopher Caudwell

Índice

Introducción

Capítulo 1: Las bases de la investigación

- 1. El problema**
- 2. Literatura y sociedad**
- 3. La literatura de circulación periódica, 1917-1922**
- 4. El método de esta tesis**
- 5. Conclusiones**

Capítulo 2: Del amor y del pueblo

- 1. Del amor**
- 2. Del pueblo**
 - a) ¿Qué es el pueblo?**
 - b) ¿Y lo popular?**
 - c) La cultura popular**
 - d) El problema de la recepción**
- 3. Conclusiones**

Capítulo 3: Las bases materiales, políticas e ideológicas del fenómeno

- 1. La economía**
- 2. La política**
- 3. La ideología**

Capítulo 4: El productor

- 1. La pequeña burguesía intelectual**
- 2. La empresa**
- 3. Los autores**

Capítulo 5: El lector

- 1. Pobres brutos...**
- 2. Las competencias lectoras**
- 3. Algunos lectores profesionales**
- 4. Algunos lectores posibles**
- 5. El lector real**
- 6. Conclusiones**

Capítulo 6: El orden de clase en *La Novela Semanal*

- 1. El corpus**
- 2. Los personajes según su ocupación**
- 3. El análisis de clase**
- 4. Líneas de conflicto**
- 5. Con ustedes, los protagonistas...**
- 6. Conclusiones**

Capítulo 7: El orden entre los sexos en *La Novela Semanal*

1. Las mujeres de *LNS*
2. Sexualidad y violencia
3. Dos caras de la misma moneda
4. El “feminismo” de *LNS*

Capítulo 8: El programa

1. Obstáculos y motores
2. ¿Qué es el amor para *LNS*?
3. El amor y la moral social
4. El bien deseado

Capítulo 9: La dirección

1. Ingenieros, entre Werther y Don Juan
2. Los programas disidentes
3. Amor libre/amor liberado
4. A modo de cierre

Conclusiones

Bibliografía

Introducción

Esta tesis es un estudio sobre el amor y su vínculo con las relaciones sociales que reproducen nuestra vida. Pero no en tanto tal sentimiento, sino como vehículo de dichas relaciones, al mismo tiempo que como observatorio privilegiado para comprenderlas. Toma su material de la literatura y, por lo tanto, se transforma también en un ejercicio de crítica literaria: elegimos como observable un corpus particular de la historia de la literatura argentina, la “novela sentimental”. Nos interesa revisitar un hecho que ya ha sido explorado, a saber, la causa de un éxito comercial-literario, el de la publicación periódica *La Novela Semanal (LNS)*. Nuestra preocupación no radica precisamente en el aspecto “empresarial” del asunto¹, sino en lo que revela acerca del estado de conciencia de las masas en el período elegido. En efecto, entendemos que la literatura es, entre otras cosas, documento de época y, por lo tanto, una vía privilegiada en el estudio de la conciencia de los participantes del hecho artístico, la producción y la recepción.

En tanto producción social y documento de época, la literatura se encuentra sometida a la coyuntura, razón por la cual entendemos que no es fructífero un análisis que se separe de ella. Es por ello que hemos recortado nuestro estudio al período 1916-1922, caracterizado por una oleada revolucionaria a nivel mundial que tiene sus reflejos en la Argentina. Es, por otra parte, el período de auge de estas publicaciones y coincide con el momento de inicio y fin del primer gobierno de Hipólito

¹El cual, por otra parte, ya ha sido revisado en la bibliografía que se menciona a lo largo de la tesis y con la cual se discute cuando aborda los temas que aquí consideramos.

Yrigoyen, que representó una democratización en el país. Por otro lado, quienes han estudiado el mismo fenómeno (Sarlo 1985 y Pierini 2006) suelen no percibir la importancia de la coyuntura y extraen sus conclusiones en abstracción del momento en que el material examinado fue producido. Así, la explicación del problema suele ser el resultado de extrapolaciones indebidas y de amalgamas de situaciones bien diferentes.

En efecto, el problema que nos planteamos se puede sintetizar, fenoménicamente, en la siguiente pregunta: ¿por qué, de entre todas, *LNS* tuvo el éxito arrollador que tuvo? Las respuestas dadas hasta el momento van desde el carácter conservador de las “novelas semanales”, marcado y definido por su temática sentimental (Sarlo 1985) hasta la participación en un mercado señalado por las aspiraciones de nacionalización de la literatura (Pierini 2006). En cualquier caso, tanto nuestras predecesoras como nosotras, entendemos que dicho éxito es inexplicable si el producto desencajara con su público. Lo que nos diferencia es qué es lo que “encaja” con qué “público”. A nuestro juicio, no es un contenido sentimental (entendido como “naturalmente conservador”) para un público ávido de consolación por una realidad que no podía ni pretendía cambiar. Tampoco es el deseo de leer más o menos variadamente una propuesta ficcional “localista” por un público que no deja de ser conservador porque lea algo más que novelas de amor ambientadas en Buenos Aires y sus alrededores. A nuestro juicio, *LNS* tuvo semejante éxito porque su programa político, expresado objetivamente en las historias que publica, corresponde a un estado de conciencia de las masas marcado por un auge de la lucha de clases, internacional y local, que se encuentra más bien en la izquierda que en la derecha del espectro político. En consecuencia, entendemos que este trabajo no solo permitirá ver la peculiaridad ideológica de *LNS*, sino que también ilustrará sobre ese estado de conciencia de las masas que, en esta coyuntura, dista del conformismo. Para ello deberemos desmontar algunos prejuicios que han impedido un análisis científico del problema y en lugar de desarrollarlos aisladamente del estudio en un “estado del arte” independiente, los consideraremos en la estructura misma del trabajo, a medida que discutamos con ellos para establecer nuestra posición.

En el primer capítulo definiremos con más detalle el problema, delinearemos con más precisión el objeto bajo estudio, precisaremos la relación que creemos apropiada entre literatura y sociedad y, por último, expondremos el método de trabajo con el que abordamos la investigación. En el segundo capítulo pondremos sobre la mesa las diversas concepciones sobre el amor que circulan en el imaginario social y tomaremos parte por una de ellas, que será la que guíe nuestra tarea. Haremos lo mismo con “lo popular” y los modos de abordaje (reproductivismo, populismo, miserabilismo, etc.). También tomaremos partido por una serie de conceptos frente a otros. Con este capítulo termina la primera parte, que establece las bases de nuestra tarea.

La segunda parte intentará definir los contornos de nuestro objeto de estudio: sus bases materiales en tanto economía, pero también contexto político y clima ideológico (capítulo 3); el protagonista por el lado de la producción, es decir, la clase social que escribe, la empresa comercial y los autores en tanto

individuos concretos (capítulo 4); el protagonista de la recepción: la clase que lee, sus competencias lectoras, quién lee y cómo lee (capítulo 5).

El corazón de la tesis es la tercera parte. Allí se define el universo bajo estudio y quién lo domina *dramáticamente*, como personaje literario (capítulo 6), quiénes son sus *víctimas* (capítulo 7) y cómo el corpus reparte justicia entre ellos y, por lo tanto, se ubica en un lugar social e ideológico (capítulo 8). El último capítulo descubre la dirección política general de toda la experiencia.

Las conclusiones a las que arribamos, y que adelantamos aquí para favorecer la lectura de la tesis, se pueden resumir en lo siguiente: las claves del éxito de la colección particular que examinamos se encuentran en su adecuación contradictoria al público que la sostuvo, caracterizado por una tendencia ideológica inclinada hacia el reformismo y la crítica, antes que al momento conservador y pasivo. Ese público, que podría identificarse políticamente con el yrigoyenismo en su fase más popular, se nutría de tendencias ideológicas variadas, coincidentes todas en una crítica de las élites políticas y sociales y en una serie de perspectivas sobre las relaciones humanas que se podrían caracterizar como “liberales”, en el sentido de “abiertas” y “modernas”. Decimos “contradictoria” porque *LNS* no solo se “adaptaba” a su público, sino que buscaba formarlo, incidir en su desarrollo y propiciar un debate en torno a las formas sociales que se aglutinan alrededor de los sentidos que convergen en su temática preferida: el amor. *LNS* propició un campo de discusión en torno a los problemas sociales de la época y se constituyó en uno de los polos de la tensión que atraviesa la época, entre tendencias reformistas y conservadoras, que se observa en todos los campos de la vida social, del que la literatura y la vida intelectual en general no estaban ausentes (como puede verse en el enfrentamiento entre Rojas e Ingenieros en torno a la nación o en el campo de la historiografía sobre el pasado nacional).

Capítulo 1

Las bases de la investigación

En este capítulo precisaremos el problema que nos proponemos estudiar, el estado del conocimiento existente, las hipótesis con las que trabajaremos y la metodología que vamos a usar. Empezamos por la descripción del problema.

1. El problema

Durante el período que va de fines del siglo XIX a mitad de los años 20 se produce una explosión de publicaciones periódicas y no periódicas, que encuentran un enorme público lector. En particular, el éxito de las publicaciones periódicas (lo que aquí, por comodidad denominaremos “novelas semanales”), pequeñas historias de no más de veinte páginas que se vendían en los quioscos, llega a su momento

cúlmine durante la primera presidencia de Yrigoyen. ¿Por qué estas publicaciones tuvieron semejante éxito? En una época en que solo el circo y el teatro servían como espectáculo público (y la única forma de cubrir privadamente la necesidad de ficción era la lectura), el crecimiento poblacional (la inmigración) y el aumento de los lectores (la educación pública), se sumaron al desarrollo tecnológico (la linotipo) para producir un gigantesco incremento del mercado.

Es fácil ver también que esta respuesta solo explica las condiciones generales, puesto que no brinda las razones del éxito de ciertas producciones en desmedro de otras, en especial, de aquellas destinadas a determinado público. Para explicar por qué ese público consumió masivamente “cierta” producción y no otra, es necesario entender las características de ambos. Aquí es donde comienzan las diferencias con las explicaciones que se han brindado hasta el momento. Beatriz Sarlo (1985) por ejemplo, encuentra la clave en el contenido sentimental de la producción y en la función consolatoria y, por lo tanto, conservadora de la recepción. El éxito de la narrativa semanal se funda en la existencia de un público resignado que buscaría en la ficción lo que la realidad le negaba. Como se verá más adelante, es posible matizar esta idea de la autora de *El imperio de los sentimientos*: ni todas las “novelas” eran sentimentales, ni la novela sentimental es necesariamente conservadora. Por otra parte, había varias colecciones de “novelas” que privilegiaban el tema sentimental y solamente una alcanzó a dominar el mercado, aquella cuyo nombre sirve hoy para identificar a todas las otras colecciones narrativas de su especie, aunque tengan otro nombre: *La Novela Semanal* (en adelante, *LNS*²). ¿Por qué esta colección tuvo ese lugar? Por otra parte, incluso dentro de *LNS* no todos los autores tenían el mismo éxito. O, como veremos más adelante, no todos los programas políticos que convivían en la colección tenían la misma recepción. Incluso, no todos los autores de un mismo programa “medían” igual.

La crítica a la versión canónica de este problema ha preferido cuestionarla desde otro punto de vista. En efecto, Margarita Pierini (2006) en el más comprensivo estudio sobre el tema, responde a Sarlo con dos argumentos solidarios: el primero, que *LNS* se caracterizaba por la variedad, lo que le permitía captar un público más amplio; el segundo, que respondía a la creación de una literatura nacional. Sin embargo, ambos argumentos, si bien permiten una perspectiva más amplia del asunto, aceptan el límite impuesto por la tesis canónica: aun cuando es cierto que en el corpus hay mucho más que novelas sentimentales y que la temática general puede expresar alguna vinculación con los procesos que en otros ámbitos tienden a construir la nacionalidad, es posible dar un paso más adelante. Se puede observar *LNS* tomada como una unidad y exponer el programa político dominante en la producción sentimental. Dicho de otro modo, se puede ver que *LNS* es mucho más que “sentimental” incluso cuando se limita a lo sentimental.

²Utilizaremos la terminología “novela semanal” para referirnos al corpus observable para nuestra tesis: las narraciones de circulación periódica cuya colección llevaba precisamente ese título, *La Novela Semanal*, editadas desde 1917 hasta 1922. Hay otras publicaciones hebdomadarias contemporáneas, tanto narrativas como teatrales, y de similares características, que solo trabajaremos complementariamente.

La hipótesis que aquí se defenderá es que el éxito de la *LNS* se encuentra en su programa dominante, que es el de las masas en ese periodo, un programa ubicado desde el centro a la izquierda del espectro político, que refleja el impacto de la Revolución Rusa y de la crisis del capitalismo local, y que se expresa en los problemas que las clases participantes del fenómeno sienten como los más acuciantes. Nuestro objetivo es descubrir el programa político subyacente en el conjunto del corpus sentimental, más allá de los autores y de sus adscripciones políticas conscientes. Adelantándonos a las conclusiones, ese programa es indicio de la formación de una alianza popular en torno a la crítica a la gran burguesía, al mundo de los “ricos”, por oposición a un mundo “plebeyo”, cuyo vehículo privilegiado fue el yrigoyenismo. Como veremos más adelante, ese programa se organiza no solo en torno a ejes de clase, sino y, sobre todo, de sexo.

¿A qué otros problemas remite este problema? O, mejor dicho, ¿qué importancia tiene resolverlo? Por empezar, se encuentra en la encrucijada de cuatro dimensiones diferentes: la de la cultura popular; la de los sentimientos; la de la naturaleza de la coyuntura histórica; la de la historia de los intelectuales. En relación con la primera, se conecta con varios problemas de distinto orden: en primer lugar, con la naturaleza de la cultura popular (autónoma/heterónoma/dialogal), con el problema de la producción de la cultura popular (quién produce para quién), pero también con el de la recepción (cómo se decodifica lo popular), etc. La segunda tiene que ver con la concepción dominante de los sentimientos como opuestos a la razón, con su supuesta atemporalidad y, sobre todo, con el carácter apolítico de la cultura “sentimental”. En relación con la tercera, se vincula con la característica principal de la vida social del período, que iría, según cierta lectura historiográfica (Romero 1994), en tránsito hacia el reformismo y el conservadurismo. Por último, en relación con la historia de los intelectuales, se vincula con la aparición del escritor profesional, con el desarrollo de intelectuales más allá de la burguesía y con la historia de la fracción social de la que surgen, la pequeña burguesía.

Iremos viendo estos problemas a medida que avancemos. Lo que podemos sintetizar aquí es que nuestro trabajo no constituye un estudio de la recepción popular, sino de la producción literaria pequeño-burguesa en una época de ascenso del movimiento obrero y una alianza social progresista. Esto explica que dicha producción incorpore elementos de la ideología popular, entre otras cosas, porque refleja las vicisitudes de la evolución de la propia pequeña burguesía en las décadas anteriores. La pequeña burguesía escribe su programa a partir de la crítica social que se expresa como novela sentimental. Es a partir del análisis del programa de la producción que podremos observar cómo ha sido influido por el programa de la recepción, cómo esa fusión recreó el programa popular que sirvió de base al yrigoyenismo.

Designar a esta literatura como popular no indica solamente la cantidad de lectores de la misma, sino la pertenencia a determinada clase de dichos lectores. Esta literatura para “cocheros y verduleras” (según un comentario crítico tomado por Sarlo (1985: 148) del diario *La Razón*), maestras o empleados, deberá representar de una manera muy particular su relación con los procesos que estaban

experimentando, pues les mostrará a la vez cómo leerlos y cómo conducirse ante ellos. Al hablarles de sus realidades, esta literatura no solamente se las muestra mediatizadas sino que también provee explicaciones, razones, causas, y propone modos posibles de relacionarse con esos episodios. En tanto ningún texto de ficción es inocente como práctica social, el discurso de la novela semanal constituye una manifestación estética concomitante con los procesos históricos, políticos y sociales de la época en que fueron escritos, un espacio donde se construyen lecturas acerca de la sociedad y la coyuntura inmediata, inclusive cuando lo sentimental aparece en forma explícita como hegemónico. Puede afirmarse entonces que los conflictos sociales obtienen un escenario popular de privilegio en estos textos. La propuesta es leer *LNS* no desde su previsibilidad–homogeneidad temática (algo que la bibliografía que me antecede ya realizó), sino desde el lugar textual en que se disparan construcciones no dichas, que mostrarían la existencia de una *novela social*, pues su tema es la crisis de conciencia de toda una sociedad: la crisis de la política, de las relaciones laborales, pero también, la de la vida cotidiana (el divorcio, la esclavitud femenina, el buen o mal amor, etc.).

2. Literatura y sociedad

Esta tesis se apoya ampliamente en el materialismo histórico como presupuesto teórico. Existen otras formas de abordaje crítico de la producción literaria, incluso aquella que niega la posibilidad, la utilidad y la pertinencia de una lectura social. No nos extenderemos aquí en su crítica. Solo diremos que postular la autonomía del arte y, por lo tanto, de la crítica literaria, es defender (siguiendo a Brecht) un *statu quo* de las relaciones de propiedad y de producción. Ignorarlas no es anularlas, sino afirmarlas; decir que “el arte y la crítica no tienen que ver con eso” es confirmar que eso existe. Quien dice “que es libre en tanto hace uso de su libertad respecto de toda influencia (determinación), deja las cosas así como están” (Brecht 1972: 17). Lo que sigue, entonces, es una síntesis de lo que en relación a las superestructuras (las llamen así o no) puede extraerse de los clásicos del materialismo histórico, un arco más amplio de lo que habitualmente suele denominarse “marxismo”³.

El discurso literario es una de las posibles representaciones de la vida social. La literatura, entre otras manifestaciones de la conciencia, se encargará de poner en palabras los conflictos de una época. Expresado de otro modo: dado que la vida determina la conciencia, la conciencia se mueve según la vida social. Vivimos en sociedades de clase, de modo tal que la literatura se convertirá en un registro de los avatares del enfrentamiento inevitable entre ellas. Como todo producto de una sociedad escindida, este elemento de la conciencia que estamos considerando, la literatura, también estará escindida según intereses de clase. Si hablamos del capitalismo, habrá entonces una literatura que exprese los intereses

³Este resumen se basa, ampliamente, en Brecht, op. cit.; Marx, Carlos y Federico Engels: *La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1985; Bourdieu, Pierre: *Campo del poder y campo intelectual*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1983; Williams, Raymond: *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona, 1980; y en Eagleton, Terry: *Ideología*, Paidós, Barcelona, 1985.

de la burguesía y otra que exprese los intereses de los trabajadores. Gramsci ha caracterizado esta alineación de los intelectuales bajo la expresión “intelectual orgánico”.⁴ Sucede, por lo tanto, que entre ambos campos literarios existe una asimetría fundamental, ya que mientras la producción de la vida está en manos de la clase dominada, la producción de la conciencia, mayoritariamente, está en manos de la clase dominante. Así asistimos a una nueva escisión entre la producción de la vida y la producción de la conciencia.

En virtud de estas asimetrías, la literatura tenderá a ser producida por la clase dominante, a reflejar sus intereses, a expresar ideológicamente la totalidad de los intereses sociales y a imprimir su conciencia a la clase dominada. De allí que la escisión entre productor y receptor en la literatura tienda a reproducir de manera asimétrica la escisión entre dominantes y dominados: la burguesía suele producir y, además, ser receptor, mientras que el proletariado tiende a ser solamente esto último.

Las razones por las cuales el proletariado difícilmente pueda producir una literatura propia se hunden en la economía y en los mecanismos de la hegemonía de clase. Pero una literatura que refleje las condiciones materiales de existencia del proletariado desde un ángulo proletario, es decir, socialista, solo puede surgir y desarrollarse en la medida en que la lucha de clases lo permita, solo excepcionalmente. Por lo tanto, como dijimos, lo normal es que el proletariado participe de la literatura como receptor (en términos del mercado, como consumidor). En la medida en que la vida determina la conciencia, luego también determina la recepción. De modo tal que el lector proletario no lee como el lector burgués (ni escribe, cuando escribe, como el escritor burgués). La lectura proletaria de cualquier producto literario no puede deducirse del contenido de dicho producto, aun cuando el productor se encuentre atento a los intereses y/o gustos del lector. Hay, sin embargo, un indicio que proviene de la vida misma, es decir, de la lucha de clases: cuanto mayor sea la hegemonía de la clase dominante en una sociedad, es decir, cuanto más fuertemente esté implantada la conciencia burguesa en el seno del proletariado, mayores posibilidades habrá de que la escisión entre escritor burgués y receptor proletario tienda a reducirse por la aceptación de los valores burgueses. A la inversa, cuanto más débil sea esa hegemonía, mayores posibilidades habrá de que esa escisión se amplíe, con la aparición de productores proletarios o, que, por el contrario, se reduzca, pero ahora por el asedio de los valores obreros sobre el propio productor burgués presionado por productores no burgueses y por la vida misma y en cuya conciencia ingresan los elementos avanzados de la conciencia enemiga. En consecuencia, juzgar una producción literaria y la forma posible de su recepción requiere, en primer lugar, prestar atención a la vida, al estado del enfrentamiento social y a la conciencia que la clase dominada tenga de esa situación.

El panorama tiende a complicarse cuando introducimos en el cuadro otros componentes de la vida social que, sin ser centrales al modo de producción de esa vida, juegan un papel destacado en la

⁴Aunque nosotros consideramos que la idea de “intelectual tradicional”, aquel que reclama su autonomía y singularidad, es inviable en la sociedad de clases. Cfr. Gramsci, Antonio: “La formación de los intelectuales” en <https://sociologia1unpsjb.files.wordpress.com/2008/03/gramsci-formacion-intelectuales.pdf>

producción de la conciencia: muy débilmente el campesinado, o la aristocracia feudal, muy centralmente la pequeña burguesía. En tanto la pequeña burguesía es una clase de tránsito, cuyos intereses pueden girar coyunturalmente hacia la burguesía o hacia el proletariado y, en tanto suele ocupar un rol central en la producción de la conciencia (como artistas, científicos, profesionales liberales, técnicos, críticos), el estudio de la literatura debe prestar particular atención a esta capa social, a sus escisiones internas y a sus movimientos. Los escritores pequeño burgueses son los más permeables a la lucha de clases y de ellos partirá, llegado el caso, la iniciativa de la conformación de una literatura proletaria. En ese camino pueden detenerse en muchas formas intermedias, desde el simple reflejo de las condiciones materiales de existencia del proletariado a partir de la conciencia burguesa, hasta la expresión abierta de un ángulo de clase estrictamente proletario, esto es, socialista. Entonces, el estudio de la literatura consiste en la evaluación del estado de la conciencia, vale decir, de cómo la conciencia expresa, en forma escindida, el estado de la lucha de clases, tanto desde la producción como desde la recepción.

Solo cuando la conciencia se sitúa en la vida, cuando es libre porque ha reconocido su necesidad, es capaz ella misma de reconocerse como parte de una totalidad. Solo en ese momento la conciencia puede actuar sobre la vida. Esto significa que adquiere voluntad y objetivo, pues deja de ser un elemento pasivo: el espejo se transforma en lámpara. Entonces, el estudio de la literatura en tanto elemento de la conciencia es también el estudio de la voluntad y los objetivos de una clase. Es en este sentido que toda literatura es literatura política. De modo tal que estudiar la producción es estudiar una voluntad y sus objetivos. Esto es así también para la recepción y vale para ella todo lo dicho antes. Las voluntades de la escritura y de la lectura, los objetivos de ambas, están atravesados por el conflicto social. Estudiar la literatura en Argentina implica reconstruir la historia de ese conflicto. Estudiar la literatura popular argentina es un medio para acercarse a la lucha de clases por el lado más cercano a la conciencia del proletariado argentino. De allí que el estudio de la literatura popular deviene en estudio de la actividad central de la pequeña burguesía y del proletariado en relación a ese elemento de la conciencia, o sea, la recepción. La literatura popular es la más sensible a la lucha de clases. La función del crítico de la literatura, del análisis de la literatura, no consiste en otra cosa que en revelar esta última conexión poniendo de manifiesto las características y el estado de la conciencia de clase, los materiales específicos con los que ella se ha construido, el lenguaje peculiar en el que se expresa, los límites y las potencialidades que contiene.

Por lo tanto, y dado que “las condiciones sociales [...] son, ante todo, condiciones de pertenencia a una clase.” (Trotsky 2015: 247), un criterio social para la crítica del arte debe tener en cuenta dicha pertenencia y sus efectos. Esas conexiones son en sí mismas oscuras al menos por dos razones de diversa índole: una de ellas, estética (la representación nunca es el hecho mismo), y otra, ideológica, que incluye a la anterior (el arte es, en cualquier época, producto de la clase social que posee la cultura porque detenta los medios económicos de producción). Entonces, habrá que realizar un análisis y una crítica de textos que revele el “carácter clasista del arte” que se muestra especialmente en medio de convulsiones sociales.

Es por eso que elegimos, en nuestra historia, un periodo de crisis hegemónica que nos permita observar claramente ese carácter clasista y el estado de la conciencia de las diferentes clases: el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen.

Lo mismo que hemos dicho para las ideas y la literatura en general, puede decirse para los sentimientos. Cada época tiene sus sentimientos dominantes y su propia configuración dominante de sentimientos, vale decir que lo sentimental es una construcción histórica establecida por la red de relaciones sociales en determinado momento histórico. Veremos, en el primer capítulo, que los sentimientos no son “democráticos”, como quiere Beatriz Sarlo (“son textos centrados en el democrático mundo de la emoción”) (1985: 16); desde su punto de vista, las pasiones son universales, todos los individuos (independientemente de su ubicación y su tarea en la sociedad) deberían experimentar las mismas sensaciones y necesidades emocionales ante determinadas circunstancias. Sin embargo, esta democracia de los sentimientos, es una constitución ideológica de una forma social particular, no eterna, sino histórica: la democracia burguesa, que homologa al ser humano con el burgués. Las pasiones, entonces, no son *universales*, sino *universalizadas* (Heller 1989: 238).

Esta universalización es siempre incompleta, en tanto que no solo existe una diferencia sustantiva entre emisores y receptores, sino que estos últimos no son pasivos. Hay, por lo tanto, resistencia. De allí que estas novelas manifiesten las fisuras en el sistema burgués hegemónico en un doble sentido: por un lado, la coherencia temática de lo sentimental aparece siempre erosionada, violentada porque, aunque las emociones burguesas pugnan por imponerse, resultan violentadas permanentemente por otra lógica sentimental, la de la clase obrera. Por otra parte, la batalla sentimental registra que el intento de revolución existe, en vistas de que el orden establecido aparece amenazado en los textos bajo diferentes formas: la mujer que trabaja, el judío advenedizo, el inmigrante pionero y peligroso, el obrero maximalista o anarquista, el artista excluido. Todas formas que entran en conflicto con la hegemonía democrática burguesa y la cuestionan sistemáticamente. Propondremos entonces una afirmación que invierte la concepción clásica del asunto: en vez de considerar que “las pasiones aparecen amenazadas por el orden social” (Sarlo 1985) (literatura sentimental), diremos que “el orden social aparece en estos textos sistemáticamente amenazado por las pasiones”.

El teatro y la narrativa de circulación periódica en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX fueron un campo de batalla en la discusión de ideas con relación a los obreros, a la mujer y los sentimientos.

Examinaremos entonces cómo se pone en palabras un conflicto social percibido en el clima de ideas como “revolucionario”, cuáles son las limitaciones para la consecución de la felicidad, qué reglas sociales debiera cumplir un individuo, y en especial, una mujer para obtener el amor.

3. La literatura de circulación periódica, 1917-1922

En el campo de la literatura popular del periodo hay tres líneas principales de interpretación que podríamos caracterizar como pionera, clásica y revisionista.⁵ La primera corresponde a la intervención de Jorge B. Rivera, quien fijó una serie de problemas que serán incorporados sin discusión en las perspectivas restantes. La segunda corresponde a la interpretación canónica, expuesta por Beatriz Sarlo y que en su núcleo permanece intacta al día de hoy. La tercera es un intento de abrir la tesis canónica, el trabajo de Margarita Pierini y su equipo.⁶

El precursor

Como dijimos, uno de los análisis precursores del estudio de la literatura popular del período es el de Jorge B. Rivera (s/f: 238). Rivera va a aportar tres elementos importantes para la comprensión de la temática que estudiamos: las transformaciones técnicas que posibilitan la literatura barata, el cambio del lugar social del escritor y los antecedentes del fenómeno que aquí analizamos.

En efecto, refiriéndose al proyecto de la Biblioteca de La Nación, como antecedente de la literatura de circulación periódica, señala la coincidencia de su aparición con “la sustitución de la composición tipográfica manual en los talleres del diario por la composición en linotipo.” Como explica un estudio sobre la rama gráfica del período, el pasaje de la composición manual a mecánica completa el proceso que va de la manufactura a la gran industria (Bil 2007: 20). Este desarrollo de la gran industria en la rama gráfica hace posible la expansión del mercado de una manera probablemente más intensa que la expansión de la demanda por el crecimiento de la población y de la educación pública.

Rivera señala, además, otra característica importante del período que sintetiza con la idea de “profesionalización del escritor”. Este proceso resultaría en una “crisis de las ilusiones perdidas” que expresa la contradicción entre las posibilidades laborales reales, por un lado, y por otro, la ideología que entiende al artista (o al intelectual o periodista, según sea el caso) como un individuo “que aspira a obtener prestigio, poder social y cierta independencia económica a partir de su trabajo como tal”. Esa crisis de conciencia se producía, entonces, por el choque entre el prestigio y la independencia económica, imposible para el intelectual no burgués.

En el mismo sentido que Rivera, María Inés Laboranti (2004: 51) retoma la caracterización de los recorridos históricos de la figura del escritor descrita por David Viñas (1995). Tanto la “crisis de

⁵Muchas otras interpretaciones se han hecho del fenómeno, pero aquí nos interesan estas líneas fundamentales. Para la valoración de *LNS* en su época, en los 30, en los 60 y en la actualidad, véase Pierini, Margarita: “La recepción crítica de *La Novela Semanal* a lo largo de un siglo” en *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1926): un fenómeno editorial y sus proyecciones en la cultura de masas*, UNAM, México, 2006. Puede consultarse en <http://132.248.9.195/pd2006/0607009/0607009.pdf>

⁶Además de los textos que examinaremos en este apartado, podemos citar a Nagy, Denise: “Novelas semanales (1917-1922) ¿Un proyecto de intervención cultural?”, Ponencia presentada en Xª Jornadas Interescuelas Departamento de Historia, Rosario, 2005 (puede leerse en <http://cdsa.aacademica.org/000-006/262.pdf>) y a Fernández, Cristina Beatriz: “Entre la *Revista de Filosofía* y *La novela semanal*: el *Tratado del amor*, de José Ingenieros”, en Verónica Delgado y Geraldine Rogers (editoras): *Tiempos de papel*, UNLP, La Plata, 2016.

las ilusiones perdidas” (según Rivera) como la descripción del panorama que realiza Laboranti de la transformación del lugar del escritor son, desde nuestra perspectiva, parte de un proceso más profundo: el de la incorporación de la pequeña burguesía como clase “auxiliar” en el dominio social, como diría Gramsci. Eso y no otra cosa representa, a nivel general, la irrupción del radicalismo. Ese proceso, que se produce en el conjunto de la vida social, tiene su correlato en el mundo intelectual. En efecto, en un momento en que la burguesía vio excedidas sus tareas administrativas e ideológicas, necesitó reclutar intelectuales que no provinieran de su propia clase para llevar adelante tareas menores. De allí que la ideología burguesa del trabajo autónomo del artista se enfrentara, contradictoriamente, con la realidad material de los “nuevos” escritores de filiación pequeño burguesa. Antes que “profesionalizarse”, mejor dicho, en razón de ese proceso, gran parte de los escritores y periodistas se veían como “obreros de la pluma” y manifestaban esta nueva condición, no solamente en sus obras, sino también en acciones políticas y sindicales. Esta hipótesis explica por qué *LNS* discute y expone en muchos de sus textos el lugar del artista en la sociedad, sus conflictos, sus contradicciones, su relación con el dinero, etc. Dado que esa capa de intelectuales estaba sufriendo tensiones proletarizantes, en tanto que convivía con los escritores provenientes de la burguesía, se genera allí un campo de debate que se irá ensanchando, a medida que capas más amplias sean incorporadas a las tareas intelectuales, un proceso que va desde Mitre a Payró, de Payró a Soiza Reilly, de Soiza Reilly a Arlt y de Arlt a Boedo. No es casual que date de este período la fundación de la primera Sociedad de Escritores, presidida por Payró (quien reveló en sus obras el conflicto del “intelectual ‘explotado’ o ‘frustrado’ en sus ilusiones”)⁷. En 1907 se creó la Sociedad de Autores Dramáticos y Líricos, un emprendimiento de Payró que fracasó y que, finalmente, se reconstruyó en 1928. En suma, casi 30 años de proyectos de organización gremial, de lucha por reivindicaciones salariales (para vivir de la “profesión”), de crisis de conciencia en los escritores que se resistían a abandonar la ideología de la libertad del artista, pero que exponían (ficcionalmente o no) sus contradicciones y buscaban maneras de resolverlos. Retomaremos este punto en el capítulo 5.

Volviendo a Rivera, también da cuenta de los antecedentes en nuestro país de la literatura popular, al referirse a la colección de la Biblioteca de La Nación. No lo dice, pero la Biblioteca no es solamente el primer fenómeno editorial masivo, producto de la industrialización en el mercado editorial, y antecedente de la literatura de circulación periódica posterior. Es también el paso previo a estas publicaciones que estamos analizando en términos de política editorial (Pierini 2006: 48).

En relación al contenido de la literatura de circulación periódica, Rivera observa que en ese corpus conviven textos de alta calidad literaria (como las contribuciones de Horacio Quiroga) junto con otros que son “expresiones de una literatura ocasional, estereotipada, que rinde tributo a las peores tendencias del sentimentalismo al uso”. Sin dar explicación alguna a la disparidad estética y temática y

⁷Para un análisis del caso Payró, en el cual se observan las contradicciones propias de la relación entre intelectuales pequeñoburgueses y capitalismo, ver: López, Mara Soledad: “Payró y la génesis del intelectual de izquierda”, en *Razón y Revolución* n° 13, invierno de 2004.

sin brindar ninguna hipótesis que muestre por qué aparecen escritores prestigiosos junto a otros hoy completamente desconocidos, el crítico se remite en este punto a una mera exposición del hecho empírico a partir de la enunciación de un juicio estrictamente estético.

Con lo importante que son estos aportes, no alcanzan para explicar el caso. Si bien las cifras de lectores se habían incrementado, cabe preguntarse: ¿por qué estas colecciones tuvieron semejante apogeo durante este periodo? Y más específicamente, ¿por qué de entre todas ellas *LNS* fue la más exitosa? ¿Qué les decían estos textos a sus lectores, acerca de las relaciones sociales, los conflictos amorosos planteados en esos textos? Dicho en otros términos, hay que observar y analizar cómo procesan las novelas la crisis social y cómo se constituyen en campo de debate por la conciencia de la situación.

El aporte de Rivera es, entonces, de carácter externo, es decir, se concentra en describir y explicar las condiciones generales del proceso y marcar la existencia de condiciones objetivas para su despliegue, mostrando que la industria editorial no dependió de la “genialidad empresarial” de nadie en particular, sino que era una potencia ya existente. Pero no deja planteado nada sustantivo en relación con el contenido político-ideológico del fenómeno, es decir, no lo explica. La primera explicación del contenido del corpus, que se convierte en la versión canónica, es la de Beatriz Sarlo.

La interpretación canónica

El imperio de los sentimientos se ha transformado ya en análisis clásico y modelo de interpretación. En su visión, *La Novela Semanal* es la forma popular de acercarse a la literatura y de satisfacer una necesidad de ficción por parte de una población lectora en el momento en que se crea el mercado literario. En ese marco, construye un campo en el cual domina una temática precisa, el amor, lo que transformaría a este corpus en una expresión de la novela sentimental. Además, por medio de estrategias discursivas simplificadoras de la trama se eliminan las intrigas secundarias, ironías y ambigüedades. La temporalidad es lineal, el humor es excepcional, el uso de clisés, permanente, y el tema, único, tanto como el punto de vista narrativo. Como consecuencia, no “hay problematización lingüística porque, como afirmaría Bajtin, esta se produce a partir de la problematización ideológica, del reconocimiento del otro, social, moral o psicológico.” (Sarlo 1985: 148).

Desde esta perspectiva, son textos ordenados que no presentan problemas estéticos ni ideológicos al receptor. Al contrario, le generan la fantasía del “descanso” psicológico a partir de la “economía mágica”: el ascenso social es posible por la vía arbitraria, no causal de lo sentimental (aunque Sarlo misma reconoce que estos casos son muy pocos). Los finales que predominan son infelices, confirmando con ello que la situación puede ser terrible para los protagonistas (y los lectores), pero que el mundo es así, que no hay manera de escapar al destino social que les ha tocado vivir. Por consiguiente, aunque se narren episodios desdichados (en su resolución desfavorable para los personajes), existe una certeza que demuestra el horizonte de lectura: un texto previsible (que no exige demasiadas competencias para

decodificarlo) cuyo final confirma la existencia de un mundo con leyes sociales ordenadas que no pueden ser violadas, de no ser por una lógica narrativa del orden de lo mágico (por ejemplo, el marido engañado –del que la mujer no está enamorada o es una mala persona- muere, favoreciendo de ese modo el destino posible de los amantes), aunque esto solo suceda excepcionalmente. Así, el conflicto social no aparece sino bajo la forma de individuos particulares que reciben su premio o su castigo siempre según la forma inmodificable de esas leyes externas. El mundo, entonces, no es el escenario de prácticas sociales que deban ser cambiadas: son textos conformistas.

La mirada de Sarlo puede ser cuestionada en varios aspectos, en particular, el metodológico, asunto que la crítica “revisionista” ya ha explicitado, al mostrar que la temática se extiende más allá de lo sentimental. Sin embargo, es posible dar un paso más en ese sentido, poniendo en cuestión una serie de supuestos con los que opera Sarlo, en particular, la construcción del *lector infantil* y *masoquista*, por un lado; la concepción implícitamente burguesa de los sentimientos, por otro.

El lector, abrumado por su cotidianeidad (algo que no se demuestra) buscaría (siempre según la lectura de Sarlo) alivio en la ficción: *La Novela Semanal* como una “regulación de la imaginación que no pretende reflejar las regulaciones reales”. Estos textos tan sencillos, tan poco exigentes, delatan a un *lector infantil*. Y qué puede pedir un *lector infantil* sino cuentos maravillosos. A partir de la sencillez textual del producto, presume a un lector ideológicamente sencillo, aunque concede que *LNS* “instala hábitos de lectura” y permite el pasaje a la literatura culta.

Sarlo, al revés que nosotros, lee *LNS* como sentimental; en su lectura lo social, si aparece, lo hace solo para crear el conflicto en el espacio narrativo y darles sentido a las pasiones individuales. Lo sentimental domina la escena y lleva siempre el mismo mensaje: el orden es intocable, salvo que aparezca alguna solución mágica. A los protagonistas y (dado el proceso de identificación buscado y logrado en esta narrativa popular) a los lectores, solo les queda sufrir por los sentimientos irrealizables, consolándose con que el acatamiento del orden les garantice el éxito y la seguridad. El elemento mágico aparece como esperanza, en tanto que la felicidad puede realizarse de vez en cuando a partir de su intervención. Los textos son y (lo que es más importante) son leídos por el receptor popular, según Sarlo, como conformistas. El lector los lee para sufrir y en ese sufrimiento encuentra consuelo y descanso, sentimientos reforzados por la facilidad de la lectura y por la incorporación al mundo de la cultura que dicha lectura permite. Sarlo presupone entonces un *lector masoquista*. Por el contrario, sostenemos como hipótesis que es probable que los productores escribieran otra cosa, además de que los receptores leyeran de otra manera.

En una época de guerras y revoluciones como esta en la que se editan estas “novelas”, resulta difícil aceptar la hipótesis del lector infantil y masoquista. Aunque los textos estuvieran escritos con esta óptica (veremos que no), es posible que en lugar de sufrimiento los escritores y los lectores experimentaran con el dolor. El dolor no es pasivo, no viene de afuera; el dolor es aprender a sentir el conflicto social como evitable, implicarse en aquello que lo provoca y hacer todo lo posible para

modificarlo. Esas situaciones sociales que en *LNS* aparecen como sufrimiento, destino, probablemente demuestren la necesidad por parte de los autores pequeño burgueses, igual que de los receptores, de experimentar con el dolor (Heller 1989: 232).

La concepción de los sentimientos de Sarlo es implícitamente burguesa, pues reproduce la oposición sentimientos-razón e ignora la distinción dolor-sufrimiento. A Sarlo, además, esta operación ideológica le resulta inocente, en tanto el autor se limita a darle al lector lo que este quiere. En esto consiste la debilidad de un enfoque que parece gramsciano, pero no lo es: no plantea la existencia de distancia alguna entre producción y recepción a pesar de que sabe que el que escribe no pertenece a la misma clase que el que lee. La diferencia entre la producción literaria burguesa y la recepción popular se cubre con la hegemonía burguesa. Esto significa que, así como “las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante”, también lo sentimental es una construcción histórica establecida por la red de relaciones sociales en determinado momento histórico. Hemos dicho que cuando en la literatura se manifiesta una regulación de los sentimientos, ello implicará una voluntad de regulación de las relaciones sociales. El concepto de democracia aplicado a lo sentimental constituye el intento de regulación de una clase social sobre los sentimientos de todas las demás. Un proceso de hegemonización: lo burgués se constituye en lo democrático.

Esto no significa que el enfoque de Sarlo no sea válido, sino que nos permitimos dudar de que se aplique a la época en que *LNS* alcanza su mayor influencia. En momentos de plena hegemonía, es muy posible que los textos escritos con un sentido reaccionario sean decodificados por un lector sufriente, masoquista. Sin embargo, en el período que estamos considerando (en torno a la Revolución Rusa y la Semana Trágica), tal presupuesto es discutible. Los lectores bien pudieron realizar una *lectura desviada* de textos reaccionarios (que proponen el sufrimiento) o reformistas, a partir de sus propios códigos de interpretación forjados por su experiencia de vida, del trabajo, de la explotación, las revueltas, las huelgas, los atentados anarquistas, etc. En aquellos momentos en que la hegemonía burguesa está cuestionada de manera muy aguda, es posible que los lectores populares interpreten las obras en una clave distinta a la del autor o que incluso el autor escriba otra cosa de lo que correspondería a su clase.

Así como no debe subestimarse la capacidad del receptor, eliminando *prima facie* el conflicto ideológico en *LNS*, no deberá pensarse en una representación inocente de dichos conflictos “ya que los personajes (y las tramas) [...] se constituyen a través del filtro de la ideología del autor” y, además, como se ha visto, estos autores “reflejaron ideológicamente el sentimiento de sus personajes” (Heller 233). Este escritor, cuyo *habitus* bohemio lo coloca en una situación social ambigua y paradójica, se permite (justamente por ubicarse en las afueras de la literatura culta/hegemónica/burguesa) mostrar la crisis a través de sus personajes y la representación de sus amores (u otras pasiones) difíciles, en pugna con el modelo social.

Muy similar a la posición de Sarlo es la intervención de Luis Alberto Romero (1995). Igual que todos, desde Rivera en adelante, considera que el éxito de estas colecciones se debió fundamentalmente,

a la “extensión cuantitativa del público lector” (más lectores) y también a los cambios que maduraron en la sociedad argentina a partir de la finalización de la Primera Guerra Mundial. El papel pasivo de las empresas editoriales, solo comercial, se cambió por otro activo: contribuyen a desarrollar y ampliar la cantidad de público lector. De allí que el autor las designe como “empresas culturales”. Esta designación también significa que los editores contaban con un programa claro: “ofrecen lo que juzgan adecuado para convertir al lector en un hombre culto.” (1995: 54). Una cultura general, ecléctica y más bien superficial.

El punto en el que su concepción coincide con Sarlo es aquel en el cual la autora de *El imperio de los sentimientos* construye su lector infantil y masoquista. Romero considera que los “sectores populares” pasan, entre el Centenario y 1915, desde una cultura trabajadora y contestataria moldeada por la ideología anarquista a una cultura barrial homogénea, conformista, que en el mejor de los casos es reformista. La cultura pasa de ser “trabajadora” a “popular”. Allí se ha conformado la imagen de una sociedad móvil y abierta. Igual que Sarlo, para Romero las lecturas que se le proponen a este público, “convencional y amante de lo establecido”, son sencillas. Aunque, a partir de la observación de los catálogos de las editoriales, Romero debe reconocer no solo su eclecticismo, sino también la preocupación de las editoriales por formar política y estéticamente al público (aparecen autores que van desde Platón a Shakespeare y de Nietzsche a Ingenieros, por ejemplo).

A pesar de su propia constatación en sentido contrario, Romero insiste con la idea de que la intención dominante era la de entretener a un público (infantil y masoquista). Entender la sociedad y reformarla dentro de los límites establecidos es otra de las intenciones de este fenómeno literario. También ve en este corpus los primeros signos de la *nacionalización* de la literatura que se desarrollará ampliamente en la década del 40. Esta literatura es entendida como de entretenimiento y evasión porque los lectores atraviesan una época de conformismo, reformismo y creencia en la justicia social. Entonces, aunque “la literatura de raigambre socialista o anarquista conserva [...] una imagen clasista de la sociedad [...] y se dirige con su discurso a los trabajadores” (1995: 65-6), la experiencia social es diferente. Esta cultura, que comenzó a formarse a partir de 1915 aproximadamente, dará lugar a la experiencia del peronismo. La cultura nacionalista y popular, reformista y de conciliación del peronismo será la síntesis a la que esta empresa cultural habría contribuido.

Las hipótesis de Romero contienen una serie de debilidades metodológicas. En primer lugar, observa solamente los catálogos de las editoriales, sin preocuparse por realizar las lecturas correspondientes. En segundo lugar, deduce a partir de los títulos una experiencia social para los receptores. Por último, intenta caracterizar una etapa extensa en la que se produjeron crisis sustanciales en la sociedad argentina como homogénea: si la situación social en torno al Centenario no es la misma que en 1915, no hay razón por la cual considerar que la situación social en torno a la Semana Trágica es la misma (o un antecedente) del reformismo peronista. En el período que analizamos, la burguesía nacional estaba atravesando una crisis hegemónica y la clase obrera tenía conciencia de esa crisis social.

Que la situación varíe hacia fines de la década del 20 solo indica el sentido en el cual se resolvió la crisis, no que el conformismo de la clase obrera ya fuera la tendencia dominante desde antes. Más allá de si los programas que se disputaban la conciencia de la clase obrera eran reformistas (como el Partido Socialista) o revolucionarios, está claro que Romero no puede conciliar con su presupuesto de “sectores populares conformistas” la presencia de autores y textos que, en ese período, les hablaban a los obreros de la lucha de clases, porque no analiza de manera correcta la coyuntura.

En un texto previo al que hemos comentado, el planteo de Romero es menos esquemático, pero mucho más confuso. Relevando los catálogos de diversas publicaciones que van desde principios de siglo hasta la década del 40, encuentra que el rasgo predominante de las lecturas es el eclecticismo, algo obvio, porque resultaría verdaderamente asombroso encontrar una línea común y homogénea a lo largo de cuarenta años. Intenta luego establecer una caracterización de los públicos según los tipos de lecturas (Romero 1990): existen según Romero al menos tres fracciones dentro de los sectores populares: la de aquellos que aún tenían perspectivas de (o conservaban la aspiración a) convertirse en pequeño burgueses o en burguesía; los que eran militantes u obreros ilustrados, y un sector de clase obrera con una formación intelectual muy baja y sin aspiraciones ni posibilidades. Donde pueden leerse experiencias y adscripciones sociales distintas, igual que diversos programas políticos, Romero, en una maniobra poco sutil, homogeneiza todo debajo de la misma característica ideológica: el conformismo.⁸

La investigación de Matthew Karusch (2013) abarca parte de la etapa que estamos examinando: Karusch explica cómo se produjo la transición de una cultura de izquierda a una cultura populista en la cultura popular entre 1920 y 1946. Señala que la ideología del conformismo era una de las vertientes que circulaban dentro de la cultura de masas, sin embargo, la disconformidad, el malestar obrero y el cuestionamiento a la dominación burguesa eran las notas dominantes⁹. Este clasismo fue apropiado luego por el peronismo, pero eso ya es harina de otro costal. Lo que nos interesa a nosotros es que, en el período que tomamos (entre 1917 y 1922), el éxito de *LNS* se explica por la alianza de clase crítica y reformista de izquierda, que dista del conformismo y la consolación.

En resumen, la clave de interpretación de la tesis canónica consiste en leer todo el período a partir del prisma del carácter conservador de los “sectores populares”, o como preferimos decir nosotros, de la clase obrera. Como veremos más adelante, esta concepción constituye un obstáculo epistemológico

⁸Este efecto igualador de lo diverso es el resultado del concepto que precede sus análisis, “sectores populares”. Para su crítica, véase Sartelli, Eduardo: *La sal de la tierra*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2022, cap. 1.

⁹“Arlt tenía razón al enfatizar el entusiasmo de los trabajadores por el cine, pero estaba equivocado al suponer que este pasatiempo se dio a expensas de la conciencia de clase. El cine, la música y la radio que se produjeron en Argentina entre los años veinte y los treinta pusieron a circular el conformismo, el escapismo y la fantasía de ascenso social; pero también diseminaron versiones de la identidad nacional que reproducían e intensificaban las divisiones de clase. [...] El resultado fue una cultura masiva profundamente melodramática que alababa la dignidad y la solidaridad del trabajador humilde, mientras denigraba al rico como egoísta e inmoral. [...] los medios argentinos tendían a generar imágenes y una narrativa en las que la identidad nacional estaba prototípicamente asociada con los pobres. Los historiadores que han visto la radio y el cine como instrumentos de integración nacional y de formación de las clases medias han pasado por alto este clasismo profundo. En lugar de mitos nacionales unificadores, la industria cultural argentina generó imágenes y narrativas polarizantes que funcionaron como el material narrativo en bruto con el cual Juan y Eva Perón construyeron su movimiento de masas.” (Karusch 2013: 19)

que hace que sus representantes vean, a nuestro juicio, el problema de modo sesgado. Finalmente, su concepción del peronismo como fenómeno puramente conservador y su perspectiva “originalista” (el peronismo ya estaba “antes”, solo hay que buscar los antecedentes) los lleva a encontrar la continuidad como norma y pasar por alto rupturas y complejidades.

El revisionismo

La lectura canónica instalada por Sarlo y Romero ha sido matizada por otros autores que ven *LNS* como una representación en cuyo fondo puede observarse la “cuestión social”.¹⁰ Esta propuesta de lectura, que Mangone adelantaba hace tiempo ya y que la colección publicada conjuntamente por Universidad de Quilmes-*Página/12* ha llevado a cabo, resulta interesante pero limitada. Interesante porque ve lo que Sarlo deja a un lado. Limitada, en tanto no aprovecha suficientemente esa apertura que acaba de realizar al vincular novela y *cuestión social*: estas novelas no son dramas sentimentales en cuyo trasfondo se adivina la *cuestión social*. Son, directamente, *novelas sociales*. Su tema no son los sentimientos. Su tema es la sociedad. Y como veremos en la investigación, dada la coyuntura en la que se escriben, para ser leídas inmediatamente, su preocupación específica es la crisis social.

El experimento más desarrollado sobre *LNS* en el cual se relevaron elementos de la *cuestión social* y a la vez, la mejor y más completa investigación sobre dicho corpus, es la del grupo dirigido por Margarita Pierini en la Universidad de Quilmes. Sus primeros resultados aparecerán como introducciones a la coedición de algunas de las novelas editadas por la UNQui y *Página/12*. En el primero de los tres volúmenes compilados y prologados por Pierini y sus colaboradores, la directora de la experiencia afirma, junto con Romero y Sarlo, que “en muchos casos” el público “hacía con estas novelas su primera experiencia de lectura” (Pierini 1999: 13). Sin embargo, aunque describe perfectamente los espacios en los que se desarrolla la mayor parte de los textos (predominio de lo urbano, ambiente rural con connotaciones negativas, oposición entre conventillo-taller y el “gran mundo”) no arriesga ninguna explicación para esas presencias y oposiciones. Los autores, en su óptica, escriben con “absoluta libertad” ideológica, pues en esas publicaciones

“conviven los planteos más reaccionarios sobre la ‘cuestión social’ (“La huelga”, de Hugo Wast), con historias que reivindican al obrero anarquista (“La costurerita que dio aquel mal paso...”, de Josué Quesada) o manifiestan simpatía por la reciente Revolución soviética (“Amor y bolshevikismo”, de Canseway Britos).”

¹⁰Véase, Mangone, Carlos: “La República Radical: entre Crítica y El Mundo”, en AAVV: *Yrigoyen, entre Borges y Arlt, (1916-1930)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1989, capítulo III, p. 78. El autor reconoce, efectivamente, en la *novela semanal* “la presencia *larvada* del otro tema del período: la *cuestión social*, a veces central y en otras oportunidades un sesgo o telón de fondo de la trama.”

También aparecen propuestas que “presentan el ideal tolstoiano como solución a los conflictos sociales o que plantean la dicha [...] posible para las mujeres trabajadoras, [mientras otras] castigan con la marginación, la enfermedad o la muerte a quienes se atreven a franquear las barreras sociales”; así como se publican textos que muestran a la “clase alta dotada de todos los vicios [“Un casamiento en el gran mundo”, de Elsa Norton]” o que son una apuesta a la unión libre “como forma superadora de las convenciones burguesas [...] [“Cuando el amor triunfa”, de Josué Quesada]”. (Pierini 1999: 14).

Armando Minguzzi, por su parte, se encarga de la *cuestión social*. Expone la coyuntura de la época y las diferentes ideologías que la atravesaban; la presencia de huelgas como método de protesta, el anarquismo, el impacto causado por la Revolución Rusa, la respuesta nacionalista como reacción, la formación del PS y su escisión como producto de la controversia entre bolcheviques y mencheviques, la Semana Trágica. En definitiva, afirma, las novelas semanales seleccionadas para ese volumen “pueden ser leídas como una escenificación del debate político de una época”. Con toda la importancia que tiene esta afirmación, a los efectos de leer políticamente la producción de circulación periódica, el autor no logra despegar, en forma definitiva, de la interpretación canónica, pues sigue considerando el tema sentimental desconectado de la discusión política. Además, considera que los textos que prologa son excepciones: “en la mayoría de los relatos de *LNS* no aparece centralmente el tema político; estas historias sirven como contraejemplo. La ficción suele servirnos para leerla en sus silencios. [...] en estos textos aparece una discusión velada.” (Minguzzi 1999:9)

El mismo grupo desarrolló estas ideas en otra compilación, dirigida también por Pierini. El libro, que consta de cinco artículos de la compiladora y otros tres de los restantes miembros, parte de una declaración de principios con la cual acordamos: dado que no se puede deslindar “el arte de las circunstancias históricas que le dan sustento, [...] no resulta válida una lectura de un fenómeno cultural que no atienda a los presupuestos ideológicos y a las tensiones políticas que lo atraviesan” (Pierini 2004: 20). Sin embargo, esta propuesta inicial no es desarrollada en el resto de los textos y se vuelve a la versión ya canonizada. Según Pierini, en las publicaciones semanales

“es posible descubrir una trama compleja donde se entrecruzan las problemáticas que caracterizan y tensionan una etapa especialmente significativa de la cultura nacional: el campo intelectual se abre a nuevos integrantes; se acepta [...] la irrupción de un público masivo que plantea nuevas demandas; en el plano editorial, surgen y se multiplican empresas que hacen un negocio lucrativo del viejo oficio de publicar; la ciudad [...] empieza a forjar nuevas identidades.” (Pierini 2004 :23)

Estas hipótesis ya fueron exploradas exhaustivamente por Beatriz Sarlo, no solamente en *El imperio de los sentimientos*, sino en especial en *Una modernidad periférica* (1996). Acordamos con Pierini en que dichas publicaciones brindan un marco amplio a la disputa político-ideológica y a la diversidad temática, pero entonces, no hay manera de darle una explicación real al fenómeno por la vía de considerar que solo consistió en una consecuencia de la creciente urbanización, la difusión de la lectura entre sectores populares, deseosos de consumos culturales, la presencia de una capa de escritores

“más o menos profesionales” y el ojo sagaz de un editor que ha visto en ello un buen negocio. Habría que preguntarse qué les decían esos textos sobre las experiencias concretas de esos obreros y, por lo tanto, al desarrollo de su conciencia, para que se interesaran en ellos. También habría que preguntarse cómo y por qué aparecen las discusiones ideológicas y políticas con relación a los más diversos temas, y en particular, los que se refieren a la figura del artista o del escritor. Finalmente, también habría que preguntarse de qué condiciones materiales dependen estos éxitos editoriales.

El tercer capítulo del libro, también escrito por Pierini, constituye una descripción de las etapas, las secciones y las mutaciones en la publicación, según los cambios en los directores de la misma. En el capítulo siguiente la autora se enfrenta con la tesis canónica (aunque sin puntualizarlo): a diferencia de lo que propone Sarlo en *El imperio de los sentimientos*, quien considera que no hay ningún conflicto en la narrativa hebdomadaria que no sea de temática amorosa, Pierini realiza una clasificación temática minuciosa que demuestra lo contrario. Enumera, dando ejemplos de cada uno de ellos, los géneros que aparecen en la colección: el relato histórico, el fantástico, la ciencia ficción, el policial, el género de aventuras, el relato costumbrista y, por último, el relato sentimental. La autora distingue este relato de la *novela rosa* por el tipo de final: si la *novela rosa* arriba siempre a un final feliz y, por lo tanto, conservador, lo sentimental se caracteriza por los finales desgraciados o no convencionales. Sin embargo, la misma autora brinda ejemplos de novelas sentimentales con finales felices y conservadores: mujeres que deben abandonar sus profesiones (“un paso elegido y deseado para alcanzar la plena felicidad”) cuando encuentran al hombre con el cual formar una familia (cfr. “La guacha”, de Carlos Muzzio Sáenz Peña y “La diva”, del Marqués de Atela). Esta variedad temática es real (algo que nosotros también exploramos en otros textos) pero, como veremos más adelante, tal vez no sea tan concluyente a la hora de desmontar la hipótesis de Sarlo.

Pierini también habla de la producción, tema al que dedica todo un capítulo. Parte de la declaración del editor de *LNS* en el primer número de la colección, donde se expresa la necesidad de poner en contacto con el público a una serie de autores desconocidos de la literatura nacional. Allí se plantea que tanto escritores, como editores y lectores, tienen intereses comunes que deben vincularse. Como veremos más adelante, esta intención no implica necesariamente la promoción de la literatura “nacional” (como la autora quisiera creerle al editor). Aunque da por cierta la voluntad de nacionalizar la literatura, Pierini debe reconocer, después de enumerar exhaustivamente a todos los autores extranjeros que serían publicados a lo largo de los diez años que abarca su estudio, que “la nacionalidad no resulta requisito necesario para –valga la paradoja- nacionalizar la literatura.” (Pierini 2004: 78). Tal vez Pierini debiera aquí sacar otra conclusión, que nosotros desarrollaremos más adelante: que la hipótesis de la *nacionalización*, aun cuando es un elemento de la explicación, no pareciera ser capaz de dar cuenta acabadamente del fenómeno. No solo porque una cosa es lo que los editores dicen y otra es lo que hacen, sino porque otras colecciones apelaron a un nacionalismo mucho más marcado y militante, y estuvieron lejos del éxito de la colección que aquí examinamos. Incluso, si ampliamos la idea de

nacionalización a la de *localismo*, es decir, al énfasis en temas locales, la misma objeción sigue siendo válida, porque hay muchas formas de pensar y expresar lo “nacional”, incluso, lo “local”.¹¹

En efecto, el tema de la *nacionalización*, que toda una corriente historiográfica ha colocado en el centro ideológico del momento histórico, no tiene necesariamente ese lugar ni esa importancia. Dicho esto, sin negar la existencia de un proceso de construcción de la nacionalidad en marcha desde casi la mitad del siglo XIX. Pero eso no significa que se aplique a todo y a todos. La fuerza institucional y política de esa perspectiva historiográfica tal vez esté detrás de esta afirmación desmentida por los datos que la propia Pierini aporta. Se pueden encontrar explicaciones más sencillas que estas para preferir o estimular a los autores “nacionales”: son escritores poco conocidos, luego más baratos; autores noveles requieren también menos derechos de autor a pagar a grandes editoriales europeas; lo que ya está en castellano ahorra gastos de traducción.

El tema de la *nacionalización* es un problema de la burguesía argentina, no de la clase obrera ni de la pequeña burguesía. Y no es, ni siquiera, un tema dominante en aquella. Lo primero que hay que recordar es que, a diferencia de otras experiencias, como la norteamericana, no hay ningún movimiento espontáneo en las masas ni sobre ellas por la *nacionalización*, más bien lo contrario: no solo no hay ninguna obligación de adquirir la ciudadanía argentina, sino que no existe ninguna limitación para el ejercicio de los derechos civiles, salvo los derechos políticos. En un país donde domina el fraude hasta 1912, no existe ninguna desesperación por la adquisición de tales derechos. A diferencia de EE.UU., donde grandes maquinarias políticas buscaban afanosamente el voto desde el momento mismo en que el inmigrante desembarcaba, nacionalizarse no constituía ni una obligación ni una presión. La maquinaria política del Orden Conservador no buscaba, más bien evitaba, toda participación de masas en la circulación del poder. Por otra parte, como Hilda Sabato ha demostrado, la participación política de los inmigrantes no necesitaba de tales instrumentos formales, se expresaba directamente en la “esfera pública” (Sabato 1994).

De hecho, a partir de la implantación del servicio militar obligatorio, la *nacionalización* penalizaba a los jóvenes inmigrantes con dos y hasta tres años de pasaje bajo las “armas de la patria”. Tampoco había ningún interés en la *nacionalización* a fin de obtener algún tipo de servicio social por parte del Estado. Ninguna limitación a los extranjeros se interponía en los hospitales y escuelas públicas y, de hecho, los inmigrantes tendían a formar sus propias organizaciones mutuales para resolver dichos temas, desde la salud hasta la educación, el ahorro, la defensa jurídica, etc. (Devoto 1984). Los inmigrantes preferían no nacionalizarse, incluso mantenían su propia lengua, no solo en su casa, sino a través de una abundante literatura y producción periódica: como veremos más adelante, la prensa en

¹¹Como veremos más adelante, aun en un ámbito más reducido y elaborado en términos intelectuales, esta vocación por “lo nacional” puede ser asumido de modo muy diferente, incluso contrapuesto. Téngase en cuenta, por ejemplo, la diferente posición al respecto de las dos colecciones editoriales que se disputan el campo intelectual en la época, la Biblioteca Argentina de Ricardo Rojas y La Cultura Argentina de José Ingenieros. La mayor relevancia de esta última abona nuestra hipótesis acerca de que lo que constituye el núcleo del éxito de *LNS* es su ideología, antes que cualquier otra cosa. Véase el texto de Degiovanni comentado más abajo.

idioma extranjero, incluso dejando afuera la correspondiente a los inmigrantes españoles, era extensísima. En el mismo sentido, cuando los obreros se organizan, no lo hacen en organizaciones nacionalistas, sino todo lo contrario, se suman al socialismo o al anarquismo. El mundo popular está dominado por el internacionalismo, reflejando lo que ese mundo es: un mundo de inmigrantes. De inmigrantes que, además, tenían entre sus intereses inmediatos, el regresar a su país de origen. De modo que afirmar que todo el período se caracterizaba por un movimiento general hacia la *nacionalización* es, cuando menos, una exageración.

Es cierto que hay una preocupación, en ciertos sectores de la burguesía argentina, por el carácter “aluvional”, como lo definió José Luis Romero, de la sociedad que se modificaba al calor de las oleadas inmigratorias. Esa preocupación varió con el tiempo. En un comienzo, como los textos de Bertoni demuestran, la preocupación de algunos sectores de la burguesía pasa por la posibilidad de movimientos nacionalistas de los inmigrantes, que podrían articularse con las políticas pro-imperialistas de sus países de origen (Bertoni 2001). El sueño de una “Italia all’estero” estaba en la mira de muchas orientaciones políticas italianas. Incluso alguno de sus voceros llegó a afirmar que, si el millón y pico de inmigrantes italianos en la Argentina se plegara a una política de tal tipo, las pampas se transformarían en una nueva colonia italiana. Con el surgimiento del movimiento obrero, la preocupación por la *nacionalización* se trasladó hacia el inmigrante como “peligro social”. Dicho de otra manera, en el primer momento la *nacionalización* era buscada *por algunos sectores* de la burguesía como un instrumento contra otras burguesías rivales, reales o potenciales. En el segundo momento, era buscada *por algunos sectores de la burguesía* como un instrumento de control de la clase obrera. Hay que remarcar “por algunos sectores”, porque, como señalamos, ni siquiera en la segunda etapa la orientación mayoritaria de la burguesía, que permaneció siendo liberal antes que nacionalista hasta bien entrados los 30, tuvo a la *nacionalización* como una estrategia central de control social o de construcción política. Cuando tuvo que responder al desafío del anarquismo lo hizo con represión y con reforma electoral. Pero esta última solo *nacionalizó* políticamente a los argentinos nativos varones, no fue acompañada por un proceso de *nacionalización masiva*. Esto explica que el primer presidente elegido por un voto relativamente no fraudulento llegara a la primera magistratura siendo votado por el 6% de la configuración de sufragios de un padrón actual (es decir, que incluya a la mitad femenina de la población, a la mitad masculina inmigrante y a la mitad proporcional del padrón que no fue a votar simplemente porque no quiso).

Aun así, es cierto que la preocupación por la *nacionalización* va a incrementarse en la coyuntura que examinamos, cuando veremos a fracciones militantes de la burguesía, militantes ya no solo en términos ideológicos, sino sobre todo en términos militares. Es la hora de la Liga Patriótica (1919). Ahora bien, como dijimos, la disputa por la “nacionalidad” es, en esta segunda etapa, una expresión del conflicto de clases. Esas presiones para desplazar la lucha de clases en nombre de la “nacionalidad” se resuelven, como dijimos, en la reforma electoral, no en una propaganda nacionalista masiva. Esos esfuerzos, muy ligados a un actor fundamental en la nueva etapa que se abre con posterioridad a la

Semana Trágica, la Iglesia, se van a reflejar en otras colecciones periódicas, notablemente en *La Novela del Día*, como veremos más adelante. Pero no en *LNS*. Para *LNS* la *nacionalización* no es un problema. No está en el corpus más que en modo marginal. Y no está en el corpus porque no está en sus lectores. Si estuviera en sus lectores, si hubiera un movimiento popular por la “nacionalidad”, la burguesía no tendría que haber inventado la Liga Patriótica ni desarrollado toda la parafernalia institucional y simbólica (como la escuela o el servicio militar) para imponerlo en las masas.

Como señalamos más arriba, la investigación de Fernando Degiovanni (2007), muy ilustrativa a este respecto, examina una polémica en torno a la construcción de la nacionalidad por parte de un aspirante a funcionario del Estado y un aspirante a reformador, es decir, Ricardo Rojas versus José Ingenieros. Ambos buscan producir efectos políticos en torno al problema de la nacionalidad, solo que desde posiciones políticas muy disímiles. Rojas expresa esa tendencia nacionalista que dijimos va a culminar en la Liga Patriótica y *La Novela del Día*: hispanizante, católica y antiobrera. Ingenieros intenta construir un proyecto de nación en clave popular, leyendo ahora la misma historia que Rojas, pero restituyendo lo que este cercena (esas posibles lecturas “de izquierda” del pasado argentino) y, previsiblemente, otorgando un lugar subordinado y menor a lo que aquel pone en primer plano. El texto de Degiovanni ayuda a comprender qué se esconde detrás del debate sobre la nacionalidad: la necesidad de subordinar a la clase obrera/la posibilidad de construir con la clase obrera. Dicho de otro modo, cómo asumir esa nueva realidad que aparece a comienzos del siglo XX y que la burguesía describe como *cuestión social*. Y lo relevante del texto, sobre el que volveremos hacia el final, cuando examinemos el lugar de Ingenieros en el corpus, es que muestra lo mismo que aquí señalamos: que hay un auditorio de “izquierda” muy amplio, mucho más amplio que el “conservador” y cuya constatación se revela cuando vemos la escasa repercusión de la colección dirigida por Rojas y el enorme alcance de la prolijada por su rival.

Es posible que Pierini entienda por *nacionalización* otra cosa: simplemente, que los lectores quieran una literatura que refleje sus intereses. Sería *nacional*, es decir, algo parecido a *color local* del romanticismo. En este sentido, estamos completamente de acuerdo, aunque ello no explica demasiado. Es claro que una literatura que trata temas o problemas que no le interesan a su público, no se vende. Tan claro como que una literatura que habla a su público de aquello le interesa a ese público tiene grandes probabilidades de éxito. Pero eso no dice nada acerca del contenido de las publicaciones. Tampoco sobre la forma en que ese contenido es tratado. *LND* y *LNS* no se diferenciaban en cuanto al contenido, es decir, ambas hablaban de temas que estaban “en el aire” (aunque con diferente énfasis, por supuesto). Se diferenciaban en la forma en que trataban ese material. Se diferenciaban por su programa. Se trata, entonces, de una respuesta correcta, pero insuficiente. Precisamente, lo que intentamos hacer aquí es especificar ese contenido y mostrar que es muy probable que su éxito se debiera a la forma en que era tratado en la colección. Es decir, que el programa político que expresa *LNS* fuera el programa político de su público.

La investigadora ofrece, además de datos sobre la procedencia de algunos autores, una periodización y una caracterización que distingue entre escritores profesionales, ocasionales y provenientes del periodismo. Se muestra allí una disputa entre los que consideraban que era espurio aceptar colaboraciones espontáneas o participaciones de autores que no tenían como profesión la escritura (tal era la postura de Horacio Quiroga) y las necesidades editoriales que publicaban tanto unos textos como los otros. También menciona las filiaciones políticas de algunos escritores que publicaron en esa colección, para concluir que *LNS* es un “espacio de cruces y tensiones” (Pierini 2004: 98).

En el capítulo 6, “La cocina de un editor”, Pierini revela las estrategias de publicación de *LNS*. A partir de una afirmación de Gramsci en la cual el italiano afirma que “una de las actitudes más características del público popular hacia su literatura es esta: no importa el nombre y la personalidad del autor, sino la persona del protagonista” (Gramsci 1961: 149), muestra que la publicación no responde a esa caracterización porque “los editores apelan a una serie de estrategias para fijar en el público la imagen del autor.” (Pierini 2004: 101) Por un lado, la publicación de la foto “a dos tintas del escritor”, operación que se realiza para fomentar el proceso de identificación y verosimilización del texto. Lo dicho en la ficción es creíble en la medida en que cuenta con una cara real que se hace cargo de ello. Pero hay otros recursos más complejos: el seudónimo fijo (Alfredo Palacios Mendoza es Mono Sabio, alternativa o conjuntamente), el heterónimo (un autor publica sus textos con varios nombres diferentes). Los casos de travestismo literario son frecuentes, siendo el más importante el caso de Elsa Norton, nombre bajo el cual se esconden Josué Quesada, Enrique García Velloso y, probablemente, varios autores más. Obviamente, el travestismo está aquí al servicio de la transgresión: textos en los que aparecen temas como el lesbianismo, la infidelidad femenina, la cocaína y otras drogas, triángulos amorosos, el aborto o la defensa del divorcio, suenan más disruptivos cuando la que firma es una mujer, a la vez que sirven para preservar, en cierta medida, la imagen pública del autor en cuestión.

Hay tres cuestionamientos para señalar en este planteo de Pierini. El primero es que, en realidad, Gramsci habla de otro tipo de obras, del folletín por entregas, con un mismo personaje que vive muchas aventuras que no tienen por qué guardar coherencia entre sí: “puede ocurrir que el primer creador del tipo haga morir en su trabajo al héroe y el ‘continuador’ lo haga revivir, con gran satisfacción del público que se apasiona nuevamente”, escribe Gramsci. Solo en este caso es posible que se produzca un fuerte proceso de identificación entre el héroe de la ficción popular y los receptores y que el autor mismo se transmute en héroe. Umberto Eco describe esta interacción dialéctica entre el proceso político de un autor y la producción de su obra y los receptores, que presionan para que se sostengan o se cambien situaciones ficcionales que ya han incorporado a su propia vida (Eco 1998). Así la capacidad y la calidad de percepción del autor pueden modificarse para producir textos que demuestren la sensibilidad estética y la postura ideológica, no solo de sí mismo, sino también de los consumidores. Es la dialéctica entre la forma y contenido de una obra y la demanda del mercado, entre la postura del autor y la de su sociedad. Este no es el caso de *LNS*, que es otro tipo de producción, una obra completa con cada edición. No

obstante, se observan casos de segundas partes y, con más frecuencia aún, textos que (aunque sean de diferentes autores) establecen entre sí una discusión, en un esfuerzo permanente por ofrecer siempre material para el debate ideológico o formular y reformular posiciones políticas.

El segundo cuestionamiento es que no se comprende bien por qué una estrategia de identificación del autor incluye elementos que la diluyen, como el uso de seudónimos y el travestismo. El tercero, que Pierini no parece percatarse de que en este último caso tenemos el uso de elementos propios de la vanguardia estética de la época, lo que contradice una vez más la tesis Sarlo según la cual la literatura popular no podría haber sido capaz de proponer semejante audacia.¹²

En el capítulo siguiente del libro compilado por Pierini que estamos examinando, Paula Labeur analiza las estrategias editoriales de la colección (Pierini et.al 2004). Una de ellas es la de la adaptación de textos consagrados. Según la investigadora, *LNS* pretende, antes que entrenar al lector en pautas culturales, “ofrecer la ilusión de un consumo cultural prestigioso.” A partir del prejuicio de considerar al lector popular como no entrenado, Labeur presume una intención de “ilusión” (consuelo, dado que Labeur parte de la misma base teórica reproductivista de Sarlo) sin prueba alguna. La autora examina también otra estrategia editorial: el marco introductorio que suele acompañar a las narraciones. Dado que funciona como estrategia de verosimilización del episodio que se quiere contar, pues la ficción es propuesta como un episodio autobiográfico del autor, la autora deduce de allí “una concepción ingenua de lo literario” (Pierini et.al 2004: 117). No obstante, su función real es la que ya hemos observado. Es una estrategia tendiente a lograr una triple identificación:¹³ se transmite que son historias posibles (a través de la verosimilización) porque pueden sucederle a cualquiera (al mismo autor, incluso). De allí a que los receptores creyeran que efectivamente le había sucedido al autor hay un trecho... No lo hay si consideramos que ellos podían creer como posibles esos hechos para sus vidas: esa estrategia significa que les podía suceder a ellos. El sustrato teórico del que no se despega Labeur es Sarlo:

“el público al que apunta *LNS* posee una escasa competencia lectora y busca en la colección una literatura de simple entretenimiento, una literatura placentera que le permita pasar de relato en relato sin complicaciones. Esta posibilidad de ‘pasar’ de texto en texto está en relación con la facilidad estilística de las novelas, facilidad que se logra por operaciones editoriales de recorte en el caso de las adaptaciones.” (Pierini et.al 2004:122)

Inclusive Labeur se detiene un paso más atrás que Sarlo, puesto que esa lectura ni siquiera funciona como pasaje a otra de mayor complicación: los lectores simplemente “pasan” de uno a otro texto sencillo a los efectos de entretenimiento. Clausura, incluso, la posibilidad de aprendizaje y superación. Por otra parte, cuando Labeur se refiere a Umberto Eco y sus apreciaciones con respecto al folletín decimonónico para justificar su interpretación “consolatoria” de las adaptaciones en *LNS*, lo lee

¹²Como no fuera por la existencia de una *apropiación*, mecanismo por el cual la cultura popular recorta y retoma ciertas estrategias y modalidades de la “cultura alta”. Desde la perspectiva de Sarlo, esta operación se entiende, además, como una forma de *degradación*.

¹³Nos referimos a la identificación entre autor y narrador y receptor.

sesgadamente: si bien Eco “señala que los acontecimientos deben hallar soluciones que los encaucen conforme a los deseos de los lectores, sin subvertir sus bases”, quitar esta frase del contexto de análisis, lo desvirtúa: según Eco, no se puede afirmar que el folletín tenga siempre ideología reformista o conservadora ni que esa ideología solo pueda generar folletines.

La compilación realizada por Pierini cierra con un apéndice donde se detallan todas las colecciones existentes, quiénes las dirigieron, dónde fueron publicadas y otros datos de interés. Incluye también en el panorama, las publicaciones periódicas teatrales y un listado de obras, autores y fecha de publicación de *LNS*. En suma, desde el punto de vista de la exposición empírica estamos frente a un texto fundamental, que deja el campo abierto a futuras investigaciones.

La tesis doctoral de Pierini, a la luz de este trabajo colectivo, opera como un resumen de los resultados obtenidos por ella y su equipo (Pierini 2006). En este trabajo, la autora no plantea un solo problema, sino varios, componiendo un cuadro que, más allá de sus intenciones, sigue siendo descriptivo. Uno de ellos resalta: que *LNS* es literatura, pero que fue marginada de la historia de la literatura por los efectos ideológicos negativos que se ejercen sobre la cultura popular. Por el contrario, *LNS* sirvió para iniciar a lectores y escritores en la literatura, generando y evidenciando competencias por ambos lados. Los escritores eran profesionales de la pluma, salvo excepciones y tenían vasos comunicantes con los de la “cultura alta”, que también participó del fenómeno.

De una riqueza empírica notable, la tesis, sin embargo, falla a la hora de cuestionar la “tesis” Sarlo. La raíz de esa falla se puede encontrar en tres elecciones discutibles, una de orden filosófico, otra empírica y una última de tipo de lo metodológico. Empecemos por el último. Sarlo ha hecho afirmaciones generales (*LNS* es “sentimental”, sus productores son aficionados y mediocres, su contenido político es conservador y sus lectores, infantiles). Pierini elige como método de refutación ofrecer ejemplos en contrario. El problema es que este método solo puede introducir un matiz, porque unos pocos ejemplos no prueban que, en general, las afirmaciones canónicas no mantengan su validez. Como se verá más adelante, aunque haya diversidad temática, la mayoría de los conflictos dramáticos se inscriben en el campo de lo sentimental. En el mismo sentido, veremos que, por un profesional como Josué Quesada, hay decenas de principiantes. Por un Quiroga, hay decenas de mediocres como Quesada. Por un anarquista, hay decenas de conservadores. Por un texto complejo, hay cientos de textos sencillos, “infantiles”. Es cierto, y la tesis de Pierini lo demuestra, que Sarlo se equivoca en sentido absoluto, pero para demostrar que sus afirmaciones carecen de validez siquiera relativa, resulta necesario cuantificar.

No obstante, el problema no se encuentra en la cantidad de textos que tengan o no las características que Sarlo supone generales, sino en la consideración misma de esos textos que cumplen con la norma “sarliana”. Lo que nos lleva al problema de orden metodológico que se desprende de aquí: su limitación al análisis externo de las novelas. Pierini no desarma las historias para buscar sus núcleos temáticos fundamentales, perdiéndose, de esa manera, la posibilidad de encontrar las regularidades que exhibe el corpus. Dicho de otra manera, trata al corpus no como una totalidad sino como una sumatoria.

Este problema de orden metodológico resulta complicado por otro de orden empírico. Pierini no interpreta correctamente el sentido de la coyuntura que examina y mezcla dos períodos muy distintos: uno que es el más álgido en cuanto a lucha social se refiere (1917-22) y otro que es uno de los más pobres en el mismo sentido (1923-26) y sucede a una reacción política e ideológica de una magnitud notable. Siguiendo la interpretación “conservadora” de Gutiérrez y Romero, invisibiliza la peculiaridad de la primera etapa, al sumergirla en la misma interpretación que tal vez solo sea correcta para la segunda. En ese contexto ideológico imaginado, fuertemente conservador, resulta difícil entender cómo puede surgir y tener éxito una propuesta política de signo opuesto. En este punto, Sarlo vuelve a superar al trabajo que la sucede, porque lo suyo es coherente con este presupuesto político.

Por último, Pierini se apoya recurrentemente en el Gramsci donde abreva también la lectura canónica, lo que resulta contradictorio. En efecto, esa lectura de Gramsci es fuertemente reproductivista y abona teóricamente lo que Sarlo defiende. Curiosamente, la posición general de Pierini podría caracterizarse como teóricamente populista y cercana a Michel de Certeau, en tanto pareciera defender la hipótesis de que el lector siempre lee lo que quiere y que no existe un criterio válido para separar lo que es y lo que no es “literatura”, algo que parece expresarse en la cita de Drucaroff en la que simplemente se dice que todo lo que se vende es literatura. Por otra parte, para Sarlo esto es literatura, solo que mala. Se trata entonces, de una discusión falsa.

En conclusión, si aceptamos el trabajo de Pierini como el más avanzado, ello nos permite y nos obliga a ir más allá. De lo contrario, una tesis no tendría sentido. Creemos que podemos avanzar si, tomando la riqueza empírica de Pierini y el marco de reflexión de Sarlo, examinamos de nuevo el corpus a partir de otro marco teórico, otra lectura de la coyuntura y otro método para tratar el material. De eso hablaremos en el capítulo siguiente.

Al cierre de esta tesis nos encontramos con el texto de Mercedes Alonso (2020), que examina nuestras posiciones junto con las de Pierini y Sarlo, a propósito del análisis comparativo del fenómeno de la narrativa popular en Argentina (hebdomadaria) y Brasil (*literatura de cordel*). Más allá de consideraciones que no agregan demasiado a lo que ya señalamos, en tanto su objeto de estudio no es del mismo tipo que el nuestro, Alonso hace algunas afirmaciones sobre nuestro trabajo que nos interesa examinar. En primer lugar, nos adjudica, erróneamente, la idea de que el escritor de *LNS* sería “proletario”. En realidad, lo que señalamos en el texto de nuestra autoría criticado por Alonso (López Rodríguez 2011), es otra cosa: que los escritores pequeñoburgueses sienten en carne propia muchas de las vicisitudes por las que pasan sus lectores, debido a las tendencias proletarizantes que los atraviesan. Decir que la pequeña burguesía teme la *proletarización* no es lo mismo que decir que ya es proletaria. Por último, la autora también cuestiona nuestra afirmación acerca del carácter, ahora sí, efectivamente proletario, del lector, refugiándose en el concepto de “sectores populares” de Luis Alberto Romero y en la vieja conceptualización germaniana de “clase media”. Es decir, no se trata de una verificación propia, producto del examen de la estructura de clases de la sociedad argentina durante la época examinada,

sino de la repetición de un axioma no verificado. Sobre esto, solo diremos que la idea de una sociedad masivamente pequeñoburguesa (eso quiere decir “clase media”) a comienzos del siglo XX no se verifica en ninguno de los análisis de los especialistas en el estudio del proletariado y del movimiento obrero, y que el propio concepto de “sectores populares” ha sido sometido a crítica suficiente ya como, para por lo menos, no otorgarle el valor de *cosa juzgada*.¹⁴ Sobre la naturaleza de clase del lector, ya no de segunda mano, sino directamente, nos explayamos en el capítulo respectivo.

Veamos ahora el método con el que encararemos el trabajo para revisar luego la hipótesis.

4. El método de esta tesis

El punto de partida de nuestra investigación es tomar el fenómeno (*LNS*) como una totalidad, es decir, como un corpus que expresa, *grosso modo*, una unidad de criterio. La validez de este planteo se apoya en que es una empresa editorial que produce un objeto cultural que es consumido como tal: en serie y como totalidad. No se lee un conjunto de libros al azar, sino una selección que ha sido preparada con algún criterio y que revela, por lo tanto, un programa. De hecho, tanto Sarlo como Pierini parten del mismo criterio, solo que lo tratan con otro método, que podría denominarse “del caso representativo”, es decir, asumiendo que algunas novelas revelan la naturaleza del conjunto (Sarlo) o que desmienten toda regularidad (Pierini).

El segundo presupuesto es que esa unidad, ese programa, no se encuentra de manera explícita, en la palabra directa de los editores, sino implícito, oculto, en el contenido de las obras. Más específicamente, en los conflictos sentimentales que en ellas se exponen. De allí la necesidad de desarmarlas para encontrarlos. Bucear dentro de las obras, por debajo de las firmas autorales, buscando lo que se dice sin decir en los conflictos sentimentales, esa es nuestra tarea. El objeto de análisis no es la novela como producto, sino el conflicto sentimental.

El tercero consiste en aislar y cuantificar una serie de variables que en su cruce y en su posición relativa dentro de un sistema ideológico de fuerzas constituyen un discurso dominante en el interior del corpus.

El cuarto presupuesto parte de la convicción de que ese discurso no puede interpretarse sino en el marco de la matriz social que lo produce y que él mismo interpela. Esa matriz social corresponde no solamente a las relaciones sociales fundamentales (las clases sociales) sino a algunas secundarias que aparecen aquí con particular relevancia dada la naturaleza del corpus (el sistema sexo-género).

¹⁴Para una crítica detallada del concepto de “sectores populares”, véase Sartelli, (2022); para estudios sobre fracciones específicas de la clase obrera, Kabat (2005) y Bil (2007); sobre la centralidad de la clase obrera en la vida político-social del período, Rapalo (2012) y McGee Deutsch (2003); sobre el “clasismo” cultural, Karusch (2013).

El quinto consiste en separar qué se dice de quién (el análisis de clase del punto anterior), de quién dice lo que se dice: el análisis de clase de los autores de las obras en tanto clase y no en tanto individuos.

A partir de estos supuestos, es posible armar una red de datos que represente el conjunto de los conflictos sentimentales que aparecen en las obras del corpus. Esa “red”, que se corporiza en una base de datos que se ofrece en el apéndice correspondiente, es el objeto ideal al cual le preguntaremos por lo que nos interesa: ¿quién ama a quién?, ¿cuáles amores son válidos y cuáles no?, ¿qué pasa con los que transgreden las normas?, ¿hay alguna expresión del conflicto de clases?, ¿qué posición asume el corpus en ese conflicto? Creemos que esta metodología permite resolver algunas cuestiones, en tanto cuantificación y análisis objetivo, que quedan en suspenso en los desarrollos anteriores, en particular las limitaciones del método “del caso representativo”. Permite saltar entonces también el problema de lo que el autor cree que está diciendo o debiera decir (o lo que debiera esperarse, desde una posición de clase, que él diga) y lo que realmente dice.

Este análisis debe completarse con uno de tipo cualitativo, destinado a examinar un conjunto de obras y autores que surgen del análisis anterior como los más representativos o, como diremos aquí, como su “dirección” política. El último capítulo estará destinado a este ejercicio, a partir de las obras de José Ingenieros, Josué Quesada, César Carrizo, Pedro Sonderegger y algunos más, que resumen en sus textos el “programa” que expresa la colección.

Un punto aparte merece el problema de la “lectura”. En efecto, tratar de entender cómo leyeron sus lectores ese programa presupone un desafío importante. Si bien resulta difícil acercarse al lector común y corriente, al que no deja su registro por escrito, es posible reconstruir algo parecido a esa experiencia siguiendo el método de los “indicios” (siempre indirectos)¹⁵. Por un lado, examinaremos las posiciones explícitas de diferentes “lectores” calificados de la época, desde los propios escritores hasta los críticos profesionales. Expondremos, no obstante, las posturas de algunos lectores poco comunes pero alejados tanto del mundo de la producción como del lector más “popular”, junto con otros que, siendo calificados por la militancia sindical o política, se asemejan más a lo que buscamos. Para tener una idea más clara de la posible lectura de “cocheros y verduleras” y otros habitantes del universo de *LNS*, vamos a colocar sobre la mesa buena parte del conocimiento histórico disponible sobre la clase obrera de la época y su experiencia vital. Por último, ofreceremos un testimonio que, para nosotros, expresa lo que consideramos la lectura más probable del corpus que examinamos y refleja, de alguna manera, la estructura de sentimientos de la época (Williams 1980).

¹⁵En este punto nos basamos en los presupuestos de la teoría estética de la recepción, uno de cuyos aspectos examina Sarlo en *El imperio de los sentimientos*. Allí la autora expone (a partir del análisis de algunas obras) cuál es el *horizonte de expectativas* de los lectores de *LNS*. Nosotros nos encargaremos de analizar el horizonte de expectativas en todo el corpus, sin realizar selección ni recorte y articularemos, además, con el horizonte de experiencias, exponiendo casos de lectores de la época. Cfr. Jauss, Hans Robert: “Estética de la recepción y comunicación literaria” en *Punto de Vista* n° 12, julio-octubre 1981.

La construcción de la base de datos

Puede resultar extraño, sobre todo en estos días, que una tesis sobre la literatura popular se proponga como un estudio “cuantitativo”. Sin embargo, el carácter seriado de la producción no solo invita a ello, sino que lo exige. Esta tesis toma su inspiración de los análisis estructuralistas de los relatos folclóricos, en particular, de la obra de Vladimir Propp. Decimos “inspiración”, porque es nuestro punto de partida metodológico: en una producción seriada es posible encontrar una regularidad oculta que expresa una verdad común a todas, una estructura general siempre presente.

En primer lugar, hemos construido el corpus separando, de todas las colecciones, una particular, como ya hemos explicado, la más importante, *LNS*. De ese conjunto, hemos excluido aquellas que no tienen ni tema ni ningún episodio de orden sentimental. Nuestro corpus resulta ser, en primera instancia, entonces, todas las novelas de *LNS* que son de tema sentimental o contienen en su trama algún episodio amoroso. Este núcleo no es, sin embargo, el objeto directo de nuestro análisis. Dicho objeto es la totalidad formada por las unidades que llamamos *conflictos*. Lo que vamos a tratar cuantitativamente son, entonces, los *conflictos sentimentales* que aparecen en las novelas semanales elegidas. El conjunto de conflictos es mucho mayor que el de novelas sentimentales, no solo porque hay conflictos en novelas no sentimentales, sino porque cada novela contiene, usualmente, más de un conflicto. Ese es nuestro objeto de estudio.

Nuestro corpus, entonces, no está constituido por las novelas de un género específico (“sentimental”) sino por un tipo de conflicto específico (el “sentimental”). Un conflicto (en este caso, sentimental) es un nudo de relaciones contradictorias generadoras de la trama. Precisamente, en su carácter contradictorio nace el movimiento que da lugar a la acción necesaria: los personajes se enfrentan a situaciones conflictivas en relación con sus sentimientos (quieren a la persona “equivocada”, carecen de las condiciones materiales para realizar su deseo, son víctimas de su condición social y/o de sexo-género, etc.). Un *conflicto sentimental* expone la crisis de una relación que une (o debería unir) a dos personajes. Porque están en esa situación contradictoria, los personajes se ven obligados a actuar, a hacer algo. Para ello deben tomar decisiones. El conflicto sentimental es una situación contradictoria que fuerza a los personajes a tomar decisiones y enfrentar sus consecuencias. De allí surge una “moraleja”, un mensaje acerca de cuáles son las posibles acciones ante circunstancias parecidas. Dicho de otro modo, el corpus, en su serialidad, encierra una *educación sentimental*. O como decimos aquí, un *programa*: un conjunto de preceptivas que, de alguna manera, indican qué hacer para obtener el mejor resultado ante la disyuntiva planteada por un conflicto sentimental.

Para encontrar ese programa es menester observar quiénes son y qué hacen los personajes en torno a esos conflictos. Los personajes expresan posiciones de clase, actúan de determinada manera, reaccionan a los mandatos sociales de una forma específica, representan ciertos valores morales, son vistos de determinada manera por la sociedad en su conjunto o por agrupamientos específicos (su familia,

su entorno social, etc.), reciben o no castigos y/o premios, buscan determinados objetivos y los alcanzan o no, se enfrentan a problemáticas presentes en la vida social que resultan relevantes para los lectores, son valorados positiva o negativamente por los autores y/o narradores, etc. Todo esto está presente en cada conflicto sentimental. Cada uno de estos elementos puede ser separado y sometido a un tratamiento cuantitativo. Ese tratamiento cuantitativo se expone a partir de la red de datos, a partir de nuestra base. En efecto, la base se construye separando cada dato importante en cada conflicto. Para tratar ese universo, hemos procedido a analizarlo, en el sentido literal de la palabra, dividirlo en una serie de partes componentes cuya presencia o ausencia es consecuencia de una anotación en una tabla de múltiples entradas de una planilla Excel (que puede verse en el desplegable al final de la tesis). En un eje, la novela por su título y en orden de aparición. En el otro, las variables de análisis. Cada “1” en cada casillero indica la presencia del componente en el conflicto que se trata. Su ausencia indica que el componente en cuestión no está presente en dicho conflicto. Primero, en qué tipo de novela está presente el conflicto (sentimental, no sentimental, otra). Segundo, si se trata de un conflicto entre clases (cuando los participantes del mismo pertenecen a clases sociales distintas), o dentro de una clase (cuando los participantes pertenecen al mismo estrato social). Tercero, la valoración positiva o negativa que el texto ofrece de cada personaje. Cuarto, el obstáculo que se interpone entre los amantes y es motor de la acción (los prejuicios sociales, la no correspondencia, etc.). En quinto lugar, los personajes en su descripción fenoménica (profesional –maestra, costurera, obrero, médico, empresario, etc.- o social/cultural –dandy, niño bien, anarquista, etc.). Sexto, el tópico que organiza la reflexión sobre el conflicto, es decir, la “morableja” que se desprende del texto (“billetera mata galán”, “el amor todo lo puede”, etc.). Séptimo, el desenlace, positivo o negativo, de la historia. Octavo, los personajes sancionados o premiados. Noveno, los responsables de los resultados negativos y positivos. Por último, la presencia o no de un personaje particular, el “depredador” y sus víctimas.

La base permite no solo detectar la cantidad de veces que un elemento aparece en el universo (cuántos obreros son castigados por pretender a una burguesa o cuántas “bellas pobres” aparecen en el corpus, por ejemplo), información que es brindada por el total de cada columna, sino también reconstruir el contenido de cada novela. En efecto, cada línea horizontal dentro de la tabla de Excel, desglosa el o los conflictos que aparecen en cada novela (sea sentimental o no) y ofrece una descripción exhaustiva del contenido. Tomaremos un caso para ilustrar lo dicho. En “Amar al vuelo”, de Sara Montes, Leónidas Rauch conoce a Violeta Soler y se enamora de ella. Él es poeta; la chica, maestra. Pero el conflicto se desata porque el muchacho está comprometido con Josefina, una joven de la alta sociedad. Cuando Violeta queda embarazada y la novia se entera, ella, lejos de sentirse ofendida, le plantea la separación porque sabe que Leónidas ama a la maestra. Así, se desenlazan ambas historias amorosas: Leónidas y Violeta ponen una escuela primaria y viven felices con su hijo. Si prestamos atención a los detalles, veremos que tienen una mucama o cocinera, pero que ambos trabajan en sus respectivas profesiones. Entonces los “1” se distribuirán de la siguiente manera: desglosaremos dos historias, pues hay dos

conflictos sentimentales, uno entre Leónidas y Violeta y otro, entre Leónidas y su prometida. En la primera historia, desplegaremos la pertenencia de clase, ambos son pequeño burgueses. En la segunda historia tendremos un PBV (Pequeño Burgués Varón) y una mujer burguesa. Obtendremos así un conflicto intraclase y otro por fuera de la clase. Sumaremos también la valoración que hace el narrador de sus personajes: en este caso, los tres son “buenos”. Los obstáculos / motores en el caso de la historia con la novia burguesa son: la “infidelidad”, la “diferencia de clase social”, la “no correspondencia”, la “presencia de más de un/a candidato/a” y el “conflicto entre el matrimonio y el amor”. En la historia con Violeta el único obstáculo es la “presencia de más de un/a candidato/a”. En el cuadro marcamos también la ocupación de cada personaje y cuál es el tópico de la novela (en este caso “El amor es más fuerte” que las convenciones sociales) para ambos conflictos. Colocamos un “1” en la historia de Leónidas-Violeta en desenlace positivo y un “1” en el conflicto Leónidas-Josefina, con desenlace negativo. Él es premiado en su historia con Violeta, al igual que la maestra. En cambio, la burguesa es “sancionada” pues pierde el amor. Los responsables del resultado positivo de la historia entre el poeta y la maestra son tanto el joven como Josefina.

Este conjunto de variables da lugar a múltiples combinaciones, que serán exploradas en los capítulos 7, 8 y 9, donde se concentra el grueso del análisis cuantitativo. Veremos que emergerá de allí un escenario muy complejo, que puede ofrecer una perspectiva distinta de la ofrecida hasta ahora por la bibliografía sobre el tema. Una imagen que revela qué es lo que *LNS* quiere decir a lo largo de casi 300 textos individuales. Es decir, emergerá de allí el programa de la producción.

5. Conclusiones

El problema central que tenemos por delante es explicar las razones del éxito de una colección particular de textos que tuvieron circulación masiva. Es obvio que la alfabetización y el abaratamiento de costos colaboran para comprender el carácter masivo y popular de las “novelas semanales”. Pero ello no es suficiente para entender por qué una sola colección, precisamente la que da nombre al fenómeno, *LNS*, tuvo la centralidad que tuvo en dicho éxito editorial. Como ya señalamos, no tiene que ver ni con su carácter ecléctico y nacionalista, ni con su naturaleza conservadora. Consideramos que el éxito de *LNS* hay que buscarlo en su programa político, que encaja perfectamente con el que domina en el “campo popular” de la época, un escenario ubicado desde el centro hacia la izquierda del espectro ideológico.

Estos textos reciben las preferencias de las masas por su naturaleza contradictoria. Más que *literatura de evasión*, exponen la contradicción entre los deseos y las posibilidades humanas bajo el capitalismo. Esta literatura popular no puede ser sino crítica porque la coyuntura en la que circulan está marcada por un recrudescimiento de la lucha de clases y sobredeterminada por los efectos de la Revolución rusa. Es decir que el público lector tenía esas competencias políticas adquiridas, más que en libros, en la vida real. Esa es la razón por la cual esta experiencia editorial constituye un verdadero

campo de lucha ideológica en el que se expresan casi todas las corrientes políticas existentes en ese período.

Examinaremos entonces el lugar de los sentimientos en la sociedad en que vivimos, es decir, la relación sentimientos-capitalismo. Del examen de dicha relación podemos postular que la popularidad del género sentimental se encuentra en el hecho de que el género concentra su atención en la contradicción existente entre la universalización de los sentimientos (la ideología del amor burgués: “todos somos iguales, el amor supera todas las barreras”) y las relaciones sociales fundamentales, la división real de los seres humanos en clases sociales. El amor es, por tanto, en estos textos, el sentimiento universalizado y esencialmente humano, pero que en una sociedad en la cual las posibilidades de cada individuo dependen de la situación económica en la que se encuentre (su posición de clase) nos enfrenta, por esa misma razón a cada paso con un nuevo obstáculo. El amor es universal, pero las formas que adopta el amor dependen de la sociedad en la que se desarrollen privilegiadamente. Por eso el amor es también un campo de disputa en la lucha de clases. Esto es lo que hace que la literatura sentimental tome un sesgo realista y crítico. La importancia de examinar este corpus radica, precisamente, en que su temática es mayoritariamente sentimental. No es extraño que *LNS* exprese esta temática en tanto tiene receptores populares a quienes les cuesta más asumir la igualdad del amor.

Por lo tanto, tomaremos como observable la literatura popular periódica de carácter sentimental: hablaremos de novelas de amor puesto que, lejos de constituir un pasatiempo, son una de las formas que asume la reflexión sobre la constitución misma de la sociedad. El tema literario que estudiamos atañe al mundo de los sentimientos como expresión de la conciencia del ser social. De allí que, para hablar del amor, como de cualquier otro sentimiento, vale lo que hemos dicho para la literatura: en tanto expresiones de las relaciones sociales, su representación es, en consecuencia, un documento del estado de la conciencia en un momento dado. Entonces, al estudiar las novelas sentimentales en el período elegido, pretendemos estudiar un momento en el desarrollo de la conciencia de las clases sociales que participan del hecho estético, en tanto productores y/o receptores. Qué se piensa del amor, cuáles son sus reglas, qué prohibiciones y tabúes se interponen, habla de la situación de la lucha de clases en una sociedad dada. En concreto, queremos estudiar qué inflexiones produce en la literatura amorosa una coyuntura marcada por el fenómeno de la revolución social. Aunque la temática del feminismo y la historia de la mujer y la sexualidad (estudios feministas) formarán parte de nuestra investigación, serán solamente temas complementarios, puesto que nuestro eje de análisis se encuentra en una historia de los sentimientos.

Nuestra hipótesis es que *LNS* de tema amoroso pone de manifiesto la profunda crisis de conciencia que se abate sobre el mundo como expresión de la crisis de las relaciones sociales generales que comienza con la Primera Guerra Mundial. De allí que su principal tema sea el de las posibilidades de la revolución o, dicho en otros términos, la crisis hegemónica, y que la disputa en torno al “amor”

(quiénes deben o pueden amarse o no y cuáles son los premios o castigos correspondientes) sea, en realidad, una disputa por la conciencia de la situación y, por lo tanto, por las soluciones a la crisis.

Capítulo 2

Del amor y del pueblo

El análisis de la literatura popular de carácter sentimental y de tema amoroso presupone que sabemos qué quiere decir “sentimiento” (en particular, “amor”) y “popular”, es decir, “pueblo”. Sin embargo, ambos conceptos tienen no solo una larga historia, sino que han generado debates interminables. No podemos seguir adelante, por lo tanto, sin explicitar qué definiciones serán las que preferiremos y las razones por las cuales las elegimos. Dedicaremos este capítulo a describir las características que constituyen el conflicto amoroso en la cultura popular. En primer lugar, nos referiremos a la problemática de los sentimientos. En la segunda parte de este capítulo, discutiremos las posiciones con respecto a lo popular.

1. Del amor

La literatura sentimental se considera casi sinónimo de “amorosa”. Por eso motivo, concentraremos este trabajo en uno de todos los sentimientos humanos, el amor. Obviamente, hay muchas variantes del amor: el amor filial, el amor fraternal, el amor maternal o incluso la amistad. Aquí nos concentraremos en el amor de pareja.

¿Qué es el amor? ¿Cómo se origina? ¿Cuáles son sus representaciones históricas y sus formulaciones más corrientes? En definitiva, ¿por qué el amor es un problema para gran parte de los seres humanos y por qué es un problema, por lo tanto, para la investigación científica? Estas son las preguntas más comunes que disparan los más diversos análisis y propuestas explicativas.

En la rica y vasta bibliografía que tiene lo sentimental como tema de análisis e investigación, podemos encontrar tres vertientes. Por un lado, las teorías que entienden al amor como una manifestación puramente fisiológica; por otro, las que lo consideran exclusivamente como una representación simbólica, como una construcción discursiva o un idealismo de base psicoanalítica-religiosa y, al final, la perspectiva antropológico-materialista que aceptaremos como propia.

La mirada biológica del amor comete el error teórico y metodológico conocido como reduccionismo: partiendo de la base de que, obviamente, los seres humanos somos entidades biológicas y que, por lo tanto, todas sus funciones vitales tienen de un soporte corporal, reducen las actividades humanas a expresiones de algún nivel del organismo (genético, hormonal, orgánico, etc.). Los sentimientos se limitan a los instintos, los valores éticos a respuestas etológicas, la política a la genética.

La dimensión de lo social como un ámbito que hunde sus pies en lo biológico, pero tiene sus propias reglas, desaparece. Se cae así en el materialismo vulgar, que no es más que una variante del idealismo. En efecto, la materialidad concreta de la humanidad es, no solamente su soporte biológico, sino su organización social: los cuerpos biológicos se reproducen socialmente, luego, un cuerpo solo existe como cuerpo social.¹⁶

La segunda posición, en la cual la cultura es el fundamento del amor, cae al igual que la biologista, en el reduccionismo, aunque de signo contrario: según esta línea, los sentimientos, y el amor en particular, son construcciones puramente culturales. La cultura aparece autodeterminada, sin bases materiales, en particular limitada a un fenómeno del orden de lo lingüístico o lo psicoanalítico, cuando no a la religión. Dado que el amor fue abordado como problema por la filosofía en general (y la filosofía del lenguaje en particular), por la semiología y por el psicoanálisis en innumerables ocasiones, mencionaremos solamente algunos ejemplos paradigmáticos en estos campos del conocimiento.

Roland Barthes, semiólogo estructuralista que abrevó en el psicoanálisis lacaniano y la filosofía de Jacques Derrida, escribió en 1977 un libro que se convirtió en un clásico del ensayo acerca de nuestro tema: *Fragmentos de un discurso amoroso* (2002). En ese libro, sostiene que, dado que el amor es una experiencia que va contra la corriente ya que los poderes sociales terminarán sumiéndonos siempre en la soledad, la única posibilidad de afirmación de ese sentimiento es antes que un diálogo, un monólogo: el sujeto que ama es el que habla y el amado es un objeto que, pasivo, no solamente no habla, sino que tampoco es capaz de entender el amor. No hay reciprocidad posible, no hay comunidad amorosa posible, únicamente la expresión de figuras (retóricas), vertidas sin lógica alguna y que nada más pueden remitir a otros discursos (recuerdos, lecturas, autores, la palabra de algún amigo). Metodológicamente, Barthes compone un pastiche que adereza a su gusto y arriba a la conclusión de que el hecho amoroso mismo es imposible, conclusión que, dada la posición metodológica del autor, es inverificable.

En el amplio campo de los estudios culturales del siglo XX, Julia Kristeva es una de las exponentes más significativas; con una base de filosofía, aunque anclados fundamentalmente en el psicoanálisis lacaniano, sus trabajos son, antes que investigaciones, ensayos que encaran críticas literarias, estudios de género y análisis políticos. Si bien sus escritos ya han sido cuestionados en virtud de la falta de rigurosidad científica típica del post-estructuralismo,¹⁷ expondremos su posición con respecto al tema que nos ocupa, precisamente porque su obra tiene una repercusión, un prestigio y una influencia académica que no puede ignorarse. De toda su producción tomaremos *Historias de amor*, un texto que, aun cuando la autora no se lo proponga, construye una teoría sobre el amor. (Kristeva 1997) Según Kristeva, el amor es un transporte de sentido (metáfora) y un transporte de sí mismo, un fuera de

¹⁶La crítica al reduccionismo biologista que realizaremos aquí se apoya fundamentalmente en Richard Lewontin y Stephen Jay Gould. Véanse los textos citados en la bibliografía.

¹⁷Sokal, Alan y Jean Bricmont: *Imposturas intelectuales*, Paidós, Barcelona, 1999. Véase el capítulo 2, en el cual se desarrollan las críticas a la superficialidad de los trabajos de Kristeva, producto del uso indiscriminado, ambiguo y no pertinente de conceptos provenientes del ámbito de las matemáticas.

sí. Partiendo de estos presupuestos, ¿puede comprenderse lo que dice el otro (o lo que siente el otro y lo transmite a través de su discurso)? Inversamente, ¿cómo transmitir eficazmente, entonces, al otro, mi transporte amoroso? ¿Es el amor esencialmente solitario porque el lenguaje es impotente para expresar lo que se siente? ¿Es el amor posible? Según la autora, el amor se manifiesta como transferencia, vale decir como metáfora (figura del discurso) y, por lo tanto, puede realizarse como religión, como psicoanálisis o como poesía. Solamente tres experiencias humanas podrían ayudar a paliar los desgarros provocados por la constante falta de amor: la actividad poética, la práctica religiosa y la práctica psicoanalítica. El cura, el psicoanalista y el poeta son los elegidos del mundo de hoy, son los únicos seres que pueden religarse y religarnos en nuestra calidad de seres humanos. Las manifestaciones del amor no son ningún tipo de acción, sino que son del orden de lo Imaginario.

En realidad, las formas del amor tuvieron, tienen prohibiciones y limitaciones según las sociedades en que esas formas se desarrollen. Esto significa que, en primer lugar, habrá que estudiar las sociedades en las que esas formas se desarrollaron para comprender esas formas de amor. Análisis social que Kristeva no realiza porque desdeña el estudio de la realidad más allá del discurso. Una caracterización del amor que no tiene en cuenta la materialidad humana, ni sus determinaciones, ni sus necesidades más generales en la vida social, sino que, por el contrario, partiendo de bases filosóficas idealistas, se transforma en una concepción elitista y aristocrática del amor. De la propuesta de Kristeva se extrae una política que sienta sus bases en el irracionalismo, el individualismo, el idealismo y el protofascismo nietzscheano.¹⁸

En suma, para los autores que enfatizan la explicación biológica, los sentimientos no tienen historia. O lo que es lo mismo, que las formas en que se expresan, se manifiestan y se ponen en práctica son eternas. Por su parte, aquellos que consideran que la construcción social es todo lo que constituye los sentimientos, olvidan la *animalidad* en lo humano. Esta operación que consiste en separar, fragmentar, hace que los sentimientos sean o inmodificables o intransferibles. Este hiato, aparentemente insalvable, se resuelve si entendemos al ser humano en su totalidad dialéctica.

Veremos ahora las posiciones que ubican el fenómeno amoroso en el mundo de las relaciones reales, sin hacer abstracción de su base biológica ni de la mediación discursiva que expresa determinantes psicológico-psicoanalíticos. Los sentimientos brotan de esa base, pero son modelados y transformados por las relaciones sociales. Desde esta perspectiva, el amor no solo es posible, sino comprensible, amén de que ayuda a explicar las necesidades humanas y la forma de resolverlas, porque constituye la esencia del ser humano: somos primariamente genéricos. (Zazzo 1975: 62) O, lo que es lo mismo, el ser humano es un ser social.

¹⁸Tomamos la conceptualización que hiciera Georg Lukacs del lugar de Nietzsche en la filosofía alemana. Nietzsche es caracterizado como el “fundador del irracionalismo del período imperialista”. Cfr. Lukacs, Georg: *El asalto a la razón*, Grijalbo, México, 1983, capítulo III.

En esta línea, Henri Wallon formula su teoría sobre psicología genética de la personalidad, teniendo en cuenta la irreductibilidad de lo biológico y lo sociológico. Ambos aspectos se integran y forman parte del ser humano. Para Jean Piaget, el niño parte de una etapa autista y egocéntrica hasta el momento en que empezaba a reconocer a los demás como seres análogos a sí mismo con los cuales comenzaría a relacionarse. Por el contrario, según Wallon, el hecho de ser social no se impone desde fuera luego del nacimiento, sino que es esencialmente social por su estructura biológica misma: “La naturaleza social del hombre no se sobreañade pues por influencias exteriores: en lo biológico está ya inscripto lo social como una necesidad absoluta”. En palabras del propio Wallon, “el individuo, si se aprehende como tal, es esencialmente social. Lo es no a causa de contingencias exteriores, sino a causa de una necesidad íntima. Lo es genéticamente.” (Wallon 1965:16) Así, el otro no me resulta completamente ajeno, pues “la relación entre el *yo* y *los otros* se establece por intermedio del *otro* que todos llevamos en nosotros mismos.” (Wallon 1965: 59) Wallon define a este otro social como *otro íntimo o socius*.

Este punto de partida rompe de entrada con todas las aporías del biologismo y del culturalismo: el ser humano es libre de su base biológica gracias a ella misma, por su capacidad de crear nuevas condiciones; la comunicación es posible porque el ser humano es naturalmente social.

En uno de sus ensayos, el marxista inglés muerto prematuramente en la Guerra Civil Española, Christopher Caudwell, desarrolla una perspectiva dialéctica sobre el amor. En primer lugar, señala que el amor es una construcción, una idea variable históricamente; a su vez, el componente clave que historiza al amor son las relaciones sociales. La definición que brinda es amplia, pero no por ello menos valiosa: “El amor, a menos que se restrinja la palabra al modelo de conducta especializado que depende de las instituciones particulares del matrimonio y la propiedad de nuestro período histórico, es el nombre que da el hombre al elemento emocional en las relaciones sociales.” (Caudwell 2008: 67)¹⁹

Es así que el amor (y también la sexualidad) está constituido por formas que cambian según las relaciones económicas que dominan la sociedad. La sociedad burguesa pretende hacernos creer que bajo el capitalismo somos más libres porque se han transformado los modos de producción, pero los vínculos son solamente una ilusión mediada exclusivamente por el dinero, la objetivación de las personas y la fetichización de las relaciones.²⁰ En la medida en que se sanciona que la libertad individual y el amor apasionado son requisitos para la felicidad y a la vez esa libertad no se puede lograr porque el capitalismo se funda en la desigualdad económica, nos encontramos frente a una contradicción que contiene en sí la imposibilidad de lograr la felicidad que se exige, la dificultad omnipresente de obtener el amor, uno de los más grandes logros de la civilización. Por eso, los obstáculos y las dificultades para el amor, cuando no la imposibilidad para alcanzarlo son los temas favoritos del arte de nuestra sociedad. Y es el tema

¹⁹Cabe mencionar que Caudwell fue una fuente reconocida en los años 60 y 70 en la Argentina; David Viñas integra alguna cita de su obra como epígrafe en sus libros de esos años.

²⁰El nacionalismo, el patriotismo o la ciudadanía son formas ideológicas que pueden generar sentimientos de unidad entre las personas, pero nunca ternura y, por supuesto, están muy alejadas del amor que transforma el mundo.

que más preocupa y más convoca: vivimos preocupados por alcanzar una forma de amor que en este sistema económico se vuelve virtualmente imposible, en especial, para la clase obrera. El amor, la expresión del carácter necesariamente social de la vida humana, se degrada junto con la crisis de las relaciones que estructuran esa misma vida. Solo la revolución puede, concluye Caudwell, construir una forma de amor superadora del amor apasionado como cemento de las relaciones de una sociedad superior.

Un problema, que no empaña en lo sustancial el eje del análisis de Caudwell, puede dejarse asentado aquí. Por un lado, el autor subsume distintos tipos de afectos o sentimientos (la amistad, el altruismo, la solidaridad, el compañerismo, la militancia, la religiosidad) en uno solo, el amor. Homologa también diversas clases de amor, el amor de pareja, el paterno-filial. No obstante, aun cuando establezcamos esta distinción, el análisis de Caudwell sigue en pie: el amor es una forma ideológica que tiene fundamentos materiales, pues es una necesidad humana. O, lo que es lo mismo, es una construcción, bajo ningún concepto prescindible, cuyas formas dependen de la sociedad en que nos encontremos, pero que siempre brota del carácter social de la vida humana.

La caracterización que adoptamos entonces para examinar el vínculo amoroso deberá comprenderse dentro del marco de una antropología marxista. Ágnes Heller, en *Historia y vida cotidiana* y *La revolución de la vida cotidiana*, sintetiza y desarrolla el camino abierto por Wallon y Caudwell. En primer lugar: los valores humanos son variables históricamente, pues en tanto producto social, dependen de la estructura social y económica de una época. En segundo lugar, y como consecuencia de esto, habida cuenta de que el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción modifican las relaciones sociales en general, va de suyo que “ciertas relaciones de producción [...] contienen abstractamente una posibilidad axiológica superior a las que las han precedido, pese a lo cual no la actualizan enseguida.” (Heller 1972: 55)

Junto con esta posibilidad del desarrollo de valores, las relaciones de producción en sociedades de clase producen, inevitablemente, ideología. De este modo, la sociedad que ha sabido desarrollar más que ninguna las fuerzas productivas, se mantiene a fuerza de explotación y de reproducción de la ideología de la clase dominante. La esfera de los prejuicios es siempre la vida cotidiana, sea cual fuere el contenido del prejuicio.

Donde mejor desarrolla la filósofa húngara sus ideas, estrictamente vinculadas al tema que nos ocupa, es en *Teoría de los sentimientos* (1980c). El eje de su posición parte del rechazo a la dicotomía entre sentimiento y razón. Desarrollada por Kant, Weber y Freud, esta dicotomía intentó saldarse por dos vías distintas: o se privilegió el racionalismo instrumental por sobre los sentimientos (la psicología positivista o conductismo) o a los sentimientos por sobre la razón (Jung). Dado que ninguna de las dos posturas ha sido superadora, Heller considera que la relación entre sentimiento y razón es aún la pregunta del siglo XX, porque hay que demostrar no solamente la unidad del hombre sino también que el campo de acción que permite la sociedad actual y los pensamientos que esa sociedad determina “producen y

fijan sentimientos particularistas, perpetúan y reproducen la alienación de los sentimientos [pues] el hombre está unificado, pero la personalidad está escindida.” (Heller 1980c: 11)

El ser humano nace con un organismo en el que genéticamente están inscriptas las condiciones para la existencia de la especie, afirma la autora, al igual que Wallon. Heller denomina a esto “esencia muda de la especie”. sin embargo, todo lo que hace que el ser humano sea humano, es externo al organismo y se obtiene desde el momento del nacimiento a partir de las relaciones interpersonales. El nombre que Heller da a esto es “carácter propio de la serie”. La antropología de Heller considera que el *ser en sí* de la especie humana es la *esencia muda de la especie* y el *ser para sí*, el *carácter propio de la especie*. Así, el tipo *particularista* es la primera forma que adquiere la conducta humana, o sea la primera expresión de la segunda naturaleza (la que se obtiene con base en el trabajo y que solemos llamar “cultura”), que se supera con la adquisición del tipo *individualista*. El individuo es una tipología que solo es posible cuando somos constituidos por las relaciones interpersonales.

En términos de Marx, Heller está hablando de la *primera naturaleza*, la condición biológica, animal, del ser humano y la *segunda naturaleza*, la condición social. Esta antinomia es propia de la especie humana. Los animales solo cuentan con sus instintos de base biológica que pueden aplicar mediante el aprendizaje. El cerebro humano viene preparado para realizar una cantidad dada de tareas. No sabe de antemano cuántas ni cuáles son, sino que le van siendo suministradas por el mundo desde su nacimiento. Los seres humanos nacen sin “mente”, pues la base de la mente es cultural no individual. El cerebro y sus capacidades potenciales son biológicas, individuales y comunes a la especie a la vez, en tanto que la mente forma parte de la sociedad, la puesta en acto, lo cultural.²¹

Por lo tanto, únicamente podemos volvernos hacia el mundo como individuos, finitos en el espacio y en el tiempo, sin trascender los límites de nuestra primera naturaleza; dialécticamente, solo podemos volvernos hacia ese mundo con un carácter social, externo a nosotros, la conciencia, condicionada socialmente. Resolver esta antinomia, que constituye la existencia humana es en realidad, la tarea fundamental del ser humano. La relación con el mundo es un proceso de apropiación de las tareas humanas desde el momento mismo del nacimiento. El mundo es el que determina cuáles tareas son las apropiadas. Una vez apropiada, la tarea forma parte del sujeto; el paso siguiente será la proyección del Ego para la tarea de apropiación del mundo. Estos son los tres movimientos de constitución del ser humano: apropiación (actuar), objetivación (pensar) y expresión del yo (sentir) y que “caracterizan todas las manifestaciones de la vida humana.” (Heller 1980c: 32) “Actuar, pensar, sentir y percibir son, por tanto, un proceso unificado”, sostiene Heller. La diferenciación entre estas tres

²¹En *Instinto, agresividad y carácter*, retoma conceptos ya desarrollados en la *Teoría de los sentimientos*, para discutir con el conductismo y con los que consideran que el ser humano es naturalmente (por instinto) agresivo. Para la antropología marxista, el hombre no posee ningún instinto ni ofensivo, ni defensivo: “El hombre nace sin *mind* y recibe todos sus objetivos ‘de fuera’, esto es, de la sociedad en que ha nacido. [...] en el momento de su nacimiento el hombre [...] está ‘programado’ para el ser social, para la fijación de objetivos [...]. La libertad [...] está efectivamente ‘incorporada’ al organismo humano, pero no como ‘interés vital’ sino en el sentido de que el hombre *no* es un ser gobernado por el instinto.” (Heller 1980b: 24-5).

acciones se va a ir desarrollando con el despliegue del Ego, en particular con la adquisición del lenguaje. (Heller 1980c: 48)

“Sentir significa estar implicado en algo”, señala Heller. La implicación no acompaña la acción o el pensamiento, sino que es el factor constructivo de la acción o del pensamiento. Las normas y las conductas sociales son controles, regulaciones, formas de enseñanza-aprendizaje de las implicaciones. Vale decir, nos muestran qué y de qué modo debemos sentir para ser esos seres sociales, esos individuos en homeóstasis social. Por ejemplo, “Honrarás a tu padre y a tu madre”, “Debería darte vergüenza”, “No tengas miedo”, son normas sociales cuyo fundamento es la regulación de los sentimientos. Estas normas sociales son internalizadas cuando son transmitidas por “alguien importante para mí”; se internalizan cuando soy capaz de recordármelas e imponérmelas a mí mismo sin necesidad de una reformulación o repetición externa.

La expresión de los sentimientos es situacional y adquirida, por eso difiere según las naciones, las sociedades, las clases sociales. Pero una vez que se ha adquirido el sentimiento junto con su expresión, uno es indisoluble de la otra, de allí que la expresión de determinado sentimiento parezca natural, espontánea, no adquirida. La prueba de que la expresión de los sentimientos porta información está en que puede ser reprimida o incluso, usada para mentir. En el hiato que existe entre el sentimiento tal como lo experimentamos y la información que transmite la expresión del sentimiento se produce la antinomia entre la expresión-comunicación y la incomunicabilidad de la experiencia subjetiva de lo que sentimos. Heller aclara que esta antinomia no se experimenta (o a lo sumo, se experimenta en un grado muy escaso) en las relaciones interpersonales puramente pragmáticas, sino en aquellas relaciones en las que “pretendemos que el Otro comprenda nuestros sentimientos en toda su concreción y complejidad, y aún más: que se implique en ellos. Más todavía: que se implique en ellos con la misma intensidad que nosotros.” (Heller 1980c: 76) Esta antinomia se resuelve, según Heller, de la siguiente manera: es absurdo pretender *identidad* en los sentimientos entre una y otra persona, nos sentimos satisfechos cuando lo que hay entre los sentimientos de uno y otro es *equivalencia*. Es decir, los sentimientos que esperamos en el otro son congruentes con los que nosotros experimentamos.

El amor, en la clasificación de Heller, comparte características con el grupo de sentimientos orientativos de contacto (de relación interpersonal), pues su función social primaria es la orientación en la elección de las personas cuya proximidad puede ser buena para nosotros y a quiénes debemos evitar (aversión/odio). Pero a diferencia de los sentimientos *estrictamente* orientativos, el amor y el odio son puramente sociales. En este sentido son emociones y varían con la época. (Heller 1980c: 120)

Teniendo en cuenta la importancia del componente social (histórico) de los sentimientos, Heller también responde a la pregunta acerca de cómo es que aprendemos a sentir. Considerando la base biológica como el asiento material de la capacidad de los seres humanos para desarrollar la vida, derivamos nuestro proceso de aprendizaje de los sentimientos a partir de las tareas que la sociedad nos impone. Tienen, por lo tanto, un componente situacional que se determina por los intereses de clase a

los que responde el individuo. Por otra parte, la relación entre la capacidad abstracta de aprendizaje y el desarrollo y la realización concreta de todos y cada uno de los sentimientos de que somos capaces, con todos sus matices posibles, no es lineal y progresiva, sino dialéctica. Que consideremos, con Heller, que los sentimientos tienen un asiento material (biológico) y que su desarrollo depende, fundamentalmente, de la condición social del individuo, significa que, una vez comenzado el proceso de constitución de lo humano, se produce un ida y vuelta entre lo biológico y lo social, con lo cual la determinación es mutua. Además, las tareas y los intereses se van modificando a lo largo de la vida humana, por lo tanto, se transforman las disposiciones a los sentimientos, ya sea por edad, por coyuntura personal o histórica y, de manera crucial, por conciencia de clase, por ideología o por falsa conciencia. Esto nos hace pensar, sentir y actuar ciertas y diversas disposiciones que, a su vez, nos van transformando. Esto que es fácilmente verificable a lo largo de la historia humana, es más difícil de observar en la breve vida de un individuo. (Heller 1980c: 144-5)

Con respecto al dolor físico, ligado a los sentimientos impulsivos, aprendemos a localizarlos y a verbalizar su ubicación y sus características. El dolor mental “es propio de las relaciones humanas en todas sus formas. Significa que en esa relación falla algo”; es un sentimiento negativo y a la vez inevitable de la vida humana porque en él se pone en juego *mi* conocimiento del otro en las relaciones humanas. Por lo tanto, sin el dolor “no puede haber gestión normal del sentimiento.” (Heller 1980c: 312) Vale decir que, si nada nos causara dolor, nunca atravesaríamos el aprendizaje ni el conocimiento de la construcción y regulación de nuestros sentimientos. Pero si experimentar el dolor es negativo (aunque necesario para construirnos como individuos sociales, y para exigirnos poner en práctica acciones que nos permitan librarnos de ese sentimiento), el sufrimiento es un tipo de dolor en el que no hay ayuda posible. El dolor es activo; el sufrimiento, pasivo.

También aprendemos a identificar los afectos (por ejemplo, qué debe darnos vergüenza o asco o miedo) y a leer los afectos de otra gente, incluso antes de aprender a verbalizar los propios afectos. Como los afectos son humanos y universales, el ser humano debe adquirirlos y leerlos a riesgo de perecer. No hay pensamiento sin sentimiento, ni acción sin sentimiento, de allí que esa escisión entre sentimiento y razón, típica de la alienación bajo el capitalismo, sea uno de los puntos fundamentales de la tesis que demuestra Heller:

“Realmente no hay conocimiento sin sentimiento ni acción sin sentido, ni percepción, ni recuerdo sin sentimiento... pero todos nuestros sentimientos, *como sentimientos*, o bien incluyen el factor de conocimiento o por lo menos se relacionan con el conocimiento, los objetivos, las situaciones, y sólo llegan a tener importancia como sentimiento a través de la interacción con todo eso.” (Heller 1980c: 149-150)

El aprendizaje se inicia con el nacimiento. La adquisición del lenguaje es decisiva, porque denominar el sentimiento es condición para su identificación y porque “en general, los objetos de los afectos no pueden ser dados socialmente sin denominación.” (Heller 1980c: 154) De ese modo, a medida

que el niño va adquiriendo el lenguaje, se le va enseñando a reconocer, distinguir y elaborar sentimientos (a quiénes debe temer, qué cosas son peligrosas, de dónde proviene su enojo, cómo no es lo mismo sentir celos que envidia, etc.). Con todo, si nos referimos específicamente a los afectos, sólo pueden ser enseñados si se han experimentado antes; las emociones en cambio, son completamente adquiridas y están relacionadas con la “actividad de la inteligencia”.

Se puede conocer un sentimiento aun cuando no lo hayamos experimentado nunca, podemos reconocerlo intelectualmente, aprendemos a sentirlo con las explicaciones verbales que recibimos (muchas veces a lo largo de toda la vida). Por eso “siempre conocemos muchos más sentimientos de los que en realidad sentimos.” (Heller 1980c: 157) Esto se produce más marcadamente en el caso de los sentimientos puramente sociales, las emociones. Heller denomina “encajar” a la forma en que aprendemos a reconocer emociones. Pues podemos tener el concepto emocional de un sentimiento y un sentimiento que se forma en mí se refiere al concepto emocional adquirido, *encaja*. También puede ocurrir el proceso inverso: experimentamos ciertas emociones y no conocemos la forma de nombrarlas adecuadamente. Se busca verbalmente el concepto que responda a esa emoción. La verbalización es el momento en que se toma conciencia de la emoción, y el modo en que Heller lo describe es estrictamente pertinente con los rasgos identificados en nuestro objeto de estudio:

“Así, en la práctica todo el mundo sabe que el amor existe antes de enamorarse, pues la existencia de esa disposición emocional ha sido prácticamente ‘puesta ante los ojos’ de cualquier crío por todo, desde las canciones populares hasta los chismorreos y la televisión [...]. En el ‘encajar’ de emociones con conceptos emocionales, estos últimos son decisivos, y no hay mejor prueba de ello que el arte. Las artes, y en primer lugar sus formas verbales, son capaces de evocar en nosotros todas las emociones que conocemos. Porque es posible evocar en nosotros lo que podemos comprender, hayamos o no vivido o experimentado en nuestra vida las emociones y disposiciones sentimentales ilustradas por los artistas. No es preciso que hayamos estado nunca en la piel de Otelo para experimentar sus celos [...]. Más bien simpatizamos con esos sentimientos porque comprendemos las situaciones que los han suscitado y comprendemos los propios sentimientos. [...] las emociones son situacionales, [pues] la situación es la única que nos los puede hacer interpretar.” (Heller 1980c: 158-9)

Como los sentimientos regulan (equilibran) la extensión del organismo social (homeóstasis social), son objeto de selección y juicio por nuestra parte. Evaluamos cuáles pueden cumplir mejor esa función en un medio social dado “y nos esforzamos por dejar los que no pueden realizar bien esa función en el medio social dado.” (Heller 1980c: 176) Los criterios de selección y jerarquización de los sentimientos se forman y desarrollan en todas las culturas a medida que los instintos van siendo demolidos por la sociedad. El sistema de clasificación de los sentimientos (cuáles son moralmente buenos o malos, agradables o desagradables) está determinado socialmente, según la época, la clase y el estrato social. Por otra parte, en una sociedad determinada cada individuo tiene la posibilidad de elegir entre diversos valores, porque “las sociedades no son homogéneas, sino estratificadas, y las preferencias de valor de los diversos estratos sociales (órdenes, clases) en su mayor parte son distintas.” (Heller

1980c: 201) Los sentimientos se construyen a partir de la pertenencia de clase y los valores que guían su selección son los que responden a los intereses de esa clase.

Dado que en cada época los seres humanos deben reproducirse a sí mismos y a su medio social por medio de la resolución de tareas, y que en función de esas tareas se formarán determinados sentimientos, con determinada intensidad, es que cada época tiene su configuración dominante de sentimientos: habida cuenta de la diferente gestión de sentimientos según las tareas, y como dichas tareas se configuran fundamentalmente según la pertenencia de clase, cada época tiene, por lo tanto, sus sentimientos dominantes. Es decir, aquellos sentimientos (o más bien, configuraciones de sentimientos) cuya jerarquía es superior por provenir de los miembros de una clase con tareas sociales dominantes (o progresivas), serán los sentimientos dominantes. Esto se vincula directamente con el concepto de *hegemonía*.

La mayor o menor independencia del individuo con relación a la gestión de esos sentimientos no depende solamente de él, sino fundamentalmente de la época y de la estructura social que le provee las tareas. Por ejemplo, la gestión doméstica de los sentimientos es la configuración dominante por géneros según la división sexual del trabajo. En efecto, la división “natural” del trabajo provoca una gestión diversa de los sentimientos o lo que es lo mismo, “moldea especies distintas de mundos sentimentales”. “Aparecen los sentimientos de estrato social y, dentro de ellos, los sentimientos de categoría”, porque la sociedad atribuye valores distintos a distintas tareas, es decir, las jerarquiza. (Heller 1980c: 228) Estas normas, objetivaciones o regulaciones del mundo sentimental tienen siempre un contenido moral. La regulación normativa no afecta solamente a las expresiones de los sentimientos, sino al sentimiento mismo.

Eso significa que la estructura económica y social de la sociedad burguesa condiciona, por lo tanto, las configuraciones que pueden llevarse a cabo. Heller analiza algunos casos tomados de la literatura para mostrar la presencia de cambios en la gestión doméstica de los sentimientos, ya que dicha transformación depende de cambios producidos en la sociedad. En la sociedad burguesa, el individuo es, por primera vez en la historia, potencialmente libre, pues puede seleccionar sus tareas. Antes, la tarea venía dada desde el nacimiento. Ahora, los sentimientos son menos “naturales”. De allí la nostalgia romántica por el pasado. En abstracto, se puede trascender los límites que el nacimiento ofrece a cada individuo. Hemos dicho “posibilidad”, “en abstracto”, “potencialmente”; esto significa que el mundo subjetivo del burgués supone un terreno en el cual se pueden desarrollar capacidades electivas, pero también que la economía impide la realización de esas capacidades, la alienación.

En el mundo burgués se manifiesta como nunca antes, la tendencia al cultivo de una personalidad emocional. Aquellos que tenían la posibilidad (y la realizaron) de poner por escrito sus personalidades emocionales eran miembros de la clase dominante. La burguesía hizo entonces sentimientos universales de sus sentimientos y experiencias de clase. Los generalizó para todo otro estrato (o fracción dentro de su propia clase) o clase y de allí que el mundo universalizado de los sentimientos burgueses sea

particularmente ideológico. Si en la primera época los sentimientos burgueses encajan con sus tareas en el mundo (o a lo sumo se cuestiona la contradicción existente entre las convenciones sociales, supervivencia del período anterior, y el llamado del corazón, como en *Werther*), en la segunda “está presente la crisis del mundo burgués de los sentimientos.” (Heller 1980c: 249)²² Por lo tanto:

“Así como la estructura económica de la sociedad y, dentro de ella, el lugar del individuo en la división social del trabajo, determina los límites de la gestión doméstica personal dentro de la que puede operar el individuo, ahorrando o despilfarrando, invirtiendo o consumiendo, de igual modo las objetivaciones sentimentales de cada sociedad, las tareas a resolver por el individuo que pertenece a una clase o estrato dados y los sentimientos dominantes que se desarrollan junto con esas objetivaciones, determinan el ‘marco’, o más bien el área de movimiento, dentro de la que puede el individuo mantener en orden su ‘gestión doméstica emocional’.” (Heller 1980c: 255)

La gestión doméstica de los sentimientos en la era burguesa se desarrolla en forma de antinomia. Por un lado, la disolución de los límites de las sociedades en las que la gestión estaba “naturalmente dada”, beneficia la construcción de individuos. Por otro, la economía obstaculiza la realización de la gestión individual, pues lo somete a sus leyes. De hecho, nunca antes en la historia humana ha existido una época en la cual se presente (bien que potencialmente) como en la sociedad burguesa, tal libertad de movimientos como para producir sujetos con sentimientos particularistas. No porque en las sociedades anteriores no existieran las formas particularistas, sino porque bajo la gestión burguesa de los sentimientos, la autoindulgencia particularista del sujeto se ha convertido en sí misma en ideología: el egoísmo. El caso límite de esta ideología es la de los protagonistas de Sade que convierten al otro en instrumento, en objeto del interés propio.²³

Al comienzo señalábamos que Heller sostiene que hubo varios intentos filosóficos para superar la oposición entre *razón* y *sentimiento*, tan característica del pensamiento cotidiano en la era burguesa. Esos intentos resultaron vanos porque no reconocen que esa dicotomía no es “genérica”, sino contingente: no es necesaria al ser humano, todo lo contrario. Esta dicotomía brota de la naturaleza de la sociedad capitalista, es un aspecto más de la alienación humana bajo el dominio del capital y solo puede ponerle fin su reemplazo por una sociedad sin clases. Kant, Weber, Nietzsche han sido víctimas de su límite de clase.

La era burguesa ha incrementado considerablemente la importancia de la razón en la gestión de los sentimientos porque la gama de tareas y objetos se ha ampliado. Además, otros han seleccionado otras tareas y valores diferentes a las mías y yo me veo en la necesidad de seguir haciendo uso del conocimiento y la razón para valorar los comportamientos de otros y evaluar los propios. A pesar de ello, esa capacidad de elección que se ha ampliado hasta límites insospechados, aparece restringida por

²²Cfr. “The hollow men”, de T. S. Eliot.

²³Recordemos que para Heller el “individuo” no es el personaje que solemos asociar con él, el “individualista”, sino el que reconoce su ser social, el individuo “social”, el individuo completo. Heller denomina “particularista” al sujeto egoísta que solo vive para la satisfacción de sus deseos.

las necesidades materiales, las condiciones objetivas. Cuanto más tiempo debe dedicarse al trabajo un obrero, menos tiempo tiene para razonar, evaluar y balancear sus tareas en el mundo sentimental; de allí que la tendencia bajo el capitalismo se oriente hacia el prejuicio antes que hacia el juicio.

Bajo el capitalismo, la gestión doméstica de las tareas sentimentales también es distinta en hombres y en mujeres y no porque la división del trabajo por sexos sea una novedad del mundo burgués, sino que el lugar común según el cual las mujeres encarnan el sentimiento y los hombres la razón es producto de la era burguesa.

¿Cuáles son, entonces, según las tareas que su propia clase les impone, las necesidades sentimentales de la burguesía? Puesto que “las necesidades del burgués están orientadas hacia la utilidad” y el capitalismo exige al burgués la reproducción, la acumulación y la expansión permanentes, so pena de desaparición, sus deseos son ilimitados. Sus sentimientos son pasiones, pero no pasiones cualitativas (en las cuales, una vez superado el obstáculo, el objetivo puede alcanzarse) sino cuantitativas (nunca pueden realizarse). Tres son las pasiones burguesas: la posesión, la gloria y el poder; la primera es la más importante porque de ella depende su reproducción como clase. El mundo de sentimientos del burgués, al igual que el del ciudadano, es guiado por una abstracción.²⁴ Sin embargo, hay una diferencia crucial en la configuración sentimental de ambos. Dijimos que la clase dominante pone todo su esfuerzo en la generalización (ideológica) de su configuración sentimental: la figura que representa este afán de homogeneización es la del ciudadano. También hemos dicho que las tareas son variables según la pertenencia a una u otra clase (o a diferentes estratos dentro de la misma clase) y que la sociedad burguesa sanciona la igualdad formal y solo puede practicar la oposición irreconciliable. Por lo tanto, la principal consecuencia de la alienación en la era burguesa es la escisión entre el burgués y el ciudadano. Esta escisión, que en tiempos de consenso ideológico no aparece explícitamente como un problema, se expresa con toda su fuerza en tiempos de crisis hegemónica.

Conclusiones

¿Qué podemos concluir de este largo camino a través de las concepciones sobre lo sentimental y, en particular, sobre el amor? Recordemos que se trata de una estilización de posiciones generales y no una exposición de todas las variantes existentes. Hemos tratado de sintetizar las perspectivas más amplias, de modo que resulta claro que se podrían incorporar muchos más textos a la polémica, algunos incluso más significativos que los que hemos elegido aquí. Por la extensión que hemos dedicado al comentario de la obra de Ágnes Heller, debiera quedar evidenciado que ella constituye la base teórica

²⁴Recordemos que burgués es una categoría del campo de las relaciones sociales, mientras que ciudadano es una figura de las relaciones políticas. En las relaciones políticas propias de la sociedad capitalista reina la igualdad, las clases sociales se encuentran entonces en contradicción con esta superestructura política, en tanto lo que las caracteriza es, precisamente, la desigualdad. Finalmente, el contenido real de la figura del ciudadano está atravesado por la lógica de las clases participantes y su dinámica consiste en una disputa por ese contenido. La hegemonía burguesa consiste precisamente, en dotar a esa figura del contenido que corresponde a sus intereses de clase.

de este trabajo, lo que no impide que tomemos elementos de los otros autores analizados en el último punto. Siendo así, podemos resumir nuestras conclusiones:

1. Los sentimientos no son expresión de tendencias innatas, biológicas, instintivas o ahistóricas.
2. Son la expresión de la regulación de las relaciones sociales.
3. Son históricos, aprendidos y racionales.
4. Luego, son cognoscibles y transferibles.
5. La forma de los sentimientos varía según el tipo de sociedad.
6. En las sociedades de clase existe una regulación (hegemonía) de clase de los sentimientos.
7. La sociedad burguesa expresa la alienación social en el mundo de los sentimientos bajo la forma de escisión razón-sentimientos.
8. La crisis de la sociedad se expresa también como crisis “sentimental”, es decir, de la regulación de los sentimientos hegemónica.
9. Los sentimientos se educan, entre otras cosas, a través del arte.
10. El amor es el sentimiento que refleja con mayor precisión la regulación del poder y las jerarquías sociales, en tanto es el instrumento con el cual los individuos aseguran su lugar en la homeóstasis social.

De esta base extraemos, entonces, nuestro presupuesto fundamental: un mapa de los sentimientos dominantes de una época es una fotografía del estado de la conciencia social sobre la naturaleza de esa sociedad, sus problemas y las soluciones posibles. O lo que es lo mismo, del estado de la lucha de clases. Un mapa *político* del amor es, entonces, un indicador clave del análisis social.

2. Del pueblo

“Para una labor histórica seria, el estudio de la cultura popular es como el estudio de la historia del movimiento obrero y sus instituciones. Declarar que se tiene un interés en ello es corregir un desequilibrio importante.”
Stuart Hall

Desde fines del siglo XVIII al menos se ha desarrollado un extensísimo campo de discusión en torno a *lo popular*. ¿Qué es el pueblo? ¿Qué sectores o fracciones lo componen? ¿Es un elemento homogéneo y estable o, por el contrario, heterogéneo y fluctuante? Y en ese caso, ¿de qué factores dependen esas fluctuaciones? Y lo que es más problemático aún: ¿tiene el pueblo expresiones culturales propias? O también, ¿cómo se comporta en tanto receptor? El pueblo y sus expresiones culturales han

recibido variadas denominaciones (no siempre equivalentes a *popular* y en ningún caso, ingenuas) desde su constitución como problema historiográfico y epistemológico: *sectores populares, masas, clases subalternas, subcultura(s), culturas subalternas, cultura de masas*, entre otras.

Las respuestas que se brinden a la serie de interrogantes planteados expresan, en todos los casos, posiciones ideológicas y axiológicas con relación a ese campo de estudios. *Lo popular* siempre fue objeto de pasiones políticas de signo diverso, en ocasiones, dramáticamente antagónicas. Veamos primero, qué es el “pueblo” y luego los debates a los que su conciencia y cultura ha dado lugar.

a. ¿Qué es el pueblo?

El concepto de “pueblo” tiene una larguísima tradición interpretativa detrás. Sería imposible resumir todas las posiciones, siquiera las principales, en este capítulo que solo tiene por función exponer precisamente los problemas que porta un concepto en apariencia simple. Por otra parte, no nos interesa tanto “pueblo” como “popular”, otro concepto en apariencia simple. Empecemos por el primero, a partir de su *locus classicus* en la literatura marxista, Lenin.

En la literatura marxista la expresión “pueblo” no suele ser bienvenida. Nacida a la vida moderna como sinónimo de “ciudadanía”, el lugar en el que reside el fundamento del poder político según la fórmula de la revolución burguesa; posee, desde el punto de vista que adoptamos, el mismo carácter mistificador de aquella a la que se la asocia. En efecto, desde los escritos más tempranos, Marx se encargó de criticar la teoría política que veía en la ciudadanía un cuerpo homogéneo, demostrando que su “realidad” no va más allá del Estado, es decir, de la vida política. En la vida social, el cuerpo ciudadano se desmembra en clases sociales. Y, dado que la economía determina la política y no a la inversa, la realidad se encuentra en la clase, no en el conjunto de los ciudadanos, el pueblo.

Lenin no plantea la noción de pueblo como un sustituto de la de clase. Si revisamos sus *Obras Completas*, veremos que en todo momento se aclara que el “pueblo” es un conglomerado contradictorio de clases y fracciones de clase. Básicamente dos: el proletariado y el campesinado. Pero también los pobres o capas semiproletarias de la ciudad, artesanos, etc.²⁵ En alguna ocasión, sin embargo, el pueblo es definido como capas pequeño burguesas sin incluir en él al proletariado (“el pueblo, es decir toda la masa de la pequeña burguesía y de los campesinos”), pero esto aparece como marginal. Pueblo aparece, entonces, en Lenin como todo lo que no es parte de la burguesía. Sería sinónimo de “clases oprimidas y explotadas” por el capital. Es, entonces, una categoría residual. Lo que puede transformarlo en unidad es una alianza.

²⁵Hemos tomado referencias al concepto a lo largo de toda la obra leninista. Véanse, *Obras completas*, Cartago, Buenos Aires, 1969, tomo X, pp. 253-254, 336 y 364-365; tomo II, pp. 249 y 250; tomo VIII, pp. 283-85 y 296; tomo 11, pp. 249-251; tomo 27, pp. 257-259 y tomo IX, p. 126.

La unidad de programa y estrategia no está asegurada de antemano. Por el contrario, existe la lucha de clases entre distintas fracciones del campo popular, dentro de su seno. Esa es la razón por la cual Lenin llama al mismo tiempo que a no desestimar la importancia de las capas populares, a buscar la organización independiente del proletariado, debido al carácter pequeño burgués y los intereses democráticos de gran parte de esa masa.

¿Qué es lo que hace que el “pueblo” exprese una alianza “popular”, es decir, del conjunto de las clases explotadas y oprimidas? Debemos entrar aquí en el mundo de las contradicciones intra-burguesas. En toda sociedad capitalista la burguesía se encontrará dividida por fracciones (según qué fracción del capital representen: industrial, financiero, etc.) y por capas según tamaño. El poder económico diferente según la capa en la que cada capital se ubique, dará lugar a un poder político diferente. Normalmente, la cúpula burguesa estará compuesta por los capitales más grandes provenientes de diferentes fracciones, que ocupan la misma capa. El poder político y, por ende, la posibilidad de facilitar la expropiación de unos burgueses por otros, estará siempre en manos de los más grandes. Pero esto genera tensiones políticas en el interior de la burguesía, porque la expropiación de las capas más débiles las lleva a una acción política independiente de la cúpula, acción que, para ser eficiente, tenderá a apoyarse en el proletariado y en otras clases subalternas (campesinos, artesanos, etc.). Surge así, dentro del campo burgués, sobre todo el pequeño burgués, un programa que se expresará como “democrático”, en la medida en que tiende a oponer la gran masa a la cúpula dominante. Por el lado de las clases explotadas, la aparición de una capa burguesa que propone una alianza suele crear campo adecuado para la reproducción de ese programa. Cuando esta fusión se da, el pueblo deja de ser una categoría residual (la base del poder legítimo constitucionalmente, expropiado del poder político) para transformarse en una alianza. Su contenido democrático-popular expresa la oposición de la masa de la nación a la cúpula dominante, pero también el dominio burgués en general, en tanto ese programa no cuestiona la estructura misma del sistema. Cuando Lenin llama a desconfiar del “pueblo”, llama a no confundir los intereses de las fracciones más débiles de la burguesía, con los del proletariado: los de la primera se limitan a ampliar su parte en el poder político como forma de limitar las tendencias expropiatorias de la economía; los del segundo consisten en eliminar la explotación.

En sociedades atrasadas, donde el proletariado no es dominante en términos numéricos y, por lo tanto, la revolución socialista no está a la orden del día, la clase obrera puede optar por una política “progresista”, es decir, que haga avanzar la realidad y mejore sus posibilidades políticas objetivas. Se trata allí de eliminar restos feudales y hacer que la burguesía se libere de trabas a su crecimiento. Sin embargo, esa no es la única posibilidad. La otra es que la clase obrera aproveche las contradicciones en el seno de la burguesía y otras clases propietarias y tome el poder en alianza con las fracciones más débiles, que serán más tarde expropiadas por el Estado obrero. Surgen así dos alianzas posibles en el seno del “pueblo”: aquella en la cual las fracciones más débiles del capital dirigen una alianza con un

programa democrático (revolución democrático-burguesa) y aquella donde el proletariado es el que acaudilla la alianza con un programa revolucionario (revolución permanente).

Así, lo que era un continente residual se revela un campo de batalla programático que impide saber *a priori* qué es el “pueblo” concreto, ni cuál es su programa, es decir, qué alianza se está realizando. Va de suyo que el “pueblo” puede no existir, puede desaparecer, porque cabe una tercera opción: que las fracciones dominantes de la burguesía tracen alianzas con las fracciones más débiles o incluso con el proletariado y otras clases subalternas. Esta presencia de la cúpula tiende a fragmentar y evitar la constitución del “pueblo”, es decir, de alianzas de clases subalternas con dirección de alguna de ellas. Dicho de otro modo, no alcanza con hablar de “lo popular”. Es necesario saber qué alianza se está realizando y cuál es hegemónica. En la etapa que estudiamos en esta tesis, vemos que la alianza que se está realizando y que domina es el radicalismo. El “pueblo” es eso: una alianza dominada por fracciones burguesas “anti-oligárquicas”. Como siempre sucede, y al radicalismo le va a pasar a partir de 1919, esa alianza entra en crisis y aparecerán los críticos. Trasladado al problema de la cultura, este análisis nos ayudará a sentar las bases de la crítica a las posiciones existentes.

b. ¿Y “lo popular”?

Como dijimos, el debate por la definición y el significado de la palabra “popular” se extiende desde fines del siglo XVIII hasta la actualidad. Diferentes enfoques políticos e ideológicos han puesto el término en el ojo de gran parte de las discusiones en torno a la cultura, el arte y en particular, la literatura. Los primeros registros del uso de la palabra que señala Raymond Williams datan de fines del siglo XVI y a fines del siglo XVII. Aunque a lo largo del tiempo el vocablo fue oscilando entre la connotación negativa y la positiva, en el campo del arte *lo popular* aparece como una forma de simplificación. En términos políticos, *populismo* se ha acercado a *demagogia* y, como agrega Williams, a “movimientos derechistas y fascistas que subordinan las ideas socialistas a supuestos y hábitos populares.” La abreviatura *pop* de la palabra aparece a mediados del siglo XX y, aun cuando no abandona ninguno de los significados anteriores, aparece ahora, según Williams, más ligada a algo placentero, aunque trivial.

Peter Burke, por su parte, rastrea el estudio de la cultura popular desde la oposición que se produce desde fines del siglo XVIII entre esa idea y la de cultura ilustrada. El primero que sentó esa oposición fue el escritor alemán Herder, quien junto con sus seguidores, como los hermanos Grimm, tenían la idea de que las producciones populares “expresaban el ‘espíritu’ de un pueblo determinado.” (Burke 1984: 78-92) En realidad, los intelectuales procedentes de las clases altas habían descubierto la cultura popular. Y la descubrieron como objeto de estudio con ciertas características: “natural, sencillo, instintivo, irracional y enraizado en el suelo.” Según Burke, había motivos estéticos y políticos para que se produjera ese descubrimiento. Por un lado, la postura romántica de oposición al clasicismo y, por

otro, los movimientos de liberación nacional a principios del siglo XIX en Serbia, Grecia, Bélgica, etc. Con respecto a los estudios de la recepción popular, Burke señala que no alcanza con saber qué leían, por ejemplo, los campesinos franceses de los siglos XVII y XVIII, pues es probable que ese material lo entendieran a partir de sus propias tradiciones. Se abre aquí otro problema, que examinaremos más abajo.

Según García Canclini, la cultura popular “se forma en la interacción de las relaciones sociales”:

“Las culturas populares (más que la cultura popular) se configuran por un proceso de apropiación desigual de los bienes económicos y culturales de una nación o etnia por parte de sus sectores subalternos, y por la comprensión, reproducción y transformación, real y simbólica, de las condiciones generales y propias de trabajo y de vida.” (García Canclini 1986: 62)

Además de la apropiación desigual, García Canclini agrega que el pueblo construye las representaciones simbólicas de las culturas populares a partir de sus propias formas de vida, su trabajo, sus relaciones sociales. Las culturas populares se “constituyen en dos espacios”; vale decir que la cultura hegemónica toma elementos de la cultura popular “para alcanzar al conjunto de la población” y que las representaciones simbólicas de los sectores populares no solamente crean, sino que también toman elementos (que resignifican) de la cultura alta. Habrá que entender entonces, las culturas populares en relación “con los conflictos entre clases sociales, con las condiciones de explotación en que esos sectores producen y consumen”. Siguiendo las reflexiones de Brecht, García Canclini considera que un hecho o un objeto son populares no por su lugar de origen, sino por el uso que los sectores populares hagan con ese objeto o hecho. Con todo, el autor reconoce que, así como los intelectuales burgueses están ideologizados, las prácticas de los sectores populares también se ven afectadas por la ideología, en general por falta de acceso a herramientas necesarias para cuestionar el orden vigente, como la educación.

Otro clásico del tema que tratamos, Stuart Hall, considera que el estudio de la cultura popular ha oscilado entre dos polos opuestos: *contención* y *resistencia*. O lo que es lo mismo, entre *miserabilismo* y *populismo*.²⁶ Hall no considera la cultura popular bajo el capitalismo, esa cultura masiva suministrada comercialmente, como puramente “manipulatoria y envilecida”. Porque eso indicaría que aquellos que la consumen “viven en un estado permanente de ‘falsa conciencia’”. De hecho, las formas de cultura popular comercial no son puramente manipulatorias, porque llevan en sí mismas elementos que se corresponden con la realidad, la necesidad, la experiencia objetiva del mundo que tiene la clase obrera. Funcionan de ese modo como ideología, contradictoriamente. Por otra parte, tampoco es una buena política creer que la clase obrera posee una cultura “alternativa”, “auténtica” y que “no se deja engañar por los sucedáneos comerciales” (Hall 1984: 99-110). La dominación cultural existe, porque los fenómenos culturales no escapan a la sociedad de clases en que vivimos. Pero tampoco es omnipotente, precisamente porque vivimos en una sociedad de clases en lucha. Hall entiende la cultura como un

²⁶Como veremos más adelante, estos son los términos de la polémica que exponen Jean-Claude Passeron y Claude Grignon.

campo de batalla de la lucha de clases: “Un campo de batalla donde no se obtienen victorias definitivas, pero donde siempre hay posiciones estratégicas que se conquistan y se pierden.” (Hall 1984: 101). Por eso, los productos culturales no pueden estudiarse en abstracción de la lucha de clases; de allí adquieren su significado. La cultura, las formas de la cultura no son “formas de vida”, sino “formas de lucha”. En este sentido, solo existe una cultura socialista si se le da esa connotación: “La cultura ya no lleva grabadas de modo permanente las condiciones de una clase antes de que dé comienzo esa lucha. La lucha consiste en dar o no dar un acento socialista a lo cultural.” (Hall 1984: 108).

Existe, por lo tanto, un campo opuesto a este, el del bloque de poder: en el campo cultural, en vez de *clase contra clase*, la lucha se presenta entre el pueblo y el bloque de poder. La lucha cultural viene a unir lo que suele estar dividido entre clases, al conformar una fuerza cultural popular-democrática. Ese campo es uno de los lugares en los que el socialismo puede constituirse, según Hall, de allí la importancia del objeto de estudio.

Hall se apoya en Valentin Voloshinov y su clásico *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. El punto de partida de Voloshinov es contextual: “Todo signo ideológico, incluyendo el verbal, al plasmarse en el proceso de la comunicación social está determinado por el *horizonte social* de una época dada y de un grupo social dado.” Según Voloshinov, la cultura es, necesariamente, las formas de expresión de una época (su coyuntura histórica) y su interpretación (y apropiación y difusión) es la de la clase dominante. Pero dice más aún. Dice que, siendo hegemónica, no es la única. Pues actuando sobre la sociedad de modo radicalmente diferente a la burguesía, la clase obrera produce también significados opuestos, sus manifestaciones culturales y, lo que también es clave, su propia interpretación (en diversas variantes programáticas). En efecto, Voloshinov señala la posibilidad de variación del signo hacia uno u otro polo, de la reacción o de la revolución. Esa contradicción hace que el signo sea el campo de batalla en el cual los significados se disputan, porque el lenguaje es, dialécticamente, el mismo para toda una comunidad (para las clases que lo hablan) y, a su vez, porta en sí la capacidad de cambiar, lo que equivale a decir, en términos de materialismo dialéctico, que adopta otra ideología (la de otra clase). Ese cambio se pone de manifiesto, por ser los signos ideológicos elementos clave en la constitución de cualquier forma simbólica, como un síntoma, cuando la sociedad acusa alguna transformación o profundización de crisis en ese campo ideológico (cultural).

Sobre la base de Voloshinov podemos ensayar una crítica de las posiciones anteriores. Las variaciones históricas que registran Williams y Burke reflejan las variaciones en la “lucha semiótica social”, los procesos de dominación, subordinación, creación y desaparición de “máscaras”. García Canclini, por su parte, alerta sobre la diferencia entre lo que brota del “pueblo” y lo que corresponde a sus intereses o, dicho en términos voloshinovianos, el carácter contradictorio de los productos culturales y la naturaleza de sus productores. De allí que el populismo pueda ser, como se verá más adelante, muy peligroso para los propios intereses “populares”, como el “indigenismo” para los indígenas, por ejemplo.

Es posible señalar, apoyándonos en Canclini y Lenin, que Hall, al extender la lucha en el campo cultural a la unidad del campo popular, de los oprimidos y explotados (no solamente la clase obrera) realiza una ampliación indebida. Porque si bien el signo ideológico es contradictorio y está atravesado por tensiones, y acordamos también con que *cultura de la clase obrera* no es exactamente identificable con *cultura popular*, considerar que el campo popular tiene los mismos intereses (de clase) y que no se enfrentan allí diferentes programas y otras tensiones y contradicciones es un problema. El campo del pueblo es contradictorio, por consiguiente, la cultura popular también lo es. Extender la lucha de clases que se revela en la superestructura a todo el campo popular como frente único corre el peligro de caer bajo la hegemonía del sector dominante de la alianza popular, porque en ese campo existen diferentes programas en disputa que expresan a diferentes fracciones de la misma clase, incluso. En consecuencia, Jano no es bifronte, sino “multifronte”, teniendo tantas “caras” como clases y fracciones existan en el campo de la lucha social. Como veremos aquí, hay por lo menos tres caras de este Jano capitalista desarrollado: la del proletariado, la de la pequeña burguesía y la de la burguesía.

Por lo tanto, los elementos que encontraremos en nuestro objeto de estudio, el amor, la maternidad, el sexo, la fidelidad o la prostitución, son signos sociales que en la lucha semiótica se cargan de significados distintos según el estado de la lucha y la naturaleza social de su productor y de su lector.

c. La cultura popular

El estudio de la cultura popular exige prestar atención a muchos problemas. El tema del grado en el cual el lector popular asimila acríticamente lo que se le da o lee aquello que quiere leer ha hecho correr mucha tinta. A continuación, repasamos los puntos salientes de esa bibliografía tan profusa.

Miserabilismo vs. populismo: el debate

Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura se estructura en torno al debate ya clásico entre Claude Grignon y Jean-Claude Passeron, en la primera parte. El populismo es, según los autores, una vuelta de tuerca para el *relativismo cultural*; un paso más allá, “la ideología *populista* descansa en la inversión pura y simple de los valores dominantes: ‘el pueblo es mejor que nosotros’, su cultura es más rica que la nuestra; es, en el límite, la única cultura ‘naturalmente cultural’.” Encontramos, a la par, la teoría de la legitimidad cultural, que tiene en cuenta la relación de dominación y considera que, existiendo un orden legítimo que se impone, se producen posibilidades negativas (para los dominados) y posibilidades positivas (para los que dominan). Esta teoría conduce al miserabilismo. No obstante, la repulsa fácil que puede surgir contra esta posición, los autores consideran que, dado que hay “grados de consentimiento a la dominación”, la posición del miserabilismo es sumamente compleja. Una de las paradojas más importantes que la sociología de la reproducción

(reproductivismo o miserabilismo) no puede salvar es la siguiente: ¿por qué la burguesía habría de tomarse el trabajo de la imposición cultural, si las clases dominadas no tienen capacidad de reacción ni de producción alguna? Sin caer en el populismo, “podríamos mostrar cómo sacan partido de su aislamiento, utilizan la fuerza de la ignorancia y del desconocimiento, cultivan la mala fe, la ceguera, la sordera cultural”. (Grignon y Passeron 1991: 52) Señalan que sustituir el *ethos*, o el *habitus de clase* por la expresión *actitud de clase* no es útil si sigue siendo usada con el sentido del determinismo reproductivista.

Ambas posiciones tienen sus problemas: detrás de la conducta aparentemente correcta del populista, se esconde una defensa del *statu quo* y detrás de la del miserabilista, una actitud paternalista y, por lo tanto, una conducta política de profundización de la hegemonía.

Por su parte, Pierre Bourdieu desarrolló en *La distinción* la sociología del gusto determinada por la pertenencia de clase. A las clases dominantes corresponden los gustos de libertad y a las dominadas, los de necesidad. En realidad, tal como lo plantea Bourdieu, la oposición entre unos y otros es entre el “gusto” y la carencia del gusto. Esta postura es caracterizada por Grignon y Passeron como *dominocentrismo*. De allí que sea necesario “reintroducir un poco de libertad en la necesidad so pena de encontrarse en la triste necesidad de reconocer que el gusto de necesidad no es un gusto, sino una *respuesta mecánica* a un sistema de restricciones.” (Grignon y Passeron 1991: 114) Este tipo de sociología legitimista funciona como ideología de consuelo para la conciencia burguesa; después de todo, “a ellos les gusta” o “son felices con poco”.

En efecto, el reproductivismo que toma como base una interpretación literal y completamente restringida de un fragmento de *La ideología alemana*, recorta, extrapola y aplica el recorte de modo tal que la relación de explotación viene a ser irreversible, pues la dominación ideológica es completa. En primer lugar, invierten los términos de la proposición: Marx dice que hay dominación ideológica porque hay explotación, pues es razonable que la burguesía tenga sus propios intelectuales y que esos intelectuales estén en mejores condiciones de desarrollar, sostener y dominar el conjunto de las ideas formuladas en su época. En segundo lugar, debemos considerar que *dominante* no significa *única*; hay otras ideas, otros programas, incluso dentro de la propia clase dominante hay diferentes fracciones con diversos programas. En este sentido, la lucha no solo es posible, sino que no puede ser obturada. Además, *dominante* no es *única*, sino que *correspondencia* (entre el dominio económico y el ideológico de una clase) no es *equivalencia*.

La cultura popular se examina, en la mayoría de las ocasiones, en abstracción de la coyuntura histórica, y por lo tanto del estado de la lucha de clases. Grignon y Passeron no pueden realizar una crítica en profundidad al miserabilismo y al populismo porque toman épocas e intelectuales diversos y no evalúan el estado de conciencia de la clase dominada, ni de las acciones de esa clase en esos momentos. Con sus análisis nunca podremos saber cuál es el caso extremo de interiorización ni por qué se produce. Tampoco las razones por las cuales podría no producirse, ni cuáles son otras reacciones (o

más apropiadamente, acciones) del sujeto además de las ligadas a la “resistencia popular”. Hay dos cuestiones interesantes en la reflexión de Grignon y Passeron. La primera (aunque los autores prefieran la confusa denominación “clases populares”) es que los autores consideran que esas clases no pueden tomarse como un todo homogéneo y que habría que distinguir variaciones “en sus modos de vida y en sus gustos”. La segunda, que les sirve para discutir con el populismo más ligado a las corrientes posmodernas y al deconstructivismo, con la política de “hacer de miseria, virtud”: llaman *sublimismo* a aquella tendencia que, considerando que las clases dominadas no tienen posibilidad alguna de transformar radicalmente su situación, tienen aún la posibilidad y la capacidad de oponerse a través de la producción simbólica de ejercicios de crítica y resistencia. En este punto, esta forma de populismo se toca con el reproductivismo miserabilista: la clase obrera puede hacer “de todo”, menos la revolución.

Cultura de masas, masas sin cultura

Un debate de contenido similar se expresa en *Apocalípticos e integrados*, de Umberto Eco. Allí Eco desarrolla las posturas enfrentadas con relación a la cultura de masas. Por un lado, los apocalípticos, quienes consideran que la masificación de la cultura, el acceso al capital simbólico de las masas, significa (o significará) la decadencia de la cultura y la civilización, una degradación de toda la sociedad, porque implica para la clase que ha tenido históricamente la cultura en su poder una forma de resignación del poder. El primero que adoptó esta postura apocalíptica fue Nietzsche y, con posterioridad, Ortega y Gasset. (Eco 2004: 60)

No todos los apocalípticos hacen una crítica aristocrática de la cultura de masas; también hay apocalípticos progresistas, dice Eco, que, con las mejores intenciones, denuncian que las masas no están en condiciones de acceder a la cultura alta habida cuenta de su degradación simbólica en tanto clase. Es el caso de ex intelectuales radicales, como Dwight McDonald.²⁷ Según Eco, que intelectuales como McDonald (quien había desarrollado un activo compromiso político durante la década del 20) se hayan reconvertido en tal sentido es un síntoma de que los episodios políticos de su país los han hecho retroceder de críticos de la política a críticos de la cultura, pasando de “una crítica empeñada en cambiar la sociedad, a una crítica aristocrática sobre la sociedad, colocándose casi fuera de la contienda y rehuendo toda responsabilidad.” (Eco 2004: 63)

²⁷McDonald desarrolla en su *Against the American Grain* (Random House, Nueva York, 1962), las categorías de *Midcult* y *Masscult*. La primera aparece como una degradación de la cultura alta, muy cercana al concepto de *kitsch*. Aparece asociada al efecto burdo, mentiroso, de segundo grado. McDonald parece criticar, en esta asociación, la cultura adoptada por la pequeña burguesía norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial. Los 50 y la industrialización de las formas artísticas aparecen, ante esta perspectiva, como una imitación (una posibilidad de “ser” como “pareciéndose a”) de los que no pertenecen a la burguesía. Como contrapartida, *Masscult* es la cultura de masas de nivel inferior (podríamos asimilarla nosotros a la cultura más propia de la clase obrera). Es genuina pues no se plantea, dentro de su “primitivismo”, la imitación de una cultura “superior”, sino que, con su funcionalismo, su capacidad utilitaria, puede aprovechar formas de vanguardia y atravesar toda la comunidad cultural.

La política cultural de los *integrados*, por su parte, es uno de los matices del liberalismo, pues la mayor circulación de productos culturales debe necesariamente beneficiar la capacidad de elección de los consumidores. En el mercado habrá productos buenos y otros no tanto (también otros que debieran regularse por considerarse moralmente nocivos, como el caso de la pornografía relacionada con niños) pero siempre lo que importa es la libertad de elección del receptor y, en especial, que la oferta vaya regulándose en función de esa demanda.

Eco critica tanto a los *integrados* como a los *apocalípticos* (Eco 2004: 75) y esa oposición que muchos quieren ver entre los productos de la cultura alta (la vanguardia) y la cultura masiva (el kitsch) es, según Eco, una división falsa porque los préstamos funcionan en ambos sentidos: la cultura de masas toma elementos de las vanguardias, pero también las vanguardias se apropian de ciertos elementos de la cultura kitsch, prueba de ello es el pop art.

Eco parte de los siguientes presupuestos: la cultura “superior” es la “cultura de la sociedad burguesa de los últimos tres siglos” (Eco 2004: 47); existe además una “subcultura” (así considerada porque no es producida por el poder económico ni político); entre unas y otras formas culturales se producen contaminaciones, extrapolaciones, préstamos; por lo tanto, no es correcto evaluar una en detrimento de la otra. Aunque señala que la recepción es el elemento clave para evaluar el fenómeno de la cultura de masas y que un estudio de la recepción debe ser coyuntural y empírico, no hay manera de prever lo que el investigador encontrará. Es decir, el estudioso de la cultura popular no puede elaborar hipótesis, sino que podrá realizar una evaluación *a posteriori* de una condición aparentemente arbitraria. ¿Por qué las masas consumen determinado producto cultural? Y, lo que es más complejo aún de determinar, ¿cómo lo consumen, si no podemos arbitrar como método el prejuicio de que consumen pasivamente como tampoco el de confiar en sus elecciones, pues siempre serán buenas? Nunca explica de qué depende ese consumo, ni cómo se consume.

Cuestiona también la existencia de una recepción masificante, es decir, que exista un receptor continuamente pasivo, pero ese cuestionamiento es un problema, porque acepta expresiones tales como “cultura de masas”. Expresión ambigua que no puede ser usada como equivalente a “popular”, porque ni siquiera alude a una ubicación dentro de la estratificación social. Ambigua porque porta una connotación negativa en sutilezas atributivas tales como la distinción entre “masivo” (no necesariamente negativo) y “masificado” (generalmente asociado con un producto artístico “bajo”). Sutilezas y derivaciones que Eco parece no distinguir porque acepta el término originario. No es lo mismo “medios masivos de comunicación” (un democratismo *urbi et orbi*) que “cultura de masas”, donde “masa” porta una connotación de “manejable” o en el mejor de los casos, “pasivo”, “inerte”. Por eso, aunque Eco intenta negar en su conceptualización este sesgo negativo (“apocalíptico”) no parece poder evitarlo. Como señala Raymond Williams, el término *masa* o *de masas* es empobrecedor: “La metáfora de la ‘masa’ nos arrebató, en su significado más débil, el de gran público [...]. Pero tuvo un efecto duradero.

Si la mayoría de las personas son masa, entonces por esencia son estúpidas inestables, fáciles de influir.”
(Williams 1982)

Grandezas y miserias del pueblo

Para examinar el debate miserabilismo-reproductivismo (o apocalípticos e integrados), conviene concentrarse en la lectura de algunos autores en particular, dada su importancia para lo que aquí estudiamos. Hemos elegido aquellos que polarizan posiciones, para mostrar con más claridad las divergencias y también los contactos.

Las propuestas de Bourdieu tienen relevancia en sí mismas para analizar nuestro objeto de estudio, pero resultan aún más pertinentes porque las tesis de Sarlo se fundan, básicamente, en su marco teórico. Como ya dijimos, Bourdieu define los “gustos de necesidad” y los “gustos de libertad”: los primeros corresponden a las “clases populares” (en líneas generales, el proletariado) y los otros, a la clase dominante. Para la burguesía, el “gusto de libertad” es “estilización de la vida” y, por lo tanto, posibilidad de elección y “derroche”. En cambio, para la clase obrera, su mundo de opciones es “cerrado”. Es en este sentido que define el *habitus de clase*: “La clase social no se define sólo por una posición en las relaciones de producción, sino también por el *habitus* de clase que ‘normalmente’ (es decir, como una fuerte probabilidad estadística) se encuentra asociado a esta posición.” El *habitus* es, según el autor, “necesidad hecha virtud”, por lo tanto, los obreros expresan en él la “aceptación de lo necesario, de resignación a lo inevitable”. Esta “disposición profunda de ninguna manera es incompatible con una intención revolucionaria”, aunque Bourdieu no explica cómo ni por qué puede ser compatible la “intención revolucionaria” con la presencia de lo imprescindible necesario, de la alta probabilidad estadística que termina convirtiéndose en un mundo cuyas experiencias son imposibles de reformular.

La perspectiva de Bourdieu, así como la de Sarlo, es reproductivista: la hegemonía económica, de la cual se deriva la cultural, de la clase dominante es absoluta y no ofrece ninguna contradicción, ninguna fisura. Asimismo, la clase obrera acepta, pasiva e inconscientemente, dicha imposición: no habría entonces posibilidad alguna de cambio. No hay en el proletariado ni resistencia, ni negación, ni construcción propia alguna en oposición a la impuesta. Metodológicamente, esta posición lleva a un círculo vicioso: todo lo que haga la clase reproduce el poder de clase; luego, todo producto “popular” es en realidad, la aceptación del poder burgués.

Michel De Certeau y las prácticas de dios

Contra la tendencia reproductivista, que afirma que los consumos culturales se van volviendo cada vez más un coto privado de la burguesía y que la cantidad de dinero que se posee es directamente

proporcional a la cultura que puede adquirirse, se han alzado muchas voces en contra. Una de ellas es la de Michel De Certeau, que propone una perspectiva diferente para analizar los consumos populares. (De Certeau 2000: 178) Frente a la postura de reducción y acorralamiento “semejante a una actividad de borregos”, asume que “a la gente no debe juzgársela idiota” y que estaría en condiciones de realizar una lectura diferente a la dogmática, impuesta, ya sea académica (para textos y producciones pensados por y para la “cultura alta”) o popular (para las producciones pensadas para el “consumo masivo”).

Consecuentemente, sostiene que el concepto de *asimilar* un texto está mal entendido cuando se lo restringe al sentido de “volverse parecido a lo que se absorbe”: *asimilar* también es apropiarse de un texto modificándolo, adaptándolo a lo que el lector ya es; negarlo, incluso. El lector tendría la capacidad de hacer, con el texto interpretado a su modo, un objeto diferente al propuesto por la lectura de los críticos e inclusive divergente con la intención misma del autor. Contra la ideología del consumo-receptáculo y contra la ideología de la interpretación ortodoxa, elitista, el lector es autónomo. Existe otra experiencia, además de la pasividad, para el lector popular. Ahora bien, ¿de qué depende que el receptor lea de un modo u otro? ¿Cuáles son las limitaciones que tiene ese receptor? ¿Dónde se pueden observar las huellas de esas lecturas disímiles? El autor nos respondería con una hermosa metáfora:

“Los lectores son viajeros: circulan sobre las tierras del prójimo, nómadas que cazan furtivamente a través de los campos que no han escrito [...]. La lectura no está garantizada contra el deterioro del tiempo [...]; no conserva, o conserva mal, su experiencia [...] y el lugar del lector no está *aquí* o *allá*, uno o el otro, [...] a la vez dentro y fuera, [...], al asociar textos yacentes de los cuales él es el despertador y el huésped, pero nunca el propietario. Por esto esquiva la ley de cada texto en particular, lo mismo que la del medio social.” (De Certeau 2000: 187)

La lectura como caza furtiva, una bella imagen para mostrar que, en la división del trabajo entre productores y consumidores, y en la sociedad de clases, entre propietarios y desposeídos, estos últimos se convierten a su vez en productores al recorrer los campos que no poseen, porque los reconstruyen a su imagen y semejanza. Este ejercicio de apropiación no puede ser registrado porque es exclusivamente simbólico y consiste en una relación entre diversas producciones adquiridas con anterioridad. Por un lado, esta lectura salta todos los límites textuales; esto implica que todo texto puede ser leído de cualquier modo. Por otra parte, en tanto consiste en una relación simbólica, hecha sobre la base de discursos, puede saltarse también las experiencias sociales de los receptores. Según De Certeau, cada nueva lectura consistiría en la interpretación fundada en otras interpretaciones. Los que no escriben tienen la posibilidad de crear su propio mundo de palabras sobre la base de una “treta del débil”²⁸: si no pueden producir, entonces “roban”, y en ese acto, hacen del texto lo que ellos quieren, no lo que el autor había pretendido que hicieran. El autor considera, entonces, que la realidad está hecha de palabras y que es

²⁸Josefina Ludmer lleva esta idea al campo de la “micropolítica” de género y la crítica literaria a partir del análisis de la “Respuesta a Sor Filotea”, de Sor Juana Inés de la Cruz. Los débiles utilizan estrategias que no discuten directamente el dominio o el poder, sino que tiendan a “sacar partido” de la situación desfavorable. Véase “Las tretas del débil”, en *La sartén por el mango*, Puerto Rico, Ediciones El Huracán, 1985.

suficiente con esta pequeña venganza para afirmar que el receptor no es tan ingenuo como los reproductivistas (se digan marxistas o no) creen.

Ahora bien, ¿qué diferencia hay entre leer un texto como se quiera y no entenderlo? La sutileza de la experiencia literaria llamada “lectura” no es la arbitrariedad sino la existencia de una verdad del texto. El juego que propone la literatura se encuentra allí. La realidad del mundo no está formada por experiencias meramente simbólicas, sino materiales, concretas. Por eso, no es posible leer un texto de cualquier modo, sino que debiera ser leído según las condiciones materiales del momento de producción, condiciones que, en algunas ocasiones, comparten el autor y el receptor del texto. La postura de De Certeau es populista porque el receptor puede construir lo que desea y como lo desea. En esta aparente sobreestimación radica la descalificación del receptor popular: un ser absolutamente libre que se conforma (o debiera conformarse) con un robo simbólico (después de todo, solo existen los discursos), lo cual lo inhabilita para llevar a cabo acciones reales con el objetivo de revertir su situación, en un mundo real en el cual él no es propietario. Y no solamente porque no es artista.

La posición de De Certeau lleva implícita una deriva relativista que tiene que concluir necesariamente en el nihilismo. Si cada uno puede leer lo que quiere, va de suyo que no hay verdad. Si no hay verdad no hay conocimiento. De allí a señalar que la realidad no puede conocerse hay un paso. Ese paso fue dado, finalmente, por la culminación del culturalismo, la escuela “subalternista”, tan influyente en la crítica literaria en los últimos años. Sus orígenes, lógicamente, se encuentran en el populismo “culturalista”.²⁹

d. El problema de la recepción

Gramsci y la cultura popular

En uno de los apartados de *Literatura y vida nacional* (“Literatura popular”), Gramsci se refiere al “concepto de nacional-popular” (Gramsci 1961). No obstante el título, no hay allí una definición ni una caracterización explícita de ninguno de los dos conceptos. El autor polemiza con el diario *Crítica*, que se pregunta por qué los periódicos no publican novelas italianas modernas y continúan editando folletines del siglo XIX francés, como *El Conde de Montecristo* y *José Bálamo*, de Alejandro Dumas. *Crítica* considera que no existe una moderna novela italiana y que por ello debe recurrir para sus folletines a las producciones francesas. Por el contrario, Gramsci señala que los periódicos no publican a escritores italianos porque su concepción del mundo y de la vida está divorciada de la que tiene el

²⁹El culturalismo tiene su punto de partida dentro del marxismo con lo que dio en llamarse “marxismo inglés”. Surgido del Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico y vinculado por “afinidad electiva” a independientes como Richard Hoggart y Raymond Williams, el grupo tiene su momento más original con la intervención de Edward Thompson. Hoggart, “padre” de los estudios culturales ingleses y autor de un texto clásico, *The Uses of Literacy*, desarrolla una idea central a todo el marxismo británico: la autonomía relativa de la cultura obrera.

pueblo italiano. Entonces, para que exista una literatura popular, los escritores deben haber sintonizado los sentimientos y las experiencias (políticas) del pueblo. Ahora bien, ¿por qué los italianos están leyendo los folletines franceses del siglo anterior? Sobran lectores, faltan autores, por eso, los italianos leen y comentan diariamente el folletín exitoso, que no es de autor italiano. Y dado que se trata de un negocio, el periódico elige textos que harán que el público lo compre.

También señala Gramsci que la venta de novelas se dispara cuando los intereses del autor y los del público coinciden. No de manera libresca, no como una experiencia tomada de las lecturas, sino como una forma de recorrido político, tal como lo había realizado Eugène Sue, a quien nos referiremos más adelante:

“Si el ‘comercio’ y un determinado ‘gusto’ del público no se encuentran esto no es casual, tan es verdad que los folletines escritos en torno a 1848 tenían una orientación político-social determinada que todavía hoy los hace ser buscados y leídos por un público que está animado por los mismos sentimientos de 1848.” (Gramsci 1961: 142)

Explica que en Italia lo nacional y lo popular van por carriles distintos, “los intelectuales están alejados del pueblo”, tienen una tradición “libresca y abstracta”, de casta. Por eso, los italianos “sufren la hegemonía intelectual y moral de los intelectuales extranjeros”, salvo excepciones de autores italianos que seguían siendo leídos como Carolina Invernizio o Francesco Guerrazzi. La cultura burguesa italiana no ha podido lograr una intelectualidad que representara el liberalismo nacional, que haya sido verdaderamente popular como los intelectuales burgueses de Francia. Y aquí Gramsci no utiliza *popular* para referirse a la “clase obrera”, sino que remite a la constitución del Estado-nación, al momento en el cual la burguesía era la clase revolucionaria, progresiva aún como aquellos primeros románticos que descubrieron que el “pueblo” estaba constituido por otros “sectores”. Esta orfandad de literatura popular burguesa tampoco era cubierta por la literatura religiosa.

Al final del acápite aparece el párrafo que ha provocado interpretaciones poco felices:

“La novela de folletín sustituye (y favorece al mismo tiempo) el fantasear del hombre del pueblo, es un verdadero soñar con los ojos abiertos. Se puede ver lo que sostienen Freud y los psicoanalistas sobre el soñar con los ojos abiertos. En este caso se puede decir que en el pueblo el fantasear depende del ‘complejo de inferioridad’ (social) que determina dilatadas fantasías sobre la idea de venganza, de castigo de los culpables por los males soportados, etc. En *El Conde de Montecristo* se dan todos los elementos para acunar estas fantasías y, por ende, administrar un narcótico que apacigüe la sensación del mal, etc.” (Gramsci 1961: 129)

Más adelante, Gramsci observa que existen diversos tipos de novela popular, según sus héroes, sus temas, sus contenidos ideológicos y políticos. A partir de esta clasificación se puede inferir “que existen en el pueblo distintos estratos culturales, diversas ‘masas de sentimientos’ que prevalecen en uno u otro estrato, diversos ‘modelos de héroes’ populares.” (Gramsci 1961: 131) Sostiene que entre los admiradores de la ideología del superhombre nietzscheano no hay solamente una tradición de la cultura

alta, sino que, en realidad, hay allí una corriente de cultura popular vinculada a los héroes de la novela de folletín. “Y el mismo Nietzsche ¿no habrá estado influido en algo por las novelas de folletín francesas?” (Gramsci 1961: 142) El modelo de superhombre nietzscheano “tiene como único origen y modelo doctrinal no a Zaratustra sino a *El Conde de Montecristo*” y otros personajes de Dumas (Athos de *Los tres mosqueteros* y José Bálamo). También de otros autores considerados cultos (el Vautrin o el Rastignac de Balzac). Gramsci entiende que se considere vergonzosa la admiración por los personajes de Dumas o aun los de Balzac; consecuentemente, es más “digno” declararse admirador de Nietzsche. Estos héroes de la literatura popular quedan grabados como modelos en la mente de sus receptores, más allá del autor que los haya creado y de su personalidad. Por esa razón hay “segundas partes” de las historias que protagonizan; por eso hasta es posible que luego de una muerte literaria sean resucitados en otra novela. Lo que importa es ese carácter esencial de justiciero individual, históricamente necesario pues coincide con las ilusiones y necesidades de ese gran sector de la sociedad italiana que sentía ser el gran subordinado de la revolución burguesa.

Varios autores, de Umberto Eco a Beatriz Sarlo, dedujeron de este fragmento una característica invariante de la literatura popular. La *consolación* (o el *consuelo*) por una situación social desfavorecida, los deseos de venganza sublimados en la lectura, serían un elemento crucial para entender la literatura popular. Es fantasía; es la esperanza de que un superhombre, un individuo superior, único, lleve a cabo acciones de resarcimiento, que actúe por los que, “narcotizados”, no son capaces de actuar por sí mismos. Entender la cultura popular como un narcótico, opio, calmante, “alcaloides de papel”³⁰, es una postura muy extendida. Considerar que esta es una postura de tradición gramsciana, también.

En efecto, el problema de los “gramscianos” y de los críticos de Gramsci consiste en extrapolar su reflexión sobre los receptores populares de la Italia de 1930. Fuera de contexto, lo aplican a cualquier época, país y clase, más allá del estado de la lucha de clases y, por lo tanto, de las acciones y la conciencia de las clases populares. Esta operación es, como hemos visto, típica del pensamiento de la reproducción miserabilista.

Pero, entonces, ¿qué está diciendo Gramsci para la Italia de su época? Ni más ni menos que la clase que no había sabido ser captada adecuadamente por el liberalismo, la pequeña burguesía, estaba soñando con la posibilidad de tomar el poder, de recuperarse de la expropiación, de tener una expresión cultural propia, más allá de la elitista tradicional. Ese es el ejemplo que toman de Montecristo. Que Gramsci se está refiriendo en realidad a la pequeña burguesía afín a Mussolini y no al “pueblo” queda claro poco más adelante:

“del ‘superhombre’ en la literatura popular y de sus influencias en la vida real y en las costumbres (la pequeña burguesía y los pequeños intelectuales son particularmente influidos por tales imágenes novelescas, que son como su ‘opio’, su ‘paraíso artificial’ en oposición con la mezquindad de su vida

³⁰Expresión del periodista de *La Razón* que redactó los encabezados para las encuestas y que da título al artículo de Margarita Pierini, “Alcaloides de papel. Encuesta a los lectores de *La Razón*”.

real inmediata). De ahí el éxito de algunos slogans como: ‘Es mejor vivir un día como un león que cien años como una oveja’, éxito particularmente grande en quien es, propia e irremediamente, una oveja. Cuántas de estas ‘ovejas’ dicen: ‘¡Oh! ¡Si tuviese yo también el poder por un día solo!’, etc.; ser ‘justicieros’ implacables es la aspiración de quienes sienten la influencia de Montecristo.” (Gramsci 1961: 144)

La nota al pie del traductor, José M. Aricó, es muy atinada: la consigna de *leones y ovejas* era una de los que Mussolini utilizó “para domesticar ideológicamente a las masas populares italianas.” La pequeña burguesía no hará la revolución, pero buscará en sus ensoñaciones consuelo por su inacción (producto de su carácter ambiguo), encontrará para su sed de venganza contra aquellos que no le han permitido participar en su fiesta, algún Montecristo que les dé una mano. El ascenso de Benito Mussolini como Primer Ministro en 1922 es para Italia la forma política que adquiere el sueño con los ojos abiertos de la pequeña burguesía italiana. Reificar una interpretación histórica y transformar en conceptos de uso universal lo que es instrumento de análisis de una coyuntura concreta es una forma sencilla de evitar el análisis concreto de la coyuntura que quiere estudiarse.

El Eco del pueblo

Los textos sobre los que Gramsci habla son aquellos que Umberto Eco tomará en cuenta para su análisis del problema de la recepción. En “Eugenio Sue: el socialismo y el consuelo”⁽¹⁹⁹⁸⁾, Eco muestra el recorrido del autor de *Los misterios de París* desde el lugar que le ha tocado en suerte –por su origen familiar- hasta el cambio experimentado a partir de que comienza a escribir acerca de la realidad miserable que viven los obreros de su época. Esta literatura, convertida por el autor en máquina de percepción de la realidad, comienza a influir en los receptores de modo tal que, sensibles a las lecturas, se convencen de que esos personajes tienen existencia real. A partir de esa intervención del público, dice Eco, “la novela se escribe sola”.

El socialismo vertido en la novela resulta reformista, el mal no está visto como producto de las relaciones sociales perversas, basta para erradicarlo de la sociedad con el voluntarismo, la beneficencia de los burgueses. No es necesario cambiar las relaciones sociales, es suficiente con ser un individuo más bueno, compasivo. Es claro que la reacción protestará aun ante esta clase de reformismo benefactor encarnado por Rodolfo.

Eco, a partir de la tesis de Bory, el biógrafo más importante de Eugenio Sue, pone la cuestión en estos términos: “La victoria de la Segunda República es la victoria de *Los misterios de París*”. Distingue tres aspectos pasibles de análisis en la cuestión. Por un lado, el texto “en cuanto objeto analizable”; por otro, el texto en relación con el productor y, por último, los efectos sociales posibles del libro de Sue. En este último aspecto, dice, el receptor popular ha interpretado a su modo, desde su pertenencia de clase (aun a pesar de su construcción reformista o reaccionaria):

“Poco importa que la rebelión fuera ambigua y estuviera además mistificada, [...] para algunas personas siguió siendo únicamente el grito, el dedo de Sue que señalaba el escándalo de la miseria. Por equivocadas que estén, las ideas, una vez difundidas, avanzan solas. Y nunca se sabe exactamente adónde irán a parar.”

Sin embargo, Eco no muestra cuáles fueron las condiciones (más allá de la afirmación demasiado amplia que se refiere a la miseria y la injusticia) en que la lucha de clases se hallaba para generar esos efectos de lectura. Además, la segunda parte de la hipótesis de Eco puede ser cuestionada. Puede aceptarse que las lecturas generen ideas “equivocadas” (en el sentido que nosotros preferimos calificar como “desviadas”), lo que es inaceptable es la posibilidad de que “avancen solas” y, en segundo lugar, de que “no se sepa adónde van a ir a parar”. Esto indicaría que se pueden pensar las ideas fuera de los límites de las relaciones sociales y el estado de la lucha de clases que las produjeron.

En este sentido, podemos afirmar que si se analizan esas condiciones pueden preverse ciertos desarrollos; ciertas lecturas son, entonces, esperables. En la obra de Sue se verifica la influencia del mercado que le “imponía cierto tipo de propuesta ideológica”. Esta ideología reformista (“hoy socialdemócrata”) tenía “existencia política” fuera del folletín de Sue. Según Eco, el lector obtiene el consuelo a partir de la identificación con una sociedad que puede resolver las situaciones conflictivas mientras continúa siendo la misma. Si la sociedad cambiara, le parecería inverosímil al receptor, no se sentiría identificado, no sentiría su participación en esa nueva sociedad. Entonces, el receptor puede leer en forma diferente a la propuesta del autor, pero no como afirma Eco, porque los códigos de ambas clases son “fatalmente diferentes”, sino porque hay períodos en los cuales ambas experiencias son “definitivamente antagónicas” y otras en las que son *similares*. De hecho, la ideología reformista del folletín de Sue no fue interpretada, como quiere Eco, en forma divergente a la del autor: la clase obrera francesa actuó en 1848 en consonancia con esa ideología reformista que Sue había representado en su obra. De allí que, en vez de “la victoria de la Segunda República es la victoria de *Los misterios de París*” (Eco 1998: 49), podríamos decir, con más precisión, que la derrota de la revolución del 48 es el resultado de la política reformista de la clase obrera francesa retratada en la novela de Sue. O, si se quiere, que expresó los límites de una clase aun en pañales, que veinte años después creará el primer ejemplo de gobierno socialista (la Comuna de París). Con lo cual, queda claro que la “consolación” brilla por su ausencia, que el “pueblo” no se limitó a “soñar” con Sue, sino que, leyendo “desviadamente”, actuó como si la clase fuera la vengadora (y no un individuo aislado y por arriba). No estaría de más recordar que, mientras los lectores de Sue son miembros del mundo urbano, los votantes de Luis Bonaparte eran, esencialmente, campesinos. Muy probablemente, Eco sea víctima, aquí, de la confusión que genera la palabra “pueblo”, que impide ver, en su interior aparentemente homogéneo, clases y conductas de clase muy disímiles.³¹

³¹Para estas referencias a la revolución del 48, véase Marx, Carlos: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Prometeo, Buenos Aires, 2003.

Buscando a Menocchio (Carlo Ginzburg)

Con todo lo interesante que resulta, la posición de Eco es desarrollada más fructíferamente por el trabajo de Carlo Ginzburg. (1991) Aplicando el mismo método de Eco, logra confirmar un caso de lo que nosotros designamos con el nombre de *lectura desviada*.³² Domenico Scandella, conocido como Menocchio, y muerto por la Inquisición en 1599, había sido acusado de interpretaciones herejes del dogma católico. Sobre la base del análisis de las declaraciones del imputado durante el proceso, Ginzburg reconstruye el universo cultural de Menocchio y *su* lectura. A través de él intenta acercarse al análisis del universo popular en tiempos de la Contrarreforma. Aunque se trata de un solo caso (que incluso Ginzburg reconoce como excepcional) cree posible hacerlo extensivo a un grupo más amplio, porque la singularidad de Menocchio “tiene límites precisos”. “De la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa.”, dice Ginzburg. La *lectura desviada* del campesino es “una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada.”

En el contexto posterior a la Reforma, que le permitió a Menocchio la “audacia para comunicar sus sentimientos al cura del pueblo, a sus paisanos y a los mismos inquisidores” y gracias a la invención de la imprenta, que lo habilitó a “confrontar los libros con la tradición oral en la que se había criado” y con su propia experiencia como molinero, su caso aparece como una manifestación de la “influencia recíproca entre cultura de las clases subalternas y cultura dominante”. (Ginzburg 1991: 8) La suya es una lectura de adaptación coyuntural dada por las particulares determinaciones históricas en combinación con las determinaciones de clase del receptor y de los productores. Ginzburg nos acerca una forma de pensar el problema no reproductivista, al mismo tiempo que evita caer en el populismo de De Certeau, entre otras cosas, porque interpreta mejor la coyuntura y no deduce, como Eco, la recepción, sino que la estudia directamente.

3. Conclusiones

Igual que en el capítulo anterior sobre lo sentimental, podemos, después de este recorrido, sintetizar los que serán nuestros presupuestos en relación a la problemática del pueblo y lo popular:

1. El “pueblo” no es una entidad homogénea.
2. Puede ser definido, en abstracto, como la suma de las clases subalternas, lo que en los capitalismo avanzados suele limitarse al proletariado y la pequeña burguesía.
3. Las relaciones entre ambos componentes dependen de la evolución de la lucha de clases.

³²Volveremos sobre este concepto más adelante, cuando hablemos del lector.

4. La capacidad “cultural” de los diferentes componentes del “pueblo” depende de su situación específica de clase y de la coyuntura.
5. Los contenidos de las culturas “populares” remiten al estado de conciencia de clase de sus componentes y, por ende, de la lucha de clases.
6. Las “culturas populares” son resultado de la confrontación con las de la clase dominante, mediadas por su propia experiencia social.
7. Los lectores “populares” leerán de modo diferente, aunque dentro del marco de relaciones de fuerza y del punto del proceso social en el que se encuentren, así como de los límites del texto mismo.
8. El estado de la lucha de clase determina la fuerza de la ideología dominante (reproductivismo) o la independencia (miserabilismo) de los lectores populares.
9. La recepción no puede, por lo tanto, deducirse exclusivamente de los productos culturales.

Capítulo 3

Las bases económicas, políticas e ideológicas del fenómeno

Para comprender el fenómeno de *LNS* es necesario mostrar sus bases materiales, es decir, no solamente el mercado en el que surge y el soporte tecnológico que lo hace posible, sino también la empresa editorial misma. No vamos a innovar demasiado aquí en relación a lo ya dicho por Rivera y el resto de los autores que se han ocupado del tema, ni con respecto al tema del mercado y a los cambios tecnológicos; a lo sumo, ordenaremos la información existente. Donde sí pondremos una nota de originalidad será en la descripción de la coyuntura económica, no porque añadamos algo que no se sepa, sino porque quienes han trabajado el tema parecen ignorar que el auge editorial va acompañado de una aguda crisis económica y social.

Lo mismo sucede con las otras bases del fenómeno, la política y la ideológica. En efecto, quienes examinaron este fenómeno no parecen haberse percatado (porque, en general, siguen el presupuesto inverso) de que el período en el cual surge nuestro objeto de estudio se caracteriza por una aguda crisis económica, política e ideológica local y mundial. Tanto Pierini como Sarlo dan por sentado que estamos en una etapa de ascenso social y que por lo tanto el reformismo, si no el conservadorismo, es la forma dominante de la conciencia de las masas. Como vamos a ver aquí, lo fundamental de este capítulo, su aporte particular a la tesis que aquí se sostiene, es demostrar que la naturaleza del período no habilita la idea de un lector conservador, como tampoco la del lector de “variedades”; por el contrario, habilita a pensar una crisis de conciencia que se expresa en el programa de *LNS*.

1. La economía

Cuando nos referimos a las bases económicas del fenómeno, hacemos alusión a las características del mundo editorial de la época y de la empresa que publicó la colección sobre la que se basa este estudio. Empezaremos por examinar la rama de la producción gráfica y luego nos dedicaremos a *La Novela Semanal* como empresa.

El mundo editorial

Para que se produjera la explosión que representó el fenómeno de *LNS* fue necesaria la existencia de precondiciones materiales en el mundo editorial. El asunto ya ha sido tratado suficientemente, simplemente nos interesa agregar algunas precisiones, que tienen, sin embargo, su importancia.

La base de una publicación de masas debe apoyarse, necesariamente, en la ampliación del público lector, es decir, en directa relación con el desarrollo del mercado editorial. En el caso que estudiamos, ese proceso se produjo por tres vías: la inmigración, la alfabetización y la renovación tecnológica. Esos tres elementos crearon las economías de escala que hacían posible el crecimiento de grandes empresas editoriales, con grandes tiradas a precios accesibles a las grandes masas. Sobre la inmigración basta decir que la población argentina pasó de 1.000.000 de habitantes hacia 1880 a 7 millones en 1914. Simultáneamente, la población analfabeta pasó del 77,4% en el Primer Censo nacional, a 35,9 en el de 1914. El esfuerzo realizado se hace evidente al recordar que mientras la población se multiplica por 7, la población analfabeta se divide por dos. Con estas cifras alcanza para dar cuenta de la base de esas economías de escala. Como ya ha sido explicado por los clásicos de la economía, en particular Smith y Marx, la división del trabajo avanza con el crecimiento del mercado; el avance de la división del trabajo prepara, a su vez, la revolución de la técnica. Este es, indudablemente, el caso. La rama gráfica en la Argentina iba a estar en condiciones de absorber los adelantos tecnológicos que se producían a nivel mundial gracias al enorme mercado desarrollado en pocos años. Dicha rama tuvo entre los años 1900 y 1920 su período de mayor expansión, en especial por el ingreso de maquinaria que provocó un aumento en la productividad. La introducción de la linotipo vino a completar el círculo que se había iniciado con la expansión del mercado interno, pues significa la llegada de la gran industria a la rama gráfica. La gran industria es el estadio de desarrollo de los procesos de trabajo en el cual el componente subjetivo cede paso a la objetivación de la tarea en la forma de la máquina. Antes de la aparición de la linotipo, el trabajo en la composición de las publicaciones, paso previo a la impresión, demandaba una enorme masa de trabajo muy calificado. No por casualidad, durante el reinado de la manufactura en la composición, se hizo posible un rápido proceso de sindicalización y de acción sindical (el primer sindicato y la primera huelga en Argentina se deben a los trabajadores de esta rama).

Ese mundo laboral va a ser destruido por la aparición de la linotipo, siendo el tipógrafo reemplazado por el linotipista, que no tiene más habilidades que un mecanógrafo común y corriente y cuya productividad es, sin embargo, muy elevada, en tanto realiza el trabajo de decenas de tipógrafos. Es esta multiplicación de la productividad del trabajo lo que permite el abaratamiento de la composición y, por lo tanto, la caída del precio final de las publicaciones.

Según Damián Bil, para 1917-1918, “la rama contaba con maquinaria moderna importada abundante, que se expresaba en la uniformidad tecnológica de la rama”. Gracias a este despliegue técnico se hizo posible una explosión editorial. (Bil 2007)

El siguiente cuadro, tomado del texto ya citado de Damián Bil, resume esta información y nos permitirá, también, comparar tiradas con *LNS*:

Cuadro 16: Publicaciones informativas y afines, Buenos Aires, 1917				
Publicación	Tiraje	Año Fund.	Aparición	Temática
La Prensa	165.000	1869	Diaria	Información (matutino)
La Nación	135.000	1870	Diaria	Información (matutino)
La Argentina	70.000	1900	Diaria	Información (matutino)
La Razón	50.000	1904	Diaria	Información (matutino)
La Patria degli Italiani	40.000	1892	s/d	Lengua extranjera
El Diario	40.000	1881	Diaria	Información (vespertino)
La Vanguardia	40.000	1893	Diaria	Partidario (socialista)
La Epoca	40.000	1916	Diaria	Información (matutino)
La Unión	35.000	1915	Diaria	Información (matutino)
Última Hora	35.000	1908	Diaria	Información (vespertino)
El Diario Español	30.000	1872	Diaria	Lengua extranjera
Giornale D'Italia	25.000	1908	Diaria	Lengua extranjera
La Mañana	20.000	1910	Diaria	Información (matutino)
El Nacional	15.000	1852	Diaria	Información (vespertino)
Crítica	12.000	1913	Diaria	Información (vespertino)
La Gaceta de Bs. As.	12.000	1911	Diaria	Información (vespertino)
El Avisador Mercantil	12.000	1898	Diaria	Información (comercial)
Il Roma	12.000	1913	Diaria	Lengua extranjera
Deutsche La Plata Zeitung	8.000	1868	Diaria	Lengua extranjera
Boletín Oficial	6.000	1882	Semanal	Estatal
La Grande Italia	6.000	1917	Diaria	Lengua extranjera
The Standard	5.500	1860	Diaria	Lengua extranjera
La Action Française	5.000	1915	Diaria	Lengua extranjera
Le Courier de la Plata	5.000	1865	Diaria	Lengua extranjera
El Cronista Comercial	5.000	1906	Diaria	Información (comercial)
La Protesta	5.000	1896	Diaria	Partidario (anarquista)
El Imparcial	5.000	1917	s/d	Información (matutino)
Buenos Aires Herald	4.500	1880	Diaria	Lengua extranjera
La Verdad	s/d	1917	s/d	Información (vespertino)
The Hibernian Arg. Review	3.700	1906	Semanal	Lengua extranjera
The Southern Cross	3.500	1874	Semanal	Lengua extranjera
Argentinisches Tageblatt	3.000	1888	Diaria	Lengua extranjera
La Rusia Libre	3.000	1917	Semanal	Lengua extranjera
Nuevo Mundo	3.000	1917	Semanal	s/d
The Times of Argentina	2.000	s/d	Semanal	Información
The Review of the River Plate	2.000	s/d	Semanal	Lengua extranjera
Boletín Judicial	1.800	1882	Semanal	Estatal
Assalam	1.500	s/d	Semanal	Lengua extranjera
The River Plate Observer	1.250	s/d	Semanal	Información (comercio)
La Tradición	1.200	1880	s/d	Información (vespertino)
The British Magazine	1.000	1916	Mensual	Lengua extranjera
La Bandera Otomana	1.000	s/d	Mensual	Lengua extranjera

Fuente: Barret, Robert: op. cit

Si se suman las publicaciones de periodicidad diaria se tendrá una idea de la magnitud y el ritmo frenético del mercado: todos los días se editaban en Buenos Aires más de ochocientos mil ejemplares de periódicos. De ellos, un porcentaje importante se encontraba en “lengua extranjera”, es decir, inglés, francés, alemán, italiano, ruso y árabe. Entre las publicaciones de gran tirada se encuentran, además, diarios de orientación obrera, como *La Vanguardia* y *La Protesta*. Se trata de un mercado dinámico, variado y amplio.

El tipo de publicaciones como *LNS* también tenía una gran tirada y muchas propuestas distintas, como se observa en el siguiente cuadro tomado de la misma fuente:

Cuadro 17: Publicaciones periódicas principales en Buenos Aires, 1917.					
Publicación	Tiraje	Año Fund.	Aparición	Temática	Casa editora
Mundo Argentino	115.000	1910	Semanal	Crítica política	R. Radaelli
Caras y Caretas	90.000	1897	Semanal	Crítica política	Caras y Caretas S.A.
Tit-Bits	80.000	1909	Semanal	Sensacionalista	El Diario
Vida Porteña	80.000	1912	Semanal	Variedad	José Tragant
El Hogar	55.000	1904	Semanal	Variedad	R. Radaelli
PBT	50.000	1903	Semanal	Variedad	Cia. Sudamericana
Fray Mocho	50.000	1911	Semanal	Variedad	R. Radaelli
Máscara Dura	50.000	1917	Semanal	s/d	Mariani-Rieu-Rossi
Vida Española	25.000	1917	Semanal	Étnico	L.J. Rosso y Cia.
Los Sucesos	20.000	1916	Semanal	Sensacionalista	Soc. Ed. Arg.
Revista del Plata	18.000	1916	Semanal	Variedad	s/d
La Gaceta de España	15.000	s/d	Semanal	Étnico	s/d
El Duende	10.000	1917	Semanal	s/d	s/d
La Nota	10.000	1915	Semanal	Literario	Rodríguez Giles
España Nueva	6.000	1917	Bimestral	Etnico	Soc. Ed. Arg.
El Resumen	5.000	1917	Semanal	Comercial	L.J. Rosso y Cia.
Correo Musical Sudamericano	5.000	1915	Semanal	Musical	s/d
Alma Latina	5.000	s/d	Semanal	Pro-Entente	s/d
Gaceta Rural	5.000	1907	Mensual	Agraria	s/d
Revista de Ec. y Finanzas	5.000	1911	Bimestral	Financiera	s/d
La Argentina Económica	5.000	1911	Bimestral	Financiera	s/d
Bol. Bolsa de Comercio	5.000	1904	Semanal	Oficial (bursátil)	Damiano
Bol. de Soc. Tipográfica	5.000	1901	Mensual	Societario	Cia. Sudamericana
Boletín de U.I.A.	5.000	s/d	Mensual	Industria	s/d
El Auto Argentino	5.000	1914	Mensual	Automóvil	s/d
El Domingo	4.000	1916	Semanal	Deportiva	Wiebeck-Turdl y Cia.
Irigoyen Luna	4.000	1917	Bimestral	s/d	s/d
La Palestra	4.000	1917	Bimestral	s/d	s/d
La Ingeniería	3.500	1895	Bimestral	Ingeniería	s/d
La Ind. de Cueros y Calzado	3.000	1902	Mensual	Industria	s/d
Ilustrada de Zapatería	3.000	1900	Mensual	Industria	s/d
Lloyd Argentino	3.000	1893	Bimestral	Navegación	s/d
Revista Nacional	3.000	1917	Bimestral	Literario	s/d
Suevia	2.000	1917	Bimestral	s/d	Jacobo Peuser

Publicación	Tiraje	Año Fund.	Aparición	Temática	Casa editora
Comentarios	2.000	1916	Bimestral	s/d	s/d
Rev. del Círculo Médico	2.000	1900	Mensual	Medicina	Rodríguez Giles
Arquitectura	1.500	s/d	Bimestral	Arquitectura	s/d
Revista Técnica Ingeniería	1.500	1895	Bimestral	Ingeniería	Kidd y Cia.
Anales Soc. Científica Arg.	1.000	1860	Mensual	Ciencia	s/d
Bol. Cámara Española	1.000	1915	Mensual	Oficial España	s/d
The River Plate Cemento A.	1.000	1913	Mensual	Construcción	s/d
Rev. del Museo Soc. Arg.	1.000	1910	Mensual	Sociología	Belou, Tripaglia y Burzone
Revista del CEI (Ingeniería)	1.000	1910	Mensual	Estudiantil	R. Radaelli
Bol. Asoc. Arg. Electro-Tec.	1.000	1915	Mensual	Societaria	s/d
El Magazine	s/d	1911	s/d	s/d	s/d
Rev. del Impuesto Unico	s/d	1910	Mensual	Contable	s/d
El Calzado en la Argentina	s/d	1917	Mensual	Industria	s/d
La Gaceta Estudiantil	s/d	1917	Mensual	Estudiantil	s/d
El Universitario	s/d	1915	Semanal	Estudiantil	s/d
El Ferroviario	s/d	1916	Bisemanal	Industria	s/d
El Fiscal	s/d	1913	Semanal	Barrial	s/d
La Voz del Norte	s/d	1904	Semanal	Barrial	s/d
La Fraternidad	s/d	1907	Bisemanal	Sindical	s/d
El Oeste	s/d	1911	Semanal	Barrial	s/d
La Verdad	s/d	1917	Semanal	Sindical	s/d
El Panadero del Oeste	s/d	1917	Semanal	Sindical	s/d
La Libertad	s/d	1889	Semanal	Barrial	s/d
La Idea	s/d	1908	Semanal	Barrial	s/d
La Nacional	s/d	1912	Semanal	Literario	s/d
Circular Bullrich	s/d	1908	Semanal	Agrario	s/d

Fuente: Barret, op. cit.

Como se ve, se trata de tiradas muy amplias, para públicos populares, donde la crítica política tiene más importancia que las “variedades” o el “sensacionalismo”. Es difícil, de este sencillo análisis, concluir que estamos frente a un público lector caracterizado por la pura ignorancia o por la ausencia de interés en problemas complejos. Es sobre este trasfondo que se va a producir el auge de las publicaciones “semanales”. Muy baratas (10 centavos, en una época en el que el salario diario de un obrero no calificado llegaba a 10\$ por día aproximadamente), de salida continua, las publicaciones semanales van a conocer un auge impresionante. De todas ellas, *LNS* resulta la más exitosa. Ese éxito no puede explicarse, simplemente, por la existencia de un lector infantil.

La coyuntura económica

La bibliografía que examinamos hasta aquí tiende a aceptar, como ya dijimos, la caracterización según la cual estamos en una etapa en la que domina el ascenso social. Por ende, no sería raro encontrar que la temática de publicaciones de éxito en un período de tales características fuera más bien conservadora. Más allá de la validez de esa caracterización para toda la etapa que va al menos desde

Roca a la crisis de 1930, lo cierto es que la coyuntura en la que tiene lugar el fenómeno que estudiamos dista de corresponder a esa imagen idílica.

En efecto, el período 1916-1922 se caracteriza por una crisis económica de una magnitud difícil de encontrar antes de 1930. Se la asocia con la Primera Guerra Mundial, pero en realidad forma parte del largo ciclo depresivo que comienza hacia 1910 y termina recién después de la Segunda Guerra.³³ En efecto, las tendencias a la caída de la tasa de ganancia determinan un largo proceso de crisis económica que se expresará en las dos guerras mundiales, en la revolución (Rusia) y en la contrarrevolución (Alemania e Italia). La crisis explotará como crisis financiera en 1930, pero para entonces ya tiene detrás varios episodios de conmoción económica y social. El período que estamos estudiando es uno de ellos.

La Primera Guerra Mundial se caracterizó por una recesión económica de una agudeza excepcional. El esfuerzo militar y el desvío de mano de obra a los campos de combate postergaron los efectos inmediatos, pero en la posguerra el hambre, la miseria y la desocupación en masa se apropiaron de países enteros. No va a ser sino hasta después de 1923 que la economía mundial entrará en un auge ficticio (los “años locos”) que terminará en 1929-30 y una recaída en la crisis que llevará al ascenso del nazismo y a la Segunda Guerra.

En países como la Argentina la crisis se inició con la guerra misma, en particular por las dificultades del comercio exterior. La escasez de bodegas fue un elemento clave en la caída de la actividad económica interna. Di Tella y Zymelman señalan que “la crisis de 1917 fue excepcionalmente aguda, de intensidad comparable a la gran crisis de 1929, aunque de un carácter totalmente distinto.” Efectivamente, los índices de actividad sectorial entran en caída vertiginosa. Si se mira la evolución de comercio, gobierno, construcción, construcción de vías férreas y producción agraria vemos que todos estos indicadores caen a comienzos de la guerra. Todavía en 1917-18 ningún índice se recupera. La situación empieza a cambiar con la cosecha de maíz de 1917 pero en el resto de los indicadores la caída llega hasta 1918 (salvo comercio) y hasta 1919 (gobierno)”. (Di Tella y Zymelman 1967)

El año 1917 fue particularmente difícil. En ferrocarriles había en explotación, en 1910, 27.993 km. de vías y 33.884 en 1920, lo que daría 6.000 km. en la década. Sin embargo, hay 33.700 en 1915, con lo cual en los 5 años siguientes solo se agregaron 180 km. En conclusión, el empleo en el tendido de vías es nulo. (Randall 1983: 244 y Dorfman, 1986: 306) Si medidas en superficie sembrada las cosechas no se presentan distintas de otros años, medidas en producción la situación es desastrosa: la cosecha de trigo es el 60% de los dos años inmediatos, mientras que la de maíz, el 35% de la inmediata anterior y está a años luz de la excepcional cosecha de 1914.

Consecuentemente, los índices de ocupación recién comienzan a repuntar en 1918 y solo en 1919 alcanzan cifras de 1914, aunque este último año no es precisamente de los mejores, así que la comparación no significa mucho. Para la Semana Trágica y aun un año después, la desocupación sigue

³³Tomamos esta parte de Sartelli, Eduardo: *La sal de la tierra. Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano 1870-1950*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2022.

siendo muy elevada. El desempleo iniciado en 1914 alcanza su punto más alto en 1916-17, coincidiendo la caída de la ocupación industrial, ferrocarriles, edificación pública y privada con las desastrosas cosechas de trigo y maíz de 1916-17. Un dato que ayuda a comprender la gravedad de la situación, es la aparición de saldos migratorios negativos, es decir, una pérdida neta de población, sin que ese drenaje de mano de obra desagote la desocupación acumulada. Los saldos negativos comienzan con la guerra y se prolongan hasta 1919. Todo el saldo negativo del periodo suma 214.175 personas.

Este panorama de crisis está lejos de crear un escenario social estable y, como veremos más adelante al examinar la política y las características de los lectores, es improbable que todo ello estimulara lecturas consolatorias.

2. La política

Para entender la coyuntura por la que atraviesa la Argentina en la que nace el fenómeno que estudiamos, es necesario prestar atención a la dimensión internacional, marcada por la Revolución rusa, y la nacional, por la crisis de la democracia burguesa. Estos dos elementos, que tienen un factor común de fondo, son el marco más general de la etapa.

La Revolución rusa

Es difícil exagerar la importancia de la revolución protagonizada por los bolcheviques en la tierra de los zares. Tal como lo señala Eric Hobsbawm, los efectos de la Revolución Rusa fueron planetarios: de Cuba a Pekín, de Argentina a Estados Unidos, el bolchevismo triunfante produjo movimientos insurreccionales de diversa envergadura. (Hobsbawm 1998)

También se produjeron movimientos revolucionarios en gran parte de Europa Central. Tan riesgosa resultaba esta situación a los ojos de Estados Unidos que el presidente Woodrow Wilson, contra el internacionalismo, llevó adelante una política de defensa nacionalista. Impuso la creación de una serie de pequeños estados nacionales en Europa Central que sirvieran como barrera ante la oleada revolucionaria. Inclusive Alemania, un país en el cual hasta los trabajadores, soldados y marineros revolucionarios eran moderados, conservadores y “observantes de la ley”, “los marineros revolucionarios pasaron el estandarte de los soviets de un extremo al otro”. Y, aunque duró apenas unos días, hasta llegó a nombrarse un gobierno socialista. Tampoco el Partido Comunista, creado en Alemania poco antes, representó un peligro real; sus líderes, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, fueron asesinados. No obstante, siguieron manifestándose esporádicos episodios revolucionarios: las breves repúblicas soviéticas de Baviera (1918) y Munich (1919) y la república soviética húngara entre marzo y julio de 1919.

Los efectos se extendieron en nuestro continente hasta mediados de la década del 20, e incluso hasta la siguiente. Por ese entonces, en Brasil, Luis Carlos Prestes lideró una marcha insurreccional que atravesó gran parte del país y llegó a pedir (en 1935) apoyo a Moscú para el levantamiento.

Un hecho importante, como consecuencia inmediata, fue la creación de la Tercera Internacional, votada por los partidos socialistas de Francia, Italia, Austria y Noruega y los socialistas independientes de Alemania. El llamado de Lenin de adherir a ella dividió aguas en todo el mundo y tuvo su efecto también en la Argentina. Un militante comunista ex anarquista nos recuerda muy vívidamente ese impacto, que fue mucho más allá de la clase obrera:

“Al promediar 1918, llegó de Córdoba la noticia del triunfo del movimiento estudiantil por la Reforma Universitaria. El triunfo de los estudiantes propagó la agitación en los claustros universitarios de Buenos Aires. [...] El movimiento estudiantil me atraía. Como ya dije, solamente pude llegar hasta quinto grado. No pude seguir. Y sin embargo estudiaba, arbitraria y desordenadamente. Leía, quería saber. En aquel entonces todo se atropellaba en mi mente, y se sumaba a esto la inquietud provocada por la Reforma Universitaria. Esto no sólo ocurría conmigo: otros jóvenes anarquistas, obreros y estudiantes, compartían este sentimiento.” (Varone 1989)

Esta efervescencia no solo genera crisis en todos los campos, crea campos nuevos de acción en común. Existía, asimismo, un furioso clima de debate en torno a los efectos y posicionamientos luego de la Revolución Rusa. La ruptura de fidelidades, la destrucción de públicos enteros y la apertura de nuevos vínculos intelectuales eran propias del momento. Sigamos escuchando a un obrero que comparte esos campos con la intelectualidad más elevada de la época y veamos cómo se refiere a uno de los personajes clave para *LNS*:

“Hasta entonces, José Ingenieros contaba con muchos adeptos en las filas del anarquismo. Su libro *El hombre mediocre* era muy leído, y entre los militantes anarquistas, era el que más gustaba. Tal vez eso se debiera a que en esa obra veíamos reflejada nuestra propia concepción idealista del hombre, y porque coincidíamos en el análisis crítico que Ingenieros hace de lo que considera como ‘hombre mediocre’. Lo cierto es que, en mi opinión, una y otra concepción del hombre quedaron sepultadas por su propio sostenedor durante esa noche memorable en el Teatro Nuevo.

Un hombre nuevo había nacido, pero era el producto de la revolución socialista iniciada en Rusia, cuya profunda trascendencia mundial previó el talento de José Ingenieros. El anarquismo no podía comprenderlo y, al igual que las viejas concepciones, fue apartado por la Historia.” (Varone 1989: 38)

Esta lectura no era exclusiva de gente ligada de un modo u otro a la izquierda, sino sobre todo de posiciones mucho más conservadoras:

“Se ha iniciado en nuestro país la prédica del maximalismo, esto es del socialismo revolucionario en toda su crudeza, lo que significa prácticamente la implantación del gobierno anárquico, de que es Rusia ejemplo y productor... Es necesario que los católicos, los hombres de orden, todos los que tienen algo que perder (honor, familia, patrimonio) [...] se dispongan a contrarrestar y a ahogar esa propaganda brutal y antipatriótica [...] que encaja plenamente dentro de la sanción punitiva de la ley social [...] El

maximalismo se propaga en forma extraordinaria y si los elementos conservadores no quieren ser víctimas es necesario que se preparen para resistirlo.” (Pittaluga 2015: 32)

Roberto Pittaluga reseña, con mucho detalle, la enorme audiencia que la Revolución Rusa gesta en la Argentina no solo entre intelectuales y militantes:

“Los principales periódicos socialistas, anarquistas, comunistas o sindicalistas, como *La Vanguardia*, *La Protesta*, *Tribuna Proletaria*, *La Antorcha*, *La Internacional*, *El Trabajo* o *La Organización Obrera*, fueron vehículos privilegiados de conferencias y escritos sobre la Revolución Rusa, y muchos de esos textos fueron a su vez reeditados como folletos o compilaciones por las editoriales de los diferentes grupos políticos o intelectuales. Antonio de Tomaso relata esta verdadera política editora *como respuesta a una demanda del público*.” (Pittaluga 2015: 37)³⁴

El mismo autor indaga y expone detenidamente las rupturas innumerables que el episodio genera en el conjunto de la izquierda argentina, desde el anarquismo al socialismo, pasando por el sindicalismo, de modo que allí remitimos al lector.

La crisis de la democracia burguesa

La coyuntura política en Argentina no era en modo alguno, ajena a este clima mundial. Había empezado a vivir, desde fines del siglo XIX, las contradicciones propias de la sociedad capitalista, y contra ella había reaccionado de variadas formas. La más importante respuesta a esa emergencia resultó ser, en el punto álgido de la crisis del Centenario, la reforma electoral. La Ley Sáenz Peña va a intentar canalizar la lucha de clases, pero va a encontrar rápidamente sus límites. Veamos primero qué lleva a esa reforma y cómo entra en crisis luego.

a. Del “régimen oligárquico” a la Ley Sáenz Peña

La Argentina siempre gozó de una constitución “democrática”, en el sentido de que siempre reivindicó el voto universal (masculino). Sin embargo, la vida política transcurrió bastante lejos de ese ideal. Hasta la Ley Sáenz Peña, el sistema electoral estaba compuesto, en realidad, por diversos mecanismos de fraude que reglaban las relaciones entre los “partidos” burgueses. Estos últimos eran en realidad agrupamientos en torno a “hombres fuertes”, como el roquismo o el mitrismo. (Botana 1984) El sistema funcionó aceitadamente siempre que el poder presidencial, la piedra de toque de todo el edificio, se mantuvo incólume. Cuando alguna crisis lo hizo tambalear, todo el edificio tembló. Aun así, el roquismo logró contener las disidencias y controlar, más de cerca o más a la distancia, la vida política

³⁴Las cursivas son nuestras. También, sobre el notable impacto de la Revolución Rusa en Argentina, puede verse Camarero, Hernán: *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución Rusa en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2019.

argentina apoyado en una vasta coalición provincial (la “máquina de votar”) que expresaba una alianza nacional de fracciones burguesas.

El desarrollo económico, con la creciente diversificación de actividades y la aparición de nuevas fracciones y capas burguesas, va a producir tensiones en el conjunto de la burguesía.³⁵ La crisis del 90 va a inaugurar una era de rebeldía de las capas más débiles de la burguesía, que se van a expresar entre el mitrismo y el radicalismo. Este movimiento va a coincidir con la emergencia de la clase obrera, lo que va a ir llevando a la creación de un espacio común de reivindicaciones basado en un cuestionamiento creciente al elenco gobernante. Frente al crecimiento del anarquismo y del movimiento obrero, los sectores más lúcidos del roquismo (el “modernismo”) pactan con la UCR una salida política basada en la reforma electoral.

La función de la reforma era recargar socialmente un Estado aislado por el monopolio que de él tenían las capas más poderosas de la burguesía. Gracias a la reforma, la pequeña burguesía e incluso sectores del proletariado se incorporan al gobierno del Estado gracias a la UCR. Esta era la última etapa de la construcción de una superestructura adecuada a la sociedad capitalista madura, que comienza con la Revolución de Mayo y recibe un impulso de la culminación del proceso de unificación territorial que se consolida con la llegada de Roca al poder.

En efecto, el proceso migratorio metió más presión a la construcción de la superestructura capitalista, poniendo sobre la mesa la tarea más urgente, la “nacionalización” de la población. Como veremos más adelante, este tema se multiplicará en todos los ámbitos de la vida argentina, incluyendo la creación de una historia “nacional”, una geografía “nacional” y, obviamente, también una literatura “nacional”. Todo ese despliegue va acompañado por la creación de instituciones que le dan soporte, desde el sistema escolar al servicio militar obligatorio. El surgimiento de la clase obrera y el dominio anarquista del movimiento obrero impulsaron la construcción de la superestructura, apareciendo nuevas instituciones destinadas a encauzar el conflicto, como el Departamento Nacional del Trabajo.

Finalmente, la democracia burguesa venía a romper la alianza de hecho que unía a sectores de la burguesía y la pequeña burguesía, que se expresaban como “radicalismo”, con sectores del proletariado, bajo la forma de anarquismo. No se trata de una alianza formal, sino de una tendencia a la acción por fuera del Estado: así como los anarquistas hacían “huelgas generales”, los radicales hacían “revoluciones”. Aislar al anarquismo, es decir, a las fracciones del proletariado más movilizadas y construir una alianza de fracciones burguesas y pequeño burguesas a cargo del Estado, era la tarea que la Ley Sáenz Peña venía a realizar y lo hizo exitosamente.

En efecto, después de las grandes conmociones del Centenario, el radicalismo entró en el ruedo electoral y se revitalizó la tendencia del movimiento obrero que reivindicaba la lucha parlamentaria (el Partido Socialista), junto con otra que rechazaba el anti-estatismo anarquista (Sindicalismo). La llegada

³⁵El desarrollo de este acápite se apoya ampliamente en Sartelli, Eduardo: “Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera en la crisis hegemónica (1912-1922)”, en *Razón y Revolución*, n° 2, Buenos Aires, primavera de 1996.

al gobierno de Yrigoyen significó, entonces, la culminación de un proceso de largo plazo (la construcción de una superestructura adecuada a la sociedad capitalista) y otro proceso de orden coyuntural (la recomposición del poder burgués cuestionado por la emergencia de nuevas fracciones sociales). Se trataba, en suma, de soldar una nueva hegemonía burguesa, capaz de hacer frente a las transformaciones políticas que vivía el mundo, esas nuevas realidades que tomaban la forma de “cuestión social”. La Primera Guerra Mundial va a poner a prueba esa construcción.

b. La democracia burguesa en crisis

Hay dos elementos que van a producir y, al mismo tiempo, ser efecto de la crisis de la democracia burguesa. El primero es el ascenso del movimiento obrero; el segundo, la aparición de la Liga Patriótica. Ambos tienen un punto de encuentro decisivo durante el hecho conocido como Semana Trágica, en enero de 1919, en un contexto de emergencia particular, el gobierno de Yrigoyen.

Hipólito Yrigoyen había asumido la presidencia del país en 1916. La llegada del radicalismo al gobierno significó poco más que la presidencia radical, porque seguían siendo minoría en el Congreso y oposición en las provincias. Por ese motivo, la situación del presidente era sustancialmente débil. Los objetivos del gobierno radical fueron, por una parte, la conciliación de clases; por otra, la participación política institucionalizada de las fuerzas existentes por fuera de la clase gobernante tradicional. El compromiso del gobierno de Yrigoyen debía resolverse con la “clase media de profesionales ‘dependientes’” y la clase obrera urbana.

¿De dónde proviene la UCR? Políticamente, hunde sus orígenes en el post-rosismo alemista, pero socialmente expresa otra realidad de aquella que expresara Rosas. Socialmente, los orígenes del radicalismo se encuentran en las fracciones burguesas más débiles del agro pampeano y en la pequeña burguesía chacarera. Estas fracciones y capas radicales van a vertebrar, a lo largo de los veinte años que van desde su nacimiento al poder, alianzas con sus contrapartes urbanas y con sectores de la clase obrera. Asimismo, la UCR tenderá a nuclear a las oposiciones sociales del interior del país, sobre todo allí donde fracciones menores de la burguesía tengan una existencia real (como en las provincias cuyanas). Le resultará más difícil conformarse en aquellas provincias donde esa fragmentación de la burguesía no haya avanzado mucho. Para conquistar el poder allí se valdrá, ya en el gobierno, de la intervención federal, a fin de construir, dentro de esas “élites” tradicionales, líneas que respondan al Poder Ejecutivo. La forma en que esta amalgama se exprese será la del bonapartismo (Sartelli 2007), es decir, de un régimen político surgido para arbitrar entre las diferentes fuerzas sociales en disputa. Eso es lo que hace que el radicalismo aparezca como una mezcla confusa de lo alto y lo bajo, de tendencias contradictorias cuyo único punto de apoyo parece ser la figura de su líder máximo.

El gobierno de Yrigoyen significó en algunos aspectos la ruptura del liberalismo como ideología dominante. Ideológicamente era algo difícil de entender. Para los socialistas, se trataba de un gobierno

paternalista que expresaba la ideología de la democracia cristiana. (Rock 1997: 109) En general, la oposición acusaba al gobierno de personalismo; acusación que se hará carne dentro mismo del partido, con el surgimiento de una tendencia opositora a Yrigoyen, el “anti-personalismo”, que tenderá a expresar a las fracciones de la burguesía más encumbrada, frente a las tendencias más plebeyas de su adversario. El personalismo aparecía, a los ojos de la oposición socialista/republicana (como la de Lisandro de la Torre), como una supervivencia de la “política criolla”, una remembranza de Rosas y de Roca, ajena a la modernización política. Esta falla “republicana” se multiplicaba con conductas que remarcaban la “soledad” del poder yrigoyenista. El personalismo del “Peludo” se acrecentaba, no precisamente por la presencia constante del líder, sino más bien por lo contrario. Los radicales comenzaban todos sus comentarios y discursos con alabanzas al presidente, quien hacía de su ausencia pública un misterio que resultaba más importante que cualquier presencia. Si no fuera porque estos episodios formaban parte importante de la preocupación de la oposición y la opinión pública, parecería más bien que se trataba de una humorada:

“Aún después de ocupar la primera magistratura se negó a pronunciar discursos públicos; durante su mandato se abandonó la costumbre de que el presidente de la República dirigiera personalmente su mensaje al Congreso al iniciarse el período de sesiones legislativas, para gran disgusto de los elementos formalistas de la oposición conservadora. En lugar de ello, Yrigoyen redactaba un preámbulo al mensaje, lleno de divagaciones en su mayoría ininteligibles para los políticos corrientes (esto era a menudo intencional), y que el vicepresidente o algún otro delegado suyo leería ante el Congreso. Parecía dedicar la mayor parte de su tiempo a confabulaciones con sus colaboradores del partido, las cuales no tenían lugar en el palacio de gobierno (la ‘Casa Rosada’) sino en su vieja y modesta casa cerca de Plaza Constitución. Sus presentaciones en público seguían siendo muy limitadas; casi las únicas oportunidades en que se podía verlo era cuando concurría al funeral de algún personaje partidario en apariencia secundario. Los partidos opositores llamaban a esto su necrofilia, aunque puede explicárselo por el alto valor que asignaba Yrigoyen a la lealtad para con sus amistades políticas y por el énfasis que ponía en las relaciones personales en su conducción del partido. También era conocida su intensa vida sexual. Aunque nunca contrajo matrimonio, dejó por lo menos una docena de hijos, que tuvo con sucesivas ‘señoras’.” (Rock 1997: 113)

El presidente actuaba en las sombras y esta forma de manejo del gobierno, de cara a los representantes de la superestructura política, contrastaba vivamente con la facilidad con la que el “pueblo” podía acceder a los despachos de la Casa Rosada. Más allá de los episodios cuya veracidad es poco probable (como el de citar al pedicuro de la casa de baños a la que el presidente concurría con asiduidad, para ofrecerle trabajo para su hermana y los otros parientes que necesitaran empleo), este estilo de política popular era visto por la oposición conservadora como “gobierno de la plebe”, venal y corrupto. Correspondía, sin embargo, a la naturaleza social del nuevo gobierno y a su rol bonapartista.

Según David Rock, el incremento de cargos burocráticos y profesionales fue una de las formas usadas para conformar a los sectores urbanos comprometidos por la situación económica, un método

conocido como “sistema de patronazgo”, cuya práctica critica la prensa opositora, como *La Vanguardia*.³⁶

Sin embargo, más allá de la crisis, la naturaleza del gobierno radical hacía necesaria esta práctica. El empleo estatal abría la política a otras fracciones sociales, en particular a las capas burguesas más débiles. Esa política se complementaba con la apertura de nuevos carriles para el despliegue de las apetencias de esas mismas capas.

En 1918 se inició en la Universidad de Córdoba un movimiento vinculado a la movilización general de la pequeña burguesía: una serie de huelgas estudiantiles, algunas con acciones relativamente violentas, tendientes a la modificación de los planes de estudio y a la secularización de la educación universitaria. La disputa se centró en torno al acceso universitario y la participación de los estudiantes en el gobierno de las universidades. En efecto, lo que sucedía en los claustros académicos era una consecuencia esperable de la “democratización” de la política, vale decir, de la ampliación del sufragio de 1912. Sin embargo, además de la democratización académica, la modificación del plan de estudios y la accesibilidad para el ingreso universitario, la Reforma logró que el gobierno creara “nuevas universidades, que ampliaron las posibilidades de los grupos de clase media de recibir educación superior.” (Rock 1998: 130 y Bastida Bellot 2018)

Aunque los radicales condenaron en su momento la promulgación de leyes represivas contra los anarquistas (la Ley de Residencia), no se preocuparon por derogarlas. Todo lo contrario, supieron aplicarlas en dosis nada despreciables. La ideología radical era profundamente refractaria a toda organización independiente del proletariado: “Su antipatía por el PS de J. B. Justo era en muchos aspectos más marcada que la de la oligarquía”, aclara Rock. (Rock 1998: 132) La defensa de la propiedad privada y del *statu quo* burgués aparecía como una valla infranqueable incluso en relación a un partido tan moderado como el de Justo.

La confianza en la movilidad social era, por tanto, el caballito de batalla de la política de conciliación de clases. En este punto, el de la política económica, el radicalismo significaba la continuidad política del régimen oligárquico, algo coherente con su base social, que no se diferenciaba más que por una cuestión de tamaño de la burguesía que había sostenido a Roca.

En resumen, un gobierno “plebeyo” que expresaba una alianza de fracciones y capas de clases amplia, que buscaba limitar las tendencias expropiatorias de la acumulación del capital: esa es la mejor definición del radicalismo que podemos obtener de este apretado resumen. El tono del clima político se inclinaba, entonces, hacia la izquierda del espectro en relación a la etapa previa a 1916, aunque no se encontrara en el gobierno la expresión más radicalizada, valga la redundancia, de esa nueva situación ideológica.

³⁶“La inscripción en los registros del partido viene a ser [...] una especie de pasaporte o salvoconducto para llegar a cualquier puesto, sistema que, generalizado con el fin de dar ubicación en las oficinas públicas a las hordas famélicas de la ‘causa’, ha convertido a todas las reparticiones nacionales y municipales en otros tantos asilos de incapaces.” *La Vanguardia*, 18/1/1922.

c. El ascenso del movimiento obrero

A partir de 1916, el radicalismo comenzó una tarea de cooptación del movimiento sindical, en el cual los anarquistas ya estaban en decadencia, reemplazados en la dirección por la tendencia sindicalista revolucionaria. Dicha tendencia, surgida de una escisión “soreliana” del socialismo a principios de siglo, había evolucionado hacia el reformismo rápidamente. Estaba más interesado en la mejora de la situación económica de los trabajadores que en realizar la revolución social que no dejaban de pregonar. Su cercanía con el gobierno de Yrigoyen será creciente. Los sindicatos tuvieron la posibilidad de acceder directamente a los agentes centrales del gobierno para discutir sus reclamos.

“Los radicales decían que así nivelaban los privilegios de clase y propendían a un estado de ‘armonía entre las clases’, transformación en la cual sostenían que el Estado cumplía un papel esencial, como árbitro de los conflictos e instrumento de unión entre los obreros y el resto de la sociedad.” (Rock 1998: 140)

La situación de depresión económica en la que se sumió la economía local como producto de la guerra reactivó al movimiento obrero, que había entrado en un *impasse* desde la represión del Centenario. Un nuevo ciclo de huelgas se inicia entre 1916 y 1917, llega a su punto más alto entre 1919 y 1920 y entra en rápido declive desde la huelga general de junio de 1921 en adelante. Como señala Rock, “la política laboral del gobierno radical puede sintetizarse en esta sola decisión: utilizar a la policía (o a las tropas del ejército) en favor o en contra de los huelguistas.” Esta concepción de la neutralidad del Estado frente a los conflictos sociales era un punto de convergencia ideológica entre el radicalismo y la corriente sindicalista. (Sartelli 2007)

El ciclo de huelgas tuvo como protagonista a la FORA IX, aunque el anarquismo conoció un renovado auge. La FORA, fundada a principios de siglo por socialistas y anarquistas, había sido rápidamente dominada por estos últimos, quienes impusieron estatutariamente la profesión anarquista. Los socialistas se nuclearon en una organización aparte, la UGT. A su vez, del seno de la corriente socialista se desprendieron los sindicalistas, que no aceptaron la exclusividad anarquista de la FORA pero tampoco el reformismo socialista. El sindicalismo revolucionario argentino se inspiró en el sindicalismo revolucionario francés, que privilegiaba la acción directa y rechazaba toda participación política, siguiendo las ideas de Sorel. Para 1910-14, esta corriente había abandonado toda pretensión de transformación revolucionaria y se había unido a socialistas y disidentes anarquistas que veían en la represión del Centenario un síntoma del agotamiento de la etapa insurreccional. Estas tendencias formaron, en 1914, la CORA (Confederación Obrera Regional Argentina) y luego se unieron a la FORA, en la que quedaron en mayoría. Ellos son los que, en el IX Congreso, en 1915, eliminaron la cláusula que imponía la ideología anarquista. Protestando por la resolución, los anarquistas se retiraron y

reconstituyeron su organización, que pasó a ser conocida como FORA V, en alusión al Quinto Congreso, de comienzos de siglo, donde se había introducido la cláusula objeto de disputa. Hacia 1919, entonces, el movimiento obrero argentino se encontraba dividido entre reformistas (la IX) y revolucionarios (la V).

Sea cual sea la orientación, el movimiento obrero crecería enormemente. La FORA IX se transformó en la primera central sindical de alcance verdaderamente nacional. La FORA V vivió también un proceso de expansión notable. En términos de su extensión geográfica, ambas centrales abarcaron un espacio continuo desde Santa Cruz a Misiones y desde Buenos Aires a Mendoza. Al mismo tiempo, un conjunto de sindicatos de singular envergadura comenzó a tomar forma y a constituirse en el núcleo de sus respectivas federaciones: la Federación Obrera Regional Portuaria (FORP) y la Federación Obrera Marítima (FOM). Esta última será la más importante de todas, ocupando un lugar similar al que tiempo después tendría la Unión Ferroviaria, la UOM o, en la actualidad, el gremio de camioneros.

Este ascenso del movimiento obrero tuvo significados contradictorios para el gobierno yrigoyenista: por un lado, el crecimiento de una corriente afín que le permitió establecer una base sólida en la clase obrera; por otro, el renacimiento del anarquismo puso a una fracción de la clase obrera en una oposición frontal y en movilización permanente. Durante la primera etapa de su gobierno, Yrigoyen cortejó a la FORA IX y fue correspondido, pero un evento vendría a poner fin al idilio, la Semana Trágica.

d. La Semana Trágica

Según David Rock, en 1919, el gobierno vio comprometida su continuidad y estuvo a punto de caer víctima de un golpe de estado militar. (Rock 1998 y Bilsky 2011) La hipótesis no parece muy firme, pero es cierto que la crisis política fue particularmente grave. Todo partió de una huelga general que culminó con un cruento *pogrom*. La Semana Trágica se enmarcó en el proceso de lucha de clases que comenzara con la huelga triunfante de la FOM en 1916-17 y terminó con la fracasada huelga general del 21.

La Semana Trágica forma parte, entonces, del momento de ascenso de la lucha de clases en el período considerado. Empezó el día 7 de enero de 1919 y se extendió hasta el día 13 de enero. El epicentro estuvo en los depósitos de los Talleres Vasena en Barracas, la principal metalúrgica del período y una de las empresas más grandes del país, con más de 2.000 trabajadores. Los obreros se encontraban en huelga por recomposición salarial, reducción de la jornada de 11 a 8 horas, descanso dominical y reincorporación de los delegados despedidos a causa de la huelga. El episodio detonante, la muerte de cuatro obreros que intentaban detener el ingreso de rompehuelgas a la planta, a manos de la policía, desató la huelga general metalúrgica, con apoyo de la FOM. Al día siguiente, las dos FORAs decretaron la huelga general en todo el país, que comenzó el día 9 con un acatamiento casi absoluto. La planta de

Vasena, en Cochabamba y Rioja, fue rodeada mientras la FORA IX negociaba con los directivos defendidos por decenas de policías privados. Mientras tanto, el cortejo fúnebre acompañaba a los compañeros muertos al cementerio con una guardia de cien obreros armados como escolta. En el camino se asaltó una Iglesia y murieron varios obreros más. También se produjeron asaltos a armerías por parte de los manifestantes. No hubo, fuera de las armerías, robos ni saqueos a comercios. A las 17 horas el cortejo llegó a la Chacarita y fue allí donde se renovó la masacre: la policía y los bomberos dispararon a mansalva a la multitud desde los murallones del cementerio sin que la escolta obrera pudiera hacer gran cosa. Las estimaciones varían entre 12 y 50 obreros muertos.

La masacre del cementerio enardeció a los huelguistas y comenzaron a registrarse tiroteos en toda la capital; en especial, tuvo lugar un combate importante en torno a los talleres de Vasena, donde los obreros se enfrentaron exitosamente a la policía, hasta que el gobierno envió al Regimiento 3 de Infantería, que controló la situación. Al caer la noche, había tiroteos generalizados, sobre todo en la Boca. Las cifras de muertos del día 9 alcanzaron, según las fuentes, entre 40 y más de 100. El día 10 se plegaron a la huelga general los ferroviarios de la FOF (Federación Obrera Ferrocarrilera), ante la resistencia de la empresa y las negociaciones empezadas por la FORA IX con el gobierno. Buenos Aires estaba paralizada y aislada del resto del país por el paro de ferroviarios y marítimos. La propaganda anarquista reinaba en las calles, buscando darle a la huelga un contenido más amplio. Ese mismo día, también, la policía y la Liga Patriótica asaltaron la imprenta de *La Protesta* y la destruyeron. En el resto del país, una enorme cantidad de huelgas daba cuenta de la extensión del movimiento, que empalmaba, también, con la huelga general desatada en Montevideo. Combates entre obreros, aparentemente anarquistas, y policías ayudados por la Liga Patriótica, se produjeron durante todo el día, con varios obreros muertos más. Hasta los chicos participaron de la lucha, rompiendo a pedrazos las lámparas de luz, para poder operar con seguridad durante la noche. Por su parte, 500 obreros atacaron una comisaría para liberar a compañeros presos.

Mientras tanto, el gobierno rodeaba la ciudad con tropas del Ejército y obligaba a Vasena a aceptar las reivindicaciones de los huelguistas, a fin de parar el desarrollo de la huelga. La FORA IX aceptó la situación y decidió levantarla. Los obreros de la propia central rechazaron en la práctica esta resolución y las acciones continuaron, sobre todo, bajo influencia anarquista. El saldo del día 10 agrega 50 obreros muertos más. El día 11 vio continuar la huelga en todo el país, pero sobre todo un reforzamiento de la acción de la policía y la Liga Patriótica, en especial en el barrio de Once, donde se produjeron ataques a sinagogas, golpizas a judíos e incluso disparos contra miembros de la comunidad que dejaron una importante cantidad de muertos. Los anarquistas del V iban quedando aislados por la presión de los “novenarios” y del Partido Socialista para levantar la huelga, que se mantuvo, sin embargo, hasta el día 13, en razón de que los gremios intervinientes no querían abandonar la lucha hasta conseguir los objetivos particulares que los habían sumado a ella. Hubo nuevos intentos de asalto a comisarías, pero el movimiento declinó rápidamente. La persecución de sindicalistas y, sobre todo,

anarquistas, dominó la actividad del gobierno de allí en adelante. El balance general, al día 14, va desde los 700 muertos y 2.000 heridos que contabilizaba *La Vanguardia*, hasta los 100 y 400, respectivamente, que aseguraba *La Nación*. La cantidad de detenidos durante y después de los hechos es difícil de establecer, pero fuentes anarquistas la elevaban a 20.000 y hasta 50.000 según otros autores.

El clima de terror maximalista se extendía allende las fronteras nacionales: un complot bolchevique en Brasil que llegaría hasta Buenos Aires y rumores de que se estaba urdiendo en nuestro país una conspiración para asesinar al presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson. David Rock explica la actitud de Yrigoyen durante la Semana Trágica por la intervención del general Luis F. Dellepiane, quien comprometió el apoyo del Ejército al gobierno (evitándole así el riesgo de golpe de Estado), siempre y cuando la huelga fuera reprimida. Por eso, considera que “en enero de 1919 el gobierno radical estuvo casi al borde de ser derrocado por un golpe de Estado militar.” (Rock 1998: 187)

Luego de la Semana Trágica, que muchos prefieren recordar como Semana de Enero para remarcar el carácter de lucha del episodio en lugar de destacar los efectos de la represión, el movimiento sindical siguió en ascenso hasta mediados de 1920, un ascenso que colocó a la FORA IX a la cabeza de la clase obrera en todo el país. La FORA V también crecía, pero en menor magnitud. A fines del 19 y durante todo el 20, sin embargo, los obreros encontraron cada vez una mayor resistencia de los patrones, sobre todo a partir del accionar de su principal máquina de guerra privada, la Liga Patriótica. Se sucedieron huelgas en todo el interior, muchas de las cuales terminaron en masacres obreras entre las que se destacaron las huelgas de la Forestal, de la Patagonia, Tres Arroyos y Jacinto Aráuz. Existía, entre los obreros, la conciencia de que la confianza en Yrigoyen, que expresaba la FORA IX detrás de una pantalla de “apoliticismo”, resultaría fatal para el movimiento. Comenzaba a surgir la demanda de huelga general para obligar a desarmar a la Liga Patriótica, derogar las leyes represivas y liberar a los obreros presos. Finalmente, la huelga se realizó en junio de 1921 y resultó un fracaso, pues terminaron todos los dirigentes detenidos, incluso los de la FORA IX. Se cerró allí el ciclo de lucha de clases del cual la Semana Trágica constituye un punto focal.

Al gobierno le quedaría todavía enfrentar dos serias crisis. Una de ellas se produjo en la Patagonia, en 1920, cuando luego de un levantamiento de los peones de estancia, centenares de huelguistas fueron asesinados. La otra se produjo en 1921. Se trata de enfrentamientos entre sindicalistas y anarquistas ligados a la FOM y miembros de la Asociación del Trabajo. La disputa terminó involucrando a la Liga Patriótica que había apoyado a la Asociación. Un grupo de taxistas emitió un comunicado atacando a los de la Liga y

“al mismo tiempo se suscitó una oleada de apoyo a la Liga por parte de la élite y de la clase media. [...] Se repetía exactamente la situación de 1919. La huelga generó una aguda polarización de clases, que a causa de la actitud de la Liga Patriótica y el ejército se convirtió de inmediato en una gran crisis política.” (Rock 1998: 216)

Si en 1919, las actividades de la Liga se centraban en torno a los anarquistas, judíos y maximalistas, ahora sus acciones ya eran declaradamente antiobreras. La influencia del anarquismo en todo el proceso fue notable y continuó creciendo hasta en los lugares más insospechados:

“Aquel fue un período de múltiple y afiebrada actividad periodística del anarquismo. *El soldado rojo* era una publicación destinada a los militares, a la que llamábamos internamente ‘el soldadito’, por su formato pequeño, pensado para facilitar su difusión en los cuarteles. El periódico, editado por una agrupación de anarquistas simpatizantes de la Revolución Rusa, aparecía sorpresivamente en los comedores y dormitorios de los cuarteles, fijados en sus paredes. Publicaba denuncias sobre los malos tratos a los soldados, los convocaba a luchar por reivindicaciones tales como mayor paga, mejor trato, mejor calidad en la comida, y propiciaba la formación de comités de tipo revolucionario. Su distribución era severamente castigada por las autoridades militares.” (Varone 1989: 48-9)

e. **La Liga Patriótica**

A partir del inicio de las acciones obreras de enero, se organizó y movilizó una agrupación conformada por civiles burgueses y pequeño burgueses. Constituyeron grupos armados que patrullaban las calles de la ciudad junto con la policía y el ejército. Según Rock, era un “movimiento contrarrevolucionario de derecha”. (Rock 1998: 177)³⁷ “Mueran los judíos, mueran los maximalistas”, era el grito de estos representantes de la reacción. Aunque completamente infundada, la psicosis era tal que la policía dio la noticia de

“que se había descubierto una célula bolchevique entre los inmigrantes rusos. Los hombres de prensa entrevistaron a tres prisioneros que habían sido apaleados y estaban casi inconscientes, pero pronto se puso de manifiesto su total inocencia. El ‘presidente de la República Socialista’ resultó ser colaborador de un diario sionista³⁸, y su ‘ministro del Interior’, un judío dueño de una pequeña fábrica. Sin embargo, durante un tiempo la ciudad entera creyó ingenuamente en la existencia de una conspiración revolucionaria.” (Rock 1998: 178)

Inclusive, el PS debió salir a desmentir el rumor de que estaba tramando una revolución. La situación de alarma involucró a la policía de la ciudad de Rosario, que en diciembre de 1918 inició una huelga para reclamar por el atraso del pago de los sueldos que ya llevaba nueve meses: se llegó a decir que había allí infiltrados comunistas. Mientras tanto, durante la Semana Trágica, las acciones de la Liga Patriótica reflejaban el convencimiento de que el gobierno no iba a poder resolver el problema que se le presentaba (así como no lo había podido hacer en 1917 con los ferroviarios).

³⁷La Liga Patriótica estuvo acompañada por otras organizaciones patronales, como la Asociación Nacional del Trabajo, organizada sobre todo a instancias de las actividades sindicales en el puerto de Buenos Aires. Véase Rapalo, María Ester: *Patrones y obreros, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2012. También, sobre la Liga, McGee Deutsch, Sandra: *Contrarrevolución en Argentina. La Liga Patriótica Argentina*, UNQUI, Bernal, 2003 y Caterina, Luis María: *La Liga Patriótica Argentina*, Corregidor, Buenos Aires, 2005.

³⁸Se trata de Pinie Wald, quien relató estos episodios a los que fue sometido luego de ser apresado, acusado y torturado en el Departamento Central de Policía, en la novela autobiográfica *Pesadilla*, Ameghino, Buenos Aires, 1998.

La reacción no involucró solamente la represión y el accionar de la Liga Patriótica. En abril de 1919, el gobierno volvió a aplicar la Ley de Residencia y la Ley de Defensa Social a los anarquistas. Siguió a ello una ola de deportaciones y arrestos. También la Iglesia puso manos a la obra con la Gran Colecta Nacional “para impulsar [...] ‘la gran obra de independencia de los obreros’ y su redención del ‘caudillo revolucionario’”, para “‘ayudar al obrero que no quiere pertenecer a una sociedad de resistencia socialista, ácrata o sindicalista revolucionaria, dándole medios para escapar de su despotismo’.” (Rock 1998: 203)

En la medida en que la Liga ha sido asociada frecuentemente al fascismo y se ha desdibujado su relación con el gobierno radical, conviene repasar algunos datos. Por empezar, formaron parte de la Liga personajes a los que la historia posterior ha rescatado como “demócratas”, tal el caso de Lisandro de la Torre, o como “héroes de la nacionalidad”, por ejemplo, Francisco P. Moreno. También formaron parte de la Liga personajes de la cultura, como Estanislao Zeballos, Juan Álvarez, Enrique Larreta, Juan Agustín García y Luis Agote. Los vínculos con el radicalismo fueron muy estrechos: Manuel María de Iriondo (radical antipersonalista), Vicente Gallo (también antipersonalista y ministro del interior de Alvear) y Leopoldo Melo (también antipersonalista), José Camilo Crotto (gobernador radical de Buenos Aires) y el General Dellepiane (ministro de Guerra de Yrigoyen). También estuvieron en sus filas Aldo Cantón (gobernador autonomista de San Juan, populista protoperonista) y Joaquín de Anchorena.

Sobre el cabecilla del movimiento, Manuel Carlés, se ha dicho mucho, pero su trayectoria dista considerablemente de la típica de un jefe fascista. Sus orígenes se encuentran en el conservadorismo modernista, es decir, aquella fracción disidente del roquismo que incluye a Pellegrini, Roque Sáenz Peña y Figueroa Alcorta y que va a alumbrar la Ley Sáenz Peña. Muy cercano al radicalismo, será funcionario de Yrigoyen y de Alvear, enviado por este último como interventor a Salta (como dato interesante, el gobernador radical que gana las elecciones después de su intervención se afilia a la Liga). También fue interventor en San Juan. En esa coyuntura, durante la cual era diputado, “ni siquiera había sido un firme defensor de la Ley de Residencia”.

La Liga se constituye en apoyo del gobierno, no en oposición. Obtuvo del radicalismo un consenso muy amplio durante la Semana Trágica y después. Estaba a favor del voto femenino. (Mc Gee Deutsch 2003: 86) Como veremos más adelante, el antiobrerismo de la Liga no era muy diferente del de Yrigoyen, tal como lo afirma Manuel Gálvez, que lo compara al fascismo italiano. (Mc Gee Deutsch 2003: 77) Como veremos más adelante, la ideología de la Liga, más cercana a un paternalismo derechista autoritario que al fascismo, es una de las emergencias más notables de la coyuntura que examinamos. Solo diremos por ahora que su vinculación con *LNS* es directa, en tanto el autor más exitoso del corpus no es otro que el secretario de la Liga y colaborador directo de Carlés, Josué Quesada.

3. La ideología

El fenómeno que estudiamos se enmarca en una coyuntura que no es, solamente, particular en términos de las transformaciones económicas o del contexto político. Es también una coyuntura que se caracteriza por emergencias ideológicas importantes, que tienen vinculación directa con nuestro objeto de estudio. Los textos que se han ocupado de *LNS* suelen pasar por alto que el hecho se produce en momentos de una aguda crisis ideológica mundial.

El eje de las transformaciones ideológicas es la crisis del liberalismo, que dará lugar a la emergencia de nuevas ideologías, por izquierda y por derecha. En efecto, la etapa que se inicia a fines del siglo XIX con el ascenso de filosofías antiliberales, pero no necesariamente filo-socialistas, llega a su clímax durante el período de entreguerras. Dos son los puntos de partida de ese cuestionamiento interno a la ideología burguesa por excelencia, el liberalismo: por un lado, la Iglesia católica y su doctrina de la conciliación de clases; por otro, el nietzscheanismo y su teoría del superhombre. La ambigüedad de ambas les permite colocarse como término medio, como alternativas al anarquismo y el socialismo, entre otras cosas porque se confunden con ellos en un fondo de temas ideológicos comunes.

La Iglesia y la *Rerum Novarum*

La Iglesia Católica es, como toda institución religiosa, un aparato ideológico, la única institución que logró sobreponerse a tres modos de producción distintos: sobrevivió al esclavismo, al feudalismo y al socialismo. Incluso, supo sobrevivir al capitalismo en la Europa del este comunista. Precisamente, durante el siglo XIX, la Iglesia fue realizando el pasaje del feudalismo al capitalismo, mediado por el proceso de estabilización de las nuevas relaciones y el creciente carácter reaccionario que toma la vida burguesa en general. En efecto, en todos los campos, la burguesía va abandonando las promesas que hizo en su momento revolucionario. Y así como la “libertad” se transforma en “libertad de comercio” como señalaba Marx, la “igualdad” en “igualdad ante la ley” y la “fraternidad” en renovación de la lucha de clases, este retroceso general se evidencia cada vez más en las artes, la ciencia y la política. Hacia 1870, año en el que se conjugan la unidad alemana, la unificación italiana y la Comuna de París, la Iglesia va a dar un giro sustantivo, que le permitirá cumplir una función útil al capital: la conciliación de clases.

En efecto, desde la *Rerum Novarum* (1891) la Iglesia se ofreció como mediadora entre capital y trabajo con un claro objetivo antisocialista. Esta estrategia se sumó a la perspectiva antiliberal que la Iglesia adoptara muy tempranamente³⁹. “Materialismo” y “socialismo” se identificaban con “ateísmo”, crítica en la que entraba también el liberalismo como antesala necesaria y puente facilitador para las ideologías “disolventes”. La nueva estrategia suponía desarrollar una perspectiva ideológica que le

³⁹Aunque ya en el documento *Syllabus Errorum*, de 1864, bajo el papado de Pío IX, se declara que la Iglesia no debe conciliar con la cultura moderna y el liberalismo, en la *Rerum Novarum* establece explícitamente una posición con respecto a los trabajadores y a la propiedad privada: apoya la organización sindical, pero a la vez sostiene que la propiedad privada es un derecho inalienable, fundamental.

permitiera ofrecer una alternativa al liberalismo como ideología burguesa. La ventaja se encontraba en la capacidad para restablecer los lazos rotos entre burguesía y proletariado por el mercado y el individualismo capitalista. Su carácter bifronte se percibe rápidamente en su articulado propositivo: junto con la condena de las miserias capitalistas, se defendía como dogma la propiedad privada. Esa sería la base del desarrollo de la Democracia Cristiana, corriente que se establecería, con suerte diversa, en todos los países.

En la Argentina, para que la burguesía aceptara la función que la Iglesia quería cumplir, tendrían que pasar unos cuarenta años, es decir, hasta al menos los años 30. Débil desde sus inicios en el Río de la Plata, la Iglesia vivió la organización del Estado nacional desde la oposición. La entronización del roquismo es la de una tendencia laicizante que se remontaba a Rivadavia y que expropió a la Iglesia de las funciones “civiles” que hasta ese momento controla (casamientos, nacimientos, defunciones, etc.). No resulta casual, entonces, que elementos católicos, como Estrada declararan ya en ese momento, como reacción a la secularización en marcha, que

“Estos antagonismos, que pronto se convierten en verdaderas dislocaciones sociales, arrancan de un orden económico y moral que no se removerá sino por la restauración de los principios cristianos [...] Erróneamente se llama a ese conflicto ‘la cuestión social’, como si la conflagración de los intereses y de los instintos fuera un hecho inherente al Estado de la sociedad, según la fórmula de Darwin trasladada a la sociología positivista. No es tal, señores: es un derivado de la cuestión religiosa.” (Zimmermann 1995: 52)⁴⁰

Estrada formaba parte de un movimiento que desde comienzos de los años 80 estaba impulsando la intervención social de la Iglesia, en paralelo con procesos en el mismo sentido en Europa. Estas iniciativas se concretaron en la formación de los primeros círculos de obreros católicos, que terminarían formando parte de la Federación de Obreros Católicos, organizada por la figura clave de este despliegue “social” de la Iglesia, el padre Federico Grote. Junto con este desarrollo en el seno de la clase obrera (más bien limitado, si hemos de prestar atención a las cifras), aparecieron otras organizaciones católicas, ligadas a profesionales y con proyecciones claramente políticas, como la Liga Democrática Cristiana, organizada según los principios esbozados por León XIII. Posterior a ella es la Liga Social Argentina, que reunió en su seno a gente como Emilio Lamarca, Monseñor Miguel de Andrea, Alejandro Bunge y el padre Gustavo Franceschi, , inminente director de la revista católica *Criterio* iniciada en 1928. (Zimmermann 1995: 53)

Aunque el eje del combate católico se dirigía contra el socialismo, el culpable principal de la situación es el liberalismo, no sin un toque antisemita. El “materialismo” y el “individualismo” debían dejar paso a una concepción más organicista de la vida social. De allí la importancia de reconocer el valor de las corporaciones como expresión de derechos válidos. Formaba parte, entonces, del

⁴⁰Sobre estos temas, pero con mucho más detalle empírico, véase Auza, Néstor: *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, Ediciones Don Bosco, Buenos Aires, 1987.

pensamiento católico el reconocimiento legal de los sindicatos, la jornada de ocho horas, el salario mínimo legal, la responsabilidad de los empleadores por los accidentes de trabajo, la organización de fondos de pensiones y bolsas de empleo y la formación de un Ministerio de Trabajo. Según Zimmermann, a quien venimos citando, obtiene mucha influencia a partir de la acción legislativa de algunos diputados reconocidos (O'Farrell, Caferatta, Bas) y de algunos intelectuales importantes con influencia en el Estado (como Bunge, que dirige los Círculos de Obreros Católicos y tiene predicamento en el Departamento Nacional de Trabajo), que en el mundo sindical. (Zimmerman 1995: 54)

Más allá de estos esfuerzos, el primer punto de contacto importante entre la burguesía argentina y la Iglesia se iba a producir como consecuencia de la Semana Trágica. En algún sentido, ese episodio opera como “Comuna de París” del proceso ideológico argentino. La Gran Colecta Nacional, organizada por la Iglesia en 1919, tuvo motivaciones muy concretas:

“Nos proponemos en primer lugar libertar a los obreros progresistas y ordenados y a las asociaciones que ellos constituyan de la tiranía que sobre unos y otras hacen pesar sociedades revolucionarias que, invocando la palabra nobilísima de libertad, intentan reducirlos a la servidumbre. Queremos fundar una oficina de servicios sociales que, dando a conocer la obra admirable de las numerosísimas sociedades benéficas existentes en el país, les atraigan simpatías y auxilios, allanándoles de esta manera la excelsa misión que desempeñan. Es nuestro deseo proporcionar al obrero y a su familia una vivienda sana desde el punto de vista físico y moral, al alcance de los recursos económicos más modestos, asegurando así la mejor educación de las generaciones futuras, y extirpando eficazmente la plaga social del conventillo. Mediante la universidad obrera y el instituto técnico femenino queremos combatir tanto la incompetencia profesional del trabajador cuanto los riesgos que para la mujer constituye su inferioridad como operaria, con lo cual facilitaremos a uno y otra una vida social más completa, y los apartaremos de la desesperación, madre fecunda de revolucionarios. Extendiendo nuestra mirada hasta el agricultor, pensamos arrancarlo por medio de sindicatos-cajas rurales, tanto a la acción de los empeñados en promover agitaciones agrarias cuanto al yugo del rutinismo y a las garras de la usura, colaborando de esta manera a un tiempo a la prosperidad del campesino y al feliz desenvolvimiento de una de nuestras industrias madres. Y finalmente, por medio de centros para la formación integral de la juventud, aspiramos a robustecer el cuerpo y el alma de la adolescencia, esperanza de la patria, para que pueda cumplir mejor la totalidad de sus deberes. Fomentaremos además las instituciones existentes con fines semejantes a los mentados, y crearemos obras análogas que las circunstancias aconsejen.”⁴¹

De Andrea, obispo de Buenos Aires por entonces, buscó reorganizar todas las fuerzas católicas mediante la Unión Popular Católica Argentina y para eso necesitaba dinero. La Gran Colecta, con el trasfondo de la Semana Trágica, permitiría colocar a la Iglesia en una posición de fortaleza y con capacidad de acción concreta. (Auza 1987: 26-7)⁴²

Se trata, además, de un catolicismo “social” con una fuerte carga ideológica que no criticaba solamente al socialismo y al liberalismo sino que encuentra en la democracia burguesa misma un

⁴¹*Pastoral colectiva sobre la Gran colecta nacional pro paz social*, consultada en http://www.episcopado.org/portal/2000-2009/cat_view/150-magisterio-argentina/24-1889-1928.html?start=10

⁴²Más detalle sobre el momento político que vive la Iglesia, del mismo autor, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea, realizaciones y conflictos*, Ediciones Don Bosco, Buenos Aires, 1988. Un análisis concentrado en las “mansiones” populares que se construirían con los fondos de la Colecta, en Ballent, Anahí: “La Iglesia y la vivienda popular: la ‘Gran Colecta Nacional’ de 1919”, en Armus, Diego: *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

problema grave para la propiedad capitalista. Según De Andrea “bajo el imperio de la democracia, el voto del hijo del pobre vale tanto como el del hijo del rico, por lo tanto, decidirá la suerte del pueblo el voto del obrero, sencillamente porque su número es mayor”. (Auza 1987: 201) Frente al liberalismo y su crisis se asomaba, entonces, con una influencia creciente, un discurso que tenía mucho de fascismo y corporativismo y que no dejaba, sin embargo, de mostrar frente al primero, una cara reformista. Veremos, en el corpus que examinamos, mucho de este contradictorio conjunto de temas ideológicos.

El superhombre

Uno de los grandes impulsores y beneficiarios de la crisis del liberalismo es un conjunto de ideas más o menos vinculables con un centro organizador que podemos llamar “nietzscheanismo”. Se debe no solo a la indudable influencia intelectual y política de la obra de Friedrich Nietzsche en todo el período que va de 1890 a los años 30, sino a un conjunto de manifestaciones en las ciencias y las artes que pueden alinearse en la misma perspectiva filosófica.

Nietzsche, según Lukács, representa cabalmente la filosofía burguesa del período imperialista. En forma anticipada, su obra constituye una polémica constante contra el socialismo. No porque se haya dado esa tarea conscientemente ni porque supiera algo del marxismo, sino porque era la tarea de la filosofía burguesa propia de la época. (Lukács 1983: 252) Para Lukács, el carácter ambivalente de la obra nietzscheana, su estilo aforístico y su constitución bajo forma mitológica, contribuyeron a una recepción amplia y contradictoria, adaptable a las necesidades de la burguesía en cada momento. No obstante, eso refleja que existía en su obra un fondo permanente, un núcleo continuo:

“la continuidad de los problemas fundamentales del imperialismo como un período completo desde el punto de vista de los intereses permanentes de la burguesía reaccionaria, enfocados e interpretados a través del espíritu de las necesidades permanentes de la intelectualidad burguesa parasitaria.” (Lukács 1983: 258)

Siendo enemigo simultáneo del liberalismo y del socialismo, ¿cómo es posible que Nietzsche pudiera ser releído en clave izquierdista? En parte ello se debe a cierto “anticapitalismo romántico” presente en su obra:

“Con frecuencia se relaciona a Nietzsche con el romanticismo. Algo hay de exacto en ello, por cuanto que en su pensamiento desempeñan un papel nada desdeñable ciertos motivos del anticapitalismo romántico, como, por ejemplo, la lucha contra la división capitalista del trabajo y contra las consecuencias que ella acarrea para la cultura y la moral de la burguesía. Y al arsenal de pensamientos del anticapitalismo romántico pertenece, asimismo, la proclamación de un período pretérito como ideal apetecible para el presente.” (Lukács 1983: 277)

Si Nietzsche puede ser leído o no como simple predecesor del nazismo o como padre de toda crítica de la moral burguesa, no es un tema que podamos resolver aquí. Lo que sí nos interesa es señalar esta presencia de Nietzsche en la cultura occidental como “tercer dato”, como alternativa tanto al liberalismo cuanto al socialismo. Una alternativa que, como la “doctrina social” de la Iglesia, conjuga elementos que pueden leerse simultáneamente a un lado y a otro del espectro político, incluso juntos en una sola persona. Hay múltiples ejemplos de anarquistas nietzscheanos trocados en nietzscheanos fascistas.⁴³ En medio de la crisis del liberalismo, Nietzsche circuló por el mundo y fue recibido como una lectura alternativa de la situación y de sus posibles soluciones. Como señala José Sazbón:

“Si hubiera que condensar en un término lo que compartían el vanguardismo, el anarquismo, el socialismo y aun el nacionalismo bajo el prisma de Nietzsche, ese término es: vitalismo. La afirmación antidecadentista de la vida, la creatividad, la fuerza y la acción parecen haber encontrado en Nietzsche un catalizador...” (Sazbón 2009: 44)

La influencia del filósofo alemán podía extenderse cómodamente desde el anarquismo hasta el nacionalismo exacerbado de Charles Maurras, pasando por el anarco-sindicalismo de Sorel (cuya influencia en toda América Latina, sobre todo en relación al “mito de la huelga general” es bien conocida).

Incluso dentro de una misma corriente, su influencia estaba lejos de ser unívoca, pudiendo iluminar diversas perspectivas:

“En efecto, aun la regeneración social para la que se convocaba a Nietzsche podía ser vista desde distintas perspectivas. En el archipiélago del pensamiento anarquista, por ejemplo, la aspiración a una nueva moral y los conatos de una humanidad renovada estaban flanqueados por demandas culturales abarcativas, estéticas inaugurales y ansiedades anticonformistas generalizadas. En la diseminación de esos nexos, Nietzsche podía figurar como uno de los adalides del individualismo –con Stirner, Heine y Walt Whitman-, o de la literatura ‘nihilista’ –con Ibsen y Bernard Shaw- o de la prédica libertaria –con William Morris, Emerson, Maeterlinck- (para no mencionar otro tipo de adscripción, insinuada en este caso por críticos hostiles: la que lo ligaba a un anarquismo dinamitero que se expandía en Francia al mismo tiempo que sus libros): en suma, un ‘característico gurú’ de la corriente.” (Sazbón 2009: 47)

En cada país la recepción dependió de las condiciones específicas en las que se produjo y exigen un estudio particular. Hay, si se quiere, toda una disciplina organizada en torno a ella. En efecto, abundan los textos que cuentan sobre el problema de la “recepción” de Nietzsche aquí y allá.⁴⁴

⁴³De hecho, en la filosofía del siglo XIX prosperó el anarquismo de derecha, otro de cuyos representantes es Arthur Schopenhauer.

⁴⁴Véanse, por ejemplo, Grillaert, Nel: *What the God-seekers found in Nietzsche? The Reception of Nietzsche's Übermensch by the Philosophers of the Russian Religious Renaissance*, Rodopi, Amsterdam, 2008. También, Fernández López, Justo: “El influjo de Nietzsche en España”, en <http://www.hispanoteca.eu/Filosof%C3%ADa%20espa%C3%B1ola/El%20influjo%20de%20Nietzsche%20en%20Espa%C3%B1a.htm>; Sobejano, Gonzalo: *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, 2009; Ruiz Serrano, Esteban: “Nietzsche y el pensamiento político español”, *Res publica*, n° 7, 2001, pp. 69-121 y Moraga, Fabio: “Nietzsche y los intelectuales de la izquierda latinoamericana, 1900-1936”, en <http://biblioteca.itam.mx/estudios/60-89/64-65/FabioMoragaNietzscheylosintelectuales.pdf>; Drews López, Pablo: *Recepción y crítica de la obra de Nietzsche en*

En Argentina, según señala Mónica Cragolini, hasta la aparición de *Nietzsche, profeta de una edad trágica*, de Carlos Astrada, en 1945, todas las alusiones a la obra del autor de *Zarathustra* se daban “en los márgenes”, en particular, en la literatura modernista y decadentista. A pesar de eso, Cragolini considera que Nietzsche forma parte del “imaginario cultural” argentino desde al menos 1880. En especial, su presencia alude a una perspectiva moral que atenta contra las normas y el orden social. La figura del Anti-Cristo y la filiación anarquista de este Nietzsche es probablemente la dominante en la época, pero también la idea de la “perversión”, que está presente en los medios de circulación pública más populares, como *Caras y Caretas*. La idea del Superhombre nietzscheano se asocia sobre todo con la amoralidad de las clases altas, de la aristocracia y del “genio” como degenerado. El que más indagó, condenatoriamente, en la psicología del “genio superior” o “genio loco” como depravado moral fue Carlos Octavio Bunge. Alfredo Palcos y Aquiles Damianovich son otros tantos ejemplos de lectura temprana de Nietzsche en nuestro país.

Junto a su consideración en el campo de la moral, Nietzsche es reconocido también como expresión literaria particular. Como sea, sus obras solo se conocen en traducciones del francés, aunque causaban una impresión poderosa en los intelectuales jóvenes:

“Aparte de los libros de texto, generalmente olvidados, leíamos con avidez hidrópica a Schopenhauer, Nietzsche, Max Stirner, Guyeau, Ruskin, Rémy de Gourmont, autores todos que en ese período monopolizaban la atención de los que aspirábamos a escritores. No hay para qué añadir que en detestables traducciones españolas.” (Cragolini 2001: 113)

Citado también por Cragolini, Roberto Giusti agrega que: “No recuerdo quién descubrió un tomo de Nietzsche en la Biblioteca Municipal. Nos volvimos todos nietzscheanos. Necesitábamos reformar urgentemente la sociedad.” (Cragolini 2001: 114) La autora del texto señala que esta asociación entre el filósofo alemán y la reforma social está también presente en la recepción en la Argentina, y cita el caso de la edición de *La partidaria de Nietzsche*, novela de Daniel Lesuer editada en 1909 en la colección de la Biblioteca *La Nación*, en la que la heroína lidera una rebelión obrera en una fábrica bajo la influencia del autor de *Ecce Homo*. Otro campo en el que la presencia de Nietzsche se hace presente como ruptura, como “molestia” a la moral dominante, es en el de la sexualidad, en una nota particularmente anticristiana, como es el caso de Raquel Camaña. (Cragolini 2001: 115)

Contrariamente a lo que cabría esperar, Nietzsche no parece ser asimilable por el anarquismo argentino. Al menos eso es lo que descubre uno de los contribuyentes al dossier del primer número de *Instantes y Azares*, tan rico en información para lo que aquí nos interesa. En efecto, Rodrigo Paz Canosa

Uruguay, Tesis de doctorado, Universidad de Valencia, 2013. En nuestro país existe, bajo la dirección de Mónica Cragolini, un programa de investigación dedicado a “La recepción de Nietzsche en Argentina”, cuyos resultados se publicaron en los primeros números de la revista *Instantes y Azares*. A esos textos nos remitiremos a partir de aquí para terminar de configurar la idea presentada en este apartado.

encuentra más bien lugar para el distanciamiento de la figura, que para su adopción. En particular, la crítica concentrada del individualismo nietzscheano resultaba muy simpática al espíritu anarquista, pero era rechazada por la orientación que dominaba *La Protesta*, de tendencias colectivistas. El autor indudablemente ignora el contexto en el que este distanciamiento se produce, aun cuando capta el hecho de que la disputa en torno a Nietzsche en el anarquismo proviene de la “interna” en la que el movimiento está metido. En efecto, muy tempranamente en su historia, a fines de los años 90 del siglo XIX, el anarquismo “colectivista” argentino debió batirse a duelo con las tendencias “anti-organizadoras”, caracterizadas por ese individualismo que tiene mucho de afín con el pensador alemán. El largo dominio de los “organizadores” en el movimiento anarquista se prolongó hasta el fin del ciclo de lucha social en el que se enmarca nuestro trabajo. Precisamente, la derrota de este ciclo, que resultaría terminal para el anarquismo, dio paso a una división extrema, con altas dosis de violencia y a la aparición de grupos terroristas. Es indudable que, en ese contexto, Nietzsche apareciera como una preocupación negativa. También es dable pensar que, en un momento en el cual su filosofía, con razón o sin ella, era adoptada por tendencias imperialistas y fascistas, ese efecto se magnificara.⁴⁵

Un punto importante en la recepción de Nietzsche en la Argentina del período que estudiamos, es el caso de José Ingenieros. Ingenieros lee a Nietzsche en el marco de su actividad intelectual y política en el Ateneo.⁴⁶ El conjunto de jóvenes intelectuales que se reúne allí, influidos por el filósofo alemán, pero también por Rubén Darío, se acerca a la política por izquierda, una izquierda anarquista y socialista. Junto con él se encuentran Roberto Payró, que se llamaba a sí mismo “superhombre”, y otros que veremos aparecer en las páginas de *LNS*.⁴⁷ El tema del individuo que tiene valor por sí mismo, pero es postergado por el poder económico, político o social, es el sustrato de lo que veremos más adelante como la nota trágica del intelectual asalariado que, al estilo Ibsen, se enfrenta a todos. No por casualidad, de la pluma de Payró saldrá una expresión decidida y explícita de esta cuestión, *El triunfo de los otros*. Payró queda fuera de este estudio; sin embargo, por la importancia programática que le adjudicamos a Ingenieros, le dedicaremos un capítulo especial. Quede ya asentada su relevancia.

Capítulo 4

El productor

⁴⁵Piénsese en que Leopoldo Lugones, antiguo compañero de Ingenieros en *La Montaña*, durante toda la década del '20 evolucionará hacia posiciones fascistoides en íntima relación con su lectura de Nietzsche: anticristianismo, anti-igualitarismo, antidemocratismo e irracionalismo. Cano, Virginia: “Nietzsche y el pensamiento político de Lugones (1923-1930)”, en *Instantes y azares*, n° 2, primavera de 2002.

⁴⁶Véase Paéz Canosa, Rodrigo: “El culto a la risa: el joven Ingenieros y Nietzsche”, en *Instantes y azares*, n° 1, 2001, p. 151 y ss. Más información sobre la influencia de Nietzsche en el período pueden verse en el resto de los textos que acompañan el dossier del mismo número de *Instantes y azares* con el que venimos trabajando. Véanse Cragolini, Mónica: “Nietzsche en el pensamiento de Mariano Antonio Barrenechea” y Gutiérrez, Edgardo: “Nietzsche, Borges y la utopía de la cultura”.

⁴⁷Es el caso de Juan José de Soiza Reilly. Véase Asprea, Ana: “La presencia de Nietzsche en *Caras y Caretas*”, en *Instantes y azares*, n° 1.

En este capítulo trataremos de acercarnos a la *producción*, antes de examinar el *producto*. Como veremos, nuestra descripción de la producción dista bastante de la que ofrecen las interpretaciones del tema que nos ocupa. En nuestra conclusión volveremos sobre lo que podemos anticipar aquí: no se trata solo de que la producción es temáticamente más heterogénea y políticamente menos conservadora de lo que la versión canónica señala, sino que sigue estrictamente las líneas del conflicto de clase y tiende a delinear un programa crítico del *statu quo*, antes que su defensa.

1. La pequeña burguesía intelectual

La gran protagonista de la literatura popular que estamos estudiando es la pequeña burguesía. Cuando decimos “protagonista” nos referimos aquí a su lugar en la producción, es decir, como “escritora”. En efecto, el escritor burgués no necesita ni quiere el lugar que *LNS* y similares pueden ofrecerle. No se excluye la presencia de alguno de ellos en el corpus, pero no es lo dominante. El proletariado, por su parte, no escribe, salvo excepciones. Hay, sin embargo, una situación intermedia, el escritor pequeñoburgués proletarizado. Veamos primero el surgimiento de la pequeña burguesía para luego acercarnos más al intelectual pequeñoburgués.

La pequeña burguesía como clase

Definimos pequeña burguesía como la capa más pobre de la burguesía, lindante por debajo con el proletariado. Como se sabe, la estructura de clases se despliega, desde el punto de vista marxista que adoptamos aquí, a partir de la posesión o no de los medios de producción. La burguesía no necesita realizar tareas en la producción misma, en el acto de producir la mercancía, es decir, en la creación de valor, porque posee medios de producción suficientes para contratar fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo es lo único que posee el obrero, que vende al capitalista a los efectos de entrar en relación con los medios de producción que no posee. Pero hay una situación en la cual el propietario de medios de producción no puede abandonar la producción directa. Dicho de otro modo, parte del valor de la mercancía saldrá del trabajo de los asalariados que contrate, pero también de su propio trabajo. En conclusión, no es un burgués pleno, aunque ya no es un asalariado.

Hay otras situaciones, otras relaciones con los medios de producción, que permiten acceder al estatus de pequeñoburgués. En particular, ciertos bienes que pueden funcionar como medios de producción: un conocimiento específico que permite realizar una tarea sin necesidad de otros medios. Por ejemplo, una “profesión”. De allí que las “profesiones liberales” hayan sido soporte, durante mucho tiempo, de la pequeña burguesía: el médico y su consultorio, la “chapa” en la puerta, el ingeniero o el arquitecto. Incluso, el maestro. Hoy en día, tal estatus está en cuestión o ha sido superado ya, pero en la época de la que hablamos buena parte de la pequeña burguesía se recluta en este estrato. Este

razonamiento es válido incluso para el “escritor”: su medio de producción es su “nombre”. Un escritor que alcanza cierto reconocimiento posee allí el medio por el cual su trabajo no puede ser explotado, al menos no totalmente. Cuanto más reconocido en el mercado resulte su nombre, más autónomo se vuelve su trabajo, es decir, más pequeñoburgués. Dadas las dimensiones del mercado de aquella época, difícilmente podría encontrarse aquí un camino hacia la burguesía, de allí que lo máximo que puede un escritor de la época es acercarse al rango de la pequeña burguesía acomodada.

Esta especificación del lugar de clase del productor resulta particularmente importante, no solo por las consecuencias que ello tiene para el análisis de la obra, sino por el lugar específico de la pequeña burguesía en la política y la cultura argentina y, en especial, por su importancia numérica en el período histórico del que nos ocupamos.

En efecto, la pequeña burguesía sufre particularmente los procesos propios de la sociedad capitalista que determinan la polarización social. Es un hecho claramente demostrado por la evolución de las sociedades capitalistas que la población tiende a amontonarse en torno a dos polos, el de la burguesía, cada vez más chico en número, pero más poderoso en recursos económicos, y el del proletariado, cada vez más amplio cuantitativamente hablando, pero más desposeído. (Sartelli 2014) La franja intermedia suele ser el lugar en el que esta “tragedia” impacta con más dureza. Los procesos de concentración y centralización del capital suelen hacer mella en su capacidad de supervivencia, viviendo siempre al borde de la proletarización y con la ilusión eterna de formar parte de los privilegiados que logran ascender de vez en cuando.

En la etapa que estudiamos, la pequeña burguesía se enfrentó a uno de esos procesos de concentración y centralización del capital. Ya desde los últimos años del siglo XIX la instalación de grandes fábricas fue eliminando progresivamente un sinnúmero de pequeños talleres en las grandes ciudades, proceso al que se sumó un movimiento concomitante que comenzó en el agro y movilizó a la capa más extensa de la pequeña burguesía: los chacareros. Desde antes del Grito de Alcorta y hasta 1921, la pequeña burguesía agraria sería protagonista de múltiples acciones de lucha, que crearon un espacio de oxigenación ideológica que desbordó el mundo urbano y expandió el campo de intervención de las tendencias políticas contestatarias. (Sartelli 1996)

Sin embargo, el principal proceso político que vivió la pequeña burguesía fue el crecimiento de la Unión Cívica Radical. Desde comienzos del siglo XX el radicalismo, si hemos de creer a David Rock, venía expandiéndose en el seno de la “clase media” urbana, encarnando una tendencia a la rebeldía frente al elenco gobernante, es decir, frente al roquismo. Esa rebeldía se expresó objetivamente también con el anarquismo en tanto oposición fuera del aparato del Estado. Para romper esa asociación de *facto* y prevenir males mayores, la Ley Sáenz Peña vino a prohijar una movilización política mayor, aunque controlada bajo la forma de “democracia”. Como sea, tanto con el radicalismo como con la Liga del Sur en Santa Fe, producto de la actividad de Lisandro de la Torre, la pequeña burguesía resultó interpelada políticamente de una manera creciente. En el mismo sentido operó la expansión de la influencia

intelectual y política del Partido Socialista, cuyo ascendiente sobre las capas medias no era en modo alguno desdeñable.

En conclusión, la pequeña burguesía, la fuente de donde brotan los productores de *LNS*, vive un proceso de creciente movilización social y política que la acerca a ideologías que repudian el *statu quo*, al mismo tiempo que la impulsan a la acción. Una acción que no se detendría por el ascenso del radicalismo al poder, como el movimiento por la Reforma Universitaria lo testimonia. No obstante, el campo de la producción literaria se encontraba agitado por procesos propios y específicos, de los cuales damos cuenta en el próximo apartado.

La “proletarización” del escritor

En el período que abarca este trabajo, una de las tendencias que señalábamos arriba afecta muy directamente a nuestro tema, en particular, a lo que en este capítulo examinamos, el “productor”. Hasta mediados del siglo XIX, el “escritor” era, en la Argentina en formación, un subproducto de las actividades lúdico-políticas del burgués. Dada la limitada magnitud de las tareas intelectuales a realizar, es decir, lo reducido de las fuerzas productivas, el personal adecuado a ellas se reclutaba exclusivamente de entre las filas burguesas. De hecho, un mismo personaje realizaba varias de las tareas propias de la función intelectual (políticas, ideológicas, culturales, morales o militares): Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Alberdi, Mansilla eran simultáneamente caudillos políticos, generales, periodistas, ensayistas, escritores, juristas, etc., etc.

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, el desarrollo y la complejidad que adquirió la superestructura de la sociedad burguesa exigió la ampliación de esas tareas, tanto en escala como en profundidad. Ello obligó a masificar la población al servicio de las mismas: había que educar a millones, armar un Estado para millones, convencer a millones de la sacralidad y eternidad de lo que hasta ese momento no existía: la patria, como uno de los pilares de la sociedad capitalista actual. Esto conlleva enormes problemas de reclutamiento. El personal necesario para ello ha de contarse por miles. Era la hora de la pequeña burguesía. Eso que suele llamarse la “profesionalización del escritor” (Rivera s/f: 353) y que nosotros hemos llamado la *proletarización* del escritor es en realidad, la incorporación de la pequeña burguesía a las tareas de la superestructura.

En efecto, esa incorporación se produce en tres ámbitos distintos pero relacionados. El primero, el del periodismo, constituye la base material en que suele reproducirse el intelectual pequeñoburgués. En menor medida, la enseñanza. El segundo, la literatura y el arte en general. Constituye el punto de llegada deseado, el vivir del “arte propio”, el sueño de la autonomía por sobre mecenas y mercado, lo que, contradictoriamente, supone un éxito muy sustantivo en este último. El tercero, la política. La mayoría de estos intelectuales incursionaban en el mundillo de la política normalmente como escribas a sueldo de senadores, diputados y ministros, cuando no de simples caudillos. En algunos casos, se

producían inscripciones simultáneas en dos o los tres ámbitos, como veremos más adelante con Josué Quesada. Lo cierto es que lo reducido del mercado obligaba, normalmente, a depender de alguna combinación de al menos dos de ellos.

Esta peculiar situación del intelectual pequeñoburgués constituirá el sustrato de ideologías varias, todas ellas generalmente apoyadas en una perspectiva vagamente nietzscheana cuya piedra de toque es un aristocratismo antiburgués no necesariamente anticapitalista, que enfatiza el valor del individuo y desprecia a las masas pasivas. De allí que pudieran ubicarse en ese campo, con igual comodidad, un socialista juanbejustista como Payró, un defensor de la Revolución Rusa como Ingenieros, un miembro de la Liga Patriótica como Quesada y un abiertamente fascista como Lugones. *El triunfo de los otros*, *Los tiempos nuevos*, *La vendedora de Harrods* y *La hora de la espada* son testimonios de este campo de significados comunes y, muy probablemente, la obra completa de Roberto Arlt quepa toda allí. Seguro, todo Soiza Reilly. (López Rodríguez 2005)

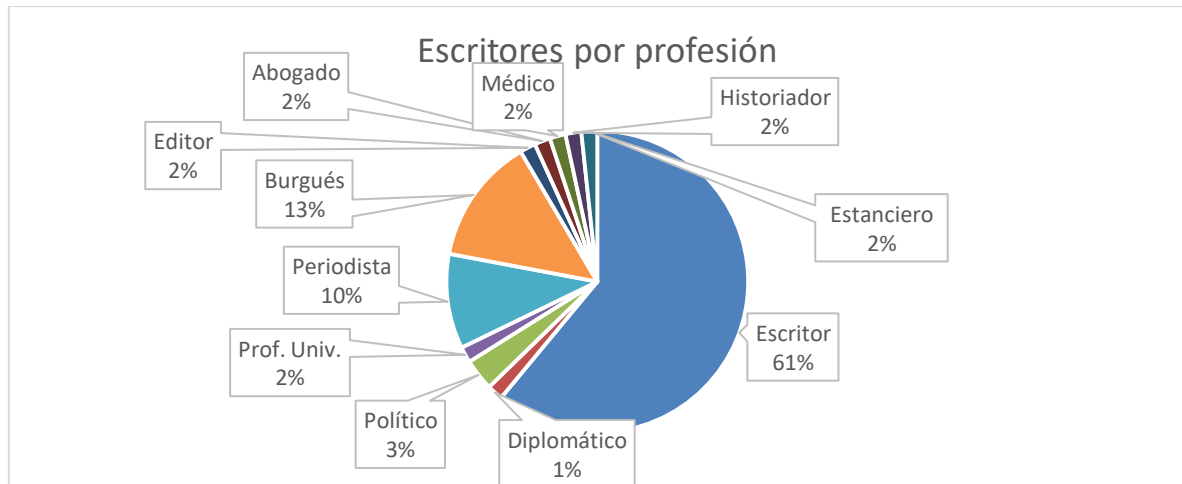
Este intelectual se encontrará situado, por lo general, en un lugar del camino muy lejos de la utopía: una existencia autónoma ligada exclusivamente a las exigencias del “arte”. Como dijimos más arriba, ello era prerrogativa exclusiva del artista burgués. Para acceder a dicho estatus era menester un éxito de masas que exigía un respeto sustantivo por los gustos del gran público, lo que se daba de patadas con la estética demandada por el canon artístico consagrado. En el período, el teatro se prestaba mejor que la literatura para la acumulación de recursos necesarios a una vida de rentas. De modo que el intelectual en cuestión se hallaba bastante más atrás, ejerciendo el periodismo y escribiendo al mismo tiempo. Si lo hacía con éxito suficiente podía evitar la subordinación al mecenazgo político, pero nunca se escapaba del todo. Mucho más abajo se encontraban aquellos que oficiaban como *ghost writers* de funcionarios y políticos, o que ocupaban los rangos menores de la vida periodística. Solo en este último caso estamos en presencia de verdaderos “proletarios” de la pluma.

Esta condición ambigua es la que ha llevado a soluciones diversas: la búsqueda desesperada del éxito económico fuera de la literatura y el arte (imaginariamente, los personajes de Arlt; más prosaicamente, Horacio Quiroga), la resignación a una vida de “diarrea” literaria, como Soiza Reilly,⁴⁸ o bien, la defensa de la mercancía artística al estilo “proletario”, es decir, la sindicalización de los intelectuales, como Payró. Todas estas vicisitudes se plasmaron en la vida de los escritores aquí analizados y se reflejaron en su literatura, dándole al corpus un tono ideológico por lo general muy lejos del conservadorismo, incluso cuando su programa político se encontrara muy a la derecha.

Estos razonamientos, no importa cuán coherentes sean entre sí, deben respaldarse empíricamente. Para ello, hemos confeccionado el siguiente gráfico, en el que separamos según ocupación a los 59 escritores de los que conocemos “profesión”. El resultado es elocuente: el 61% de los escritores de *LNS* viven de la profesión de “escritor” tal cual la hemos descripto aquí. Viven de la “pluma”, es decir, de la literatura, del teatro, del periodismo y de otras tareas intelectuales por el estilo. El 10% clasificado como

⁴⁸Tal la expresión del “epitafio” que le dedican desde *Martín Fierro*...

“periodista” puede sumarse a ese 61%, separados simplemente por ser esa su adscripción predominante. A ellos se suman un médico (José Ingenieros), un historiador (Bernardo González Arrili), un profesor universitario, que completan más o menos el arco de la pequeña burguesía literaria, con un 77% del total. El 23% restante se cubre con los pocos escritores de prosapia claramente burguesa (Sara Montes, Pilar de Lusarreta, Enrique Larreta, etc.), un abogado que es en realidad un político burgués (Belisario Roldán), un estanciero (Benito Lynch), un par de políticos (Gouchón Cané, por ejemplo), un diplomático y un editor.



En una proporción muy alta, los escritores de *LNS* son pequeñoburgueses y su actividad describe y protagoniza los procesos que hemos examinado más arriba. Que su “arte” es su base material lo demuestra la importancia que dieron a su consolidación y reconocimiento institucional. Es decir, en su constitución como propiedad privada y en la defensa de los intereses allí afincados. Hablaremos, entonces, en el acápite siguiente, de la lucha de estos escritores por la propiedad intelectual y por su propia sindicalización.

Propiedad intelectual y sindicalización

En tanto propietarios de una mercancía, el objeto artístico, la primera preocupación de estos intelectuales consistió en asegurar su exclusividad, para lo cual protagonizaron la batalla por la propiedad intelectual. Ya en 1895 la periodista María Elena Passicot creó la Sociedad Proteccionista Intelectual, para defender la tarea de las mujeres en ese campo. Antes que ella, en 1881 se había creado el Círculo Dramático Argentino, para proteger a los autores locales ante las compañías extranjeras. En 1901 se constituyó una Sociedad de Artistas Líricos y Dramáticos; en 1906 se fundó la primera Sociedad de Escritores, presidida por Roberto Payró, y un año más tarde, la Sociedad de Autores Dramáticos y Líricos⁴⁹. La Sociedad de Escritores fracasó y debió ser refundada en 1928, en tanto que la de dramaturgos no solamente sobrevivió, sino que libró importantes luchas por reivindicaciones gremiales,

⁴⁹Este temprano proceso de agremiación también se extendió a los actores.

siendo la antecesora de ARGENTORES. Salida de la voluntad del incansable García Velloso, tuvo como presidente a Pedro E. Pico, como vicepresidente a Otto Miguel Cione, como secretario a José de Maturana y como tesorero a Alberto Ghiraldo. Todos (con excepción de Ghiraldo), huelga decir, autores de *LNS*. Tiempo después, en 1910, van a obtener una norma fundamental para la defensa de sus intereses, la Ley de Propiedad Intelectual (sobre la base de un proyecto de Manuel Carlés elaborado por Paul Groussac). Corresponde recordar aquí que el autor más vendido de *LNS*, Josué Quesada, era secretario de Carlés.

Esta intensa actividad es la expresión de un estado de conciencia de la pequeña burguesía, estado de conciencia que coincide y es parte del ascenso del radicalismo, la crítica contra el fraude y la mediocridad. Dos personajes detallan con más precisión que ningún otro esta situación emocional y política de la pequeña burguesía intelectual: Roberto J. Payró y José Ingenieros. El Ingenieros de *El hombre mediocre* reclama un lugar para el mérito individual y la cultura personal. Payró, por su parte, retrata claramente la amargura del hombre de talento explotado y expropiado de su merecido reconocimiento por el “triunfador” en *El triunfo de los otros*.

Este tema figura repetidas veces en el corpus. En “La voluptuosidad del poder”⁵⁰, de Pedro Sonderegger, el narrador dice que uno de los personajes, el periodista Horacio Garza, expresa, igual que en *El triunfo...*, el horror a la decadencia del intelectual como producto de este trabajo para otros. Parece un elemento común a la época cierta fisiología cerebral, según la cual la actividad intelectual es el resultado de una cantidad dada de energía. Dicha cantidad se “agota” con la tarea, de modo que la forma en que se gasta determina, de alguna manera, la fortuna intelectual, porque finalmente, al entregarse al trabajo para otros, se pierde y no se recupera más. Hay aquí una analogía, no se podría determinar con qué grado de conciencia, con la plusvalía: es trabajo para otros; se vende; no se recupera; termina por agotar al trabajador, que es abandonado por el mercado cuando ya no tiene nada para vender. Lo llame así o no, el narrador sí tiene conciencia del vínculo de su situación con la de la clase obrera, pues lo expresa explícitamente.⁵¹

En otras ocasiones, el triunfo económico es la base de la catástrofe del creador, si no de la catástrofe artística, al menos de la personal. Valeryo Remo, escritor, periodista y dramaturgo, vivía “en el barrio menos criollo de todos, Belgrano”, con su mujer, Gilda, y su hija, Alicia, en un “departamento sombrío”. “Luchó para vencer la mala suerte” y obtuvo gloria y fortuna. El éxito, obtenido casi de casualidad, enloquece al artista. Se trata de “la peor locura”, el “delirio de grandeza”. Como sea, llegado a ese lugar, mantenerse allí exige un nivel de gastos adecuado a la nueva situación. Pide un préstamo enorme para mudarse y cambiar de estilo. En ese tren, exige a su mujer una conducta coherente; ella incurrirá en una serie de gastos que los llevan virtualmente a la ruina. Presa de una situación que no

⁵⁰Nótese que cuando se trata de una novela perteneciente a *LNS* o alguna otra serie, lo hacemos entre comillas, entendiendo que forma parte de un cuerpo mayor. *LNS*, n° 20.

⁵¹Cfr. “El último brindis” de César Carrizo (*LNS*, n° 36), donde este tema se expone muy claramente.

quiere confesar a su esposo (está completamente endeudada con una modista y proxeneta que la extorsiona y pretende prostituirla), es ayudada por un “abuelito adoptivo” que resuelve la situación por una vía casi mágica. Este hombre bondadoso le pide a Gilda que deje trabajar a su marido sin contarle lo sucedido, porque el esposo “sufriría si supiera que alguien ha contribuido a facilitarle los últimos pasos en su carrera ascendente. Es su ensueño... deberlo todo a su propio esfuerzo.”⁵² Esta explicación refiere, desde una perspectiva positiva, a la constitución del *self made man*. Aunque la pretensión de “aburguesarse” casi le cuesta cara al protagonista, la novela resuelve el conflicto de manera artificial, un *deus ex machina* que deja en el desenlace un recordatorio de lo que el verdadero artista debe ser y hacer. El tema que inaugura Payró es, como vemos, todo un campo de disputa semántico-político.

En la novela citada, “Chez Mme...”, el esposo de la protagonista, Valeryo Remo, es un imitador, seguidor o partidario de José González Castillo. Igual que él, lleva adelante la más furiosa crítica social. Igual que él, es odiado por los sectores conservadores. Digamos ahora, que esta vinculación con González Castillo alumbra la escena ideológica de *LNS*. (López Rodríguez 2011) Más conocido como padre de Cátulo Castillo, el anarquista José González Castillo merece un lugar destacado entre los mejores representantes de la producción teatral argentina. A la izquierda de Payró, pero con una filiación común en Ibsen y el teatro de tesis, desplegó una intensa intervención crítica. Pero no solamente fue un escritor prolífico, sino que fue exitoso. De hecho, Valeryo Remo aspira a aprovechar el envión de *La mujer de Ulises*, de 1918.

A los autores de *LNS* lo une, también, la lucha gremial que vimos más arriba: encabezó, en 1921, la crisis de la Sociedad de Autores Dramáticos y Líricos desencadenada a partir de la discusión con relación al voto calificado para los autores que contaban con mayor cantidad de estrenos y que, consecuentemente, realizaban mayores aportes. La fracción gremial que se escindió creó el Círculo Argentino de Autores, que estuvo presidido durante varios años por González Castillo. Fue también uno de los fundadores de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos.

Con este historial, es obvio que Castillo es la contracara más obvia del “hombre mediocre”. Lo importante aquí es su papel de referencia para personajes de *LNS* como el citado Valeryo Remo. Nos dice mucho acerca del estado de conciencia en el campo de la producción durante el período: alianza con el proletariado como consecuencia de una situación material que se vive común; pretensión de dirección de la alianza, que se expresa en el carácter programático y “de tesis” de una parte sustantiva de la colección.

2. La empresa

⁵²“Chez Mme. Lucie (Robes et manteaux)”, *LNS*, n° 46, de Julio del Romero Leyva.

Un acercamiento más estrecho a la producción se puede realizar a partir del examen de la empresa editorial y política que es *LNS*. La historia ya ha sido contada varias veces, repetiremos básicamente lo que ya se sabe, con el agregado de algunos detalles aquí y allá. La interpretación que estableceremos, será, no obstante, distinta de las hasta ahora presentes en quienes han escrito sobre el tema.

El fenómeno económico

Este proyecto de publicación de ficciones de bajo costo y distribución masiva ya había tenido antecedentes importantes y alentadores, en España, por ejemplo. En nuestro país hay varios casos de experiencias editoriales locales destinadas a nuevos escritores, tanto en el campo de la literatura como de las artes y las ciencias. Es el caso de *La Cultura Argentina*, de José Ingenieros, *La Biblioteca Argentina*, de Ricardo Rojas y la Cooperativa Editorial Buenos Aires, de Manuel Gálvez. Las dos primeras son de 1915 y la tercera, de 1917. (Pierini 2006: 81) El antecedente inmediato de publicaciones como *LNS* es la aparición de *Ediciones Mínimas*. (Lafleur, Provenzano, Alonso 2006: 81)

Muchas publicaciones semanales se abren y cierran a los pocos números. En cambio, *LNS* conoce un éxito fulgurante. El lunes 19 de noviembre de 1917 se publica el primer número de la colección de ficciones periódicas que habría de ser la más popular, en el amplio sentido de la palabra: la que logró mayor cantidad de lectores, la que iba dirigida a la clase obrera y a la pequeña burguesía, y la que se extendió más en el tiempo, a lo largo de sucesivas transformaciones y ampliaciones. Hasta 1920 los directores son Miguel Sans y Armando del Castillo; a partir de allí, aparece Sans como director-propietario. En 1930, Sans será el director general de la publicación y Carlos Ocampo, el coordinador. Ocampo era, por ese entonces, un colaborador relativamente asiduo de la colección, ya sea con sus columnas o con sus ficciones. Durante los años 30, los directores de la empresa vuelven a ser los mismos del comienzo del emprendimiento, Sans y del Castillo.

Paralelamente a los cambios en la dirección, se producen transformaciones en la estructura de la empresa. Comenzando por la publicación semanal de ficciones baratas en cuadernillos de veinticuatro páginas sin numeración, de papel de baja calidad, sin ilustraciones y con escasas publicidades, se pasa a aumentar la cantidad de páginas en noviembre de 1922. Hay que esperar al número 262, de noviembre del 26, para que la publicación se transforme en una revista con diversas secciones (notas costumbristas, sobre cine, sección sentimental, diseño de modas y página de humor, con dos textos de ficción, uno el de tapa y otro siempre de tipo policial).

En 1920 se desprende de *LNS* *El Suplemento*. Su jefe de redacción era Enrique Richard Lavalle, colaborador y escritor de policiales. Al comienzo su aparición es mensual; luego, quincenal y ya en 1934, semanal. El formato es el de una revista de variedades, se incluyen producciones de autores latinoamericanos y europeos. El paso siguiente es la creación de una colección literaria, en 1924, la Biblioteca PAM (Popular Argentina Moderna) que edita todos los meses novelas de escritores argentinos

o extranjeros. Incluso publicaciones de PAM se editan en España. En la década del 30, *La Novela Semanal* ya ha pasado de ser una publicación a una editorial que trabaja varios formatos.

Todo este proceso de ampliación sucesiva se apoyó en el éxito de la publicación original. Según declaraciones de la misma publicación, el primer número de *LNS*, “Una hora millonario” de Enrique García Velloso, vende 60 mil ejemplares, lo cual la ubica en quinto lugar de las publicaciones periódicas que circulan en Buenos Aires en 1917, detrás de *Mundo Argentino*, *Caras y Caretas*, *Tit Bits* y *Vida Porteña*.

Apenas un año después, el 25/11/1918, con el n° 54, “Le jour de gloire est arrivé”, un oportuno homenaje a la victoria de los aliados (según reza su subtítulo) de Julián de Charras, ya se ubican en primer lugar, pues declaran que “más de 150.000 personas la leen”. Solo un número después, el epígrafe proclama la existencia de más de 200 mil lectores.⁵³ Más de 250 mil en el número 135, con “La desaparecida”, de Antonio Lamarque; más de 300 mil en el 215, con “El camino de las ánimas”, de Alfredo Palacios Mendoza; más de 350 mil en el 240, con “Soñar”, de Héctor Olivera Lavié, hasta alcanzar la cumbre de más de 400 mil en el número 262. Esta cifra equivale a la suma de las cinco primeras publicaciones a las que nos referimos en el capítulo anterior, lo que habla a las claras de la importancia de *LNS*.

Más allá de si estos números son fidedignos (hay que recordar que es lo que dicen sus propietarios), lo cierto es que, certificando el éxito de la pionera, las publicaciones de este tipo se multiplican exponencialmente. Apenas dos meses después del primer número de *LNS*, se comienza a publicar *La Novela para Todos*. Entre 1917 y 1924 encontramos más de una veintena de publicaciones periódicas, que incluyen, además de cuentos, guiones de cine (*La Novela del Cine*) y obras de teatro (*Bambalinas*, *La Escena Teatral*).

Buena parte de este éxito puede sorprender hoy, pero debe recordarse que hablamos de una época en la que no existen ni la radio ni la televisión, donde el cine está recién despuntando, igual que la grabación musical, y, fuera del teatro y el circo, no existe ninguna otra fuente de ficción que no sea esta. *LNS* se constituye, entonces, en tanto la más popular y exitosa de este tipo de publicaciones, en un observatorio privilegiado para el examen del mundo de los sentimientos, o lo que es lo mismo, para el estudio de la lucha de clases en el campo cultural.

¿La creación de una literatura nacional?

Por su importancia para nuestra tesis, nos parece relevante volver sobre lo señalado en el primer capítulo sobre el problema “nacional”. Es decir, repasar, de nuevo, la hipótesis de Margarita Pierini según la cual el éxito de estas colecciones se debe a su voluntad, expresada abiertamente por los editores, de “nacionalizar” la literatura. Los editores de *LNS*, Sans y del Castillo, enuncian los propósitos y los

⁵³López Silva, José: “Los ojos negros”, *LNS*, n° 55.

logros obtenidos en el número del primer aniversario de la colección, el 18/11/1918, con la publicación de la primera parte de “Confesiones de una mujer” de César Carrizo: “la creación de un medio para la nacionalización de la literatura, haciendo conocer en nuestras páginas la nueva falange de escritores argentinos, y el establecimiento de una tribuna fácil y accesible para aquellos autores capaces de producir y carentes de facilidades para la divulgación de sus novelas”. Nótese la comunión de estas ideas con las citadas más arriba de “El último brindis” de, precisamente, César Carrizo. En 1920, cuando anuncian el inicio de publicación de *El Suplemento*, Sans y del Castillo dicen haber logrado sus objetivos:

“Fundada *LNS* con el propósito de dar a conocer nuestra literatura de la manera más ventajosa, para que la definición de la obra diera al autor los prestigios populares, indispensables a su consagración, no se nos ocultaron nunca las dificultades que hallaríamos. Exigir una novela por semana en un medio ambiente donde, fuera del periodismo, la literatura no ofrecía mayores perspectivas, era ir a un seguro fracaso, así se nos vaticinó y así hubiera sido, a poner menos confianza en el esfuerzo. Desde la falta del escritor profesional hasta la indiferencia del público por la producción literaria de aquí, todos eran factores que concurrían a malograr la empresa. Un centenar de obras puede atestiguar irrefutablemente si hemos triunfado y si la novela argentina existe.”

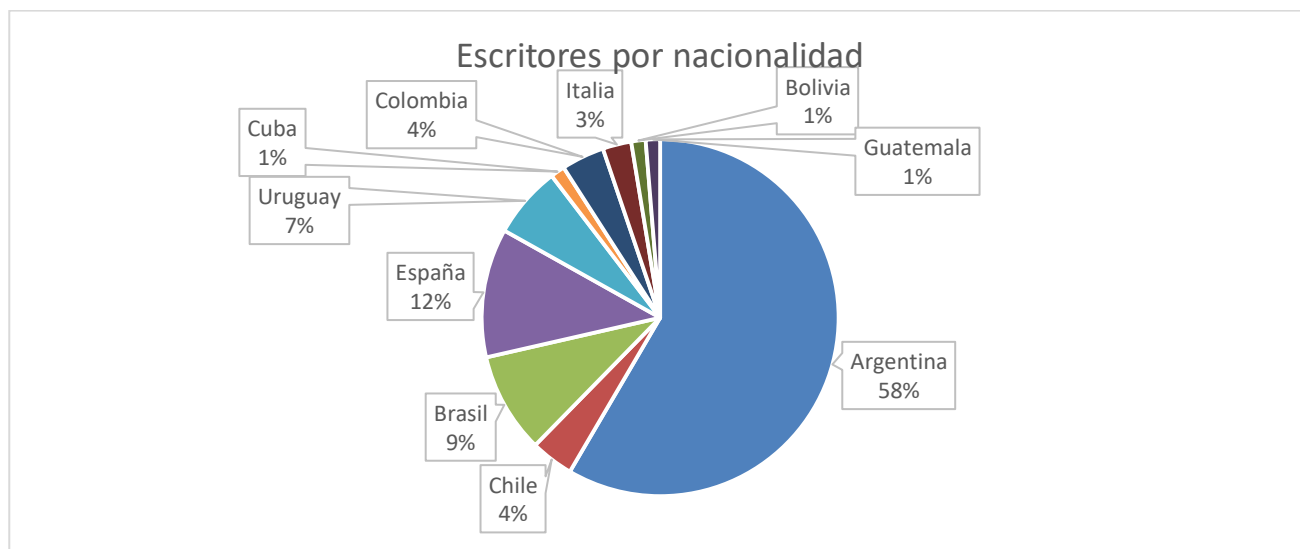
Por lo tanto, frente a la queja de un grupo de importantes escritores que sostenían que no eran leídos, como puede verse en las memorias de Gálvez y en muchos artículos periodísticos de Quiroga, y ante la presencia de un público amplio que ya leía literatura extranjera, los editores de *LNS* resultaron ser, según su propia opinión, el nexo entre unos y otros. El público para la lectura masiva ya existía. No solo por la enorme circulación periodística y hebdomadaria de la época, sino por la existencia previa de colecciones literarias de gran recepción masiva. La Biblioteca de *La Nación*, con su frecuencia semanal, acercó decenas de títulos, aunque la enorme mayoría de autores extranjeros. Una colección cercana, en buena medida, a la ideología propia de *LNS*, como la de Ingenieros, también gozaba de una enorme aceptación, si bien en un círculo de lectores considerablemente más reducido (y, probablemente, perteneciente a otro estrato social y educativo). (Degiovanni 2007) Como a los lectores y a los autores los une la igualdad de aspiraciones, otra vez, según los dueños de *LNS*, solo falta un editor que los ponga en contacto. Esta es la interpretación del éxito de la colección que prefiere Pierini, que acepta la declaración de principios de los editores y considera que la masividad se debe a la *nacionalización de la literatura*. “Estos buscadores de nacionalismo literario” garantizan, al menos en sus primeros números, la *nacionalización de la literatura* a través de la publicación de nombres ya reconocidos. (Pierini 2004: 77)

La hipótesis puede ser discutida. De hecho, al menos tres de los diez primeros autores publicados no son argentinos, aunque Ingenieros y Quiroga forman ya parte de la cultura nacional. No parece que esta presencia extranjera en un corpus “nacional” responda al argumento de Pierini según el cual la aventura de *LNS* responde a su vocación de nacionalizar la literatura. Lo cierto es que es aquí donde el razonamiento se vuelve laxo y se adapta a estas contradicciones: “Aquí funciona una propuesta que no tiene que ver con el lugar de nacimiento sino con el aporte a la construcción de lo nacional, que va

definiéndose a través de su pluralidad”. Adoptando esta idea de que la nacionalidad argentina se construye a través de la pluralidad, el argumento se vuelve no falsable, en la medida en que si se trata de autores argentinos, está bien, pero si no, también. El problema es que, o las cifras no le dan la razón, dado que cuando se amplía la mirada, la presencia de autores extranjeros es muy grande; o bien, si se toma a rajatabla la frase, dado que cualquier cuantificación resulta “plural”, la nacionalidad del autor en el fondo no importa. El elemento que podría salvar su argumento es el del *localismo*: los autores de *LNS*, sean argentinos o no, se preocupan por una temática local, lo que los acerca a un público que se va “localizando”, es decir, que abandona progresivamente una conciencia de inmigrante recién llegado, deseoso de acumular ahorros y volverse, para instalarse ya con una perspectiva de futuro ligado al país de recepción. La existencia de toda una generación de hijos de inmigrantes, que ya no conserva del “terruño” más que los recuerdos de sus padres, abonaría en esta dirección.

Si este es el sentido final del argumento de Pierini, no podemos sino acordar. Efectivamente, la sacudida que recibe toda una generación migrante, entre 1880 y 1900, difícilmente la predispondría para otra cosa que para percibir su aventura como precaria. Para la generación siguiente, este es su país, tiene un conjunto de experiencias ligadas a esta situación y, para decirlo en términos de Raymond Williams, su estructura de sentimientos seguramente lo impulsa a reflexionar sobre ella en términos “locales”. La literatura “universal”, que habla de héroes extranjeros, de historias lejanas y de personajes extraños a su vida cotidiana, como tal vez podría caracterizarse a la oferta de *La Nación*, podría resultar indiferente a esta nueva generación. Una literatura que le habla de chacareros que fracasan, de obreros víctimas de injusticias, de mujeres que trabajan en los mismos oficios que sus lectoras, de la vida política argentina y de su trastienda social, etc., indudablemente debía percibirse más cercana, más propia. Pero todas las colecciones de la época tenían estas características y no todas tuvieron el éxito de *LNS*. Dicho de otro modo, dentro del proceso de *nacionalización* entendida en este último sentido, existen ideologías y conciencias diferentes. Entender por qué una en particular tuvo un éxito desmedido, al punto de identificar su nombre con el del fenómeno, implica bucear en el interior de dicho proceso. De modo tal que nuestras conclusiones no disienten con esa perspectiva de *nacionalización* en sentido general: para nosotros, el éxito se produce dentro de ese proceso, indudablemente. Pero como explicación resulta insuficiente.

No obstante, incluso desde esta perspectiva más amplia, el argumento de la voluntad “nacionalizadora” de los directores de *LNS* resulta difícil de aceptar, en la medida en que se podría esperar un mayor compromiso con autores locales o, al menos, con autores no locales que se encontraran asimilados al medio. Sin embargo, no es así. Veamos primero las cifras. Cuando se toma el conjunto del corpus aquí examinado, sin considerar los textos escritos por seudónimos ni el criterio esbozado por Pierini, el resultado es el que se observa en el gráfico siguiente:



El 42% de los autores de la colección no es argentino. Demasiado alto para una experiencia de *nacionalización*. Es cierto, otra vez, que si se sumara como “argentino” a todo autor no nacido aquí pero cuyo desarrollo intelectual es ciertamente local, el porcentaje de *nacionalización* subiría. En el mismo sentido empuja la inclusión en el cálculo de los seudónimos, normalmente de escritores locales. No obstante, sigue resultando extraño que, en una colección destinada a tal fin, la presencia extranjera sea tan importante. Es indudable que, con un público mayoritariamente extranjero o hijo de extranjero, la inclusión de autores clásicos de sus países de origen es una decisión que tiene mucho de mercantil más que de política o ideológica. Por otra parte, resultaría bastante sorprendente que una *empresa comercial* se guiara por preceptos de otro tipo. Dicho de otro modo, *LNS* apelaba al *localismo*, pero como buena empresa comercial, publicaba aquello que resultaba vendible, viniera de donde viniera. Por lo tanto, para resolver el problema, se trata de avanzar en la identificación de qué conjunto de factores locales (o no) resultaba atractivo para quién.

Por esto, nos permitimos señalar que es metodológicamente arriesgado hacerles caso a las fuentes. Y también, ceder al clima historiográfico ambiente. Veamos el primer punto. Que los editores de *LNS* digan que quieren “argentinar” la literatura, es una cosa. Que lo hagan, es otra. Que con ello quieran hacerle un favor a gente como Quiroga o Gálvez que, como dijimos, se quejan de no ser leídos, ya es mucho (ninguno de los dos publica más que un número en *LNS*, lo cual indica que no les ha servido de promoción, mientras que César Duayen ya había sido *best seller* de la colección de *La Nación*).⁵⁴ Recordemos que *LNS* es una *empresa comercial* y la *nacionalización* es una empresa estatal. Es mucho más sencillo ver las causas del éxito de dicha *empresa comercial* en razones de *mercado*. Por lo tanto, en los directores, que estarán más preocupados por el programa político del público que por el del Estado. Es decir, preocupados por lo que tenían en la cabeza “cocheros y verduleras”, antes que por las pretensiones de funcionarios burgueses como Wilde o Cané.

⁵⁴Gálvez, por ejemplo, parece preferir la publicación de *Nacha Regules* en *La Vanguardia*.

Es cierto, no obstante, como han dicho muchos, que el período que estamos tratando se caracteriza por la voluntad de imponer la *argentinidad*, la hegemonía burguesa por la vía de la construcción de la *ciudadanía*. Es por ello que Pierini encuentra una fuente que encaja bien con un clima de ideas historiográfico. Sin embargo, ese acuerdo amplio acerca de la estrategia general de la burguesía (o de la *élite*, como prefiere esta bibliografía) para dominar a las masas, es decir, el proceso por el cual se completa la superestructura capitalista, es en todo caso una *voluntad*, cuya realización efectiva esa historiografía no ha intentado nunca confirmar.⁵⁵

En sentido estricto, la literatura nacional ya existía y no era poco exitosa. La colección Biblioteca de *La Nación*, dirigida por Payró, es cierto, publicaba enorme cantidad de títulos de autores extranjeros, pero no faltaban allí los nacionales: Carlos Octavio Bunge, Miguel Cané, Enrique de Vedia, Carlos María Ocantos, Manuel Podestá, Godofredo Daireaux, Bartolomé Mitre, Eduardo Wilde, Enrique Larreta, Ángel Estrada, etc.

Antes que por la nacionalidad, es más fácil pensar en la lógica económica de la empresa: si pretendía publicar libros baratos, los editores no podían darse el lujo de convocar a autores “caros” (de los prestigiosos, de los nombres ya consagrados, hay pocos y algunos, como el caso de Ingenieros, realizan incluso colaboraciones desinteresadas). Del mismo modo, sería absurdo recurrir a escritores extranjeros a los que hubiera que traducir. Ni consagrados ni caros, tampoco autores de largo alcance: las “novelas” semanales son, en el mejor de los casos, “cuentos” semanales. De allí que la mayor parte de los miembros de la promoción de *LNS* son gente que vive de otra cosa, gente que se inicia en estas lides, que carece de pretensiones, escritores baratos.

Por otra parte, es probable que detrás de la hipótesis de la *nacionalización* se encuentre una oposición generacional que es, en el fondo, una oposición de clase: la emergencia de los escritores pequeñoburgueses. Esta cuestión ya está planteada en la experiencia de Manuel Gálvez con *Ideas*. La vinculación “nación”-mercado y con ello la “función” del escritor es claramente formulada por el autor de *Nacha Regules*. (Delgado 2008)

Este proceso permite distinguir en *LNS* la confluencia, como lo ha señalado Pierini, de tres generaciones, que es para nosotros la de tres experiencias de clase distintas: la de los escritores burgueses, la de la pequeña burguesía acomodada y la del pequeñoburgués empobrecido. En efecto, la experiencia de *La Nación* es, si se quiere, la de los escritores burgueses (Cané, Larreta, Mitre, Estrada, Podestá) que se ligan a la gran literatura mundial, la que ofrecen al lector nacional. Sin embargo, la dirección de esa empresa ya requiere del concurso del intelectual pequeñoburgués (recordemos que, después del director del diario, la colección quedará en manos de Payró). *Ideas*, la revista editada por

⁵⁵La bibliografía “nacionalista”, es decir, la que ve en la construcción de la nacionalidad el hecho central del período, comprende básicamente la producción de la historiografía que brotó del nucleamiento intelectual de la revista *Punto de vista*: Beatriz Sarlo, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero, Lilia Ana Bertoni, Mirta Lobato y Juan Suriano. Una vez instalado el tema, ha sido repetido, a nuestro juicio en exceso, sin verificar el alcance de sus afirmaciones. Véanse sus textos en la Bibliografía.

Gálvez, es el momento progresivo de la diatriba pesimista de *El triunfo de los otros*: la necesidad de hacer ingresar en el campo a la pequeña burguesía requiere no solo del mercado, sino de una función, que el autor de *La maestra normal* quiere imaginar pedagógica y nacional. La generación Gálvez-Payró es todavía la de la pequeña burguesía llamada a colaborar en las “altas esferas” de la vida intelectual y, por ende, posee recursos que la siguiente no tendrá. Soiza Reilly y Peyret están separados de la dupla anterior no solo por intervenir en otro momento histórico, sino sobre todo por formar parte de otro segmento del trabajo intelectual en expansión ofrecido a la pequeña burguesía. Profesionales de la pluma periodística, están lejos de los avatares que podían conmover la existencia de sus antecesores. No escriben por el arte, ni para vivir del arte: escriben para vivir, lisa y llanamente. Con la Revolución Rusa de por medio, entramos ya al mundo de Arlt y de Boedo. Pero esa es otra historia.

En consecuencia, si hemos de preguntarnos por el éxito de *LNS*, debemos en realidad apelar no a la ideología de sus editores o a sus supuestas intenciones, sino a su habilidad para colocar el producto adecuado en el mercado que le corresponde. *LNS* está, en realidad, a mitad de camino entre las colecciones de libros baratos y las *revistas de actualidad*: no son libros, son folletos muy baratos, pero tampoco son revistas. De allí que la expresión “novela” les quede grande y de allí también que luego evolucionara hacia la publicación como revista.

La explicación que enfatiza en su voluntad “nacionalizadora”, incluso en su variante más amplia y difusa, de la *localización*, no resulta suficiente, como dijimos, para distinguir el éxito peculiar de *LNS* en relación a otras colecciones con el mismo formato. Aquí, la diferencia específica pasa por el programa desplegado. En efecto, los editores no son simples mercaderes o, incluso para serlo, deben conocer su mercancía. Y la mercancía que se ofrece en *LNS* no es *nacionalismo* ni simple *localismo*. Es crítica social y reformismo. Ese nuevo público no consume *nacionalismo*, sino crítica social. Por el contrario, *La Novela Argentina* (que comienza a salir en noviembre de 1921), aunque prometa a sus lectores que su publicación será “siempre tribuna de la verdadera literatura patria, y que jamás, malgrado todas las contrariedades, entr[ará] a reinar en ella el mercantilismo vergonzoso ni la pornografía hiriente”, alcanza a publicarse menos de un año.⁵⁶ Según la bibliografía, llega hasta el número 49, en octubre de 1922. (Lafleur et al. 2006) Curiosamente, se propone como más nacionalista que *LNS*:

“Nos hemos empeñado en la campaña (nuestras débiles fuerzas estarán apuntaladas por la voluntad) de ayudar al progreso de la literatura y de la industria argentina. Creemos que no solo se debe colocar, cuando llegan las fiestas mayas, un artículo alusivo a ellas, sino que durante todo el año -recordando el poder de una gota de agua que va cayendo, constantemente, en un mismo sitio- hay que horadar ese criterio cerrado, que existe en muchos, de despreciar lo nuestro.”⁵⁷

Pero cuando se repasa el listado de autores publicados, nos encontramos con Emilio Gouchón Cané, Marcelo Peyret, Juan José de Soiza Reilly, César Carrizo, José Saldías, Josué Quesada, Héctor

⁵⁶Latorre, M.: “La rubia de mis sueños”, *LNA*, n° 16, 21/2/1922.

⁵⁷La dirección: “En el día de la Patria...”, *LNA*, n° 35, 4/07/1922.

Blomberg, Augusto Vaccari, Pilar de Lusarreta, Manuel María Oliver, Julián de Charras, Alfredo Palacios Mendoza, Julio Escobar... Es decir, los mismos que los de *LNS*.

Por su parte, *La Novela Universitaria* (1921) apunta a ser la portadora de la cultura “alta”, el academicismo de quiosco. Con sus pretensiones superadoras, promete a los lectores lo siguiente: “Cuando Ud. lleve en el tren o en el tranvía *LNU* no tiene por qué ocultar su título: los que lo vean, dirán que es Ud. una persona de distinción intelectual y de cultura.”⁵⁸ No obstante, no encontraremos allí un repertorio de autores distintos de los ya mencionados en el caso anterior. Puede aparecer una Alfonsina Storni, pero no mucho más. Manuel Gálvez, Benito Lynch, Horacio Quiroga, Ricardo Rojas o José Ingenieros, colaboradores de los que se jacta *LNU*, tienen presencia en el corpus que examinamos. No se entiende por qué habría de pasar vergüenza alguien que prefiriera *LNS*. Obviamente, el número de los lectores temerosos de ser confundidos con “cocheros y verduleras” no parece haber sido suficiente para sostener la experiencia “universitaria”. *LNU* tiene un aliento de apenas 55 números, hasta setiembre de 1922.⁵⁹

Otro tanto puede decirse de la *Novela de la Juventud*, iniciada hacia 1920 y cuyo listado de autores es similar a los ya mencionados.⁶⁰ La colección se inicia con “Alas al viento”, de César Carrizo, sigue con “Donde hubo fuego...” de Josué Quesada y “El último Arzueta”, de Blomberg. Más bien parece que los editores de *Novela de la Juventud* prefieren caminar no solo sobre el camino abierto al mercado por *LNS*, sino utilizando a sus autores más exitosos y conocidos.

Algo similar sucede con *La Novela Porteña*, en la calle desde comienzos de 1922, que en sus primeros 14 números publica a Josué Quesada, Marcelo Peyret, Juan José de Soiza Reilly, Enrique Richard Lavalle, José Antonio Saldías, Héctor Blomberg, Manuel Nogueira, Manuel María Oliver y Oscar Beltrán. Solo están fuera del corpus que manejamos los desconocidos Máximo Sáenz, José Poza, Julio Escobar y Sofía Espíndola. *La Novela de Hoy* no se distingue en lo más mínimo en cuanto al listado de productores, repitiéndose los mismos autores de siempre (César Carrizo, Belisario Roldán, Pedro Sondereguer, Josué Quesada, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Hugo Wast), con la única innovación del regalo de un billete entero de la Lotería Nacional a aquel poseedor “de un ejemplar cuya numeración concuerde, en sus tres últimas cifras, con las tres últimas de premio mayor...”⁶¹

Poca relevancia tienen, para lo que aquí se discute, colecciones como *La Novela Femenina* (que, si fuera por la hipótesis Sarlo, debiera haber sido la edición más exitosa, dada su temática y el público al que específicamente se dirige), la *Novela Nacional* (que por su título debiera encarnar mejor que *LNS* el supuesto *pathos* de la época y tendría que haber tenido mucha más suerte que la magra que le cupo), o *Los Contemporáneos* (cuyos colaboradores repiten los nombres ya señalados). *El Cuento Ilustrado*,

⁵⁸*LNU*, n° 10, 9/11/1921.

⁵⁹La aspiración editorial de elevación intelectual de los lectores populares tiene experiencias posteriores en nuestro país, tal es el caso de los quioscos de Eudeba.

⁶⁰La dirección: “Lector”, *Novela de la Juventud*, n° 1, 4/11/1920.

⁶¹Villa, Jomer B.: “Una mujer”, *La Novela de Hoy*, 25/11/1920.

por su parte, dirigido por el mismísimo Horacio Quiroga, más allá de sus pretensiones literarias, no deja de repetir nombres del staff permanente que venimos siguiendo, incluso aunque reniegue del *nacionalismo* ambiente (“no es posible manifestar preferencias de nacionalidad”⁶²). Un staff que se repite todavía una década después, en *La Mejor Novela*: Pilar de Lusarreta, César Carrizo, Juan José de Soiza Reilly, Héctor Blomberg, Josué Quesada, Héctor Olivera Lavié, Pedro Sonderegger, Enrique Richard Lavallo...⁶³

En realidad, la mayor parte de las competidoras de *LNS* parecen hechas simplemente para “morder” parte del mercado desarrollado (y casi monopolizado) por aquella. No importa lo que digan o cuál sea su declaración de principios, se trata simplemente de explotar el fenómeno económico. Una colección, sin embargo, parece escapar a esta regla.

La Novela del Día (que se publica a partir del 16 de noviembre de 1918) promete también a los lectores un cuidado de la moral, aunque esta vez esté menos ligado al *nacionalismo* que a la ideología católica. De hecho, su director, Luis Luchía Puig, es de una familia católica conservadora. (Pierini 2004) La misma Pierini reconoce el sesgo ideológico-político diferenciador entre ambas colecciones, pero no deduce de ello ninguna conclusión: “Frente a las simpatías socialistas o anarquistas de algunos relatos de *LNS*, *La Novela del Día* ofrece una perspectiva opuesta; así, en “Maximalismo”⁶⁴ (nº 13) de José Samperio, la Semana Trágica es presentada como el resultado de un complot extranjero que agita a las turbas criminales envenenadas ‘por la lectura del pasquín y los folletines’.” Agrega que

“Se publica también la traducción de una novela de Eugenio Richter, *Después de la victoria del socialismo*, cuyo contenido se anticipa en el número anterior: ‘Cómo se vive, cómo se sufre, cómo se ama en las naciones donde ha triunfado la revolución socialista.’ [...] Los autores son seleccionados según su cumplimiento de los objetivos moralizantes de la publicación, o en todo caso se les pide que se adapten a ellos. Un caso representativo es el prolífico Josué Quesada. En *LNS*, como hemos visto, publica bajo el seudónimo ‘Elsa Norton’ una historia ‘fuerte’, como ‘El escándalo de la Avenida Alvear’. Para *LND* adopta también un seudónimo femenino. ‘Mamá Justa’. Pero en este caso la ilustración de la portada presenta a una dulce abuela con cuellito de encaje y camafeo antiguo –retrato que los editores presentan a sus lectores ‘violentando el deseo de nuestra venerable colaboradora’-, y el relato publicado –‘La niña de los ojos negros’, nº 16- no puede sobresaltar en lo más mínimo la moral familiar.” (Pierini 2004: 174)

Cabe aclarar que, más allá de los datos brindados por la propia publicación en 1921, de haber vendido en ese año 4 millones de ejemplares, el impulso de esta publicación tranquilizadora de la moral familiar dura algo más que cinco años, pues su último número registrado, el 331, data de abril de 1924. Aun si creyéramos en la veracidad de la cifra, da un promedio de 90.000 ejemplares vendidos por número, lo que, comparado con los 400.000 declarados por *LNS*, suena a poco, aun reconociendo la importancia de la tirada. En este campo, la comparación es siempre endeble, porque no hay forma de

⁶²La dirección: “Al lector”, *El Cuento Ilustrado*, nº 1, 12/4/1918.

⁶³“Cuerpo de colaboradores”, *La Mejor Novela*, 17/04/1928.

⁶⁴*LND*, 21/2/1919. “La justicia del Soviet”, que se publica en *La Novela Argentina*, nº 45, de Raúl F. de Basavilbaso, es otra prueba de la preocupación sobre el tema revolucionario del que hablaremos más adelante.

confirmar los datos a partir de una fuente independiente de ambos rivales. Que la rivalidad estaba planteada y asumida abiertamente lo demuestra el empeño de *LND* no solo en alardear de sus propias ventas, poniendo en duda las de la contra, sino en exponer las miserias de su oponente y aprovechar cualquier hecho para destacarlas.⁶⁵ Esta rivalidad no es meramente comercial. Porque *La Novela del Día*, a diferencia *LNS*, no es un emprendimiento puramente mercantil que acierta en el gusto dominante. Es, primero que nada, una empresa ideológica:

“Ninguna de estas circunstancias [se refiere a las dificultades económicas] podría, por cierto, calificarse de positiva para armar una empresa editorial. [...] En cambio, había de considerarse a las necesidades y las posibilidades. Aquellas mostraban la urgencia de aplicar un antídoto a la literatura pornográfica, que lanzaban muchas de las revistas en boga, especialmente *La Novela Semanal*, de gran arraigo, que enfocaba con crudeza los temas sexuales y se burlaba de la moral cristiana.” (Álvarez Lijó 1981: 34)

Efectivamente, *LND* surge para competir ideológicamente con *LNS*. De hecho, tras un fracasado intento como “Novela Popular”, adoptó a propósito el nombre de “del Día” para confrontar a la “Semanal”. En realidad, más que una simple oposición anecdótica, como de alguna manera lo plantea Pierini, la confrontación surge claramente cuando se observa a *LND* como un dispositivo más dentro del engranaje ideológico y propagandístico de la Iglesia Católica. En efecto, hay que colocar *LND* en relación a otros instrumentos ideológicos católicos: la prensa, en particular, el diario *El Pueblo*, los Círculos de Obreros, la Gran Colecta Nacional, el Museo Social, los agrupamientos políticos (la Unión Popular Católica Argentina, la Democracia Cristiana, etc.), las instituciones parroquiales, etc. En ese contexto, veremos que *LND* es una respuesta a un proceso político concreto: el ascenso de las corrientes ateas, que desbordan al liberalismo y la masonería, objeto inicial de la defensa católica (en el período que va desde 1880 hasta comienzos del siglo XX) y que se confunden ahora con el anarquismo y el comunismo como consecuencia de la Revolución Rusa y de la Semana Trágica. Pero el proceso de lucha católica ya había dado lugar a experiencias similares a las que desembocan en *LNS*: si la Biblioteca de *La Nación* aparece como el antecedente dominante de la publicación “popular”, *El Pueblo* tendrá, hacia 1903, una colección propia para batallar en el mismo campo y, hacia el Centenario, editará una serie de cuadernillos de cultura católica al estilo de las colecciones que estudiamos. (Lida 2012)

Está claro que, en esta época, el frente de ataque ideológico de la Iglesia es doble: contra el liberalismo, por un lado; contra el comunismo por el otro. La expresión “materialismo” unifica el sentido de la crítica a ambos. El “espiritualismo” eclesiástico se consagra en la tarea que la Iglesia viene desarrollando desde la intervención de Federico Grote, el cura fundador de los Círculos Católicos de Obreros. Se trata de atacar en el mismo terreno en el que operan el anarquismo y el comunismo. La ideología con la que se enfrenta esa amenaza se encuentra sintetizada en la *Rerum Novarum*, es decir, la

⁶⁵Véase “Los jueces no pueden ser instrumentos de delincuentes. Sentencia contra los directores de ‘La Novela Semanal’”, en *La Novela del Día*, n° 99, 15-10-1920.

conciliación de clases y el rol “caritativo” del poderoso. De allí que la “caridad” sea un tema recurrente de la propaganda católica y que sea habitual encontrar críticas a ella en *LNS*.⁶⁶

La crítica a la hipocresía religiosa es común en la colección de *LNS*. “La viuda rica, con un ojo llora y con el otro, repica”, de Alfredo Duhau, cuenta la historia de una especie de “viuda negra”, de familia encumbrada pero sin plata, que esconde sus miserias con una vida de “oración”.⁶⁷ Juliana se aprovecha primero de Vicente, un gallego que se abre paso a fuerza de trabajo personal, y luego de su cuñado, Marcial, a quien seduce mientras aparenta encerrarse en su casa, en la que se hizo construir un oratorio, para rezar a tiempo completo. Obviamente, Juliana se destaca en la caridad...

En “La casquivana”, de López de Molina, el protagonista Ricardo Villarén es un artista pequeñoburgués (poeta) que cuando reflexiona sobre las funciones de beneficencia las considera “fiestas de exhibicionismo”.

Juan José de Soiza Reilly es más explícito. En “Un hombre desnudo” describe la vida de Julio Velloso, un solterón sin amigos íntimos, que vivía en su palacete de la Avenida Alvear.⁶⁸ Era propietario de grandes estancias y de “un enorme ingenio de caña de azúcar en Salta y de otro en Jujuy”. Los indios que trabajaban en sus ingenios recibían vales para adquirir mercadería en los comercios de los cuales Velloso también era dueño. Como todo dueño de obraje o ingenio, no les pagaba, es decir, llevaba la explotación a sus límites máximos. Sin embargo, tenía “fama de católico” y “prestigio de filántropo”. “Nada lo conmovía. Se le conocía por el apodo de ‘El hombre de palo’.” No obstante, todas las mañanas iba a misa, daba limosna y había colaborado con medio millón de pesos para las Damas Protectoras de la Boca, que juntaban fondos para las víctimas de un incendio.

“El honor de los Vallejo”, de Carlos Muzio Sáenz Peña, describe a una familia de potentados a los que, si algo les falta, es honor.⁶⁹ Ello no impide que la Sra. Vallejo pertenezca a varias instituciones de beneficencia que, entre otras cosas, le facilitan la tarea de sacarse de encima a huérfanos molestos, en particular, si no están en edad de servir. “El escándalo de la Avenida Alvear”, de Elsa Norton, describe un hecho oprobioso propio de la gran sociedad.⁷⁰ En la mencionada avenida se encuentra el palacio de los Amenábar. Allí “Don Juan Andrés Amenábar, una de las figuras de mayor relieve en la política de su tiempo, el último descendiente del gran general, llegaba al ocaso de su vida, solo, amargado.” Y no es para menos: la Sra. M^a Cristina de la Fuente de Amenábar se dedica a la “organización de festivales de caridad”, en particular para la Sociedad Protectora de los Desamparados, de la cual era presidenta, sin que eso le impidiera la instalación de una ruleta en una de las salas de su palacio. También participaba de tales actividades la Sra. de Rivera, quien “había sido aceptada en el núcleo por su dinero y porque su carácter coincidía con el de sus nuevas amigas”. Con el saldo favorable de la ruleta, la Sra. de Amenábar

⁶⁶Como “La vida falsa”, de Claudio Arenas, *LNS*, n°87.

⁶⁷*LNS*, n° 73.

⁶⁸*LNS*, n° 162.

⁶⁹*LNS*, n° 161.

⁷⁰*LNS*, n° 178.

“pagaba los gastos de té, vinos y masas que obsequiaba a las amigas.” El narrador describe tales fiestas como “misas negras”, plagadas de sexo, drogas, lesbianismo, etc. La hipocresía que flota sobre el conjunto de los personajes queda bien retratada en la escena en la cual la hija de Amenábar finge partir para una actividad caritativa, cuando en realidad va al encuentro de su amante, con la excusa de coser ropa para niños pobres en Taller de las Siervas de San Expedito. Dicho taller “ha entregado diez mil piezas de ropas para los niños que se quedaron sin techo en el último terremoto de Mendoza”. “Lo importante es aparentar”, responde cuando su marido le recuerda que esa ropa fue importada por su padre, sugiriendo un negociado.

En otros casos, la beneficencia ayudaba a congraciarse con la opinión pública. Es el caso de don Luigi Ramazzatti. Inmigrante enriquecido, su sueño era “colarse en una sociedad de esas que practican la caridad ‘pour la galerie’”. Aconsejado por un aventurero que intenta quedarse con su fortuna, hace una donación al colegio y otra a la Iglesia. Aunque la suma donada no alcanzaba prácticamente para nada, “los notables del pueblo empezaron a desfilar por la casa de Luigi para estrechar la mano del benefactor”. Se publicó en el periódico la noticia de la donación y se escribió un elogio de su personalidad. Según el narrador, “triunfaba una vez más el concepto egoísta de la caridad hecha a base de gestos y de publicidad”.⁷¹

Otro caso similar al de “¡Porca América!” es el de “La casa de la soltera”, otra vez, de Elsa Norton, en este caso, muy probablemente, Josué Quesada, que sirve, de paso, para ilustrar a qué se refería *LND* cuando acusaba a su contrincante de “pornográfica”.⁷² En esta oportunidad, se trata de una historia de lesbianismo, expuesta como la “amistad de Elsa Domínguez con *La Fedorovna*”, un “secreto a voces”, del que, sin embargo, hablaba “todo Buenos Aires”. Aquí, por otra parte, la alusión a la Iglesia es directa:

“Porque después de haber provocado el asombro poniendo a disposición de la Gran Colecta un millón íntegro para el asilo que llevaría su nombre, Elsa decidió a su vez proporcionarse una de las satisfacciones que más halagaban sus íntimos deseos. Quería instalar su casa: una casa que fuera exclusivamente de ella; una casa, que sin ser la *legítima*, tuviera el aspecto de una *garçonnière*, aunque este calificativo apareciera como una contradicción, ya que en su casa de soltera solo habría de tener cabida su íntima amiga...”

Podríamos seguir abundando en ejemplos, pero el asunto está bien establecido: para *LNS*, la caridad, la beneficencia, núcleo de la concepción católica de la buena vida social, es simplemente hipocresía.⁷³ Es decir, se trata de un ataque directo al programa de la Iglesia.

Vamos a tratar de acercarnos al programa de *LND*, de un modo sucinto, porque no es objeto de esta tesis, pero que nos ayudará a entender mejor el programa que se enfrenta. Empecemos por su director. Luis Luchía Puig tendrá una vastísima trayectoria en el campo de la publicística católica:

⁷¹José Antonio Saldías: “¡Porca América!”, *LNS*, n° 180.

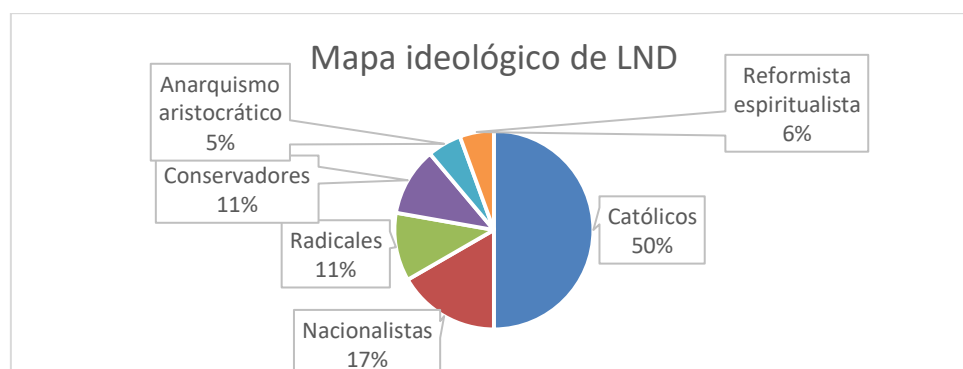
⁷²*LNS*, n° 222.

⁷³Pueden verse, además de las citadas, “El misterio del dominó”, de Arístides Rabello, *LNS*, n° 186 y “Culpas ajenas”, de Roberto Mariani, *LNS*, n° 233.

“Cuando se hizo cargo de la dirección del diario, Luchía Puig ya era un referente de la prensa católica, pero con un perfil empresarial propio. Es verdad que sus inicios en la prensa, a principios del siglo XX, se dieron en los estrechos marcos parroquiales, pero pronto llevó adelante una serie de proyectos periodísticos y editoriales que lo convertirían en una figura destacada. Desde mediados de la década de 1910 se sucedieron *La Novela del Día*, aparecida en 1918 [...], la revista *Aconcagua* y las editoriales Bayardo y Propaganda Moderna. En 1936 fundó el proyecto más ambicioso, y por cierto exitoso, la editorial Difusión. Esta editorial ofreció, a precios populares, un amplio catálogo de autores católicos. Se benefició por los obstáculos que la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial levantaron a la importación de libros desde el viejo continente y creció hasta abrir, en los años 40, sucursales en Chile, Perú y Colombia.” (Fabris 2013: 153-170)

Se trata de un militante católico de primer nivel.⁷⁴ Supo reunirse con un grupo de colaboradores variado pero coherente con un proyecto político, uno de cuyos momentos de concreción es *LND*: un catolicismo nacionalista, conservador y “popular”, cuyo contenido ideológico prefigura al peronismo. Ello se ve claramente en el examen de ese grupo de “colaboradores”.

Un análisis del listado de las primeras doscientas novelas de *LND*, arroja unos 70 u 80 autores. Separando los extranjeros, como Otto Miguel Cione o José Insúa, o los argentinos de otros períodos históricos, como Juana Manuela Gorriti, nos quedan cerca de 60. De estos, hemos logrado identificar políticamente a unos 18. Hay dos radicales de derecha (Manuel Carlés y Josué Quesada), nueve católicos (Luis Barrantes Molina, Hugo Wast, José M. Samperio, J. F. Cafferatta, Manuel Gálvez, Aurelio García Elorrio, Victorina Malharro, Mario Gorostazu, Carlota Garrido de la Peña), dos conservadores (Benito Lynch y Martín Gil), tres nacionalistas (Manuel Ugarte, proveniente del socialismo, Alejandro Sux, del anarquismo, y Mariano Barrenechea, del nietzscheanismo), un reformista espiritualista (José Gabriel) y un anarquista aristocrático (Belisario Roldán). El gráfico siguiente muestra el mapa ideológico de *LND*:



El resultado es claro, a poco que se lo compare con el correspondiente a *LNS*, donde el lugar de los católicos lo ocupan radicales. En este mapa sobresale la presencia del catolicismo de una manera muy aguda. El desglose de los nombres que componen ese 50% es más significativo aún: Victorina

⁷⁴En el libro de Álvarez Lijó citado más arriba se destaca allí el rol central que cumplió Luchía Puig como organizador intelectual del catolicismo, en tanto editor de revistas y diarios. No tiene desperdicio el relato de su actuación en la “defensa” de las iglesias durante la Semana Trágica.

Malharro y Carlota Garrido de la Peña eran asiduas colaboradoras del diario católico *El Pueblo*. La última, escritora nacida en Mendoza y perteneciente a ese género de “maestras que escriben” (como Malharro o Alfonsina Storni) estaba en contra del sufragio femenino y del movimiento sufragista, y poseía una intensa inclinación católica. (Cristiá 2009 y Ferrús 2014)

No es necesario abundar respecto de Martínez Zuviría (Hugo Wast), ya que su catolicismo ultramontano y filofascista es muy conocido. Wast es el mascarón de proa de *LND*. No solo inicia la colección y publica muchas veces en ella, sino que el conjunto de su obra es reivindicado y cada nuevo título fuera de la colección es militado como propio.

Hay, sin embargo, otros tres nombres muy importantes en el movimiento católico que publican más que asiduamente en *LND*: Luis Barrantes Molina, José María Samperio, y Mario Gorostarzu. (Auza 1987) El primero, periodista de *El Pueblo*, conocido anticomunista y activo militante de las instituciones de la Iglesia. José María Samperio y Mario Gorostarzu ocupan posiciones relevantes en el movimiento católico, tanto en los Círculos Obreros como en las organizaciones políticas de la Iglesia, como la Unión Popular Católica Argentina y la Democracia Cristiana. Recordemos que en este período la Iglesia argentina se propone como articulador de relaciones sociales rotas. Es decir, busca la recomposición de la hegemonía burguesa por la vía de la conciliación de clases.

Es el momento de la Gran Colecta Nacional, impulsada por Miguel de Andrea, arzobispo de Buenos Aires, muy resistido por facciones católicas locales, quien intentó transformar a la Iglesia en una estructura fuertemente centralizada, cambiando la tradición hasta entonces dominante. (Auza 1987: 12-15)

El proyecto de de Andrea venía a liquidar esa experiencia que tenía mucho “de espontáneo, pero también de anárquico, de inorgánico”, para armar un nuevo esquema dominado por la Curia, una “complicada maquinaria”: la Unión Popular Católica Argentina. Para armar la UPCA, se liquidan la Liga Democrática Cristiana y la Liga Social Argentina, núcleos de la “sociedad civil” católica, y se obliga a adherirse a ella a los Vicentinos, los Círculos Obreros, los Centros de Estudiantes Católicos y varias otras entidades más. La UPCA tenía una ideología mucho más aristocrática y anticomunista que el movimiento católico local: “Queremos la evolución, pero repudiamos la revolución”, reza la Carta Pastoral de 1919. El eje del nuevo planteo político es la reacción contra los “golpes que vienen asestando a las instituciones básicas de la civilización cristiana, la moral pública y privada, la familia, la propiedad dentro de sus límites legítimos”. La reorganización no tendrá éxito y de Andrea tendrá que renunciar, pero el catolicismo argentino mostrará, con esta crisis, que no está a salvo del debate mundial acerca del lugar político que debe ocupar la Iglesia Católica en ella.

Lo que es común a ambos proyectos, el local y el de de Andrea, es el anticomunismo. Barrantes Molina escribió para *LND* “El maximalismo en marcha”; Samperio, “Maximalismo”; Gorostarzu, varias novelas del mismo tono. El problema de la Revolución Rusa, puesto sobre la mesa argentina por la Semana Trágica, se refleja permanentemente en sus páginas para demostrar que es el producto de una

realidad ajena, que es un engaño a los pobres y el resultado de ideologías “disolventes”. Este anticomunismo católico que se afianza en la tradición “nacional” y el paternalismo, da como resultado una coalición a primera vista extraña, pero a largo plazo muy coherente, que desembocará en el peronismo. El componente paternalista se encuentra presente en la obra legislativa de otro autor de *LND*, Juan F. Cafferata. Médico de profesión, había sido diputado en el período 1912-1916 y vuelve a la Cámara en 1920, proveniente de las filas del conservadorismo. Sus proyectos legislativos son indicativos de su orientación conservadora-paternalista (Ley de Casas Baratas, Prohibición del trabajo nocturno en las panaderías y establecimientos similares). (Auza 1987: 293-4) Cafferata insiste, en 1921, con su proyecto de Bien de Familia, ya presentado en 1914, se preocupa por las Agencias de colocaciones, que logra transformar en ley en 1912, presenta un proyecto de “Nombramiento de una Comisión parlamentaria para estudiar la intervención de empleados y obreros en la gestión de las empresas y fábricas”, otro de Sueldo y salario familiar, otro de reforma de la Ley de Accidentes de Trabajo y uno de Higiene y seguridad del trabajo. Podríamos seguir enumerando iniciativas de este tenor, que demuestran la orientación de su autor. Este paternalismo “pobrista” está muy presente en *LND*.

El componente nacionalista se hace presente en la colección con tres autores: Manuel Ugarte, Alejandro Sux y Mariano Barrenechea. El primero, proveniente del socialismo, es reconocido por su carácter de antecedente del antimperialismo latinoamericanista, que lo llevará a apartarse repetidas veces del tronco juanbejustista (con el que tendrá fuertes debates) y que terminará como ícono del nacionalismo de izquierda filoperonista. Una trayectoria parecida describe Alejandro Sux, pero proveniente del anarquismo. Mariano Barrenechea, musicólogo admirador de Wagner, por su parte, proviene del tronco nietzscheano. Defiende la idea de una música “argentina” afincada en el folklore. (Gabrielidis de Luna s/f: 123) Barrenechea se encuentra en una encrucijada en la que se unen la crítica a la democracia burguesa y el aristocratismo elitista junto con el irracionalismo. Asustado por el marxismo, aunque conocedor del tema, Barrenechea termina en lo que solían terminar los nietzscheanos antes de la Primera Guerra Mundial, la filosofía del “sindicalismo revolucionario” (Gabrielidis de Luna s/f: 79) que desembocará en el peronismo. Luchía Puig ha sido capaz de armar un frente que, en términos ideológicos, prefigura el que llegará al poder en 1945. En ese frente figuran otros personajes que provienen de la derecha conservadora (Martín Gil, Benito Lynch) y de la derecha radical (Manuel Carlés). Hay también personajes intermedios, gente que está a mitad de camino entre *LNS* y *LND*, en particular, un nietzscheano y un católico: Josué Quesada, el primero; Manuel Gálvez, el segundo. Sobre Quesada hablaremos en el capítulo nueve. Manuel Gálvez merece una mínima reflexión en este lugar.

Gálvez, cuyas memorias son una descripción detallada de medio siglo de campo intelectual en Argentina, traza una especie de “quién es quién” en la literatura local a lo largo de esos cuatro tomos. La ubicación que elige para sí mismo es lo suficientemente ubicua como para encontrarse equidistante de todos los grupos importantes. De todos recibe elogios, solo se pelea con algunos, ignora a los críticos que no lo alaban y destila cierto resentimiento bien escondido por no ser considerado un autor de culto.

Políticamente, la equidistancia vuelve a ser lo suyo. Preguntado por un periodista (“casualmente”, José María Samperio...) “si al escribir *Nacha Regules* no estaba yo atacado del sarampión socialista”, responde: “No, precisamente, por ser el marxismo contrario a mis ideas católicas. Pero frente a la injusticia social he sido siempre revolucionario y anticapitalista.” (Gálvez 2003: 547-8) Gálvez es, si se quiere, la síntesis ideológico-política del corpus de *LND*. Si la tesis de Pierini sobre el éxito de *LNS* fuera correcta, *LND* debiera haber arrasado en ventas. Su programa es, efectivamente, el del *nacionalismo*. Por el contrario, si bien alcanzó tiradas importantes, no superó la prueba del tiempo. El público masivo no era ni católico ni de derecha. Más bien lo contrario.

Entonces, el mapa intelectual se separa básicamente en dos campos: el de los católicos, por un lado; el de los “liberales”, comprendiendo esto a la franja que va desde el escritor burgués tradicional hasta el anarquista, dejando a los socialistas y radicales en el medio, por otro. Este último campo está atravesado, en dosis diferentes, por los componentes liberal-nietzscheano-fabiano que hemos mencionado. Ambos grandes campos, por supuesto, comparten elementos, entre los nietzscheanos de derecha y los católicos “sociales”. Para encontrar un corpus de escritores radicalmente distintos hay que buscar entre los que escriben para *Los Intelectuales*. Centralmente extranjeros y de preferencia rusos (Andreiev, Gorki, Chejov, Tolstoi, Kuprin) y anarquistas (Knut Hamsun, Kropotkin, Malatesta, Pacheco, Barret), no sin clásicos para varios gustos (Ibsen, Poe, Maupassant). Lo mismo podía decirse de *Los Pensadores*. Obviamente, no compiten con la misma franja de público ni operan con la misma masa autoral. También parece claro que a esta franja le cuesta conseguir textos locales.

Tal vez algo parecido suceda con el anarquismo. Cuando examinamos *Nuestra Tribuna*, la prensa dirigida por Juana Rouco Buela, en nuestro trabajo “El silencio de la mujer anarquista”, encontramos que en el número 26 (1923), el Centro de Difundidores de la Prensa Libertaria publica una propuesta para librar a los lectores del consumo de “novelitas de los escritores burgueses que no sirven más que para enriquecer a las empresas editoras.” Además, y lo que es más importante y consecuente con la propaganda anarquista desplegada en prensas varias, pretendían “aprovechar también ese medio de publicación para extender el conocimiento de la literatura de nuestros escritores y hasta conquistarnos para ella su preferencia”, por ello, querían publicar “una novelita semanal de 32 páginas a 10 centavos”. Esta voluntad de contar con una colección que tuviera un programa propio, anarquista, expresa, sin dudas, el reconocimiento de dos valores para las publicaciones sentimentales hebdomadarias: uno, su popularidad, y dos, su transmisión programática. Es probable que, igual que sucede con los “maximalistas” de *Los intelectuales*, el que la conflictividad local no haya alcanzado un punto de no retorno, obligando a la separación estricta de quienes podían todavía encontrar un refugio común bajo un paraguas más amplio (el “progresismo” que acompaña el ascenso de Yrigoyen), hiciera más atractivo pescar en ese río con mayor caudal, que aventurarse a una producción propia, separada nítidamente del resto. La suerte diversa corrida por *Los intelectuales* (y su continuación, *Claridad*) y la experiencia anarquista que ni siquiera pasó del deseo, también se explica por el pasaje a segundo plano del

anarquismo en el movimiento obrero, pasaje acompañado, en sentido inverso, por el naciente comunismo.

En este punto, es sugestivo comparar el caso argentino con el español.⁷⁵ En su estudio sobre la “novela revolucionaria de quiosco”, Gonzalo Santonja remarca el carácter intensamente pedagógico de estas lecturas. (Santonja 1993: 126) Dicha profusión pedagógica habla de una virulenta batalla ideológica, donde nada puede dejarse al azar de la interpretación individual. Es, si se quiere, el punto de divergencia crucial entre el caso español y el argentino. En efecto, lo que esta comparación nos permite establecer como hipótesis es que la literatura popular sigue muy estrechamente la lucha de clases. Y que allí donde esta se despliegue con más amplitud y profundidad, mayor será la diversidad ideológica imperante y mayor peso tendrán, tanto la definición ideológica explícita como el didactismo. Si en España una guerra civil ya abierta nos da un paisaje muy *ancho*, ideológicamente hablando, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, la guerra civil larvada que se insinúa en Argentina entre 1916 y 1922 reduce la polaridad a dos centros: uno a la derecha (*LND*) y otro a la izquierda (*LNS*). Es interesante, en relación a esta última, remarcar las similitudes programáticas que la unen a la experiencia española más exitosa, que surge por la misma época y en un contexto donde la extrema polarización de la Guerra Civil todavía no ha llegado. Nos referimos a *La Novela Corta*. Con algunas limitaciones, las conclusiones del estudio de Mogin-Martin podrían aplicarse, parcialmente al menos, a *LNS*. (Mogin-Martin 2000: 138)⁷⁶

Este conjunto de experiencias fracasadas, o al menos, mucho menos exitosas que *LNS*, dice algo sobre las características del lector y, por ende, del productor. Es bastante obvio que los lectores de *LNS* ni eran católicos practicantes, ni nacionalistas desesperados, ni pretendían tener una cultura universitaria. Tampoco eran bolcheviques a punto de tomar la Casa Rosada.

Simplemente, pretendían examinar, a través de la literatura, su propia experiencia de vida, desde un punto crítico, a tono con los tiempos convulsos en los que se vivía y con la conciencia que, tras un par de décadas de lucha, una clase obrera de origen internacional, mal o bien, ya había incorporado. Entonces, no se trata de escritores argentinos y de nacionalidad argentina, sino de cómo se elaboraron ficcionalmente esos conflictos sociales comunes en la época. *LNS* acertó con el gusto del lector,

⁷⁵En España, el tipo de estudios que en Argentina representa la tesis de Pierini, son muy amplios y abarcan casi la totalidad del fenómeno, incluyendo las colecciones teatrales. Casi todos han sido publicados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (que también publicó el libro compilado por Pierini sobre *La Novela Semanal*). De entre ellos, los siguientes fueron de utilidad para la hipótesis que exponemos a continuación: Labrador Ben, Julia María, del Castillo, Marie Christine y Covadonga García Toraño: *La Novela de Hoy, La Novela de Noche y El Folletín Divertido. La labor editorial de Artemio Precioso*, CSIC, Madrid, 2005; Labrador Ben, Julia María y Alberto Sánchez Álvarez-Insúa: *Teatro Frívolo y Teatro Selecto. La producción teatral de Editorial Cisne*, CSIC, Madrid, 2005; Villarías Zugazagoitia, José María: *Nuestra Novela: una colección católica fundamentalista*, CSIC, Madrid, 2002; Naval, María de los Ángeles: *La Novela de Vértice y La Novela del Sábado*, CSIC, Madrid, 2000; Mogin-Martin, Roselyne: *La Novela Corta*, CSIC, Madrid, 2000; Fernández Gutiérrez, José María: *La Novela Semanal*, CSIC, Madrid, 2000; Fernández Gutiérrez, José María: *La Novela del Sábado (1953-1955)*, CSIC, Madrid, 2004; Sánchez Álvarez- Insúa, Alberto: *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, Libris, Madrid, 1996.

⁷⁶Hay muchos elementos más en común entre ambas colecciones. Escapa a esta tesis el examen de esta convergencia, más allá del carácter hipotético de la exposición que acaba de ensayarse.

precisamente porque ese lector distaba de ser “conservador”. Puede especularse, entonces, con que la producción, por lo tanto, tampoco lo era.

3. Los autores

Los más publicados, los más exitosos

Según Pierini, de acuerdo “con el número de reediciones que alcanzan pocos meses después de su publicación, los preferidos del público *parecen* ser: Josué Quesada, Juan José de Soiza Reilly, Pedro Sondereguer, Belisario Roldán, Hugo Wast, Arturo Cancela, José Ingenieros.” (Pierini 2004: 50) En parte, porque hay que enfatizar lo que la autora insinúa: no hay forma de saber a ciencia cierta quiénes son los preferidos del público. En parte, también, porque la lista es curiosa en términos ideológicos y políticos, aunque muy sintomática del programa que porta *LNS*. Volveremos sobre este punto más abajo.

La convivencia en la colección de escritores ya consagrados como Ricardo Rojas, extranjeros en traducciones (Luigi Pirandello) o adaptaciones (“La tragedia de la calle Morgue”, de E. A. Poe), pasando por Hugo Wast y Mario Bravo, Belisario Roldán y Pilar Millán Astray ha causado asombro en los investigadores, por la amplitud ideológica que representa esta nómina. También conviven en la publicación autores de diferentes generaciones; algunos nombres ya consagrados y otros recién llegados a las letras. De estos que hacen aquí sus primeras armas, unos logran con esta publicación hacerse un nombre en la literatura; otros son hoy prácticamente imposibles de rastrear. Este inconveniente en la investigación que significa la dificultad para encontrar datos biográficos (por no mencionar los políticos) de los escritores de *LNS* es mencionado por todos los investigadores que se han ocupado del corpus. (Pierini 2004)⁷⁷ En efecto, estas publicaciones no solo eran desestimadas (o discutidas, como veremos más adelante) por sus detractores o por aquellos que se ubicaban en otro campo, sino que los mismos autores de *LNS* olvidan sus intervenciones allí:

“Ello puede comprobarse fácilmente cuando se revisan sus memorias: ninguno menciona en ellas a los escritores típicos de las novelas semanales (aunque el mismo memorialista haya escrito relatos de ese circuito) e ignora *por completo* esa zona de la producción narrativa. La revista *Nosotros*, que se ocupó prácticamente de todo lo editado en la Argentina de esos años con un eclecticismo insuperable, ni siquiera menciona a estas colecciones de cuentos como publicaciones en curso. Gálvez, cuyas memorias no dejan superficie del campo intelectual sin recorrer, menciona solamente a Otto M. Cione, entre los escritores que pertenecen al espacio de la literatura semanal.” (Sarlo 1985: 72)

Esta afirmación de Beatriz Sarlo resulta incorrecta y fácilmente verificable. Gálvez menciona a mucha gente: Juan Argerich, Mariano Bosch, Alfredo Bufano, Atilio Chiappori, César Carrizo, Juan

⁷⁷Podemos afirmar que se trata de una dificultad universal, destacada, por ejemplo, en los textos sobre las colecciones españolas examinadas más arriba.

Carlos Dávalos, Pablo Della Costa, Enrique García Velloso, Diego Fernández Espiro, Julio Fingerit, Emilio Lascano Tegui, José Ingenieros, Pilar de Lusarreta, Vicente Martínez Cuitiño, Hugo Wast, Héctor Olivera Lavié, José León Pagano, Josué Quesada, Belisario Roldán, Juan José de Soiza Reilly, Claudio de Souza, Mariano de Vedia y Mitre, Ricardo de la Vega...

Aunque la referencia a Gálvez no fue feliz, Sarlo tal vez tenga razón cuando afirma que esta omisión generalizada se deba a que esta literatura era considerada como de consumo, no como producto artístico. El caso de Pedro Sondereguer es sintomático al respecto: Sarlo consiguió una caja en la que él mismo conservaba sus intervenciones públicas (artículos sobre política para diarios de Buenos Aires y de Bogotá, artículos filosóficos, poemas manuscritos y críticas de libros), entre las que encontró alguna novela semanal. Si bien la familia del escritor le había confesado que la publicación de esos relatos era uno de los principales medios de vida del autor y de su familia, no aparecían allí suficientes pruebas de ello. Sarlo concluye que Sondereguer prefirió conservar aquellas intervenciones que mostraban su aspiración a otro tipo de consagración como escritor. El paso de Sondereguer por el ámbito de la cultura “alta” (llámese periodismo o ficciones) ha sido hoy olvidado, y de aquella actividad que le había dado popularidad (y sostén económico) prácticamente ya no quedaba nada que pudiera llegar a nosotros, incluso por voluntad del propio autor. Tal vez sea este, presume Sarlo, el destino de gran parte de la promoción de escritores que alcanzaron la gloria efímera con las publicaciones hebdomadarias. Sí. Y no tanto. Muchos de los autores de *LNS* son gente conocida, si bien no en la superficie de la literatura (un Arlt, por ejemplo), sí en la época y para los “estudiosos” del tema. Desconocidos en sentido absoluto, pocos.

Algunos autores son particularmente prolíficos durante el período que nos ocupa. Josué Quesada se lleva las palmas a la productividad, pues ha publicado en diez ocasiones con su nombre, otras dos más como Rolando Durandal y al menos una como Elsa Norton, solo en este período y en esta colección.⁷⁸ Marcelo Peyret y Juan José de Soiza Reilly comparten el segundo lugar: ambos con once publicaciones, salvo que el primero ostenta siete novelas publicadas con su nombre y otras cuatro con el seudónimo de López Andrade.⁷⁹ César Carrizo ha publicado en nueve ocasiones, y otra más bajo el seudónimo Hugo del Monte. Ocho novelas escribió Héctor Pedro Blomberg para la colección, y siete, Julián de Charras, Enrique Richard Lavalle, Pedro Sondereguer y Sara Montes. Lejos de Quesada,

⁷⁸Quesada tiene una muy larga trayectoria. Cuando Luis Alberto Romero examina el catálogo de editorial Tor, encuentra que al menos dos de los exitosos de *LNS*, Quesada y Sondereguer, aparecen allí con frecuencia. Señalaremos de paso dos prejuicios inexplicados en las apreciaciones de Romero que, además, son falsos: uno, que las publicaciones de Tor constituyen cierta continuidad de la colección que estamos analizando y, otro, que *LNS* estaba dirigida a un público femenino, habida cuenta de su temática. “Se trata en parte de la prolongación de la ‘novela semanal’; Sondereguer o Josué Quesada aparecen frecuentemente en el catálogo de Tor. Pero la diversificación de géneros indica que no se apunta ya, principalmente, a la mujer ávida de romance.” (Romero 1995: 52).

⁷⁹Marcelo Peyret y no Alejo, como confunde Sarlo: “En las listas de autores de las publicaciones estudiadas se mezclan escritores que pertenecen al registro de la literatura ‘alta’, con profesionales de estas ficciones. En este último grupo, pueden señalarse un conjunto de firmas de individuos relativamente exitosos, a juzgar por el número de reediciones de sus relatos. Los príncipes de esta cofradía son Josué Quesada, Alejo Peyret y el triunfal Hugo Wast.” (Sarlo 1985: 51).

Augusto Vaccari, con seis. En el terreno del ensayo, José Ingenieros, de quien nos ocuparemos más adelante, tiene cuatro publicaciones.

El impacto de estos autores no se reduce al mundo de los “cocheros” y las “verduleras”. En el campo literario de la década del 20 la enorme popularidad de los escritores de ficción de *LNS* provocó una conmoción. De hecho, Quesada, Blomberg, de Charras, Peyret, Soiza, Richard Lavalle, César Carrizo, Pilar de Lusarreta, Emilio Gouchón Cané, Héctor Olivera Lavié, Ernesto Barreda, Sara H. Montes (de Oca) y Carlos Muzio Sáenz Peña, entre otros, fueron objeto de la crítica en el Parnaso Satírico de *Martín Fierro*. Veremos estas lecturas en el capítulo sobre el “lector”.

Volviendo a los autores de *LNS*, Pierini distingue, en su rastreo y clasificación minuciosa, al menos cuatro generaciones. La primera, la del ochenta. Los editores recuperan textos (y los adaptan) de Estanislao Zeballos (el n° 68 es una versión de *Relmu, la reina de los pinares*, de 1888), Pedro Echagüe (*La Chapanay*, de 1884, n° 311), Pedro S. Lamas (*Silvia*, de 1884, tiene su adaptación en el n° 76), Alberto del Solar (el n° 97, *Lilian*) y Julio Llanos (a la sazón, segundo esposo de Emma de la Barra, (a) César Duayen, autor de un folletín escrito treinta y cinco años antes de su publicación, *El capitán Morillo*, n° 63). La segunda es la del 900, cuyo rasgo común es la tendencia modernista: Atilio Chiappori, Gómez Carrillo, Alejandro Sux, Enrique Larreta, Rubén Darío (h), Fernández Espiro, Arturo Giménez Pastor, Belisario Roldán, José Ingenieros, César Duayen y Otto M. Cione (estos últimos alineados en otra corriente estética). Los autores que se ubican en torno al Centenario, la tercera generación, son Hugo Wast, Horacio Quiroga, Manuel Gálvez, Enrique García Velloso, Juan José de Soiza Reilly, José de Maturana, Benito Lynch y Mario Bravo. De la promoción de *LNS*, nacida alrededor de 1890, la cuarta, ya han iniciado su carrera literaria antes de publicar en esta colección Julián de Charras, César Carrizo, Bernardo González Arrili, Carlos Muzio Sáenz Peña y Héctor Blomberg.⁸⁰

Muchos de los autores ya escriben para otras publicaciones: *La Nación*, *La Razón*, *Crítica*, *Caras y Caretas*, *Ideas y Figuras*, *PBT*, *Revista Popular*, *El Hogar*, *Plus Ultra*, cuando comienzan a publicar en *LNS*: “Soiza Reilly, Josué Quesada, Ernesto Barreda, Sara Montes, Héctor Olivera Lavié, Héctor P. Blomberg, Arturo Cancela, Pilar de Lusarreta”. (Pierini 2004: 97) Otros eran conocidos del público por su labor teatral, como Duhau, Cione, Roldán, Saldías o García Velloso, quien llegó a estrenar al menos 140 obras.⁸¹

Estas eran las ocupaciones anteriores ligadas a la producción intelectual de algunos de los nuevos de la promoción. Después, tomarán otros rumbos mediáticos, como Muzio Sáenz Peña, que será director de *El Mundo* o Soiza comentarista en la radio. (Pierini 2004)

⁸⁰Blomberg era periodista de amplia trayectoria, que había formado parte de las redacciones de *Papel y Tinta*, *Vida Moderna*, *Caras y Caretas*, *El Hogar*, *Fray Mocho* y *La Argentina*. Más tarde ingresó a *La Razón*, donde permaneció varios años, hasta que pasó a formar parte de *La Nación* y fue redactor fundador de *El Telégrafo*.

⁸¹“Son muchos los que se acercan al centenar de obras estrenadas (García Velloso estrenó 140, Alberto Vacarezza 120, González Castillo aproximadamente 90, Carlos Mauricio Pacheco, más de 70, etc.)”. (Mazziotti en Armus 1990: 73).

Salta a la vista que una parte importante del corpus está conformada por autores que, incluso desde la perspectiva del lector actual, son considerados como parte del canon de la “cultura alta”: Horacio Quiroga, Belisario Roldán, Manuel Gálvez, Benito Lynch, José Ingenieros. Nada más alejado, entonces, del prejuicio que entiende *LNS* como una publicación de sistemática baja calidad (estética). Otros autores, aun cuando no han sido considerados parte de la literatura consagrada, han logrado una popularidad sin precedentes en la época. Nos referimos a aquellos que han publicado con mayor regularidad en la colección. Prueba de ello es no solamente la cantidad de publicaciones y reediciones de sus obras, sino también la preocupación y el interés con que eran seguidos sus textos por parte del mundo intelectual de la época. Incluso uno de sus colaboradores más populares, Juan José de Soiza Reilly, ha recibido, a despecho del olvido en que fue sepultado durante años, una reivindicación y reubicación en el canon por la vía de la “paternidad literaria” de Roberto Arlt.⁸² Muchos de ellos formaron parte de la bohemia porteña y se reunían asiduamente en el *Café de los Inmortales* (Bernardo González Arrili, José González Castillo, Soiza Reilly, José de Maturana, Héctor Pedro Blomberg, Emilio Lascano Tegui), la peña de la revista *Caras y Caretas* (Soiza Reilly, Otto Miguel Cione, Arturo Giménez Pastor, Horacio Quiroga) o en el bar *La Helvética* (Enrique Méndez Calzada, José Ingenieros, Pedro Angelici, Enrique González Tuñón, Héctor Blomberg, Eduardo Mallea, Álvaro Melián Lafinur, Pedro Raggio).

Los nombres y los seudo nombres

Una de las cuestiones que complican la investigación es el profuso empleo de seudónimos.⁸³ Ya hemos mencionado el caso de Josué Quesada, que publicó con, entre otros, el seudónimo de Rolando Durandal⁸⁴ y Elsa Norton. Este último es un seudónimo complejo: apropiado por Quesada en “El escándalo de la Avenida Alvear”, también había sido usado con anterioridad por Enrique García Velloso.⁸⁵ Velloso reconoce, en 1927, en ocasión de la publicación de *La jugadora de póker*, que “Un casamiento de conveniencia” ya había sido publicado en *LNS* con el seudónimo de Elsa Norton bajo el nombre “Un casamiento en el gran mundo”.⁸⁶ Aclara también que ninguno de los otros textos de Elsa Norton son de su autoría. Para conocer los detalles del singular caso de A. (Adolfo) López Andrade⁸⁷,

⁸²Josefina Ludmer ha señalado muy puntillosamente las coincidencias entre el autor de *Los siete locos* y el de *El alma de los perros*, en *El cuerpo del delito. Un manual*. No terminó allí el rescate. Con algunas intervenciones bastante superficiales (como la de la efímera revista *Tres Galgos*), llegamos hasta el más reciente, la introducción a *La ciudad de los locos*, escrita por María Gabriela Mizraje. Véase Mizraje, María Gabriela: “Perdularios, perdidos y emprendedores (Los irrecuperables de Soiza Reilly)”, introducción a Soiza Reilly, Juan José: *La ciudad de los locos*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2007.

⁸³Hemos trabajado para este apartado con el libro ya mencionado de Margarita Pierini y con Tesler, Mario: *Diccionario argentino de seudónimos*, Galerna, Buenos Aires, 1991.

⁸⁴Véanse los siguientes ejemplos: n° 151, “Mi crimen”; n° 190, “El robo del collar de perlas”; n° 273, “El dolor de amar”.

⁸⁵Véase el n° 178. En 1923 ese relato se publica junto con otros del autor en el volumen *Las atormentadas*.

⁸⁶Véase el n° 15.

⁸⁷Cuatro obras entre 1917 y 1922: n° 163, “Mariposa de luz”; n° 211, “Fuego fatuo”; n° 238, “Una más”; n° 257, “La muerte de Olmedo”. A partir de 1923, y hasta 1926 (publicación póstuma) las publicaciones de López Andrade no son dos más, sino

remitimos a la obra de Margarita Pierini quien lo desarrolla en todos sus pormenores. (Pierini 2004: 105-6)

Otros seudónimos corresponden a escritores conocidos, como César Carrizo (Hugo del Monte)⁸⁸ y Emma de la Barra (César Duayen). Emma de la Barra había publicado en 1905 su novela *Stella* con nombre de varón, texto que inmediatamente se convirtió en *best seller*, pues “la primera edición de mil ejemplares se agotó en tres días y, en los dos meses siguientes, los nueve mil ejemplares de las nueve ediciones que le sucedieron.” (Labeur en Pierini 2004: 113) En medio de la crisis de la Semana Trágica, el 15 de enero sale a la calle la reedición de *Stella*, en dos partes (nº 61 de la colección). Mientras el caso de Hugo del Monte responde más o menos a los casos anteriores (Peyret, Quesada, etc.), el de César Duayen se asemeja más al de Hugo Wast. Gustavo Martínez Zuviría, de quien se publican dos textos en *LNS*, sostiene un seudónimo durante toda su vida. Se trata de una verdadera identidad literaria y no de una táctica editorial de ocasión.⁸⁹ Alejandro Sux, el periodista y poeta anarquista Alejandro J. Maudet, es el caso muy común del uso de seudónimos como consecuencia de posiciones políticas.⁹⁰ Un paso más adelante lo da el Vizconde de Lascano Tegui que, por supuesto, no era noble.⁹¹ Ya no se trata de una personalidad literaria, sino de una identidad completa construida para la vida real.⁹² Como si fuera poco, Lascano Tegui habría de darnos otra sorpresa: él es Rubén Darío (h) y con este seudónimo publica “El sapo de oro” y “Como el pavo real”.⁹³

Hay seudónimos ocasionales, como el de Miguel Roquendo, seudónimo del periodista español Miguel Roca⁹⁴ y Leonor del R. de Orlandiz, de Olga Wirtz. Lo importante aquí es revelar qué esconde esta multiplicación aparentemente innecesaria de las identidades. Varias razones se encolumnan. En una punta, la necesidad de esconder el nombre ante lo que se considera un trabajo menor y hasta vergonzoso. Ya hemos hablado del caso de Sonderegger. Para muestra, si se quiere, basta otro botón. Los biógrafos de Benito Lynch detallan una serie de publicaciones periódicas en las cuales aparecieron sus textos: en los diarios *El Día* de La Plata y *La Nación* de Buenos Aires, en las revistas *Caras y Caretas*, *Plus Ultra*, *Mundo Argentino*, *El Hogar* y *Leoplán*, todas de Buenos Aires, pero no hay mención alguna de *LNS* ni *LND*. En la otra, una indudable vocación por el juego literario, un espíritu propio de la vanguardia artística al estilo de la “Clara Beter” de César Tiempo, perfectamente localizable en el/la “López Andrade” de Marcelo Peyret. O también, del “Mono Sabio” de Alfredo Palacios Mendoza, que

seis más: nº 287, “Vértigo”; nº 313, “Hasta el confín”; nº 333, “Ave de paso”; nº 355, “Herida antigua”; nº 425, “La tragedia de Manuel Cruz”; nº 441, “La estrella del destino”.

⁸⁸Hugo del Monte, seudónimo de César Carrizo, tiene una publicación en nuestro período y tres más con posterioridad: el nº 48, “Caballero andante”, un homenaje a Fernández Espiro; el nº 352, “Amor, padre nuestro”; el 363, “Hace falta una madre”; y el 375, “La noche del sábado”.

⁸⁹Véanse el nº 2, “La huelga” y el nº 38, “La casa de los cuervos”, una adaptación de su propia novela en tres partes.

⁹⁰Alejandro Sux, prolífico intelectual, publica en *LNS* el nº 8, “El cofre de ébano”.

⁹¹En la publicación de *LNS*, aparece como Lazcano.

⁹²Del “Visconde” tenemos “Al fragor de la revolución”, el nº 230.

⁹³Véanse los números 74 y 125.

⁹⁴Roca ya era famoso en nuestro país por su producción teatral, con obras ligadas a la “cuestión social”, como *Los saguaypés* (1912) y *Guerra sin sangre* (1915), cuyo tema era la Guerra Mundial. De su autoría hay dos números: el 17, “Bobó”, y el 37, “El hombre de la barba en punta”.

acompañaba su nombre real entre paréntesis al lado de su seudónimo. En el medio, la necesidad económica: el escritor más o menos conocido, que busca darle a su apellido un “lustre” artístico, necesita plata y fama; la empresa editorial, que busca darle a su colección “aire” y “amplitud”.

Como veremos en el próximo capítulo, Ariel Bufano, según reseña la siempre erudita Margarita Pierini, se queja ante Elías Castelnuovo por la necesidad que lo empuja a publicar en este tipo de colecciones. Uno podría preguntarle por qué, entonces, no usa seudónimo. Es obvio que, para la empresa, un nombre joven y prometedor de poeta bien considerado, ayuda a “elevar” la apariencia de calidad de la publicación. Es obvio también que con eso se come y que la fama que provee ser leído por decenas de miles empujará las ventas de cualquier otro producto que el autor considere más digno, con ese nombre. Otra vez, como veremos, hay mucho de “pose” romántica entre quienes se quejan de la “vulgaridad” y la pobreza de la literatura para “cocheros y verduleras”. El movimiento inverso ayuda a entender, ahora, la situación contraria: un público que todas las semanas está leyendo dos o tres, si no más, de estos cuentos (y esa es una de las razones por las que las colecciones se “clonan” a sí mismas), seguramente propiciaría cierto grado de diversidad: no solo escritores que hablen de todo (terror, policial, ciencia ficción, romance, actualidad, historia, de la vida nacional, con escenarios exóticos), sino que expresen posiciones políticas variadas (desde el bolchevismo hasta la Liga Patriótica). Una empresa que siempre ofrece la misma mercancía, difícilmente pudiera responder adecuadamente a tal mercado. Aunque en el próximo capítulo veremos que no todo el mundo está dispuesto a leer cualquier cosa, es cierto que la diversidad juega aquí un papel, en particular, estimulando a las empresas a construir identidades falsas que permitan mostrar que se tiene una paleta amplia con la cual puede, el lector, pintar su propio cuadro. De parte de los escritores, sobre todo de los que viven de su pluma, el uso de seudónimos permite la misma maniobra: un nombre que está demasiado identificado con ciertas posiciones, no podría, sin arruinar esa posición conquistada, escribir historias con otro ángulo social o político. Al mismo tiempo, ello les permite tantear el mercado sin arriesgar. Que para muchos, como Josué Quesada, el seudónimo no era expresión de vergüenza alguna, lo demuestra el hecho de que luego, cuando compilan sus cuentos en alguna publicación de mayor alcance, no se olvidan de registrar, ahora sí, bajo su nombre real, lo que apareció bajo uno ficticio en alguna de estas colecciones.

Este asunto, entonces, nos ayuda a entender un poco más a la producción, como empresa, pero también como autor. Estamos hablando siempre de un fenómeno comercial, nunca hay que olvidarse de ello, que por eso mismo debe seguir lo más estrechamente posible a su mercado. Las empresas debían atender a un mercado; los autores debían atender a un mercado. De allí que un escritor de derecha, versátil y profesional, perfectamente podía escribir historias “de izquierda” (Josué Quesada viene siempre a la mente). Salvo los escritores aristócratas del siglo XIX, que mataban el aburrimiento escribiendo ficciones, los protagonistas del fenómeno que estudiamos viven de esto o aspiran a hacerlo. Honestamente, o por pura pose, podían denostar al nuevo campo abierto por este tipo de publicaciones, pero nadie quería perderselo, desde el que lo aprovechaba como buen profesional (Soiza Reilly) hasta el

que esperaba “pegarla” sin correrse demasiado de la “pose” artística (Horacio Quiroga). Esto fundamenta, una vez más, nuestra hipótesis de que la raíz del éxito de una colección dada, en este caso, de *LNS*, hay que buscarla en el estado de conciencia (social) de ese “mercado”.

La política

En efecto, como veremos en el capítulo siguiente, el estado de la lucha de clases explica, más que cualquier otra cosa, la suerte corrida por la colección que examinamos. Observemos primero el estado de conciencia de la producción. De nuevo, como en todo el rastreo de datos biográficos de estos autores, la política no podía ser diferente: los hay aquellos cuya militancia o recorrido ideológico es *vox populi* y, en el otro extremo, están los que no aparecen en ninguna entrada de enciclopedia, biblioteca o bibliografía. Entre los primeros encontramos a Ricardo Rojas, Belisario Roldán o Benito Lynch.

De Ricardo Rojas no hay mucho para decir que no haya sido dicho ya. Padre del *nacionalismo literario*, radical yrigoyenista, se encuentra en el centro de la corriente ideológica dominante en la época. Un poco más a la derecha y a la izquierda al mismo tiempo, la sinuosa trayectoria política de Belisario Roldán, desde el conservadorismo a un anarquismo aristocratizante, es bien conocida. Publicará en *LNS* algunos textos que tiñen de izquierdismo peligroso la colección, al menos desde la óptica de su rival, *LND*, de donde, sin embargo, no estará ausente. Perteneciente a otro circuito literario y, de alguna manera, un conservador políticamente exiliado, Benito Lynch publica en esta colección un único texto, “La evasión”, una historia con ambiente rural, como gran parte de su producción.⁹⁵ Indudablemente, su nombre contribuye a darle “jerarquía” a este tipo de publicaciones, por lo que toda colección estaría gustosa de tenerlo. Así, otra vez, también la rival de *LNS*, *La Novela del Día*, tiene su Lynch, *Raquela*, una historia de amor con final feliz en la cual no faltan los obstáculos, en este caso de clase (la protagonista, hija de estanciero, es consciente de que no puede enamorarse de un hombre que no sea como ella).

Hay varios otros autores no menos conocidos, incluso más. La trayectoria política de José Ingenieros (con sus cambios y transformaciones que desarrollaremos más adelante) estuvo siempre ligada al socialismo. Un socialismo no carente de toques aristocrático-nietzscheanos que termina decantándose por la Revolución Rusa. Desde ese mismo centro, pero hacia la derecha sin llegar al extremo, es decir, a Wast, vemos la trayectoria de Manuel Gálvez, que publicaba su *Nacha Regules* como folletín en *La Vanguardia*, con el asesoramiento de Carolina Muzzilli, al mismo tiempo que se reconocía abiertamente un escritor católico.

Las filiaciones ideológicas y/o políticas de los autores, cuyas vecindades pueden llegar a sorprender al comienzo del rastreo, van desde autores socialistas como Mario Bravo, hasta Hugo Wast, católico ultramontano, acusado de antisemitismo por el tenor de obras como *El Kahal-Oro* y *Myriam la*

⁹⁵*LNS*, nº 11, 28/1/1918.

conspiradora. Otros, como José de Maturana y Alejandro Sux provenían del anarquismo. Maturana, amigo de Alberto Ghirardo, uno de los íconos del parnaso libertario, era también poeta y dramaturgo, además de colaborador en *La Protesta*. Recibirá un homenaje póstumo en la colección, luego de su muerte prematura debido a la tuberculosis a los 33 años, con la publicación de “El caballo de Carcela”.⁹⁶ Con los anarquistas hay que tener un doble cuidado: por un lado, igual que en cualquier otro caso, el de anotar el momento específico de su evolución política; por otro, distinguir con cierto detalle la enorme cantidad de posiciones diversas que se ocultan tras el mismo rótulo de “anarquía”. Sux, como ya dijimos, fue, en 1907, el fundador y director de la revista *Germen* (revista mensual de sociología), mientras a comienzos de los 20 lo encontramos en un nacionalismo antimperalista que lo acerca a Manuel Ugarte, ícono posterior de la izquierda filo-peronista.

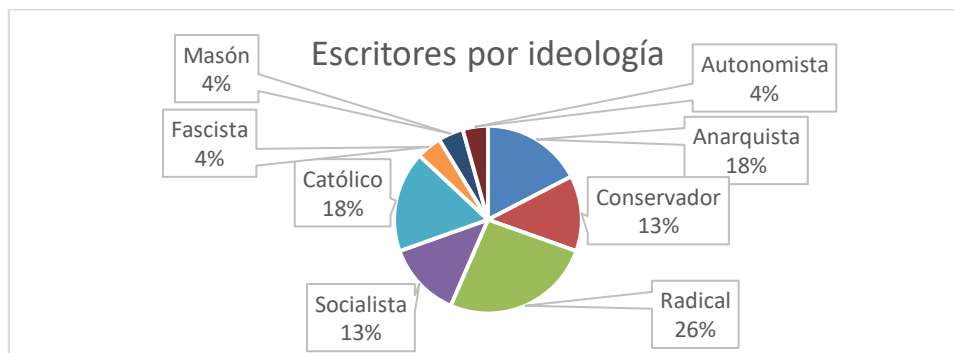
Es entonces importante ubicar políticamente a los autores *en el momento* en que escriben estas ficciones. Según Pierini, Enrique Richard Lavalle “será en los años 30 un fervoroso admirador del fascismo italiano”, al que considera un “maravilloso régimen”. (Pierini 1994: 62-3)⁹⁷ Probablemente, el de Richard Lavalle no sea el caso, pero no está de más recordar la asombrosa transformación de Leopoldo Lugones, que termina arribando al mismo punto habiendo partido de *La Montaña*. Un caso más controversial es el de muchos radicales que, más a la izquierda, al menos ideológicamente, antes de la Semana Trágica, se corren más a la derecha después, sin dejar de ser radicales. Parece ser el caso de Josué Quesada: secretario de Manuel Carlés, líder de la Liga Patriótica, durante las intervenciones radicales en las provincias de Salta y San Juan, escribirá en *LNS* textos muy disonantes con su supuesta moral conservadora (aunque no se privará de publicar otros más en consonancia con la ideología que Pierini le adjudica, en *LND* y hasta una apología de la represión en la Patagonia). No necesitó abrazar el fascismo para eso, le alcanzó con dejar jugar los componentes de esa ideología confusa que hemos llamado nietzscheanismo, que tanto da para radicalizaciones hacia uno u otro polo del espectro político.

LNS, por otra parte, está llena de autores de los cuales poco puede saberse políticamente hablando. Y en esto, como reza el presupuesto metodológico que hemos hecho nuestro, el número cuenta. Es decir, es importante cuantificar las posiciones políticas de los autores de *LNS*. Con los pocos datos existentes, hemos confeccionado los siguientes gráficos. En el primero tomamos la unidad “autor” y encontramos cinco radicales (Juan José de Soiza Reilly, Josué Quesada, Ricardo Rojas, Carlos Molina Massey, Emilio Gouchón Cané), tres socialistas (Mario Bravo, José Ingenieros, Julio Fingerit), cuatro anarquistas (José de Maturana, Alejandro Sux, Belisario Roldán, Héctor Pedro Blomberg), cuatro católicos (Julio Navarro Monzó, Hugo Wast, Manuel Gálvez y Sara Montes), tres conservadores (Benito Lynch, Enrique Larreta, Estanislao Zeballos), un fascista (Enrique Richard Lavalle), un masón (Marcelo

⁹⁶*LNS*, n° 29, 3/6/1918.

⁹⁷En las novelas semanales publica textos que se ubican en el período colonial, preferentemente en el siglo XVII, lo cual le hace pensar a Pierini que “aunque su visión de la colonia tiene un carácter más bien costumbrista, y no es abiertamente laudatoria, no parece ajena a su evolución política esta atracción hacia el pasado colonial, objeto de veneración entre los sectores más conservadores del período.”

Peyret) y un autonomista (Mariano de Vedia). Aquí nos encontramos con una configuración que podríamos definir como “ ecléctica”, pero si pensamos que entre radicales, socialistas y anarquistas sumamos un 57% de autores, y que entre los católicos tenemos al menos una figura ambigua y a mitad de camino del socialismo, Manuel Gálvez, está claro que dos tercios, al menos, de los escritores de *LNS* se encuentran claramente dentro del “campo popular”. A ese campo relativamente contestatario (al menos desde el punto de vista de un Luchía Puig) podemos sumar al masón Peyret, enfatizando el peso de este sector.



Si ahora cambiamos la unidad de medida, la de “autor”, por “cantidad de novelas por autor”, para reflejar el peso real de cada ideología en la publicación, el resultado es aún más concluyente: el campo “popular”/masónico alcanza el 74% del total, que subiría más si le sumamos al católico (pero progresista) Gálvez. Si intentamos ubicar ideológicamente a *LNS*, podríamos decir que, al contrario de *LND*, que prefiguraba de alguna manera el campo fascizante filo-peronista, la colección de Sans y del Castillo prefigura el de la alianza antifascista liberal democrática de los 30, una parte de la cual pertenece al radicalismo y se completa con socialistas y comunistas.



En suma, el campo de la producción de *LNS* se constituye a partir de la experiencia propia de la pequeña burguesía intelectual que, viviendo una etapa de intensos cambios económicos (pauperización y asalariamiento), políticos (democracia burguesa, proceso revolucionario mundial) y sociales

(integración a la producción intelectual y sindicalización), tiende a formar una alianza popular progresista, cuyo contenido ideológico se encuentra del centro a la izquierda del espectro político.

Capítulo 5

El lector

Hasta aquí hemos demostrado que el contexto económico, social y político difícilmente pueda ajustarse a la tesis de un lector conservador. También, que el campo de la producción de *LNS* distaba de ser conservador. Todo lo contrario, poseía los ingredientes propios de lo que puede denominarse, en sentido amplio, como “izquierda”. Es decir, cubre un espectro que va desde la crítica más o menos profunda de las relaciones sociales a la propuesta de cambios que usualmente puede encontrarse en aquello que llamamos reformista/progresista, pero con potencialidades mucho más revulsivas. Expresa, por lo tanto, un estado de ánimo coincidente con la crisis de conciencia propia de la época.

La objeción (completamente válida, por otra parte) que pueden hacer nuestros críticos es que el carácter de la época y la conciencia de la producción no permiten deducir una lectura necesariamente coherente con ambas. En este capítulo intentaremos demostrar que los lectores “populares” podían leer “correctamente” un corpus cuyo contenido político ellos mismos habían contribuido a crear.

1. Pobres brutos...

“Si bien el público lector de las novelas semanales constituye un fenómeno sumamente complejo de dilucidar –en su composición por edad, género, nivel social y cultural- es posible inferir que se trata mayoritariamente de personas de medianos o escasos recursos. En la época de publicación de estas colecciones, ese nivel socioeconómico va asociado a un bajo nivel cultural: lectores poco avezados, que tienen en su ‘biblioteca’ personal una serie de lecturas procedentes de periódicos, folletines, revistas ilustradas y, en los casos de militancia social y política, folletos de divulgación promovidos por las editoriales anarquistas y socialistas.” (Pierini 2004: 60)

Esta descripción empírica de la recepción por parte de Margarita Pierini resulta extraña viniendo de parte de quien más se ha esforzado por borrar el prejuicio miserabilista que pesa sobre *LNS*. Sin embargo, al igual que Sarlo y Luis Alberto Romero, infiere la recepción de la condición de clase de los lectores. En efecto, las principales funciones que Romero encuentra en las publicaciones que van entre los 20 y los 40 son las siguientes: a) formar hombres cultos, b) fomentar la preocupación por la sociedad y el hombre, c) entender y reformar, d) presentar temas e intereses nacionales, e) instruir y fomentar el cuidado en el ejercicio de la sexualidad y el cuerpo, f) entretener. Se trataría de fomentar una formación estética y pedagógica más bien superficial, con una pátina intelectual que incorporara de Freud a Sarmiento, junto a “Platón, Shakespeare o Einstein”. Romero se sorprende por la presencia de estos

autores (una presencia que desmiente su caracterización) porque tiene la misma interpretación de Sarlo: el lector popular debe ser necesariamente sencillo. Solamente agrega un elemento (más abiertamente político) que le sirve para reforzar su hipótesis del reformismo de la clase obrera argentina a partir de la Primera Guerra Mundial.

Esta postura miserabilista reaparece en los críticos de Sarlo, como ya vimos en Pierini, quien contrariamente a su posición general expresa este mismo criterio, a pesar de que la investigadora aporta pruebas que refuerzan la hipótesis de un lector *cultivado* en la literatura “alta”. También señala que ese público tiene experiencia lectora de los géneros canónicos del siglo XIX: “El género fantástico, lo mismo que el histórico, cuenta con una arraigada tradición desde fines del siglo XVIII, y los lectores están familiarizados con sus códigos: la irrupción de lo sobrenatural en lo cotidiano, la yuxtaposición y la contradicción de diversos verosímiles.” El policial, por otra parte, “se trata de una modalidad ya claramente conformada como género popular: los lectores conocen sus claves y por lo tanto las exigencias que pueden demandar de su lectura.” (Pierini 2004: 67) Algo similar sucede con el género de aventuras, el relato costumbrista y el género que nos ocupa fundamentalmente en este trabajo, el sentimental. La misma contradicción encontramos en Paula Labeur, que retoma la explicación de la competencia lectora de los géneros, entre otros el del policial. (Labeur en Pierini 2004: 122)

Cuando Pierini desarrolla el argumento del *editor como clave* para entender el éxito de la colección, indica, además del hecho de la existencia de autores nacionales y de la presencia de un público alfabetizado, que ese público letrado era algo más que eso. No era un público en potencia, era un público en acto; esos receptores no “estaban en condiciones de leer” solo periódicos o entretenimiento vacío (como puede entenderse a partir de las conclusiones de Sarlo, Prieto y Romero), sino que, efectivamente, leían. Es más, leían mucho (*lectura extensiva*) y estaban al tanto de los cánones literarios, al menos en cuanto a los géneros se refiere. Esto significa, además, que leían literatura considerada *alta* y no solamente variedades. Entonces, ¿leían bien o leían mal? Pierini vacila permanentemente sobre este punto, porque no puede separarse de las concepciones sarlo-romerianas.

En parte, estas vacilaciones se pueden fundamentar en la ambigüedad de lo que se busca. Después de todo, ¿qué es leer bien? ¿Realizar una exégesis académica, la hermenéutica de un texto, el análisis semiológico de un sistema textual o tener la experiencia de un mundo real, de una sociedad en la que uno está inserto y usar esos textos para entender y transformar el mundo, la sociedad? ¿Hacer una lectura política de un texto es peor que hacer una lectura académica desgajada de toda conciencia de lucha, de transformación, de clase? Un texto no dice lo que dice en abstracción de sus condiciones de producción y recepción, un texto no dice lo que dice si no es en una sociedad determinada, en una coyuntura política dada, con un estado de conciencia de la lucha determinado. Un analista sutil en términos literarios, pero completamente negado en cuestiones sociales y políticas, puede tener una lectura mucho más pobre, más superficial, de un texto que un *tosco* lector popular más avezado en las lides de la vida real. Veremos más adelante si estos lectores tenían o no un alto grado de conciencia política y de adquisición de las

herramientas de la cultura (literaria y política), aunque ya avanzamos en ello en el capítulo 2: estamos hablando de lectores de una sociedad movilizada políticamente. Es decir, no eran en absoluto ingenuos. Estamos hablando también de lectores “internacionales”, gente que viene de otros países, que porta culturas complejas con experiencias complejas.

Por otra parte, si bien muchos investigadores hablan del “lector popular”, no suelen caracterizar aquello que llaman “lector culto”, que aparece como especie de residuo negativo del primero. Finalmente, el “culto” resulta ser el crítico literario, porque se podría decir que es virtualmente imposible que algún lector, como no sea un especialista (a saber, un investigador académico o un escritor consagrado), esté (en ninguna época y lugar) en condiciones de realizar una *lectura crítica o intensiva*.⁹⁸

2. Las competencias lectoras

Tratemos de ver, ahora, qué capacidades de lectura tenían aquellos lectores, a partir del análisis de los mismos textos, de una deducción “interna” a los textos. Si bien no se puede deducir completamente la recepción pueden encontrarse indicios de lectura en las propias obras. En última instancia, esos textos se vendían y es difícil creer que algo que era comprado por centenares de miles no fuera comprendido políticamente por ninguno.

Indicios de lectura en las novelas

Un indicio de lectura inteligente se encuentra en el tipo de géneros que *LNS* ofrece a sus lectores. Los casos de la sátira y la parodia son claros en este aspecto. Según Hodgart, “el satírico se compromete con los problemas del mundo y espera que sus lectores hagan lo mismo.” (Hodgart 1969: 76) La vida social y política aparece criticada por medio de estrategias humorísticas: ironía, animalización, literalización de metáforas, metaforización degradante de personajes históricos y situaciones coyunturales. (Hodgart 1969: 77) Existe, por lo tanto, cierto grado de “sofisticación política (tanto el satírico como su público deben entender algo del proceso político)”. Aquí sostenemos que el enorme éxito de público de esta literatura no provino del hecho de ser la lectura adecuada para un lector infantil, sino porque constituyó un buen material para *pensar* los problemas sociales.

Una parodia es una versión de otro discurso, es una especie de transtextualidad, un diálogo entre dos discursos, uno primigenio y otro segundo que lo retoma y lo modifica. En nuestro caso, que analizaremos más abajo, se *dialoga* con el género policial. Además, en tanto establece una relación satírica con las ideas acerca de la revolución que circulaban en la época, como veremos, es paródico. Cuando aquellos lectores leían policiales, podemos “interrogarnos respecto del despliegue y circulación

⁹⁸Este es el punto de partida de las preocupaciones teóricas de Raymond Williams y también de Richard Hoggart cuando estudiaron los usos culturales de la clase obrera.

de los textos de Poe, Gaboriau y Conan Doyle en la Argentina, dado que casi sistemáticamente los narradores locales se refieren a ellos o a sus personajes con mucha fluidez, lo que implicaría la potencial existencia de un lector competente. En este punto, se debe recordar que *LNS* fue una publicación masiva de altísimo tiraje. Corresponde entonces preguntarse: ¿cómo se arribó a configurar esta competencia de lectura en un público masivo como el de esta publicación?” (Campodónico en Pierini 2004: 128-131) En nuestro corpus, el género policial implica una vuelta de tuerca que refleja una nueva complejidad de lectura: el lector no solo conoce el clásico, sino que participa de su relectura paródica.

El autor más identificado con la sátira en la época y en esta colección es Arturo Cancela. De los tres textos publicados en el corpus, el más conocido es, obviamente, “Una semana de holgorio”⁹⁹. Se trata de una historia muy visitada, por lo cual remitimos al lector a la bibliografía especializada.¹⁰⁰ Preferimos aquí hablar de un autor muy poco conocido, asiduo colaborador de todas las colecciones “semanales”, en particular, de *LNS*, Alfredo Palacios Mendoza o, como gusta firmar, Mono Sabio. Una de sus novelas, “El crimen de la calle Brasil”, publicada por una de las “colectoras” de *LNS*, *Los Contemporáneos*¹⁰¹ es un cuento policial en el cual el protagonista cree que se está urdiendo una conspiración cuyo objetivo es asesinar a Yrigoyen.¹⁰² Sin embargo, dado el carácter paródico y satírico del texto se concluirá que los rumores, las sospechas, las conspiraciones, los temores sociales eran infundados. El narrador al final del texto descubre/aprende que la neurosis social no tiene sentido, el peligro revolucionario no existe, los conjurados son dos personajes a quienes no les alcanza ni para comprarse un sándwich y, por supuesto, sería suficiente con que al poder metaforizado y degradado, puesto en jaque por los de abajo, le llegara su San Martín y pasáramos a ser gobernados por alguien capacitado para resolver dicho conflicto social. De este modo, la literatura se convierte, como en el texto que nos ocupa, en una construcción social, en la puesta en palabras de una ficción social paranoica, en la elaboración de un discurso que sirve para explicar el espíritu de una coyuntura histórica que aparece, a los ojos y oídos de la época, como un debate, una crisis ideológica y política.

Las lecturas atribuidas

⁹⁹Resulta sintomático que Bioy Casares lo recupere en su cuento “El nóumeno”. Si bien Cancela estaba ligado al diario La Nación, la referencia a ese cuento (cuyo origen es *LNS*) muestra la porosidad de ciertas “fronteras” como la que se traza en torno a la “literatura popular”. Estos datos también acuden a desbaratar el prejuicio de Sarlo/Romero.

¹⁰⁰Véase sobre todo Zubieta, Ana María: *Humor, nación y diferencias. Arturo Cancela y Leopoldo Marechal*, Beatriz Viterbo, Buenos Aires, 1995. También puede consultarse Di Mario, María Cecilia: *De crónicas y escrituras en la Semana Trágica*, Ediciones del CCC, Buenos Aires, 2008.

¹⁰¹Palacios Mendoza tiene otra novela policial en el corpus que examinamos (“El misterio de la calle Maipú”), pero la más interesante es esta, en tanto reúne *sátira y policial*. Las otras son “Destinos truncados”, *LNS*, n° 99; “Al atardecer”, *LNS*, n° 127; “El aroma del perdón”, *LNS*, n° 140; “En la paz del convento”, *LNS*, n° 175; “El camino de las ánimas”, *LNS*, n° 215; “El desnudo de Florida”, *LNS*, n° 227. El que no pertenezca al corpus que examinamos no tiene importancia aquí. Primero, porque no es una novela sentimental. Segundo, porque la colección que la editó, como ya vimos, no es diferente de *LNS*. Tercero, porque nos interesan las competencias lectoras del público, que en este caso era el mismo.

¹⁰²“Ir... i... Hipo... Argent... Brasil... es... noch...”, lee el protagonista en ese papel. Recordemos que hasta 1918 el presidente no había adoptado la “Y” en el apellido.

La variedad de lecturas que aparecen mencionadas en el corpus nos habla de confrontación y, por lo tanto, de crítica, es decir, características muy alejadas del lector complaciente e infantil que imaginan casi todos los autores que se ocuparon del tema. Un simple listado de los escritores mencionados en *LNS*, que de alguna manera da idea del universo mental del lector que los autores imaginan, es prueba de que estamos ante un personaje para nada simple. En efecto, en el corpus que examinamos aparecen nombrados Alejandro Dumas (h), Baudelaire, Balmes, Bécquer, Belda, Bernard Shaw, Bobadilla, Calixto Oyuela, Campoamor, Cyrano, Dante, D'Annunzio, Darío, Darwin, Juan Carlos Dávalos, Epicuro, González Castillo, Goethe, Heine, Homero, Ibsen, Ingenieros, Kant, Kierkegard, Lope de Vega, Lugones, Maeterlinck, Mallarmé, Maquiavelo, Martiniano Leguizamón, Marx, Mérimée, Michelet, de Musset, Nervo, Nietzsche, Novalis, Ohnet, Pascal, Payró, Platón, Poe, Salvador Rueda, Shakespeare, Schopenhauer, Soussens, Stendhal, Stuart Mill, Tasso, Tolstoi, Trigo, Vargas Vila, Verlaine, Victor Hugo y Villiers de L'Isle-Adam, Oscar Wilde, entre otros. No faltan menciones recurrentes a *Madame Bovary*, *Don Juan*, *Don Quijote* y *D'Artagnan*. Esta variedad y amplitud puede tomarse como síntoma de una pretensión de cultura que no se tiene, pero, también puede resultar prueba de lo contrario: que el lector del que hablamos tiene una cultura mucho más rica y compleja de lo que se está dispuesto a reconocer¹⁰³.

Las lecturas científicas y políticas

Curiosamente, una de las más consecuentes defensoras del “lector infantil”, Beatriz Sarlo, es también la autora de uno de los libros más interesantes a la hora de vincular literatura con otras actividades que “producen” literatura. En efecto, en *La imaginación técnica* repasa el vínculo entre autores como Roberto Arlt y Horacio Quiroga con la cultura técnica de la “modernidad” de los 20. (Sarlo 1992) Sarlo relatará puntillosamente el desarrollo de la difusión científica y técnica a través de una prensa destinada al efecto, contará historias de inventores locales, explicará las razones de la expansión de la medicina “milagrosa”, pero olvidará que todo esto crea, finalmente, un lector popular. Y que ese lector, que es el mismo de *LNS*, no puede ser considerado infantil a la hora de leer ficciones no “científicas”. Podríamos hablar de “*Homúnculus*”, de Pedro Angelici, por dar un ejemplo, simplemente porque el lector de nuestro corpus no solo conoce este tipo de textos, sino que dispone de varios en la colección.

LNS incluye en su colección muchos ejemplos de novelas “políticas”, en las que la crítica a la coyuntura nacional es el tema privilegiado. Se trata de algo comprensible, en tanto este período de crisis política en Argentina, marcado por episodios puntuales como la Semana Trágica, está en consonancia con el clima ideológico mundial, no solamente por los efectos internacionales de la Revolución Rusa,

¹⁰³En la misma época, una colección como *Los Pensadores*, de Claridad, difunde versiones traducidas de los clásicos, mientras Leónidas Barletta pone en escena, en el Teatro del Pueblo, obras de Shakespeare, Molière, etc.

sino por la crisis de conciencia de la burguesía europea que tiene su inicio alrededor de 1871, con la experiencia de la Comuna de París. Este episodio produjo en la burguesía la conciencia de la necesidad de democratización de la política. La preocupación por la transparencia del sistema político implicó un interés por la moralidad pública y por clarificar las conexiones y los intereses que mueven a la clase dominante, pero, en particular, a los dirigentes que la representan, a negar toda posibilidad de manejo tras bambalinas. El poder debe aparecer como público y ante los ojos de los ciudadanos, aunque siga manejándose en los palacetes (de la Avenida Alvear), durante las fiestas privadas (con o sin alcaloides) o las partidas de caza y otras actividades que realizan los políticos... En Europa, la preocupación por este manejo hipócrita del poder no es demasiado diferente a la que nos ocupa en Argentina y podría, perfectamente, extraerse de alguna novela semanal. Como el epigrama de Hilaire Belloc mencionado por Hobsbawm (1989: 89) y que pone sobre la mesa la hipocresía sobre la que se asienta la democracia burguesa: “Se eclipsó el malhadado poder que descansa en el privilegio y que está asociado con las mujeres, el champaña y el bridge y reanudó su reinado la democracia, que está asociada con el bridge, las mujeres y el champaña.” La corrupción producto de la “relación de dependencia” entre la burguesía y sus representantes políticos es, por lo tanto, un problema también en Europa. Hobsbawm, de las varias teorías del Estado que, como marxista, tiene a mano, parece elegir aquella conocida como instrumental. En dicha teoría, el Estado aparece como un simple instrumento en manos de la clase dominante. Una mirada más estructuralista vería en dicha relación un vínculo a la vez más difuso y potente.¹⁰⁴ Más difuso porque no implica necesariamente relaciones estrechas, casi familiares, de negocios inmediatos, entre las empresas y los funcionarios estatales. Más potente, porque no requiere de dicha cercanía para presionar adecuadamente a los funcionarios en el sentido en que la clase dominante quiere: hay una determinación general. En la variante instrumental, la corrupción es una necesidad permanente. En la estructuralista, la corrupción no es necesaria: un buen funcionario no necesita ser corrupto para realizar los intereses de la burguesía. La corrupción no es la forma en la cual la burguesía somete al Estado, sino aquella en la cual este o aquel burgués someten a tal o cual funcionario a sus intereses. La corrupción aparece, entonces, como la ruptura del pacto de caballeros entre burgueses y del pacto de prescindencia entre burguesía y trabajadores. No es necesaria para la dominación general de la burguesía, pero sí para la competencia entre burgueses y el ejercicio pleno de la explotación. Es, también, la forma en la que el personal estatal gana cierta autonomía dentro de esa determinación general. (Sartelli 2014) Sucede que, a partir de ese momento, la corrupción se convirtió en objeto de debate público. Es lógico, entonces, que la *novela semanal* se transformara en un escenario de privilegio en un momento en el que, en Argentina, se llevaban adelante las mismas transformaciones sociales y políticas que en Europa un par de décadas antes.

¹⁰⁴Por la mirada “instrumentalista”, Milliband, Ralph: *El Estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1991. Por la estructuralista, Poulantzas, Nicos: *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1992.

En efecto, la Ley Sáenz Peña había venido a subsanar todo aquello que se veía de reprochable en el “régimen oligárquico”, para instalar en su lugar a un gobierno que, mientras decía representar la “Constitución” y la “pureza” del sufragio, elaboró rápidamente una maquinaria política virtualmente indestructible y que tenía por práctica un clientelismo y una corruptela permanentes, necesarias, sin embargo, para reconstruir socialmente el Estado y afrontar la crisis de hegemonía. (Sartelli 1996) El Payró de *Pago Chico* bien podría haber escrito el epigrama que menciona Hobsbawn. La forma más avanzada de crítica que se presenta en estos textos es la que muestra al sistema mismo como corrupto y a la corrupción como inherente a la democracia *burguesa*. Una forma primigenia, popular y literaria del más reciente “Que se vayan todos”. Veamos algunos ejemplos que demuestran la necesaria competencia ideológica de los lectores.

“Carne triunfal”¹⁰⁵, de Amado Villar, cuenta la historia de Sara Pardo y su esposo Alfredo. él emprende carrera política, ella le es infiel y el amante de la mujer es el mentor del esposo. Ni siquiera esta infidelidad fue suficiente para Sara, quien llegó a ser amante de su propio suegro, con quien tuvo una hija. El esposo intentó suicidarse, pero no lo logró. Quedó postrado e imposibilitado de comunicarse. Luego de la muerte del suegro, Sara se fue de viaje a Europa con su amante y dejó al cuidado de su suegra a la niña.

“Un gobernador”¹⁰⁶, de Mariano de Vedia, también pone en cuestión la política y los políticos. David era un muchacho estudioso e inteligente, enamorado de Cruz Larquiá. La muchacha tenía dos hermanos, Eusebio y Arturo, ambos muy poco dispuestos al estudio, de modo que David se transformaría en la promesa de su familia política y hombre de confianza de don Pascual, el patriarca. Manejando todos los intereses y negocios de la familia de su mujer, se convirtió sucesivamente en diputado, ministro y gobernador, como simple extensión de los intereses del clan. Hasta aquí llegaría la parte ascendente de la parábola de su vida. Finalmente, David se involucró en una estafa al erario público (había especulado en la Bolsa y había perdido todo lo que tenía) y, cuando todo se descubrió, confesó y se suicidó. La carta en la que justificaba su decisión no se hizo pública y lo enterraron con gran pompa como un gran hombre, con duelo oficial: “Fue la última mentira, acaso la más necesaria y piadosa para epilogar una vida así...” La política resulta un ejercicio de hipocresía.

Ya nos referimos en el capítulo anterior a la función de los “festivales de caridad” en “El escándalo de la Avenida Alvear”¹⁰⁷, veremos ahora la cuestión política más general: el *pater familias*, Juan Andrés, se dedica a la política y será candidato a vicepresidente. Su hija Mercedes, casada con Alberto Montoya quiere separarse, pues él le pega y ella tiene un amante. Sin embargo, sus padres se oponen tajantemente a la separación por razones de índole política y social: ambos consuegros compartían fórmula presidencial. El joven matrimonio se instala en el palacete de los Amenábar y

¹⁰⁵LNS, n° 82.

¹⁰⁶LNS, n° 132.

¹⁰⁷LNS, n° 178.

Alberto se convierte en “un parásito más, adherido al bienestar sin zozobras de la familia” de su mujer. Mientras en la mansión se realizan “fiestas negras”, Amenábar sigue absorbido por la campaña política. En una de esas juergas, cuando Mercedes descubre a su marido con una tonadillera, le dispara y la mata. A solo ocho días de las elecciones, el episodio provoca la ruina política tanto de Amenábar como de Montoya. Tiempo después, María Cristina muere por causa de una sobredosis de morfina.

En las novelas que hemos visto queda claro que el tema no son los sentimientos, sino la sociedad y la forma en que esa sociedad es manejada: la política. Si bien las pasiones asoman en todas ellas, más o menos explícitamente, no constituyen su tema. Por el contrario, pueden ser explicadas como una interpretación de la crisis política producto de la agudización de la lucha de clases y de la “democratización” de la política burguesa.

En “Carne triunfal”, Alfredo se dedica a la política para sostener la vida de lujos que pretende su esposa. El ingenuo, el Charles Bovary que se mezcla en los negocios turbios de la política, recibe como castigo la infidelidad. De Carlos Salterán a Ramón Leiva, en una gradación perversa que va del caso más común del amigo íntimo al más bizarro del suegro, los representantes de la burguesía son amantes de las mujeres de sus protegidos políticos.

En tanto, “Un gobernador” señala la siguiente tesis: el sistema de la democracia burguesa no se arregla con hombres nuevos, porque están inmersos en una serie de costumbres y condiciones que presionan a cualquier *outsider*. También es una crítica a los arribistas, un modo de mostrar que los hombres con condiciones no deben dejarse tentar por la política. Es un mundo cargado de *snobismo* que los juzgará por su origen y no por sus capacidades y los presionará para cometer los mismos delitos que comete (o cometería) cualquier otro en ese lugar de poder. La novela también critica a los hijos de la burguesía (los hermanos de Cruz) como incapaces para toda tarea intelectual o administrativa, de allí que el padre de la chica haya decidido dejar todos sus asuntos en manos de su yerno David. El cierre de la novela marca que la hipocresía en el terreno de la política es una necesidad, pero también que David no merece que se lo ensucie más aún. David no era ambicioso, por eso, ya tenía bastante con haberse mezclado con esa mentira y no haber salido airoso de la aventura, a pesar de su talento y su sentido común.

Por último, “El escándalo de la Avenida Alvear” es el texto que critica más ampliamente el sistema democrático burgués. Tanto los aristócratas de la política, aquellos que hacen política familiar (la herencia del roquismo), cuyas costumbres son corruptas y relajada su vida moral, como los nuevos políticos, los que hablan de la corrupción moral de los otros, que ostentan rasgos de *snobismo* y exhibición, caen bajo la lupa censora del narrador de esta historia. Las masas son fácilmente engañadas, pues se conforman con la demagogia discursiva. La vida privada se hace pública porque es un arma para derrotar al opositor; la moral es un problema político y la bandera de lo nuevo. Novedad que no lleva adelante ningún acto de gobierno como no sea criticar al gobierno anterior. Y el pueblo cree que es mejor, y vota... El autor, que no es otro que Josué Quesada, toma conveniente distancia de todas las

fracciones burguesas, sin constituir una crítica de clase. Es, más bien, un ejemplo de esa moral “nietzscheana” de la que hablamos en el capítulo dos.

Las novelas del corpus de la narrativa de circulación periódica permiten una reflexión compleja sobre el problema del poder social y la naturaleza del Estado: ¿la corrupción es accesoria o necesaria?; ¿se resuelve con el simple cambio del personal político o, por el contrario, es sistémica?; ¿cambia algo cuando cambia el método de selección del personal político o todo se mantiene más o menos igual? No son novelas sentimentales sino sociales. Allí donde se habla de amor y pasiones, se discute y se disputa, en realidad, la resolución de la crisis social. Las novelas que tomamos como ejemplo en este texto son extremadamente políticas, pues presentan casos en los cuales las pasiones y los sentimientos funcionan más bien como explicación o motor para la acción política.

La literatura popular del período critica a la clase dominante y a los dirigentes burgueses, ya sean de origen aristocrático o plebeyo. Intenta explicar por qué son corruptos los políticos y encuentra, al menos, dos explicaciones: una, que las pasiones y los deseos individuales están antes que los colectivos y, otra, que no es posible la renovación del sistema de la democracia burguesa por la vía del cambio de nombres. En el primer caso, la corrupción de las costumbres, la decadencia moral de los dirigentes en tanto individuos, explicaría la corrupción del sistema. También, la alta sociedad, el gran mundo es escenario no solo de las prácticas más decadentes en términos morales, sino que, además, sus miembros son absolutamente ineptos. En el segundo, la crítica es más amplia y, por su misma amplitud, posibilitaría tanto una salida revolucionaria, como una fascista.¹⁰⁸ En esta segunda interpretación, todos los políticos son iguales porque se ven forzados a terminar actuando como el sistema se lo exige. Se acusa, en general, a la democracia burguesa de ser una payasada, la política es completamente hipócrita y, como el gran mundo se maneja con esos códigos hipócritas, sus dirigentes se ven obligados a actuar de ese modo. Los políticos son arribistas cínicos o ingenuos en manos de una clase decadente, surjan de conciliábulos nocturnos o del voto popular. En el contexto nacional, tensionado entre la Ley de Residencia en sus inicios (1902) y la Ley Sáenz Peña (1912) como formas de reconocer los peligros provenientes de la clase obrera, estas novelas no se recuestan en el lado complaciente y consolatorio, sino en el costado crítico de la vida política.

A mí me pasa lo mismo que a usted

Una de las claves de la popularidad de *LNS* es que lo que pasa en sus páginas pasa en la vida real. Los “nuevos” escritores tienen mucho en común con el público: le dicen lo que el receptor siente, experimenta. Por eso los leen. Sufrimiento y dolores de la clase obrera, no de los escritores dandys, de

¹⁰⁸En efecto, esta crítica a la democracia burguesa puede ser leída como la necesidad de establecer una democracia real, es decir, social, o como una excusa para abolir toda forma de democracia. El golpe de Uriburu en 1930 es el ejemplo más claro de salida a la crisis por la segunda vía. Su carácter efímero y limitado se explica, probablemente, por lo efímero y limitado de la primera forma, que se insinuó (y fracasó) durante la Semana Trágica.

clase, de la generación del 80 o del decadentismo del 900. La cuestión de la popularidad y el éxito dependen de esa sintonía que establecen con el estado de conciencia política de la clase obrera y la pequeña burguesía. Escuchemos, por ejemplo, a Domingo Varone, militante anarquista que deviene comunista:

“En el establecimiento fideero de Gerino Hermanos, en Alberti y Brasil, encontré ocupación y la posibilidad de aprender un oficio, recomendado por un tío. [...] pasé a trabajar en la fábrica textil de la misma firma [...]. El señor José Gerino, el principal de la firma, recorría el establecimiento observando el trabajo de los obreros. Entre las chicas de mi sección había una muy linda. Don José pretendió seducirla luego de haberla ascendido a capataza, pero ella lo rechazó con mucha dignidad. Al día siguiente nos contó lo que había ocurrido, y los cinco muchachos nos pusimos inmediatamente de su lado. [...] Los pibes nos pusimos de acuerdo para ir a la oficina de los patrones, en el mismo edificio, a reclamar un aumento salarial. La respuesta fue negativa, y ahí nomás abandonamos la fábrica luego de cobrar los poquitos pesos de la quincena. Nos fuimos contentos, orgullosos por el acto que habíamos realizado.” (Varone 1989: 22)

Esta historia, perfectamente narrable como “novela semanal”, muestra el vínculo del que hablamos. Una estructura parecida se puede ver en muchos textos. Recordemos “Un hombre desnudo”, de Juan José de Soiza Reilly, que, como dijimos, narra la historia de una muchacha, María Rosa, hija de un empleado, el Sr. Barrili, y de un burgués sinvergüenza, Julio Velloso. A Velloso, “nada lo conmovía.¹⁰⁹ Se le conocía por el apodo de ‘El hombre de palo’.” No tenía amigos íntimos, era solterón, vivía en su palacete de la Avenida Alvear y era dueño de “grandes estancias y de un enorme ingenio de caña de azúcar en Salta y de otro en Jujuy.” Todas las mañanas iba a misa y daba limosna, pero los indios que trabajaban en sus ingenios recibían vales para adquirir mercadería en los comercios de los cuales también era dueño. Velloso se aprovechó de la miseria de Barrili padre para contratar como secretaria privada a su hija, a quien acosó sistemáticamente bajo la amenaza de despedir a su progenitor, hasta que la muchacha se vio obligada a ceder. María Rosa terminaría suicidándose y luego, su padre haría justicia por mano propia en el marco de una huelga de los conventillos de Velloso.

3. Algunos lectores profesionales

Al margen de la lectura actual de los especialistas, hay lecturas contemporáneas que vale la pena repasar antes de acercarnos al lector real. Tomaremos como ejemplo dos extremos de la “crítica” literaria de la época. Una lectura de *LNS* proviene de la élite del mundo literario, algunos de cuyos miembros han publicado allí. Ya Pierini examinó la encuesta de *La Razón* sobre la colección que estamos analizando. Una fuente adicional la provee la revista ícono del vanguardismo burgués de la época, *Martín Fierro*. Allí encontramos recurrentemente alusiones despectivo-jocosas a los autores de nuestro

¹⁰⁹*LNS*, n° 162.

corpus. En una sección particularmente ácida, el “Cementerio”, circulan bajo las horcas caudinas de los editores desde Manuel Gálvez¹¹⁰ hasta Juan José de Soiza Reilly.

La lápida de Soiza es particularmente soez: “Soiza Reilly su diarrea / Literaria terminó. / Esta su lápida sea: / L.P.Q.L.P.”¹¹¹

Evidentemente, el tema de la cantidad sobre la calidad es un organizador conceptual importante de la crítica. Véase la de Josué Quesada primero: “Esta lápida pesada / Cubre un esqueleto horrendo: / Aún no descansa Quesada: / De muerto sigue... escribiendo.”¹¹² Y sobre Soiza, de nuevo: “Aquí está Soiza el-sin-lustre / Con la muerte en interviú. / ¡Ojalá que ella le frustre / La vuelta, como a Mambrú!”¹¹³

Cualitativamente hablando, de la literatura semanal no puede rescatarse nada. El castigo llega hasta a los colaboradores de *La Nación*: “De él no queda ni un fragmento / Y aquí se enciende una vela / A aquel que en el Suplemento / Se llamó Arturo Cancela.”¹¹⁴ Y en otro ejemplar: “Cancela publicó ya / Otra preciosa novela. / El mundo no olvidará / Nunca ‘El burro...’ de Cancela”¹¹⁵

Los epitafios se repiten, dedicados a Julio Fingerit, Roberto Mariani, González Arrilli, Chiappori, y otros tantos, aunque claramente se ensañan con Cancela, Soiza Reilly y Gálvez. Es obvio que esta “lectura” es la de un no-lector. *LNS* es soez, vulgar, aburrida, redundante. No hay aquí ninguna lectura política, sino una puramente estética. Obviamente, negativa.

Veamos, para terminar esta parte, cómo se leían a sí mismos los autores de *LNS*. Vamos a examinar, una vez más, puesto que ya lo han hecho Sarlo y Pierini, la, a esta altura famosa, “encuesta” de *La Razón*. Entre los “lectores” hay un género particular, el de los propios escritores, críticos de la literatura y pedagogos. La encuesta se concentra en ellos, con un juicio dispar. El punto de partida ya prefigura lo que se pregunta, con un juicio de valor explícito: “Nueva encuesta sobre la mala literatura”. Tampoco es un secreto que por ello deba entenderse *LNS*, aunque nunca se la menciona explícitamente. Ya un año antes de la requisitoria, *La Razón* había dado cuenta de su propia apreciación en una consulta a librerías acerca de “Lo que se lee en Buenos Aires”. Cerrando su crónica, pregunta a un quiosquero de Avenida de Mayo:

“¿Lo que más se vende? [...] La hora de los libros es la tarde y lo que más compra la gente es lo que no pasa de 20 o 30 centavos. ‘La novela de hoy’, ‘La novela semanal’, ‘La novela de amor’, que están tan bien presentaditas... se buscan como el pan. El teatro ‘anda’ mucho, sí, pero no puede luchar con la novela, ni con estas colecciones de páginas trucas de los ‘grandes pensadores’ o de los ‘intelectuales célebres’ hechas a la sombra de la irresponsabilidad y al margen de la ley de propiedad literaria.”¹¹⁶

¹¹⁰“Aquí yace Manuel Gálvez, / Novelista conocido; / Si hasta hoy no lo has leído, / Que en el futuro te salves.” *Martín Fierro*, Año I, n° 2, 20/03/1924, p. 15 (el número de página corresponde a la edición facsimilar del Fondo Nacional de las Artes).

“Bajo esta losa pesada / Libre de malos momentos / Tiene Gálvez su morada. / Sus versos no fueron nada, / Sus novelas fueron cuentos.” *Martín Fierro*, Año III, n° 35, 05/11/1926, p. 278.

¹¹¹*Martín Fierro*, Año II, n° 14 y 15, 24/01/1925, p. 102.

¹¹²*Martín Fierro*, Año II, n° 19, 18/06/1925, p. 138.

¹¹³*Martín Fierro*, Año II, n° 22, 09/10/1925, p. 164.

¹¹⁴*Martín Fierro*, Año II, n° 21, 28/08/1925, p. 154.

¹¹⁵*Martín Fierro*, Año II, n° 22, 09/10/1925, p. 164. En alusión al texto de Arturo Cancela, *El burro de Maruf*.

¹¹⁶*La Razón*, 14/11/1922.

La Razón viene llevando adelante una campaña contra el libro “pornográfico”, en particular, de factura extranjera.¹¹⁷ En algún sentido, se la identifica con la literatura “barata”, promovida por empresas que “han encontrado un rico filón”, proveyendo al público de “literatura barata ... por su precio y su calidad” y atrayendo al campo literario a simples ganapanes o buscadores de fama. Con este criterio en mente, el diario arranca la serie sobre la “mala literatura”, identificada con la drogadicción y la pornografía:

“Consecuente con su propósito de luchar en favor de todo lo que signifique ennoblecimiento y depuración de nuestro medio, este medio ha decidido iniciar una encuesta cuyos alcances están suficientemente explicados en el título de este suelto. Es visible que nuestro genio original va desapareciendo devorado por una ola de pornografía. La argentinidad, como emoción y como problema, es lo bastante rica para inspirar a nuestros escritores; sin embargo, éstos prefieren escatologizar dentro de las peores formas extranjeras y viciar, con deplorables propósitos de lucro, lo que hay en las nuestras.”

La Argentina está, al decir del fascistoide *La Razón*, precipitándose “en los abismos de la pornografía”.¹¹⁸

La encuesta comienza con Leopoldo Lugones, quien, evidentemente, aunque no tiene mucho para decir, no evita el tono francamente despreciativo. Abunda la crítica lapidaria, aunque en general, paternalista. Juan Agustín García, por ejemplo, representa la perspectiva liberal moderada. Culpa de todo al utilitarismo spenceriano y al nacionalismo. Por razones diferentes pero convergentes, ya no se leen los clásicos y se es benevolente con elementos deplorables de la cultura popular, que son, como el tango y la milonga, degenerados. Esto se soluciona con más y mejor educación, un *leit motiv* de casi todos los “opinadores”.¹¹⁹

Si García, sin haber participado del fenómeno, al menos hasta donde sabemos, hace gala de un paternalismo elitista, otros parecen creer que nadie recuerda su pasaje por ese verdadero cementerio literario. Eduardo Carrasquilla Mallarino, por ejemplo, figura repetida en *LNS*, señala que la culpa es de los editores, que no buscan a profesionales: “Cualquier desocupado se siente, en cualquier momento, capaz de hacer literatura”. De alguna manera siente necesidad de dar cuentas de su propia conducta, declarando que “nuestros escritores, cuando caen en una de esas publicaciones, lo hacen apremiados por urgencias económicas que no admiten análisis.” La literatura extranjera es la culpable. En general, es pornográfica, lo que obliga a los argentinos a imitarlos para no perder mercado.¹²⁰

¹¹⁷*La Razón*, 14/11/1922.

¹¹⁸*La Razón*, 26/04/23, citado por Pierini, “Alcaloides de papel. Una encuesta argentina de 1923 sobre la ‘literatura barata’”, en http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/2592/3_RLP_II_II_2002_PIERINI_43-63.pdf?sequence=1&isAllowed=y. Cuando no citemos este texto, es porque las citas las hemos tomado directamente del periódico.

¹¹⁹*La Razón*, 21/05/23.

¹²⁰*La Razón*, 04/06/23.

El más lapidario en su intervención es quien, muy probablemente, menos debiera serlo: Manuel Gálvez. En efecto, Gálvez tiene su mercado en ese público. *Nacha Regules*, *La maestra normal*, *Historia de arrabal*, podrían haber sido publicadas sin desentonar en *LNS* (donde publicó “La luna de miel”, en el n° 5 de nuestro corpus). Sucede que, junto con Hugo Wast, es el escritor más leído del país, al menos en la época de la encuesta. Su negocio está en otro lado y ya ha pasado el momento izquierdista de un personaje acomodaticio y oportunista, como ya hemos visto. En uno de los tantos giros de su trayectoria, ahora Gálvez reproduce todos los lugares comunes del desprecio al lector popular. Hace veinte años no se leía, dice Gálvez, y ahora se lee, lo cual, para un hombre atento al mercado, no es una mala noticia. Pero el lector es un niño, aclara, dando a conocer de dónde salió la hipótesis del lector infantil que ya hemos criticado. Paternalista, considera que a ese niño no se le puede pedir que lea otra cosa: “Entre nosotros, la novelilla milonguera, con un poco de ‘cabaré’ es la que ilusiona a la modistilla, al cochero, a la mucama. ¿Qué quieren Uds. que lean estas gentes?”¹²¹

Los autores que quieren medrar en ese campo tienen que adaptarse:

“Los autores que escriben para la plebe, no pueden ser sino plebeyos. Se limitan a contar sus propias vidas, en lo que éstas tienen de aventurillas picantes. No pueden interesarse por problemas sociales, intelectuales o psicológicos. Si se interesaran, dejarían de ser autores de plebe, autores industriales sometidos a la oferta y la demanda.”

Por eso, continúa su análisis con una expresión que es difícil que él mismo se haya creído alguna vez: “Yo no soy autor para el gran público. Mis novelas tratan de problemas que al público no le interesan.” Sabedor de la necesidad de contener ciertas alianzas y no terminar de romper con nadie, hombre que siempre ha sabido nadar en aguas seguras, Gálvez cierra con un rescate de la literatura objeto de crucifixión:

“Por lo demás, no creo que esa literatura que es materia de la encuesta sea tan mala, tan excesivamente mala. No la conozco; pero sospecho que hay en ella algo de elemento humano. Los autores que cuentan sus aventuras dando detalles, a veces sin saberlo, del amor en Buenos Aires, de la mujer de la clase media y de la sensualidad femenina, toda esa literatura servirá dentro de algunas docenas de años para que un gran novelista se documente y cree la gran novela del Buenos Aires de hoy.”

Todos los lugares comunes de la mirada reproductivista de las corrientes interpretativas que aquí cuestionamos (Sarlo, Romero, Pierini y colaboradores) están en Gálvez. Se diría que su perspectiva es la que modela la interpretación dominante de *LNS*.

Atilio Chiappori, que ha colaborado dos veces con *LNS* en el período que examinamos, prefiere cargar las tintas contra los editores, quienes solo tienen en cuenta el criterio económico, y no contra el público. (Pierini 2002)

¹²¹*La Razón*, 09/06/23.

Otras intervenciones revelan que la encuesta se ha topado con la “contra”, es decir, con los defensores de la *LNS*, bien que indirectamente. Ricardo Rojas es, en este punto, mucho más equilibrado y representa, para tirria del cronista del diario, el punto de vista democrático:

“Yo, nos dice, no soy pesimista en cuanto a la inundación literaria que padece Buenos Aires. No cabe duda de que se trata de una literatura muy mala; pero algo bueno se ha publicado en medio de esta balumba, y es gracias a tan fuerte diluvio literario que nuestro pueblo va aprendiendo a leer. Conozco el caso de una cocinera que cita a Tolstoi. Acaso esto se deba, remontando los acontecimientos, a todos esos montones de papel impreso y barato.” (Pierini 2002)

La culpa es de la escuela, que ha eliminado los estudios humanísticos, y el periodismo, que no está siempre a la altura de la buena literatura. En un país de inmigrantes, donde dominan el argot y el dialecto, es difícil exigir un uso pulido de la lengua. Pero es optimista: “Aunque leamos malo, leemos mucho. Y no hay que olvidar que hace años nada leía nuestro pueblo.”

Esta línea crítica se repite en varias intervenciones. Alejandro Cánepa, por ejemplo, afirma que la literatura en Argentina es mala, pero al menos ahora es argentina, antes era extranjera. La solución la tiene el público y la está ejerciendo.¹²² Alfredo Bianchi, director de la prestigiosa *Nosotros*, es más claro en su apoyo: el fenómeno es positivo. De la cantidad surge la calidad y eso ya se ve. El lector es un niño, cierto, pero la culpa no es del pueblo, es del periodismo y de la escuela.¹²³ Bianchi rechaza que estas publicaciones den espacio exclusivo a la pornografía, que “está por todas partes”, y recuerda que

“la aclimatación de tanta novela semanal, de distinto color, ha dado motivo al fenómeno de que ahora subsistan en Buenos Aires una media docena de editoriales que publican, por 20 centavos, íntegramente, las mejores obras de la literatura universal. Y esas obras las lee un numerosísimo público, que se ha acostumbrado a leer con las publicaciones semanales y no con la revista *Nosotros*.”

No podía faltar en la encuesta la palabra del numen tutelar de la colección, José Ingenieros. Sin embargo, se trata de una entrevista falsa. No quiere hacer la encuesta, se nota su malestar y su desconfianza hacia el diario que la lleva adelante y se queja de que le hacen decir cosas que no dijo. Culpa a la educación pública y defiende a los escritores que escriben allí porque necesitan comer. Sobre el público, sostiene que lee lo que le divierte.¹²⁴

¿Qué podemos obtener, sobre el lector y su lectura, de esta revisión de un conjunto de textos ya transitados? Para entenderlo mejor, empecemos por la evaluación que Margarita Pierini hace de él, en ocasión de confrontarlo con las respuestas producidas por los escritores de *LNS*:

“Lo que se afirma es que la más pura literatura se degrada inevitablemente al caer en las manos de los lectores del arrabal. La polémica, entonces, va más allá de los valores artísticos sobre los cuales se

¹²²*La Razón*, 16/06/23.

¹²³*La Razón*, 12/06/23.

¹²⁴*La Razón*, 02/06/23

explayaba el discurso explícito para revelar la confrontación social y cultural que subyace en las posturas de uno y otro bando. En este sentido corresponde releer también los argumentos de los defensores de esta literatura popular. Frente a quienes quieren ‘congelar’ el corpus, ignorando a priori cualquier producción surgida en este campo, y niegan toda sensibilidad estética a sus lectores, se levantan las voces de aquellos que conciben a la literatura popular como un sistema que incluye y educa, en un proceso de permanente progreso.” (Pierini 2003)

En suma, para Pierini se trata de una confrontación socio-cultural entre la élite de la cultura local y los nuevos “plebeyos”:

“Como se desprende de los testimonios relevados, la irrupción de estos lectores masivos en el sistema literario provoca sorpresa y disgusto. Parece ineludible asociar la reacción de los sectores patricios frente al ‘aluvión’ migratorio, a finales del XIX, con el rechazo de los sectores tradicionalmente letrados hacia esta literatura de masas. Y si en la década del 80 Miguel Cané conminaba a los suyos a ‘cerrar el círculo’ social para impedir el acceso a los recién llegados lo que ahora se propone es la clausura del espacio literario para que no lo invadan estos nuevos lectores que quieren apropiarse de unos bienes simbólicos hasta entonces privativos de unos pocos espíritus cultivados.”

Sin embargo, creemos posible otra interpretación: como ha notado la propia Pierini, ninguno de los entrevistados desarrolla la línea editorial de *La Razón*. A ninguno le parece que “esa literatura” caiga dentro de lo “cursi”, “ñoño” o “pornográfico”, al menos en bloque. Si Lugones desprecia desde lo alto y Gálvez tiende a acercarse a la perspectiva de los productores de la encuesta, ninguno “compra” el discurso crítico del diario. Tiene una lógica: en la Argentina, aun después de la Semana Trágica, el fascismo no ha avanzado demasiado. Y *La Razón* es abiertamente fascistoide en su crítica de la demagogia democrática, de la caída de los valores tradicionales, etc. En un ambiente mucho más liberal, en general, la crítica se topa con un consenso más o menos amplio: no se trata de una gran literatura, pero tampoco es tan mala, colabora en el desarrollo del público y en su educación, amén de posibilitar trabajo a mucha gente.

Como sea, lo más importante, es que se trata de una producción que no puede caracterizarse como conservadora: detrás del discurso fascista, lo que se observa como molestia y peligro es, precisamente, el carácter crítico de valores e ideas “tradicionales”. Detrás de la acusación de “pornografía”, lo que se esconde es la presencia, en el corpus que manejamos, de temas que *La Razón* preferiría prohibir: las relaciones amorosas y su cuestionamiento de las relaciones sociales. Visto en espejo, entonces, *LNS* resulta molesta al discurso derechista, precisamente, porque no lo es. Y en eso radica su peligro: su capacidad para atraer a un público que, evidentemente, le corresponde.

4. Algunos “lectores” posibles

¿Quién es el lector real de *LNS*? Difícil saber. Alfonsina Storni deja algunas pistas sobre la lectora real:

“Si de siete a ocho de la mañana se sube a un tranvía se lo verá en parte ocupado por mujeres que se dirigen a sus trabajos y que distraen el viaje leyendo. Si una jovencita lectora lleva una revista policial, podemos afirmar que es obrera de fábrica o costurera; si apechuga con una revista ilustrada de carácter francamente popular, dactilógrafa o empleada de tienda; si la revista es de tipo intelectual, maestra o estudiante de enseñanza secundaria, si lleva desplegado negligentemente un diario, no lo dudéis... consumada feminista, valerosa feminista, espíritu al día: punible Eva.

Pero queden tranquilas las Evas no punibles. En las manos de las viajeras abundan las revistas de carácter popular, aquellas de confidencias amorosas. Eva queda salvada, pues, de siete a ocho de la mañana por las dactilógrafas y empleadas de tiendas.” (Storni en Vassallo y Calle 2014: 113)

Según Alfonsina, entonces, la lectora real era la dactilógrafa y la empleada de tiendas. Dos personajes que, curiosamente, no ocupan demasiado espacio en las ficciones hebdomadarias. Digamos de paso, que Storni no opinaba demasiado bien de estas muchachas, de las que solía destacar las faltas de ortografía...

Si es difícil saber quién leía exactamente *LNS*, no es muy difícil, sin embargo, imaginarlo, dadas sus tiradas: todo el mundo. Eso, sin embargo, no nos ha facilitado la búsqueda de un lector/una lectora reales. Sin que podamos decir que en lo que sigue tenemos a nuestro “Menocchio”, algunas anécdotas tomadas de la vida militante de dirigentes sindicales y políticos obreros de la época son ilustrativas de las capacidades de lectura de cierta capa proletaria. Por ejemplo, Cipriano Reyes cuenta en sus memorias que, en una de sus recorridas por el campo argentino, se encuentra con dos hombres. Dos linyeras que lo invitan a tomar mate, a él y a su compañero, y que los sorprenden porque el mayor de los linyeras pregunta si tenían algún libro para canjear. Reyes cuenta:

“Yo desaté mi mochila y me dispuse a canjearle un libro que me había regalado el negro Acevedo en la chacra de don Leverato Biancone: *Iras Santas*, de José Santos Chocano.

-Muy bueno- me dijo-, del gran poeta peruano, el mejor poeta rebelde de Latinoamérica. Su vida está llena de infortunio, perseguido y encarcelado, es el gran defensor de la libertad de su suelo y de la raza indígena explotada por la dictadura que oprime a su patria, cuya tiranía es combatida por este gran romántico llamado el poeta de Latinoamérica; iniciador del movimiento modernista de los rebeldes que se alzan contra la injusticia social.

Yo me había quedado admirado escuchándolo. Él sacó su libro y continuó:

-Aquí tienes, yo te voy a canjear éste.

Era un libro de tapas rojas envejecidas, con letras doradas semiborradas por el uso del tiempo, en las que se podía leer: *La guerra y la paz*, de León Tolstoi, Barcelona. Y prosiguió:

-Este es el más grande escritor ruso de todas las épocas, precursor del bolchevismo, místico y cristiano; con ese cristianismo humilde y sencillo de los campesinos y los pobres que aman y sienten la verdad. Escupiendo en la cara hipócrita de la sociedad de su tiempo. Léelo con atención y descubrirás la grandeza de su alma y el valor de su talento.

Se volvió a sentar sobre su ‘mono’ y colocando el libro sobre sus rodillas se puso a escribir las normas del canje. Yo me dispuse a hacer lo mismo y seguido a la anotación que me había hecho el negro Acevedo comencé: ‘De Cipriano Reyes a... (en ese momento me dio su nombre) Segismundo Morales, bajo el puente Guerrero, a orillas del río Salado, sobre la ruta a Mar del Plata, a 125 km de Buenos Aires, capital de la República, en la tarde soleada del 19 de setiembre de 1923.’ Nos canjeamos los libros; yo le di el mío, él me entregó el suyo. Media hora después, ellos seguían su camino; nosotros nos quedamos para lavarnos la ropa y pasar allí la noche...” (Reyes 1984: 73-5)

Pascual Vuotto, militante anarquista famoso por formar parte de la historia de “los presos de Bragado”, relata así su experiencia entre “linyeras”:

“Entre estos inadaptados hay variedad de temperamentos y capacidades altamente valiosos. Desde profesores hasta hombres sencillos e incultos que se emocionan hasta las lágrimas ante el dolor ajeno. Siempre recuerdo la charla de un profesor cubano que nos dejó asombrados al explicarnos la etimología de las palabras, demostrando poseer grandes conocimientos filológicos. [...] Volví de esa excursión, escuela viva incomparable, llevando en mi ‘linyera’ *Páginas dispersas*, de Rafael Barret. [...] Traía a mi regreso una enorme gratitud a todos los vencidos y los inadaptados, hacia todos los gérmenes de rebelión que en ‘ranchadas’, alcantarillas y puentes, discuten cómo han de organizar la sociedad futura.” (Vuotto 1975: 30-1)

Otro militante, un ex anarquista también devenido en comunista, Florindo Moretti, recuerda el valor formador de los “cuadernillos semanales”, entre otra literatura variada:

“Ramiro Blanco, en Rosario, alimentaba mientras tanto a la juventud con el *Manifiesto Comunista*, *La madre* de Gorki, con la *Aurora Social* de Bilbao, con materiales que llegaban de Barasaldo (zona minera de Asturias) y con *El trabajador albañil* de Madrid. También circulaban fascículos sobre cuestiones diversas. Estaban de moda las novelas románticas ‘por entregas’, vendidas en cuadernillos semanales. Por ese sistema llegaban a la juventud escritos como *Los héroes del siglo XVII*, *El gran tirano Felipe II* y *Los comuneros de Castilla*.” (Lozza 1983: 170)

Entre los obreros conocidos por otro militante comunista, el ya citado Domingo Varone, figuraba

“Casimiro, obrero del calzado, de aspecto profesoral y altiva suficiencia doctrinaria, por momentos cordial, dogmático, que daba cátedra de anarquismo. Conocí a Casablanca, obrero fideero [...]. Tuve una relación amistosa cercana con un lustrabotas que ejercía su oficio en la esquina de Monteagudo y Caseros. Su familia vivía en una casa vecina a la nuestra en el Pasaje Lagos. Escribía versos y declamaba a Zaratustra y a Schopenhauer; se llamaba Salvador Merlino y ganó renombre como poeta por sus colaboraciones en *La Prensa*.” (Varone 1989: 30)

Aunque no tenemos el testimonio directo de un lector de la época, podemos imaginar qué efecto podían causar lecturas similares a las que podían hacerse en la colección que estudiamos. Gregorio “Goyo” Flores fue, además de militante del PRT de Santucho, uno de los protagonistas de la que fuera, probablemente, la experiencia más avanzada del movimiento obrero argentino, la de SITRAC-SITRAM, expresión temprana del sindicalismo clasista. Así relata su llegada al mundo de la conciencia revolucionaria:

“Mi experiencia de la huelga del ’65 me dejó la convicción de la necesidad de leer y estudiar. Yo sentía que era un bruto, que no entendía nada. Al mismo tiempo, me impresionaba como hablaban los delegados, me atraía esa capacidad que yo no tenía. De chico yo no leía nada, ni cuando estaba en el León XIII. Había hecho el sexto grado, pero porque había que hacerlo. A mí me gustaba jugar a la pelota y andar. Pero cuando estaba en Fiat, ya bien establecido, recuerdo haberle dicho a un amigo que tenía ahí que estaba incómodo con esa vida, que era una vida de mierda. Te levantabas a las cinco de la mañana

para ir a trabajar, entrabas a las siete a la fábrica, salías a las seis de la tarde, todos los días igual. ‘¿Qué vida es ésta? ¿La de un bicho?’-le decía. [...] Este era un amigo del barrio, que no trabajaba en fábrica, pero que era mucho más intelectual que los otros y que estudiaba historia, Mario Cerruti. Fue él quien me recomendó una lectura crucial. Era un chico muy inteligente, era mucho menor que yo, pero empezamos a salir juntos. Había hecho el secundario, era técnico. El me empezó a recomendar libros, me asesoraba en cosas. Entonces este chango me dice: ‘¿por qué no empezás a leer?’. ‘No, qué mierda voy a leer’, le contesté. Me recomendó varios libros. Me hizo leer Gálvez. Primero *El Gallo*, después *Irigoyen*, *Rosas*, *Sarmiento*, *Viernes santo*, *Nacha Regules*. A mí, un tipo que no sabía nada, me parecían brillantes. Y empecé a leer y leer y me fui entusiasmando. Como tenía un buen salario y además era soltero, iba a la librería los sábados. En particular, había una que vendía muchos libros de izquierda. Pero el libro que me partió la cabeza fue *El hombre mediocre*, de José Ingenieros. Me pareció el libro más maravilloso de mi vida. Creo que nunca me entusiasmó un libro tanto como el de Ingenieros. Y ese fue mi gran salto, es como un quiebre. Ingenieros me despertó. Me impresionó el tema de la lucha por un ideal. Yo me acuerdo que decía en una parte que no todo tipo se entusiasma con un amanecer, que no es para todas las personas, sino para aquellas que tienen un ideal. Que si en uno se ha despertado una estrella inaccesible, es que se ha despertado el poderoso resorte del ideal. Lo leí una sola vez, porque me lo prestaron, pero me impactó. Y me preguntaba: ‘Putá madre, ¿qué será un ideal?’. Porque yo quería tener un ideal. Después, en el ’65, con la huelga yo encontré lo que estaba buscando: ‘acá hay que luchar por los ideales, acá está’. Identifiqué la huelga con lo que había leído, con la lucha por un ideal. Que los hombres que tienen un ideal no se van a vender, la idea de que no todo hombre tiene precio, que hay gente que puede luchar por sus ideales.” (Flores 2006: 22)

Ingenieros, el hombre clave del corpus que examinamos, acompañado de Gálvez. ¿Cuántas Nachas Regules hay en *LNS*? Muchas. Si este efecto causa una novela como esa, ¿por qué “La hija del taller”, “Las mujeres que se venden”, “El secreto que no dicen las mujeres”, “La costurerita que dio aquel mal paso”, “Cristina”, “La serena prosa” o “La rendición”, no podían causar el mismo impacto?¹²⁵ Ya hemos hecho alusión a esta posibilidad “teórica” (de la cual, la cita de Flores es una prueba empírica), que antes hemos denominado *lectura desviada*. Ni Gálvez ni Ingenieros escribieron textos “revolucionarios”, ni por su contenido ni por su forma. Pero lo que el lector toma de un texto forma parte de un caleidoscopio cuyas figuras hacen sentido con su experiencia. Lo que aparece, “a la Romero...” como “eclecticismo” con “pretensión de cultura alta”, es en realidad un cuadro que tiene coherencia si se lee a la luz de esa experiencia, porque ella es la que lo ha llevado a elegir los colores y las formas de esa pintura.

Examinando el análisis de *Los misterios de París* que hace Umberto Eco, desarrollamos el concepto de *lectura desviada*: la lectura particular, que diverge de la que pretendió plasmar el autor y también de la que objetivamente logró, que se produce cuando se toman elementos parciales de una trama, elegidos a partir del prisma de la experiencia, para recomponer una totalidad nueva ordenada a partir de ellos.

En el acto de reflexionar sobre su experiencia, es decir, en el acto de lectura, los receptores populares proceden como cualquier lector, seleccionando a partir del material dado aquellos elementos

¹²⁵Alfredo Duhau: “Cristina”, *LNS*, n° 33; Arturo Giménez Pastor: “La serena prosa”, *LNS*, n° 64 y “La rendición”, *LNS*, n° 80; Juan José de Soiza Reilly: “El secreto que no dicen las mujeres”, *LNS*, n° 83; Josué Quesada: “La costurerita que dio aquel mal paso...”, *LNS*, n° 110; Juan José de Soiza Reilly: “Las mujeres que se venden”, *LNS*, n° 212.

asequibles a sus condiciones materiales de existencia, entendiendo estas no solamente por las condiciones económicas, sino también las culturales e ideológicas. El estado general de ese proceso de la experiencia se encuentra particularmente afectado por el estado de las relaciones de fuerzas materiales, políticas y culturales entre las clases. El movimiento en el cual ese estado se procesa es la lucha de clases, de modo que las posibilidades de lectura de cualquier lector, pero en particular, del lector popular, no pueden deducirse en abstracción de ese proceso, deben ser el resultado de la investigación empírica. En momentos en los cuales la ideología dominante entra en crisis con el conjunto de las relaciones sociales, el lector popular tendrá un mayor acervo a partir del cual transitar con mayor autonomía los textos, construyendo sus lecturas con sus propios intereses. Si bien no necesariamente puede constituirse en productor autónomo, podrá reinterpretar textos que contengan una posibilidad de lectura distinta de la generada por el autor. Textos reaccionarios podrán dar pie a lecturas reformistas, textos reformistas podrán dar pie a lecturas revolucionarias. El lector podrá *desviar* su mirada del argumento central y tomar aquellos elementos que colaboran con el proceso de aprendizaje experiencial que está desarrollando. Este *desvío* se facilita por la presencia de lecturas contradictorias en un clima de crisis. La lectura desviada es el resultado de la interpretación producida en ese proceso de aprendizaje. No es el resultado azaroso y caprichoso de una “caza furtiva”, ni es tampoco un desenlace inevitable de la reproducción de las ideas dominantes. Es una de las tantas lecturas posibles para algunos lectores en determinados momentos de la lucha de clases; como tal, convive con lecturas “reproductivas”, “críticas”, “correctas”, etc., dado que no hay por qué pensar que un lector popular puede leer de una única manera. En realidad, los lectores siempre son capaces de usar la “experiencia” literaria en la vida real.

5. El lector real

¿Qué sabemos del lector popular de comienzos del siglo pasado? Si bien no sabremos cómo lee hasta que no buceemos directamente en su propia conciencia¹²⁶, podemos conocer su perspectiva de lectura, el punto desde el cual lee los textos. Una serie de elementos nos permitirán reconstruir tal perspectiva.

Condiciones de existencia

Lo primero que podemos decir del lector popular es que era, en los términos más elementales, “popular”. Es decir, que vivía la vida del “pueblo”. Y la vida del pueblo era diferente de la vida burguesa.

¹²⁶Remarcamos aquí que con “lector popular” no nos referimos a individuos, por lo tanto, no pensamos el problema desde el punto de vista psicologista. Asimismo, cuando hablamos de “conciencia” aludimos al estado de conciencia de la lucha de clases de los que en ella están implicados.

Las condiciones de vida de nuestro lector corresponden a las de la clase obrera y de la pequeña burguesía pobre. Si atendemos a esas condiciones observaremos que:

- a. la masa de la población vive en condiciones de hacinamiento (conventillos y barrios periféricos);
- b. los salarios relativamente elevados en términos internacionales se obtienen a cambio de larguísimas jornadas de trabajo (más de 10 horas diarias);
- c. la reproducción de la fuerza de trabajo generacional no puede ser garantizada por el padre de familia obrera, haciéndose necesario el trabajo femenino e infantil en gran escala;
- d. las condiciones laborales no solo distan de estar reguladas, sino que se encuentran al arbitrio de las energías patronales;
- e. los servicios públicos más elementales (obras sanitarias, salud, educación) son escasos y precarios, aun para las posibilidades de la época.

En resumen, las condiciones materiales de existencia pueden ser caracterizadas como de “lucha por la vida”, una lucha dura y cotidiana, completamente alejada de la placidez de la abundancia y de la fluidez del ascenso social. Esa vida dura aparece reflejada constantemente en *LNS* a través de la temática “tu cuna fue un conventillo” y otras por el estilo, que muestran tanto las condiciones precarias de existencia, cuanto la exposición a la muerte por agotamiento y enfermedad.

Como ha sido señalado ya, para 1900, la posibilidad de escapar al empleo capitalista de la fuerza de trabajo mediante el autoempleo y la transformación en pequeño patrón ha terminado como expectativa general. (Sartelli 1996) La reproducción “normal” de la vida es la reproducción como fuerza de trabajo, es decir, como proletario. Esa es la razón por la que surge el movimiento obrero en la década de mayor auge económico, la que va de la fecha señalada al Centenario. Es posible, como dice Sarlo, que este lector, agobiado por la vida, buscara descanso psicológico en esos “alcaloides de papel” publicados en *LNS*. Es perfectamente posible, no está invalidado *a priori*. Sin embargo, estos “lectores” no se regodeaban en su agobio, sino que luchaban.

La coyuntura social

Ya hemos visto que la etapa que examinamos es particularmente aguda en términos de caída de la actividad económica. El resultado es un escenario social muy deteriorado. La crisis social es profunda, en particular porque las cosechas pampeanas, el principal empleo de los trabajadores del litoral, no tienen mucho para dar. Noticias como la siguiente eran muy comunes a fines de 1917:

“Córdoba, nov. 14. -Las noticias que llegan sobre el rendimiento de las cosechas son muy halagüeñas como así también sobre la abundancia de brazos, que se cree sobrarán. En determinadas zonas, los salarios que habían llegado hasta dos pesos por cuadra han bajado hasta 80 centavos, por igual extensión en vista de la abundancia de brazos. Desde algunos puntos informan que la aglomeración de braceros ha provocado emigraciones en masa hacia otros lugares. Por esta ciudad continúan desfilando numerosos braceros, muchos de los cuales efectúan el viaje a pie y los trenes que pasan con gran cantidad de peonadas. A pedido de las autoridades locales se han enviado refuerzos a distintos puntos de las zonas agrícolas para garantizar el orden, amenazado por la concentración de braceros.”¹²⁷

Por estos años, toda la pampa se cubrirá de hordas de desempleados buscando trabajo y las ollas populares organizadas por vecinos asustados e incluso por las autoridades municipales se transformarán en moneda corriente. En sus memorias, Florindo Moretti ha dejado también testimonio de la situación en Casilda, Santa Fe, hacia 1915:

“Y comenzaron a rondar los linyeras, que no eran desclasados. Eran trabajadores rurales que sabían hacer todo tipo de faenas en el campo, que tenían grandes aptitudes. Vivían con sus familias por las estaciones, por los vagones vacíos, en los galpones donde se almacenaban los cereales. Transitaban en los trenes de carga de un pueblo a otro. Los trabajadores rurales mataban el hambre de sus hijos ‘ratereando’ alguna gallina y eso planteó numerosas rencillas. Había gente hambrienta en las puertas de las iglesias o que iban de casa en casa. En Casilda, entonces, se organizó la ‘olla popular’. Mi padre se inscribió como contribuyente y alimentó a la familia vecina, los Traferri, que tenía tres chiquitos. Mucha gente venía a casa a pedir leche, especialmente los hijos de trabajadores rurales. Llegaban como majaditas y se llevaban la botella cargada de leche. Además, todos los días, sin faltar uno, mi padre entregaba los productos de su huerta a la ‘olla popular’.” (Lozza 1983: 139)

La caída de los salarios y el empeoramiento de las condiciones de vida resultan muy pronunciados. En el mundo urbano la situación no es mucho mejor. Baste señalar que la inflación se refleja en un aumento de los alquileres en un 15%, de los alimentos en un 40% y en sectores de indumentaria, de hasta un 300%. (Rock 1984: 120)

Veamos un indicador clave, la desocupación. Recuérdese que estamos acostumbrados a una sociedad en donde no solo no existe desocupación, sino que se producen saldos positivos de inmigración de más de 100.000 personas al año. De hecho, en ese período se producen saldos negativos, que hacen que se vayan del país, en forma neta, más de 200.000 personas. (Sartelli 2022)

Difícil es creer entonces que, en una sociedad sumergida en semejante clima, el lector popular tuviera en la cabeza algo así como “conformismo” y buscara algo como “consuelo”. Otra vez, bien podría darse esa situación, sobre todo si ese lector no tuviera conciencia de su lugar en la sociedad, no tuviera conciencia de clase. Sin embargo, no es el caso.

El clasismo

¹²⁷LP, 15/11/17, p. 9 (Sartelli 2022).

Los obreros de las primeras dos décadas del siglo XX tienen una enorme experiencia militante. Recordemos brevemente algunas cifras y fechas porque la crítica literaria suele no transitar ciertos textos, en particular los que se ocupan del movimiento obrero. Recordemos que la primera huelga de la que se tiene noticia se produce en un saladero de Entre Ríos a mitad del siglo XIX. En 1878 se organiza el primer sindicato, que tiene directa vinculación con nuestro objeto de estudios, la Unión Tipográfica Bonaerense. Durante la década siguiente se desarrolla la organización de panaderos, molineros albañiles, yeseros, tapiceros, marmoleros, carpinteros, etc. (Frydenberg y Ruffo 2012: 61 y ss.) Ya en los años 90 encontramos los primeros esfuerzos de organizar centrales sindicales: en junio de 1890 se produce el primer intento con la Federación de los Trabajadores de la Región Argentina. Ese mismo año se celebró el 1° de Mayo con la presencia de más de 3.000 concurrentes. Los años previos estuvieron cargados de huelgas y actividad sindical, que se van a proyectar hasta fines del siglo. Todo ello lleva a la constitución de la FOA, en 1901, luego FORA, que rápidamente tomará un carácter anarquista y provocará el alejamiento de los socialistas, que constituirán la UGT. Durante una década los anarquistas dominarán el movimiento obrero, pero perderán su control hacia 1910, luego de la represión del Centenario. Junto con socialistas y sindicalistas revolucionarios reconstruirán la unidad, por poco tiempo, en la FORA del IX Congreso, que llega a totalizar casi 800.000 cotizaciones¹²⁸ en el año 1920, a un promedio de casi 70.000 por mes, con más de 700 sindicatos afiliados. En paralelo, se han reorganizado los anarquistas en la FORA Comunista, que para las mismas fechas declara tener un poco menos de la mitad de sindicatos y unos 180.000 afiliados. (Bilsky 1985)

Podemos enumerar, solo en la primera década, cuatro grandes huelgas generales (1902, 1904, 1907 y 1909) y centenares de huelgas parciales. Recordemos que la huelga general de 1902 llevaría a la sanción de la Ley de Residencia ese mismo año y que la represión sobre el movimiento obrero deja también decenas de muertos en marchas y concentraciones. Baste señalar que a lo largo de la primera década del siglo se decretaron cinco estados de sitio. Si observamos la magnitud de las movilizaciones, encontraremos una masividad evidente. En la Semana Roja de 1909 se movilizan cerca de 300.000 trabajadores en una ciudad que tiene unos 400.000 obreros. Es obvio que esa cifra incluye a las mujeres obreras (las “verduleras”), que no estaban ajenas a esa experiencia sindical. Una de las primeras huelgas docentes del mundo fue protagonizada por las maestras de San Luis, en 1881, dirigidas por Enriqueta Lucero. Posteriormente, se destacaron en la huelga de fosforeras de 1906, la de inquilinos de 1907, en las movilizaciones de chacareros durante el Grito de Alcorta de 1912, la de las cigarreras de 1915 y la de telefonistas de 1919.

Visto por donde se lo vea, es difícil creer que el clasismo como contenido ideológico de la conciencia de los lectores de *LNS* no esté presente, si no en todos, al menos en un buen porcentaje de ellos. Es muy probable que el lector y la lectora de nuestra colección tuviera una elevada conciencia de su ser social y desde allí ejerciera sus competencias lectoras.

¹²⁸Cotización: aporte económico que realizan periódicamente los afiliados a un partido.

Artisanos y trabajadores calificados

Según los datos que brinda David Rock, “en 1914 había alrededor de medio millón de obreros en Buenos Aires, de los cuales bastante más de la mitad estaban empleados en el sector industrial.” (Rock 1984: 82) Por esa época, la concentración de la clase obrera en el sector industrial era aún muy baja, y los obreros trabajaban en su mayoría en talleres de no más de doce personas. En términos más técnicos, esto significa que la mayoría (o por lo menos un porcentaje muy elevado) permanecía en el marco de procesos de trabajo atrasados (cooperación simple, manufactura y manufactura moderna), lo que significa que sus cualidades laborales eran altas.

En efecto, la persistencia de procesos de trabajo manuales presupone obreros muy calificados. El caso más importante tal vez sea el de los tipógrafos, que podían leer al revés en varios idiomas. Como se sabe, los tipógrafos debían colocar los “tipos” gráficos uno por uno en “espejo”, es decir, en forma invertida (para que la copia saliera “al derecho”, como en un sello). De esa forma se “componía” un texto mientras se lo leía. Como se sabe, también, en Buenos Aires, ciudad de inmigrantes, se editaban publicaciones de todo tipo, incluyendo diarios, en castellano, inglés, alemán, francés, idish, italiano, árabe, etc. El trabajo gráfico, que reunía en 1914 a más de 7.000 obreros, incluía también otros procesos, en los que ciencias como la química o la física eran particularmente importantes. En efecto, la impresión de gráficos, dibujos y fotografías implicaba el uso de técnicas complejas, en las cuales participaban procesos como la estereotipia y la galvanoplastia, además del uso abundante de sustancias químicas que debían saber combinarse y manipularse. Estos obreros eran --junto con los que trabajaban en talleres metalúrgicos, manejaban máquinas complejas (desde barcos a ferrocarriles, pasando por grúas en los puertos o trilladoras en el campo) o poblaban las tareas de construcción en Buenos Aires y otras grandes ciudades ejerciendo como lo que, más tarde, se llamará “maestro mayor de obras”-- los que poblaban los cursos sobre ciencia y técnicas varias que eran comunes en las sociedades de fomento, mutuales, sindicatos y experiencias aún más elevadas, como la Universidad Popular de la Boca o la Sociedad Luz.¹²⁹ Un oficio relativamente simple, como la albañilería, no solamente tenía sus ejércitos de “oficiales” y “suboficiales”, sino que implicaba “sub-oficios” con técnicas complejas, como los pintores (el “dorador” era todo un artista), los electricistas, etc.

Estas calificaciones no eran ajenas a las mujeres. Por poco que se lo precie, el oficio de “modista”, siempre ejemplo de “modestia” en la literatura popular de la época, presupone conocimientos matemáticos, procedimientos geométricos, nociones de historia de la moda, estilos artísticos, etc. Esos conocimientos podían servir para una experiencia limitada de costura a pedido (“La hija del taller”) hasta la alta costura internacional (“La vendedora de Harrods”). Obviamente, lo mismo se podía decir de sus

¹²⁹Sobre la Sociedad Luz, véase Barrancos, Dora: *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores (1890-1930)*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1996.

contrapartes masculinas, los sastres. Otra profesión típicamente femenina que involucra una alta calificación es la del magisterio. No hace falta explicar por qué. En el mismo sentido van los casos de las secretarias, las institutrices, las dactilógrafas, las telefonistas y las linotipistas, cuyo campo de acción es ampliamente intelectual.

Se puede señalar que se trataba de una minoría de trabajadores y trabajadoras quienes disfrutaban de empleos calificados, pero en un mundo dominado todavía por el “oficio”, las proporciones respectivas entre los renglones más bajos y los más altos del conocimiento no ofrecían una distancia tan amplia como la que se produce con la aparición de la gran industria. En efecto, la irrupción del trabajo mecanizado a gran escala, un fenómeno que va a aparecer de los años 30 y 40 en adelante, tiene como consecuencia la simplificación de los procesos de trabajo, con la consecuente pérdida de capacidades cognitivas: el trabajo se hace más sencillo, luego las calificaciones y necesidades educativas se reducen. Esto tiene consecuencias sobre la cultura técnica y científica de los obreros, como ha explicado muy bien Harry Braverman. Precisamente, ese mundo de artesanos y de oficios manuales, tiene la tendencia a generar la expansión cultural de la clase obrera:

“El artesano que trabajaba estaba atado al conocimiento técnico y científico de su tiempo en la práctica diaria de su oficio. Generalmente el aprendizaje incluía entrenamiento en matemáticas, álgebra, geometría y trigonometría, lo mismo que en las propiedades y proveniencias de los materiales usados en el oficio, en ciencias físicas y en dibujo mecánico. Los aprendizajes bien administrados proporcionaban suscripciones a periódicos técnicos y de información comercial que tenían que ver con su oficio, en forma tal que los aprendices podían seguir el desarrollo que iba teniendo. Pero algo más importante que el entrenamiento formal o informal era el hecho de que el oficio proveía una ligazón diaria entre ciencia y trabajo, dado que el maestro de oficios se veía constantemente urgido a usar conocimiento científico rudimentario, matemáticas, diseño, etc. Tales maestros de oficios fueron una parte importante del público científico de su tiempo y como regla mostraban un interés en la ciencia y la cultura más allá de una conexión directa con su trabajo.” (Braverman 1987: 161)

Veamos un ejemplo local, en este caso, un herrero:

“El yunque vibraba y cantaba de alegría a los toques de mi martillo de bola. Llegaba a casa a las cinco y media y me encerraba a leer. Leía, leía, leía con delirio; un libro, otro libro; un periódico y otro y una revista doctrinaria tras otra. No importa que no entendiera algunas palabras; la sustancia de la información y del pensamiento era lo importante. Comía como un sonámbulo, mudo y de apuro, más bien tragaba. No oía ni entendía nada de lo que ocurría a mi alrededor. Me acostaba a las doce de la noche; a las seis de la mañana salía para el taller. Fragua, yunque, martillo, morsa, grinfas, limas, llaves, terraja, macho, compás, escuadra, metro decimal y de pulgadas. Ni pensaba en el trabajo que hacía: salía solo. Pan, pin, pan, pin. Meta remache. La cabeza estaba en el cuarto de los libros...” (Riera Díaz 1979: 152)

Veamos, ahora, el caso de las “modistillas” y otras “-illas”. Tenemos el caso de Juana Rouco Buela, planchadora y famosa militante anarquista, que llegó iletrada al país a edad temprana y, a los 15 años, ya se había incorporado al movimiento ácrata, logrando poco después ser una de sus voces importantes. Su “escuela” fue el conjunto del entramado institucional libertario. Se dirá que Rouco era

una excepción. Diremos que pertenecía a un movimiento de masas, no a un grupo de inadaptados sociales. Se dirá que ese movimiento de masas no tenía una ideología homogéneamente extendida y que mucha de esa “masa” seguía a una dirección anarquista sin serlo. Diremos que, aun así, algo en común debía haber y que ello sucede en todo movimiento político-social. De modo que es difícil creer que un movimiento anarquista pudiera desarrollarse plenamente en medio de una población católica conservadora. No todas las mujeres eran Juana Rouco, pero un porcentaje importante debía compartir, sin duda, mucho del contenido general de su forma de ver el mundo.

Oigamos, entonces, a alguien verdaderamente alejada de ese mundo de ideas: Milagros Soria, una mujer profundamente católica, que atravesó una vida llena de adversidades, a las que hizo frente con coraje, no sin por ello atribuirle los resultados de su lucha contra la pobreza, la soledad, la injusticia, un marido alcohólico y el cáncer a... Dios. Modelo de fetichismo “feuerbachiano”, el discurso de Milagros es el de una mujer que debe ganarse la vida como “modista”, sin tener el “oficio”. La pobre mujer, que demuestra con su relato que las tareas “naturales” de las mujeres no son tales, dado que requieren un entrenamiento severo y largo, intenta más adelante con una máquina nueva comprada “al fiado”. (Soria 1945: 67, 73, 81)

El oficio de “modista” es muy complejo y la “modistilla” requiere de mucho entrenamiento. No en vano abundaban las “academias” de corte y confección, al punto de que Carolina Muzzilli llamaba al Estado a hacerse cargo de esa oferta educativa a efectos de evitar las estafas a las trabajadoras. (Pascucci 2007: 127)

Un ramo particular de estas instituciones lo constituían las que operaban “por correspondencia”. Desde 1910, “escuelas” de este tipo, norteamericana la primera de ellas, se instalan en Argentina y proliferan rápidamente: Escuelas Comerciales por Correspondencia; Escuelas Internacionales de Enseñanza por Correspondencia; Escuela Sudamericana; Universidad Popular Latinoamericana, etc. Una publicidad de estos lugares de estudio establece la identidad entre sus alumnas y las lectoras del fenómeno literario que estudiamos aquí, puesto que, si la novela que esa jovencita estaba leyendo la entretenía, el texto inserto en esa misma revista y que promocionaba la academia, podría resolver el porvenir de esa lectora. (Queirolo 2016)

Uno de los oficios que se podía estudiar de esta manera era el de dactilógrafa, renglón muy dominado por el trabajo femenino, igual que los de secretaria, taquígrafa, enfermera y telefonista. Según Queirolo, para 1914 más de 11.000 mujeres ocupaban posiciones en empleos burocráticos tanto en el sector público como en el privado, cifra que asciende rápidamente en las siguientes décadas. (Queirolo 2015) Las necesidades de conocimientos generales, es decir, de una cultura más o menos desarrollada, era una exigencia de todas ellas, por las características de su propio trabajo. Las vendedoras, por ejemplo, debían cumplir con “facilidad de palabra”, además de conocer el producto comercializado. La complejidad de la tarea daba lugar a una jerarquía de oficio: la “principianta”, la “experta” y la “jefa de sección”, jerarquía que implicaba un desarrollo cultural.

“La condición de ‘educada’ constituía un atributo de las vendedoras en los clasificados. Ella se refería no sólo a los modales de las empleadas sino a la instrucción sistematizada. Las vendedoras debían estar alfabetizadas, ya sea para leer los precios de los productos, escribir los comprobantes de venta o realizar operaciones aritméticas con las que sumaban varios productos. Seguramente, había una relación entre el nivel de educación y la jerarquía de la vendedora, aunque el piso de alfabetización era común a todas. Sin duda, esta característica atribuía cierto prestigio social a esta ocupación. Las vendedoras primeras o las jefas de sección debían de ser además de educadas, ‘cultas’, calificativo que invocaba cierta cultura general y especialmente el conocimiento de idiomas extranjeros.”¹³⁰ (Queirolo 2009)

También creció aceleradamente en la época el empleo femenino en la administración, que, al igual que el trabajo como taquígrafa o como taquidactilógrafa eran empleos altamente calificados. Para ser taquígrafa o taquidactilógrafa se requerían competencias de velocidad, escritura y decodificación, con un dominio suficiente en gramática, ortografía, redacción. Estos eran los empleos de “cuello blanco” que se diferenciaron en virtud de su calificación, de las otras ramas, menos calificadas:

“Si bien una clara jerarquía laboral que se tradujo en distintas posiciones que reflejaron distintos niveles salariales, los dividió hacia el interior, la ejecución de tareas en cierto sentido cercanas a lo intelectual, los cohesionó hacia el exterior, y marcó una clara diferencia de status a su favor con los trabajadores manuales: obreros y obreras.” (Queirolo 2012)

Este grupo de trabajadores y trabajadoras leía y se educaba con textos científicos y de cultura general, que solían resultar asequibles en bibliotecas populares y de sindicatos. Curiosamente, la bibliografía que más ha estudiado qué leían los obreros es la que afirma con más fuerza la precariedad de sus lecturas. En efecto, Luis Alberto Romero, como ya vimos, se sorprende de la diversidad de lecturas, aunque concluye que está al servicio de una vulgaridad ilustrada. La conclusión lógica es, sin embargo, otra: esa clase obrera era bastante más ilustrada que sus descendientes, y bastante más de lo que la crítica literaria y la historiografía suponen. La historiografía sobre la “lectura” popular asume como dada la existencia un lector homogéneo, caracterizado siempre por su segmento más atrasado culturalmente hablando, olvidando que dentro de la misma clase existían gruesos renglones de una calificación muy elevada.

Internacionalismo migrante

Hay que recordar que los obreros argentinos de este período son, en general, inmigrantes. Este hecho reúne dos fenómenos distintos: por un lado, los inmigrantes llegan aquí con una experiencia previa; por otro, la experiencia migrante es una experiencia de un elevado valor pedagógico. Provenientes de Italia, los migrantes traen una importante cultura popular. Lo mismo sucede con los

¹³⁰La cita extensa merece la pena pues es relevante para caracterizar el modelo de protagonista que ha trascendido de todo el corpus: el de la vendedora (la de Harrods, claro está).

migrantes españoles. Además, una parte del público, ampliado fundamentalmente por la vía inmigratoria, ya había aprendido a leer y escribir en sus países de origen. Esta gran masa de extranjeros que incrementó la población de nuestro país significativamente formó parte de esa clase obrera a la cual iba dirigida *LNS*. Aquellos que la leían no necesariamente eran obreros argentinos escolarizados a partir de la Ley 1420.

El obrero movilizado no solo porta consigo su cultura. La movilización misma presupone una activación cultural: debe aprender otro idioma, otros códigos culturales, construir nuevas relaciones, enfrentar numerosos problemas. El inmigrante aprende geografía, historia, tiene una experiencia personal que la mayoría ignora: barco, trámites, situaciones políticas y sociales varias, etc. Sobre todo, moviliza sentimientos, lo que, desde el punto de vista teórico que planteamos aquí, significa no solo conocimientos, sino una estructura ágil para reaccionar ante situaciones conflictivas. Cuesta creer que quien ha abandonado su país y cruzado el Atlántico no tenga más reserva emotiva que leer para “consolarse”.

Influencia del anarquismo y del socialismo

Varios textos recientes han venido a remarcar la influencia del anarquismo en la cultura (no solo popular) de la época. Lo mismo sucede con el socialismo. Veamos algunas cifras, empezando por la prensa: *La Vanguardia*, el diario del Partido Socialista, tiraba 40.000 ejemplares *por día*. Recordemos que el diario de mayor tirada era *La Prensa*, con 165.000, a poca distancia del segundo, *La Nación* (135.000) y lejos del tercero, *La Argentina* (70.000). Con esas cifras, *La Vanguardia* era el quinto diario del país. *La Protesta*, por su parte, editaba 5 mil ejemplares diarios, en una época en la que el anarquismo ya había empezado a declinar. Hacia el Centenario, cuando el movimiento llegó a su punto más alto, los “ácratas” se vieron obligados a duplicar el esfuerzo, sacando a la calle *La Batalla*, diario vespertino. Para ese entonces, *La Protesta* editaba más de 16.000 ejemplares diarios.

Es difícil mensurar el impacto de otro tipo de publicaciones anarquistas y socialistas, como los folletos, los periódicos sindicales y los libros. De los primeros se sabe que, al menos en cantidad de iniciativas, eran extremadamente prolíficos. Sería tedioso simplemente enumerar la cantidad de publicaciones anarquistas editadas entre comienzos de siglo y mitad de los años 20. Según una estudiosa del tema, el anarquismo de la década del 20,

“compartió con el resto de la izquierda y con la industria editorial en expansión el esfuerzo por alentar la difusión masiva de la literatura y la construcción de un perfil de lector. Durante la década de 1920 se consolidó una de sus empresas más rentables: la editorial *La Protesta* que funcionó como una empresa cultural a través de la cual se realizaron traducciones, se editaron libros, periódicos, suplementos y folletos. Junto con *Argonauta* y *Fueyo* fueron las editoriales libertarias que circularon en los años veinte; sus catálogos no se diferenciaban especialmente y estaban conformados en primer lugar por textos clásicos del anarquismo, en general reeditados, entre los que se destacaban los de Errico Malatesta,

Rudolf Rocker, Sebastián Faure, Mijail Bakunin –de quien se publicaron sus obras completas en sucesivas reediciones entre 1924 y 1929–, Max Nettlau y Piotr Kropotkin; obras científicas entre las que se destacaban las de Cesare Lombroso y Ricardo Mella. De propagandistas o figuras del anarquismo local se editaron los *Carteles*, de Rodolfo González Pacheco, en 1920, la *Carta Gaucha* de Juan Crusao, reeditada periódicamente, folletos de Eduardo Gilimón, Simón Radowitzky, Diego Abad de Santillán y Luigi Fabbri. La editorial Fueyo publicó entre 1922 y 1927 una serie de obras de Pierre Quiroule entre las que se destacaba *En la soñada tierra del ideal*, pero también dramas y tragedias, así como obras de propaganda del ideal anarquista. De estas tres editoriales, fue La Protesta la que ofrecía una variedad más amplia, al incorporar la opción de una edición barata que no superaba los 50 centavos para los libros, 1,50 pesos para las obras de varios tomos, o ediciones encuadernadas que rondaban los 4 pesos –un precio relativamente alto para el consumo obrero– destinada a quienes buscaban ediciones más cuidadas.” (Anapios 2016)

Si bien es cierto que no tenemos idea del alcance real de estas experiencias, es decir, cifras de tiradas y ventas, el conjunto es impresionante.¹³¹ Juan Suriano ha intentado mensurar este fenómeno hacia 1910, señalando que las publicaciones anarquistas alcanzaban entre 20 y 40.000 ejemplares por año, aunque no especifica si se trata de libros, folletos o publicaciones periódicas. (Suriano 2001: 117) Algunas publicaciones alcanzaban una alta audiencia aunque tenían corta vida. Juana Rouco Buela recuerda el caso de *El Burro*:

“una revista anti-clerical, bien presentada y con un material de lectura muy interesante; su ilustración era de un valor superior, que pertenecía a los mejores dibujantes de aquella época. Fue tanta la aprobación del público que en muy poco tiempo llegó al fantástico tiraje de 400.000 ejemplares, y su material humorístico se comentaba en todas las clases sociales. Duró bastante tiempo, hasta que la policía, instigada por la curia, que se sentía ofendida, clausuró la imprenta donde se imprimía.” (Rouco 1964)

Lo mismo podría decirse del socialismo. Las producciones socialistas no se quedaban atrás, aunque con una edición mucho más centralizada, dada la naturaleza del partido. En ese panorama se destacaban las publicaciones de la Sociedad Luz. Un aspecto más destacable del Partido Socialista estaba ligado al libro, pero no a su edición sino a la difusión y uso: la biblioteca. Según Emilio Corbière, hacia comienzos de los años 30, había en Capital Federal unas 56 bibliotecas socialistas; en la provincia de Buenos Aires, 180; 4 en Catamarca, 26 en Córdoba, 5 en Corrientes, 10 en Entre Ríos, 1 en Jujuy, 4 en La Rioja, 23 en Mendoza, otro tanto en Salta, 14 en San Juan, 3 en San Luis, 29 en Santa Fe, en Santiago del Estero 7 y 12 en Tucumán. Junto con las 21 de los territorios nacionales (Chaco, La Pampa, Misiones, Neuquén, Santa Cruz y Río Negro), totalizaban 397. (Corbière^{s/f})

Un instrumento importante de discusión política es la “conferencia”. Según un observador calificado, en Argentina

¹³¹Para un examen de la cultura lectora del anarquismo y del lugar que le otorgan en su propaganda, véase di Stefano, Mariana: *El lector libertario*, Eudeba, Buenos Aires, 2013. Aunque el título se refiere al lector, en realidad el subtítulo (*Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo argentino (1898-1915)*) aclara mejor su contenido. También es ilustrativa la siguiente investigación: Ansolabehere, Pablo: *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2011.

“Se lee más y se asiste en proporciones mayores a las conferencias públicas que en Europa, ya que la asistencia a esos actos representa, en primer término, una distracción, tanto más apreciable cuanto que el país carece de diversiones populares, y satisfacen una necesidad espiritual ineludible para aquellos cuya vida se reduce a trabajar, comer y dormir.

El que ha visto la enorme cantidad de trabajadores que asisten en Buenos Aires a las conferencias públicas –sean o no dadas por los anarquistas- y se encuentra en París en un acto semejante no sale de su asombro. Una treintena de individuos tomando cerveza mientras un orador de verdadera valía intelectual perora, es suceso harto común en la capital francesa. En Barcelona –la ciudad anarquista por excelencia- ocurre, si no lo mismo, algo parecido. En vez de treinta son cien o ciento cincuenta los oyentes, y rara es la vez en que se consigue se llene un teatro para escuchar a un conferenciante, a no ser que se trate de algún orador político de nota. En Buenos Aires cualquier charlatán con pretensiones de conferenciante congrega varios centenares de personas, y nada raro es que dos o tres mil individuos escuchen a un orador que siquiera tenga una voz grata al oído.” (Gilimón 1971: 37)

En este mismo sentido, otra vez, Rouco Buela recuerda que la actividad anarquista era intensísima, en especial, durante la Primera Guerra Mundial:

“En todos los sindicatos se organizaban conferencias, donde se abarcaban todos los temas sobre los problemas sociales y económicos, artísticos y culturales, pues se contaba con profesores de todas las ramas de las ciencias, de la docencia y de la cultura, que se confundían con los trabajadores, como Parduchi, Carulla, Barcos y cientos de intelectuales que ocupaban las tribunas diariamente, para transmitir sus conocimientos al pueblo; luchaban en conjunto con los obreros para crear instituciones, que como la Liga Racionalista, realizaban una obra meritoria de estudio y acercamiento a todos los conocimientos necesarios para la mentalidad humana...” (Rouco 1964: 50)

Otra forma de medir el alcance del anarquismo y el socialismo es observar su poder de convocatoria política. Ya hemos hablado de la participación masiva en las huelgas generales anarquistas y del grado de inserción sindical alcanzado por la FORA IX, dirigida por una alianza entre sindicalistas revolucionarios, anarquistas, socialistas y comunistas. Una forma nueva de expresión de la influencia política se abre, con la Ley Sáenz Peña, para los socialistas. En 1922, en las elecciones que consagran a Marcelo T. de Alvear, los socialistas salen segundos, bien que con una diferencia más que importante: 47 (412.000) contra 9% (79.000 votos) aproximadamente para cada uno. Representaba una caída en relación a las legislativas de 1920, cuando habían sacado 86.000 votos y a las de 1918, cuando el socialismo dividido había sacado casi 100.000. El grueso de esos votos se obtenía en la ciudad de Buenos Aires, donde los socialistas habían obtenido sonados triunfos en las legislativas de 1912, 1913 y 1914. Como se ve, un porcentaje nada despreciable del público lector de un fenómeno como *LNS* no podía no incluir a la población movilizada por tendencias políticas claramente de izquierda.

Las otras lecturas

Luis Alberto Romero recuerda la amplitud de las experiencias editoriales de la época:

“La ampliación del público lector coincidía con la definición de un mundo intelectual especializado, de escritores profesionales, cenáculos, revistas y formas propias de consagración. El paralelo crecimiento del mundo intelectual y del público que de alguna manera lo sustenta, se manifiesta, en esos años en torno de la Primera Guerra Mundial, en la concreción de ambiciosos proyectos editoriales. La Biblioteca Argentina, de Ricardo Rojas, La Cultura Argentina, de José Ingenieros o la Cooperativa de Buenos Aires, de Manuel Gálvez revelan, más allá de sus avatares, la existencia de un público culto, o que aspira a serlo, pero necesitado de cierta guía, lo suficientemente amplio como para justificar la empresa, y de un grupo de escritores profesionales capaces de encarar esa tarea sistemática. La ampliación en otras áreas del público lector es registrada por la aparición de las primeras editoriales verdaderamente populares, como Tor, fundada en 1916 por Joaquín Torrendellas, o la casa Maucci. Ambas ofrecieron libros muy baratos, impresos en papel de escasa calidad, con tapas llamativas, y lograron elevados tirajes para obras que hasta entonces habían circulado en ámbitos muy reducidos.” (Romero 1995: 46)

No se entiende por qué este público está “necesitado de cierta guía”. Romero expresa un paternalismo por la cultura popular que no se justifica teóricamente en ningún lugar. Pareciera que los pobres son como “niños”. Los lectores populares de *LNS* leían muchas otras cosas, probablemente por el simple hecho de que tenían más expectativas de las que los académicos creen. Debido a la perspectiva contraria, es que Romero no puede explicar adecuadamente la convivencia de obras de contenido social y humanista (Hugo, Zola, Tolstoi, Hansum) con el ensayo político y filosófico, particularmente anarquista, y con publicaciones filocomunistas como las de Editorial Claridad, en las que podemos encontrar desde la novelística de Erich María Remarque (*Sin novedad en el frente*) hasta la de Barbusse (*El fuego*). La única explicación que Romero brinda de estas presencias simultáneas es la del “eclecticismo”, como si un lector inteligente y cultivado no leyera textos de procedencias disímiles. Donde Romero cree que los lectores populares leen cualquier cosa, se puede pensar que, precisamente por eso, por la variedad de lo que eligen, no son “niños” que se complacen en repasar permanentemente la misma historia. Lo que queda claro es la diversidad y calidad de las lecturas que ya tenían para la época de nuestro estudio los lectores de *LNS*. Pero no es solamente eso. Algunos de los autores más leídos encajan en el canon de la literatura culta (Soiza Reilly, Arlt, Quiroga). Por otra parte, ya leían folletines “cultos” (como Gorki) en *La Vanguardia* y otros diarios.

Las publicaciones ligadas a este circuito de los diarios son muy importantes. La cantidad de publicaciones y la magnitud de la lectura de la época son muy superiores (proporcionalmente) a las cifras que se manejan en la actualidad. A eso hay que sumarle la cantidad de compradores de diarios que, además de la crítica política, contaban con su respectivo folletín (no siempre de literatura “baja”). También se debe sumar la prensa partidaria. Esto significa que había una cantidad importante de lectores con cierta capacidad de interpretación política y cultural.

En realidad, buena parte de los problemas de la historiografía que Romero representa, como ya dijimos, tiene el defecto de no medir el alcance de sus palabras. ¿Se leía mucho o se leía poco? Una forma de saberlo es comparar la situación local con otras. Oigamos, de nuevo, al anarquista Eduardo Gilimón:

“El espíritu humano es un tanto inquieto y no se aviene fácilmente a la vida material de comer, dormir y trabajar. Necesita algo más, y no encontrando ese algo más en la Argentina, por carecer el país de distracciones, lo ha buscado en el estudio. En pocas partes, en efecto, se lee tanto como en dicha nación. Un cierto desahogo económico y la diferencia existente entre la moneda del país y las europeas, facilita en sumo grado la adquisición de libros. Para un obrero europeo que tenga un salario de cinco francos, la adquisición de un libro de un franco representa un gasto de la quinta parte del jornal. El obrero argentino, con un salario de cuatro pesos adquiere ese mismo libro por cuarenta centavos, lo que solamente le representa un dispendio de la décima parte de su salario. Todo pues influye para que la lectura tenga más cultores en la Argentina que en Europa, y para que por lo tanto, la difusión de las teorías anarquistas haya sido más rápida y extensa.” (Gilimón 1971: 36)

En Buenos Aires se lee mucho, muy variado en términos ideológicos y políticos y desde mucho tiempo atrás del fenómeno que aquí examinamos. En efecto, todos los que hablan de la formación del público lector ubican el proceso hacia 1910-20, dado que estas experiencias hebdomadarias datan de ese entonces. Sin embargo, Adolfo Prieto lo retrotrae, por lo menos, hasta 1880, no solo con la expansión de diarios como *La Prensa* y otros, sino también con el desarrollo de la literatura criollista, con éxitos de masas como la “Biblioteca Criolla”, los folletines de Eduardo Gutiérrez o el mismo *Martín Fierro*. Prieto remarca también la amplitud ideológica del fenómeno, ofreciendo una descripción convincente de un vasto escenario en el que no faltaba ni siquiera el anarquismo. (Prieto 1988: 1)

El teatro

Las ideas de la izquierda de la época encontraban un camino útil para recorrer hacia la mente del “público/pueblo” en el teatro, junto con la lectura y el circo, probablemente los únicos “medios masivos de comunicación de la época. Así lo entendía, por ejemplo, *La Protesta*:

“Alguien dijo en cierta ocasión que ‘el teatro es el libro en el cual podían leer los analfabetos’ y estas palabras deberían quedar grabadas en el corazón de todos los revolucionarios del mundo. Su estudio práctico nos demuestra el provecho que podría sacar la causa revolucionaria del arte teatral.”¹³²

Es una hipótesis de trabajo para nada descabellada el que este deseo del diario anarquista no estuvo lejos de la realidad. Los anarquistas usaron el teatro en forma activa. En la primera década del siglo tenían una compañía teatral propia, la Academia Filodramática Ermete Zacconi, y varios grupos teatrales, como Los caballeros del ideal. En forma paralela, abundaban los “cuadros filodramáticos” de actores aficionados, activistas o simpatizantes. Se desarrollaba aquí cierta idea de la estética teatral anarquista según la cual el arte era una función elemental de la necesidad expresiva del ser humano y estimulaba la tarea intelectual colectiva:

¹³²*La Protesta*, 11/12/1915.

“Los miembros de los grupos leían y discutían los textos. Generalmente debían seleccionar obras sencillas debido a la utilización de escenarios elementales y a la casi total imposibilidad de contar con materiales indispensables para una escenografía adecuada. Una vez elegida la obra, repartían y asignaban los roles a desempeñar, desde el director hasta el último de los actores y durante un período relativamente corto se realizaban los ensayos donde los ‘actores-militantes’ intentaban memorizar los textos, dar con la mímica adecuada y la declamación correcta.” (Suriano 2001:167)¹³³

Pero no es solo en el reducido mundo de la militancia anarquista. No hace falta más que recordar la presencia ácrata y socialista en el teatro de tesis y la influencia y fama de autores como Ghiraldo, Payró y Crosa.

El teatro tiene, desde muy temprano una influencia política y es, si se quiere, la forma más inmediata de expresión de tendencias en la Argentina roquista. En efecto, paralelo al éxito del “criollismo” literario, se extiende, entre 1880 y 1900, es decir, antes de la aparición del circuito teatral comercial en la ciudad de Buenos Aires, el no menos importante éxito del criollismo teatral, en particular, del “Juan Moreira” de los hermanos Podestá. El carácter extremadamente popular así como su clara influencia política en el clima de la época han sido testimoniados ya repetidas veces. La presentación del “circo” de los Podestá solía transformarse en un hecho político. (Podestá 2003: 77)

El desarrollo del espectáculo teatral masivo, que va a producirse hacia comienzos de siglo, va a dar lugar a una expansión notable de autores y temáticas, siempre muy cargadas políticamente. El arco de las temáticas va desde la rebeldía individual por las injusticias “civiles” al estilo Ibsen, de enorme influencia en la escena local, hasta la crítica social costumbrista, como en *Las de Barranco* o *Las d'enfrente*, pasando por la denuncia política directa, de la que Payró es ejemplo claro, cercano al Partido Socialista (*Marco Severi, El triunfo de los otros, Sobre las ruinas*) y Ghiraldo de la vertiente anarquista (*La columna de fuego, Alma gaucha*). (Bosch 1969)

Tomemos el caso de González Castillo. (López Rodríguez 2011) Si *Los rebeldes* fue su primer estreno, *Del fango*, representada en 1907 por la Compañía Podestá Hermanos en el teatro Apolo, fue su primer trabajo profesional, aunque el autor considera su verdadera iniciación teatral a *Entre bueyes no hay cornadas*, estrenada por Florencio Parravicini en 1908 en el Argentino. También con Parravicini en el Argentino, durante 1908, presentó *El retrato del pibe*. De 1909 es el drama *Luigi*, con Enrique Muiño y Felisa Mary, estrenado en el Moderno, y en 1910 colaboró con dos de los más importantes escritores de la época: Vicente Martínez Cuitiño (compañero de noches bohemias) en la evocación de la asonada radical *El Parque*, con grandes polémicas entre el público asistente (prohibida a partir del 2 de enero por la Municipalidad porteña, que la calificó como apología del levantamiento armado), y Carlos Mauricio Pacheco, con quien estrenó *Las romerías*, otra vez al servicio de Parravicini en el Argentino. Es interesante este vínculo entre escritores y temas que oscilan entre el anarquismo y el radicalismo.

¹³³Más sobre el teatro anarquista en Verzero, Lorena y Carlos Fos: *En las tablas libertarias*, Atuel, Buenos Aires, 2011.

Casi todas sus piezas, tanto las comedias de tono grave como los sainetes breves, fueron, en su intención y en su contenido, obras de tesis, más complicadas, algunas; simples y directas, otras. En particular, sobre los prejuicios, entre los que destaca una muy audaz para la época, *Los invertidos*, que fue prohibido por la Municipalidad por razones de moralidad. Otro tema fuerte: *El hijo de Agar*, dirigida por otro anarquista, Alberto Ghirardo, el drama de una madre soltera. *Gracia plena*, sobre una prostituta madre soltera a la que le roban un hijo recién nacido en la cárcel y *La Santa Madre*, sobre las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado, dan idea del tono de sus obras. Recuérdese que estamos hablando de alguien que llenaba teatros, no de un escritor de élite. Como hemos visto en el capítulo anterior, la influencia de González Castillo en el corpus es muy relevante.

El teatro en ese período es el espacio de recreación por excelencia. Piénsese que no hay cine ni radio ni televisión. Según Nora Mazziotti, entre 1880 y 1930 se inauguraron 60 salas teatrales solo en el centro de Buenos Aires, sin contar las que se abrieron en los barrios periféricos (La Boca, Flores, Villa Crespo, Belgrano, Boedo y Once). Rápidamente se generó una industria editorial dedicada a las obras de teatro, un fenómeno que precede a *LNS*: en 1902 se editan las *Colecciones del 'Centro Teatral'*, de Andrés Pérez. En 1909, González Castillo dirige *El teatro criollo*; en 1913, aparece *El teatro nacional*; en 1918, *Bambalinas* y *La escena teatral*. *Bambalinas*, dirigida por Federico Mertens, llega hasta 1934 y totaliza 762 números del mismo formato que las novelas semanales. *La escena* alcanza los 797, cerrando en 1933. (Seibel 2002: 475)

El teatro, entonces, muestra la existencia de un público exigente, politizado, con importantes capacidades de análisis político y cultural. Otra vez, la hipótesis de un lector ingenuo, carente de capacidades de lectura compleja, no parece muy realista

6. Conclusiones

Es obvio que no podemos realizar un estudio de la lectura examinando casos específicos de lectores de *LNS*. Incluso, aunque tuviéramos un ejemplo, diez o cien, tal ejercicio tendría mucho de meramente indicativo de una posibilidad de lectura, habida cuenta de la magnitud del público del que hablamos. De modo que no hay otra forma de acercarse a la lectura, sino a través de indicios generales. No es la primera vez que esto se intenta. De hecho, Sarlo basa toda su interpretación en un ejercicio de este tipo. Lo que hemos querido discutir aquí son las conclusiones a las que arriban ella y toda la corriente historiográfica a la que pertenece (Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, etc.) o la que con ella discute sin demasiada distancia interpretativa (Margarita Pierini). Visto a partir del conjunto de indicios disponibles, podemos resumir los resultados obtenidos de la siguiente manera: el lector de este período no es “masoquista” ni “infantil” y poco dotado de habilidades interpretativas, puesto que su experiencia social vital apunta más bien a un elevado desarrollo político y ubicado en el costado izquierdo del espectro ideológico; su aparente eclecticismo debe considerarse, en realidad, una muestra de su importante nivel cultural. Por esa experiencia, común en buena medida con el productor, el lector tiende a formar una

alianza política de características progresistas, que se expresa en el arco que va desde el radicalismo hasta el anarquismo, pasando por el socialismo: productores y receptores comparten una misma “estructura de sentimiento”.

Capítulo 6

El orden de clase

En este capítulo entraremos de lleno en el análisis del corpus. Veremos qué tipo de conflictos se producen entre los participantes y detectaremos cuáles son sus protagonistas. Primero, en forma puramente fenomenológica, es decir, tal cual aparecen. Luego en términos de clase y según su sexo, en la medida en que el grueso de nuestra hipótesis se juega en el cruce entre ambas categorías. Empecemos por definir nuestro universo de análisis.

1. El corpus

El conjunto de las publicaciones de *LNS* que ocupan el período de nuestra investigación abarca un total de 267 textos, algunos de los cuales salieron en dos o tres partes. Hay muchas formas de clasificar los componentes de un corpus como este. Para lo que a nosotros nos interesa, el punto de partida no puede ser otro que el de la clasificación genérica. Aun cuando la clasificación por géneros tiene innumerables dificultades, en particular, qué define a cada uno y dónde empiezan y terminan. Como en toda clasificación, la realidad siempre resulta más compleja, haciendo difícil ubicar cada caso en su lugar. Sin embargo, tiene la utilidad de permitirnos una primera evaluación del corpus y, de hecho, las autoras que discutimos aquí han hecho de esta evaluación el punto de partida (y en cierto aspecto, de llegada) de la problemática que nos ocupa.

En efecto, la clasificación de *LNS* como de género sentimental hecha por Sarlo, dispara toda su reflexión y condiciona su evaluación final. Margarita Pierini, por su parte, realiza un examen detallado de la diversidad genérica del corpus señalando que hay un predominio del género sentimental, pero que su presencia no es exclusiva. Como veremos a continuación, las dos, a su modo, tienen razón. Para poner en cuestión efectivamente ambas tesis, debemos realizar, además de la caracterización genérica, el examen del contenido de los textos y la cuantificación de ese examen. Dicha cuantificación es necesaria para poder abordar el corpus como una totalidad, eludiendo de esa forma la metodología sarliana de seleccionar novelas modélicas que se supone representan un tipo ideal desde el cual se puede hablar por el conjunto. Se supera también la perspectiva de Pierini, que hace explotar el corpus, mostrando de esa manera la riqueza en su variedad, pero tornando imposible una mirada global de su objeto. Partimos ahora del mismo punto del que lo hacen Pierini y Sarlo.

Si bien ninguna de las dos autoras avanza demasiado en la definición, contextualmente se puede deducir que consideran propio del género sentimental la centralidad que adquiere en el texto la presencia dinámica de un conflicto amoroso. Sobre esa base hemos hecho una contabilidad elemental, a fin de evaluar el conjunto de novelas desde este punto de vista. Cabe destacar que para considerar el género tuvimos en cuenta que el conflicto principal fuera de índole amorosa. De allí que no hayamos catalogado como sentimentales novelas como “La huelga”, de Hugo Wast. Veamos primero el enfoque tradicional, que toma como unidad la *novela* y la categoría de *género literario*, separando las novelas de tema exclusivamente sentimental de las no sentimentales. (Gráfico 1).

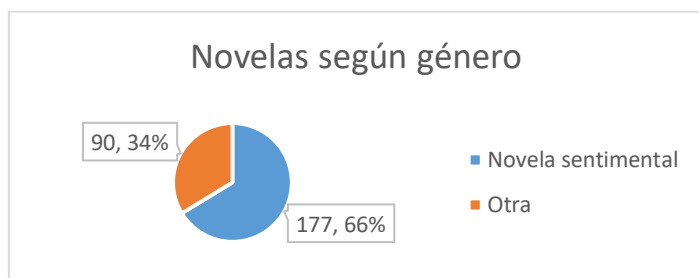


Gráfico 1 (Fuente: Base)

Este gráfico, desde el punto de vista del *género*, parece dar razón a Pierini acerca de la variedad de la colección (un tercio de las novelas no son sentimentales), aunque no resulte más que en un matiz de la afirmación sarliana acerca del predominio de lo sentimental. Sarlo, sin embargo, gana la partida cuando hacemos un análisis más fino del asunto.

En efecto, examinar las novelas de índole sentimental reduce el universo de análisis. Si tomamos ese 36% de novelas no sentimentales, veremos que allí aparecen conflictos amorosos como telón de fondo o auxiliares a una trama central que pasa por otro lado. Incorporar esos conflictos no solo amplía el corpus, sino que permite observar cómo opera el amor en contextos diferentes donde no resulta el eje de la acción (el ámbito de lo policial, de lo político, del conflicto social, etc.). Entonces, en lugar de ofrecer una dicotomía simple (sentimental-no sentimental), preferimos dividir este último campo en dos: las no sentimentales puras (“Otra”) y las que contienen al menos un conflicto sentimental relevante (Gráfico 2).



Gráfico 2 (Fuente: Base)

El resultado de esa contabilidad comprueba la veracidad de la tesis sarliana, en tanto que efectivamente hay un dominio de las tramas sentimentales: el 87% de las novelas son sentimentales o contienen el tema en el marco de una historia de otra índole. Se trata, efectivamente, de un “imperio de los sentimientos” a nivel temático. Ello no implica que su conclusión pueda deducirse de aquí: el predominio sentimental no habla directamente de una perspectiva política particular. Esta conclusión es apenas desafiada por Pierini y su método de los ejemplos en contrario. Otra vez, no se pueden discutir las tesis sarlianas con matices, sino que es necesario examinar el objeto desde otra perspectiva: rechazar la metodología del tipo ideal (Sarlo) según la cual un ejemplo basta para dar cuenta de la totalidad, pero también el empirismo que supone que con un caso que lo contradiga se ha resuelto el problema. Hay que observar la totalidad y, para ello, es necesario cuantificar.

En efecto, para superar estas limitaciones, es necesario desarrollar otra metodología. El primer paso en ese sentido implica cambiar la unidad de análisis. Todos los estudios que se ocuparon anteriormente de este corpus tomaron como unidad de análisis la novela; nosotros construiremos nuestro universo tomando como unidad de referencia (hecho, dato) el conflicto amoroso, puesto que de ese modo se pueden examinar regularidades que exceden al género mismo y se encuentran incluso en las novelas que no tienen trama amorosa central. Por otro lado, dado que una novela suele contener más de un conflicto sentimental, utilizando este método se pueden incorporar todos los conflictos existentes en el corpus. La presencia de más de un conflicto en una novela funciona como estrategia para remarcar la “moraleja” del texto: la suerte de dos obreros buenos que se aman y luchan juntos es confrontada con la de dos burgueses que se odian y engañan mutuamente. La “moraleja” surge no tanto del primer o del segundo conflicto sino de la coexistencia de ambos. La unidad “novela” obligaría a dejar a alguno de los dos afuera o incorporar el resultado final como síntesis, mezclando así en el análisis datos simples con complejos. En nuestro caso, ambos se incorporan como datos simples, encontrando el resultado final en el examen de la totalidad del corpus.

Esto significa que nos encontramos frente a dos niveles de análisis distintos: uno, formal, que implica la caracterización genérica (sentimental, policial, ciencia ficción) y cuya unidad de análisis es la novela; y otro, por núcleos de acciones, que toma como unidad observable el conflicto. Si no nos concentráramos en los conflictos, no podríamos examinar adecuadamente los elementos que los componen, vale decir, es casi imposible encontrar esos elementos para valorar cuál es su programa, dado que es precisamente el conflicto amoroso el que contiene el conflicto social y sus posibles soluciones. Es necesario entonces, separar la trama superficial de la estructura profunda, pues esa es la operación que permite ver el programa implícito en *LNS*. El conflicto es, por consiguiente, un corte en el cual podemos observar ese programa, independientemente del género de la novela en que se encuentre y de la resolución específica inmediata en cada novela.

Ahora bien, ¿qué es un “conflicto sentimental”? Si bien el amor es uno de los sentimientos que aparecen en el corpus, hay muchos otros. Cada vez que hablemos de “conflicto sentimental” nos referimos a un hecho en el que aparece como eje el tema del amor y, más específicamente, el amor de pareja (se excluyen el amor filial y fraternal, por ejemplo). Consideramos aquí, entonces, como conflicto sentimental aquel que se produce en la constitución y/o proceso de desarrollo o disolución de una pareja amorosa, la forma histórica que en la época asume el amor.

Para construir nuestro universo de análisis tendremos en cuenta lo siguiente:

- a) no todas las novelas semanales son sentimentales
- b) no todos los conflictos “sentimentales” son de “pareja” o amorosos
- c) en algunas novelas encontraremos más de un conflicto
- d) hay conflictos amorosos en novelas que no son sentimentales

Concluyendo: sobre el total de textos trabajados hay un 9% que no tomaremos para nuestro relevamiento, puesto que pertenecen a otro género y no incluyen ningún conflicto amoroso. Tal es el caso de “Una hora millonario”, de Enrique García Velloso (*LNS* n° 1), “La psiquina” de Ricardo Rojas (*LNS* n° 6) o los ensayos de José Ingenieros. Por otro lado, en las novelas no hay solo conflictos sentimentales “amorosos”, que son los que nos interesan. Un 3% de los conflictos involucran afectos materno-filiales, que serán examinados por separado porque constituyen una forma especial de construcción del amor, dirigido particularmente a las mujeres y vinculado a la normativa de pareja heterosexual y familia nuclear capitalista. Por estas razones, la cantidad de novelas no es la misma que la de conflictos, ni la de conflictos sentimentales la misma que la de conflictos sentimentales amorosos. Nuestro universo se compone de estos últimos. Como en cada novela, de tema sentimental o no, por lo general, hay más de un conflicto amoroso, el número total de estos supera largamente el de textos. Efectivamente, hemos encontrado un total de 343 conflictos sentimentales amorosos (contra 267 textos de cualquier tipo), la enorme mayoría de ellos (un poco más de 70%) provenientes de novelas con esta temática dominante.

2. Los personajes según su ocupación

Superar el análisis tradicional del corpus supone cuantificar los elementos que forman parte de la unidad de análisis. Un primer paso es determinar quién (o quiénes) establece(n) con quién (o quiénes) sentimientos de cohesión o de disyunción. Hay varios criterios según los cuales se puede enfocar el problema. Por ejemplo, se podría utilizar el criterio literario, según la clasificación/caracterización de los personajes (si es el protagonista, el antagonista, el narrador, etc.). O moral (los “malos”, los “buenos”, los altruistas o los egoístas, etc.). Aquí nos interesa el social: cuando nos preocupamos por quién

ama/rompe con quién, buscamos clases sociales. Si los obreros aman a pequeñoburguesas o se separan de burguesas, si estas aman/rompen con burgueses o pequeñoburgueses, si estos se relacionan con los otros o qué pasa cuando las relaciones se construyen/destruyen en el seno de la misma clase, eso es lo que queremos estudiar.

En la vida real (y en el registro literario tanto como el estadístico burgués) las clases no aparecen a simple vista. Se muestran fenoménicamente a partir de “ocupaciones”. La ocupación de los protagonistas es la descripción fenoménica de los personajes, tal como aparecen nombrados en el propio texto. El gráfico siguiente (Gráfico 3) muestra todos los personajes que aparecen en los conflictos bajo análisis.

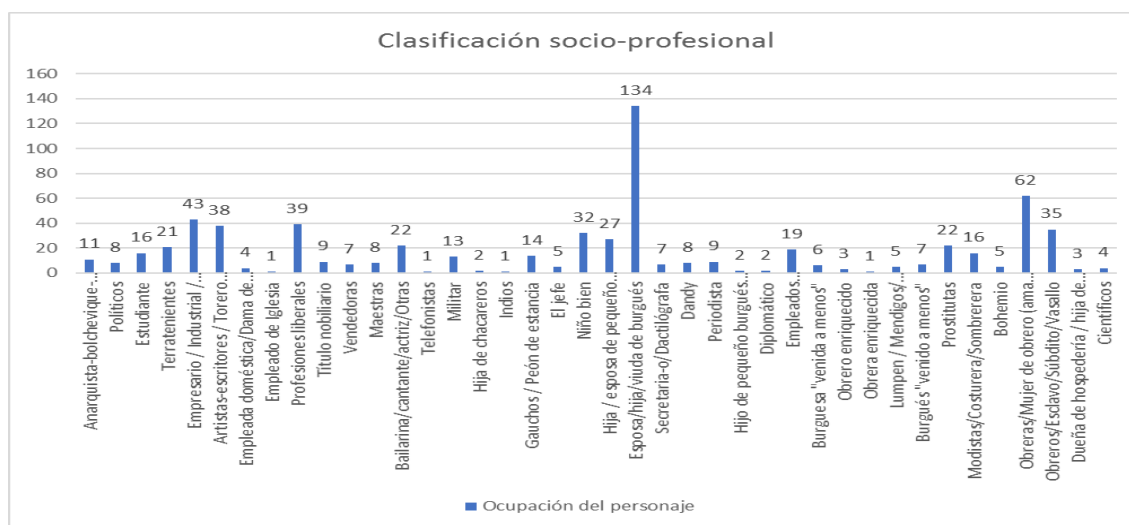


Gráfico 3 (Fuente: Base)

Dado el trabajo que nos proponemos, la separación por sexos es tan importante como la clase. De modo que hemos respetado ese criterio al enumerar las ocupaciones evitando categorías que mezclen a varones y mujeres. Así podemos detectar ciertas peculiaridades en la inserción social de los protagonistas según su sexo.

Los personajes femeninos con mayor cantidad de casos (153) no tienen un trabajo socialmente remunerado, son esposas, hijas o viudas de burgueses o hijas de pequeñoburgueses, chacareros, etc. A ellas habría que sumarles las mujeres obreras que no trabajan. Sin embargo, no siempre, más bien rara vez, las fuentes señalan explícitamente que la mujer del obrero no trabaja. En la época, la reproducción de la clase obrera equivalía prácticamente a la reproducción individual, de allí el peso del trabajo femenino e infantil, situación muy diferente a fechas cercanas al peronismo, cuando los salarios se acercan a la reproducción familiar. La familia nuclear típica, con madres que “cuidan” de la casa y padres que trabajan fuera, no es propia de esta época. Por otra parte, el trabajo a domicilio era muy importante en tiempos de *LNS*, por lo que la magnitud del trabajo femenino e infantil se encuentra por lo general

subvaluado en las estadísticas. Muchas de las obreras que “no trabajan”, lo hacen a domicilio (costura, planchado, lavado, aparado de calzado, etc.). (Kabat y Pascucci 2010)

Basten aquí algunos ejemplos. En “El atajacaminos”, de Juan Carlos Dávalos se dice: “El Ventura Tintilay era cuidador de un terreno de San Lorenzo [...] la Águeda, su anciana mujer echaba los bofes lavando ropa.”¹³⁴ ¿Qué significa esto? ¿Que la familia tiene mucha ropa para lavar o que la mujer lava “para afuera”? Más bien lo segundo.¹³⁵

En “La vida falsa” de Claudio Arenas, Zulema, la protagonista, averiguó lo sucedido con su familia cuando ella era una niña y la necesidad económica los golpeara. Encontró que la “madre había empezado a coser para un taller ganando apenas para comer.”¹³⁶ Lo mismo le sucede a Dora, en “Las mujeres que se venden”, de Juan José de Soiza Reilly, luego de la jubilación forzada de su padre. El tema del padre que no puede mantener a su familia (en este caso, por fallecimiento) se reitera en “Una vida humilde”, de Héctor Olivera Lavié.¹³⁷ Un último ejemplo: “El bien de olvidar” de Juan Bautista López.¹³⁸ El protagonista había conocido a su novia un día en que ella salía del taller: “la nota pintoresca de las jóvenes que salen de sus quehaceres [...] charlando animadamente a entregar la costura a las grandes casas.” Cuando la vio, ella “llevaba un lío de ropa de costura, cuyo peso la hacía inclinarse algo al costado derecho, sin que por ello perdiera gallardía la silueta.” Aquí no es trabajo domiciliario, sino en un taller que, en muchos casos, como hemos visto en la investigación mencionada de Kabat y Pascucci, no registraba a sus trabajadoras.

El problema que nos impidió separar “mujer de obrero que no trabaja” de “mujer de obrero que trabaja”, es que este tipo de situaciones, harto comunes en la época, no aparecen casi nunca en forma explícita y no ambigua. Se trata, obviamente, de un prejuicio sexista: la mujer tiene la habilidad “natural” para ciertos oficios que, por eso, no son considerados tales. La costura es uno de ellos. Suponiéndolo extensión “natural” de su condición, no se supone que haga falta ninguna calificación y, por lo tanto, ningún aprendizaje. Como conclusión, dada esta naturalización, tampoco se lo considera, estrictamente hablando, un “trabajo”, efecto reforzado por el ámbito de su realización, la casa. Extensión “natural” de sus “obligaciones” domésticas, el trabajo a domicilio de la mujer no aparece prácticamente nunca explicitado en los textos del corpus. Es algo que se da por sentado. En consecuencia, sería aventurado

¹³⁴LNS, n° 34.

¹³⁵Ya desde comienzos de siglo la prensa feminista había puesto sobre la mesa esta “inferioridad” de la mujer por causa de su dependencia económica. Leemos a María Inés Burgos de Maldonado, en *Nosotras* (año I, n° 35): “La que es en su hogar cocinera, mucama, modista, niñera, planchadora ó solamente administradora debe ser dueña de un tanto de las entradas de su casa, pues de lo contrario no podrá negar ningún marido que esa mujer es una esclava.” En el mismo número de *Nosotras*, vemos que las colaboradoras consideran muy especialmente la explotación del trabajo a domicilio, como un trabajo que, al no estar controlado, empeora la situación de las mujeres: “Hemos encontrado necesario levantar la voz en favor del trabajo femenino que se realiza á *domicilio* y del servicio doméstico, pensando que si triste es la situación de las obreras en las fábricas y talleres que están obligados a aplicar ciertas reglas [...], mucho más triste es la situación de las costureras, modistas, bordadoras, etc., que trabajan en el secreto del domicilio [...] obligadas a prolongar casi desmesuradamente su jornada de trabajo [...]”

¹³⁶LNS, n° 87.

¹³⁷LNS, n° 203.

¹³⁸LNS, n° 157.

sumar esos 62 casos a los 153 bien establecidos para otras clases. Alcanza con saber, no obstante, que, de un total de 304 mujeres, más de la mitad no tiene ocupación rentada. Lo que dice mucho, como veremos, sobre sus posibilidades de independencia y su posición en el conflicto amoroso.

A su vez, un porcentaje importante de los varones protagonistas no viven de su trabajo: 32 casos de “niños bien”, grupo al cual podríamos sumar (por similitud en la consideración del tipo social) 8 dandys, 5 bohemios, 9 títulos nobiliarios, 16 estudiantes, 2 hijos de pequeñoburgués, 2 diplomáticos y 8 políticos. En total, 82 personajes masculinos que no trabajan, sobre 350.

Sería impropio sumar aquí a los 43 casos de “Empresario/industrial/comerciante/rentista”. La razón es que se trata de una categoría residual donde no es claro que haya rentistas puros. Ubicamos allí a aquellos burgueses que no se definen por un comportamiento tipificado socialmente, sino por alguna línea del texto que muestre cómo reproduce su vida. Con los terratenientes (21 casos) pasa algo parecido, en la medida en que resulta difícil discernir si se trata del típico terrateniente absentista (“que tira manteca al techo” en París), o de un empresario agropecuario. El primero es más un tipo imaginario que un personaje real, producto más bien de la crítica intelectual de los años 30 en adelante, que de la historia concreta. Basta con saber, entonces, que cerca de un tercio de los personajes masculinos no trabaja, lo que, como veremos, tiene consecuencias bien distintas en comparación con la situación de la mujer que no trabaja que señalamos más arriba.

Para ver este punto con más detalle, separamos las ocupaciones de varones y mujeres. El gráfico de personajes varones queda de la siguiente manera:

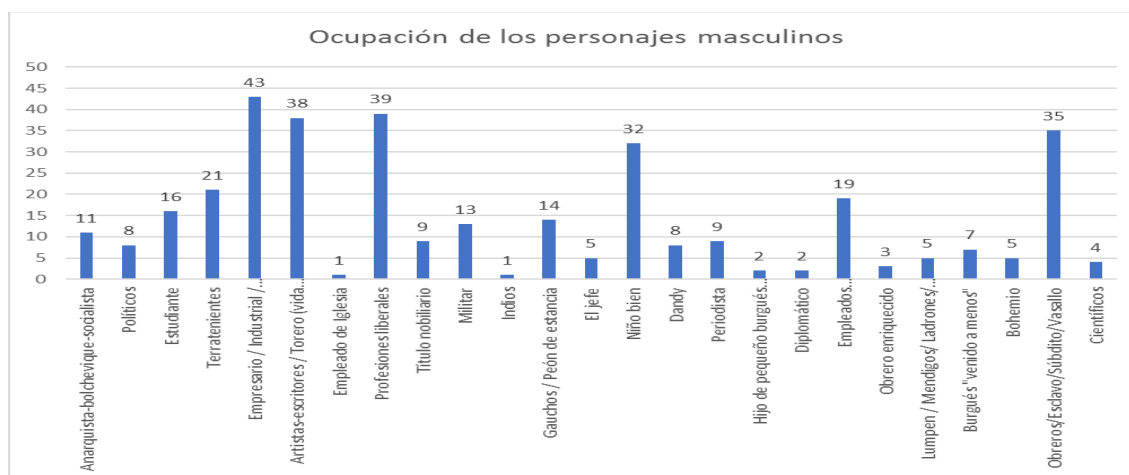


Gráfico 4 (Fuente: Base)

Como hemos dicho, los protagonistas masculinos más representados son los que “no hacen nada”, bajo la forma de “dandys”, “niños bien”, personajes que ostentan títulos nobiliarios, estudiantes, bohemios, que suman 82 casos en total. Esto nos lleva a una primera conclusión: el personaje principal del drama sentimental es un personaje que no trabaja. *LNS* tiene entre sus protagonistas privilegiados a varones con tiempo libre, ya veremos con qué consecuencias y valoraciones. Esta representación en un

corpus vinculado a lo sentimental, revela, sin dudas, dos conclusiones sociológicas. Por un lado, que esa es la fracción social que dispone de tiempo y de espacios (ya sean propios, como una *garçonnière*, o colectivos, el club, las fiestas y reuniones de sociedad) en los cuales es posible la conquista amorosa (la seducción, el cortejo, etc.). Por otro, es dable pensar que, en una vida sin muchas obligaciones, el ejercicio sentimental oficiara como pasatiempo, temática harto frecuente en la literatura occidental: el aburrimiento y el hastío del burgués rentista, del *clubman*, que va desde el depredador sexual hasta el aventurero (el *sportsman* que da *La vuelta al mundo en 80 días* por una apuesta). (Berl 1974). Veamos algunos ejemplos.

En “Poligamia sentimental” de Enrique Carrasquilla Mallarino, el protagonista, Miguel de García, es un “pibe bien”, “un vástago de acaudalada estirpe”.¹³⁹ Recibió la herencia de su padre, según el testamento lo indicaba, cuando cumplió los 25 años y vio con ello “llegar [...] el término de su vida inconforme de empleado de gobierno.” Aunque no era demasiado buen mozo y solo había terminado la primaria y tenía encima apenas “una mano de barniz” por el roce mundano, se embarca en una “larga campaña de conquistas”, instala una *garçonnière* donde lo visitan tres amantes y dedica su vida a las mujeres y a las fiestas.

El protagonista de “El honor de los Vallejo”, de Carlos Muzio Sáenz Peña, Roberto, el joven hijo de la familia de tal apellido, vive la conquista como un verdadero deporte.¹⁴⁰ Para él, “no había mujeres despreciables. [...] Era el sexo lo que lo atraía; la mujer, las mujeres, no importa quiénes ni cómo fueran.”

En “El culto del odio”, de Augusto Vaccari, Don Tomás cuenta allí la historia que lo llevó a la perdición.¹⁴¹ Un amigo suyo le había pedido ayuda para Octavio, un muchacho que había dilapidado la fortuna heredada y necesitaba hospedaje. Según la recomendación, bastaría con brindarle “una nueva oportunidad para regenerarse”, pues ya “se ha[bía] convencido de que era preciso trabajar para vivir.” Sin embargo, una vez en la estancia, el joven porteño subyugó con su trato simpático y elegante a la mujer de don Tomás. Tan “deportiva” era la actividad de seducción que, no contento con rendir a la esposa del protagonista, la emprende luego con la hija del matrimonio, una joven de apenas 16 años.

Más adelante veremos qué vinculación hay entre lo que llamaremos el índice de *depredación* y la dominación de clase. Por ahora, en el nivel fenomenológico en el que todavía nos movemos, el de las ocupaciones, vemos cómo el varón con tiempo libre lo usa, respaldado económicamente, para cumplir (e imponer) las formas sociales de la ceremonia amorosa. Es en este campo que estas formas de amor, construidas bajo el capitalismo, pertenecen al terreno de la libertad y no al de la necesidad. El amor es un ejercicio libre para quien tiene medios a su disposición. Sin embargo, el protagonismo no dice nada acerca de la valoración de los personajes ni de sus logros y sanciones. Queda por ver si esa actividad

¹³⁹LNS, n° 45.

¹⁴⁰LNS, n° 161.

¹⁴¹LNS, n° 256.

amorosa tiene resultados favorables o no. Vale decir, siendo ellos quienes imponen las reglas de juego y tienen la sartén por el mango, ¿aún así ganan la partida? Más adelante nos ocuparemos de ello. Tampoco nos habla directamente de los productores ni de los receptores; solamente nos indica que, tanto para el receptor como para los que escribían, los usos y costumbres de los varones con recursos eran un problema y un foco de interés. ¿Por qué?

Otro elemento que destaca en el cuadro de las ocupaciones masculinas es la importante presencia de las profesiones liberales, los artistas y los empleados. Entre los primeros tenemos sobre todo a médicos y abogados, muy pocos ingenieros y personal técnico. Indudablemente, un reflejo de la estructura productiva de la Argentina, que muestra, finalmente, el contenido ocupacional que suele tener la “clase media” en nuestro país. El peso simbólico de médicos y abogados en la vida cultural de la Argentina, no necesita ser remarcado y contrasta notablemente con el lugar de los científicos (apenas 4, 1% del total). Vayan unos pocos ejemplos. Tanto en “El tul violeta” de la Sra. de Orlandiz, como en “Confesiones de una mujer” de César Carrizo y “La viuda rica, con un ojo llora y con el otro repica” de Alfredo Duhau, los protagonistas del conflicto sentimental son médicos.¹⁴² En “Destinos truncados” y “El aroma del perdón”, ambas de Alfredo Palacios Mendoza y en “El último encuentro” de Julio Llanos, abogados.¹⁴³ “La serena prosa” de Arturo Giménez Pastor presenta la siguiente particularidad: el protagonista (el “bueno”) es médico y su antagonista, abogado (el “malo”).¹⁴⁴

Entre los artistas, por su parte, ocupan un lugar destacado los escritores, hecho que tiene notables consecuencias a la hora de entender quién habla de quién en *LNS*. Apenas mencionaremos tres ejemplos de todos los que hay. En “La esfinge” de Julio del Romero Leyva, Avyel es un novelista que “no tiene más capital que su pluma” y está enamorado de la hija de un médico famoso, dueño de una clínica. Este amor, que enfrenta los obstáculos de rigor, esta vez sale airoso.¹⁴⁵ “El último brindis” de César Carrizo es la trágica historia de Jaime de Molina, escritor, casado con una actriz; el artista se enferma y no puede mantener su ritmo de trabajo, situación que lo lleva a un desenlace fatal.¹⁴⁶ Volveremos más adelante sobre este texto. Señalemos, de pasada, que no es una cuestión menor que el autor se identifique con el protagonista, al otorgarle un apellido que es la inversión del suyo (Leyva-Avyel). Ya hablamos de la triple identificación que busca el autor de *LNS*: el autor y el lector a través del personaje: “estas cosas que nos pasan a nosotros...”

En la ya examinada “Chez Mme. Lucie, robes & manteaux”, también de Julio del Romero Leyva¹⁴⁷, Valeryo Remo, el artista en peligro por los gastos de su esposa, necesita creerse independiente (“Es su ensueño... deberlo todo a su propio esfuerzo”), pero en el fondo se encuentra atrapado por una gruesa cadena, que no puede ver por causa de su inconsciencia. Vemos cómo la caracterización del

¹⁴²*LNS*, n° 21, 53 y 73 respectivamente.

¹⁴³*LNS*, n° 99, 140 y 102, respectivamente.

¹⁴⁴*LNS*, n° 64.

¹⁴⁵*LNS*, n° 18.

¹⁴⁶*LNS*, n° 36.

¹⁴⁷Véase capítulo 4.

artista pequeñoburgués se va perfilando: independiente de la burguesía, como para llevar al papel lo que desea cuando la necesidad económica no lo pone en ese brete, no se mezcla con la clase dominante porque no tiene la misma ideología que ellos ni sus modos de vida. Liberado de esa atadura podrá desempeñar una tarea autónoma, que depende solo de sí mismo. La pequeña burguesía es el reino de la voluntad y el esfuerzo individual que, como vimos en “El último brindis”, se estrella contra la realidad que le impone la crisis social. Los personajes pertenecientes a estas categorías ocupan un lugar particular en el conflicto sentimental. Lo entenderemos más adelante cuando transformemos estas categorías en clases sociales.

Se puede apreciar, en el cuadro, la simpleza de las categorías que remiten al mundo del trabajo. No hay mucha sutileza al hablar del obrero. El obrero es simplemente obrero. A lo sumo, pueden encontrarse variantes como “indio” o “gaucho”. Veremos que esta displicencia categorial se corresponde con la relativa poca importancia que este segmento social ocupa en el conflicto sentimental privilegiado en *LNS*.

Por último, una observación con respecto a los protagonistas de la *cuestión social*. Los maximalistas, los socialistas, los anarquistas en tanto los movilizadores de esa *cuestión* aparecen representados muy escasamente, apenas 11 casos. Si bien no es correcto señalar que “el ideario socialista en sus distintas vertientes” está ausente en *LNS*, (Minguzzi 1999) porque hay textos en los que aparece, al menos parcialmente (*Hipódromo*, de Mario Bravo, *LNS* n° 27; *Amor y bolcheviquismo*, de Canseway Britos, *LNS* n° 128; por ejemplo), es cierto que pocos autores manifiestan esas posiciones directamente. Esto no significa que la *cuestión social* esté presente únicamente en esos textos. Por empezar, porque la *cuestión social* es el tema de debate de todas las ideologías de la época, dentro y fuera de la clase obrera, sobre todo fuera. El debate político (y, por ende, los programas que lo expresan) está muy presente en *LNS*, normalmente vehiculado por autores no socialistas o anarquistas. Pero, además, porque, al considerar por político solamente aquello que se observa a nivel superficial, de la trama, se olvida que las manifestaciones de lo familiar, de lo personal, de lo amoroso, también son sociales y, por ende, objeto de la política. El corpus no hace silencio acerca de la *cuestión social* por el hecho fenoménico de que no hable de programas partidarios de manera explícita en su gran mayoría, o que los autores que expresan los programas de los protagonistas de la *cuestión social* sean una minoría en él. Tampoco, porque los personajes de las novelas no tengan adscripción política correspondiente a los partidos de la clase obrera. Como argumentaremos más adelante, la *cuestión social* aparece, mediatizada por el conflicto de clase, como *desorden* de los sentimientos, un desorden que manifiesta ese desorden social que gesta esa problemática llamada *cuestión social*. En ese sentido, más importante es la adscripción de clase de los personajes que su orientación ideológica, porque la primera es ya suficiente motivo de preocupación: qué hacer con los obreros, ese es el problema. Precisamente, por eso se habla de *cuestión social*, que, en la época, da por supuesta una adscripción ideológica subversiva (“obrero=anarquista”; “obrero=bolchevique”). Es decir, la escasa presencia de autores y protagonistas portadores de ideologías

explícitas de “izquierda” en el corpus, no es indicador del escaso contenido “social” de *LNS* (es decir, del dominio de lo “sentimental”, en el sentido de “conservador”). En todo caso, demuestra que quien habla en ellas, pertenece a otra ideología. Como ya hemos visto, representa una alianza social progresista en la cual predomina la cercanía con el radicalismo.

Veamos ahora los personajes femeninos. En el gráfico siguiente se observa con más amplitud lo señalado más arriba, amén de permitir otras conclusiones.

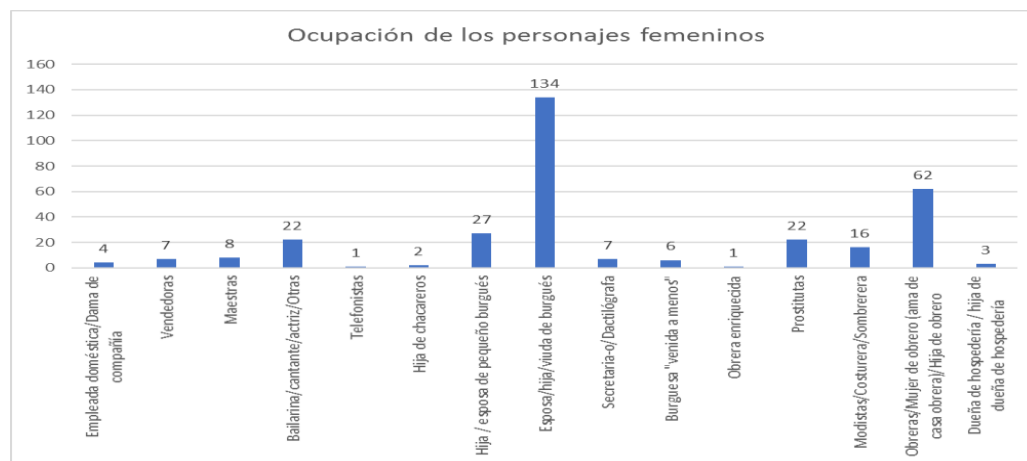


Gráfico 5 (Fuente: Base)

El análisis de las ocupaciones femeninas muestra que las mujeres aparecen como “propiedad familiar” de un varón: son hijas, esposas, viudas de. No casualmente, uno de los tópicos recurrentes del corpus es el de la “esclava moderna”, para referirse al lugar de la esposa una vez contraído el matrimonio (una de las novelas de Sara Montes lleva, precisamente, ese nombre, “La esclava moderna”¹⁴⁸). El problema fundamental era el de la indisolubilidad del vínculo y, en ese sentido, aparece en el corpus de manera explícita el problema de la inexistencia de una ley de divorcio y sus consecuencias. Como veremos más adelante, el tema del divorcio está latente en casi todas las novelas en las que el tema central alude a la imposibilidad de la unión de los amantes por el compromiso asumido por alguno de ellos. Hay un pequeño núcleo, sin embargo, donde el asunto se trata explícitamente, de modo programático. En ellas aparecen, también explícitamente, las soluciones posibles, en ausencia de una ley de divorcio. Algunas resuelven el dilema ubicando la acción en otro país o trasladando a los personajes a Montevideo. En otras, uno de los cónyuges mata al otro, uno de ellos se suicida o enviuda.¹⁴⁹ Volveremos más adelante sobre este tema. Dejemos asentado que el divorcio, un tema que *a priori*, se

¹⁴⁸*LNS*, n° 216.

¹⁴⁹En “La historia de la muchacha” de Agustín Remón (n° 47) transcurre un divorcio en EE.UU. En “La voluptuosidad del poder” de Pedro Sondereguer (n° 20) y “El escándalo de la Av. Alvear” de Elsa Norton (n° 178) la resolución se encuentra en la capital de Uruguay. Lo mismo pasa en “El zorro gris” de Héctor Olivera Lavié (n° 221), único ejemplo de obreros que se van a Montevideo y se casan allí. “El amigo de mi marido” de Elsa Norton (n° 249), plantea una variante en el tema del “viaje”: su traslado a París le permite, más que divorciarse, escapar a la mirada condenatoria de la sociedad burguesa porteña. Asesinato de uno de ellos: “Carne triunfal” (n° 82) de Amado Villar; “Matar por amor” de Otto Miguel Cione (n° 145) y “A cadena perpetua” de Enrique Richard Lavalle (n° 207). Suicidio: “La esclava moderna”, Sara Montes, (n° 216). Viudez: “La divorciada”, de F. García Beltrán (n° 209).

piensa como fundamental para la igualdad de derechos entre varones y mujeres, no era en este corpus una preocupación que se distribuyera de manera equilibrada entre las clases, pues era un problema para la burguesía y la pequeña burguesía (y en particular, para las mujeres), pero no para la clase obrera.

3. El análisis de clase

El análisis fenoménico que hemos realizado nos revela ya un conjunto de problemas importantes cuya resolución solo es posible si avanzamos en la ubicación social de nuestros personajes. En primer lugar, veremos una serie de cuestiones metodológicas, atinentes a la transformación de las categorías ocupacionales en categorías de clase.

En efecto, las categorías ocupacionales son ambiguas en términos de clase, en general. Suelen contener más de una posición de clase. Por ejemplo: el gerente de una multinacional puede ser un asalariado igual que cualquier obrero. En la clasificación profesional, un “asalariado” o “empleado” no es necesariamente un obrero. Lo mismo sucede con otras como “jefe”: puede entenderse por tal un burgués o un simple asalariado encargado de una sección. En nuestra clasificación hay muchas categorías ocupacionales que ocultan varias posiciones de clase diferentes en su interior. La única forma de distinguirlas es apelar a elementos textuales que completan la descripción del personaje: modo de vida, relaciones, apariencia, consideración social, ingresos, etc. Obviamente, como en el punto siguiente, el sexo del personaje altera radicalmente su consideración de clase en muchos casos.

Otro problema se plantea cuando una categoría ocupacional no es estrictamente tal, es decir, remite a una caracterización del orden de lo cultural, como “niño bien”, “dandy”, “anarquista” o “bohemio”. No se trata de ocupaciones en sentido estricto (aunque las hemos considerado tales), porque operan en el ámbito de las figuras culturales, armadas en torno a lo moral y/o político. En este caso, tanto para una clasificación ocupacional como de clase es necesario prestar atención a esos significados culturales. En lo que sigue, describiremos la forma en que hemos extraído de esas categorías ocupacionales/culturales las categorías de clase que les corresponden. Empezaremos por desbrozar las más ambiguas.

Las categorías ambiguas

Hay un conjunto de categorías ocupacionales y culturales que no reflejan ningún contenido específico de clase. En estos casos, procedimos a ubicar a los personajes en la clase a la que corresponden según indicios indirectos (nivel de ingresos, modo de vida, vinculaciones sociales, familia de origen, etc.). Así, un estudiante que sobrevive modestamente con los ahorros que le enviaba su padre chacarero de vez en cuando, es categorizado como “pequeñoburgués”, porque su padre lo es y la fuente con la que reproduce su vida es esa, aunque su nivel de vida sea peor que el de un obrero asalariado. Uno que, por

el contrario, gasta sus días alegremente de cabaret en cabaret, en los que seduce mujeres con su ropa cara y su automóvil de lujo, es indudablemente un burgués. Mediante este tipo de indicios hemos confeccionado los siguientes gráficos, separando varones de mujeres.

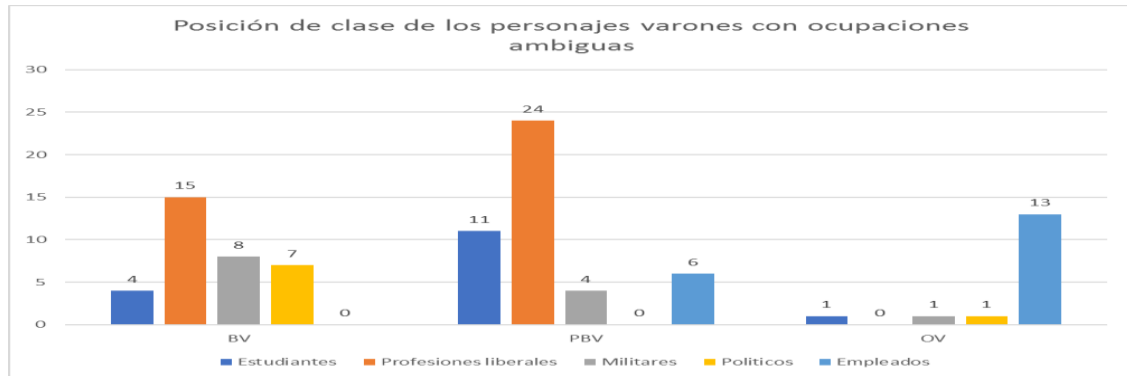


Gráfico 6 (Fuente: Base)

Como vemos, cada una de estas categorías ocupacionales encubre hasta tres posiciones de clase distintas. Lo mismo sucede con las mujeres:

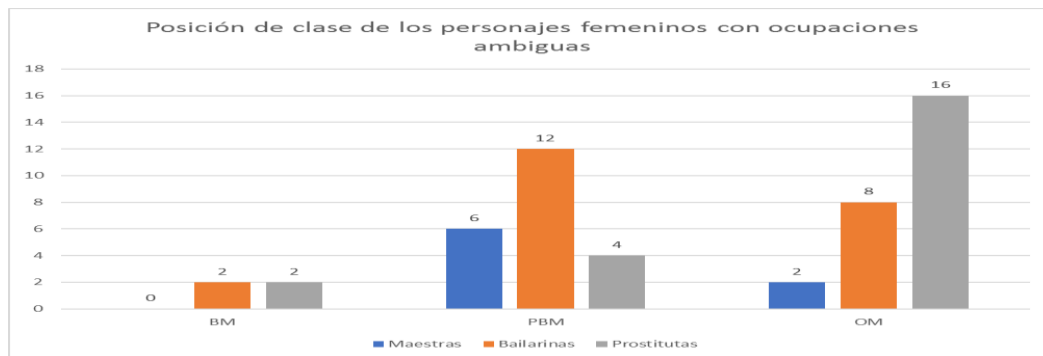


Gráfico 7 (Fuente: Base)

A partir de aquí ya podemos sumar los datos obtenidos a los que se obtienen de manera más directa dada la claridad con la que apuntan a una posición de clase.

Burguesía

Llamamos “burguesía” a todos aquellos que son dueños de medios de producción y no están implicados en la producción en forma directa, limitándose su intervención a la gestión del capital. (Sartelli 2014) Hay categorías ocupacionales y culturales muy explícitas sobre su contenido de clase y que no ofrecen demasiados problemas para ubicarlas en el campo burgués (aprovechamos, de paso, para separarlos también por género). Eso sucede con Terrateniente (21), Empresario / Industrial / Rentista

(43), Niño bien (32), Dandy (8), Diplomático (2), Burgués venido a menos (7), Jefe (5). Hay en total, entonces, 118 personajes claramente burgueses varones. Incluyendo las categorías ambiguas, tenemos 4 Estudiantes, 15 Profesiones liberales, 8 Militares y 7 Políticos. Lo que nos da un total de 152.

Con mayor facilidad se pueden separar las burguesas: Esposa, hija o viuda de burgués (134), Burguesa venida a menos (6). En total, 140 Burguesas. Incluyendo las categorías ambiguas, tenemos que agregar solo 2 Prostitutas y 2 Bailarinas. O sea, 144. El total de personajes burgueses sin consideración de sexo e incluyendo las categorías ambiguas, asciende a 296.

Pequeña burguesía

La pequeña burguesía es aquella categoría social cuya característica principal es la de poseer medios de producción (y, por lo tanto, no ser un obrero) pero de una magnitud tal que no puede abandonar el mundo de la producción directa (y, por lo tanto, ser un burgués). Ocupa un lugar intermedio entre capitalistas y proletarios, pero no es una clase sino la capa más pobre de la burguesía. El terreno de las categorías pequeñoburguesas es el más complejo. Las que pueden definirse sin mayores dudas como pequeñoburguesas son: Artista / Escritor / Torero (38)¹⁵⁰, Periodista (9), Hijo de pequeñoburgués (2), Bohemio (5), Científico (4). En total, 58 pequeñoburgueses varones, a los que hay que sumarles 11 estudiantes, 24 profesionales liberales, 4 militares y 6 empleados. Un total de 103 personajes.

Veamos ahora las mujeres: Hija de chacarero (2), Dueña de hospedería (3), Hija o esposa de pequeñoburgués (27). Son 32 casos a los que sumaremos 6 Maestras, 12 Bailarinas y 4 Prostitutas. En total, 54 mujeres que junto con los varones de su fracción de clase serán 157.

Clase obrera

Definimos como integrante de la clase obrera a todo aquel que carece de medios de producción y de vida y debe reproducir su existencia a través del trabajo asalariado. Igual que en el caso de la burguesía, hay categorías ocupacionales o culturales que no ofrecen mayores dificultades para incluirlas en la clase obrera, en este caso, de los varones: Anarquista, bolchevique, socialista (11), Empleado de iglesia (1), Indio (1), Gaucho, peón de estancia (14), Obrero enriquecido (3), Lumpen/mendigos y ladrones (5), Obreros, esclavos, vasallos o súbditos (35). En total, 70 personajes claramente obreros.¹⁵¹

¹⁵⁰El grupo está armado con el criterio general de Artistas (varones), hombres relacionados con el mundo del arte o del espectáculo. En la época, los toreros (e incluso tiempo después aún) eran celebridades, aun cuando no hubiera aquí corridas de toros, dada la gran cantidad de inmigración española que había llegado a nuestro país. Por otra parte, de los 38 casos totales, solo 4 son toreros (y dos de esas novelas son de autor español). Es un caso similar al de las tonadilleras, que han sido consideradas en el grupo de Artistas mujeres.

¹⁵¹El "lumpenproletariado" no es estrictamente hablando, parte de la clase obrera. Aquí lo incluimos allí por comodidad, dada la escasa relevancia de estos personajes en *LNS*.

Agregando las categorías ambiguas, tenemos: 1 estudiante, 1 militar, 1 político y 13 empleados. Un total de 86 personajes obreros varones.

Las mujeres claramente obreras son las siguientes: Empleada doméstica, dama de compañía (4), Vendedoras (7), Telefonistas (1), Secretarias / dactilógrafas (7), Obrera enriquecida (1), Modistas / Costureras / Sombrereras (16), Obrera o mujer de obrero (61). En total, 98 casos. Las obreras pertenecientes a las ocupaciones ambiguas se distribuyen de la siguiente manera: 2 maestras, 8 bailarinas y 16 prostitutas. Ahora tenemos en total 124. Sumadas a los varones, nos da un total de 210.

Un primer balance de clase

Si observamos el gráfico siguiente, veremos que la pequeña burguesía parece ser una protagonista menor del drama sentimental, en tanto que sus personajes ocupan menos espacio que el resto: casi la mitad de los personajes son burgueses, un tercio obreros y un cuarto, pequñoburgueses. Hasta aquí, nos inclinaríamos a decir que el núcleo del problema en *LNS* pasa por un enfrentamiento entre las clases antagónicas.

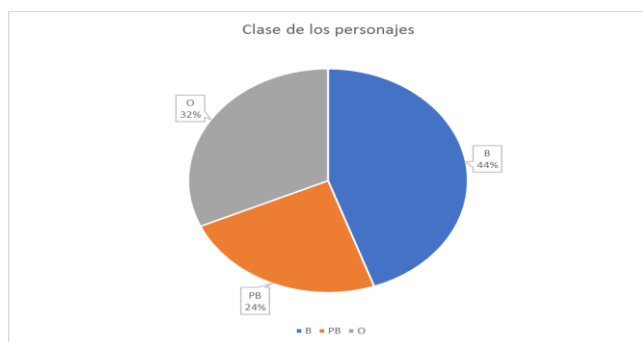


Gráfico 8 (Fuente: Base)

Sin embargo, cuando se agrega la variable de sexo, las cosas cambian:

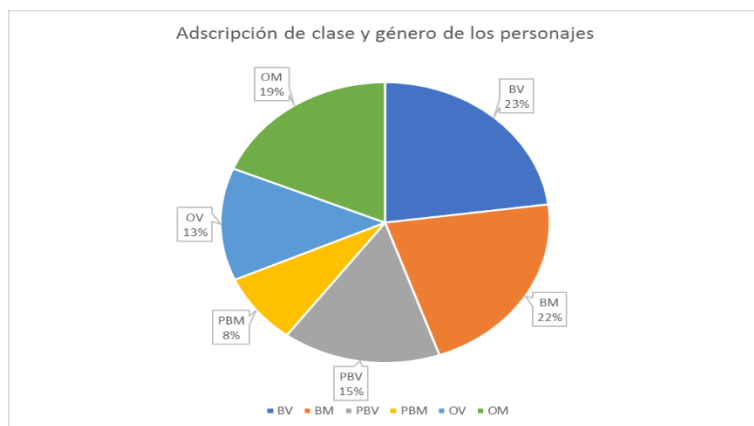


Gráfico 9 (Fuente: Base)

Aquí se observa cómo la presencia del obrero varón se diluye, junto con la pequeño-burguesa. Cobran protagonismo los varones burgueses y pequeño-burgueses, que se disputan, como veremos más adelante, mujeres obreras y burguesas por partes iguales. El conflicto aparece ahora desplazado y parece insinuarse una alianza entre varones subalternos dirigida por la pequeña burguesía, en defensa de sus mujeres. Esta conclusión, que parece tirada de los pelos, es en realidad la confesión de que ya sabemos para dónde va realmente la historia. Recuerde el lector aquello de “orden de la investigación”-“orden de la exposición” y sabrá perdonarnos esta revelación anticipada.

4. Líneas de conflicto

Para avanzar en el sentido que acabamos de presentar, es necesario ahora examinar las líneas de conflicto entre las clases. Esta no es una elección arbitraria, puest que otras líneas alternativas de conflicto en la época (conflictos étnicos, por ejemplo) son muy poco relevantes, ya sea bajo la forma del antisemitismo¹⁵² o del temor al extranjero en general. Lo mismo sucede con enfrentamientos de tipo religioso. En sentido estricto, el conflicto amoroso en *LNS* aparece como un conflicto de clase, ya sea entre clases, motivado por las diferencias sociales, o dentro de la propia clase, anclados en razones que pueden rastrearse en las condiciones de existencia. Es por ello que rechazamos la idea de que la *cuestión social* se encuentre por fuera de la novela sentimental o se exprese solo allí donde el conflicto social se hace explícito. *LNS* es directamente social y el amor es el vehículo para expresarlo.

La primera conclusión que podemos exponer es que los conflictos étnicos son prácticamente inexistentes. Ninguna etnia o religión representa un problema serio para *LNS*, ni judíos ni indios, ni extranjeros. Llamativamente, las dificultades sociales no están planteadas (*locus* clásico desde comienzos del siglo XX), bajo el tópico del extranjero peligroso. Para los productores de este corpus, en general los inmigrantes no son problemáticos y la crisis desencadenada tiene como factores del enfrentamiento a otros actores que, en principio, forman parte de las clases protagonistas de la vida social local. El siguiente gráfico lo demuestra:

¹⁵²Hemos analizado esta variable en un estudio de caso en “Colores primarios: Clase, género y relaciones interétnicas en la novela de circulación periódica (1917-1922)”, ponencia presentada en Primer encuentro de discusión de avances de investigación sobre Diversidad Cultural. Segundas jornadas Experiencias de la Diversidad. Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario, 11 al 13 de mayo de 2006. El caso de Olga Vasilieff muestra cómo la lucha de clases (y como consecuencia, la imposibilidad del amor) aparece superficialmente como diferencia étnica (antisemitismo). Da cuenta de cómo en la época se esconde tras el mote de “judío” el “peligro maximalista”. Viñas señala esto mismo en *Literatura argentina y política*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p.p.188-9: “[...] esos argumentos raciales venían encubriendo un conflicto de clases [...]”

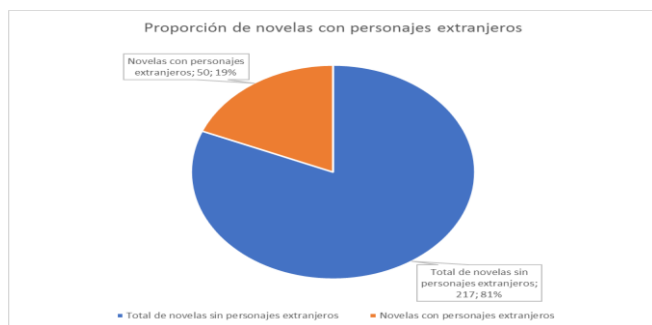


Gráfico 10 (Fuente: Base)

Sobre un total de 267 novelas, apenas 50 tienen personajes extranjeros con alguna importancia en la trama. Se excluyen aquí las novelas de autores extranjeros que no viven en la Argentina y que representan situaciones de sus países de origen (como es el caso de los varios autores brasileños y de otras nacionalidades que pueblan el corpus) o de autores locales que prefieren escenarios exóticos para tramas en las que lo extranjero no ocupa un lugar relevante (como las novelas de Julián de Charras).¹⁵³

No obstante, buceando en el interior de ese pequeño corpus de menos del 20% del total de novelas semanales, encontramos que la problemática del extranjero es todavía menos importante. De hecho, de esos 50 casos, en 15 (un 29%), la presencia del extranjero no tiene ningún valor para la trama, lo que reduce este pequeño corpus a 35 casos.

¹⁵³Las novelas de José López Silva, son ejemplo del primer caso; o los brasileños Gustavo Barroso (“Mosquita muerta”, n° 172), Coelho Netto (“Segundas nupcias” n° 94), Monteiro Lobato (“Alma negra”, n° 183), Cyro de Azevedo (“Dorios”, n° 30) y Claudio de Souza (“La conversión”, n° 35), del segundo. “La ciudad del amor y de la muerte” (n° 12), “Le jour de gloire est arrivé” (n° 54), “El camino del ensueño” (n° 78), “Más fuerte que el destino” (n° 103), “Marión, la cortesana” (n° 220), “El hombre de la capa roja” (n° 267), todas de Julián de Charras, hablan del caso peculiar de un autor cuya única novela situada en nuestro ambiente y en su época es “La salvaje” (n° 245). Observación: conservamos el apellido de los autores tal como aparecen en las publicaciones originales, tal es el caso de “Henrique Coelho Netto”.

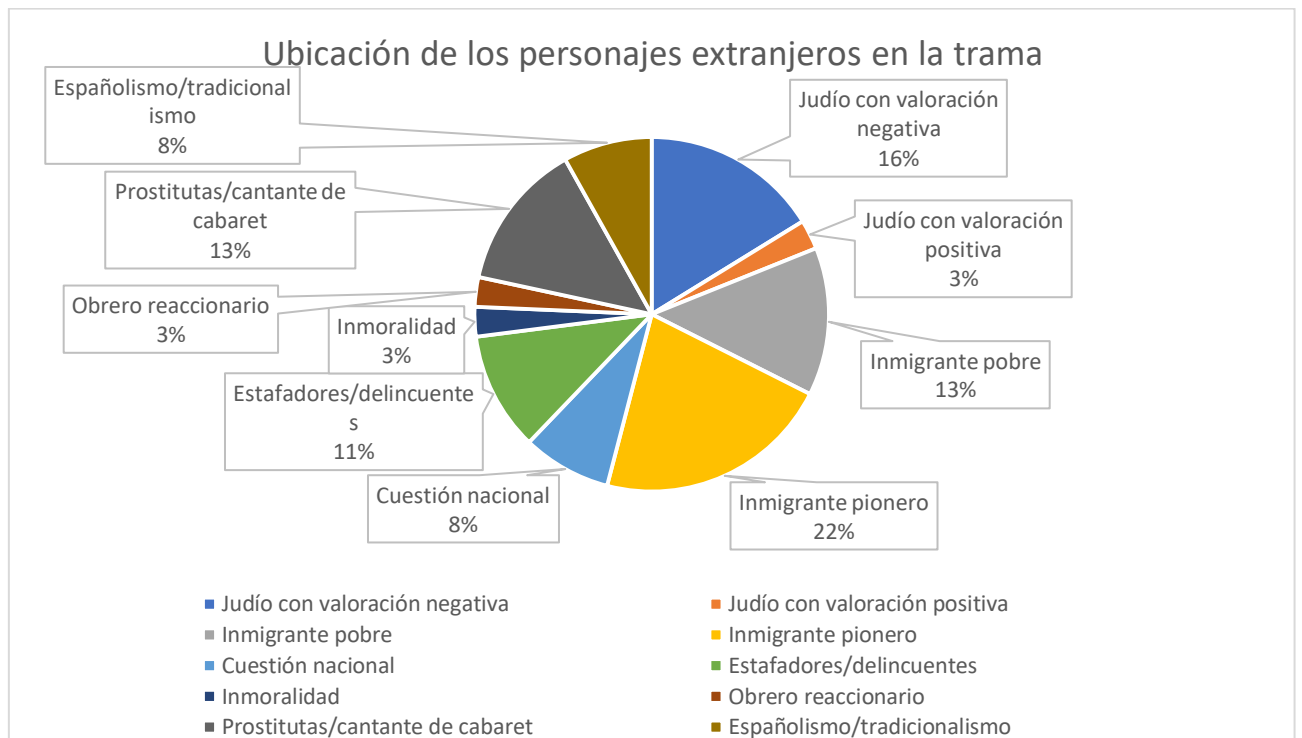


Gráfico 11 (Fuente: Base)

Claramente observamos que la situación del extranjero en *LNS* dista de lo que se esperaba. Por un lado, no es tan importante en general, lo que de alguna manera cuestiona la hipótesis de la “nacionalización”. Tampoco son relevantes los siguientes mitos: el del extranjero peligroso, el del arribista, el del judío ambicioso o maximalista, etc. Por ejemplo, cuando se presenta al extranjero común y corriente suele tratarse o del inmigrante pionero burgués (22%) o del inmigrante pobre (13%). En el primer caso, existe la crítica al estilo “Julián Martel”¹⁵⁴, pero también la reivindicación del pionero burgués frente a la indolencia y decadencia del burgués local. En el segundo caso, más que al extranjero peligroso políticamente hablando, los textos representan los dramas de la vida obrera. Se trata centralmente de las novelas de Héctor Pedro Blomberg, de quien hablaremos más adelante. Existe incluso un caso en el que el obrero extranjero es cuestionado por reaccionario. Las novelas antisemitas (caracterización que en varios de los 6 casos que encontramos resultaría más bien excesiva) son muy pocas. Existen incluso, sus contrapartes, es decir, textos que defienden al judío o son directamente contrarios al antisemitismo. Hay un pequeño grupo de novelas en las cuales el extranjero aparece como estafador o inmoral (11 y 3% respectivamente) y un 13% de casos en los que una ocupación que suele ser valorada negativamente en términos morales, aparece ligada a la extranjería: es el caso de las prostitutas y cantantes de cabaret. Si bien se trata de solo 5 casos, de los cuales 4 son prostitutas,

¹⁵⁴El periodista y escritor José María Miró (1867-1896) se hizo conocido bajo el seudónimo de Julián Martel. Su texto más conocido es la novela *La Bolsa* (1898), publicado como folletín en el diario *La Nación*. La intención del autor de explicar con *exemplum* ficcional la crisis económica de 1890 queda clara ya desde el subtítulo que da a su obra: *Estudio social*. Será entonces una tesis sociológica y moral a la vez, en la cual plantea que dicha crisis fue producto del arribismo de la nueva burguesía de origen judío.

recordemos que en la totalidad del corpus general las prostitutas son 22, lo que da cierta inclinación a asociar una cosa con otra.

Un conjunto interesante, pero muy reducido, son las novelas donde los extranjeros no están presentes pero el autor se refiere a lo nacional por oposición a lo foráneo, como César Carrizo, a quien examinaremos en un próximo capítulo. Su caso es interesante por el lugar que otorga al indio en la construcción de la nación. Una forma de presentación de lo nacional es la reivindicación de lo español y lo tradicional al estilo Enrique Larreta. Es la particularidad que aporta al corpus Pilar de Lusarreta.

A pesar de estos ejemplos, en *LNS* el conflicto se lee, de manera notoria, en términos de poder y dinero, es decir, de clase. De clase y sexo, sospechará el lector. Y efectivamente es así. Como se verá en lo que sigue, el orden de clase se organiza a través de un orden entre los sexos.

El conflicto de clase

Veamos ahora los números: si discriminamos los conflictos que se producen entre fracciones y clases de los que se desarrollan dentro de la misma clase, se observa que el foco favorece el examen de la situación dentro de las clases antes que el conflicto entre clases (190 casos frente a 153 que suman todas las combinaciones). Esto significa que el clásico “joven (caballero) rico-bella pobre” no es el caso predominante en el corpus. Veremos luego que el 45% de conflictos interclasistas tampoco se reduce a eso. Antes que mostrar la batalla entre las clases antagónicas en el campo del amor, los autores prefieren exponer las conductas, comportamientos y resultados de los unos y de los otros por separado y dentro de su propia clase (Gráfico 12).

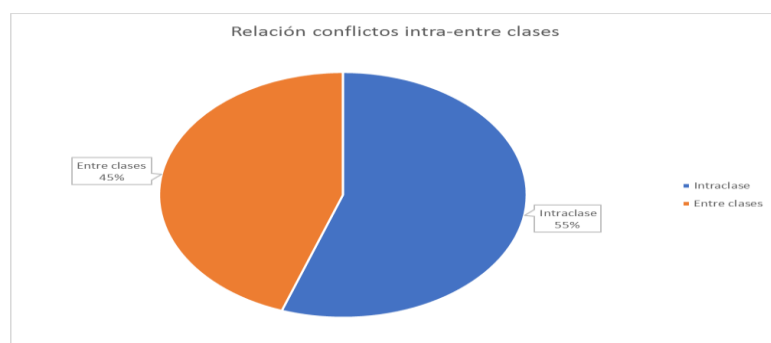


Gráfico 12 (Fuente: Base)

Ahora bien, si ponemos el foco en los conflictos intraclase tal como se reflejan en el gráfico siguiente, encontramos que el objeto de examen privilegiado es la burguesía (52% del total). Siguen los obreros con el 31%. Los pequeñoburgueses (los autores del corpus en su mayoría forman parte de esta fracción de clase) solo se examinan a sí mismos en un escaso 17% (Gráfico 13). En este sentido, podemos

decir que, dada la posición de clase de los productores, los escritores se constituyen en el fiel de la balanza. Son la voz crítica de las clases que se enfrentan¹⁵⁵, en tanto ellos hablan poco de sí mismos, sobre lo que pasa puertas adentro de sus hogares. Básicamente observan y juzgan a otros desde afuera. Se constituyen en el *aurea mediocritas*, el hombre medio, el equilibrio y, por lo tanto, la voz del juicio, en su doble acepción (lo racional y la ley), tal como lo enuncia Francisco Beiró:

“Tampoco admitimos nosotros diferencias de clases; no aceptamos que las haya en la República Argentina [...] No desconocemos que haya conflictos entre el capital y el trabajo, pero no aceptamos que haya una clase proletaria y una clase capitalista. ¡Si el 95% de los argentinos descendemos de lo que en Europa se llama clase proletaria! No conviene, tampoco, introducir en la nueva América, aquí donde se alzan ideales de solidaridad humana, estos sentimientos de odio por diferencias de raza, religión o clase.” (Rock 1984: 131)¹⁵⁶

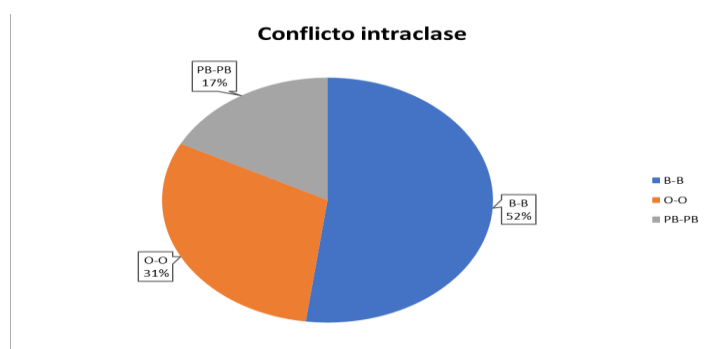


Gráfico 13 (Fuente: Base)

Si contabilizamos los casos de conflictos entre clases (Gráfico 14), vemos que la burguesía aparece involucrada en un 77% de situaciones; en tanto que el enfrentamiento amoroso entre el proletariado y la burguesía se lleva un 41% de los casos. Con todo, el conflicto entre los varones de la clase dominante y las mujeres obreras alcanza un 31%. Uno de cada tres conflictos amorosos involucra a un varón burgués y una mujer obrera. Apenas uno de cada diez, a una burguesa y un obrero.

¹⁵⁵Esta estrategia narrativa, esta posición del narrador que le permite "juzgar a otros desde afuera", no porta en sí misma una valoración de lo observado. Paradójicamente, es la misma posición del "poeta" (el propio Martel, burgués venido a menos) en *La Bolsa*.

¹⁵⁶Discurso de Francisco Beiró, colaborador de Yrigoyen y diputado radical entre 1918 y 1922, en la Cámara de Diputados, en el año 1919.

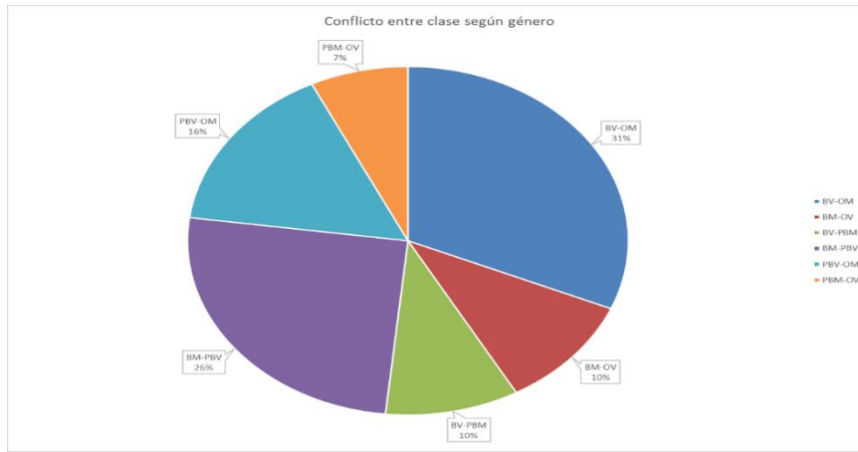


Gráfico 14 (Fuente: Base)

Observado en detalle, el conflicto entre clases más importante muestra un predominio de la relación entre los varones de la clase dominante y las obreras, frente a los varones de la clase trabajadora y las burguesas. Este conflicto no es, sin embargo, el dominante en todo el corpus, sino solo en el conflicto entre clases. Para aclarar este punto, veamos el siguiente cuadro que muestra todos los conflictos juntos.

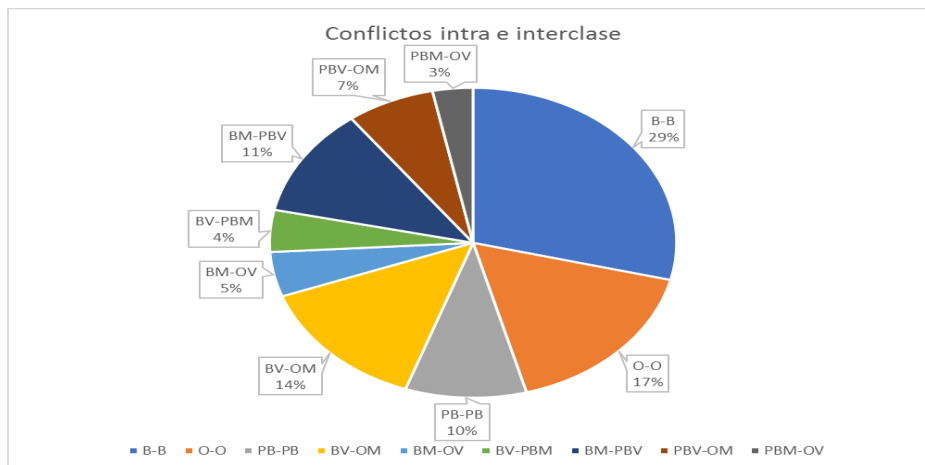


Gráfico 15 (Fuente: Base)

Como ahora podemos apreciar más claramente, el conflicto que reúne varones burgueses con mujeres obreras es el tercero en importancia, detrás de los que enfrentan a burgueses y burguesas y a obreros y obreras. Refleja el cruce de conflictos que suele dominar todas las tramas. El cuadro demuestra además que el arco conflictual de *LNS* es mucho más amplio que la “novela rosa”. Sin embargo, el conflicto entre varones burgueses y obreras nos abre una puerta a una dimensión de análisis más interesante que la simple consideración de la suerte de la “bella pobre”. Veamos entonces la relación entre conflictos cruzados, es decir, los protagonizados por burgueses y obreras y los que tienen como protagonistas a obreros y burguesas (Gráfico 16).

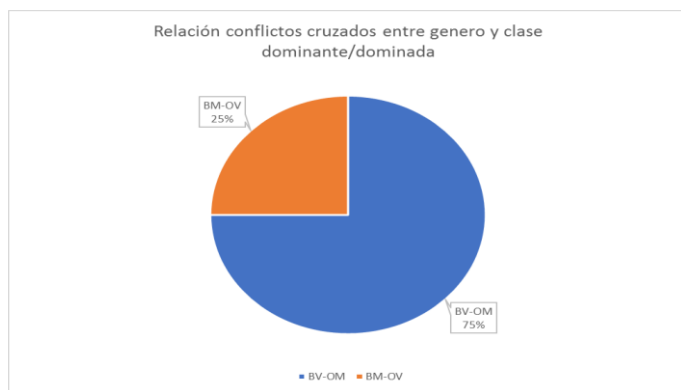


Gráfico 16 (Fuente: Base)

Lo que este gráfico nos dice es que la preocupación por la pérdida de una mujer, tema central en la trama general de *LNS* como veremos más abajo, está sin dudas más fuertemente instalada entre los obreros que entre los burgueses. Al mismo tiempo, que la posibilidad del ascenso social (y todos los peligros que ello acarrea) está más ligada a la obrera que al obrero.

La burguesía también se vincula con la fracción más débil de su clase y los números son, a primera vista, llamativos (Gráfico 17). En casi 3 de cada 4 casos, los varones de la pequeña burguesía se relacionan con mujeres de la clase dominante. Es decir, aquí la preocupación parece estar entre los burgueses por la pérdida del objeto mujer. Esto parece aludir al tema del arribismo como problemática burguesa típica de la época: piénsese en la etapa previa, de la generación del 80, con las marcas de Julián Martel y su impronta antisemita en *La bolsa*, o en *Cambaceres*, con su producción xenófoba.¹⁵⁷

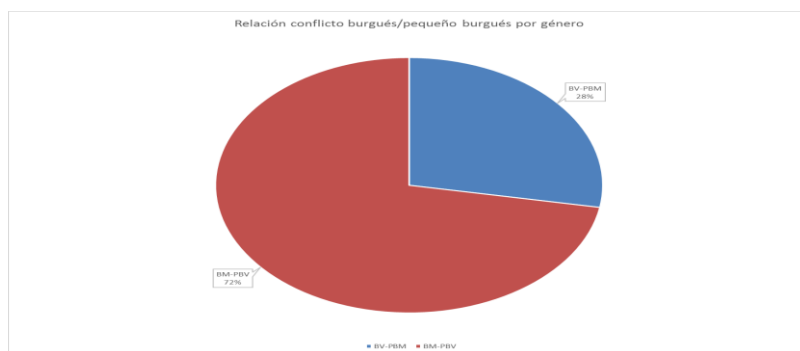


Gráfico 17 (Fuente: Base)

Sin embargo, puede leerse de otra manera: como la interdicción que interpone la propiedad al amor, impidiendo que se realice (piénsese en el problema del divorcio). Desde este punto de vista, más

¹⁵⁷Baste una cita breve de su segunda novela, *Música sentimental*, que apenas iniciada muestra de manera explícita la posición del narrador: “Lotes de pueblo vasco, hacienda cerril atracada por montones, en tropa, al muelle de pasajeros de Buenos Aires, diez o quince años antes, con un atado de trapos de coco azul sobre los hombros y zapatos de herraduras en los pies. Lecheros, horneros y ovejeros trasformados con la vuelta de los tiempos y la ayuda paciente y resignada de una labor bestial, en caballeros capitalistas que se vuelven a su tierra pagándose pasajes de primera para ellos y sus crías, pero siempre tan groseros y tan bárbaros como Dios los echó al mundo.”

que el temor burgués por la pérdida de la mujer, nos encontramos aquí con los límites que la propiedad pone al pequeñoburgués a la hora del amor. Es decir, del poder depredador del burgués, de su capacidad de apropiarse de mujeres de su clase y de las ajenas.

Volvamos un poco al gráfico sobre adscripción de sexo y clase de los personajes. Recuérdese que los personajes a los que nos referimos son siempre los protagonistas del conflicto, él y ella. Sin embargo, hay otros personajes. Nos interesa incorporar aquí uno cuya importancia en las tramas siempre es fundamental: el depredador. Como dijimos en relación al gráfico mencionado, el gran protagonista de *LNS* es el varón burgués. La burguesía tiene, habíamos visto allí, una presencia predominante, con un 44%. En segundo lugar, la clase obrera con un 31% y la pequeña burguesía con un 25%. Repitamos también que, con respecto al sexo, la clase dominante, igual que la pequeña burguesía, tiene más varones como protagonistas que mujeres, en tanto que esa proporción de representación genérica se invierte en el caso de la clase obrera. Se puede decir, entonces, que *LNS* reproduce la polaridad social como polaridad entre sexos. O lo que es lo mismo, que la polaridad de clase se reproduce como polaridad de sexos, confluyendo en este drama la explotación y la subordinación de las mujeres.

Es posible aquí postular una hipótesis que examinaremos más adelante, cuando analicemos con más detalle el “orden jerárquico entre los sexos”¹⁵⁸ de *LNS*: la representación del poder social en términos patriarcales se constituye a partir de una economía de la mujer, donde el poder opera expropiando de ellas a los dominados.¹⁵⁹ La mujer equivale aquí, en términos de acumulación del poder social, a la plusvalía. De allí que el conflicto social por la plusvalía aparezca transfigurado como el drama de la apropiación-expropiación de mujeres. Esto opera así tanto para el mantenimiento del orden (el burgués gana) como para la crítica y la resistencia a ese orden (el burgués pierde o su victoria es mostrada negativamente). Como ya dijimos, lo mismo vale para el pequeñoburgués, para quien esta situación aparece como la perspectiva de la expropiación (social-sexual) o también, como la del triunfo del amor, entendiéndose aquí amor como solidaridad de sexo/clase: el amor se impone a las barreras sociales. Dicho de otro modo, triunfa frente a las tendencias expropiatorias del capital. Esta perspectiva de la resistencia exitosa a entregar a la mujer/plusvalía puede ir desde posiciones reformistas (el amor triunfa) hasta otras revolucionarias en términos de clase/sexo (como en “La Venus del arrabal”, de Belisario Roldán¹⁶⁰).

Este tema, contrariamente a lo que sugiere la lectura literal de la Cenicienta, da lugar, en el corpus, a variantes ideológicamente distintas. En el caso de “La vendedora de Harrods”, sobre la que volveremos cuando analicemos el conjunto de las obras de Josué Quesada en *LNS*, vemos funcionar la misma lógica que expresa una ideología de tipo reformista pequeñoburguesa: ella, que es una obrera, se

¹⁵⁸Consideramos que el dimorfismo sexual es el elemento material en el cual se funda la jerarquía entre sexos llamada género: unas tareas asignadas por la sociedad y unas implicancias determinadas según sea el sexo de la persona.

¹⁵⁹Tal como veremos en el capítulo siguiente, donde lo analizaremos con más detalle, resulta de importancia aquí remitirse a Gayle Rubin y su texto “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, en *Revista Nueva Antropología*, México, nov. 1986.

¹⁶⁰*LNS*, n° 112.

enamora de un burgués.¹⁶¹ La economía del amor burgués sanciona la posibilidad de ese vínculo (Juan Manuel se casa con una burguesa); para saltar esa valla, la ficción permite el ascenso de clase de la protagonista, que se transforma, gracias a su talento y fidelidad al capital (Carmen se mantiene fiel y sigue amándolo a pesar de su traición) en pequeñoburguesa. El giro rupturista de la historia se encuentra en este punto: al final, ella no se va a vivir con él transformada en burguesa, sino él a vivir con ella transformado en pequeñoburgués. Aquí la plusvalía se transforma en el trabajo apropiado por el pequeñoburgués, ideal y utopía de la autonomía personal. Aquí, el amor triunfa a partir de esa autonomía personal, contra la imposición del capital del amor como plusvalía o subordinación sexual. Ambos personajes a partir de sus decisiones autónomas consiguen la base material que esas decisiones suponen, lejos del capital, por un lado, y del proletariado, por otro. El carácter feminista reformista de la obra no está dado por la renuncia de él a su riqueza o de ella a su condición de proletaria, sino por la afirmación de la posibilidad del ascenso social de la mujer.

En su camino, la protagonista ha abandonado a Luis, el obrero que ha perdido la vida, según ella cree, por este amor frustrado. Esto puede leerse como una traición de clase¹⁶² y, en cierto sentido, lo es. “La vendedora de Harrods” no es una novela que contenga una posibilidad revolucionaria, pero de ninguna manera es conservadora. Ella busca desarrollar la perspectiva de una vida autónoma, ideal tan caro al liberalismo como al anarquismo. En la época no puede ser sino leído desde la perspectiva feminista (una mujer elige su vida). Rechazar al obrero es rechazar una condición social que niega, para una mujer, esa perspectiva por partida doble, en términos de explotación y de subordinación, pero está claro que ella no intenta ser burguesa. Esa autonomía tiene inscrita en sí el ideal de la igualdad. Es la perspectiva del feminismo de la igualdad, que en la época era profundamente disruptivo. Esta perspectiva nos permite volver al tema de los “depredadores”. Habíamos dicho que este personaje, que la mayoría de las veces no es uno de los protagonistas del conflicto, resulta fundamental en muchas tramas. Aclaremos que no se trata de un simple “tercero en discordia”, sino de alguien que busca un objeto determinado, la mujer, más allá del sentimiento amoroso. Trata de apropiarse de ese objeto tomándolo de su legítimo dueño (en términos de lo que considera tal el corpus y que se aclarará más adelante cuando hablemos del orden entre los sexos), por el hecho de la apropiación misma (“deporte”, corrupción moral, etc.).

Si ahora observamos de nuevo el peso de los personajes según clase, incorporando a los depredadores (Gráfico 18), nos encontraremos que la burguesía ha extendido más su campo de acción: ha pasado del 44% al 48%. Pero todo ese avance se debe al burgués y nada a la burguesa. Este avance relativo obedece al retroceso porcentual de la obrera y el pequeñoburgués. El obrero, la burguesa y la

¹⁶¹LNS, n° 69.

¹⁶²Dos ejemplos más que van en el mismo sentido de la “traición”, en particular porque no hay necesidad que empuje a la mujer a entregarse a su enemigo de clase: “La hija del taller” de Julio Fingerit y “La costurerita que dió aquel mal paso...” de Josué Quesada. En estas, las mujeres que venden su amor a la burguesía son sancionadas.

pequeñoburguesa mantienen sus guarismos, lo que significa que han incorporado suficientes depredadores como para no caer en su importancia relativa. Queda aquí marcado ya que el PBV sufre la depredación más que el OV porque él mismo no suele constituirse en depredador. Lo mismo puede decirse de la OM. Entendemos mejor qué significaba esa presencia (que veíamos más arriba) del PBV en relación a la BM: no se trata tanto de arribismo, como de interdicción de los amores verdaderos por el capital. Que la BM y la PBM incorporen depredadoras muestra tanto el orden moral de LNS, teñido de paternalismo de clase (“las obreras siempre son buenas”), como la debilidad del OV para convertirse en depredador (porque en el fondo, desde esta perspectiva, la sociedad los hace “malos”).

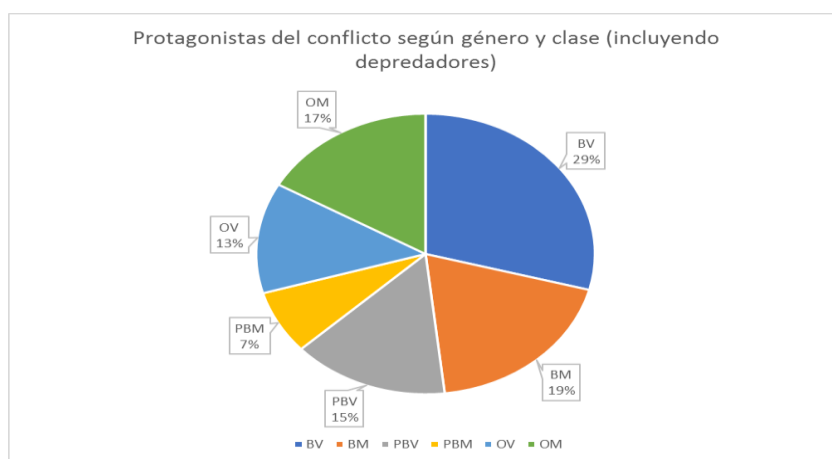


Gráfico 18 (Fuente: Base)

Veamos mejor esta relación depredador-depredado.

Depredadores y depredados

Intentamos aquí ver quién se queda con qué de quién. El gráfico siguiente tiene como objetivo revelar, dentro del colectivo *mujer*, el espacio que corresponde a cada clase con el propósito de mostrar cuál es su participación relativa dentro del universo de género total. En el acápite anterior señalábamos que las mujeres funcionan en este sistema como vehículo del poder, como objeto de apropiación. Este gráfico nos permitirá ver más adelante cómo se relaciona la clase social con la apropiación de las mujeres.

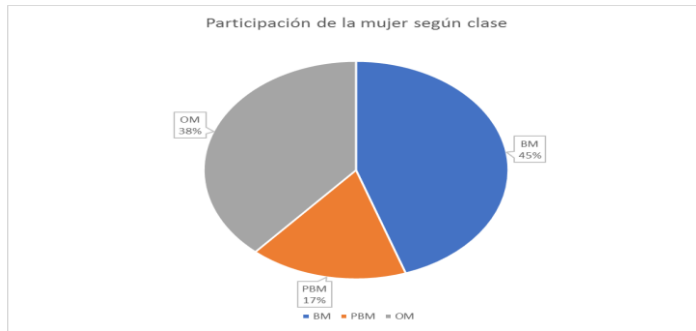


Gráfico 19 (Fuente: Base)

La participación de las mujeres según la clase muestra que el campo de lo femenino está apenas desequilibrado entre las clases antagónicas. Las burguesas son un 45% frente a un 38% de las obreras. La pequeña burguesía (las esposas/novias/pretendidas de los “autores” del corpus) son menos de la quinta parte del total. Sin embargo, veremos más abajo, ese escueto 17% resulta muy importante a la hora de entender el lugar del PBV en toda esta historia y las alianzas de clase que ya hemos insinuado.

En el gráfico 20 vemos en qué proporción según su clase, resultan el objeto de interés del varón burgués. En primer lugar, las mujeres de su propia clase, incluso por sobre su representación dentro del universo femenino: las mujeres burguesas son el 60% de los casos de objeto de deseo de un BV, a pesar de representar solo el 45% del universo femenino del corpus. Tanto las obreras (30% sobre 37%) como las pequeñoburguesas (9% sobre 18%) se encuentran por debajo de la representación general en la consideración de los burgueses. Los burgueses, entonces, se expropian entre sí.

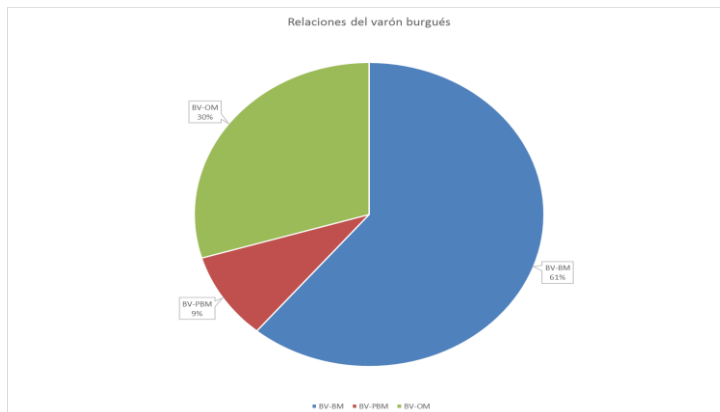


Gráfico 20 (Fuente: Base)

Si de los obreros se trata (Gráfico 21), ellos están más interesados en las mujeres de su propia clase, muy por encima de su participación real (68% sobre 37%) que en las de la clase dominante, a quienes desean menos en relación a la totalidad de las mujeres burguesas (27% sobre 45%).

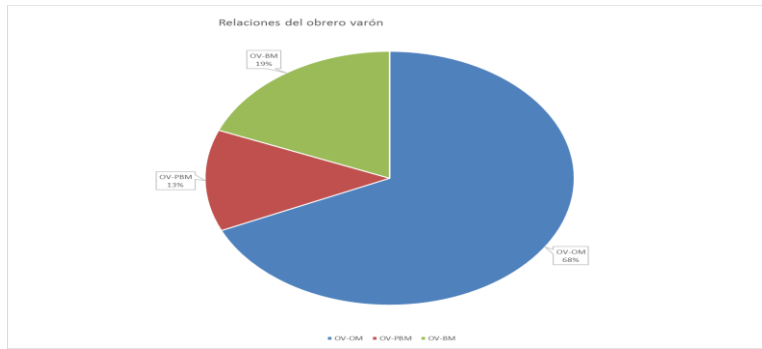


Gráfico 21 (Fuente: Base)

Por su parte, los varones de la pequeña burguesía manifiestan un interés muy parejo entre los tres actores sociales, lo que genera un desbalance importante. Las mujeres de su propia clase resultan priorizadas muy por sobre su porcentaje del universo general (30% sobre 18%), mientras que la OM y la BM son deseadas en una proporción menor a su participación en el total. Este desbalance indica una preocupación muy fuerte, en el PBV, por la posesión de su propia mujer, su temor a la expropiación (Gráfico 21).

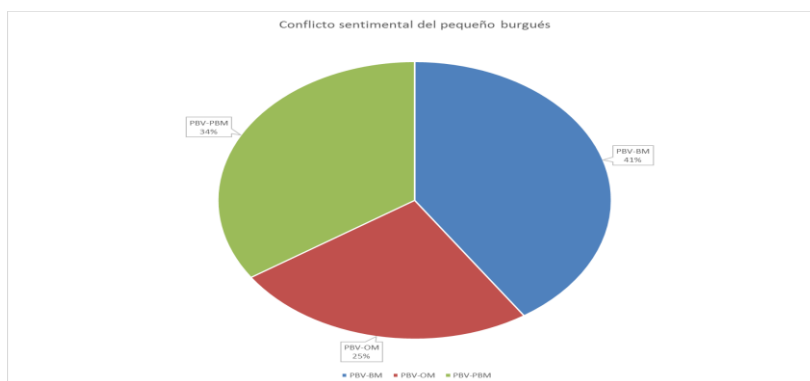


Gráfico 21 (Fuente: Base)

Hasta aquí pareciera que los varones se preocupan solo por las mujeres de su clase. Pero veremos que esa “preocupación” se acompaña de otra con relación a las mujeres de otras clases, y que esa preocupación no es pareja. Como veremos, todo esto apunta, muy claramente, en el sentido de constituir al varón burgués en el Gran Depredador. Los tres gráficos que siguen muestran las relaciones de cada uno de los varones fuera de su clase. En el primero, vemos al burgués privilegiando como objeto de conquista a la OM en un porcentaje muy superior, 3 a 1, con la pequeñoburguesa.

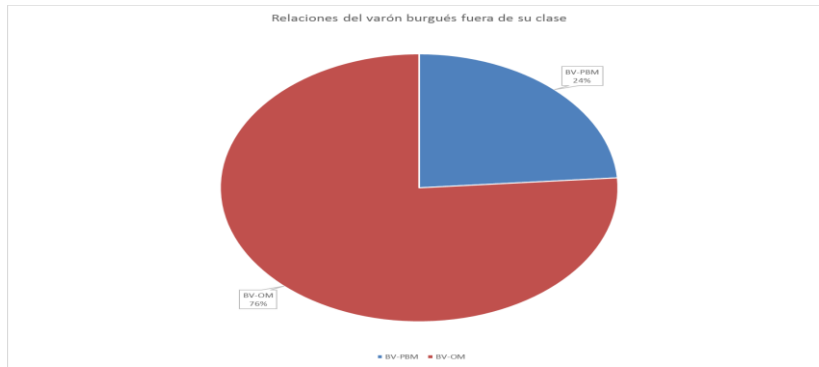


Gráfico 22 (Fuente: Base)

En el segundo, vemos al pequeño burgués más preocupado por la mujer burguesa que por la obrera. ¿Domina aquí el tema del ascenso social por sobre el de la reforma moral? Volveremos más adelante sobre esto.



Gráfico 23 (Fuente: Base)

El obrero varón también está preocupado, pero con menos énfasis, por la mujer burguesa. Esto puede estar mostrando un escaso interés de obreros y burgueses por la mujer pequeño burguesa, pero en realidad, refleja una cierta distorsión, producto del menor peso numérico de estas últimas.

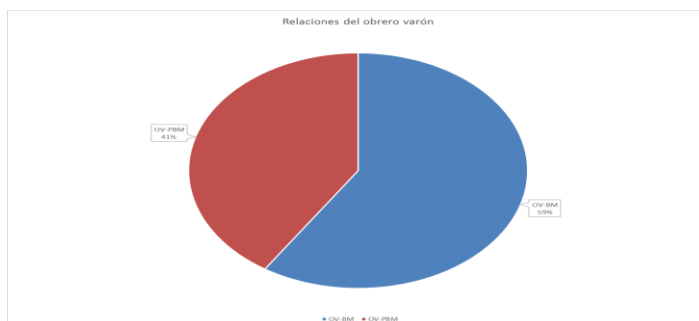


Gráfico 24 (Fuente: Base)

Si ahora examinamos a las mujeres (Gráfico 25), veremos que el panorama no es simétrico: la burguesa no prefiere al OV, sino al PBV. Esto tiene que ver con la posición en la que se coloca el autor en el drama sentimental como representante del amor, por un lado, y por otro, con el tópico dominante

en *LNS*, según el cual el amor se halla en oposición al dinero. Por otra parte, esa oposición se refleja en el hecho de que los conflictos que unen a la burguesa con el burgués son mayoritarios.

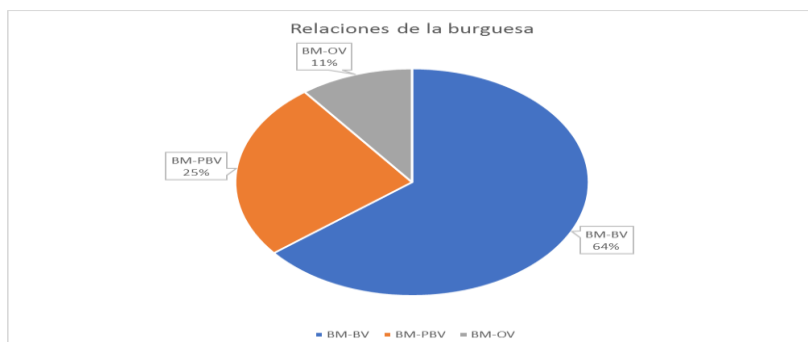


Gráfico 25 (Fuente: Base)

Igual que la burguesa, la obrera tiene una relación privilegiada con su compañero de clase, mucho menos con el PBV, pero muy alta con el burgués (Gráfico 26). El perfil de la pequeñoburguesa reproduce el de su hermana mayor, aunque de un modo menos intenso (Gráfico 27).

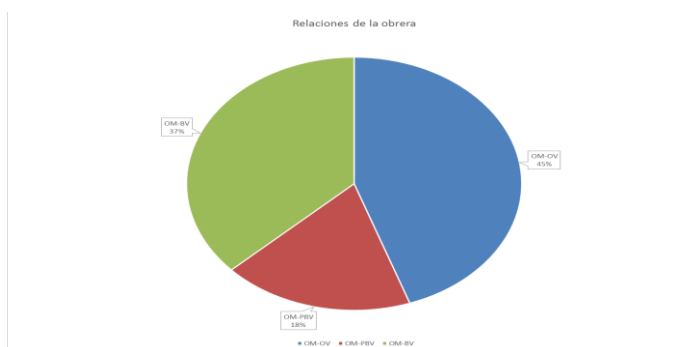


Gráfico 26 (Fuente: Base)



Gráfico 27 (Fuente: Base)

Estos gráficos nos muestran que quien pretende actuar muy por fuera de los límites de su clase es el burgués varón. Dato que se refleja en la importante participación que el BV tiene siempre en su relación con las mujeres que no pertenecen a su clase.

Estos datos son coherentes con el análisis más detallado del fenómeno de la depredación. Veamos primero quiénes son los depredadores. Como se ve en el cuadro siguiente, las mujeres, cualquiera sea su clase, no tienen ningún peso, ni absoluto ni relativo en el fenómeno. Todas ellas aparecen con guarismos muy chicos. Los depredadores son, en su inmensa mayoría, varones, dato en consonancia con lo que hemos señalado más arriba sobre la mujer como objeto que circula transportando el poder social de un polo a otro de la sociedad. Los varones constituyen el 88% del total de los depredadores, contra un 12% de las mujeres. La situación del depredado, es decir, aquel a quien le sacan algo, muestra una situación aparentemente extraña: el principal depredado es el propio BV, que resulta así un peligro para los demás y para sí mismo, aunque con guarismos muy por debajo del que corresponde a su posición relativa como depredador. Pequeñoburgueses y obreros lo son en una medida mucho menor. Así, mientras el BV se constituye en el 65% de los depredadores, es solo el 36% de los depredados. El OV representa un 11% de los depredadores, pero un 23% de los depredados. El PBV es un 26% de los depredados, pero apenas el 12% de los depredadores. Insistimos sobre la base de la alianza de la que ya hablamos: OV y PBV son depredados más que depredadores, mientras el BV asoma, nuevamente, como el Gran Depredador (Gráficos 28, 29 y 30).

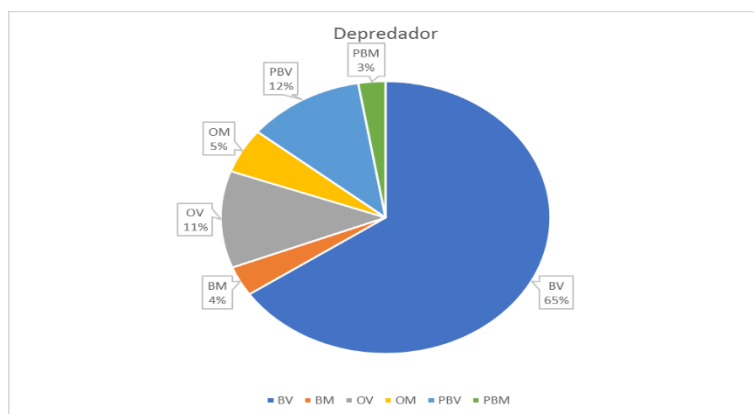


Gráfico 28 (Fuente: Base)

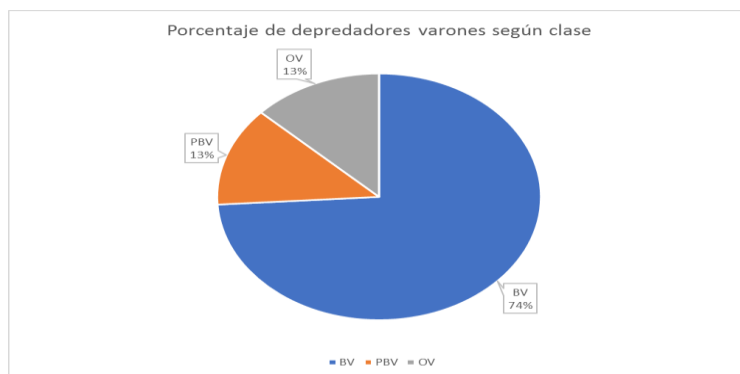


Gráfico 29 (Fuente: Base)

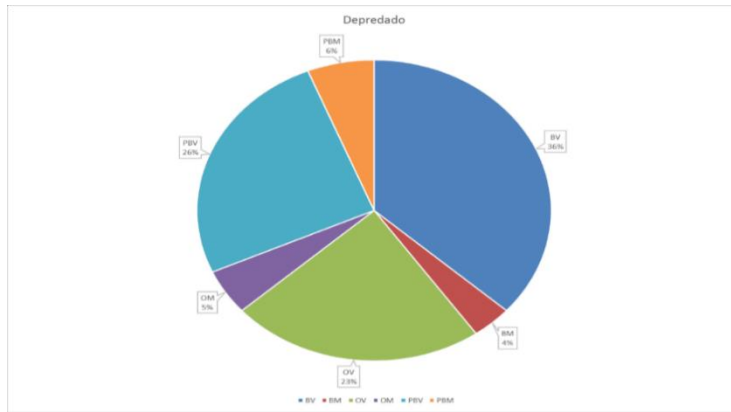


Gráfico 30 (Fuente: Base)

Para definir con más precisión el lugar del depredador y evitar las distorsiones que introducen las diferencias cuantitativas de cada tipo de personaje en el corpus, en el gráfico siguiente (Gráfico 31) mostramos el “índice de depredación”, es decir, un cálculo de la importancia de los depredadores en cada clase social. El índice sale de confrontar el total de personajes de una clase con el total de depredadores que pertenecen a esa clase. En el gráfico se muestran los totales de uno y otro, dejando en evidencia que el mayor nivel de presencia de depredadores se observa entre los varones y, muy ostensiblemente, entre los varones burgueses. Para evitar la distorsión que mencionábamos antes, el gráfico 32 habla directamente de esa proporción. Queda allí más que claro que de cada diez personajes femeninos, menos de la décima parte califica como depredador (BM 0,02; OM, 0,04 y PBM, 0,04). Por el contrario, uno de cada diez varones obreros o pequeño burgueses lo hace, mientras que el varón burgués rompe la monotonía con tres de cada diez, o lo que es lo mismo, uno de cada tres.

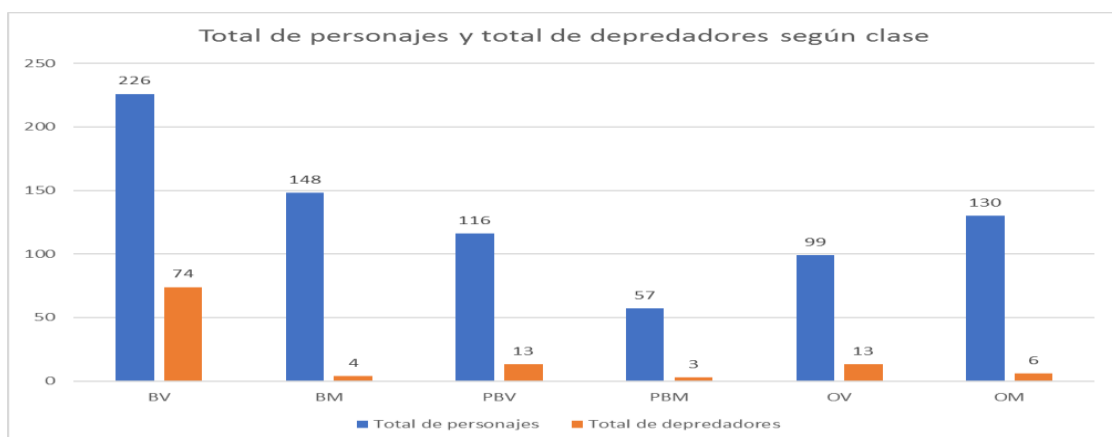


Gráfico 31 (Fuente: Base)

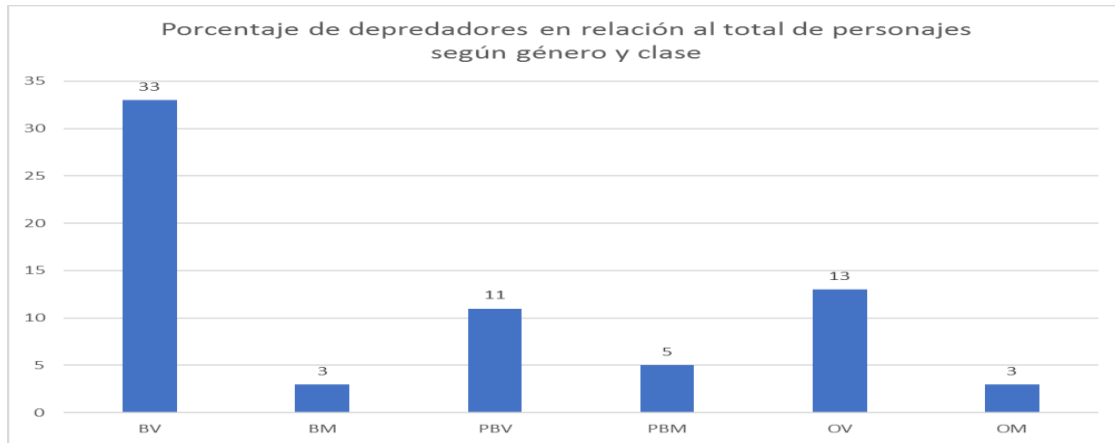


Gráfico 32 (Fuente: Base)

Veamos ahora los depredados con el mismo método. Otra vez, la disparidad entre sexos es notoria. A las mujeres no les sacan hombres: 5, 3 y 4 casos de PBM, OM y BM respectivamente. Los varones, por el contrario, muestran una cantidad significativamente mayor. Como ya lo habíamos adelantado, el varón burgués muestra la mayor cantidad de casos, lo que lo constituiría no solo en el máximo depredador sino también en el mayor depredado. Sin embargo, la comparación entre las dos barras que corresponden a cada personaje permite ver ya, por aproximación, que, en relación a la cantidad de personajes burgueses, el varón burgués debe tener un índice de depredado más bajo que el resto. Para eso hemos confeccionado otro gráfico, que mide directamente esa proporción:

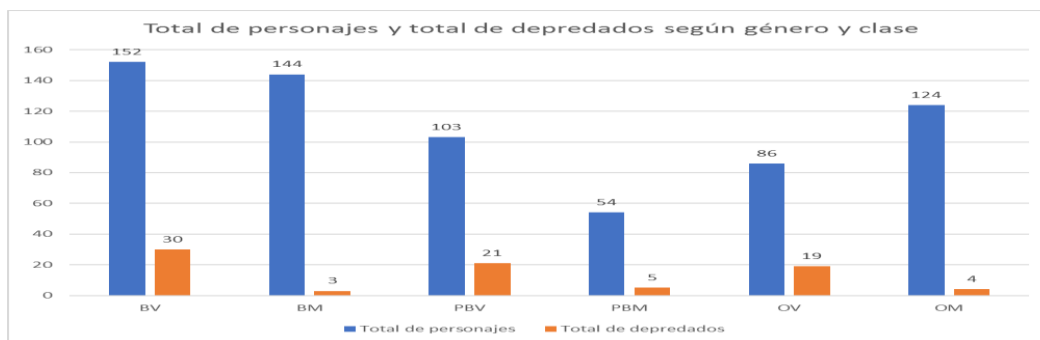


Gráfico 33 (Fuente: Base)

El porcentaje de depredados según sexo y clase muestra que los más depredados son los varones obreros y pequeñoburgueses (2 de cada diez), frente al Gran Depredador, que aparece depredado en una proporción menor. Confirma lo que hemos dicho también sobre las mujeres, aunque este gráfico revela una situación particular de la mujer pequeñoburguesa, que parece escaparse de la norma femenina:

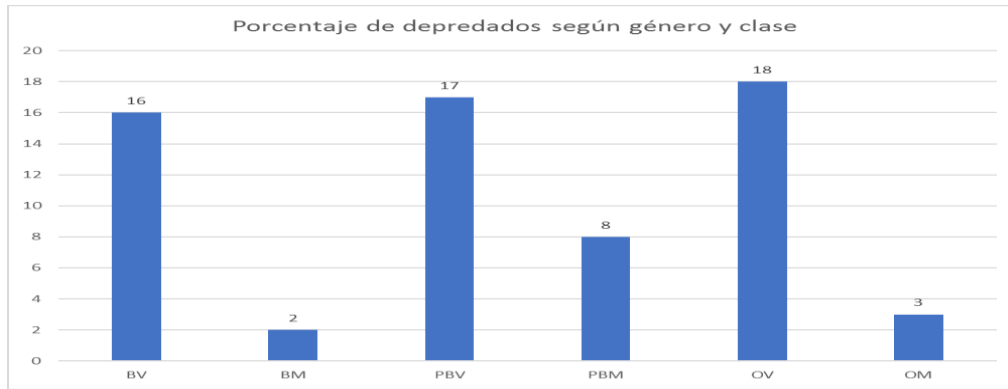


Gráfico 34 (Fuente: Base)

Si observamos ahora el objeto deprecado (la presa) confirmaremos la idea de que son las mujeres las que circulan:

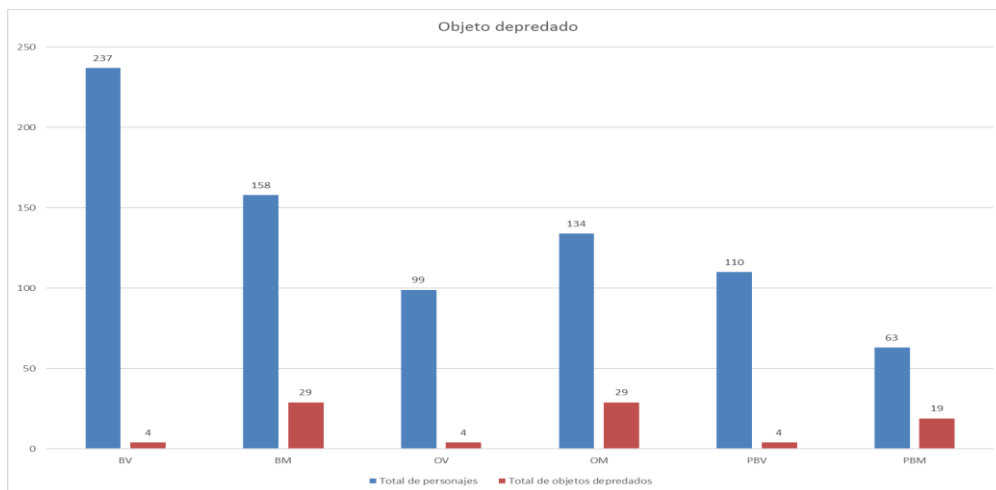


Gráfico 35 (Fuente: Base)

Vemos que los varones no son la presa / objeto deprecado que se busca sacar a otros. El tema de la “vampiresa” o la “roba maridos” no es relevante en *LNS*. El mismo cuadro parece decir que las mujeres obreras y las burguesas son las más deseadas, frente a las pequeñoburguesas. Pero si corregimos la distorsión que crea la diferente cantidad de personajes de cada clase y género, el resultado es el inverso: la PBM es la más deseada, ya que una de cada tres es Objeto de deprecación (o la presa), contra dos de cada una de sus contrincantes. Los varones, por supuesto, no llegan a la mitad de un caso cada diez, o lo que es lo mismo, uno cada veinte (Gráfico 36).

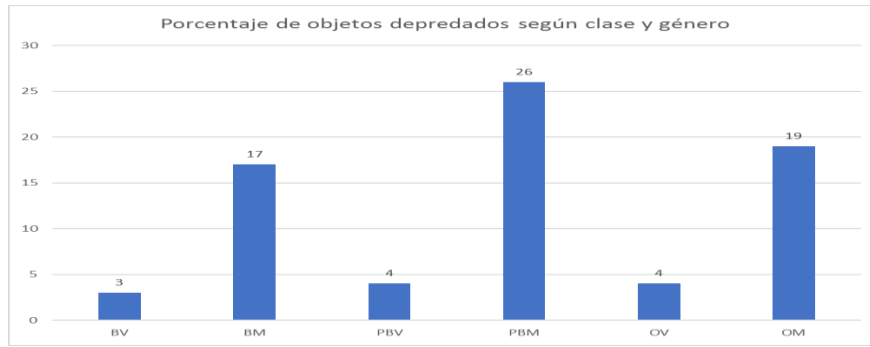


Gráfico 36 (Fuente: Base)

Esto nos permite aclarar un poco más la posición de la pareja pequeñoburguesa. Como vimos más arriba, el drama del par PBV-PBM no es relevante cuantitativamente para el corpus. El pequeñoburgués ve el mundo desde afuera, es reacio a observarse a sí mismo. Pero cuando lo hace, sufre con más intensidad lo que ve reflejado en los otros. Su temor al “raptó” de sus mujeres es mucho mayor que el de su par obrero, hecho que se magnifica si recordamos que las mujeres pequeñoburguesas son muy pocas (54, frente a 144 burguesas y 124 obreras). Como señalamos, aquí el productor pequeñoburgués despliega un interés común con el lector obrero, que puede expresarse con la siguiente fórmula: “a mí me pasa lo mismo que a usted y el culpable es el burgués”. Se conforma aquí una alianza popular donde el que dirige es el pequeñoburgués. Dirige porque en tanto productor tiene la iniciativa en la construcción del programa de la alianza.

Buenos y malos

Cuando analizamos la valoración que cada texto hace de los personajes (si el narrador los considera “buenos” o “malos”) podemos completar el cuadro general que hemos ido armando. Es importante insistir en que estos datos se construyen a partir de la evaluación de lo que se deduce que el narrador considera moralmente valioso o un desvalor. El primer gráfico muestra la valoración absoluta, es decir, la cantidad de casos de cada clase y sexo según sea positiva o negativa. Como se aprecia fácilmente, el varón burgués es el único que tiene diferencial negativo, es decir, más valoraciones negativas que positivas. Esto va en línea con lo que venimos señalando. Otra vez, la diferente magnitud en el corpus de cada personaje nos obliga a construir un índice (Gráfico 37).

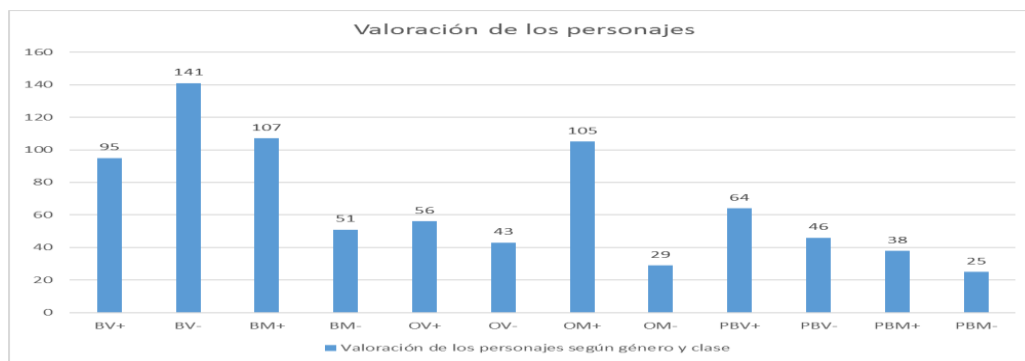


Gráfico 37 (Fuente: Base)

El gráfico siguiente nos permite hacer la comparación, obtenido mediante la ecuación “Valoraciones positivas/valoraciones negativas”. El resultado sigue en la línea que venimos trabajando.

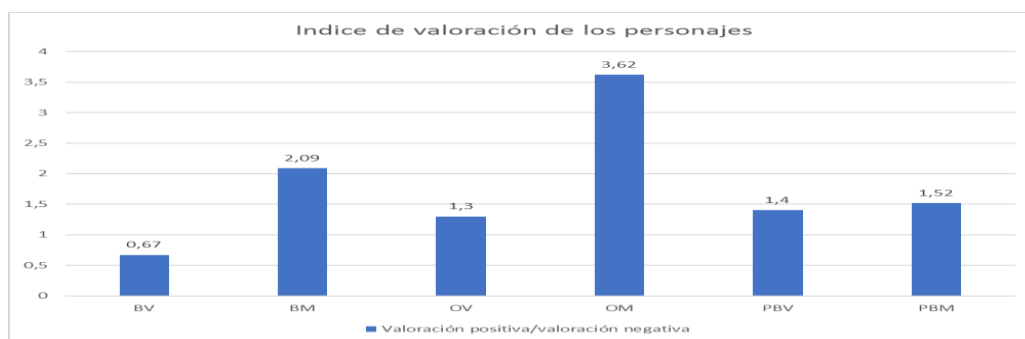


Gráfico 38 (Fuente: Base)

Los guarismos por debajo de 1 expresan una situación en que las valoraciones negativas son mayores que las positivas. Aquí el único caso, como se veía en el cuadro más arriba, es el BV. Se ve que las mujeres son siempre mejores que los varones de su clase (por poco, las PBM, por mucho, obreras y burguesas). Se ve, de nuevo, el carácter antiburgués del corpus y la tendencia a la alianza popular. La valoración negativa del burgués es, en realidad, mayor, porque debieran sumarse los casos de acoso, en su enorme mayoría, patrones burgueses. La enorme diferencia a su favor de la mujer obrera, vuelve a colocar sobre la mesa el problema de la alianza y su dirección. El pequeñoburgués no solo defiende a sus mujeres, sino incluso con más ahínco, a las obreras. Se esboza aquí parte de lo que analizaremos en el capítulo correspondiente al programa del corpus y al feminismo que lo expresa: un liberalismo progresista y paternalista de la igualdad que, sin embargo, respeta el orden jerárquico del sexo-género de la época, aunque lo ataque “por izquierda”.

5. Con ustedes, los protagonistas...

Más allá de la abigarrada multitud de “personajes” en *LNS* todos ellos se reducen a dos. No porque sean los únicos o porque protagonicen la mayoría de las historias, sino porque en ellos se

condensan todos los nudos problemáticos, de clase y de género, sobre los que gira el corpus. Una mirada más atenta y un análisis más minucioso, seguramente puede distinguir entre los conflictos que involucran a pequeño burgueses y obreros, tipos particulares que merecerían un tratamiento específico. Sin embargo, para lo que aquí nos importa, los grandes protagonistas de este drama son dos: el “Gran Depredador”, representado casi con exclusividad por burgueses varones, por un lado; la “gran dependiente”, estelarizado por casi todas las mujeres, aunque con mayor peso en la burguesía. Este hecho nos permite reafirmar, una vez más, que el cruce de la clase y el sexo es el campo de batalla que elige *LNS*, y que su programa consiste, antes que nada, en una crítica de los poderes dominantes en dicho espacio.

El Gran Depredador

Un ejemplo bastará para entender de qué hablamos, porque de las andanzas de este personaje nos ocuparemos en detalle más adelante: “Las mujeres que se venden”¹⁶³, la ya comentada novela de Juan José de Soiza Reilly. En más de un sentido, esta novela es casi un compendio de todos los temas centrales de *LNS*. Dora, una joven muy bella vive con su madre paralítica y su padre que apenas gana un sueldo para sobrevivir. La chica tiene un pretendiente, Conrado, un buen muchacho. Pero apareció también el Gran Depredador, Don Gaspar, almacenero, millonario. Don Javier, el padre de Dora, se enfermó y debió jubilarse antes de tiempo con la mitad de la jubilación. Este cambio trastocó toda la estructura familiar. Dora tuvo que buscar trabajo de costurera, como ya dijimos. Conrado quiso formalizar, pero el Gran Depredador atacó e hizo públicas sus intenciones con Dorita. El razonamiento de los padres fue sencillo: “casándose Dorita con don Gaspar ¡adiós, miseria! ¡Adiós, pantalones de brin! ¡Adiós sacrificios de la buena Dorita echando los bofes sobre la máquina asesina, cómplice de todas las tisis!” Llegó la huelga general y las fábricas cerraron. Ni para coser pantalones de brin, había. Y aunque la joven agradecía a sus padres que no la obligaran a tomar la terrible decisión, el resultado final es previsible: ante la presión de la necesidad, se casó con don Gaspar. Tiempo después, la suerte vino en su ayuda cuando su esposo falleciera. Al fin libre y rica heredera, se casó con Conrado (a quien había amado siempre). Pero el joven la odiaba y solo buscaba vengarse, por eso, luego de contraído el matrimonio se dedicó a gastar toda la fortuna de su mujer, entre alcohol, juegos y desvaríos diversos. Una vez que cumplió con su objetivo, se suicidó y Dora y sus padres, en bancarrota, debieron volver al conventillo. En la última escena, Dora vendió el vestido de novia de su madre: el círculo se cierra y el drama termina como había empezado. No sería muy arriesgado especular con los nombres de los protagonistas: Dora, el oro en disputa¹⁶⁴, el interés material, que cree en los Reyes Magos, en Gaspar, el poderoso comerciante que trae la solución a su vida como un regalo inesperado; Conrado, el hombre

¹⁶³*LNS*, n° 212.

¹⁶⁴Etimológicamente, “Dora” en griego significa “regalo”. Vemos aquí (como en otras novelas) la utilización de un recurso propio de las formas realistas, tal como las examina Phillipe Hamon en “Un discurso presionado”: el uso del nombre motivado.

honrado que se vuelve malo por la traición. ¿Es misógina la novela? Sí y no. Porque dos hombres sufren por una mujer, bien que uno más que el otro. No, porque el texto deja clara la desesperada situación en la que se encuentra Dora. Sí, porque ella traiciona la ideología del amor. No, porque Conrado bien podría haber entendido los motivos de la “caída”, como hacen otros personajes en el corpus, como los de Josué Quesada. Este resultado ambiguo “da que pensar”, es contradictorio. Es cualquier cosa, menos un texto “complaciente” o “consolatorio”.

Como dijimos, todos los elementos que componen los temas básicos de *LNS* están aquí: la pobreza como condicionante general; la joven bella y virtuosa que se sacrifica; el galán abandonado; la honestidad del padre; la riqueza como base del abuso. Nótese que aquí el depredador no es necesariamente un mal tipo (de hecho, Gaspar cree que Dora lo ama). Simplemente hace trampa a la ideología amorosa que expresa el programa de *LNS*: el amor es un valor en sí mismo, no puede conseguirse por otros medios que los suyos; el amor es entre iguales, por edad, por experiencias, por origen de clase. El dinero no compra amor, compra cuerpos. También se encuentra aquí otro dato importante: el expropiado es pequeñoburgués. No es un obrero. Este tema es recurrente. El burgués depredador lo es por su propia naturaleza de burgués, confirmando que el núcleo de *LNS* es el amor contra el dinero. De allí la centralidad de este personaje.

La gran dependiente

Más arriba habíamos separado a las mujeres según su capacidad de independencia respecto del varón. Habíamos establecido que había mujeres “dependientes” e “independientes”. Las dependientes eran “esposas” o “hijas de” algún varón, normalmente, burgués o pequeñoburgués. Por su parte, el acceso a la independencia económica establece dos grupos bien diferenciados de mujeres: uno, ligado al de las tareas socialmente aceptadas; otro, vinculado más bien al “submundo” sancionado socialmente. Ello queda más claro en el siguiente gráfico, en el que hemos separado a las mujeres según sean dependientes o independientes, y a estas últimas según estén ligadas al trabajo o al mundo marginal.

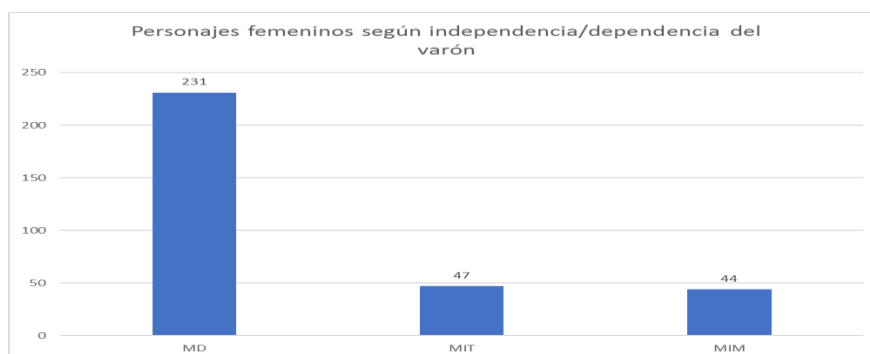


Gráfico 39 (Fuente: Base)

Se observa que las MD (Mujeres Dependientes) tienen un dominio más que amplio sobre las otras. Las mujeres independientes ligadas al trabajo (MIT) son básicamente obreras. Las ligadas al mundo marginal (MIM) se reparten en gran medida entre obreras y pequeñoburguesas (prostitutas y bailarinas).¹⁶⁵ La virtual equivalencia entre MIT y MIM muestra que las vías de la independencia para la mujer eran pocas: trabajar o aceptar la prostitución. Dado que el trabajo rara vez permitía a la mujer una vida independiente (la vendedora de Harrods es, a todas luces, una excepción), entre otras cosas porque las tareas femeninas eran las peor pagadas, castigadas con el diferencial de género, la mujer obrera es una mujer *aparentemente* independiente. En realidad, el trabajo asalariado la coloca a merced del patrón y otros varones.

La independencia real solo la obtienen dos figuras en el corpus: la viuda y la prostituta. Tal vez llamará la atención la inclusión de las bailarinas y artistas de variedades en este campo, pero en el corpus el artista solo es juzgado positivamente cuando es varón. Veamos algunos ejemplos. El poeta Jaime de Molina que, como vimos, protagoniza “El último brindis”¹⁶⁶ de César Carrizo, va al teatro acompañado por un grupo de amigos a escuchar a una cantante quien recitaría y cantaría unos poemas del escritor. Jaime, prendado de la belleza de Hortensia San Román, que así se llama ella, conversa con unos conocidos acerca del espectáculo y de la artista. Una de las mujeres allí presentes expone cómo las familias (y la sociedad en general) consideran el trabajo de una mujer en el campo artístico: “Lástima que no se dedique al teatro [...] por prejuicios de familia. [...] aún perdura en nuestra sociedad el prejuicio que condena sin juzgar a las señoritas que se dedican a las tablas.”

Lo que le sucede a “La señorita Marcela”¹⁶⁷, la heroína del texto de Gustavo Caraballo, nos muestra otro aspecto de la consideración moral para con las artistas. Los varones las consideran de antemano como “mujeres fáciles”, en este sentido, el caso es similar al de “Una girl”.

En “Historia de un corazón”¹⁶⁸, de Raúl Casariego, encontramos a Alfredo, un muchacho pobre, enamorado de Nélide. Ella es actriz y el joven le reprocha que sea la mantenida de un hombre mayor. Ante esa situación, ella decide terminar la relación con Alfredo y, como si no fuera suficiente, le comunica que ha abortado el hijo que esperaba. Carlos, el amigo del protagonista, pone las cosas claras en el desenlace: “[ella] no te ha engañado. Se defiende contra el amor porque ella ha nacido solo para fingirlo. Ha puesto tanta verdad en sus roles de amorosa, que no podría hacerlo mejor en la realidad. Y tú has sido el personaje de la última comedia. Tu error consiste en haberle querido encontrar corazón a una mujer de teatro...”

¹⁶⁵La referencia a mujeres del mundo “marginal” en relación a bailarinas y prostitutas no alude, por supuesto, a valoración alguna por nuestra parte, sino a lo que en la época y en el corpus se considera empleo u ocupación “decente”.

¹⁶⁶LNS, n° 36.

¹⁶⁷LNS, n° 81.

¹⁶⁸LNS, n° 147.

Este estigma de la mujer-artista que solo tiene interés en el dinero y no es capaz de amar¹⁶⁹ (además de sentar las bases de una caracterización del amor que desarrollaremos más adelante) se reproduce en otras novelas. Luis Ardavin, “un muchacho intelectual, de talento y buen gusto”, expone esta sanción social sobre la moral de estas chicas: “Las *girls* son muy pintorescas, pero aman con taxímetro.”¹⁷⁰ En síntesis, prejuicios de las familias, de los varones, de la sociedad en general para con este tipo de actividad si es desarrollada por una mujer.

Desglosando la categoría MD, las mujeres dependientes se reparten entre las tres clases según muestra el cuadro siguiente:

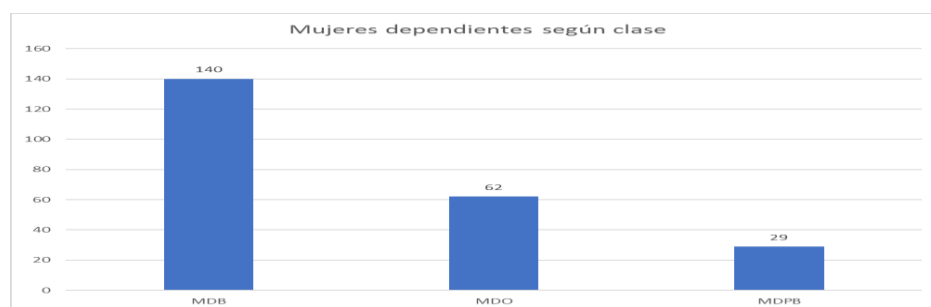


Gráfico 40 (Fuente: Base)

Digamos ahora que el “drama” de las mujeres dependientes de la burguesía es el predominante, en modo amplio. Eso en cierta medida explica la importancia que el feminismo de la igualdad y su lucha por los derechos civiles tienen en el corpus, como se verá luego: el tema del divorcio y del machismo de las leyes y el orden social se vincula con las posibilidades negadas tanto a MDB como a MDPB.

Como dijimos, las vías privilegiadas de independencia de la mujer burguesa eran enviudar o heredar de su familia. No era una posibilidad al alcance de obreras y pequeñoburguesas. En el primer caso, por razones obvias, la “independencia” estaba ligada al trabajo asalariado normalmente mal remunerado, actividad que recortaba su contenido a poco y nada. Las pequeñoburguesas no tenían mucha mejor suerte, porque el corpus parece negarles esa posibilidad, situación que contrasta con el liberalismo con el que los escritores de *LNS*, todos ellos pertenecientes a esa fracción de clase, juzgan a las mujeres burguesas. Hay una forma, muy limitada por cierto, en la que la mujer pequeñoburguesa accede a la independencia económica: se trata del caso de las amantes que suelen transformarse en dueñas de hoteles u hospederías.¹⁷¹ Estos casos, indudablemente, remiten a otra categoría particularmente abundante de mujer “independiente”: la prostituta, la categoría más amplia entre las MIM. La prostituta, en algún

¹⁶⁹Varios casos hay en el corpus de mujeres que, empujadas a la “mala vida”, cobran venganza (o son insensibles) con sus amantes. Además de esta novela de Casariego, podemos mencionar “Una más...” de López Andrade (*LNS*, n° 238) y “Cómo se salva una vida” de Adriano Díaz Olazábal (*LNS*, n° 255). Esta es una visión bastante extendida de cómo la situación en prostitución afecta la vida emocional y sexo-afectiva de esas mujeres. Dice Stendhal: “Una mujer es poderosa según el grado de desgracia con que puede castigar a su amante [...]”. Stendhal: *Del amor*, Biblioteca Edef, Madrid, 1998, p. 184.

¹⁷⁰“Una girl”, *LNS*, n° 40, de Agustín Remón.

¹⁷¹“El último naufrago” (n° 177) de José López Silva; “Tribulaciones de un marido tímido” (n° 254) de Carlos Muzio Sáenz Peña.

sentido que se explicará más adelante, resulta también la contracara de otra categoría numéricamente importante entre las MIT: las costureras y modistas. Esta simetría las constituye en una polaridad entre MIT y MIM que examinaremos en su momento.¹⁷²

Por último, hay ciertas ocupaciones o caracterizaciones fenoménicas de los personajes que, a pesar de alcanzar relevancia en la cultura popular, no ocupan en este corpus un lugar significativo. Uno es el caso de las vendedoras, que han logrado un espacio paradigmático dentro de la colección a instancias del éxito de Josué Quesada, de quien hablaremos *in extenso* en el capítulo siguiente. En todo el corpus hay solo 7 casos. Otro trabajo típicamente femenino en la época, el de maestra, también tiene muy baja representación, solamente hay 8. Lo mismo sucede con otra labor “femenina”, a pesar de su fuerte presencia en el imaginario: hay apenas 7 dactilógrafas y secretarias.

Así las cosas, el gran drama de la mujer en *LNS* es la dependencia del varón. Veremos, en el capítulo siguiente, este tema con más detalle. Queda constancia aquí que este enfrentamiento privilegiado entre el Gran Depredador y la Gran Dependiente sintetizan la naturaleza de la intervención de *LNS* como crítica de la sociedad capitalista a partir de la ideología del amor romántico. Esto quedará más claro si examinamos con más detalle, antes de pasar al *orden de género*¹⁷³, cómo funciona la relación entre varones, es decir, el *orden de clase*. Para ello tenemos que ahondar primero en las figuras subordinadas de ese *orden de clase*, es decir, en los depredados.

Una voluntad extraña: los perdedores del *orden de clase*

¿Quiénes son los “depredados”? Como ya sabemos, el depredador es básicamente burgués. Sin embargo, sus víctimas pertenecen a todas las clases sociales. Parece obvio, no obstante, que las primeras y más importantes sean las pertenecientes a los grupos socialmente subordinados. El examen de algunos ejemplos de obreros expropiados confirma esta idea.

En “Una más...”¹⁷⁴ de López Andrade, la pobre Inés trabajaba en una fábrica y tejía y para vender por su cuenta como complemento salarial. Debía caminar del trabajo a su casa porque su “miserio jornal no le permite viajar en tranvía”. Vivía con su padre y sus hermanos en una pieza donde “todo era mezquino y pobre; de todo aquello se desprendía un olor a miseria, a podredumbre.” Cierta día, el señor Roger, el patrón de la fábrica, la mandó llamar para pedirle información acerca del desempeño laboral de sus compañeras. Promediando el encuentro, la situación quedó clara cuando, luego de promesas varias, le ofreció un billete de \$100. Desesperada, Inés se debatía entre su moral y la necesidad, pensando en todo lo que podría comprarse con ese dinero, pero decidió no aceptarlo. El resultado previsible de ese acto honorable fue su despido. La imagen de la calle es la que hemos visto en otros textos como figuras

¹⁷²El caso de “La hija del taller”, de Julio Fingerit (nº 170), es paradigmático de esta relación. Se verá más adelante.

¹⁷³Utilizaremos la expresión *orden de género* para referirnos a la subordinación social de la mujer basada en el sexo.

¹⁷⁴*LNS*, nº 238.

de ascenso y descenso. La pobreza, ese descenso hacia el arrabal. Arriba, la fábrica, pero también la perdición.

La oposición “obrerita-necesidad”/“grandes damas-vicio”, es un tema recurrente del universo bajo estudio y que refleja, otra vez, la aguda conciencia de las diferencias de clase en el corpus. La “obrerita”, finalmente, aceptó su destino de cordero sacrificial¹⁷⁵, resignación que explica su conversión en “mala” y vuelve a la fábrica: salió de su casa y “bien pronto se perdió calle arriba. Era una más que iba hacia el mal, impulsada por el destino”. A quién se expropia de esta mujer es a Enrique, un muchacho trabajador, honesto, que la quería bien. Había tenido que trabajar desde chico rudamente para mantener a su madre, pero no envidiaba nada a esos “ricos anémicos”. Enrique, el expropiado, es la contracara de Roger, el expropiador. No siempre es así.

“La única prueba”¹⁷⁶, de Otto Miguel Cione, es la historia de Armida, casada con Alejandro Sepúlveda, dueño de una casa de maquinarias agrícolas y 30 años mayor. Al aceptar ese matrimonio, Armida había resignado su amor por Roberto, un italiano joven y pobre. Roberto, que no podía vivir lejos de su amada, consiguió trabajo en la empresa de Sepúlveda y llegó a ser gerente. Un episodio más bien tonto (se le descubrió un retrato de Armida, que Roberto guardaba secretamente) arrastró al joven al suicidio, de cuyas razones dio noticia en una carta. Esta novela plantea el *locus classicus* del corpus: joven que se sacrifica por su familia, burgués expropiador y obrero expropiado. La historia desgraciada se justifica porque para esta novela (y también para el corpus) el amor debió haber permanecido en la relación con el obrero. El dinero ensucia y tergiversa el verdadero amor. El amor y el interés no son buenos compañeros. Nótese que esta conclusión es válida, aunque, a diferencia de Roger, Alejandro es, si se quiere, un depredador no necesariamente despreciable. Roberto incluso mantiene aprecio hacia su persona, a quien agradece la confianza de la que lo ha hecho depositario. Aquí la depredación es expresión directa del poder impersonal del dinero y va más allá de la persona del depredador mismo.

“Con toda el alma”¹⁷⁷, de Josué Quesada, cuenta una historia cuyos elementos coinciden con la caracterización general que venimos exponiendo. El depredador es Juan Pablo Rosas, estanciero que se aprovecha de la inocencia de la hija de los puesteros, Malena, la “flor del pago”. Lorenzo, peón de la estancia, enamorado secretamente de Malena, es el expropiado. Seducida por el “patroncito”, Malena se instaló en la *garçonnière* del seductor, donde se transformaría completamente. El nuevo ambiente urbano y “la ‘toilette’” refinaron sus manos coloradas, gordas y fuertes; sus pies aprendieron a tolerar el calzado elegante; en su cuerpo bien hecho “lucían el encanto de sus líneas los nuevos vestidos que iban llenando lentamente el guardarropa”. Recién en ese momento, Juan Pablo la presentó a sus amistades. Este depredador no solo era poderoso, sino que se jactaba de su poder.

¹⁷⁵Inés es Agnes, que tiene la raíz latina de “cordero”. Cfr. Hamon.

¹⁷⁶LNS, n° 121.

¹⁷⁷LNS, n° 142.

La relación entre el depredador burgués y el depredado obrero expresa claramente el poder del dinero. Crudamente, *LNS* afirma con claridad que “billetera mata galán”¹⁷⁸. Ello no impide que el galán alguna vez gane, aunque más no sea de un modo un tanto extraño. En “Con todo el corazón”¹⁷⁹, Manuel Nogueira describe a su protagonista, Alberto Ruiz, como un joven de vida ociosa, que prometiera cambiar de vida cuando se enamorara de Sarita. Poco tiempo después de comenzar la relación, el joven partió a Europa para arreglar unos asuntos familiares. Como se corriera el rumor de que Alberto se había casado y dado que Sara no recibía noticias suyas, ella dio por perdida la relación y contrajo matrimonio con el buen doctor Ismael Cordez. Obviamente, como lo impone la lógica de la trama, Sara no estaba enamorada de Ismael, “mortalmente aburrido, terriblemente igual con sus normas higiénicas, con sus frases vaciadas en un mismo molde, con su método de vida.” Alberto que había caído en la miseria, ya de regreso, se dispuso a recuperar el amor de Sara yendo al campo y trabajando duro. Cuando la joven se reencontró con Alberto, debió elegir entre el amor y la vida monótona y sin sentido. El que era inicialmente un burgués completamente inútil, se convirtió gracias al amor y a las necesidades materiales, en un hombre serio y de trabajo. Es su proletarización lo que rescata a ambos, pero también el triunfo del amor sobre el dinero, que se expresa en la determinación de Sara de privilegiar una vida real por sobre el aburrimiento de una relación muerta. Sin embargo, a diferencia de los casos anteriores, lo que aquí falta es la necesidad material. Ninguno de los dos vive en la miseria ni tiene esa perspectiva por delante. Más que resultar una excepción a la regla, este caso la confirma.

Al pequeñoburgués no le va mejor que al obrero. Héctor Olivera Lavié, en “Una vida humilde”¹⁸⁰, presenta la experiencia de un depredado pequeñoburgués clásico. Carmen, una joven que tuvo que sobrellevar la muerte de su padre, vivía con su madre y dos hermanas. Cuatro mujeres solas que pasaban necesidades. Las chicas trabajaban, pero, como suele suceder con el sexo femenino, el mundo laboral les era hostil. Don Juan, el tío, caballero adinerado que las “ayudaba” económicamente, las visitaba con regularidad, se entiende que para intimar con Carmen. Tiempo después, el tío le presentó a Carmen un “candidato”: Pablo, inquilino de la pensión que era empleado en su banco. El noviazgo avanzó y los jóvenes se casaron, sin embargo, la relación entre Carmen y Don Juan continuó. Incluso estuvo a punto de ser descubierta. Salvada a último momento por su hermana, “Carmen comprendió todo el oprobio de su conducta, y en adelante vivió consagrada a su marido”. En este caso, el depredado nunca supo que lo era, pero queda bien señalado que la causa es la necesidad económica y la diferencia de riqueza entre ambos varones.

¹⁷⁸Una expresión popular que, a medida que se va instalando como tópico, señala las bases de una oposición más amplia que la literalidad. Así como “billetera” es sinécdoque (del “poder del dinero”), “galán” es metonimia (no solo “ser agraciado”, sino también “portador de juventud” e incluso, y en un sentido que se corresponde con la caracterización del amor (en esta ideología narrativa), “digno de ser amado”). Una forma argentina y actual de un tema que tiene mucha historia en la literatura. Un caso clásico es el poema de Quevedo, “Poderoso caballero es don Dinero”: “Y pues quien le trae al lado / es hermoso, aunque sea fiero, / poderoso caballero es don Dinero. // Es Galán y es como un oro, / tiene quebrado el color; / persona de gran valor / tan cristiano como moro (...)”

¹⁷⁹*LNS*, n° 174.

¹⁸⁰*LNS*, n° 203.

Igual que con los obreros, el pequeñoburgués sufre la atracción que un hombre con recursos ejerce sobre las mujeres trabajadoras. Es el caso del estudiante enamorado de Lili, mecanógrafa protagonista de “El carnaval de Lili”¹⁸¹, de Enrique Carrasquilla Mallarino.

El abogado Aurelio Caminos es el marido que cae en desgracia en “Tribulaciones de un marido tímido”¹⁸², de Carlos Muzio Sáenz Peña. Aurelio había llegado a la capital proveniente de su provincia natal para estudiar abogacía. El protagonista se casó con Enriqueta, la hija de la dueña de la pensión donde vivía, a pesar de la extraña relación que la joven tenía con Isaac Goldberg, un señor mayor que aparentaba ser su tío. Pasó un tiempo hasta que Aurelio descubrió que Goldberg era un rico comerciante judío, amante de su esposa. El marido se adaptó a la cómoda situación de tolerancia hasta que Goldberg perdió toda su fortuna y la vida se hizo cada vez más difícil. A medida que pasaba el tiempo, el marido se volvía cada vez más irascible, autoritario, exigente. Una noche, luego de una discusión, Aurelio hirió con un cuchillo a su esposa, casi sin quererlo. La herida, superficial, se infectó y la mujer murió por causa de la gangrena. El hombre terminó sus días preso en Ushuaia, no tanto por asesino, cuanto por “tímido”. Aquí el pequeñoburgués es víctima de la depredación por su falta de carácter, por su incapacidad para luchar por su propiedad, es decir, su mujer. Se diría que el narrador justifica su final por su espíritu timorato y acomodaticio, crítica que en la época era común al pequeñoburgués.

Claro que la resignación no es un rasgo recurrente en los varones pequeñoburgueses. El protagonista de “Los hombres tienen sed”¹⁸³, de César Carrizo, León Peralta, es un ejemplo de pequeñoburgués expropiado que, luego de ese episodio, pudo retener con éxito su propiedad. Contratado para representar a un sindicato minero en Catamarca, se encontró allí con una comunidad de árabes. Se trata de uno de los pocos ejemplos en que la oposición no es simplemente de clase, sino que incluye lo “nacional” versus lo “extranjero”. Los árabes, según le contaron, habían llegado para quedarse con todo, incluso con Leonisia, prima de Peralta. La chica, enamorada de su primo, sentía aversión por los árabes y sospechaba que, una vez que este volviera a Buenos Aires, el turco Felipe se aprovecharía de ella. Precisamente, el día en que estaban despidiendo a León, quien terminada su tarea regresaba a la Capital, llegó al baile Felipe. El árabe/burgués/depredador, intentó obligar a Leonisia a bailar, aunque no logró su cometido porque recibió un buen golpe por parte del pequeñoburgués ofendido. El pueblo lo aplaudió, viendo en él, obviamente, a un vindicador, pero esa actitud le costó a nuestro héroe batirse a duelo por el amor de la chica. Leonisia es la tierra hecha mujer, el territorio que debe defenderse del invasor extranjero, en tanto que el pequeñoburgués se yergue en representante de los explotados y oprimidos, expresión de esa alianza popular de la que ya hemos hablado. Felipe, el conquistador, es derrotado por un león y una leona (León y Leonisia), la pareja inaugural de una reconquista del territorio propio que se propone secular. Un antiimperialismo popular, que reivindica el pasado hispánico y que culminaría

¹⁸¹LNS, n° 223.

¹⁸²LNS, n° 254.

¹⁸³LNS, n° 247.

en FORJA, le permite a Carrizo exponer la necesidad de una alianza política a través de un conflicto amoroso.

¿Qué sucede cuando el expropiado es un burgués? En la novela de Sonderegger “Una voluntad extraña”¹⁸⁴, el protagonista, Enrique Beynero, descubre que su esposa Nilda había cambiado sus costumbres, sobre todo porque “de cuando en cuando, su esposa se atrevía a emitir opiniones sobre el matrimonio y sobre la fidelidad conyugal que le causaban sobresalto.” Sus sospechas, que poco a poco se fueron convirtiendo en psicosis de venganza, lo llevaron a la violencia marital, aun cuando no pudiera confirmarlas. Se había convencido de que una “influencia exterior” había transformado tanto a su mujer como a su hermana, a quien creía cómplice de la esposa. Sus sospechas no eran falsas: Nilda había tenido varios amantes. El último, quien la había transformado, era Fidias Cumbre, “un mujeriego infatigable”, un “experto profesional del amor”, que “la convirtió en un juguete entre sus manos acostumbradas a realizar toda clase de peligrosos malabarismos con las almas femeninas”. Enrique, al borde del femicidio y la locura, abandonó su casa, ese espacio donde “domina[ba] una voluntad” que no era la suya y que él definía como “el vicio”.

Aquello que reviste particular interés en este caso es que el depredador no es portador de una potencia económica superior, sino de aquello que se define aquí como “vicio”, es decir, la liberación de la sexualidad femenina. Escultor de un “alma” que cae, Fidias, desencadena lo que ya está allí y es estimulado por la lectura. Por lecturas peligrosas. Otro caso de una literatura en la literatura, el narrador nos habla de la inocencia de *LNS* frente a la verdadera pornografía. Se puede interpretar de muchas maneras esta presencia “diabólica”: como necesidad de controlar la lectura, o también como aviso de la importancia de una vida matrimonial que contemple una sexualidad más plena. Muy propia de *LND* sería la primera opción: el “vicio” es consecuencia de la falta de vigilancia de la conciencia moral. De Ingenieros y *LNS*, la segunda. Sin embargo, en este caso, la cuestión decanta por otro lado: como veremos más adelante, la “voluntad extraña” de Sonderegger es la sexualidad como pasión irrefrenable. No obstante, no deja de ser remarcable que quien encarna mejor que nadie esa fuerza arrolladora sea un burgués.

Otro caso de expropiación de un burgués se produce en “El endemoniado”¹⁸⁵, de Alfredo Bufano. Halys Sthevens y Alma Vanda eran una pareja feliz, hasta que ella enfermó gravemente y murió. El viudo, que quedara sumido en la desolación más absoluta, se enteró dos años después de una verdad escabrosa: ni su mejor amigo, José María de Valladar, ni Alma eran lo que creía. José María era Iván Petrowicz y Alma, Margot. Ambos habían sido novios en Polonia hasta que ella se enamoró de Halys y lo abandonó. Desde ese momento, Petrowicz comenzó a seguirlos por todos lados. Otra vez, el motor de la acción no es el diferencial de riqueza, aunque sí la propiedad: “Tú me la robaste”, le había reprochado

¹⁸⁴*LNS*, n° 179.

¹⁸⁵*LNS*, n° 236.

Iván. “Y ella me fué infiel al escaparse contigo”. El depredador es un depredado que se venga de la ruptura del acuerdo básico entre propietarios: el respeto de la propiedad privada.

Las novelas suelen exponer una de las bases del sometimiento de la mujer, que ya hemos visto en varias ocasiones: la mujer no puede sobrevivir sola. No puede hacerlo en términos económicos estrictos: los trabajos “femeninos”, sobre todo de las mujeres que no tienen ninguna capacitación, como Milagros Soria (y qué es una hija de burgués de la época sino una inútil para una vida laboral), no alcanzaban a proveer ni siquiera para la reproducción biológica de la fuerza de trabajo femenina. Salvo que fueran maestras o algo parecido, un hombre debe intervenir para que la mujer exista. Convertirse en “la loba”, como reivindicaba Alfonsina¹⁸⁶, no era una opción para cualquiera. Aquí la “caída” no es moral y no está motivada por la miseria heredada sino por el rechazo a las normas de circulación de las mujeres en el seno de la burguesía. El burgués depredado resulta expropiado por las normas impuestas por su propia clase.

El análisis del varón depredado demuestra que el conjunto de reglas que media en el universo masculino es un orden de clase. Los varones poderosos expropiaban a los más débiles y ese diferencial energético se mide en recursos económicos. Eso es muy claro entre varones de clases diferentes: “billetera mata galán”. La necesidad económica empuja a las mujeres por el plano inclinado del poder social hacia los brazos del varón burgués. Ni ellas son malas ni los depravados son, necesariamente, minusválidos morales. Pero está claro que el dinero es un poderoso caballero.

No es lo mismo entre varones burgueses. Aquí lo que determina el sentido hacia el cual fluyen las mujeres está signado por los códigos que regulan la cesión de la mujer. Aquí, el lugar central lo ocupa la familia, es decir, el poder de un varón, el padre, para decidir el destino de la mujer. También media el respeto por la propiedad adquirida, es decir, siendo de un hombre, la mujer no puede pasar gratuitamente hacia otro.

6. Conclusiones

El análisis de los conflictos y sus protagonistas nos ha permitido sacar las siguientes conclusiones:

1. *LNS* es una novela popular, “plebeya”, ni proletaria, ni burguesa, sino popular, en el sentido leninista, es decir, dirigida a las clases populares en alianza: la pequeña burguesía y la clase obrera.

¹⁸⁶Nos referimos al poema “La loba” de Alfonsina Storni, una de cuyas estrofas alude directamente a la capacidad de la mujer para ser independiente de la tutela de un hombre porque es independiente económicamente: “Yo soy como la loba. Ando sola y me río / del rebaño. El sustento me lo gano y es mío / donde quiera que sea, que yo tengo una mano / que sabe trabajar y un cerebro que es sano.”

2. Es básicamente una crítica liberal, en un sentido amplio, (radical/anarquista/nietzscheana) del mundo burgués.
3. Es, también, el registro literario, en clave sentimental, del enfrentamiento entre la burguesía y la pequeña burguesía, asumiendo esta última la dirección de una alianza con el proletariado.
4. El elemento ideológico que genera la hegemonía pequeñoburguesa es el de compartir el carácter de expropiado con la clase obrera (“a mí me pasa lo mismo que a usted”).
5. El núcleo de la crítica es la apelación a la igualdad del amor romántico más allá de las clases.
6. Los principales protagonistas son el poder del dinero (el Gran Depredador) y la debilidad del desposeído (la Gran Dependiente).
7. El elemento en disputa en la guerra amorosa es la mujer.
8. Entre los varones, la circulación de la mujer está reglada por un orden de clase: los burgueses expropian a las clases subordinadas.
9. Entre burgueses, ese orden de clase establece el respeto a la propiedad como elemento central.

Capítulo 7

El orden entre los sexos en *La Novela Semanal*

Para analizar esta dimensión que se entrecruza con la determinación de clase, utilizaremos la definición de *género* tal como el feminismo no culturalista lo ha conceptualizado históricamente. En líneas muy generales, el *género* es la forma de referirse a las relaciones sociales entre los sexos; vale decir, es un concepto que alude a una construcción social y relacional fundada en la diferencia sexual. (Rubin 1986, Lerner 1990)¹⁸⁷ En este sentido, *orden de género* es el sistema de organización social que establece relaciones de jerarquía y subordinación entre hombres y mujeres en todos los campos de la vida social. Es la manera en la que una sociedad se ordena a través de esas distinciones jerárquicas. Jill Matthews “define orden de género como la construcción histórica de un patrón de relaciones de poder entre hombres y mujeres y la consecuente delimitación de la feminidad y la masculinidad.” (Buquet Corleto 2016)

¹⁸⁷Gayle Rubin caracterizó el sistema sexo-género como “conjunto de disposiciones por las cuales la materia prima biológica del sexo y la procreación humanas son conformadas por la intervención humana y social y satisfechas de una forma convencional”. También a Joan Scott en “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, donde indica que “género pasa a ser una forma de denotar las ‘construcciones culturales’, la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. Es una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Género es, según esta definición, una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado. [...] el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y es una forma primaria de relaciones significantes de poder.”

Una de las vías por las cuales esa construcción genérica se expresa es esta que estamos analizando. De hecho, si bien siempre hay una normativa que sanciona esa diferencia entre los sexos (las leyes, las religiones, la educación estatal), también hay otros campos que polemizan y disputan esa construcción, como la literatura. De modo tal que, siendo la construcción hegemónica producto del conflicto de intereses y de estados de conciencia, analizar cómo los intereses de *LNS* construyen una interpretación del género, que disputa sentidos y políticas con las normas hegemónicas imperantes, es el asunto de este capítulo. En el capítulo anterior vimos como la clase ordenaba las relaciones entre varones. Aquí veremos cómo la jerarquía del género asume un rol relevante, al punto de resultar centralizador de otras relaciones, conformando un verdadero *orden de género*, es decir, un conjunto de reglas que organizan la circulación y el destino de las mujeres.

1. Las mujeres de *LNS*

Hemos dividido a las mujeres en dos grandes grupos que caracterizamos en el capítulo anterior. Por un lado, las protagonistas, las dependientes, las “esclavas domésticas”. Por otro, las mujeres independientes. Empecemos por estas últimas.

Los costos de la independencia

Ya hemos explicado que, en la época, la mayoría de los empleos femeninos no alcanzaban para la reproducción de la fuerza de trabajo femenina. Dicho de otro modo, en una parte importante de la población obrera femenina, la fuerza de trabajo se vende por debajo de su valor. De allí las extenuantes jornadas y el tópico común de la muerte por exceso de trabajo. Solo los trabajos de cierta calificación (dactilógrafas, maestras, empleadas de comercio, en mucho menor medida, obreras de fábrica) alcanzaban las condiciones necesarias para una vida de relativa independencia.

Hemos visto en el capítulo anterior cómo las cifras de mujeres que trabajan son sensiblemente menores que las de aquellas que dependen económicamente de los varones. *LNS* es el corpus de la mujer dependiente del varón de la familia, tanto porque allí aparece la representación social más habitual cuanto porque, siendo un corpus crítico de esa situación, ese era el cuadro preferencial para que esta narrativa planteara los cuestionamientos. Esa mujer, paradigma de la familia tradicional que era idealizada para los conservadores y los católicos, dada su condición de señora del hogar y madre, no es, como hemos visto, el mejor de los mundos para las mujeres. Estas formas familiares estructuradas en torno a esa división del trabajo se ven debilitadas por la irrupción de una clase obrera en la cual la mujer se constituye en trabajadora. En principio, porque con la autonomía económica (siendo soltera, obviamente) no depende de un hombre. En segundo lugar, porque esa actividad remunerada le permite a la mujer pararse de otro modo con respecto a la relación sexo-afectiva.

Las vendedoras son, de todas las mujeres con independencia económica, las menos representadas en el corpus. Sin embargo, una de ellas se ha convertido en personaje paradigmático de *LNS*, en “La vendedora de Harrods” y en su secuela “Cuando el amor triunfa”, ambas de Josué Quesada. Otra de las vendedoras importantes del corpus plantea el amor como política, casi en términos de lo que medio siglo después pondría sobre la mesa el feminismo radical con su consigna “lo personal es político”: “La Venus del arrabal”. Analizaremos aquí a estas dos vendedoras en virtud de su singularidad y de su popularidad, dado que ambas son fenómenos consistentes con la coyuntura en la que se inscribe el corpus.

Hay una más, mucho menos importante, la de “La mancha de sangre” de Enrique Orlandini.¹⁸⁸ No es representativa, ni su autor tuvo la recepción exitosa de la que gozaron Quesada o Roldán. Esta novela es uno de los pocos ejemplos del corpus en los cuales el balance entre clase y sexo se invierte. Tal como vimos, *LNS* es una pedagogía para obreras, cuya enseñanza primera es la de abandonar la ilusión de que el amor puede resolver el antagonismo de clase. Los hombres de la burguesía son sapos, no príncipes azules. En este texto la advertencia es para los varones de la burguesía: no se puede confiar en las mujeres, menos aún si son obreras. Ocupa un lugar cercano al polo ideológico que constituye Marcelo Peyret, cuya importancia en el corpus es limitada. “El placer de los dioses”, de Héctor Olivera Lavié, por ejemplo, es otro raro caso de esta pedagogía para burgueses.

Esta línea argumental es, como dijimos, muy limitada. Más común es la que encarnan las anteriores. Vayamos entonces a las novelas de Quesada. Recordemos el argumento de *La vendedora de Harrods*: Carmen, vendedora de la casa, único sostén de su madre viuda y de cinco hermanitos, llevaba una vida de trabajo y sacrificios. Estaba de novia con un vecino suyo que era mecánico, pero resignaba sus sueños de formar una familia propia porque dejaría desprotegida a su madre. Tenemos dibujado el paradigma de la muchacha pobre, pero honesta en su ignorancia, que “carecía de instrucción” pues trabajaba desde los catorce años. Frente a ella, Juan Manuel, un *hijo de papá*, que vivía de las rentas de los campos familiares, un hombre acostumbrado a tratar con muchachas de la alta burguesía, que concurría a Harrods a tomar el té y discutir con sus amigos. Allí se conocieron y tiempo después, Juan Manuel alquiló una casa para la madre y los hermanos de Carmen, quienes dejaron de sufrir necesidades y ella pasaba muchas noches en el departamento de su amante. Sin embargo, el muchacho se casaría con una *niña bien*. Él estaba enamorado de Carmen, pero “la sociedad venció otra vez al amor”. (AA.VV. Quesada 1999: 35) El padre de Juan Manuel, el representante de clase y encargado de resguardar el patrimonio familiar, puso límites a la historia amorosa: “los ejemplos de los muchachos distinguidos que se han casado con sus queridas son tristes porque insultan a la sociedad que no perdona nunca”. La juventud que Carmen había entregado, confiada, no tenía ningún valor. El dinero y la posición social, en cambio, se mantienen, se transmiten, se heredan. El límite a los sentimientos lo impone la condición de clase, “la dicha no está en vivir en las cuatro paredes de tu departamento, al lado de una *obrero* [...]. La dicha está en la riqueza, en el mundo, en las relaciones sociales, donde podrás triunfar, porque eres

¹⁸⁸*LNS*, n° 261.

rico” (AA.VV. Quesada 1999: 30-31). El final de la novela es una confirmación de que el amor no podía superar las barreras de clase. Lo que presentía la protagonista, cuando le preguntaba a Juan Manuel por qué no buscaba a su novia “entre las de su clase”, pues “para los niños de familia [...] por lo común es más importante que ella tenga dinero” (AA.VV. Quesada 1999: 22-23), se cumplía inexorablemente.

La obrera recorre el camino desde un sacrificio (el laboral) hacia otro (el amoroso). El desplazamiento espacial que se opera en su recorrido del barrio a la ciudad donde se ubica el trabajo y el recorrido ascendente del novio obrero al amante *hijo de papá* se cierra (provisoriamente) con un descenso que ubica las situaciones de clase en su lugar. Como obrera, la novela le permite un “ascenso” limitado a sus condiciones personales: su honradez, su espíritu de sacrificio, su buen gusto, su moderación. Será, por el momento, una trabajadora calificada, aunque este final le niegue el ascenso de clase por la vía matrimonial.

Apenas dos meses después de “La vendedora de Harrods”, Quesada publica la segunda parte de la historia de Carmen, “Cuando el amor triunfa”. La muchacha seguía trabajando como empleada, pero era la encargada de elegir la mercadería para la venta, nada más ni nada menos que en París.

Si Carmen había iniciado el camino de ascenso con su trabajo, yendo hacia la ciudad, ahora su nuevo destino era aún mayor. La confianza que depositaban en ella los patrones no era casual. Carmen se lo merecía, todas sus cualidades estaban en juego allí. De nuevo, los espacios por los que se mueve la protagonista revelan la calidad de su progreso, ahora se eleva por sobre lo que se suponía inexorable destino de obrera: “Le pareció que tenía alas y que, escapada de la pajarera de su tienda, iba volando hacia la realidad de sus ensueños.”

Mientras tanto, Juan Manuel llevaba adelante su buena (y aparentemente feliz) vida de joven patrón de estancia casado. Para esa época, Luis Roger, el ex novio de Carmen, intentaba retomar la relación con ella, que no lo aceptaba, pues creía que el joven la pretendía por compasión. Detrás de ese rechazo notamos que la verdadera causa era su fidelidad intacta, su amor por Juan Manuel, aunque nunca le dijera esto a Luis. Tampoco aceptó la ayuda económica que le ofreciera su antiguo amor. Cuando Carmen viajó a Europa para realizar las compras de Harrods se encontró fortuitamente con Juan Manuel y la joven volvió a rechazarlo porque, le dijo, “él era un hombre casado”. Tiempo después, Juan Manuel enviudó y, luego del luto, le propuso casamiento a Carmen. Contra todo lo que podría suponerse, ella no aceptó. No aceptó el apellido, no aceptó los papeles, no le interesaba la dignidad social de esposa, ella que no sabía de “prejuicios y de conveniencias”, se sentiría realizada solo con tener el amor de Juan Manuel. Ambos iniciaron una “nueva etapa en su existencia”, caracterizada por la “sobriedad” no exenta de “buen gusto”. Carmen sintetiza de este modo el *happy end*: “¡Cuando el amor triunfa, Juan Manuel, la sociedad no existe!”

Veamos los aspectos más importantes de este texto con relación a lo sentimental y lo social. En primer lugar, la hipótesis de Sarlo de que la novela semanal de temática sentimental tiene resolución por la vía de lo maravilloso, pareciera cumplirse. La mujer de Juan Manuel desaparece de manera inesperada,

como obstáculo para la realización del amor verdadero. Sin embargo, a la muerte de la esposa se suma el ascenso de clase de Carmen; ese desenlace revela el elemento clave para la realización del amor: la voluntad de autonomía de la protagonista.

Es un problema de conciencia y el amor entra en lucha contra los valores sociales establecidos y es posible que gane. Allí, más que el consuelo/consolación ingresa la contradicción. Juan Manuel no tiene la voluntad suficiente como para oponerse a la sociedad, no asume desde el principio que puede elegir en contra de la sociedad; no obstante, aprende y elige conscientemente en contra de ello. En tanto, Carmen, más segura, sabe que sus necesidades de clase no deben llevarla a perderse, ni a perder sus sentimientos, va construyéndose a sí misma desde su lugar de obrera hasta llegar a ser una obrera calificada y luego, una pequeñoburguesa: su resistencia y su autoconstrucción son sus métodos de lucha. Es una *self-made woman* a quien no le destruye la vida el hecho de perder el amor. Aunque haya nacido obrera, sabe que puede ser otra cosa que “la mujer de” y sabe que puede contar con sus propios ingresos. Ella no asciende para que el amor sea posible, ella asciende porque es una mujer valiente y puede sobrevivir sola, sin prostituirse ni entregarse a los patrones. Esto no es consolatorio ni una forma de *statu quo*. Por su parte, los personajes masculinos no tienen ni el carácter ni la voluntad de la protagonista: Juan Manuel se deja manejar (en principio) por las convenciones sociales a pesar de estar enamorado y después acepta las reglas del mundo de Carmen, de una moral en donde lo más importante es el amor y no “el doble apellido” o la apariencia de felicidad. Los principios de la protagonista, tanto los que ella reivindica para su clase (siempre inferior a la posición de Juan Manuel), como aquellos que exige para su sexo (no aceptar el matrimonio, imponer que vivirán donde está ella). Cuando “triumfa el amor” por fuera de las convenciones sociales, es un triunfo en la batalla por los sentimientos (feministas, liberales, pero feministas al fin) en el marco de la lucha de clases.

La importancia de esta obra radica en que, en la *vuelta de tuerca* de la segunda parte, muestra que las novelas sentimentales de circulación periódica no solo no representaban el consuelo, sino las contradicciones a las que los sentimientos deben enfrentarse en la sociedad capitalista. Si leemos la primera parte en abstracción de la segunda, del resto del corpus y del contexto histórico, podríamos pensar que la sociedad de clases impone los límites al amor. Cuando reponemos todos los elementos, encontramos que los sentimientos son la representación de la lucha, de los enfrentamientos de clase que se estaban experimentando. Los sentimientos para los “cocheros y verduleras” como manifestación de la lucha de clases. Esta historia es, desde el punto de vista del *orden de género*, abiertamente progresista. No es casualidad que sea la novela más exitosa de toda la narrativa hebdomadaria del período.

Tomaremos ahora el caso de otra mujer que trabaja, la bellísima obrera de “La Venus del arrabal” de Belisario Roldán. María Rosa tenía tres pretendientes; uno de ellos, Manolo, era cerrajero y anarquista. El segundo, Ernesto, un *niño bien* que participaba en las acciones de la Liga Patriótica. Por último, tenemos a Don Santiago, propietario maduro de un almacén, representante de la pequeña burguesía en ascenso. Todo el texto consiste en el proceso por el cual María Rosa realiza su elección

amorosa. En primer lugar, la chica desestimó la relación con Ernesto, pues, según lo había leído en las novelas, sabía cuál era el destino moral de las obreras que se convertían en amantes de *niños bien*. Por otra parte, María Rosa no acordaba con el nacionalismo de Ernesto. En segundo lugar, no aceptó a Don Santiago porque era un hombre mayor que no merecía su belleza. Además, parecía egoísta e interesado, como un traidor a su clase que “ahora que era patrón hablaba otro lenguaje, habiendo pasado por las sociedades de resistencia y que sabía de huelgas y palizas policiales.” (AA.VV. Roldán 1999: 57) La elección recayó en Manolo. Si bien el texto muestra en la superficie este proceso de la elección de un marido, la protagonista resuelve la cuestión a través del análisis de cada una de las ideologías que se le presentan, encarnadas en cada uno de los candidatos. En esa introspección de María Rosa se observa el proceso de adquisición de la conciencia obrera de una mujer. Ese proceso no consiste simplemente en llevar a cabo el gesto revolucionario de entregar su amor a un obrero “internacionalista”. Es mucho más que eso. A través del uso del discurso indirecto libre, “leemos” el pensamiento de una mujer que trabaja y ha participado en asambleas, que ha escuchado hablar a “reaccionarios furibundos, clérigos de palabra fácil, politiqueros [...], socialistas más o menos deficientes o incompletos, anarquistas cabales, maximalistas atacados de un super lirismo feroz con vistas al terror y tambaleantes de borrachera espiritual.” (AA.VV. Roldán 1999: 51) En la enumeración misma se encuentra el juicio de valor incipiente con relación a cada una de las posturas. Si bien en ese momento de su reflexión todavía no la había convencido ninguna, no pasaría mucho tiempo hasta que se decidiera por los hombres “cabales”. El final del texto alumbra una nueva aurora sobre la tierra, un milagro visto por la pareja de enamorados, el triunfo de la utopía. El amor de María Rosa es una victoria porque no se entrega al enemigo de clase¹⁸⁹; ella impone sus condiciones al igual que Carmen, aunque en esta novela no existe el elemento de ascenso y autoconstrucción, puesto que no hay contradicciones entre los miembros de la pareja: María Rosa elige a un obrero como ella.

Examinaremos ahora las últimas dos actividades relevantes de las mujeres en el corpus: maestras y costureras/modistas, quienes constituyen el grupo con mayor representación, con dieciséis casos. Con relación a la docencia, diremos que es un trabajo que las mujeres realizan sin quebrantar la lógica patriarcal; la función docente es digna porque es una extensión de la maternidad. Aun cuando la tarea de maestra adquiere todas las características de la función materna --cuidado, abnegación, amor, tolerancia--, no es el trabajo más representado en el corpus, pues solo hay ocho casos, en siete novelas; probablemente porque la maternidad no es un problema central en el corpus.

Una de las “novelas de maestras” es “La guacha”, de Carlos Muzio Sáenz Peña, de la que hablamos más arriba para referirnos al tópico de la “caída” y a la situación de Celia, como hija natural de Marta de Revere, aspirante a actriz en su juventud, y de don Marcos Suárez, un hombre de fortuna. Celia era maestra normal y su desempeño laboral aparece como un sacrificio, como una necesidad, pero también como una vocación. De hecho, aunque las condiciones laborales le resultaran adversas, ella

¹⁸⁹Como el caso de la costurerita María Luisa de la novela de Quesada.

ejercía su rol docente “como correspondía” justamente por ser mujer. Ser maestra es “tan natural” para la mujer como ser madre, la maternidad se justifica “biológicamente”, la docencia “psicológicamente”; para ser madre se nace, para ser maestra se tiene vocación. Es debido a esta supuesta *condición natural* que la docencia no está considerada como un trabajo, se realiza por vocación (femenina) y como un antecedente para la construcción de la propia familia. Este es el caso de Celia. Pero veamos cómo llega de maestra a esposa. Si bien Marta ya no tenía relación afectiva con el padre de su hija, sobrevivía gracias al dinero que él les daba para mantenerse; pues nada hay de malo en que un padre mantenga a la madre y a su hija, constituyendo *casi* otra familia nuclear paralela a la propia. Esta doble vida del varón y la hipocresía con que socialmente es aceptada son consecuencias de la familia patriarcal monogámica. Hemos visto que el corpus no sostiene, en líneas generales, que el matrimonio constitutivo de esa familia deba ser indisoluble y, por lo tanto, la monogamia es una imposición que suele no cumplirse en los casos en los que el amor verdadero y el matrimonio entran en conflicto.

El padre de Celia aparece como un benefactor, incluso hasta en el “acto” de su muerte, dejando una parte de su herencia a Celia. Después de todo, no había resultado ser mal padre. Antes de que la herencia llegara, la hija trabajaba. Ejercitándose como madre conoció a Enrique del Cerro, hijo de un terrateniente de Gral. Cruz, que la pretendía. La chica era capaz de distinguir los límites entre la realidad y la ficción y sabía que un casamiento que pretendiera superar las clases sociales no era posible; sin embargo, el conflicto de clase entre los enamorados se resolvió porque el padre del joven no era un terrateniente “aristocrático”: se había hecho de abajo y sabía reconocer la dignidad de la pobreza. Por eso, aceptó el noviazgo de su hijo. El límite apareció cuando del Cerro descubrió que Celia era la hija natural de Marcos Suárez. Ante la resistencia del padre, fue muy eficaz el discurso de la madre digna que le recordó que no estaba bien desechar a la hija por ilegítima, como no se desamparaba a un animal que en el campo había quedado sin madre. Este argumento convenció al señor del Cerro, no simplemente por la comparación, establecida con una situación afín a su desempeño como terrateniente ganadero. Del Cerro sabía que su origen social también era “ilegítimo”; él no había sido como Marcos Suárez, “hombre rico desde que naciera”, “su vida había sido una lucha interminable en procura del sustento de los suyos.” (AA.VV. Muzio Sáenz Peña 1999: 89) Aceptó sinceramente el matrimonio de su hijo porque tanto él como la muchacha habían nacido desheredados. Pero la herencia seguía siendo un elemento fundamental: así como Enrique heredaría a su padre, Celia ya había recibido a estas alturas, la modesta herencia de Suárez. En “La guacha” vuelve a tener importancia clave el mismo elemento progresista que señalábamos para “La vendedora de Harrods”: el hacerse de abajo, superar los obstáculos y llegar son valores clave en el corpus; no así el “tener plata heredada”, ser *niño bien* o burgués (de fábrica). Según esta novela, la clave del ascenso social para la mujer a través del matrimonio radica, entonces, en encontrar un candidato con herencia, pero sin prosapia familiar, sin relaciones sociales (típicamente urbanas), en contar con una dote propia y en demostrar que sería buena madre. El elemento del campo

es en “La guacha” el que constituye la piedra de toque, pues la narrativa da por sentado el falso prejuicio de que en el trabajo agrario no existe la explotación.

En *LNS*, la lucha de clases en el campo del amor es un terreno en el cual la alianza de clases tiende a resolverse favorablemente con la fórmula BV+/OM+ (o PBM+) cuando la dirección corresponde a la mujer (vale decir, el burgués debe aceptar condiciones de sexo que van contra los dictados del patriarcado). En esos textos, para que el amor se resuelva positivamente, los personajes deben anteponer el amor a cualquier cosa. Eso es lo que hacen los (escasos) buenos varones burgueses (BV+) y las buenas mujeres obreras (OM+) o, con menor frecuencia, pequeño-burguesas (PBM+). *LNS* desalienta, para toda mujer de la clase obrera, la unión con BV-. En la medida en que, como hemos visto, los varones de la clase dominante con esa valoración son la mayoría, la mujer, sobre todo la obrera, está siempre en peligro porque, por su posición de clase, el burgués es siempre peligroso. Detrás de sus galanterías, de su seducción, asoma la posibilidad de la entrega fallida, de la confianza excesiva, del engaño. Por eso, la fórmula BV+/OM+ es relativamente rara en el corpus.

Recordemos que en “Amar al vuelo” (la novela de Sara Montes que utilizamos en el primer capítulo para ejemplificar el desdoblamiento de los conflictos y cómo lo incorporamos en la planilla de cálculo), Leonidas Rauch estaba enamorado de Violeta Soler. Él era poeta, ella maestra.¹⁹⁰ Sin embargo, hay un obstáculo: él estaba comprometido con Josefina y en cinco meses se casarían. La futura esposa, una niña rica, descubrió el *affaire* de su novio, a la vez que se enteró de que Violeta estaba embarazada. Sorprendentemente, Josefina le pidió que se casara con la maestra, exponiendo, entre los argumentos, el problema de los hijos ilegítimos. Leonidas aceptó de buen grado esta ruptura (¿cómo no celebrar que se le allanara el camino de semejante manera?) y contrajo matrimonio con la maestra. Los esperaba un desenlace bucólico, con una tarea docente para ambos en una “escuela” de un pueblo de pescadores. Este caso es interesante porque la novia no reacciona como se esperaría, ella misma lo dice así. Se podría pensar, en una interpretación posible, que sus justificaciones no son suficientes para esconder que los intereses de clase tal vez pesen más que los de género. Josefina no va a compartir su posición y su fortuna con un traidor (y mucho menos cuando sospecha que Leonidas llevaría una vida paralela, en caso de que el matrimonio se llevara a cabo). Recordemos que, en la época, la mujer no es autónoma financieramente y que, al casarse, sus bienes serían manejados por alguien que no la quiere y que, en el fondo, no es confiable. En esta interpretación, ella actúa como burguesa, no como *mujer*, tal como la sociedad conservadora espera que lo haga, es decir, que obligue al pretendiente a cumplir su compromiso. También se podría interpretar al revés: ella antepone, incluso contra el prejuicio social, la ideología del amor romántico, que triunfa frente a todo compromiso social y se expresa como sentimiento puro. No importa lo que pida la sociedad, si no hay amor, no hay casamiento. Como sea, con su renunciamento, se verifica, en otro caso más, que la alianza PBV+/OM+ es portadora del amor genuino. Porque si bien Leonidas engaña a Josefina, parece hacerlo por la obligación de cumplir con su compromiso

¹⁹⁰*LNS*, n° 115.

matrimonial. En ningún lado señala el texto que Leonidas tenga una intención aviesa, sino que reconoce la existencia de un obstáculo social que pone en peligro la posición de Josefina, a quien no quiere causarle daño. Lo que sucede es que entre los protagonistas de esta alianza de clases subalternas el amor resulta espontáneo, “a primera vista”, “al vuelo”. Esta espontaneidad del amor entre miembros de la misma alianza social no se presta a la desconfianza que generaría, como vimos en el párrafo anterior, una presencia burguesa masculina. El que Josefina se allane al triunfo del amor, contra sus propios deseos y sentimientos, es una prueba de que las mujeres del corpus personifican mejor que los varones la ideología del amor romántico. El amor es el amor y contra ello no se puede. Entre otras cosas, porque la mujer, sea cual sea su adscripción de clase, en *LNS* es casi siempre portadora de valores positivos, lo que se verifica en el escaso número de “depredadoras” en comparación con los varones burgueses. Esta conclusión, inclina la interpretación que hacíamos más arriba, en el segundo sentido apuntado, es decir, el que señala que Josefina no piensa como burguesa sino como mujer, aunque tal vez las dos posibilidades sean confluyentes: ese matrimonio no le convenía, ni como burguesa ni como mujer, ni como representante del poder de la propiedad privada, ni como representante de la ideología del amor romántico. Apoya esta conclusión el inusual realismo con el que Josefina resuelve la situación.

La Margot de “Unidos por la muerte”, de Andrés Sorel, es la abnegación personificada, “siente un culto idolátrico por la profesión” y se ocupa de los alumnos aún después del horario escolar.¹⁹¹ Por su parte, Emilio, el protagonista, mientras estudia en la Universidad vive en la casa del matrimonio Ramírez. Allí, Venancia, la esposa seductora, lo provoca hasta que obtiene sus favores. A medida que pasa el tiempo, la mujer se pone más exigente, más celosa y empieza a amenazarlo. Tanto es así que cuando se entera de que Emilio está enamorado de Margot y se casaría con ella, lo empieza a perseguir aún más. Hasta que un día el esposo de Venancia ve que su mujer abraza a Emilio (aunque él se resiste) y lo mata. Desesperada, Margot se suicida. El BV y su esposa (quienes encarnan los celos en tanto manifestación del “amor como propiedad privada”) son responsables de la tragedia, son el obstáculo para la alianza.

Último caso: en “La canción del oro”¹⁹², de Soiza Reilly, Manucho, un muchacho trabajador, se convierte en héroe cuando evita que un usurero viole a Lola, una maestra tan buena como todas las maestras.¹⁹³ Manucho lleva consigo todo el ímpetu y la buena voluntad de un *self-made man*, esa figura que siempre aparece valorada positivamente en el corpus. Ambos se casan y viven una vida “en medio de la paz del campo, lejos de las mezquindades de la gente”.

Todas son mujeres ejemplares que pueden hacer felices a los hombres que aman y que están preparadas para la maternidad; todas construyen relaciones con OV y PBV, salvo el caso que examinamos al comienzo de “La guacha”, con un BV+, cuya presencia, como dijimos, se justifica porque

¹⁹¹*LNS*, n° 200.

¹⁹²Título de clara prosapia modernista que remite al extenso poema en prosa de Rubén Darío.

¹⁹³*LNS*, n° 262.

es un *self-made man*. Siguen esta regla otros dos casos que no tienen demasiados elementos para examinar: uno, el de una maestra y un escritor que se conocen en una casa de retiro y cuidado para enfermos de tuberculosis en la trágica historia de “Sol de amor”, de Armando Moock. El otro aparece en “La salvaje” de Julián de Charras: Lucía es maestra y es la hermana buena de Leontina, la protagonista. Entre ambas se establece una relación de antagonismo.¹⁹⁴

Los casos de costureras duplican, como dijimos, a las maestras. De todos ellos, el más complejo porque aparecen planteados problemas que ya hemos analizado, como la maternidad, y otros sobre los que nos explayaremos más adelante, como la *caída* y la prostitución, es “La hija del taller” de Julio Fingerit.¹⁹⁵ Allí se cuenta la historia de Andrea y la de su hija Anita. Entre ambas aparece una diferencia significativa que nos sirve para examinar el lugar de las mujeres con relación a los hombres en *LNS*: se trata de la distinción entre mujeres dependientes económicamente de los varones y aquellas que no lo son¹⁹⁶. Ahora bien, ¿cómo se vinculan todos esos temas en esta novela? Andrea construye su dignidad a partir del trabajo; no se resigna a sostener un matrimonio con el hombre “holgazán, bebedor, pendenciero y mujeriego” que la había convertido en objeto de sus pasiones, porque sus sentimientos no son respetados ni respetables. Ella escapa a la dominación que intenta imponerle el padre de su hija y renuncia al espacio social postulado para la felicidad femenina cuando incursiona en el terreno laboral, un campo casi exclusivamente masculino. El trabajo dignifica y santifica¹⁹⁷ solamente al varón. En su progreso laboral y económico, Andrea sacrifica a su hija, pues si bien el texto no la hace responsable por no haber sostenido su lugar de esposa, sí la culpa por no haber sido exclusivamente madre. Ella hace suya la sanción social para los sentimientos privados, ha sido una mala madre: “Dios [...] me perdone a mí mi oficio de planchadora. Ya no creo en mi honradez, ¡oh, Dios!, yo que toda mi vida he trabajado para ser honrada; yo soy culpable de todo y mi hija no tiene ninguna culpa. Es el resultado de mi vida de trabajo...”

Sin embargo, no debe suponerse que el conflicto de Andrea es exclusivamente un conflicto entre sexos. Es, en realidad, y en un sentido más amplio que por supuesto incluye la subordinación sexual, un conflicto de clase, la *mujer pobre* que supo ser ha *medrado* socialmente. Andrea dejó de ser la hija de una “familia *trabajadora*, ignorante y sombría” y “añascando peso sobre peso, casi con *avaricia*, con voluntad de crearse un *capitalito*” pudo tener su *propio* taller y sus *propias* empleadas. Aunque “nunca dejó de trabajar” ya pertenece a otra clase social. Andrea se ha *masculinizado* al ingresar en una clase social que no ha sido heredada ni adquirida por matrimonio. El texto sanciona (al *quitarle* la maternidad a la protagonista) la acumulación de capital y la explotación. La madre pagó caro su ascenso de clase:

¹⁹⁴*LNS*, nº 101 y 245.

¹⁹⁵*LNS*, nº 170. Las cursivas en la cita son nuestras.

¹⁹⁶Usamos este parámetro dado que la independencia económica es un elemento crucial a la hora de considerar la emancipación de las mujeres.

¹⁹⁷“Por ella iba a trabajar ahora con mayor ahínco para borrar su pasado. Iba a santificarse...”. Y también en “Los incapaces” de Oscar R. Beltrán (*La Novela Argentina*, año I, nº 13, 1922): “Las manos vigorosas, santificadas por las herramientas de trabajo...”.

la hija, criada en el taller, creería que los cuentos de hadas eran verdades y se engañaría, según lo veía su madre. Anita había progresado a fuerza de ser rehén de las pasiones de otros y caería, más temprano que tarde, en el abismo del abandono, igual que todas las empleadas que huyeran del taller en el auto de algún seductor. Las mujeres huían del trabajo en el taller como de la peste porque las embrutecía, les quitaba la belleza (único medio que tenían para conseguir “un buen candidato”). El trabajo es, según Anita (y según todas las que “escapan”), un castigo para las mujeres. Muchas mujeres caen, como veremos más en detalle, por amor, por engaño o por necesidad. Sin embargo, el caso de Anita es propio de la mujer ambiciosa, de aquella que, como dicen los poemas de Evaristo Carriego y de Nicolás Olivari, “cae sin necesidad”. Sin dudas, tanto para *LNS* cuanto para Olivari, se trata de una ambición de corto vuelo, que desaparecerá tan pronto como la juventud y la belleza.

Los caminos a la felicidad para la mujer obrera no le permiten el *aburguesamiento* (recordemos que Andrea tiene empleadas, aunque ella misma sigue al frente del taller) y, ciertamente, aceptar la subordinación de género que implica la prostitución tampoco es, según el corpus, una forma de liberación de las mujeres obreras. Las fórmulas predominantes en *LNS* para la felicidad femenina son OM+ OV y OM+ PBV (sin “aburguesamiento” autónomo y muy minoritariamente por matrimonio).

De los casos restantes de costureras, destacan “La costurerita que dio aquel mal paso...” de Josué Quesada, y “Fuera de la ley” de Richard Lavalle (cuyo tema es el de los hijos ilegítimos).

Nuevamente, vinculada a la crisis y a la miseria, en “Las mujeres que se venden”, de Soiza Reilly, Dorita debe sacrificarse (primero con un trabajo terriblemente hostil, luego, casándose con un burgués al que no ama, por presión de las necesidades y de sus padres).¹⁹⁸ El padre de la joven pierde su trabajo en el Correo porque se enferma y ella debe mantener a la familia. Otra vez, el fracaso del varón “proveedor” lleva a una salida anticipada y desfavorable de la mujer de la dependencia masculina.

En “Mis dos ‘yo’” de C. Toranzo Calderón, la situación se repite: familia que sostiene a la hija única (como Dorita), ruina familiar (esta vez no por causa de la enfermedad, sino por una estafa perpetrada por un tío), enfermedad de la madre y necesidad de convertirse en sostén familiar, como la mayoría de los casos de obreras en relación de dependencia.¹⁹⁹ Se reiteran también otros dos tópicos: el de las presiones para la *caída* y el de enfrentar un trabajo excesivo: “[...] desde hace 3 años, trabajando sin descanso, con una máquina, sin ilusiones, porque no tengo derecho a tenerlas, no obstante mis 18 años, ni perspectivas de mejoramiento, porque soy honrada, señor, y sabré resistir la miseria, antes de caer en el fango”, dice Mecha, la protagonista. El mismo esquema aparece en “La marcha nupcial”²⁰⁰ de César García de Zúñiga.

¹⁹⁸*LNS*, n° 212.

¹⁹⁹*LNS*, n° 139.

²⁰⁰*LNS*, n° 141.

Los rasgos comunes de las costureras son la abnegación, la sencillez y la belleza que no se empaña con el arduo trabajo. El resto de las novelas en las cuales figuran costureras, no tienen particularidades en su trama vinculadas a la ocupación de las protagonistas.

No obstante, con lo que hemos visto sirve para cerrar esta parte remarcando que la independencia de las mujeres es, en muchos casos, no un resultado positivo, sino más bien lo contrario (el caso de *La vendedora de Harrods* es excepcional). Hemos descubierto también un personaje clave en el despliegue del *orden de género*, no tanto por su presencia sino por su ausencia: el “varón proveedor”, el padre. Al fallar en su función, provoca la “caída”, que devalúa el “capital erótico” de la mujer que no puede, de ese modo, transitar hacia un varón poderoso y debe conformarse con un final trágico.

La esclava moderna

El patriarcado se apropia de la sexualidad de las mujeres por dos vías. Por un lado, le quita a la mujer la posibilidad del goce/placer/sexo/deseo autónomos; por otro, se adueña del resultado de la reproducción de la vida humana bajo la forma histórica de la familia monogámica. Así es como produce una división de tareas y de estereotipos entre las mujeres: unas, sirven al placer (del varón); otras tendrán destino de esposa y madre. Ambos modelos permanecen bajo la dominación masculina. En el primer caso, la sexualidad de la mujer solo se realiza en función del deseo dominante del varón. En el otro caso, las mantiene dependientes de los varones, ya sea por la economía o por imperio de las leyes.

Abordaremos ahora este último estereotipo de mujer, la mujer de familia, tal como aparece representada en *LNS*. Ello nos lleva a la *esclava moderna*, es decir, a examinar el problema del divorcio, un tema central de nuestro corpus, casi en el mismo sentido y por la misma razón por la cual Carolina Muzzilli expresaría en el Primer Congreso Femenino Internacional, de 1910: “Negar el divorcio es admitir el adulterio, escuela práctica de infelicidades”.

El gran debate que precede no solo a esta reflexión de Muzzilli sino a la preocupación de *LNS*, es la presentación en el Congreso Nacional del proyecto de Ley de Divorcio del diputado Carlos Olivera, en 1902. (Rodríguez Molas 1985: 134) Para cuando esta colección dio comienzo, la sociedad argentina llevaba ya años de presenciar debates por una ley de divorcio vincular. Esa transformación legal llevó más de ochenta y cinco años, pues recién en el año 1987 se aprobó en nuestro país la ley gracias a la cual los cónyuges que se divorciaban recuperaban la capacidad nupcial.

Este vínculo, según el Código Civil de Vélez Sarsfield (de 1870, que entró en vigencia en 1871) y la Ley de Matrimonio Civil (aprobada en 1888), no solo era indisoluble, en consonancia con los límites que imponía la Iglesia, puesto que solo permitía la separación de cuerpos (o *divorcio imperfecto*), sino que era la base constitutiva de la familia monogámica y heterosexual. La familia se asentaba en la potestad del esposo y luego padre, una cosmovisión masculina, jerárquica y autoritaria, como producto

de la tradición católica.²⁰¹ Esa imposición de la monogamia distaba mucho de realizarse. Cuando las parejas matrimoniales se rompían, se daba lugar a uniones que no estaban legitimadas. Esto implicaba que, después de la ruptura, los esposos debían mantener la fidelidad (vale decir, abstinencia), de lo contrario, podían ser acusados de adulterio. Sin embargo, tanto las leyes escritas como las costumbres sociales eran dispares a la hora de sancionar a las mujeres y a los varones. Por un lado, las leyes civiles otorgaban más derechos a los hombres que a las mujeres, pues se sancionaba el adulterio con uno a tres años de prisión en ellas y no había sanción para los maridos: “El marido sólo es punible cuando tiene manceba dentro o fuera de la casa conyugal”, decía el Código Penal. “Para la mujer, en cambio, una sola relación ocasional ya configura adulterio”, aclara Recalde. (1986: 81)

Por otro lado, la existencia de un patrón de doble moral para la sexualidad, también ponía en peor condición a las mujeres para desenvolverse en el terreno afectivo. Las familias no eran, sin duda, a juzgar por los estudios de la vida cotidiana y los censos de la época, tal como lo pretendían las leyes. Gran parte de este impulso que conspiraba contra la instauración de esa forma familiar que pretendía imponerse desde arriba, provenía de la irrupción de una clase obrera en la cual la mujer se constituye en trabajadora.

La sanción de la Ley de Matrimonio Civil ya había generado una batalla en la cual los más conservadores²⁰² habían advertido que, considerando al matrimonio un contrato, no pasaría mucho tiempo hasta que se pretendiera sancionar una ley de divorcio, puesto que era inconcebible que un contrato civil no pudiera ser rescindido por las partes.

Dentro de este campo en el cual el orden legal y las costumbres producen y sancionan un diferencial entre los sexos, encontramos varios temas que desarrolla *LNS*. El más importante en términos cuantitativos es el del divorcio (y las infidelidades o adulterios producto del desamor), luego el de los hijos naturales. También se expresa esta temática como cuestionamiento a la discriminación que las leyes (sean escritas o no) hacen entre varones y mujeres. En “La historia de una muchacha”, de Agustín Remón, el padre de la protagonista se divorcia y vuelve a contraer matrimonio; eso sí, en EE.UU. El episodio servía para señalar la diferencia con nuestras leyes que, volcadas en las novelas, exhiben imposibilidades: en “Confesiones de una mujer” de César Carrizo, la relación entre la protagonista y el médico que está enamorado de ella permanece oculta porque él está casado.²⁰³

La historia de “Llamarada” de Emilio Gouchón Cané pone a Silvia, una mujer casada, con hijos, en la disyuntiva moral de rechazar al amor de su vida y continuar con su matrimonio que no tiene ya espacio para ella o seguir a Jorge, su enamorado.²⁰⁴ El narrador evalúa la situación: “Ya eran novios. Ya estaban unidos en el terrible noviazgo del adulterio.” Cuando Jorge le escribe a Silvia proponiéndole no

²⁰¹Esta descripción no es exclusiva de la sociedad argentina, por supuesto. La apropiación de la sexualidad y la capacidad reproductiva de las mujeres está ampliamente documentada desde la existencia de las sociedades de clase, sentando con ello la base de los géneros mediante la diferenciación jerárquica entre machos y hembras. Véanse para esto los textos de Friedrich Engels, Simone de Beauvoir, Gayle Rubin, Joan Scott, Kate Millet y Gerda Lerner en la bibliografía.

²⁰²José Manuel Estrada fue uno de los que se opuso a la sanción de la Ley de Matrimonio Civil con este argumento. Solo el matrimonio religioso era el que estaba en óptimas condiciones de mantener la indisolubilidad del vínculo.

²⁰³*LNS*, n° 47 y 53, respectivamente.

²⁰⁴*LNS*, n° 113.

seguir con ese “amor infame”, ella lo acusa de egoísta. Pues claro, ¿cómo podía ser de otra manera, cuando la que pierde todo es ella? Y Jorge no resiste la fuerza del amor que lo llama.

En “Fuera de la ley” de Enrique Richard Lavalle, el conflicto que vive la protagonista es el de los hijos extramatrimoniales.²⁰⁵ La madre de Clementina, casada con un hombre al que no amaba, se había enamorado de otro que, también casado, era “el reverso de su marido”. La muchacha se encontraba en una situación completamente alegal: “Por la ley, los hijos adulterinos no tienen padres, ni parientes, son hijos de nadie, están fuera de la ley.” Por fortuna para la protagonista, en esta novela triunfan el amor y la voluntad por sobre la barbarie legal.

Veamos cómo defendió Francisco Barroetaveña, diputado por la Unión Cívica, el proyecto de Olivera:

“El hombre separado penetra a todos los salones, ninguna mano le retira su contacto, puede llevar una vida de aventuras; él personalmente no pierde tanto como la mujer; sólo que cuando le ha tocado en lote una mujer viciosa, una especie de Mesalina, ve con dolor su nombre, que es el nombre de su padre, que es el nombre de sus hijos, arrastrado por el lodo y en las crónicas judiciales. Será condenada esa mujer disoluta bajo el nombre del marido, y los hijos que llegue a procrear serán hijos del marido por la presunción de la ley que dice: *pater est quem nuptiae demonstrant*. El hombre puede sobrellevar estas torturas morales; pero donde están los verdaderos sufrimientos [...] es en la situación realmente desastrosa en que queda la mujer joven, víctima de la desunión incompleta, es decir, la mujer que ha obtenido la simple separación de cuerpos.” (Rodríguez Molas 1985: 106)

Varias novelas del corpus ejemplifican esta argumentación de Barroetaveña. Por un lado, la Mesalina que impide al marido deshacerse de su condena, porque el apellido de ese hombre irá indisolublemente atado a esa mujer despreciable.²⁰⁶ Sin embargo, estadísticamente (al menos en el corpus), este tipo de mujer es muy escaso, si lo comparamos con los varones traidores, infieles, abusadores o viciosos. Además, el tema del apellido se reducía a la representación simbólica del hombre afectado en su dignidad. El mismo Richard Lavalle que examinamos más arriba, desarrollará la idea de que el divorcio también beneficia al varón. En efecto, en “A cadena perpetua”, Lavalle examina el tema de la “mala esposa”.²⁰⁷ El millonario Aníbal Styrbé descubre que su esposa Zulema le es infiel y, dado que no puede divorciarse y su reputación y su apellido quedarían indisolublemente unidos a ella, incluso aunque él muriera, decide matar a su mujer. El femicidio se presenta como consecuencia directa de la ausencia de una ley de divorcio. Recordemos que Richard Lavalle es ideológicamente filo-fascista. Es un ejemplo claro de que, desde esa perspectiva ideológica, también se podía impugnar una ideología conservadora de matriz eclesiástica. Es parte de lo que hemos denominado “nietzscheanismo”, que puede encontrarse tanto a la izquierda (Ingenieros, por ejemplo) como a la derecha, unidos por una crítica

²⁰⁵LNS, n° 159.

²⁰⁶Hay un solo caso.

²⁰⁷LNS, n° 207.

común al liberalismo y a la Iglesia. Dicho de otro modo, el “frente conservador” no es un frente homogéneo.

Más allá de que la historia toma el punto de vista de un varón de la burguesía que, como decíamos, experimentaba una violencia simbólica de muy baja intensidad, si la comparamos con la que sufrían las mujeres, lo cierto es que el eje del texto es el cuestionamiento de la norma de indisolubilidad matrimonial. Podemos observar en este texto un síntoma de cómo el patriarcado impone límites también a aquellos que tienen el poder. Siendo los varones burgueses aquellos que, por clase y sexo, están en mejor condición, tener que constituirse forzosamente en explotadores y opresores conlleva responsabilidades y obligaciones. Cuando no se cumplen, las leyes patriarcales se le vuelven en contra. El marido tiene que hacer que su esposa lo respete, de lo contrario, si no puede ejercer ese poder de que lo ha investido el patriarcado, será objeto de escarnio. El varón debe ser el sexo dominante y es una vergüenza para los hombres de la burguesía que deben responder adecuadamente a las formas que se corresponden con ese poder. Esta es la razón por la cual la norma patriarcal y burguesa obliga a los varones que enfrentan ese conflicto a resolverlo con la muerte: matar o morir. No queda otra salida. Por eso Styrbe mata.

El grupo de novelas en las cuales un matrimonio infeliz resulta en la sanción social para la esposa es mucho más numeroso. Nos concentraremos en las tres más representativas: “La divorciada” de García Beltrán, “La esclava moderna” de Sara Montes y “El derecho a la dicha” de Josué Quesada.²⁰⁸ En “La divorciada”, Lydia había tenido que soportar a un marido borracho y jugador, que, como si fuera poco, tenía una amante. Una vez realizado el divorcio, Lydia asumió que no podría volver a ser feliz: “En el hombre todo es honesto, todo se tolera, todo se aplaude... ¡Como que ellos han hecho las leyes y han creado las costumbres... ¡Egoístas! Esta ley de divorcio me obliga, fatalmente, a la deshonestidad... [...] con veintitrés años, bonita y sin poderse casar otra vez...”²⁰⁹

“La esclava moderna”, de Sara H. Montes, plantea un caso similar. El matrimonio entre Drina y Juan María Paso tambalea. A ella le llegan permanentemente chismes y comentarios maliciosos: su marido es infiel. Aunque un abogado le sugiere que inicie una demanda de divorcio por adulterio, ella conoce el costo que eso tiene, porque su ex-marido sería “un pícaro con quien la sociedad no sería muy severa”, mientras que ella se quedaría marcada y sola. Una noche en que Drina llega a su casa por sorpresa y encuentra a su marido con una mujer, lo echa desnudo a la calle. Tengamos en cuenta que ella era una niña burguesa y él un artista sin demasiados recursos. El desenlace aparece para resolver todo el embrollo de la vida de Drina como un *deus ex machina*, pues su esposo se suicida. Sin embargo, por esta vía maravillosa, la novela remarca que, sin reforma de la ley, la mujer también está condenada “a cadena perpetua”.

²⁰⁸LNS, n° 209, 216 y 218 respectivamente.

²⁰⁹El mismo tema de la sanción social de la mujer divorciada reaparece en “El amigo de mi marido”, de Elsa Norton.

“El derecho a la dicha” pone a la esposa de nuevo en la condición de no poder resolver su situación sentimental. Esta vez no se requiere del divorcio, sino que se muestra la diferencia en la valoración moral para la conducta de varones y de mujeres. Máximo, el esposo *sportsman*, había desaparecido después de su última aventura en globo. Ya Clotilde había experimentado en reiteradas oportunidades el abandono, la falta de afecto de su marido y su vida se había transformado en un calvario amoroso. Pasado un año de la desaparición de Máximo, Clotilde se enamoró, aunque como formalmente no era viuda, debía seguir esperando hasta que pasaran seis años. Esa doble vara moral según los sexos reaparece (al igual que en “La esclava moderna”) en un texto de Otto Miguel Cione, “Matar por amor”.²¹⁰ En la novela de Cione, la ley también es un obstáculo. Lucía Cifuentes de Romaranda lleva una vida desgraciada con el aprovechador de su marido, que le está quitando toda su fortuna familiar, le es infiel y adicto al juego. Ella está enamorada de un hombre bueno que la respeta y tiene planeado irse con él a Montevideo luego del divorcio. El esposo, enterado de esto, intenta matar a Raúl, el enamorado. Lucía para evitarlo, apuñala a su esposo: “Había querido matar mi felicidad por segunda vez, y se lo he impedido. Estoy en mi derecho. Señor comisario, estoy a sus órdenes –y a manera de justificación agregó: Mientras ellos matan, nosotras también debemos matar. ¡Algún día llegaremos a un acuerdo definitivo!”

La imposibilidad del divorcio no impide solamente a las mujeres rehacer su vida. También es un problema para los varones. En “Ramo de pasión”, de César Carrizo no se menciona explícitamente que el divorcio sea la solución, pero queda claro que ninguna relación debe constituirse en una obligación eterna.²¹¹ Esas ataduras legales son las que le impiden vivir el amor de su vida, el verdadero, con Leonor.

Estas batallas entre el amor y el deber y el cuestionamiento de la indisolubilidad matrimonial están situadas en el corpus exclusivamente en conflictos que se producen en la burguesía y/o en la pequeña burguesía. Ello da cuenta de la preocupación de los productores anclada en su propia pertenencia de clase. Por esta vía revelan no solo sus intereses, sino que, si vinculamos las conclusiones de los otros capítulos con relación al orden de clase, desde el punto de vista de los productores, la clase obrera es más “buena” y “sana” que su antagonista. Ya hemos hablado de esta alianza popular del yrigoyenismo entre la pequeña burguesía y la clase obrera. En esta novela de Carrizo que estamos examinando se expresan muy claramente los términos de dicha alianza, esa mirada condescendiente para con los obreros. Desde la óptica pequeñoburguesa, la novela da a entender que los obreros no tienen los problemas que desembocan en un divorcio. No queda claro si se trata de una mirada populista (muy probable, habida cuenta de las ideas políticas de Carrizo) o también de la conciencia de la propiedad como núcleo del problema: los obreros nada tienen, nada pierden. Esta ausencia tan significativa, tal vez empuje en el último de los sentidos. El único conflicto en el cual aparece el tema en la clase obrera está

²¹⁰LNS, n°145.

²¹¹LNS, n° 232.

en “El zorro gris”, de Héctor Olivera Lavié.²¹² El protagonista, luego de haber vivido varias vicisitudes desgraciadas, encuentra el amor en una chica sencilla y trabajadora. La solución es buscar la anulación del matrimonio en Uruguay. Va de suyo que esta solución no ha de costarle nada a quien nada tiene.

Durante la presidencia de Yrigoyen volvió a discutirse el tema, que no pudo avanzar debido (nuevamente) a las presiones de la Iglesia Católica, denunciadas por los diputados socialistas, entre ellos, Mario Bravo. Durante los años que abarca el examen de nuestro corpus, el debate tomó proporciones tan considerables que hasta el presidente intervino enviando un mensaje al Congreso en el cual defendía la indisolubilidad matrimonial.²¹³ Esta es una de las razones por las cuales *LNS* queda a la izquierda del radicalismo. Su batalla por el divorcio es muy clara.

Los matrimonios, que debían mantenerse fieles y eternos, fueran cuales fueren los avatares de la vida y de los sentimientos de los miembros de la pareja, derivaban, en muchísimas ocasiones en historias trágicas o desgraciadas que involucraban a los hijos. Explicamos más arriba el ejemplo de “Fuera de la ley”, aunque no es el único. En esta novela, Richard Lavalle es crítico del sistema social en su conjunto porque no solo cuestiona la situación en la que quedan los hijos adulterinos, sino que pone el foco en una mujer que, por ser obrera, se encuentra en la peor situación posible. En nuestro país, la ley de matrimonio civil sancionaba una distinción elemental entre los hijos nacidos al amparo de la institución matrimonial y aquellos que eran considerados naturales, adulterinos, espurios, incestuosos y sacrílegos. Tanto los hijos naturales como los incestuosos podían ser reconocidos, no así los adulterinos, dado que el vínculo matrimonial de su padre biológico lo impedía. Mientras tanto, ninguno de ellos gozaba de los derechos de los hijos legítimos. En principio, carecían de vocación sucesoria; en segundo lugar, la asistencia y alimentación de esos hijos era voluntaria y, por último, no tenían la posibilidad de indagar acerca de su identidad. Debemos agregar que muchos varones dejaban a sus hijos fuera de la ley porque ellos no querían hacerse responsables de esa paternidad, con el agravante de que, en aquella época era necesario contraer matrimonio para que los hijos o hijas adquirieran estatus legal. Recordemos que recién en 1985 la ley argentina igualó el estatus de filiación de los hijos matrimoniales, extramatrimoniales y adoptivos.

Dijimos que tanto el cuerpo legal como las tradiciones y costumbres eran la viva expresión del patriarcado y del orden machista. Al comienzo de este capítulo señalamos cuáles eran las características del matrimonio civil y también cuáles eran algunas de las imposiciones diferenciales para con las mujeres que surgían del Código de Vélez Sársfield. Una de ellas, era la prohibición de realizar actividades comerciales sin permiso del marido. (Rodríguez Molas 1985: 80) Tampoco podía la mujer casada ejercer públicamente ninguna profesión o industria, ni estaba en condiciones de disponer de sus bienes, celebrar contratos o contraer obligaciones. La equiparación jurídica se alcanzó con la ley 11.357

²¹²*LNS*, n° 221.

²¹³La Argentina debió esperar hasta el 12 de junio de 1987 para que se sancionara la ley de divorcio vincular, por la cual los miembros de una pareja que se divorciaba recuperaban la capacidad nupcial.

de derechos civiles de la mujer, el 14 de setiembre de 1926. Habían pasado casi veinte años de reclamos desde que en 1907 Alfredo Palacios presentara su proyecto de ley. La nueva ley anuló las “incapacidades de derecho” que se encontraban aún vigentes, estableciendo que las mujeres mayores no casadas gozaban de una capacidad civil total. Las mujeres casadas, sin embargo, permanecieron bajo la autoridad del marido, pero desde entonces pudieron trabajar, formar parte de asociaciones civiles o comerciales, administrar y disponer de sus bienes sin la autorización de su esposo. La patria potestad siguió siendo una prerrogativa del padre hasta 1985.

El exponente que brinda más evidencias en su trama de cómo las leyes sojuzgan a las mujeres luego de contraer matrimonio es “Flor del aire” del “fascista” Enrique Richard Lavalle.²¹⁴ Este texto es, a todas luces, una narrativa de tesis, así como lo eran “Fuera de la ley” o “A cadena perpetua” del mismo autor. Susana es una joven que se opone al matrimonio sin amor, no acepta ni el matrimonio por conveniencia ni los arreglos familiares: la joven se niega a aceptar lo que pretenden sus tías, quienes quieren casarla según las costumbres sociales. Tiempo después se pone de novia con Aurelio, un muchacho que tiene la misma concepción del amor que ella. Además, Aurelio es muy consciente de que el matrimonio es una institución que consolida la jerarquía entre los hombres y las mujeres. Finalmente, Aurelio y Susana se casan, asumiendo que las mujeres que no cumplen con ese requisito social tendrán más problemas: dos fuerzas empujan para que los matrimonios se realicen, una es la fuerza de la sanción moral que cae sobre la mujer que vive en concubinato; la otra, tal como hemos examinado, el destino de los hijos sin identidad.

2. Sexualidad y violencia

Sean dependientes o independientes, las mujeres tienen, en el universo bajo examen, una sexualidad marcada por límites muy claros. El corpus, dado que expone un programa para las formas del amor y en particular para los vínculos de pareja, desarrolla consecuentemente una serie de imágenes de mujer que funcionan a modo de pedagogía: cómo debe ser o cómo debe comportarse una mujer. Los límites aparecen, entonces, a la hora de hablar de la “caída”, la homosexualidad femenina y los castigos ante la conducta no esperada, la violación y el femicidio.

De malos pasos y caídas

LNS demuestra que en la sociedad patriarcal la mujer desfila por un estrecho sendero, que va de la mano del padre a la del “buen esposo”. La posibilidad de “caer”, de desviarse de ese peligroso camino está a la orden del día. El tema recibe amplio tratamiento y su resolución es una de las claves de la concepción dominante sobre la mujer en *LNS*.

²¹⁴*LNS*, n° 138.

La cultura popular tiene varias formas de referirse a la primera relación sexual (específicamente, coital) de una mujer por fuera del matrimonio. Así como ese tema desaparece completamente cuando de matrimonios ya constituidos hablamos, tampoco es objeto de representación cuando de la “primera vez” masculina se trata. La virginidad en las mujeres es un tópico puramente ideológico, no tiene importancia objetiva, sino que tiene un valor social otorgado por el patriarcado: la *virtud* en la mujer garantiza al varón la propiedad de esa esposa, y lo que es más importante, la de los hijos por venir. Una mujer cuya pureza prematrimonial está garantizada, será con un alto grado de probabilidad, una futura esposa formada para la fidelidad del matrimonio y una madre que garantizará la pertenencia de la progenie a su esposo.²¹⁵

La cantidad de representaciones y de variantes para referirse a esta condición femenina es un síntoma de la importancia y del valor ideológico que tiene. Entre el poema de Carriego de 1913 y la película homónima de José Agustín Ferreyra, de 1926, la cultura popular sostiene y construye todo el imaginario vinculado a la “primera vez” de la mujer: sus motivos, sus resultados y sus sanciones sociales. Mientras Carriego plantea que ese “paso” fue innecesario, pues la costurerita había entregado su virginidad a un hombre que no la quería y, por lo tanto, no la merecía, en 1924 Nicolás Olivari reescribe este poema brindando una motivación para la caída. Así, el varón de la clase dominante manifiesta su verdadera cara: la de depredador de mujeres de la clase obrera. Esta polémica entre estos dos ejemplos da cuenta de la presencia de un campo de debate en torno a este problema. En efecto, dos de las novelas más famosas de la época, escritas por Manuel Gálvez, ponen sobre la mesa la hipocresía social en la consideración de los comportamientos femeninos con relación a la sexualidad. Una de ellas es *La maestra normal*, publicada en 1914; la otra, *Nacha Regules*, de 1919. En una, la *caída*; en la otra, la prostitución.²¹⁶

Es entonces, un tema social que recibe tratamiento de tópico en la cultura popular. Como no podía ser de otro modo, también en *LNS* esta preocupación por la “primera vez” en las mujeres ocupa un lugar relevante y se expone desde distintas perspectivas. En “La esfinge” de Julio del Romero Leyva, se cuenta una historia con final feliz.²¹⁷ Una “joven intelectual”, enamorada de un médico conferencista que estaba casado, “cayó moralmente”. Fueron amantes durante dos años y tuvieron un niño y una niña. Cuando el seductor fue descubierto, la madre huyó con los chicos. Se reencontraron veinticinco años

²¹⁵Si bien la puta y la madre/esposa son construcciones históricas previas a las sociedades de clase incluso, tal como lo ha demostrado Gerda Lerner, uno de nuestros objetivos en este capítulo es analizar cómo se manifiesta la subordinación genérica bajo el capitalismo en estas expresiones literarias. Dominique Grisoni, quien en su texto “El siglo XX: las pruebas de los cuerpos” examina la virginidad entre los años 1900-1960, lo explica precisamente como la colaboración de la ideología patriarcal con el capitalismo: “[...] la virginidad de la muchacha sigue estando regida, hasta 1960, por el sistema burgués [...] Obedece a las reglas del contrato y del capital. Contrato: en el sentido en que la virginidad compromete el futuro, pues la desfloración decidirá el papel de la virgen: madre o puta. Capital: en el sentido [de] una inversión sobre el himen, cuyos intereses el hombre percibirá en cualquier caso: en niños, por el lado de la madre; en placeres y goces, por el lado de la puta.” En AA.VV.: *La primera vez o la novela de la virginidad perdida, a través de los siglos y los continentes*, Sudamericana/Planeta, Buenos Aires, 1984, p. 50.

²¹⁶Recordemos que este tema formaba parte de las preocupaciones profesionales del escritor, quien en 1905 presentó su tesis para optar al grado de doctor en jurisprudencia, titulada *La trata de blancas*.

²¹⁷*LNS*, n° 18.

más tarde; el médico por ese entonces ya había enviudado. Se casaron recuperando esa historia de amor trunca por causa de la preexistencia de un vínculo matrimonial sin amor.

El dilema que aparece en el corpus con relación a la *caída* es el siguiente: caer por amor o por necesidad/dinero. En “La esfinge” el amor es el motivo, sin embargo, en otras novelas el problema se presenta en términos de hacer uso de la belleza y la juventud para obtener un rédito. La protagonista de “Los ojos negros” de José López Silva se niega a hacer uso utilitario de su belleza porque cree que se merece vivir un amor correspondido.²¹⁸ Luisa es una joven modista en una casa de modas que no quiere sacarles dinero a los hombres; quiere una relación igualitaria, quiere ser libre y amar a un obrero que sea como ella. Tanto su madre como su “maestra” en el taller, la empujan a “sacar partido de su hermosura y su juventud”²¹⁹, todo un “alegato celestinesco”. Por su parte, la protagonista cree que sus compañeras que hacen esas cosas “¡son unas desgraciadas que se venden sin amor!” “¡No! ¡Qué asco! ¡Debe ser tan hermoso poder decir con orgullo: Este es mi hombre! ¡Mío solo y para siempre!” piensa.

La *caída por amor* se repite en “La serena prosa” de Arturo Giménez Pastor.²²⁰ Aquí, ella es la mucama; él, el hijo de la familia empleadora, estudiante de Derecho. Ambos se enamoran, él avanza, ella se resiste hasta que, finalmente, todo sucede, embarazo incluido. La *caída* se produce cuando la mujer es seducida y abandonada. Josefina es la virgen sacrificada y Fernando, una bestia de instinto sexual. La mujer enamorada es una víctima fácil del varón que, enamorado o no, es siempre un patán depredador. Acá la “caída”, el “mal paso” aparecen como “sacrificio”. También se asocia al “destino inevitable” cuando la mujer cae por amor.

También en “El secreto que no dicen las mujeres”, de Juan José de Soiza Reilly, la *caída* se produce por amor. Juanita fue sobreprotegida desde su nacimiento, pero más aún desde que despertara a la adolescencia. Tal era el temor por el destino de la chica que ambos padres la besaban “como si una fatalidad flotara invisible sobre la preciosura de la nena”. Y esa fatalidad llegó de la mano del primo de Juanita, Alberto, estudiante de medicina. Los padres no se enteraron, pero la suerte ya estaba echada. Luego, la acosó su jefe; se aprovechó de ella Julio, su compañero de trabajo y luego otro más, Juan Carlos, quien le ofreció su *garçonnière* para quedarse y luego la obligó a prostituirse. Todos actúan ejerciendo la jerarquía que les da ser hombres o ser burgueses: el derrotero de la protagonista es trágico. La sanción moral es para Alberto, modelo de depredador, no para ella.

La mujer puede sufrir dos formas de engaño; puede ser engañada por un varón, aunque también puede estar autoengañada por la ideología del amor romántico como en “La rendición” de Arturo Giménez Pastor.²²¹ Otra hija de clase obrera *sacrificada* por un niño bien. *LNS* critica ese amor romántico que ciega a la mujer de modo tal que ve en cualquier seductor al príncipe azul, cuando en realidad es

²¹⁸*LNS*, n° 45.

²¹⁹Un libro de Catherine Hakim explica esta posibilidad de la mujer desde la perspectiva económica del liberalismo: *Capital erótico: el poder de fascinar a los demás*, Best Business, Río de Janeiro, 2012.

²²⁰*LNS*, n° 64.

²²¹*LNS*, n° 80.

simplemente un aprovechador. Esos hombres son, en general, como el de la novela de Giménez Pastor, depredadores burgueses.

“La costurerita que dió aquel mal paso...” cuenta la historia de María Luisa, una obrera de fábrica de sombreros, trabajadora sensible y con buen gusto.²²² Tenía un hermano, Emilio, que se había transformado, gracias a su temperamento rebelde y luchador, en un personaje admirado por las muchedumbres obreras. Estando en el servicio militar, escribió una nota denunciando todos los atropellos del cuartel. Por ese motivo, lo sometieron a juicio militar. María Luisa pidió ayuda a Carlos Lima, un oficial que había sido compañero de escuela de Emilio. Lima, interesado en la hermana del conscripto, aceptó ser su defensor. Finalmente, Emilio fue absuelto y una vez que terminó la conscripción, fue candidato a diputado por el partido de los obreros. Mientras tanto, María Luisa le consiguió trabajo como sombrerera a Esther, una muchacha de 17 años que había sido prostituta, pero que estaba decidida a cambiar su vida. Emilio se enamoró de Esther y se casaron. Por su parte, María Luisa, agradecida con Carlos, se entregó a sus pasiones hasta que él la abandonó. Vemos cómo en la suerte disímil de ambos personajes femeninos lo que el narrador plantea es el problema de la elección del “hombre correcto”, pues (tal como se ve en otras novelas del mismo autor) para Josué Quesada, la virginidad no es importante en la mujer, lo importante es que esa elección sea la adecuada. Eso y no dejarse atrapar por la ideología de la *primera vez* como definitiva.²²³ Quesada tiene otra novela en la cual la *caída* es el motor del conflicto. Nos referimos a “Con toda el alma”.²²⁴ Malena, “la flor del pago”, la hija del puestero, se deja seducir por Juan Pablo, “el patroncito”. La chica fue, para el *niño bien*, un “fugaz pasatiempo” y él fue la causa del “derrumbe moral” de la muchacha. Cuando Juan Pablo regresó a su *garçonnière* en la ciudad, ella lo siguió. Lentamente, la chica, trocado el campo por la ciudad, traicionada la clase, se fue adaptando a la vida de amante. Como en otras novelas (“El secreto que no dicen las mujeres” o “Una mujer sin corazón”²²⁵) la víctima es destruida emocionalmente por el burgués, especie de vampiro de los sentimientos que la deja imposibilitada de recuperarse afectivamente. Esas mujeres no pueden ya tener una relación amorosa saludable.

En “Un hombre desnudo”, de Juan José de Soiza Reilly, la entrega de María Rosa nada tiene que ver con el amor. Su jefe, el señor Velloso, la acosa. Llega el momento en que la amenaza de despido la obliga a aceptar la propuesta.²²⁶ La misma situación de acoso por parte del jefe aparece en “Una más...” de López Andrade²²⁷, tal como vimos en el capítulo anterior. En esta novela se muestra el momento en el cual una víctima de la explotación y del patriarcado, impedida de resolver sus dificultades inmediatas, acepta esa “salida”, aunque asumiendo que tendrá un costo muy alto. Como individuo particularista, el

²²²LNS, n° 110.

²²³También replica esta posición en “La vendedora de Harrods”.

²²⁴LNS, n° 142.

²²⁵La primera, de Soiza Reilly, LNS, n° 83; la segunda, de Quesada, LNS, n° 92.

²²⁶LNS, n° 162. En esta novela el orden de género y el orden de clase se implican mutuamente. La subordinación que significa el acoso laboral está puesta en el marco de la acción obrera. El burgués recibe su merecido cuando sus empleados entran en su despacho.

²²⁷LNS, n° 238.

modo que encuentra de paliar todo el dolor de su sometimiento es la venganza. El mensaje es crítico del patriarcado y de la burguesía, pero plantea salidas individualistas y limitadas que, en definitiva, destruyen las emociones de esas mujeres. *LNS* señala a los culpables correctos, pero no piensa la salida colectiva.²²⁸

En suma, para *LNS* la *caída* es, en primer lugar, un obstáculo, un requisito que deben enfrentar solamente las mujeres. En segundo lugar, se verifica que es una norma que aplica tanto para las mujeres de la burguesía cuanto para las obreras. Para las burguesas, el móvil de la *caída* las puede colocar en el campo de la víctima pura o de la provocadora; la distancia que va del calvario innmercedo (“Estamos a mano!...” y “El secreto”) al castigo por el cual queda claro que las mujeres no deben jugar con fuego, pues a los hombres no se los puede seducir impunemente (“La audaz” o “La casa de la soltera”). En cambio, para la mujer de la clase obrera, los motivos son diferentes y también se reducen a dos: o al engaño/autoengaño, producto de la ideología del amor romántico, o a la necesidad material. Todas ellas son víctimas, no son provocadoras. Las otras víctimas propiciatorias solamente han aceptado como buena la mentira del patriarcado capitalista, creyeron que el príncipe azul las rescataría de sus miserables vidas, que el hombre puede ser malo, pero si dice que se ha enamorado, ese amor lo redimirá y otros mitos por el estilo.

En una sociedad en la que el capitalismo y el patriarcado le han puesto un precio a la virginidad de las mujeres, aquellas que son más vulnerables a la *caída* son las mujeres pobres. El valor de una mujer estará dado por su mejor condición para resistirse a la necesidad y a la ideología patriarcal. Queda claro entonces que, del cruce de la necesidad en la mujer y su precio puesto por el mercado, encontramos que las mujeres obreras son las víctimas perfectas y el varón burgués es el depredador perfecto. El corpus enciende un alerta muy especial para las obreras, quienes deben cuidarse de los varones que no son de su propia clase.

3. Dos caras de la misma moneda

Trataremos en este apartado de examinar con más detalle dos figuras muy importantes del corpus: la madre y la prostituta. Ambas terminan de diseñar la imagen de la mujer que venimos analizando.

La madre

En este punto nos ocuparemos de una de las funciones propias de la división de tareas para las mujeres en el patriarcado, la maternidad. Aunque estamos frente a un corpus en el que no predominan las mujeres independientes es muy interesante ver que, si bien hay muchas madres, en pocas novelas el

²²⁸Cfr: “Una mujer sin corazón” de Josué Quesada (*LNS*, n° 92) y “Cómo se salva una vida” de Adriano Díaz Olazábal (*LNS*, n° 255).

conflicto principal es el de la maternidad (apenas 13 conflictos en todo el universo bajo estudio). Como hemos visto, Sarlo señala que este tipo de novelas se caracterizan por no tener peripecias de otra temática que no sea la sentimental. Ciertamente es que los casos en los que se presenta el amor maternal son pocos. Sin embargo, veremos que, en este contexto en el cual analizamos las determinaciones por las cuales las obreras resultan ser las *víctimas perfectas* del corpus, el tema de la maternidad no es una cuestión menor. *Ser madre* es una de las condiciones que, sin aparecer como conflicto principal, agrava la vulnerabilidad de clase de la mujer.

Veamos algunos ejemplos. En “El dolor de Benavente”, de Manuel María Oliver, Rosa, madre de un niño pequeño, había enviudado recientemente y luchaba para sobrevivir.²²⁹ Otra vez, la muerte del varón significa la miseria para la mujer y el prelude de la *caída*. Presionada por la necesidad, la desesperada mujer debió ceder a los deseos del “capitalista”, tal como lo caracteriza la novela.

En el caso de “Milonguita”, de Josué Quesada, Mary, una vez que se quedó sola, después de su historia de amor con Rodolfo, pasó miseria y deambuló en busca de trabajo infructuosamente: “los hombres ¡siempre ellos! la acechaban a su paso. Ninguno le brindaba trabajo, pero todos le ofrecían caricias. Y fué así, anidando en su espíritu todo el odio que era capaz de inspirar tanta miseria. Ella quería ser buena, necesitaba serlo, pero todos la empujaban hacia el mal.”²³⁰ Finalmente, fue al cabaret, donde se convirtió en Milonguita. Tendremos que llegar al final de la historia para enterarnos de su condición de madre soltera y de cuánto influyó esa condición para que ella fuera prostituida.

Maternidad y prostitución aparecen vinculadas en varias ocasiones. Tanto es así que “Cristina” de Alfredo Duhau, cuenta la historia de una mujer que “en la promiscuidad del conventillo” fue víctima de violación a los 14 años dentro de su grupo familiar.²³¹ Había nacido “pobre, miserable, pero traía consigo los dones de la gracia y la belleza”. Había huido de su casa y a los 22 años ya vivía “rodeada de lujo [...] en una casita de la calle Charcas al llegar a Callao; [...] había logrado ascender, salir de la galantería inferior a que la llamaba su baja clase y encontrarse en el plano de las cortesanas más solicitadas de esa época.” Era una mujer muy buena con una capacidad inmensa para dar amor y, a pesar de que varias veces había abortado voluntariamente, estaba convencida de que había nacido para ser madre. Cuando estuvo segura de que ya no iba a necesitar de la prostitución porque había juntado lo suficiente como para vivir muy bien, tuvo una gran oportunidad. Pudo adoptar formalmente a un niño que había sido abandonado, luego de cuidarlo y de pedirle a un amigo que le diera su apellido.

Nélida, la protagonista de “Historia de un corazón” de Raúl Casariego, cuyo caso ya contamos en el capítulo 6, es otra joven bella y pobre que se vio obligada a “prostituirse” por necesidad.²³² Encontró el amor en Alfredo, un muchacho honrado, pero sin recursos económicos. Entonces, la chica debió enfrentar la siguiente disyuntiva: o seguía en la prostitución o aceptaba la relación formal que le

²²⁹LNS, n° 258.

²³⁰LNS, n° 171.

²³¹LNS, n° 33.

²³²LNS, n° 147.

proponía Alfredo. Aunque estaba enamorada, no podía aceptar. “Mi vida está atada al deber de asegurar el bienestar de mi familia. Cuando tú tengas dinero, entonces, comprenderé tu exigencia...”, fue la respuesta que recibió el muchacho ante su requerimiento. Como si esta forma de cerrar la relación entre ambos no fuera lo suficientemente cruel, Alfredo, que sabía que Nélide estaba embarazada, se enteró de una noticia aún peor: cuando le preguntó a la chica por el hijo que estaban esperando, ella le dio un “recorte de diario, en el que Alfredo leyó con espanto un aviso...”

Resolver el problema de la maternidad no deseada con la práctica del aborto no era excepcional a principios del siglo pasado. El hecho de que una de las novelas registre la posibilidad de contactar a un profesional para realizar tal práctica gracias a un aviso en un periódico da cuenta de ello. Claro que en el corpus este secreto a voces solo aparece en tres ocasiones. Esta representación tan escasa tiene dos causas fundamentales: por un lado, que los conflictos predominantes son del orden sexo afectivo (de conformación o ruptura de pareja) y, por otro lado, que el aborto ha sido (y aún hoy lo es) un tema tabú, cuya práctica estaba penalizada. De los tres casos de aborto en el corpus, dos están puestos en mujeres prostituidas, el otro es producto de una violación²³³ (“El secreto”).

Además de “Cristina” y “El dolor de Benavente”, hay apenas siete novelas más en las cuales aparece el conflicto materno-filial. “Una madre, en Francia” de Belisario Roldán, cuenta cómo una madre se transformó de anarquista antiburguesa en nacionalista por amor a sus hijos, quienes se habían convertido en héroes de la guerra.²³⁴

Carmen España, la protagonista de “Como las golondrinas” de Juan Mollard, era una tonadillera famosa que había tenido una hija con un torero, pero que “pasaba por su sobrina porque las tonadilleras no pueden tener hijas, y menos hijas en edad de ser tonadilleras”.²³⁵ Otra vez, la artista mujer y la “mujer de mala vida” van de la mano. La cantante viajó de España a Buenos Aires para buscar a Amalia, su hija, quien había decidido quedarse en Argentina con su padre. La encontró vestida pobremente, en Constitución; vivía en un conventillo. “Ella, pobrecilla, prefirió a su padre, solo y enfermo, que a su madre, pintada y cantando en los tablados...”, asume el narrador en el discurso indirecto libre de Carmen. Cuando el torero murió y ambas volvieron a España, Carmen se rescató definitivamente como madre pues había abandonado su carrera artística: “La golondrina de que usted hablaba en su artículo no es más que una pobre vieja que empeñó sus joyas y se vino a América en busca de la hija de sus entrañas, una vieja que jamás volverá a subir al tablado, y que se quedará en su casa, cuidando a su pequeña...”

En “El tul violeta” de de Orlandiz, hay un conflicto amoroso, pero el motor que impulsa a la protagonista a contactar a su ex esposo, el Dr. Carbó, es la necesidad de salvar la vida de la hija de ambos.²³⁶ En “Los dos amores”, de Sara Montes, Clara y Luis estaban enamorados.²³⁷ Chica pobre, chico

²³³Cfr. Montes, Sara: “El secreto”, *LNS* n° 201.

²³⁴*LNS*, n° 4.

²³⁵*LNS*, n° 169.

²³⁶*LNS*, n° 21.

²³⁷*LNS*, n° 96.

rico. Clara hizo todo lo que estuvo a su alcance para que Luis se recibiera de médico, pero cuando él finalmente lo consiguió, lo abandonó porque la madre del muchacho la convenció de que “era un estorbo para él”. “Cuando toda esa sociedad que te agasaja y de cuya buena opinión depende tu gloria, supiera que vivías con una amiga, te retiraría su apoyo [...]”, le dijo Clara a Luis. Finalmente, esos dos amores conciliaron sus posiciones porque Luis no quería vivir lejos de Clara. La madre pidió perdón y se celebró la boda.

“La hora del perdón”, de Belisario Roldán, plantea el problema del ocultamiento de un hijo.²³⁸ Carlos y Lucía iban a casarse, pero la chica descubrió que, entre el muchacho y María Luisa, la esposa de su padre, había una relación afectiva. La mujer debió confesarle a su actual esposo, padre de Lucía, que ella había tenido un hijo (Carlos) fruto de una seducción, aunque durante mucho tiempo le había ocultado su pasado por vergüenza.

“La historia de una abuela”, de Juan P. Ramos, cuenta la historia de una viejecita, que había sido seducida de joven por un patán y había tenido una hija.²³⁹ Esa chica, a su vez, repitió la historia de la madre. Sin embargo, otra desgracia caería sobre la mujer: su hija murió y ella debió ocuparse de su nieta. Es una historia de amor maternal y sufrimiento con un desenlace feliz.

En este terreno de la interpretación de la maternidad predominan, sin duda, en el corpus, la conceptualización como instinto supremo, como deber; la maternidad purifica y enaltece a la mujer, de allí que el aborto sea un tema que se oculta y que, cuando se cuenta, sea puesto en el contexto de una violación o de la situación de prostitución (porque “ser madre” es incompatible con “ser prostituta”). Hay una sola novela de tesis que discute esta concepción de la maternidad. En “El instinto”, de Pedro Sonderegger, varios personajes cuentan episodios de sus vidas vinculados a la sexualidad.²⁴⁰ La primera tesis que se pretende demostrar a partir del ejemplo vital es la de la jerarquía de los instintos. El instinto sexual está por sobre cualquier otro instinto, deseo o impulso. La segunda tesis es que la sociedad intenta persistentemente limitar el instinto sexual, de allí que cuando la sociedad no puede interponer sus prohibiciones, no hay barreras que impidan su consecución. El geógrafo Conrado Brassá ha naufragado en una isla desierta con su hermana y sobreviene el incesto. El narrador sostiene que la consideración del incesto es cultural y variable: “El horror al incesto no es natural en los seres humanos.” Puesto que la naturaleza no tolera los actos inútiles y tiene como fin la perpetuación, “los instintos [...] son las fuerzas primordiales de la naturaleza.” En el conflicto planteado entre instinto y moral social, el narrador expone claramente quién es el ganador: “La naturaleza ignora las leyes que le suponemos”. Sin embargo, la tesis más audaz es la que ejemplifica la única mujer del grupo, Amalia de Vegairene. Embarazada a los 14 años, la familia la obligó a tener a su hijo y entregarlo. Tiempo después, la casaron con un político que no desconocía el hecho, aunque lo consideraba una falta excusable por la escasa edad de la joven.

²³⁸LNS, n° 197.

²³⁹LNS, n° 219.

²⁴⁰LNS, n° 10.

Amalia se sintió atraída por el joven secretario de su esposo y tuvieron relaciones sexuales. Ella supo después que era su hijo y, sin embargo, eso no le importaba. Cuando el muchacho se enteró, se fue y no regresó nunca más. Acá no se cumplió con el deber. Las madres separadas de sus hijos e hijas siempre vuelven como madres, arrepentidas, esperanzadas, amorosas. Vuelven como madres, no como amantes de sus propios hijos. Una madre no es un ser sexuado para el corpus de *LNS*. Sondereguer es el único que, desde una perspectiva amoral, discute con este paradigma de mujer, de maternidad y de moral social. La moral de la sociedad es hipócrita, según los textos de Sondereguer, porque todo el mundo defiende determinadas conductas con la palabra, pero no es capaz de cumplirlas. Su tesis sobre la maternidad sostiene que no es un instinto, sino un comportamiento impuesto socialmente, lo cual, sin dudas, constituye una posición disruptiva en el corpus examinado.

Con relación a las madres, lo importante aquí es pensar el problema de la maternidad y el embarazo en las obreras como un elemento más que pone a las mujeres en situación de vulnerabilidad. Ya sea porque pasan penurias económicas, enfermedades y falta de trabajo junto con sus hijos o porque se ven en la necesidad de prostituirse (las ya mencionadas “El dolor de Benavente” y “Como las golondrinas”, “El hambre”, “Pájaros perdidos”, “Una mujer de honor”) o porque los prejuicios sociales las condenan cuando son madres solteras o están embarazadas (“Una girl”, “Milonguita”, “La serena prosa”, “Flor del aire”, “Brasita”, “Nanette”, “La guacha”, “La diva”, “La esfinge”, “Cristina”, “La expulsión de los doctores”, “La historia de la muchacha”, “La hija del taller”, “La rendición”, “El hijo de la apuesta”, “Destino trágico”). En el marco del sistema que estamos analizando, esta variable refuerza el par debilidad/subordinación estructural del personaje protagónico femenino.

Obviamente, la madre también canalizaba la advertencia sobre los peligros que acechaban a sus hijas, sobre las “bondades” de poseer un “capital erótico” importante, sobre la “conveniencia” de un buen matrimonio o de mantenerse virgen hasta el matrimonio. Evitamos dar ejemplos aquí para extendernos, pero dejamos constancia de que la figura de la madre también aparece en el corpus como vehículo de los valores patriarcales y de clase.

La prostituta

La prostitución es un gran tema en *LNS*. Está íntimamente ligado a la condición femenina tal cual la conciben los autores de la colección, pero refleja estrechamente las ideas dominantes en la época entre intelectuales de izquierda o al menos “progresistas”. En la época, la prostitución era considerada un peligro que atentaba contra la vida social y familiar; incluso fue considerado un asunto de salud pública. Dado que la actividad solo se manejaba de manera clandestina, en 1875 se dictó un reglamento (una ordenanza para la Ciudad de Buenos Aires, entre otras) cuyo objetivo fundamental era disminuir los riesgos de transmisión de enfermedades, pues se habilitaron prostíbulos regentados solamente por mujeres, en los cuales aquellas que ofrecían allí sus servicios se realizaban exámenes periódicos de salud.

A dichas casas se les exigían normas de higiene y seguridad, así como también un registro de las mujeres que allí estaban, quienes debían tener más de 18 años (la mayoría de edad era a los 21). Con estas medidas se pretendía limitar la prostitución clandestina, lo cual fue imposible. La prostitución cambió sus formas, pero nunca dejó de haber prostitución ejercida por fuera de las reglamentaciones.

La prostitución era evaluada desde dos perspectivas no necesariamente excluyentes, aunque si se enfatizaba una u otra interpretación, las explicaciones y soluciones propuestas al fenómeno variaban considerablemente. Por un lado, la perspectiva positivista, en la cual las prostitutas eran examinadas bajo la lupa de la enfermedad o de la delincuencia. Por otro, la perspectiva social, que daba cuenta de que la prostitución era un fenómeno al que las mujeres no llegaban como producto de vicios, enfermedades o delitos, sino por causas sociales, pobreza, necesidad, abusos y violaciones.

Este tema también fue objeto de preocupación para las feministas que, como Julieta Lanteri, se oponían férreamente tanto a la reglamentación de la prostitución como al tráfico de mujeres. Las soluciones propuestas para evitar la prostitución pasaban, entonces, por mejorar las condiciones de vida de la clase obrera. El intento de regular por medio de las ordenanzas no había logrado disminuir la cantidad de casos de sífilis y el hecho de que la policía fuera cómplice en el comercio sexual clandestino, tampoco. El circuito clandestino de prostíbulos era considerablemente mayor que el que estaba bajo el control de las ordenanzas.²⁴¹

En el corpus vemos que el *consumo* de prostitución aparece tal como se manifiesta bajo el patriarcado: como un privilegio de uso exclusivamente masculino. El siguiente aspecto que es el de la composición social de las prostitutas. No todas son iguales, en particular, en términos de clase.

El examen de las novelas donde el conflicto sentimental incluye el tema de la prostitución, un universo que abarca 22 casos, nos permite ver cómo se encara el asunto en el corpus que examinamos. Recordemos que la prostitución está limitada a las mujeres y que, entre ellas, la enorme mayoría son obreras. Si vemos ahora en qué conflictos están involucradas (Gráfico 1), tendremos este primer panorama:

²⁴¹En su libro *El sexo peligroso*, Donna Guy da cuenta de cuál era la trama de corrupción entre los proxenetes, tratantes, policía y políticos. Sin embargo, a diferencia de las posiciones que explicamos aquí, la de Guy es reglamentarista. Si bien el libro es un clásico (siempre recomendado a la hora de hablar de este tema) tiene muchas debilidades, tanto de orden metodológico (inadecuado manejo de datos) como de explicación de los hechos que examina (adjudica, por ejemplo, la campaña socialista por el abolicionismo al antisemitismo de la política argentina de la década del 30).

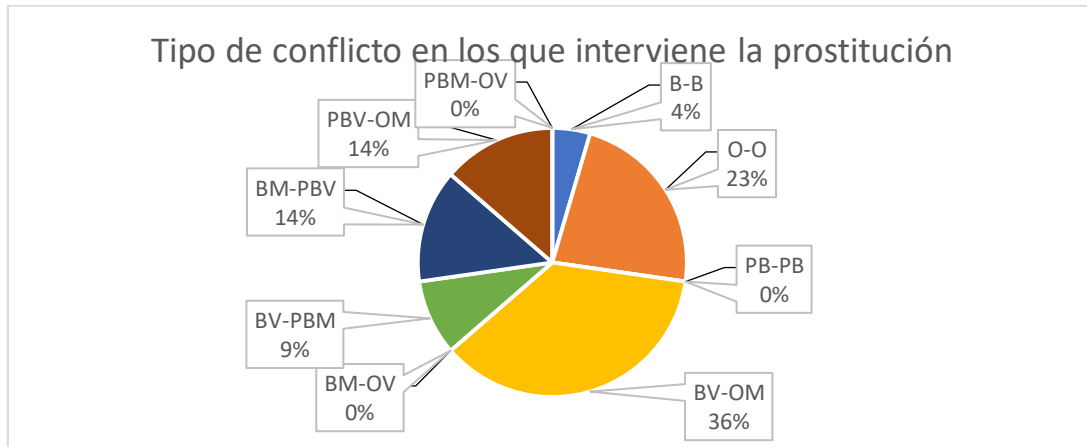


Gráfico 1 (Fuente: Base)

Como vemos, la prostitución está presente en forma dominante donde aparece el burgués varón (49%). En menor medida aparece el pequeñoburgués varón (28%) y el obrero varón (23%). Queda claro que, a la figura del Gran Depredador, podemos adjuntar la del Gran Prostituyente. También, que la participación del obrero varón fuera de su clase es nula y que solo aparece ligado a los casos de prostitución dentro de su clase. En forma simétricamente opuesta, el Gran Prostituyente ejerce su acción, sobre todo, fuera de su clase. La mujer aparece representada especialmente por la obrera (73%) y, en menor medida por la burguesa (18%); la pequeñoburguesa tiene una representación aún menor (9%). Estas cifras repiten lo que venimos examinando: la prostitución es, básicamente, un problema que reúne a burgueses y obreras, repitiendo el patrón general de circulación de la mujer como objeto del poder social.

Cuando separamos el tema según ubicación intracase (Gráfico 2), se refuerza esto que decíamos más arriba: la prostitución es un problema obrero. Rara vez el tema se interpone entre burgueses y nunca entre pequeñoburgueses.

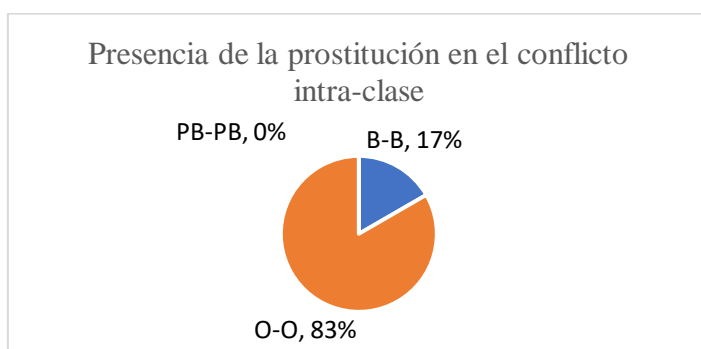


Gráfico 2 (Fuente: Base)

Si ahora separamos los conflictos interclase, confirmamos con más claridad la presencia del Gran Prostituyente:

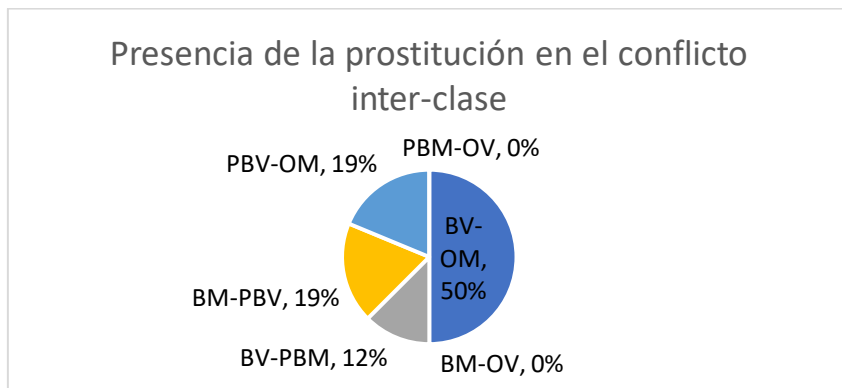


Gráfico 3 (Fuente: Base)

En un 62% de los casos, el burgués varón aparece como responsable de una relación fuera de su clase en la que aparece la prostitución. Y en la mitad de los casos, con una obrera. Veamos ahora cómo son valorados los personajes:

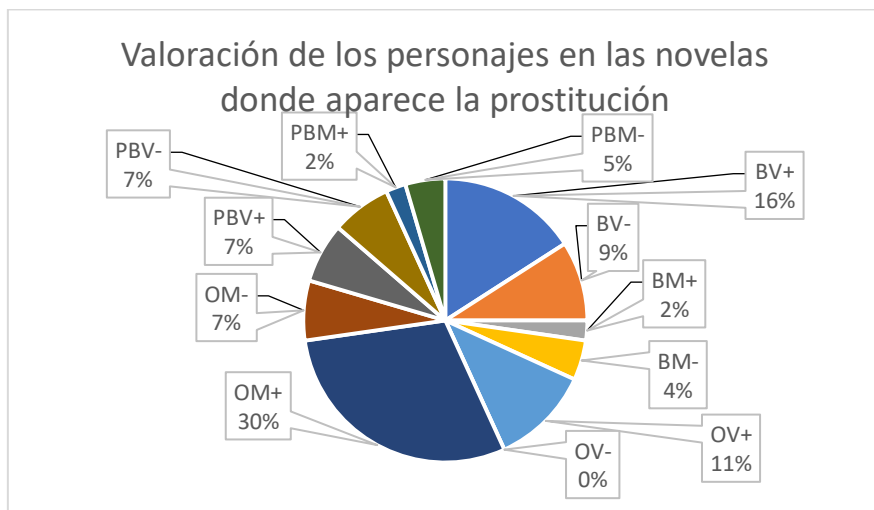


Gráfico 4 (Fuente: Base)

Los personajes más valorados cuando aparece el tema prostitución en debate son, paradójicamente, los dos polos de la relación, la obrera y el burgués. En el primer caso, no hay contradicción con el programa de *LNS*: la prostituta obrera no es culpable, es víctima de la sociedad y hay que rescatarla. En el segundo, hay que notar que, a pesar de un 16% de aprobación, el varón burgués tiene un 9% de rechazo, frente a 7% del pequeño burgués y 0% del obrero varón. Eso no significa que haya contradicciones con nuestra afirmación de que el burgués varón, además de “Gran depredador” es el “Gran Prostituyente”. Es evidente que hay una oposición entre dinero y amor y esa oposición salta a la vista en todos los ítems que venimos observando. Como veremos, ese 16% tiene una explicación que no contradice esta regla.

De todos modos, resulta interesante determinar sobre qué figura específica recae ese rol de “Gran Prostituyente”. El gráfico siguiente nos lo mostrará: el “niño bien”, sumado a otros personajes similares,

el “dandy”, el “bohemio”, el “estudiante” y el “artista”, son los responsables del 42% de los casos. Esto parece apuntar al burgués en su fase más predatoria: el individuo separado de la vida activa, cuya única tarea parece ser la “seducción”.

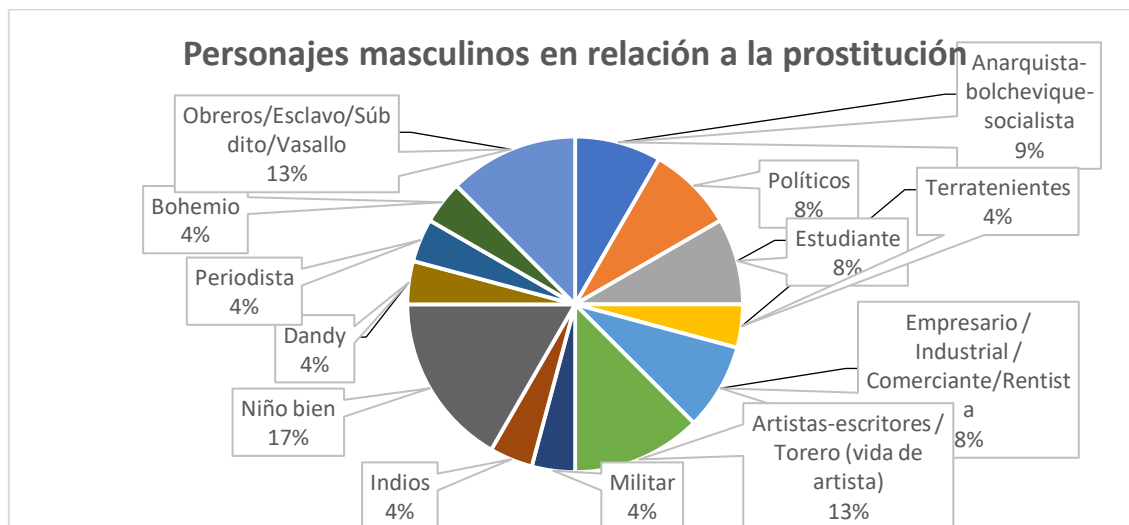


Gráfico 5 (Fuente: Base)

Un dato importante: cuando aparece un anarquista, bolchevique o socialista en relación a la prostitución, siempre se trata de una presencia salvadora. Es el caso del anarquista de “Al atardecer”, de Palacios Mendoza y del socialista de “La costurerita...” de Josué Quesada.

Si ahora prestamos atención al obstáculo o motor de la acción en las novelas que tienen por tema la prostitución, podremos notar que el núcleo de los problemas se encuentra en los prejuicios sociales y en los “vicios”, pero los temas que aluden a condiciones sociales (diferencias de clase, intereses económicos, enfermedad y pobreza) son tan importantes como aquellos (20%).

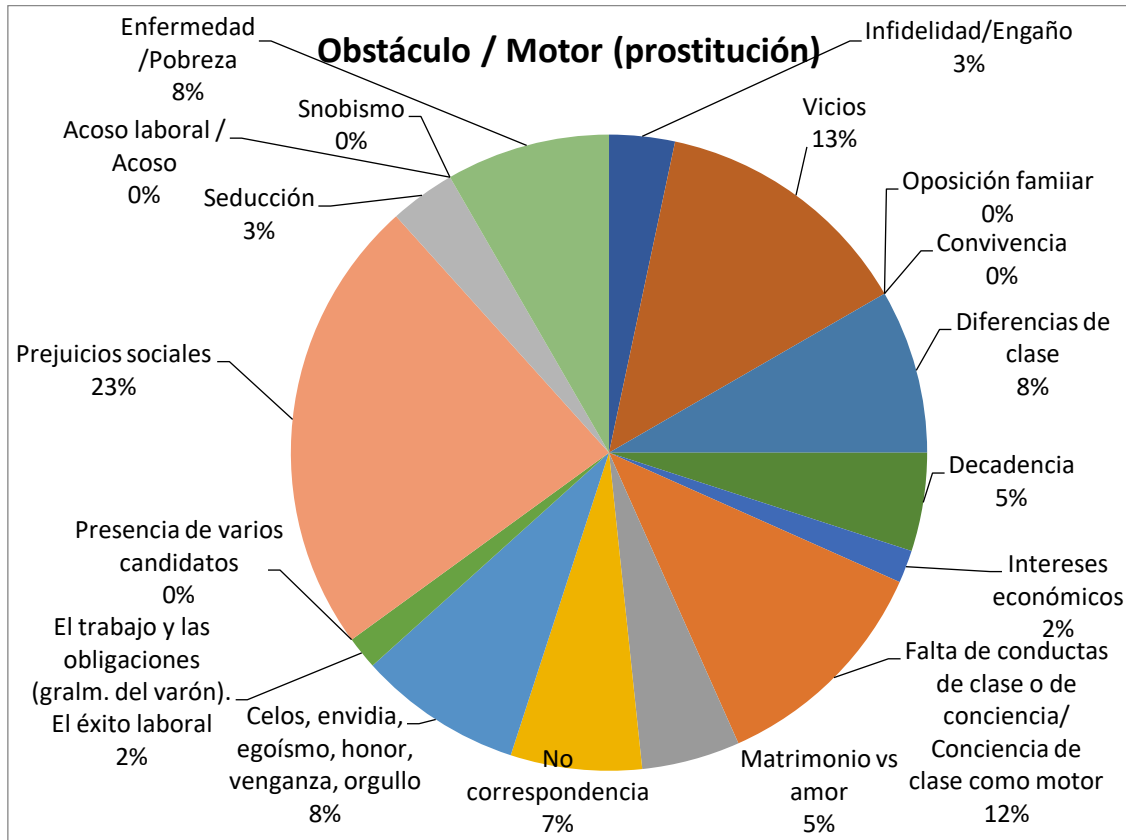


Gráfico 6 (Fuente: Base)

Los prejuicios sociales tienen un lugar destacado cuando se habla de la prostitución. De la totalidad de los casos, el 64% tiene que ver con novelas en las que se critican los prejuicios sociales. La prostituta no es, entonces, objeto de defenestración.

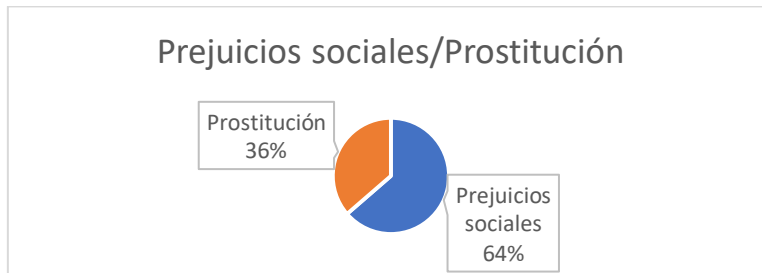


Gráfico 7 (Fuente: Base)

Tomando los tópicos implicados en estas novelas tenemos que los principales resultan ser la crítica de la hipocresía social (16%) y el reconocimiento de que el amor no se basta por sí mismo, que necesita de condiciones materiales específicas. Más en general, parecen estar aquí representados con cierta importancia todos aquellos que aluden a los obstáculos sociales al amor (“Amor vs. Matrimonio”; “Amor como propiedad privada”; “Salirse de la clase”; “Billetera mata galán”). La regla es que aquí el amor “pierde” y no hay lugar para cenicientas o “mujeres bonitas”.

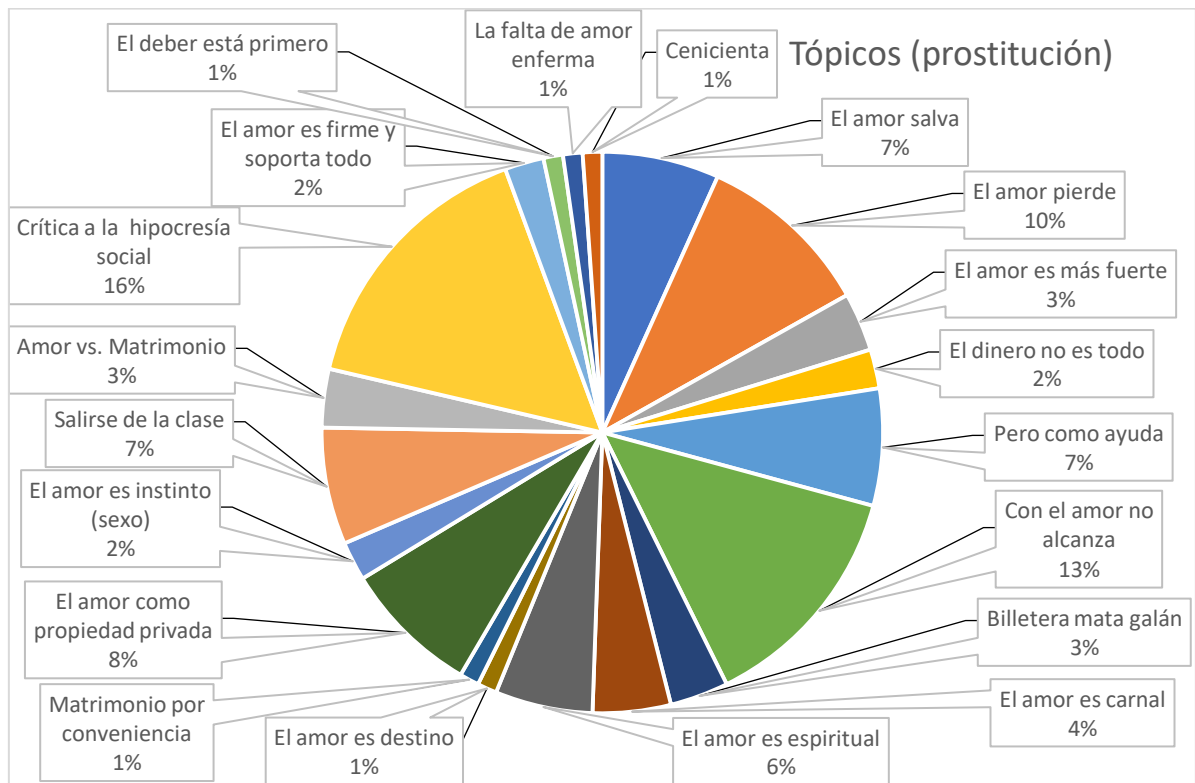


Gráfico 8 (Fuente: Base)

En este mundo cruel de la prostituta, las cosas salen, casi siempre, mal. Un abrumador resultado negativo nos aleja, como ya dijimos, de la novela rosa de final feliz:

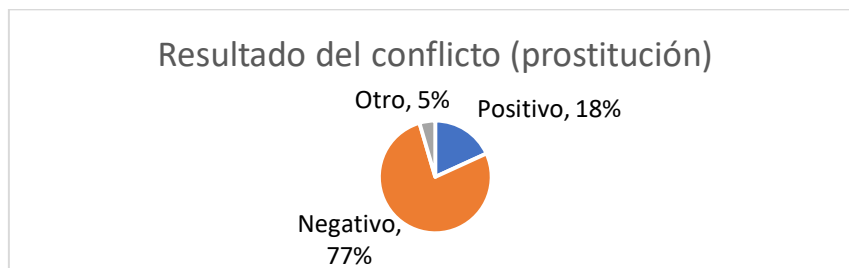


Gráfico 9 (Fuente: Base)

Si la prostituta no es mal vista o considerada negativamente, ello solo demuestra que *LNS* es *realista*. En el mundo real, la prostituta no solo termina mal. Es sancionada socialmente, vale decir, es una mujer buena que no logra obtener lo que busca:

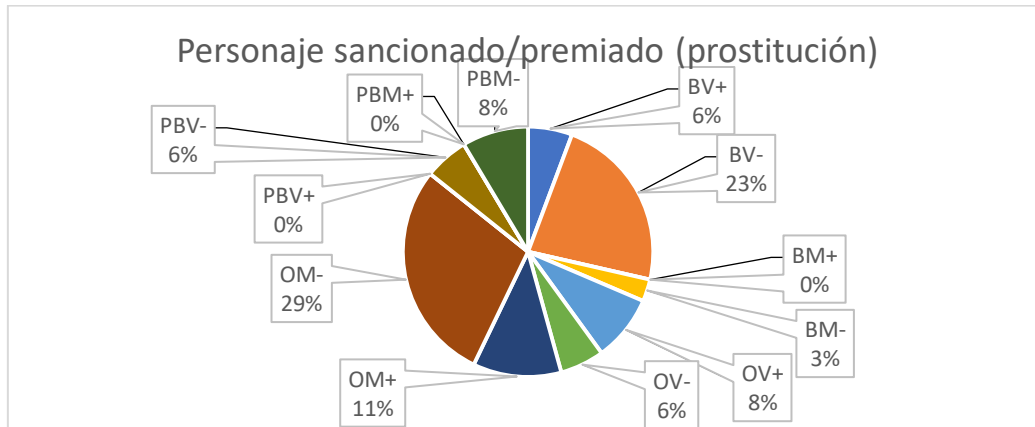


Gráfico 10 (Fuente: Base)

Otra vez encontramos aquí esta polaridad permanente entre la mujer obrera y el burgués varón, que es generalmente sancionado (es decir, no obtiene lo que busca), en una especie de justicia literaria que (en este caso) no se condice con la vida real: el escritor pequeñoburgués como “justiciero” poético. Tal vez por eso, el responsable del resultado negativo suele ser el burgués:

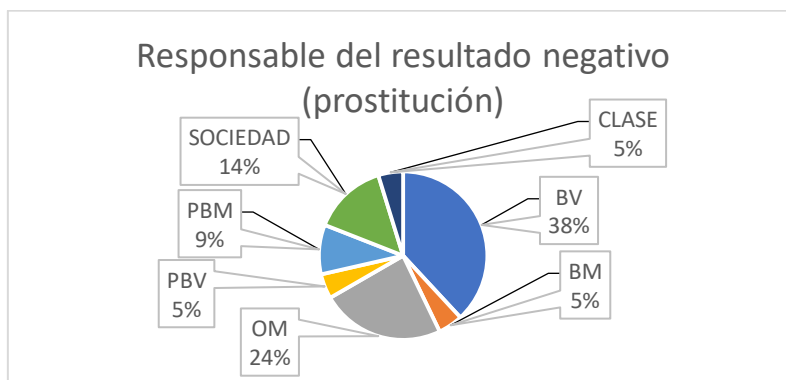


Gráfico 11 (Fuente: Base)

Aquí se ve también al dominio del capital en acción: finalmente, el principal responsable del resultado negativo es la sociedad y sus prejuicios, el orden de clase, el burgués y la burguesa (62%). Notemos la ausencia completa del obrero varón.

Como para enfatizar que el *orden de género* se jerarquiza a través del *orden de clase*, LNS remarca que, en el caso particular de la prostituta, cuando las cosas salen bien, el responsable es el obrero varón:

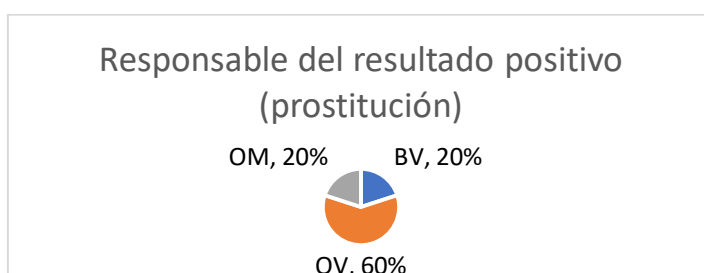


Gráfico 12 (Fuente: Base)

Por último, si nos concentramos en la figura del prostituyente, el resultado no ofrece dudas: todos los varones burgueses prostituyentes son depredadores, lo que encaja perfectamente bien con la función que se atribuye a la mujer “fácil”. Es la mujer para la diversión, para la conquista, para que el varón demuestre su capacidad depredatoria.

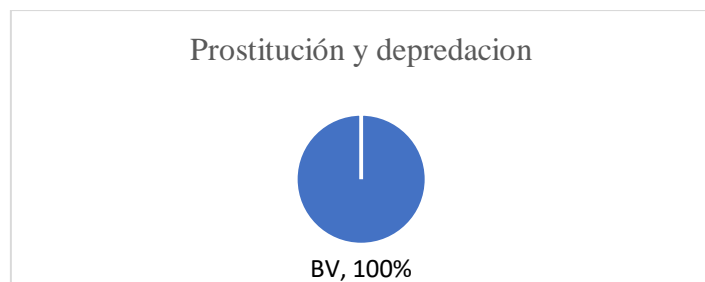


Gráfico 13 (Fuente: Base)

Dado que expone explicaciones y desarrolla propuestas, nuestro corpus puede respondernos varias preguntas que todavía hoy circulan con relación a la prostitución y a su consideración. ¿Cómo y por qué se cae en la prostitución? ¿Se puede amar a una prostituta? ¿Quiénes son las mujeres prostituidas?

“Cristina”, de Alfredo Duhau, es la mujer que se redime como madre luego de haber sido prostituta durante mucho tiempo.²⁴² Las causas de su prostitución son dos: el trauma del abuso infantil y la necesidad.

En “Al atardecer”, de Alfredo Palacios Mendoza, Amada y León estaban enamorados y ella estaba embarazada, pero se quedó sola porque su pareja era un anarquista perseguido por un atentado.²⁴³ Ella quiso conseguir trabajo, pero “su situación era de tal naturaleza que provocaba el escándalo [...]”. Acosada otra vez por el hambre y perseguida por los caimanes insaciables de la lujuria, volvió a caer; pero por esas paradojas de nuestros absurdos sociales, cuanto más la depravaban mayor brillo adquiría en ese mundo nocturno de los placeres crueles.” En cuanto pudo, León fue a buscarla: “aquella muchacha [...] que fue el orgullo de Palermo y que luego la desgracia la precipitó en el abismo. La he encontrado en el arroyo y la he redimido con mi cariño, haciéndola mi esposa. Fué la única mujer que quise, y si ella fué sacrificada por un destino cruel, mi amor, profundo y sincero, la glorificará.” Así, ambos terminaron sus días, ya mayores, pero juntos y felices. Una mujer sola y embarazada en la gran ciudad no conseguía trabajo y para sobrevivir “se hizo carne de placer en los mercados del vicio”.

²⁴²LNS, n° 33.

²⁴³LNS, n° 127.

Elena Castellanos era una mujer hermosa y vivía muy bien gracias a sus varios amantes quienes eran muy generosos con ella, sin embargo, no podía enamorarse, era “Una mujer sin corazón”²⁴⁴. El hombre con quien se había casado la había traicionado y ella se vio obligada a abandonarlo. Nunca más pudo recuperarse: “para mí la vida ya no tiene ningún encanto y ningún dolor. [...] descendí uno a uno los peldaños de la dignidad”, le confesó al narrador. Estar en prostitución es una consecuencia del desengaño y de la situación de abandono en que quedaban las mujeres que, habiéndose casado, no podían recuperar ni su vida afectiva, ni la consideración social, ni la autoconfianza: “[...] todas las mujeres de aquí soportamos indiferentes esta vida [...] porque no tenemos corazón.” La valoración de la problemática que tiene el narrador es (sin toda la consideración cristiana) la misma de Gálvez, esas mujeres son víctimas, dignas de compasión: “Y en Elena, mujer inteligente que nació para ser feliz, para amar y ser amada, compadecí a todas las mujeres sin corazón...” Las novelas de Josué Quesada siempre refuerzan tanto el ángulo de clase cuanto el de género, tal como vimos en “La costurerita...”²⁴⁵ y en “La vendedora de Harrods”. Hay hombres que abusan emocional o físicamente de las mujeres y las dejan libradas a la (mala) suerte del patriarcado. El varón prostituyente que tiene mucho dinero, el “Gran Depredador” es el culpable: “Los hombres que como ella no tienen corazón, son sus amantes. Y como están más allá de la animalidad, no sienten siquiera el instinto de los celos y no se muerden y matan por disputarse sus encantos.”

“Nanette” de Marcelo de la Vega, “es una bella flor que nunca conoció las delicadezas hogareñas”.²⁴⁶ Había nacido en Francia y era huérfana desde pequeña. Un hombre la había engañado y la había dejado abandonada en Buenos Aires, donde se vio obligada a vender su juventud y su belleza por necesidad. Los tópicos se reiteran en el corpus: la trata (como en “Besos brujos”), el engaño/traición de los hombres, la necesidad. Cuando Nanette decía que no podía encontrar ni el amor ni amistades sinceras, el narrador, la consolaba sabiamente: “La razón de todas nuestras desviaciones es el dinero.” Mario, un amigo del narrador, enamorado de la chica, decía que Nanette “siendo buena, llevaba a cuestras una injusta condenación social. [...] que la sociedad está mal organizada; que esas pobres mujeres son víctimas de los convencionalismos y del dinero, fuerza irresistible en la pendiente de todas las claudicaciones.” Nanette se resistía porque había “jurado odio a los hombres y no ofrendar jamás a nadie ni un latido de su corazón.” “Yo no debo amar a Mario porque las manchas de mi vida serían la cruz de su calvario. Mario no podría amarme; una mezcla de compasión y simpatía tiene en él la forma de una pasión quemante, y en mí una pasión sería un holocausto absoluto, definitivo y fatal.”, pensaba ella. Sin embargo, la unión se realizó y ambos fueron muy felices, a pesar de las presiones sociales. Mario fue dos veces diputado, era el “predilecto del pueblo; conductor de muchedumbres y cabeza de un gran partido”, llegó a ser ministro. De modo tal que “las familias más apergaminadas” comenzaron a

²⁴⁴LNS, n° 92, de Josué Quesada.

²⁴⁵Como vimos: María Esther, la prostituta, se salva porque un honrado hombre de izquierdas no se aprovecha de la necesidad de una mujer en prostitución, mientras que su cuñada cae “sin necesidad” con un abusador.

²⁴⁶LNS, n° 146.

disputarse la presencia de la pareja. “Así es la sociedad y su orgullo, y su dignidad tan pavoneada, es tan frágil como es aleatorio su hermetismo tradicional”, reflexionaba acerca de este asunto el narrador.

En las novelas de Héctor Pedro Blomberg, el denominador común de la situación de prostitución es la descomposición moral, la miseria y la necesidad. “La mulata”²⁴⁷ es Ángela Morgan, una prostituta mulata que sobrevive apenas para vengar la muerte de su amante. En “El idilio de Simón”, Irene Sánchez había sido víctima de trata.²⁴⁸ Estaba en el bar Keller en prostitución cuando Simón la ayudó a salir de allí. El mismo ambiente de degradación, adicciones y carencias se repite en “Las cigarras del hambre”: Marieta Brentano “era la cigarra del hambre, transformada en mariposa de lujuria; la gaviota de los muelles, convertida en golondrina de amor, que se lanzaba en busca de los veranos, mientras allí, en los antros, las hermanas cigarras proseguían la obscura miseria de sus días, mientras el Paseo de Julio reanudaba su negra canción interminable.”²⁴⁹

Cuando revisamos las características de estas mujeres en situación de prostitución, encontramos que varias son extranjeras, en particular, la serie de “prostitutas francesas”²⁵⁰. Nanette es una de ellas. Otra aparece en “La vida falsa”, de Claudio Arenas. Se trata de Marcela Fouquier, la francesita, una *cocotte*, a quien ha conocido en “una noche de orgía”.²⁵¹ La muchacha lleva una muy buena vida porque “los viejos libertinos abundan” y, como ella es muy linda, tiene un “departamento coquetamente amueblado en la calle Paraguay”. La protagonista de “Besos brujos”, víctima de trata, como señalamos más arriba, era artista de la Ópera Cómica de París y había llegado a Buenos Aires de gira con la compañía.

Marcelo Peyret tiene en el corpus dos textos protagonizados por prostitutas: “La francesita” y “Yo también quise a una”.²⁵² La primera (que forma parte de la serie que estamos desarrollando) es la historia terrible de Germaine, que había sido prostituta. Enamorada de Mario, lo acompañó durante sus estudios universitarios e incluso durante una gravísima enfermedad hasta su recuperación. Sin embargo, él la abandonó para casarse con una *niña bien*. Germaine sufrió horrores, pero estoicamente, lo “obligó” a abandonarla, luego de convencerlo de que ella no era buena para él. Apenas finalizada esta despedida, Mario recibió una llamada telefónica de Celina, la novia, quien lo invitó “con dulces palabras” a cenar con ella para festejar su restablecimiento. “El aceptó jubiloso. Una palabra de la novia acababa de borrar su tristeza. Era el futuro, era la vida, que prometedora de una dicha nueva, inexorable y despiadada, arrojaba el pasado al olvido, junto con todos los recuerdos...”

²⁴⁷LNS, n° 265.

²⁴⁸LNS, n° 184.

²⁴⁹LNS, n° 71.

²⁵⁰Por razones que no podemos examinar aquí, varios autores dan este sesgo *nacional* a la prostituta. Uno de ellos es Stendhal: “Cuando solo se sienten deseos físicos se buscan prostitutas; he aquí porqué las prostitutas de Francia son encantadoras y las de España no. [...] Un joven de París toma en una querida una especie de esclava destinada a procurarle deleites de vanidad.” (1998: 184)

²⁵¹LNS, n° 87.

²⁵²LNS, n° 193 y 264 respectivamente.

La otra novela, “Yo también quise a una”, está protagonizada por Luz Ballester: era “huérfana de madre, su padre se ocupaba poco de ella. Modesto empleado, tan solo exigía, cuando volvía a casa, que todo estuviera preparado para la cena. Ella servía de modelo en una casa de modas, y de ahí sus lujosos tocados.” Armando Villegas era un *niño bien* que salía continuamente con bailarinas. Con el objetivo de que el muchacho abandonara a la bailarina de la que se había enamorado, el padre de Armando le pagó a Luz (quien tenía varios amantes para sobrevivir) para que sedujera a su hijo. Villegas quería desengañar a su hijo, quería demostrarle que no podía enamorarse de mujeres aprovechadas. El plan del padre funcionó. Cuando Armando se enteró sus sentimientos fueron contradictorios. Pero las dudas lo mantenían junto a ella: “Al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de su pasado. ¡Quién sabe qué factores la empujaron a él! Y ahora, que había encontrado su redención en mi amor, ahora que era buena por mí, por mi cariño, yo no podía, no debía abandonarla de nuevo a los azares de la vida anterior.” Armando trató de olvidar y perdonar, pero no lo logró. El padre, haciendo gala de un cinismo notable, puso en términos de género lo que debiera ser puesto en términos de clase, puesto que la idea era enseñarle al hijo el uso instrumental de los sentimientos tal como cualquier varón de la burguesía debía aprender a manejar, de modo tal de no rifar la fortuna o de acrecentarla a su vez:

“Yo he querido desengañarte un poco de las mujeres, enseñarte a conocerlas, que sepas que pueden llorar y jurar que aman, cuando en realidad no lo sienten. Tú tenías necesidad de un desengaño, de una desilusión, para que mañana, cuando yo falte, no sufras por ellas. Hay que tomarlas tal cual son, sin endiosarlas, sin divinizarlas. Son de barro, como todos los humanos.”

Finalmente, el padre lo logró:

“Ahora ya no podía creer en nadie ni en nada. Nunca mujer alguna volvería a ser para mí lo que había sido Luz: nunca podría ver en nadie lo que había visto en ella, jamás la ilusión que con ella me forjé podría florecer ante otra mujer. Además, ¿cómo creer ahora en la sinceridad de nadie? [...] Sí, ahora ya no podía amar. Mi padre, al provocar una desilusión, al pretender desengañarme un poco de las mujeres, me había desengañado del todo, por completo, definitivamente. [...] Por eso yo he intentado amar muchas veces. Pero no lo he conseguido, no lo conseguiré nunca.”

Después de esta explosión melodramática, envió a Luz una carta insultante de despedida. Nunca más volvió a ver a la chica.

Peyret tiene otro texto del mismo tenor en el corpus, “Brasita”, donde se observa idéntica conclusión de clase: los varones burgueses no deben mezclarse con las mujeres obreras, por más buenas que ellas sean.²⁵³ Peyret es, sin dudas, el único autor en el corpus cuyos textos justifican en los hombres el abuso de las mujeres en situación de vulnerabilidad, sin remordimiento alguno y reforzando la separación y jerarquía clasista y genérica. Así se despedía (cruelmente) el protagonista de la francesita que lo había amado con resignación y sacrificio: “[...] los hombres somos ingratos. A quien bien nos

²⁵³LNS, n° 231.

quiere dejamos abandonado para correr tras de una novedad, de una incógnita... ¡pobre mi Germaine! Tienes que perdonarme muchas cosas...”

En “Agua que no has de beber...”, también de Marcelo Peyret, el narrador exhibe una tristeza hipócrita frente a las mujeres en prostitución.²⁵⁴ Los muchachos de Peyret nunca son responsables, nunca se hacen cargo de nada, usan y abandonan sin remordimientos con la fácil excusa de “la vida es así y yo no puedo hacer nada para remediarlo, salvo usufructuar la superioridad que, como burgués y como varón, esta sociedad me ha dado.” Como ya es norma en la narrativa semanal de Peyret acá va el balance del narrador en esta novela con relación a este tema:

“Hay mujeres a las que un temperamento vicioso arroja al lodo. Ellas son felices. Viven en un medio ambiente que está de acuerdo con su naturaleza. Otras son arrojadas por la miseria, por el engaño de un hombre a quien amaron, por infinitas causas en que no intervino su voluntad. Esas son las desdichadas, las que viven en perpetua rebeldía contra una vida que las asquea, y de la cual no les es permitido salir. La mujer que cae, lo hace irremediable, definitivamente. Ya no le es dado aspirar a nada bueno, a nada honesto. Y concluyen por resignarse, y ser como esa pobre Milena, una víctima más...”

En “Cómo se salva una vida” de Adriano Díaz Olazábal, Mario, es un muchacho de vida bohemia.²⁵⁵ Tiene una amante llamada Leonor y se enamora de una vecina suya, de familia obrera. Aquí el sesgo de clase se inclina por la mujer pobre, pero con virtudes suficientes como para formar una familia. La división se produce al interior del conjunto de mujeres, unas para el placer, otras para esposas y madres. Esta fórmula patriarcal de la división de tareas aparece en algunos ejemplos del corpus (las novelas de Peyret, a las que hay que sumarle el evidente contenido clasista burgués; “La hija del taller”; “La rendición”; uno de los protagonistas de “La serena prosa” tiene esta postura, el otro no). Sin embargo, en la mayoría de las novelas, prima la concepción de que las mujeres son víctimas y que no es correcto condenarlas por haberse equivocado o por haber sido presionadas por la necesidad. Como hemos visto, detrás de todas las consideraciones sobre la prostitución se encuentra el asunto de la “virginidad”. Haber “pecado” una vez siquiera, constituye el primer paso hacia la prostitución. No obstante, el varón “romántico”, el que sabe amar, deja a un lado ese prurito retrógrado. Los textos de Peyret se ubican en la derecha del arco político del corpus, mientras que Josué Quesada y Belisario Roldán, de cuya obra hablaremos en el acápite siguiente, escriben los textos más progresistas en términos de género.

En “Alma bohemia”, de Ramón Estany, Natita, quien pasaba “las noches de bulla hipócrita en el cabaret, emborrachándose a lo mejor, bailando y fingiendo amor...”, estaba en pareja con Juan Carlos.²⁵⁶ Un día, ella lo abandonó. Cuando llegó el desenlace Juan Carlos se enteró de que ella se había ido porque

²⁵⁴LNS, n° 149.

²⁵⁵LNS, n° 255.

²⁵⁶LNS, n° 166.

él estaba enfermo y un doctor le había dicho que la única manera de que se recuperara de la tuberculosis era vivir solo. Otra mujer de “bullanguera vida” sacrificada y buena.

Hay otra serie, además de la de las “francesas” dentro del grupo de personajes femeninos en prostitución. Es la de las artistas. La consideración social para con las mujeres que se dedicaban a la actuación o a las artes escénicas, en general, es la del prejuicio de que son unas *perdidas*. Ya hemos visto en el capítulo anterior el caso de Hortensia San Román, la protagonista de “El último brindis” de César Carrizo. Ella era muy talentosa, pero los prejuicios familiares / sociales vinculados a las mujeres artistas le impidieron dedicarse al canto y la actuación.

También en “La virtud salvaje”, de José López Silva, las actrices son blanco de esta concepción social. La madre de la protagonista pretende que su hija sea menos “difícil” con sus pretendientes porque tienen que sobrevivir como sea.²⁵⁷ Aquí se juntan dos lugares comunes que ya hemos visto: la artista como prostituta y la madre como vehículo del patriarcado.

La novela en la cual este prejuicio conjuga los campos semánticos de “actriz” y “prostituta” es “La pasarela”, de Otto Miguel Cione.²⁵⁸ Lyliane, la actriz, había aceptado los favores y regalos de Raúl, quien estaba perdidamente enamorado de ella. Como era de esperar, Raúl pretendía que su afecto fuera correspondido. Sin embargo, ella solamente pensaba en evitar tanto entusiasmo. La chica se veía obligada a fingir porque en su *modus vivendi*, actuar y aprovecharse de los “admiradores” eran una sola cosa: “¡Qué culpa tenía ella! ¡Y qué fastidio no poder romper violentamente con él! Pero el agradecimiento es una obligación moral que toda actriz que se respete debe mantener firmemente en la memoria de los hombres como bandera de reclame destinada a favorecer sus negocios futuros.”

5. El “feminismo” de *La Novela Semanal*

En líneas generales, *LNS* plantea una salida reformista que sigue siendo patriarcal, dado que refuerza el estereotipo de las funciones y conductas socialmente femeninas, como el cuidado, la fragilidad, la dependencia, la preocupación más por el afecto que por el sexo. Es en este campo en el que pone sobre la mesa los “peligros” que acechan a la mujer, que pueden sintetizarse en una educación genérica que advierte sobre la depredación, por un lado, y sobre las “ventajas” que se revelan falsas, por otro (el “capital erótico”).

El “patriarcalismo” de *LNS* está, como dijimos, fuertemente limitado al marco de la familia burguesa. Sin embargo, en este campo también es cierto que promueve una igualación de los afectos y los deseos: la unión debe ser genuina y voluntaria, la mujer tiene derecho a elegir, a cambiar y, sobre todo, a desear. El sexo se menciona siempre como un peligro para la mujer, pero, claramente, es el prejuicio social el que está mal y no el derecho al ejercicio de una sexualidad libre, con las limitaciones

²⁵⁷*LNS*, n° 70.

²⁵⁸*LNS*, n° 56.

que ya señalamos. La ideología del amor sintetiza, por lo tanto, este programa: todo lo que se hace por amor es válido, el amor redime, el amor es el marco de la experiencia sexual (heterosexual) válida.

El corpus también aparece genuinamente en desacuerdo con el diferencial genérico que porta la legislación y, en ese sentido, aboga por la modificación de las leyes. Constituye así una forma de feminismo de la igualdad en el terreno civil que (desde esta perspectiva) podría resolver el problema de la violencia contra las mujeres, tanto intrafamiliar como social. Las posibles soluciones que esta literatura de la alianza “radical” imagina excluyen, sin embargo, dos temas muy presentes en la época: el feminismo y el sufragismo.

En efecto, ninguno de los dos está presente en ningún texto, pese a que ambos estaban a la orden del día, incluso cuando eran reivindicados por orientaciones políticas presentes en el corpus, como el socialismo juanbejustista. Precisamente, en 1920 Alicia Moreau de Justo fundó la Unión Feminista Nacional, una agrupación que movilizó reclamos y promovió proyectos de protección del trabajo femenino, de las madres solteras, entre otros. La UFN se unió al Comité Pro-Derechos de la Mujer, presidido por Elvira Rawson de Dellepiane, para apoyar el derecho al voto de las mujeres, y al Partido Feminista Nacional, que tenía a Julieta Lanteri como candidata a diputada. El dato de que, entre 1920 y 1921, las militantes de la UFN lograron juntar siete mil firmas en defensa del proyecto de ley sobre emancipación civil de la mujer que sería aprobado recién en 1926, es importante para situar en el clima de época el programa de *LNS*.

Es cierto que expresiones que podríamos reconocer como feministas y posiciones que pueden caracterizarse como tales se encuentran por todos lados en el corpus examinado, justamente por eso mismo no deja de llamar la atención la ausencia de personajes que se reivindicquen feministas y/o sufragistas. No obstante, el análisis ha descubierto, dentro de sus límites, una concepción de la mujer más progresiva que conservadora (de ningún modo reaccionaria) para la época:

1. La publicación describe con claridad la dependencia de la mujer como fuente de todos sus dramas personales, dependencia que yace en la incapacidad de sobrevivir en el mercado de trabajo.
2. Indica, además, las dificultades y los costos de la independencia.
3. Expone con precisión el *orden de género* que determina la suerte de las mujeres al poner de manifiesto el circuito de tránsito de la mujer, desde el varón “dador” al varón “proveedor”.
4. Demuestra que la “caída” es la descripción no de un desorden moral sino de la dependencia material de la mujer.
5. Esa dependencia se agudiza con la maternidad.
6. La prostitución no es una elección, sino el resultado de la situación desventajosa de la mujer.

Capítulo 8

El programa

Un programa es siempre una preceptiva, un deber ser, un deber hacer. El programa es la enunciación de los propósitos de una voluntad dada. El fin de esos propósitos es la consecución de un objeto, algo que se quiere conquistar. En tanto que alguien se da un programa es porque está en *conflicto*, enumerando una defensa y un ataque, porque va de suyo que hay un obstáculo a vencer. Qué se debe atacar, entonces, y qué se debe defender, es parte del programa. Por lo tanto, un programa define aliados, neutrales y enemigos.

¿Qué significa la existencia de un “programa para el amor”? Significa que hay un *deber ser* del amor. El amor no puede realizarse de cualquier manera. Por lo tanto, no se puede hacer cualquier cosa. El programa para el amor prescribe unos amores y condena otros. Algunas cosas se pueden hacer por amor, otras no. El objeto del programa amoroso es aquello que se considera resultado “natural”, que va asociado al amor y que lo define: el amor “verdadero” es el que provee la felicidad, el que asegura la vida material, el que sirve para procrear. En la guerra amorosa prescrita por el programa, el obstáculo a vencer es el que se pone en el camino del objeto deseado: la sociedad, los prejuicios, la moral, etc. Ello determina lo que debe ser atacado. Quienes apoyen la resistencia del obstáculo, serán enemigos. Quienes estén dispuestos a colaborar en nuestra lucha contra el obstáculo, aliados. En tanto, como hemos dicho, el amor es un hecho social que, por su lugar en la vida humana, es, en definitiva, un hecho político, toda posición sobre el amor presupone una posición política. Un debate sobre el amor, un debate político, es decir, un momento de la “guerra amorosa”.

Toda producción intelectual, entonces, expresa siempre valores y creencias que aluden al problema del cual trata, pero también al contexto en el que se produce y las perspectivas sociales que lo rodean. Dicho de otro modo, un problema y una solución. El examen de ambos da por resultado una propuesta explícita o implícita. Es decir, un programa: una propuesta sobre lo que hay que hacer en torno a la dificultad que nos aqueja. Veremos aquí cuál es el programa que brota de *LNS*. El análisis empieza, entonces, por el diagnóstico del problema. ¿Por qué hay conflictos sentimentales en *LNS*? O lo que es lo mismo, ¿cuáles son los obstáculos y/o motores del conflicto sentimental en el corpus que examinamos?

1. Obstáculos y motores

Si observamos el conjunto del corpus, podemos separar una serie de temas que aparecen recurrentemente como aquello que motiva la acción o que impide la realización de los deseos de los amantes.

Sentencia Denis de Rougemont en *El amor y Occidente* que “el amor feliz no tiene historia. Solo el amor mortal es novelesco; es decir, el amor amenazado y condenado por la propia vida.” Una posición esencialista que desplaza la *infelicidad* al término de la historia, y pone a la muerte como horizonte terrible que se cierne sobre los amantes, porque solamente el amor mortal es novelesco, digno de ser contado. Es el caso paradigmático de *Tristán e Isolda*. El axioma significa entonces que “una historia de amor adquiere estatus narrativo solamente cuando el destino es desgraciado”.

Va de suyo que esa fórmula es absurda, ya que borraría de un plumazo todas las comedias, los sainetes, y toda otra forma artística con un desenlace no desgraciado. Aplicaremos la idea de “el amor feliz no tiene historia” entendiéndola sencillamente como el momento narratológico del nudo, de allí que identifiquemos *Obstáculo* con *Motor*. El elemento interpretativo *Obstáculo*, cuyo contenido implica la dificultad que se debe enfrentar, es sin dudas, el *Motor* de la acción narrativa. En otras palabras, realizamos la identificación de ambos elementos porque para la narrativa amorosa el movimiento motivador de la acción es siempre un escollo. Lo que no significa que, para que haya historia, el escollo resulte insalvable. Una primera mirada fenoménica ofrece el siguiente espectáculo:

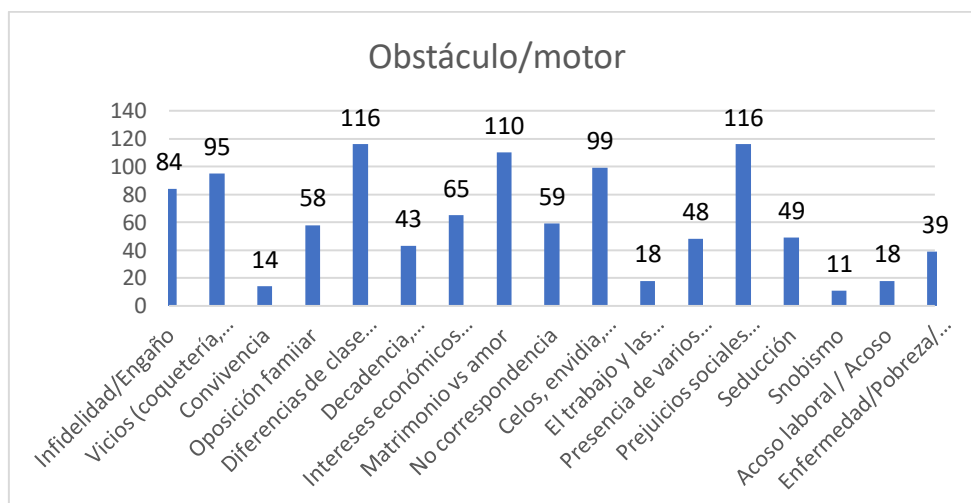


Gráfico 1 (Fuente: Base)

En pocas categorías huelgan las explicaciones: la *Infidelidad* de uno de los miembros de una pareja es, sin duda alguna, un obstáculo que no requiere de aclaración alguna. Lo mismo sucede con los 59 casos en los cuales *no hay correspondencia* entre los protagonistas o los 48 en los cuales aparece una disputa entre dos o más personajes (ya sean masculinos o femeninos) por un tercero. Fuera de esas situaciones obvias, los más recurrentes son los prejuicios sociales y las diferencias de clase entre los amantes (cada uno con 116 casos). Hemos considerado *Prejuicios sociales* los casos en los cuales la prostitución es un impedimento, así como los tabúes vinculados a la exigencia de castidad (la virginidad como piedra de toque en la virtud femenina), el incesto y la diferencia de edades entre los miembros de la pareja. Otros dos prejuicios sancionados por la sociedad son la indisolubilidad del vínculo matrimonial y el peso ideológico que cae sobre el marido engañado (*ser cornudo* como un demérito, una carga que

debe llevarse a cuestras de por vida, una situación en que la hombría menoscabada del esposo no tiene retorno). Por otra parte, cuando los amantes pertenecen a distintas clases o fracciones sociales, también aparecen los límites al amor. En este caso hemos tenido en cuenta no solamente la oposición explícita y antagónica entre la burguesía y el proletariado, sino también las formas matizadas bajo las cuales este impedimento se presenta, tal como la oposición entre la aristocracia (o el abolengo) o la burguesía tradicional y los nuevos ricos. A veces, este enfrentamiento se presenta como “divergencia axiológica entre ellos y nosotros”, donde el *nosotros* es el portador de valores morales, éticos, espirituales.

Un par de opuestos, *Matrimonio vs Amor*, el tercero en representación con 110 casos, nos permitirá establecer una de las primeras consideraciones acerca de qué es el amor en *LNS*: nos referimos a las situaciones en las cuales el amor no puede realizarse por causa de la institución matrimonial. De allí que concluyamos que el amor no debiera estar sometido a las leyes que lo sujetan de manera inexorable. Sin embargo, una vez que la ley pone su sello sobre una relación, si esa relación no fuere genuina o aconteciere desgraciada, no hay vuelta atrás. La ideología de la propiedad privada en el campo de los sentimientos es el obstáculo que sigue, con 99 casos. Nos referimos al despliegue de celos, envidia, egoísmo, defensa del honor familiar o masculino y del orgullo, y su acción consecuente, la venganza.

En muchas ocasiones, esa relación de pareja no alberga buenos sentimientos, ni siquiera valorados ideológicamente (como la defensa del honor, por ejemplo). En 95 casos, al menos uno de los protagonistas cae en algún vicio (drogas, alcohol, juego, etc.) que impide el normal desenvolvimiento de ese vínculo.

En el ítem *Intereses económicos* hemos incluido la *Necesidad*. Vale decir, cuando un personaje debe ceder a las presiones de la situación económica y social. Suele ser una mujer de clase obrera que debe aceptar las condiciones que le impone un burgués. La *Necesidad* se despliega en el eje BV-OM, en tanto que el dato *Intereses económicos* muestra el enfrentamiento tanto afuera como adentro de la misma clase.²⁵⁹ También hemos considerado aquí los casos en los cuales la unión se fundamenta en el *Interés político*; este obstáculo se presenta en conflictos propios de la burguesía, tal es el caso de “Un casamiento en el gran mundo” de Elsa Norton. En suma, tenemos en este obstáculo, un total de 65 casos.

Cuando aparece la *Oposición familiar* ante la relación, hay detrás de esa oposición diversas causas. Pueden ir desde el *locus Romeo y Julieta*²⁶⁰ hasta la presunción familiar de poco abolengo, fortuna o clase del candidato²⁶¹, pasando por la combinación con prejuicios sociales (prostitución²⁶² o

²⁵⁹“Yo también quise a una” (n° 264) de Marcelo Peyret, conflicto BV-OM; “La fuerza invencible” (n° 266) de Elisa Moyobén, conflicto B-B; “Allá, en el río...” (n° 104) de E. Gouchón Cané, conflicto BM-PBV; “El sudario de oro” (n° 117) de Atilio Chiappori, conflicto O-O.

²⁶⁰“La ciudad del amor y de la muerte” (n° 12) de Julián de Charras; “Más fuerte que el destino” (n° 103) de Julián de Charras.
²⁶¹“Holocausto” (n° 24) de César Carrizo; “Del Parnaso al chiquero” (n° 32) de Eustaquio Pellicer; “Destinos truncados” (n° 99) de Armando Palacios Mendoza; “Allá, en el río...” (n° 104) de E. Gouchon Cané.

²⁶²“Una mujer sin corazón” (n° 92) de Josué Quesada; “Nanette” (n° 146) de Marcelo de la Vega.

pérdida de la virginidad²⁶³, por ejemplo) o tabúes (peligro de incesto²⁶⁴). En total, pueden sumarse 58 casos.

Hemos considerado como *Sedución* (49 casos) cuando en la relación el varón se aprovecha de la jerarquía sexo-genérica para lograr que la mujer ceda a sus requerimientos sexuales. Hemos diferenciado la *Sedución* del *Acoso* (con 18 casos) teniendo en cuenta que el *Acoso* involucra además de la opresión genérica, la dominación de clase y, en particular, si la mujer es empleada del acosador.²⁶⁵ Podemos encontrar el ítem *Sedución* de un burgués hacia una mujer de su propia clase, como en “Bobó”, de Miguel Roquendo²⁶⁶, aunque los burgueses seducen especialmente a obreras, aun cuando en estos casos no depende de esa relación el trabajo de la mujer²⁶⁷, a diferencia de los casos de *Acoso*. Los varones pequeñoburgueses²⁶⁸ y los obreros²⁶⁹ también aparecen como seductores de mujeres obreras.

Otro de los obstáculos que deben enfrentar los amantes es del orden de lo social: la decadencia, la corrupción de las costumbres²⁷⁰, la crisis, la lucha social, las guerras²⁷¹, las traiciones políticas²⁷² y la descomposición. Con 43 casos, afecta tanto a la clase obrera²⁷³ como a la burguesía²⁷⁴.

La *Enfermedad* y la *Pobreza*, que hemos considerado en un solo ítem, en tanto quienes las padecen no son responsables por ellas ni logran modificar tales circunstancias, involucra en 39 casos tanto a la burguesía (con enfermedades hereditarias²⁷⁵) como a la clase obrera cuando debe enfrentar la miseria y las dolencias propias de esa situación²⁷⁶, miseria que puede llevar hasta la muerte. También hemos incluido los casos de muerte no violenta de uno de los protagonistas de la historia, como intervención del destino que no puede ser superada, aun cuando no estén vinculados con la vulnerabilidad social ni con el estigma biológico, como en el caso de “El bien de olvidar”, de Juan Bautista López.²⁷⁷

En algunas ocasiones (18 casos), el trabajo, las obligaciones y el éxito laboral impiden la unión feliz de los amantes²⁷⁸. Esas situaciones, como era de esperar, son casi exclusivamente patrimonio de los varones. Hay solamente dos casos en los que la mujer interpone su deseo de realización personal a las vicisitudes del mundo amoroso: “Stella” de César Duayen y “La hija del taller”, de Julio Fingerit.²⁷⁹ Estos dos casos son particularmente interesantes porque expresan diferentes resultados para las

²⁶³“El secreto que no dicen las mujeres” (nº 83) de Juan José de Soiza Reilly.

²⁶⁴“Una mujer imposible” (nº 100) de Pedro Sondereguer; “Dora” (nº 198) de Juan Orozco.

²⁶⁵“Al atardecer” (nº 127) de A. Palacios Mendoza; “Un hombre desnudo” (nº 162) de Juan José de Soiza Reilly.

²⁶⁶LNS nº 17.

²⁶⁷“La serena prosa” (nº 64) de Arturo Giménez Pastor.

²⁶⁸“El secreto que no dicen las mujeres” (nº 83) de Juan José de Soiza Reilly.

²⁶⁹“El hijo de la apuesta” (nº 89) de Otto Miguel Cione.

²⁷⁰“Poligamia sentimental” (nº 45) de E. Carrasquilla Mallarino.

²⁷¹“Le jour de gloire est arrivé” (nº 54) de Julián de Charras.

²⁷²“La casa de los cuervos” (nº 38) de Hugo Wast.

²⁷³“La huelga” (nº 2) de Hugo Wast.

²⁷⁴“La evasión” (nº 11) de Benito Lynch, “Dorios” (nº 30) de Cyro de Azevedo.

²⁷⁵“Confesiones de una mujer” (nº 53) de César Carrizo, “El silencio” (nº 75) de César Carrizo.

²⁷⁶“El hambre” (nº 43) de Pedro Sondereguer.

²⁷⁷LNS, nº 157.

²⁷⁸“Artemis” de Enrique Larreta (nº 3), “Luna de miel” (nº 5) de Manuel Gálvez, “El tul violeta” (nº 21) de la Sra. de Orlandiz.

²⁷⁹LNS, nº 61 y 170, respectivamente.

protagonistas. En el caso de “Stella”, Alejandra representa un modelo de mujer ascética, responsable, que antepone el *deber ser* y el comportamiento ético a la pasión (incluyendo la amorosa). Protege a su hermana y también es cuidadosa con el dinero y su patrimonio. Uno de los tópicos de la historia es la contraposición entre dos morales burguesas: una, desaprensiva e inconsciente; otra, la de Alejandra (y, en buena medida, la de Máximo Quiroz, quien sería su pareja en el final), responsable y consciente de sus obligaciones. En la novela de Fingerit, Andrea, si bien ostenta características similares a las de Alejandra (incluso es una madre dedicada y amorosa), no tiene la misma suerte: su historia termina mal. El destino disímil de ambas implica una lectura de la sociedad de clases: existe para el corpus de *LNS* una burguesía buena, austera, que no estafa, no dilapida, sino que construye. También existe una pequeña burguesía buena, pero no es aquella que ha llegado a ese lugar a fuerza de ambición y autoexplotación y que se mantiene en ese lugar gracias al trabajo de otros. Los casos de obreros devenidos pequeñoburgueses (o que lo intentan) son sancionados por el corpus²⁸⁰. El pequeñoburgués vive de su labor sin explotar a otros ni trabajar desmedidamente. Es un lugar al que no se llega, se está allí... el arribismo es un peligro como es un riesgo aburguesarse. La moral pequeñoburguesa es la del que se vale por sus propios medios, hay en ello un elemento de dignidad, pero de dignidad individual. Como vemos, se va delineando una concepción del individuo y de la sociedad que tiene mucho de nietzscheano.

Los dos últimos obstáculos son la *Convivencia* (encontramos 14 casos de rutina matrimonial²⁸¹ y también situaciones en que las expectativas de alguno de los miembros de la pareja se frustran por haber creído que el matrimonio debía responder al amor novelesco) y el *Snobismo*, con 11 casos en los que, sin distinción de clases sociales, alguno de los dos miembros de la pareja es víctima de la ideología de la fascinación por los títulos nobiliarios. En general, esos nobles son estafadores, aprovechadores y buscan consolidarse patrimonialmente.²⁸²

Luego de esta mirada fenoménica, es posible resumir las categorías en grupos más reducidos que contienen situaciones similares en relación al *Poder social* y los *Valores* socialmente sancionados. Queda un residuo que, obviamente, no alude ni a unos ni a otros, y que llamaremos *Otros*. En el grupo *Poder social* hemos reunido los items *Decadencia/crisis social*, *Snobismo*, *Diferencias de clase*, *Oposición familiar*, *Enfermedad/pobreza*, *Acoso*, *Sedución* e *Intereses económicos*. En *Valores* incluimos los *Prejuicios sociales*, la *Infidelidad/engaño*, los *Vicios*, los *Celos/envidia* y *Matrimonio vs. Amor*. Antes de pasar a examinar los resultados por temas agrupados, corresponde que realicemos la siguiente aclaración: en cada conflicto suele no haber un solo obstáculo/motor. Por ejemplo, suelen coincidir las *Diferencias de clase* con los *Prejuicios sociales*. Esa es la razón por la cual el tamaño del universo se modifica permanentemente y no coincide con el total de conflictos.

²⁸⁰“El precio del triunfo” (n° 109) de Pilar de Lusarreta, “Chez Mme. Lucie (Robes et manteaux)” (n° 46) de Julio del Romero Leyva, “Tormentas de otoño” (n° 237) de Augusto Vaccari.

²⁸¹“Luna de miel” (n° 5) de Ricardo Rojas, “Si fueras como Octavio” (n° 226) de José Antonio Saldías.

²⁸²“El marqués de Santalicia” (n° 59) de Sara H. Montes, “Como el pavo real” (n° 125) de Rubén Darío (h), “El precio del triunfo” (n° 109) de Pilar de Lusarreta.

El resultado se ofrece en el gráfico siguiente. La conclusión es muy evidente: en un 87% los obstáculos/motores de la acción yacen en la sociedad y sus valores. *LNS* está lejos de ser una comedia frívola de enredos o una introspección psicologista. El Gráfico 2 muestra una concepción muy materialista de las condiciones sociales del amor.

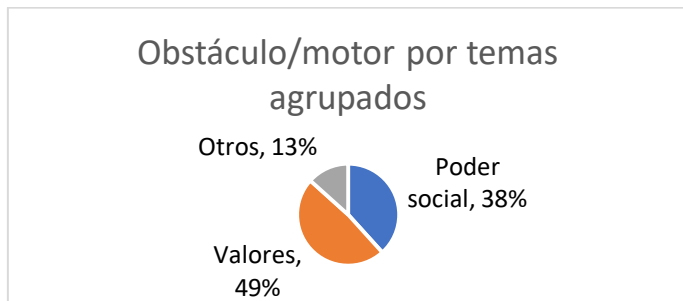


Gráfico 2 (Fuente: Base)

Si descomponemos el campo del poder social, el panorama es el siguiente:

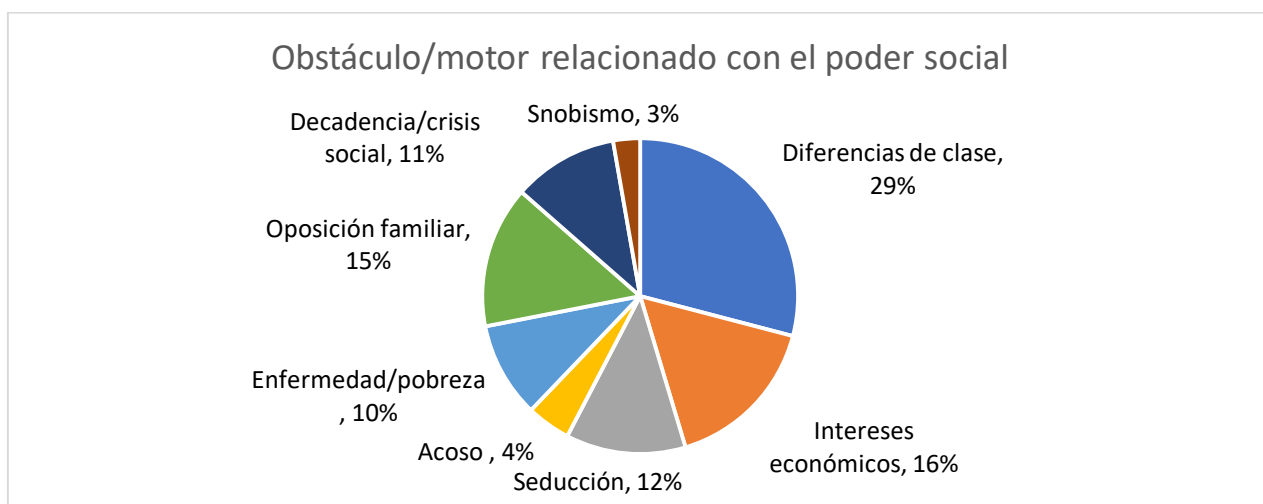


Gráfico 3 (Fuente: Base)

De este gráfico se desprende también una conciencia muy aguda del carácter de clase de los conflictos amorosos. Por empezar, el ítem *Diferencias de clase* es ya en sí mismo indicador del peso que las clases sociales asumen en la conciencia de los escritores de *LNS*: casi un tercio de los conflictos relacionados con el poder social está motorizado por las contradicciones entre ellas. Si a ello le sumamos otros ítems que señalan lo mismo bajo otra forma, esa conciencia es todavía más amplia. Como dijimos, *Oposición familiar* es un eufemismo para hablar de las diferencias de clase, que es el tema más común en este ítem. Algo similar ocurre con *Acoso*, una situación en la que siempre está de por medio la jerarquía entre las clases. *Snobismo* alude a situaciones en las que el conflicto se produce por el deseo de “figuración” (casarse con un noble, con alguien de familia “respetable”, etc.). Sumando los cuatro,

entonces, nos da 51%. La mitad de los conflictos en los que el obstáculo/motor tiene que ver con el poder social, aluden directa o indirectamente al conflicto entre clases.

Otros ítems aluden al poder sexual, es decir, del varón sobre la mujer. Aquí el tema de la seducción es el más importante. Entraría también el del *Acoso*, pero este último está más vinculado a la clase. Temas como *Intereses económicos*, *Enfermedad/pobreza* y *Decadencia/crisis social*, no necesariamente remiten al conflicto entre clases. Por el contrario, suelen aparecer en los conflictos intra-clase (la mujer que prefiere este candidato a otro con menos recursos, o que es obligada mantener determinada relación por parte de su familia). No obstante, buena parte de estos casos podría ir a parar al campo del conflicto entre clases, engrosando el carácter clasista del corpus. Sin embargo, por otro lado, por la vía de enmarcar el conflicto en el campo de las relaciones “monetarias”, ítems como *Intereses económicos*, *Decadencia*, *Corrupción de las costumbres*, *Crisis o lucha social*, *Traiciones políticas*, *Descomposición* o *Enfermedad/pobreza* nos recuerdan que el tema insistente de *LNS* es *amor y capitalismo*. O, más específicamente, las condiciones y formas del amor bajo el capitalismo.

Podemos ahora hacer el mismo ejercicio con el grupo de obstáculos/motores ligados a los valores sociales. El gráfico siguiente lo muestra:

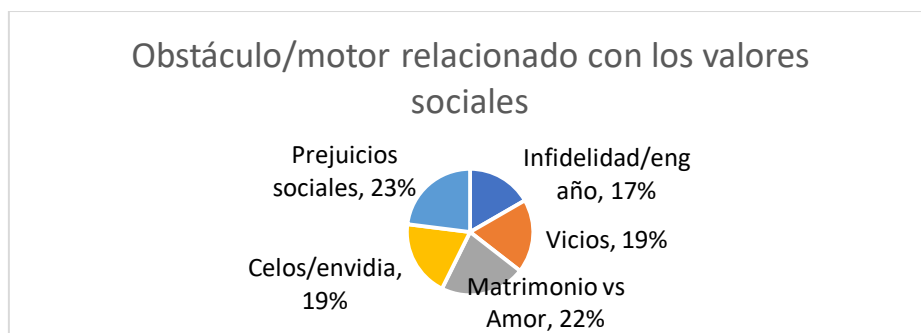


Gráfico 4 (Fuente: Base)

Se hace visible un grupo de temas relacionados con la propiedad del otro: *Celos/envidia/honor/venganza*; *Infidelidad/engaño* (36%). Los temas de este grupo aluden a la propiedad privada como relación básica. Luego, al capitalismo. Podría pensarse que no de modo crítico si se supone que la infidelidad, es decir, la infracción a la propiedad privada, está valorada negativamente en el corpus. Sin embargo, veremos que no es tan así. Lo mismo sucede con *Celos/envidia*: vistos solamente estos números, pareciera que el corpus reconoce el derecho a la propiedad privada al sancionar a los personajes que atentan contra ella.

Inmediatamente crítica es la categoría *Vicios*, en tanto se refiere, particularmente, a las conductas de la clase dominante, caracterizada casi siempre por el capricho y la descomposición. En este punto, los vicios de la clase obrera se refieren sobre todo al varón obrero (la obrera, como veremos es dueña de toda la inocencia) y se trata de una crítica a las condiciones sociales de existencia de la clase (tema sobre el que insistiremos cuando hablemos de la obra de Blomberg). Lo mismo sucede con los *Prejuicios*

sociales, de los cuales (como se examinó en el capítulo anterior cuando nos referimos al tema de la prostitución) *LNS* es crítica. Sumando ambos, nos da 42% de casos de expresiones críticas, frente a un aparentemente conservador 36% de los ítems anteriores.

Volvamos a ellos, tamizándolos por el tema *Matrimonio vs Amor*. Si tomamos todos los casos de *Infidelidad/Engaño* y separamos aquellos en los que está presente el ítem *Matrimonio vs Amor*, la relación nos da el siguiente gráfico:

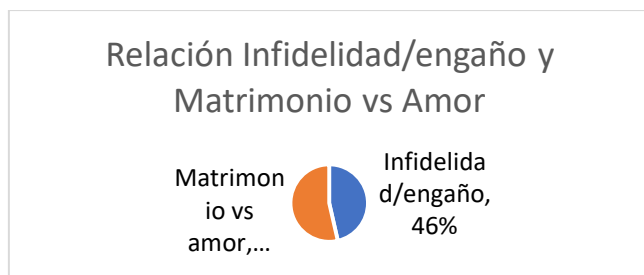


Gráfico 5 (Fuente: Base)

¿Qué podemos decir en estos casos? Que en la mitad de los conflictos en los que el motor es la infidelidad, esta aparece justificada por la ausencia de amor en el vínculo original. Aquí lo que se dice es que el matrimonio es una institución que no asegura la presencia del amor. Y que, en este caso, la imposibilidad de disolverlo genera la desgracia. En la ya citada “Un casamiento en el gran mundo” de Elsa Norton, por ejemplo, la protagonista burguesa casada por intereses políticos con un varón de su propia clase está enamorada de un estudiante. Esta historia de amor tiene final feliz, con unión en Montevideo, pero no siempre es el caso. En “Caballero andante” de Hugo del Monte, novela en la que se cuenta ficcionalizada la historia de Fernández Espiro, el poeta estaba enamorado de una muchacha, cuya familia, para evitar esa relación y promover a su vez el noviazgo con el candidato que ellos habían elegido, la enclaustró en su propia casa.²⁸³ Tristemente, la joven se quitó la vida y el poeta terminó sus días bebiendo para olvidar esa pena de amor.

El siguiente gráfico, que vincula los celos, la envidia, el problema del honor, etc., con la problemática del amor y el matrimonio, es menos concluyente, aunque señala que casi el 40% de los casos en los que los aquellos están presentes se manifiestan en un contexto igual que el anterior: esos sentimientos/valores aparecen, crecen, cuando el amor no es el vínculo real entre las personas.²⁸⁴

²⁸³*LNS*, n° 48.

²⁸⁴“Memorias de un loco”, n° 106, de Roberto G. Paterson; “El deber de matar”, n° 108, de Marcelo Peyret, “La única prueba”, n° 121, de Otto Miguel Cione.

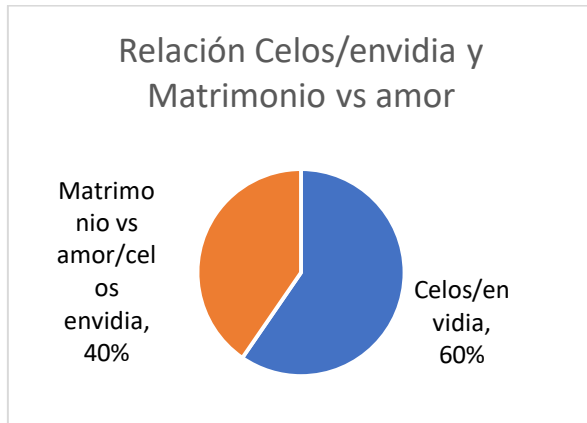


Gráfico 6 (Fuente: Base)

Si ahora eliminamos los casos en los que *Infidelidad/Engaño* y *Celos/Envidia* coinciden con *Matrimonio vs Amor* (porque eso significa que *LNS* valora positivamente el amor sobre las instituciones y, por lo tanto, es crítico del orden institucional) nos queda lo siguiente:

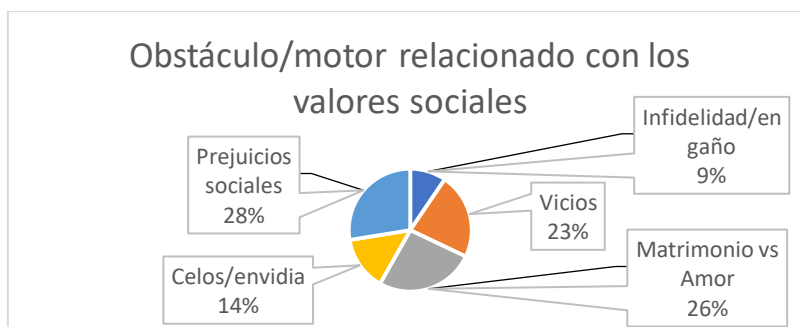


Gráfico 7 (Fuente: Base)

Las categorías inmediatamente críticas (*Prejuicios sociales* y *Vicios*), ahora suman 51%. Las “conservadoras” (*Infidelidad/Engaño* y *Celos/Envidia*) se han reducido al 23%. El balance cambia aun más dramáticamente si recordamos que *Matrimonio vs amor* es una categoría crítica, en tanto, cuando aparece tal disyuntiva, normalmente la novela resulta condenatoria de la institución, por lo cual su 26% debe sumarse a sus compañeras, dando un 77%. En conclusión, tanto atendiendo al poder social como a los valores sociales, el corpus es notablemente crítico del orden existente. Esto todavía no dice nada de cuál es el programa desde el que se critica.

2. ¿Qué es el amor para *LNS*?

Para acercarnos al programa de *LNS* es necesario entender qué es el amor en sus páginas. Obviamente, hay muchas formas de amor en ella, no intentamos hacer un simple promedio, sino extraer los tópicos dominantes que expresan esas formas. Nos detendremos en este punto antes de avanzar con

el examen del corpus. ¿Qué es un tópicos, cuáles son sus usos y, finalmente, cuál es su utilidad para el análisis de las novelas?

En la *Retórica* y en la *Lógica*, Aristóteles formuló una teoría de los *topoi* (topos o lugares): uno de los libros de la *Lógica* se llama, precisamente, *Tópica* (o *Tópicos*). En ninguno de esos escritos definió el filósofo qué es un *topoi*, aunque puedan elaborarse definiciones a partir de inferencias surgidas de las veces en que se refiere a este concepto. Aunque no define, establece categorías y usos, así como también da cuantiosos ejemplos de cada uno de los *topoi*. En principio, podemos decir que son herramientas para la construcción del discurso argumentativo, formas proposicionales destinadas a la argumentación. Por otra parte, *topoi* tiene en Aristóteles un valor metafórico: es el lugar desde el cual se para el que argumenta para obtener un resultado favorable en la disputa que significa la argumentación. Este tipo discursivo implica la existencia de al menos dos contendientes y cada uno de ellos tiene puntos (lugares) de partida diferentes de los cuales toma los instrumentos para construir su razonamiento.

“Los *topos* son los lugares en los que se guarda información y de donde surgen los argumentos. Es decir que no son los argumentos mismos sino los lugares en los que estos se encuentran. Una posible definición de tópicos es la que los concibe como principios generales admitidos que intervienen en el proceso de argumentación. Estos principios sirven de base a los razonamientos y son generalmente consensuados o admitidos por una comunidad.” (Arroyo y Matienzo 2009: 132)²⁸⁵

Según Aristóteles hay dos tipos de *lugares*: uno de ellos, los formales o esquemas lógicos abstractos que se utilizan para cualquier tema; otros, los especiales, “reservorio de argumentos que retoman creencias y valores, basados en lugares comunes, que se relacionan con la *doxa*”, y que se usan para temas específicos. Vale decir, son formas más o menos cristalizadas, populares, que están dadas socialmente y funcionan para justificar, explicar, verosimilizar los argumentos. En la retórica argumentativa funcionan como pilares discursivos; en la artística, no se explicita, su interpretación es tarea del lector, aunque es el fundamento de cada producción particular. Lo que sería el “aprendizaje”, “moralaja” o, simplemente, la conclusión a la que se llega con la recepción.

En la filología se identifican y analizan los tópicos de los textos literarios. Tomamos la caracterización realizada por Ernst Robert Curtius para este asunto:

“son temas ideológicos a propósito para cualquier desarrollo o variación; en griego se llaman κοινοί τόποι, en latín *loci communes*; como el término ‘lugar común’ ha perdido su primitivo significado, emplearemos el correspondiente español del τόπος griego: tópicos. [...] En la Antigüedad se hicieron colecciones de tópicos, y el arte de los *topoi*, llamado *tópica*, fué objeto de tratados especiales. Así, pues, los tópicos son originalmente medios empleados en la elaboración de los discursos; son, como dice Quintiliano (V, x, 20), “asientos del argumento” (*argumentorum sedes*), y responden por lo tanto a un fin práctico. [Con el tiempo] la retórica perdió su sentido original y su meta primitiva; en cambio, penetró

²⁸⁵“En este punto, creemos que hay que tener presente, que no en todos los lugares de la obra aristotélica los tópicos son tratados de la misma manera, pues debemos recordar que esta ha sido una recopilación de fragmentos y que se han producido algunas lagunas de información, además de las distintas épocas en que fueron escritas las distintas partes.” Bitonte, María Elena y Teresa Matienzo, “Los fundamentos de la argumentación: topos, garantías y pre-construidos culturales”. (Arroyo y Matienzo 2009)

en todos los géneros de la literatura, y su sistema, artificiosamente elaborado, se hizo común denominador [...] Este hecho fué el más rico en consecuencias de toda la historia de la antigua retórica; hizo que también los tópicos adquirieran una nueva función, que se convirtieran en clichés literarios [...]" (Curtius 1995: 108-9)

A diferencia de los ejemplos propios del refranero popular, los tópicos se originan en la "cultura alta", ya sea porque son frases de algún personaje público o porque aparecen en producciones artísticas no populares. Socialmente, suelen condensarse en refranes y, tal como ya lo había manifestado Aristóteles, forman parte del terreno de lo no probado, de la experiencia empírica que se sostiene ideológicamente. Esto presupone dos cosas: por un lado, que hay tópicos predominantes según las épocas y las sociedades y clases dominantes, pero también que (tal como ya hemos explicado) esa dominación se expresa como hegemonía, pero nunca es uniforme y monolítica, pues tienden a aparecer tópicos que se oponen a los impuestos socialmente. No es una novedad la existencia de refranes y contrarrefranes, del estilo de "Al que madruga, Dios lo ayuda" frente al "No por mucho madrugar...". Un caso de tópico y contratópico que se mueve a instancias de las oscilaciones de la lucha de clases: María Antonieta habría respondido al hambreado pueblo francés que "si no tienen pan, que coman tortas". El refranero lo tomó como "A falta de pan, buenas son tortas", una expresión de la resignación y el conformismo. Sin embargo, el tiempo lo ha ido llevando hacia otros lugares interpretativos, como el de un cuestionamiento de la ambición, significado de "Sin el pan y sin la torta".

Volviendo a nuestro corpus, los tópicos, tomados de la manera más fenoménica, como consejos o máximas que la obra expone a modo de tesis (la "moraleja" diríamos en el campo de la fábula), el resultado que obtenemos es el siguiente:

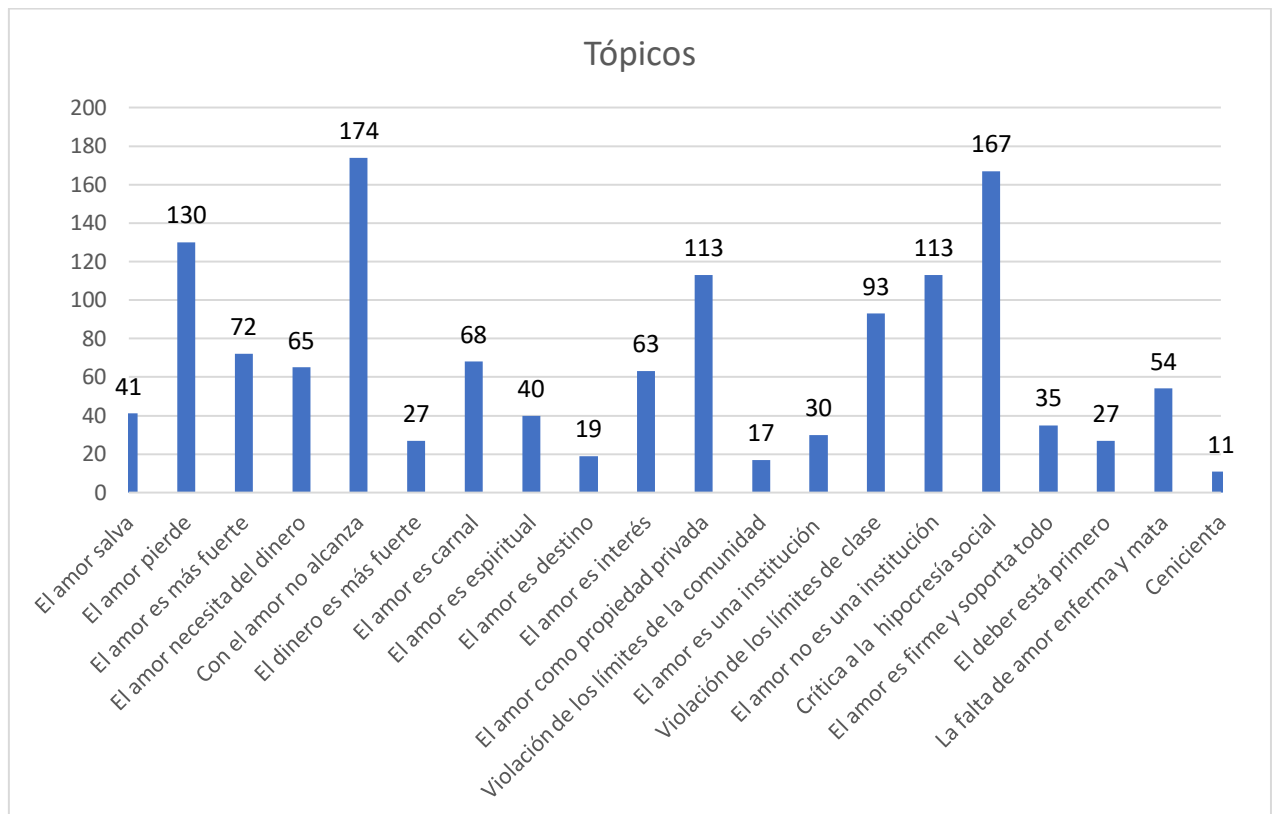


Gráfico 8 (Fuente: Base)

Cada uno de estos temas encarna una concepción del amor o de sus condiciones de existencia. No son excluyentes, por el contrario, varios pueden convivir en la misma obra, de allí que la sumatoria de tópicos, otra vez, no coincida con la totalidad de conflictos. Si observamos los tópicos que sostiene *LNS*, veremos que la mayoría se organiza en pares de opuestos, podríamos decir en tópico y contratópico. “El amor salva”²⁸⁶ y “El amor pierde”²⁸⁷ son las dos caras opuestas de la misma moneda; en el primer caso, los amantes son salvados gracias a ese amor; en el contrario, se pierden por causa del amor y con ello se les va la vida, la salud, la felicidad o la cordura. Si carecen de ese sentimiento, los personajes también enferman o mueren: “La falta de amor enferma o mata”²⁸⁸: es posible que esa carencia arrastre a la locura o a morir de o por amor, así como también a matar por ello.

Claramente opuestos son “El amor es una institución”²⁸⁹ (la institución matrimonial) y “El amor no es una institución”²⁹⁰, *topos* en el cual el amor es más importante que la ley. “El amor es más fuerte”²⁹¹ se opone a “Con el amor no alcanza”²⁹²; si en el primer caso, el sentimiento puede superar todas las barreras sociales, en el segundo, expone su impotencia. Cuando la fuerza del dinero supera la del amor

²⁸⁶“Marejadas porteñas”, n° 122, de Augusto Vaccari; “Al atardecer”, n° 127, de Alfredo Palacios Mendoza; “Redención”, n° 137, de Juan Orozco.

²⁸⁷“La estatua”, n° 130, de Mariano Maciá; “La casquivana”, n° 124, de López de Molina; “La única prueba”, n° 121, de Otto Miguel Cione.

²⁸⁸“Sacrificio de amor”, n° 250, de Andrés Sorel; “El crimen de Carlos Souza”, n° 228, de Calixto Ferreyra.

²⁸⁹“Brasita”, n° 231, de Marcelo Peyret; “Ramo de pasión”, n° 232, de César Carrizo.

²⁹⁰“Al fragor de la revolución”, n° 230, Vizconde de Lascano Tegui; “La francesita”, n° 193, de Marcelo Peyret.

²⁹¹“El derecho a la dicha”, n° 218, de Josué Quesada; “La guacha”, n° 210, de Carlos Muzzio Sáenz Peña; “La divorciada”, n° 209, de F. García Beltrán.

²⁹²“Muñeca”, n° 208, de José Antonio Saldías; “La bestia”, n° 204, de C.Toranzo Calderón.

(“El amor necesita del dinero”), nos estamos refiriendo directamente a un contratópico; ese que discute con “El dinero no es todo”. “El amor necesita del dinero” significa que el dinero no es todo, “pero cómo ayuda”²⁹³. El otro *topos* vinculado al poder del dinero muestra, además, el poder del género: nos referimos a “Billetera mata galán”, que en nuestro gráfico aparece como “El dinero es más fuerte” (que el amor, se entiende).²⁹⁴

Aparecen otras formas de encuadrar al amor en *LNS*: la carnalidad²⁹⁵ y la espiritualidad²⁹⁶, el destino²⁹⁷, el sacrificio²⁹⁸ (“El amor es firme y soporta todo”). Otras veces, el amor (en este caso entendido simplemente como “relación de pareja”) es un vínculo que se sostiene o se resquebraja porque predomina el interés político o económico²⁹⁹: son las relaciones que popularmente se conocen como “matrimonios por interés”. En ocasiones, el deber³⁰⁰ y las obligaciones son más importantes para alguno de los protagonistas que el amor. Como ya hemos anticipado, los varones son casi protagonistas exclusivos de este síndrome.

Dos tópicos que están inscriptos directamente en la lógica de la sociedad de clases. Uno, el que considera que el amor posibilita la propiedad privada³⁰¹ del otro (los sentimientos y acciones derivadas: celos, venganza). El otro, la violación de los límites de clase³⁰², las situaciones en las cuales, por ascenso o por arribismo, los personajes pretenden quebrar esa determinación social. Debemos aclarar que no necesariamente lo logran. Vinculado con este tópico, hemos contabilizado por separado los casos de Cenicientas³⁰³, historias de OM-BV con finales felices.

Por último, cuando los límites que impone la comunidad se ven violentados³⁰⁴ y se producen actos de barbarie, como violaciones, o cuando se critica la hipocresía social³⁰⁵ que sanciona ciertas relaciones amorosas, particularmente limitadas por tabúes o por las instituciones.

Todos estos tópicos se pueden organizar en grandes grupos: algunos hablan directamente de qué es el amor; otros, de los efectos del amor; un tercer grupo, sobre las condiciones materiales del amor; un cuarto sobre la relación entre el amor y la moral social.

El amor es...

²⁹³“Como el pavo real...”, n° 125, de Rubén Darío (h); “El precio del triunfo”, n° 109, de Pilar de Lusarreta.

²⁹⁴“La rendición”, n° 80, de Arturo Giménez Pastor; “El comprador de cadáveres”, n° 66, de Enrique Carrasquilla Mallarino.

²⁹⁵“La audaz”, n° 120, de Ramón Estany; “La sed de amar”, n° 224, Silvio Pereyra.

²⁹⁶“Stella”, n° 61, de César Duayén; “La historia de la muchacha”, N 47, de Agustín Remón.

²⁹⁷“Una historia absurda”, n° 52, Pilar de Luzarreta; “Del Parnaso al chiquero”, n° 32, de Eustaquio Pellicer.

²⁹⁸“Hipódromo”, n° 27, de Mario Bravo; “Córdoba triste”, n° 41, Luis Rodríguez Embil.

²⁹⁹“Holocausto”, n° 24, de César Carrizo; “Bobó”, n° 17, de Miguel Roquendo.

³⁰⁰“Luna de miel”, n° 5, de Manuel Gálvez; “Artemis”, n° 3, Enrique Larreta.

³⁰¹“Bobó”, n° 17, de Miguel Roquendo; “La voluptuosidad del poder”, n° 20, de Pedro Sonderegger.

³⁰²“El pozo de las murenas”, n° 25, de Pedro Angelici; “El ataja-camino”, n° 34, Juan Carlos Dávalos.

³⁰³“Lilian”, n° 97, de Alberto del Solar; “Los dos amores”, n° 96, de Sara H. Montes.

³⁰⁴“La canción del oro”, n° 262, de Juan José de Soiza Reilly; “La salvaje”, n° 245, de Julián de Charras.

³⁰⁵“Para ellas solamente...”, n° 260, de César Carrizo; “Tribulaciones de un marido tímido”, n° , de Carlos Muzzio Sáenz Peña.

Los elementos que conforman la definición de amor que brota de *LNS* pueden observarse en el siguiente gráfico:

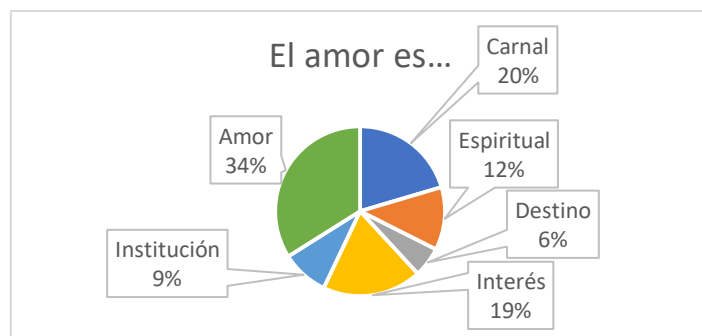


Gráfico 9 (Fuente: Base)

El punto más importante del programa (que en el gráfico de barras aparece como “el amor no es una institución”) nos dice que el amor es “el amor”: se trata de la reafirmación del individuo social tal cual lo muestra Heller. El amor aparece como una conquista del individuo contra el Estado y la sociedad. Se trata aquí de un *deber ser*, no de un hecho real. En las novelas, cuando esta máxima no se cumple, las historias terminan mal. Lo que no quiere decir que esté mal, sino que debió hacerse de una manera distinta a la que se narra, debió liberarse al amor de sus ataduras institucionales. Este amor no se juega por interés: la aparición de los intereses económicos resulta contraria al amor. Precisamente, porque el amor es amor, las novelas en las que el dinero es la variable que triunfa son trágicas, terminan mal y los “interesados” resultan sancionados o valorados negativamente.³⁰⁶ Esto se comprueba cuando triunfa el amor luego de enfrentarse con el dinero y dicho enfrentamiento tiene un desenlace feliz.³⁰⁷

Es decir, el amor “no es interés”. Lo mismo sucede cuando las instituciones se interponen: el amor no es una institución. Al examinar estas determinaciones puede comprenderse el sentido de la crítica de *LNS*: el amor es el valor reivindicado, por eso, en las novelas, cuando el amor no se realiza, todo lo que lo impide resulta negativo. Luego, si los amantes que han cruzado la barrera de clase terminan mal (mueren, se separan, son castigados socialmente, etc.), no significa en modo alguno que el mensaje sea “Esto no se hace”, sino más bien lo contrario: este vínculo, que es bueno en sí mismo, no puede realizarse porque no ha sido removido aún el obstáculo social que lo impide (los prejuicios, por ejemplo). Esto es exactamente lo contrario de lo que dice Sarlo.

Veamos qué sucede cuando el interés predomina, por ejemplo, cruzándolo con el punto “Crítica de la hipocresía social” (Gráfico 10):

³⁰⁶“Una más...”, n° 238, de A. López Andrade; “Culpas ajenas”, n° 233, de Roberto Mariani.

³⁰⁷“Tormentas de otoño”, n° 237, de Augusto Vaccari; “El príncipe que mató al dragón”, n° 239, de Alfredo Duhau.

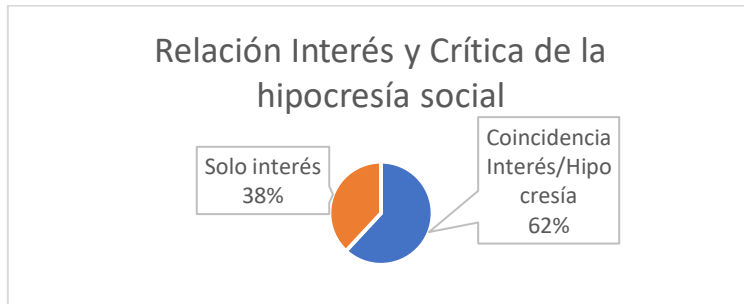


Gráfico 10 (Fuente: Base)

Esta coincidencia del 62% entre ambos temas nos está diciendo que la mayoría de las veces en que el tema *Interés* aparece ligado al amor, es criticado. Se afirma, por lo tanto, por la negativa, que “el amor no es interés”. Esto nos lleva a corregir el gráfico anterior para introducir el ítem que acabamos de descubrir, cosa que haremos más adelante porque introduciremos otros cambios más.

Veamos ahora qué pasa cuando el amor es considerado como o atravesado por la institución matrimonial (Gráfico 11).



Gráfico 11 (Fuente: Base)

En un 73% de los casos se niega lo que se afirma: la novela examina la confrontación entre la institución matrimonial y el amor, pero de una manera crítica. Entonces, es dable concluir que, en estas novelas, dicen que si el amor pierde y se impone la situación institucional, eso es un síntoma de algo que debiera cambiarse. ¿Por qué? Porque el amor es amor. Podemos reconstruir ahora el cuadro general, incluyendo los nuevos datos. El resultado es el siguiente:

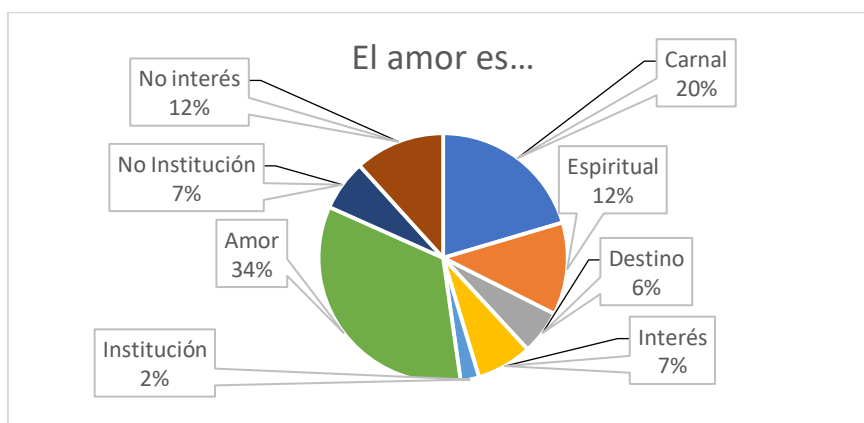


Gráfico 12 (Fuente: Base)

Ahora los ítems que definen al amor como un sentimiento ajeno a los intereses materiales y a la codificación estatal suman un 53% (amor, no interés, no institución). Se confirma que esta es la definición que domina el corpus.

Ahora, veamos el asunto de la “espiritualidad”. En algunos casos, en ese ítem el amor es definido por la idea del perdón y del sacrificio. Son los casos en los que el amor se resigna o no se consuma por el sacrificio de uno de los amantes, al estilo *Casablanca*: él o ella no quiere causar un perjuicio al otro, o acepta que hay razones de peso para no insistir en la relación. Aquí amor se opone a egoísmo.³⁰⁸ No obstante, recuérdese que en el corpus hay 13 conflictos relativos a “Amor maternal/filial”, la mayoría de los cuales coincide con el ítem “espiritualidad”. Esos casos (9) hay que descontarlos, porque en esta tesis nos concentramos en el amor como amor de pareja (si los incorporamos al corpus no fue solo para mostrar que existen, sino para trabajar con ellos en el capítulo dedicado a la mujer en *LNS*). De los 40, entonces, nos quedan 31 conflictos en los que el amor se presenta como “espiritual”³⁰⁹.

¿De qué se habla cuando se dice que el amor es “carnal”? Hay que revisar las novelas una por una. Hecha la tarea, podemos distinguir en la “carnalidad” varias situaciones distintas: por un lado, los casos en los que la acción calificada como “amor carnal” en realidad es la negación de un acto amoroso; por otro, la afirmación de la “carnalidad” instintiva, irreflexiva, es decir, un amor efectivamente “carnal”. En el primer caso, se encuentran situaciones de violación o similares (a las que hemos definido como actos de “barbarie”³¹⁰), actitudes que aparecen reñidas con la moral ambiente y por lo tanto cuestionables (“vicios”) o abusos surgidos de la superioridad de clase o de un diferencial de poder (temas que suelen expresarse en las novelas de Soiza Reilly y Josué Quesada).³¹¹ En el segundo caso, tenemos dos variantes: el “programa Ingenieros” (por responder a las ideas generales del autor de *El hombre mediocre*) y el “programa Sondereguer” (en tanto es casi el único representante de esta tendencia a la vez que elabora programáticamente sus ideas en una de sus novelas de tesis, “El instinto”³¹²). En la primera variante, la sexualidad desborda las conductas, pero en forma “natural”, *rousseauianamente*. Se trata del buen salvaje de Ignacio Rescoldo, en “Del Parnaso al chiquero”, de Eustaquio Pellicer. Es

³⁰⁸“Una vida humilde”, de Héctor Olivera Lavié (nº 203); “La francesita”, de Marcelo Peyret (nº 193); “Ganarás el pan...”, de Ramón Estany (nº 159); “¡Aquellos ojos que fueron!”, de Armando Moock (nº 114).

³⁰⁹“Cómo se salva una vida”, de Adriano Díaz Olazábal (nº 255); “La salvaje”, de Julián de Charras (nº 245).

³¹⁰“El apóstol del Ayuí”, de Juan José de Soiza Reilly (nº 23); “Una girl”, de Agustín Remón (nº 40); “La casa de la soltera”, de Elsa Norton (nº 222). En general, los actos de barbarie son cometidos por “otros”: árabes, indios, realistas, presos, como en “Dorios”, de Cyro de Azevedo (nº 30), “Los Brutos”, de Ramón Estany (nº 196), “La tragedia del cónsul argentino”, de Héctor Pedro Blomberg (nº 213), “Estamos a mano”, de Augusto Vaccari (nº 160), “Detrás del Yashmak”, de Mariano Bosch (nº 123), “Porca América”, de José Antonio Saldías (nº 180), etc.

³¹¹“Las mujeres que se venden”, nº 212; “La canción del oro”, nº 262; “El secreto que no dicen las mujeres”, nº 83; “Un hombre desnudo”, nº 162; todas de Soiza Reilly. “La vendedora de Harrods”, nº 69; “Milonguita”, nº 171; “Una mujer sin corazón”, nº 92; “Cuando ella volvió”, nº 195; “El derecho a la dicha”, nº 218; todas de Josué Quesada. El diferencial de poder en ambos autores aparece como opresión patriarcal de los varones de la burguesía sobre las mujeres obreras, que en todos los casos aparecen valoradas positivamente. Salvo en “El derecho a la dicha” en que la protagonista es una burguesa.

³¹²*LNS*, nº 10.

una fuerza que no se puede frenar, aunque sí encauzar, es decir, “educar sentimentalmente”. Es el Don Juan que debe ser educado. Distinto es el caso de Sondereguer: aquí el instinto es una fuerza perversa, en el sentido de anti-social, animaliza y genera situaciones de descomposición social. Es una postura crítica de la moral imperante pero pesimista, schopenhaueriana, vinculada a una antropología más cercana a la animalidad. Volveremos sobre ambos en el capítulo sobre la dirección. Ahora veamos cómo queda el cuadro:

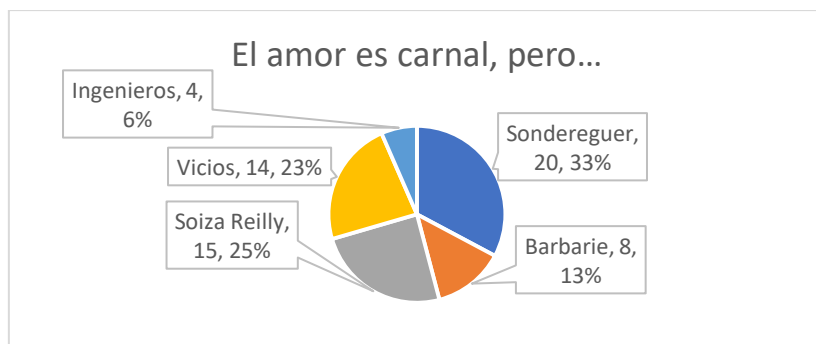


Gráfico 13 (Fuente: Base)

Sumando las variantes que denuncian en sus tramas que esas historias no expresan el verdadero amor, obtenemos un 61% de casos (Vicios, Soiza, Barbarie). Lo que reduce el ítem “carnalidad” al 39%, o lo que es lo mismo, sobre un total de 61 casos, 20 son estrictamente “carnales”. Teniendo en cuenta que en Ingenieros el amor carnal es un componente necesario de la relación amorosa normal³¹³, en el corpus la carnalidad pura, aquella que es el soporte exclusivo y expresión de la animalidad, está representada solo por las novelas que defienden el programa “Sondereguer”. Es decir, el amor como “carnalidad” es, de todas las que tocan el tema, apenas un tercio.

El mismo tratamiento que hemos hecho para todos estos ítems, tratar de entender qué quiere decir *LNS* cuando dice que el amor es tal o cual cosa, cruzando ese ítem con los casos en los que aparece ligado con la crítica de la hipocresía social, es decir, cuando se está criticando esa definición en lugar de defenderla, lo haremos ahora, para terminar, con el “Destino”. El resultado es el siguiente:

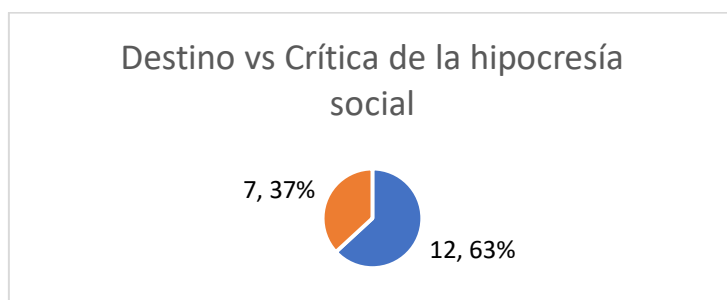


Gráfico 14 (Fuente: Base)

³¹³Desarrollaremos en el capítulo siguiente la obra de Ingenieros, en particular, el *Tratado del amor*.

Como se ve, en todas las novelas en que el *Destino* aparece como obstáculo para los amantes, en realidad, ese “obstáculo” está relacionado no con una fuerza misteriosa, asocial, sino con los prejuicios sociales. Eso hace que la cantidad de conflictos donde domina el ítem *Destino*, se reduzca a 12 de los 19 casos iniciales. Como veremos en el cuadro siguiente, donde ponemos el resultado final de esta operación de “reducción” que el cruce entre cada ítem con la presencia de la *Crítica de la hipocresía social* nos permite, el resultado es claro: el amor no tiene que ver necesariamente con una fuerza imposible sino con la propia sociedad y eso está mal. El amor no puede ser “arreglado” por la sociedad; el amor es el amor, compete solo a los amantes. Cuando los prejuicios sociales se meten, las cosas salen mal.

Tratemos ahora de reconstruir el cuadro inicial con todos los datos obtenidos después de este ejercicio. El gráfico siguiente lo resume:

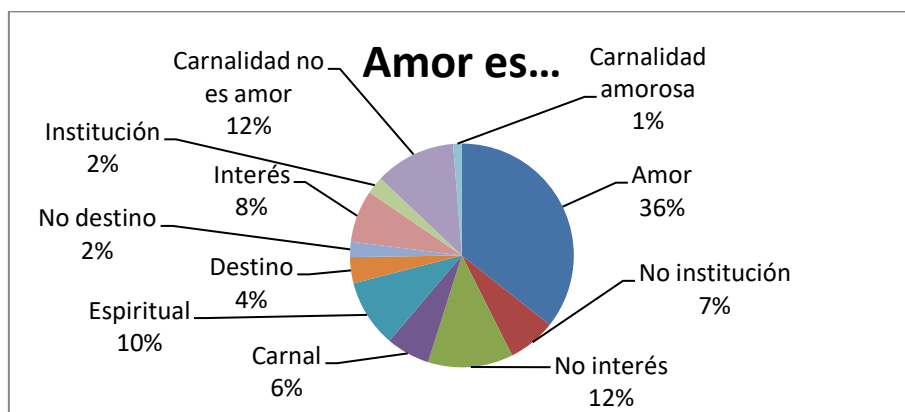


Gráfico 15 (Fuente: Base)

¿Qué es el amor para *LNS*? Recuérdese que en este último gráfico hemos restado los 9 casos de amor materno. Si sumamos los ítems que en forma directa (*Amor*) o indirecta (*No es una institución*, *No es interés*, *No es destino*, *No es carnalidad*, *Es una carnalidad propia y necesaria*) dicen que, finalmente, el amor es simplemente amor, es decir, un valor en sí mismo, la cuenta es muy clara: 70%. Para nuestro corpus, el amor es eso: un sentimiento que organiza o debiera organizar la vida de las personas voluntariamente, una relación sana que, cuando choca con la sociedad, no puede realizarse. Pero aquí la que está equivocada es la sociedad. No es una buena sociedad aquella que no permite el triunfo del amor. Claramente, se entiende que aquí la novela sentimental se transforma en el vehículo de la crítica social o, lo que es lo mismo, que las novelas sentimentales son, como ya anticipamos, directamente, novelas sociales.

¿Qué te hace el amor?

Un segundo grupo de afirmaciones sobre el amor aluden no tanto a su definición, cuanto a las consecuencias que tiene amar. Son los tópicos que remiten a “el amor salva”, “el amor pierde” y “la falta de amor enferma y/o mata”. La cantidad de veces que aparecen estos temas se ve en el siguiente gráfico:

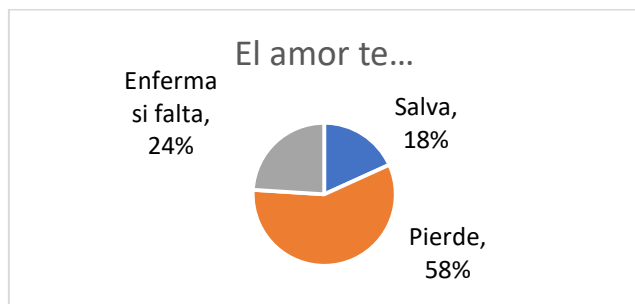


Gráfico 16 (Fuente: Base)

Hay dos elementos que abonan el programa sentimental que venimos delineando: “la falta de amor enferma o mata” y “el amor salva”. Se trata de una concepción positiva del amor que va contra todos los otros elementos que intervienen en el conflicto amoroso: el dinero, el poder social, la moral, nada de eso cuenta si no existe el amor desinteresado y más allá de las convenciones. Por la positiva (“salva”) o la negativa (“si falta”) en un 42% del total de apariciones de temas relacionados con los efectos del amor, se reafirma el programa que hemos visto bosquejarse en el punto anterior. Se dirá que un porcentaje mayor afirma que el amor “pierde”. Pero para entender por qué en realidad es lo contrario, hay que ver qué sucede en los casos en los que los amantes “se pierden” por culpa del amor.

Una forma de acercarse a qué pasa en las novelas en las que los amantes “se pierden” es confrontar este ítem con aquel que señalan las novelas en las que se critica la hipocresía social (Gráfico 17):

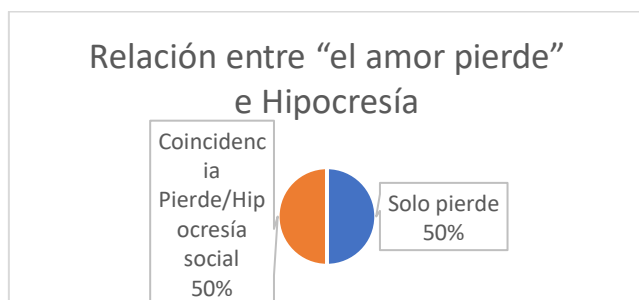


Gráfico 17 (Fuente: Base)

El resultado es sencillo: la mitad de las veces en el que el amor pierde a los amantes, la historia se decanta por una crítica de hipocresía social. En “La mancha de sangre”, de Enrique Orlandini, ya analizada, la esposa, que no está enamorada de su marido, se comporta como una traidora, estafa al esposo y permite que su amante lo mate. En “El crimen de Carlos Souza”, de Calixto Ferreyra, el problema que separa a los protagonistas es el snobismo de la madre de la novia: ese candidato no ostenta

abolengo suficiente como para merecer el amor de su hija.³¹⁴ La máscara social triunfa. En “El desnudo de Florida”, de Alfredo Palacios Mendoza, los protagonistas se separan por un malentendido: la esposa, para llamar la atención de su marido, inventa que ha tenido un amante.³¹⁵ La falta de honestidad los pierde.

Es decir, el amor extravía a los amantes cuando la mentira, el cinismo, el snobismo cimentan la hipócrita máscara social que destruye parejas. Insistimos entonces: si el vínculo no es honesto y encubre otros intereses, si la sociedad trafica otras necesidades o deseos detrás de una pareja, si no estamos hablando de amor verdadero o los amantes genuinos deben enfrentar límites sociales, pierden la batalla. Si sacamos estos casos, el balance se modifica drásticamente:

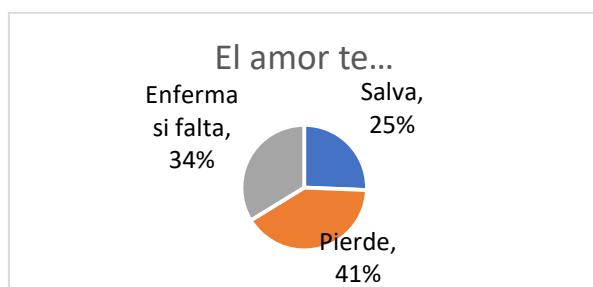


Gráfico 18 (Fuente: Base)

Ahora, las consideraciones positivas acerca del amor superan las negativas en una proporción importante. Más importante es el cambio si, en lugar de simplemente restar los casos en los que coincide *Pierde* con *Hipocresía social*, sumamos esos casos a las consideraciones positivas, ahora con el título *No debiera perder*. La operación es válida porque los casos en los que esto sucede están diciendo en realidad que el amor debiera realizarse y que lo que lo impide es lo que debiera cambiar. Hechas las cuentas, el resultado es ahora 71 a 29 a favor de una concepción del amor liberado de ataduras y que, por lo tanto, se vuelve barómetro de la crítica social.

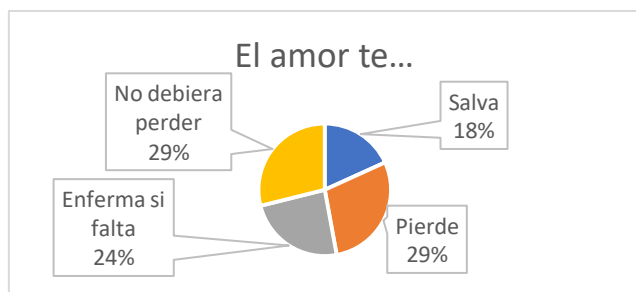


Gráfico 19 (Fuente: Base)

³¹⁴LNS, n° 228.

³¹⁵LNS, n° 227.

Esto restringe el campo de novelas que hay que examinar directamente para ver qué sucede cuando el amor pierde a los amantes. Cuando del universo de novelas en las que el *amor pierde* se resta el ítem *Crítica de la hipocresía social* y se lo confronta con el resto de los tópicos, el resultado se ve en el gráfico siguiente.

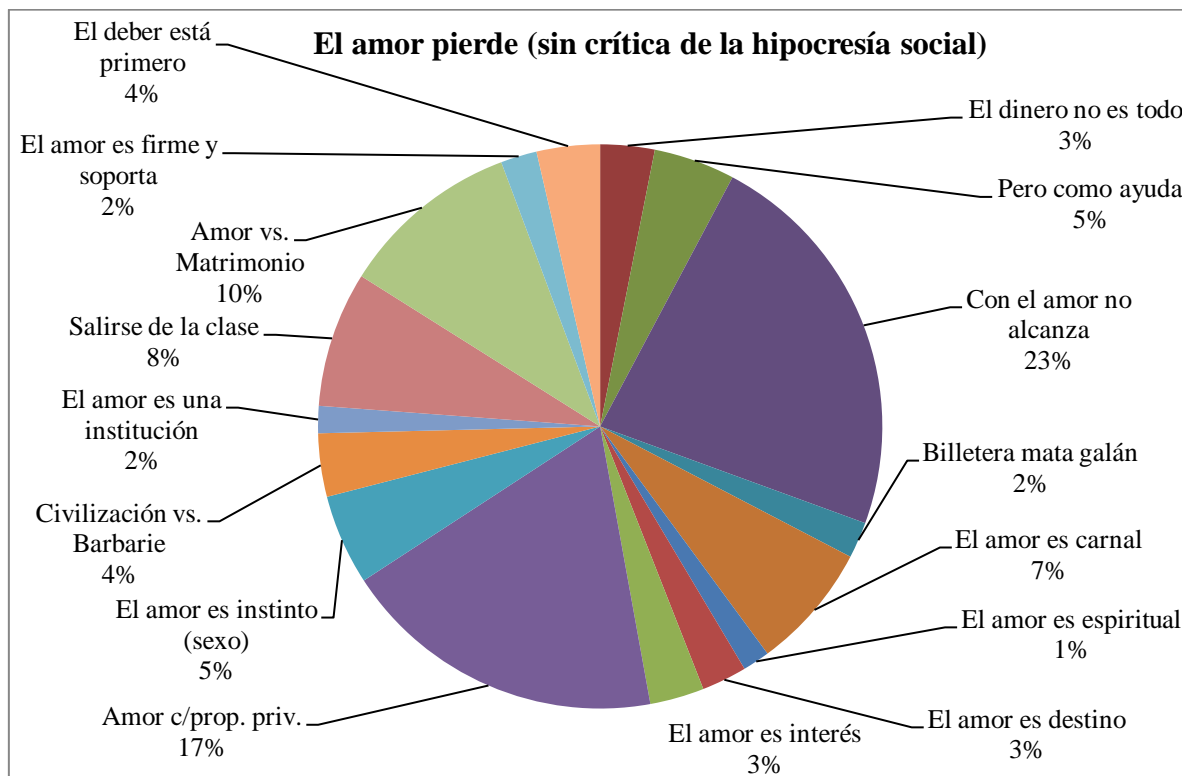


Gráfico 20 (Fuente: Base)

El resultado señala que el amor pierde a los amantes cuando predomina la propiedad privada: *Con el amor no alcanza* (23%); *Amor como propiedad privada* (17%); *Billetera mata galán* (2%); *El amor es interés* (3%); *Pero cómo ayuda* (5%). En total, un 50% de los casos en los que el amor pierde a los amantes y la novela no decanta explícitamente como crítica social (*Crítica de la hipocresía social*), la crítica reaparece por la vía de culpar a la propiedad privada. En un porcentaje menor, pero significativo, un 20%, la crítica es dirigida a las convenciones sociales (*El amor es una institución*, *Amor vs matrimonio*, *Salirse de la clase*). Dicho de otro modo: un 70% de los casos en los que el amor pierde a los amantes y no hay una crítica social directa contiene una de manera indirecta. Parece lícito señalar, entonces, que la derrota del amor, en *LNS* tiene que ver con los males de la sociedad y no con la imposibilidad de un vínculo sano entre las personas. No se trata de pasiones irracionales, se trata de sociedades irracionales.

¿Cuándo es posible amar?

Un tercer grupo de temas habla de las condiciones sociales y materiales del amor. Nos referimos a los ítems *el amor necesita del dinero*, *el dinero es más fuerte*, *violación de los límites de la comunidad*, *violación de los límites de clase*. La categoría *con el amor no alcanza* es una síntesis de todos los obstáculos que aluden a tabúes, prejuicios sociales, morales o institucionales (diferencias étnicas, religiosas, incesto, prostitución, ausencia de divorcio, etc.). Todos ellos nos dicen lo mismo: el amor que no es libre, no puede realizarse. No se puede amar si estas condiciones no están dadas. De ellos, los referidos al dinero son los que aluden a las condiciones materiales; los otros, a la estructuración de clase o a los prejuicios en general (*Con el amor no alcanza*). El gráfico siguiente da cuenta de la relación entre estos componentes:

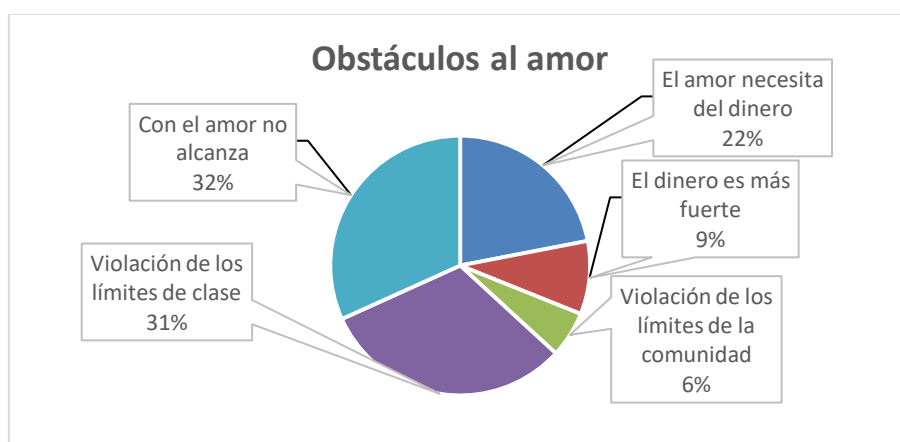


Gráfico 21 (Fuente: Base)

Como vemos, los prejuicios sociales son los obstáculos más importantes (*Con el amor no alcanza*). Sin embargo, la violación de los límites de clase es en realidad el punto más relevante, porque hay que sumarle el ítem *el dinero es más fuerte*, que es la traducción del dicho popular “Billetera mata galán”. Es decir, los casos en los que el dinero constituye la ventaja con la que el varón triunfante se queda (o intenta hacerlo) con la mujer. Entonces, en un 40% de los casos, el amor fracasa por la estructura social. La falta de dinero (la pobreza, por ejemplo), es un problema menor.

Si observamos la relación entre estos ítems y el que critica la hipocresía social, el resultado es el siguiente:

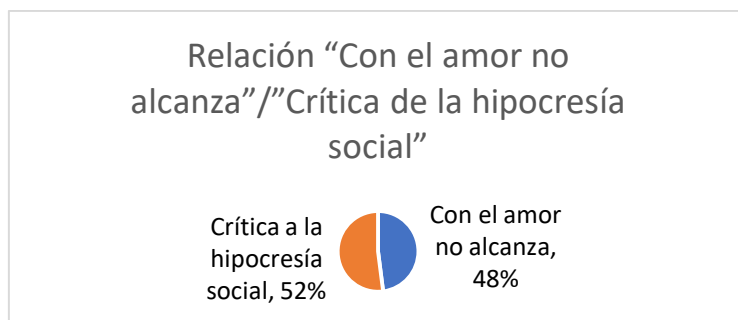


Gráfico 22 (Fuente: Base)

Como se ve, en más de la mitad de los casos, el ítem *Con el amor no alcanza* coincide con el de *Crítica de la hipocresía social*, es decir, la idea dominante es que el amor no debiera estar limitado por los prejuicios.

La relación entre *el dinero es más fuerte* y *crítica de la hipocresía social*, repite el patrón en forma más acentuada:

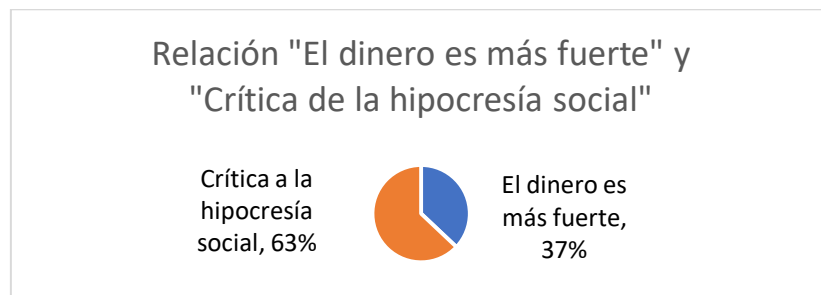


Gráfico 23 (Fuente: Base)

Que el dinero triunfe, entonces, no está bien. Tampoco está bien que el amor fracase por la violación de los límites de clase o porque necesite del dinero:

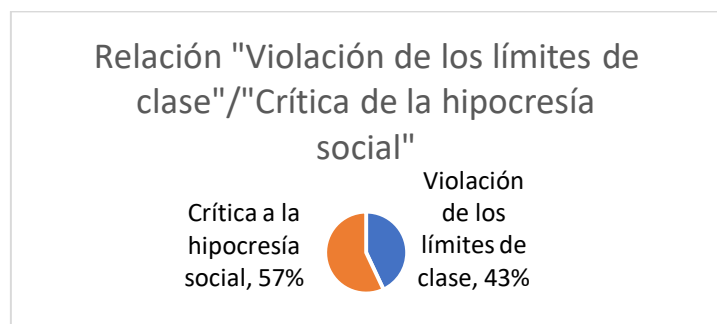


Gráfico 24 (Fuente: Base)

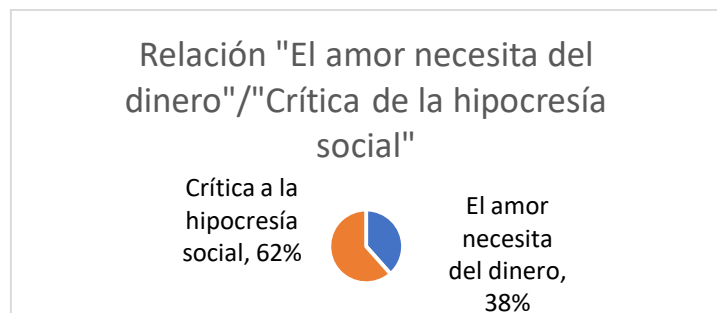


Gráfico 25 (Fuente: Base)

En todos los ítems, *LNS*, en forma mayoritaria, critica la resolución del problema amoroso por la vía de los obstáculos que representan los prejuicios y la estructura social. No se trata de que los porcentajes en los que no coincide la crítica a la hipocresía social con el obstáculo en cuestión se acepte lo contrario, a saber, que el amor que cruza las barreras sociales, que va contra los prejuicios, que se enfrenta al dinero, sea inválido o cuestionable. En realidad, el cruce que hemos realizado es el piso crítico de *LNS*, no su techo.

La conclusión parece ser, entonces, que no es posible amar cuando la sociedad se opone al amor. Pero, dado que el amor es el valor positivo de *LNS*, esto no implica una sanción moral hacia los que intentaron desafiar los valores sociales, sino más bien lo contrario. Se trata, entonces, de una crítica de la sociedad. Esto nos lleva al mundo del amor y la moral social.

3. El amor y la moral social

El análisis de una serie de temas particulares nos acercará un poco más al programa de *LNS*. En efecto, la forma en que las novelas tratan el divorcio, los “vicios”³¹⁶ y el suicidio, completa el panorama que venimos examinando.

A cadena perpetua...

Como ya vimos, el tema del divorcio resulta importante en *LNS*. En forma directa, es decir, en los casos en los que los conflictos se deben explícitamente a la imposibilidad de romper el vínculo matrimonial (unos 15 conflictos). Pero también en forma indirecta, cuando el conflicto se plantea porque la fuerza de la institución matrimonial se opone al amor. Veamos la situación en el primer caso. En la novela “El amigo de mi marido”, de Elsa Norton, la protagonista, llamada también Elsa, como el seudónimo elegido por el autor, descubrió que su marido la engañaba.³¹⁷ Fue ese el motivo por el cual decidió separarse, pero la vida le pondría enfrente a otro hombre, Raúl, un amigo de su ex marido. Enamorada de Raúl decidió huir, antes que vivir en medio del escarnio. Varios desencuentros signaron las vidas de Raúl y Elsa, hasta que finalmente coincidieron en Europa, de manera fortuita. Al fin, Raúl aceptó que estaba enamorado de Elsa y que lucharía por su amor. ¿Cómo? ¿Se casarían en Montevideo? ¿Volverían a Buenos Aires, donde el gran mundo juzgaría con malos ojos esta unión extramatrimonial? ¿Podrían sortear los prejuicios? No lo sabemos. La historia finaliza aquí con la emocionada declaración de amor del caballero.

³¹⁶El análisis de los vicios denunciados como obstáculos o como motores de la trama nos permite ver que hay otras fuentes de infelicidad, son, sin embargo, cuantitativamente muy poco significativos si los comparamos con lo que examinaremos a continuación.

³¹⁷*LNS*, n° 249.

Lo cierto es que la historia de amor entre Elsa y Raúl se ve al menos aplazada (y si se realizara, desplazada espacialmente) por causa del matrimonio de ella. Similar es la situación que vive la protagonista de “La divorciada”, de F. García Beltrán, cuya historia ya conocemos. La “mujer sin corazón”³¹⁸ de Josué Quesada nos cuenta que se casó muy enamorada de su esposo. Ante sus reiteradas infidelidades, la joven decidió separarse, pero como la sociedad impedía a la protagonista contraer nuevas nupcias, la chica sublimó esta interdicción bajo la forma de “imposibilidad de volver a enamorarse”.

Como se ve en el gráfico siguiente (Gráfico 26), el divorcio es un problema específicamente burgués, de vital importancia para la mujer burguesa si se recuerda que el grueso de las “mujeres dependientes” cae dentro de esa categoría. El 62% de los conflictos donde el divorcio aparece explícitamente se trata de problemas entre burgueses. Pero si se le suman los casos en donde un burgués o una burguesa están implicados, el porcentaje trepa a 81%. El burgués varón solo está al menos en un 68%. Como para graficar la conclusión, el obrero no aparece más que en un caso (6%), mientras que la obrera está al menos en dos, uno con obrero y otro con burgués (12%).

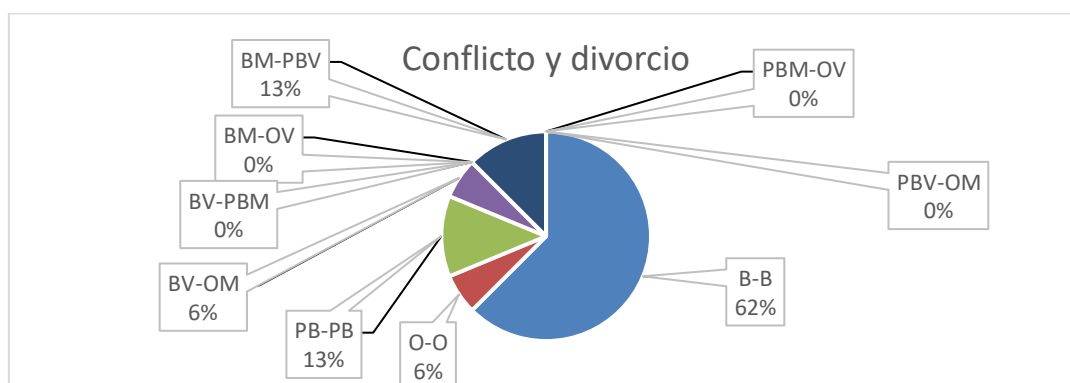


Gráfico 26 (Fuente: Base)

Si vemos ahora la valoración de los personajes, queda en evidencia quién es el principal responsable por los males del matrimonio indisoluble:

³¹⁸“Una mujer sin corazón”, LNS, n° 92.

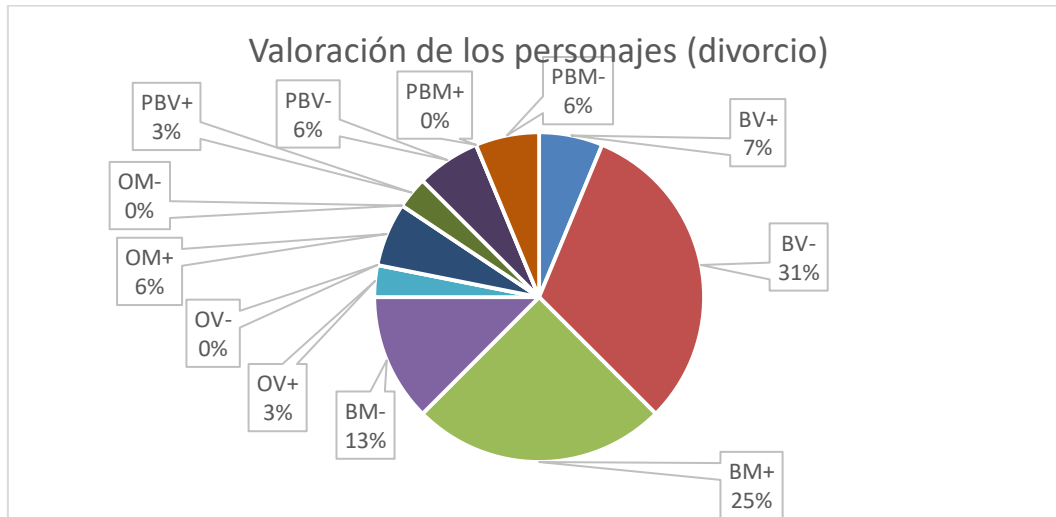


Gráfico 27 (Fuente: Base)

El personaje más negativo es el burgués varón (31%) frente a la burguesa (13%) mientras el más positivo es la mujer burguesa. Esto significa que la novela sanciona al varón, el beneficiado (aunque no siempre) de la situación. Está claro que *LNS* se manifiesta, en este punto, contra el patriarcado, que establece la propiedad de la mujer por el varón y, centralmente, dada la línea de clase, por el varón propietario más poderoso, el burgués. Se entiende, de este modo, por qué, salvo algunos casos específicos, que prueban que *LNS* se decanta siempre por el amor “libre”, el burgués varón está en contra del divorcio: es el instrumento central de dominación sobre la mujer. Es lo que le permite apropiarse de sus bienes y manejarlos a su gusto, haciendo imposible, además, el ser depredado, porque la legalidad burguesa patriarcal lo protege contra otros depredadores, ya sea castigando a la adúltera, forzándola al suicidio u obligándola a una vida de sumisión. Como veremos, los casos en los que el varón burgués es el que sufre por la imposibilidad del divorcio, no contradicen la regla según la cual *LNS* defiende el amor por encima de todo. Se trata de burgueses que expresan esa ideología del amor romántico y que muestran que los propios varones pueden ser víctimas del patriarcado.

Si excluimos ahora a los personajes no burgueses, nos queda un panorama más claro:

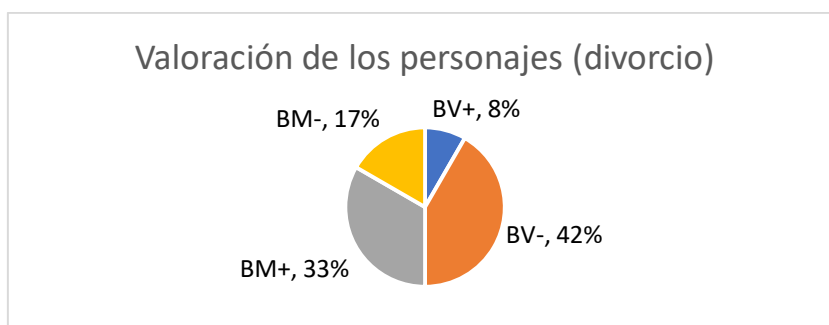


Gráfico 28 (Fuente: Base)

La “esclava” es la mujer burguesa, el esclavista es el burgués (al menos desde la óptica de los autores de *LNS*). Como dijimos, hay excepciones. Tal es el caso de “A cadena perpetua”, de Enrique Richard Lavalle o la ya mencionada “Ramo de pasión”.

Analizando ahora los tópicos implicados en estos conflictos (luego de eliminar todos los ítems que representan menos del 2%), notamos que el núcleo se encuentra en motivos sociales (prejuicios, matrimonio vs. amor, intereses económicos, diferencias de clase), con un acumulado de 45% de los casos, y en desórdenes de la conducta moral (*Infidelidad, Celos, Vicios*), con un 42%. Los problemas específicamente amorosos (*No correspondencia y Convivencia*), suman apenas un 10%.

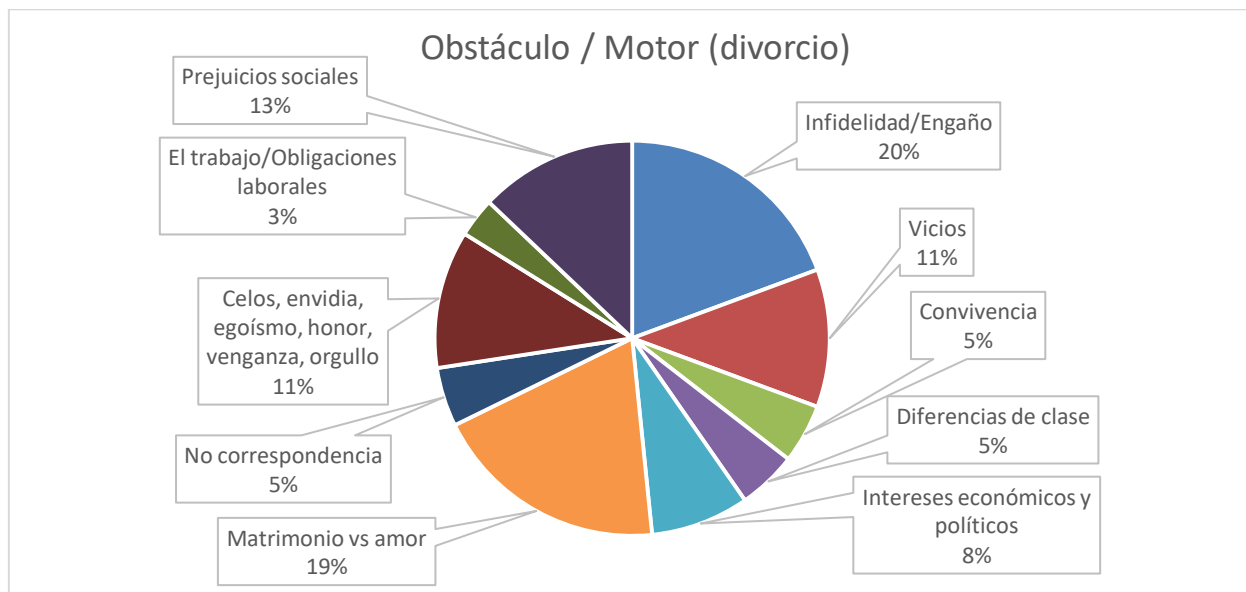


Gráfico 29 (Fuente: Base)

El tópico dominante en cada uno de estos conflictos, confirma lo que decimos:

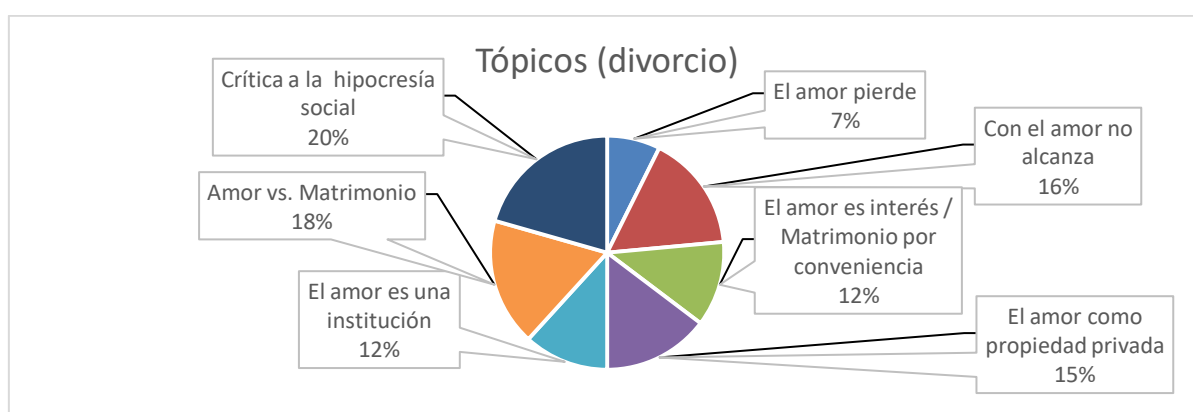


Gráfico 30 (Fuente: Base)

Aquí todas las formas de amor son críticas del amor burgués institucionalizado, atravesado por el dinero y la conveniencia, el amor hipócrita, el seudo-amor.

Veamos ahora, el perfil social de la *esclava*:

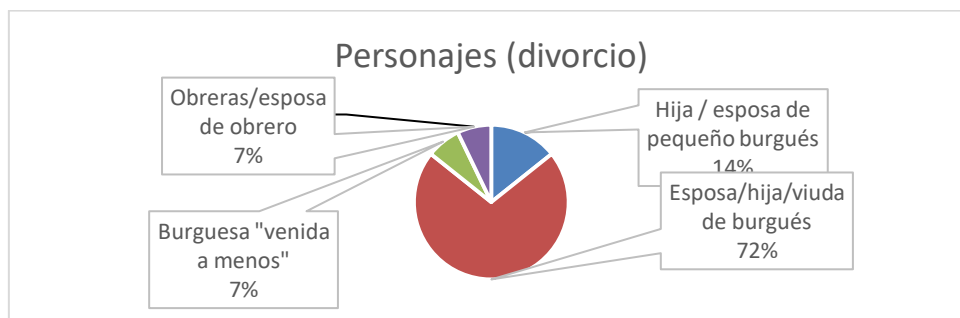


Gráfico 31 (Fuente: Base)

La *esclava* es, esencialmente, una mujer burguesa dependiente: esposa/hija/viuda de burgués (72%) o burguesa venida a menos (7%). En total, 79%. Le siguen muy lejos la mujer pequeñoburguesa y la obrera (14 y 7% respectivamente).

Con semejante orden social, estas historias no pueden terminar “bien”. No serían críticas si, después de detallar las consecuencias de esta “barbarie”, nos contaran un desenlace feliz:

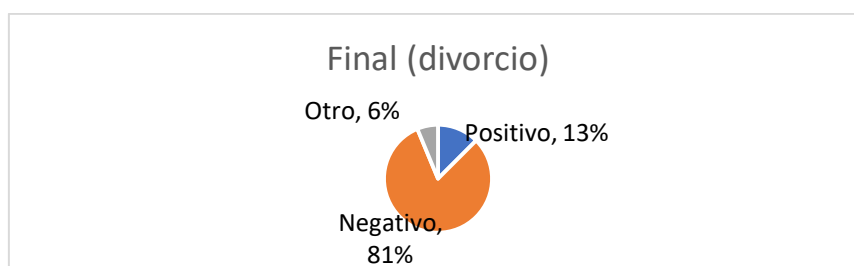


Gráfico 32 (Fuente: Base)

El tema del divorcio aparece también, dijimos, en forma indirecta. En particular, en todos aquellos casos en los que aparece los ítems *Amor vs matrimonio* y *Amor es una institución*. Veamos algunos casos más. Más arriba vimos el ejemplo de “El amigo de mi marido”, de Elsa Norton: la problemática de la mujer burguesa que encuentra su vida conyugal fracturada por la infidelidad de su esposo. En “El precio del triunfo”, el matrimonio que protagoniza debía haberse disuelto hacía mucho.³¹⁹ Carmen, la esposa, mantiene esa relación por puro *statu quo*, tanto económico-social (han logrado el ascenso de clase) cuanto de acomodamiento al *establishment* institucional (“el matrimonio no se desarma”) y la consecuente cotidianidad. Por su parte, Francisco Talmada, el marido gallego, no ama a su esposa, no puede amar a quien lo desprecia de este modo: “¡Si su marido en vez de ser gallego fuera inglés! Misia Carmen se desesperaba ante los gustos plebeyos de Don Paco. ¡Qué placer podía sentir al rozarse con aquellos amiguitos de ínfima condición, que le decían ‘Pachín’ y le hablaban en su pastosa y dulce lengua, hasta hacerle llorar de gusto!”

³¹⁹LNS, n° 109.

Otra mujer burguesa presa de su condición de esposa es la protagonista de “El derecho a la dicha”, de Josué Quesada, ya examinada en el capítulo anterior. Máximo, el esposo *sportsman* que no presta atención ni afecto a Clotilde, un buen día, en una de sus aventuras en globo, desaparece. La desaparición impide que pueda constatarse la muerte. Clotilde se enamora de un buen hombre, pero su amor no puede realizarse: “la sociedad egoísta la condenó porque no tuvo la paciencia de esperar los seis años que le marcaba la ley.”

Según estos números generales, tal como se desprende del siguiente gráfico, del total de conflictos (343), un 33% de los casos tiene como obstáculo/motor el ítem *Matrimonio vs Amor* y un 67% de ellos no contienen esa preocupación.



Gráfico 33 (Fuente: Base)

Esto significa que la preocupación por el problema del divorcio está presente en 1 de cada tres conflictos. Podemos preguntarnos ahora qué pasa cuando el ítem *Amor vs matrimonio* es separado de todos los casos en los que no aparece. Por ejemplo, qué otros tópicos coinciden cuando tomamos solo los conflictos en los que está presente este ítem. El resultado es el siguiente:

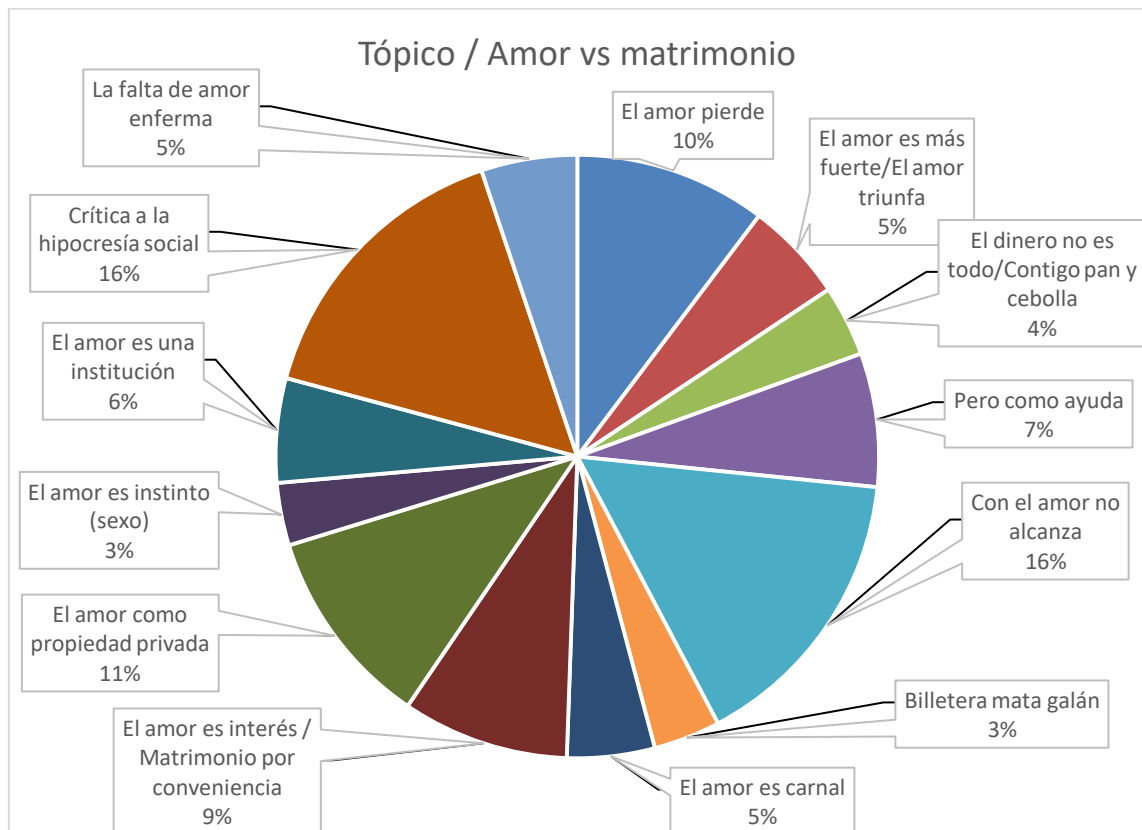


Gráfico 34 (Fuente: Base)

Los tópicos *Con el amor no alcanza*, *Crítica de la hipocresía social*, *El amor como propiedad privada*, *El amor es interés/matrimonio por conveniencia* y *El amor es una institución*, destacan con mucha fuerza del resto (58%). En estos casos, lo que se afirma es que el divorcio podría evitar el drama que van a vivir los personajes. El ítem también está asociado en forma fuerte con otros elementos que enfatizan el carácter negativo del matrimonio indisoluble cuando no hay amor: *El amor pierde* y *La falta de amor enferma y/o mata* (15%).

Cuando examinamos la composición de clase del ítem *Amor vs matrimonio* arribamos a conclusiones muy similares a las que obtuvimos más arriba cuando veíamos directamente los casos explícitos de divorcio. Comparando el Gráfico 26 con el 33, notamos que si bien el problema está menos centrado en la pareja burguesa (62% en el Gráfico 26 contra 36%, en el Gráfico 33), la presencia de la burguesía en este tipo de preocupaciones alcanza casi la misma magnitud (82% contra 74%, respectivamente), aunque la presencia del varón burgués se reduce un poco (68% contra 53%).

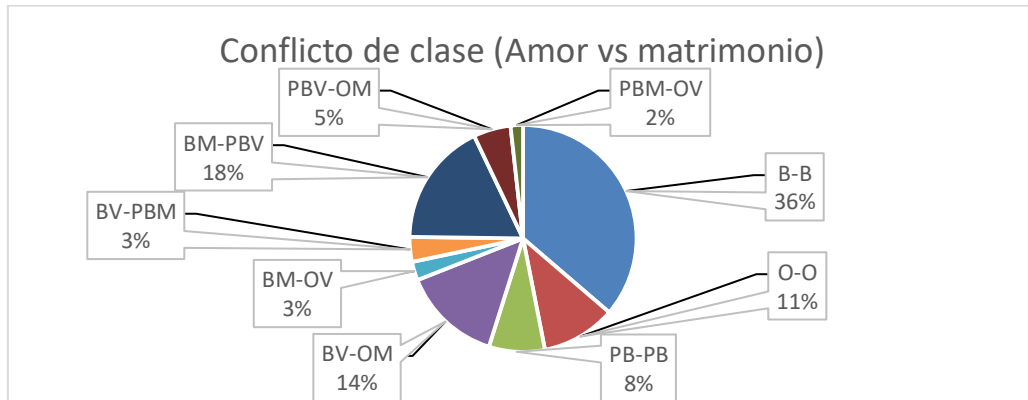


Gráfico 35 (Fuente: Base)

Si nos preguntamos ahora por la valoración de los personajes, la situación ha cambiado sustantivamente, sobre todo para el burgués. Ahora las calificaciones positivas superan a las negativas. Esta mejora del burgués varón se debe a que aparecen aquí muchas “víctimas” burguesas del “gran depredador”. Para el resto, el cambio no es tan sustantivo:

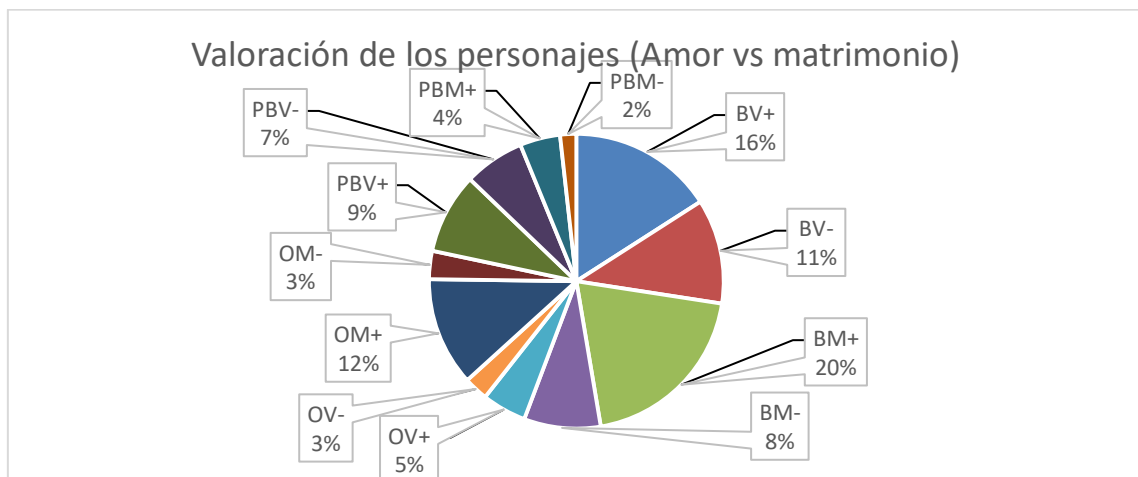


Gráfico 36 (Fuente: Base)

Las mujeres son siempre mejor vistas que los varones, como ya sucedía en la situación anterior en que examinábamos solo los divorcios explícitos. Se confirma, también, la poca relevancia, para bien o para mal, del obrero varón. Como la obrera es el objeto que circula preferentemente fuera de su clase, tiene aquí también una representación mayor, con el mejor diferencial a su favor de todos los personajes, incluidas las mujeres de las otras clases.

Confrontando todos los conflictos donde aparece este tópico con los obstáculos y/o motores de los mismos (excluyendo el obstáculo/motor correspondiente a *Matrimonio vs amor*) nos queda el siguiente panorama:

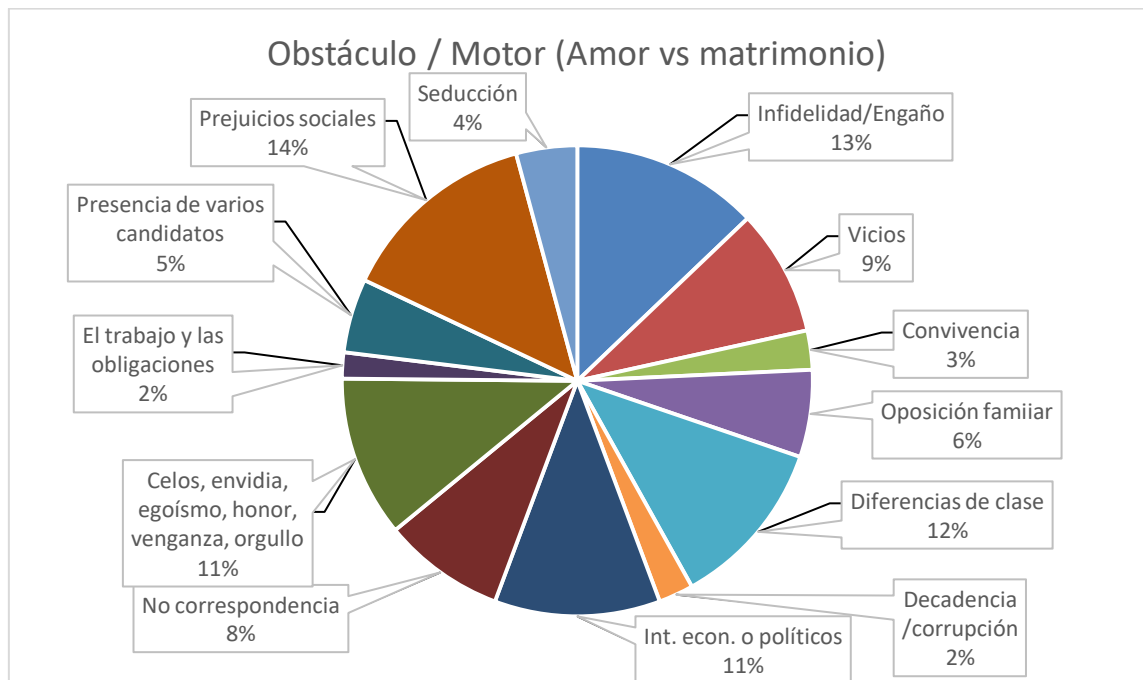


Gráfico 37 (Fuente: Base)

El resultado no es directamente comparable, porque hemos eliminado aquí un ítem que estaba presente en el gráfico anterior (*Matrimonio vs amor*). El peso de los motivos sociales (prejuicios, intereses económicos, diferencias de clase, oposición familiar), con un acumulado de 43% de los casos está primero, y los desórdenes de la conducta moral (Infidelidad, Celos, Vicios, Decadencia/corrupción), segundo, con un 35%. Hay un peso mayor aquí de los otros ítems relacionados con las dificultades puramente “amorosas” (*No correspondencia, Convivencia, Presencia de varios candidatos*), con un 16%, pero se trata de un guarismo siempre menor. En conjunto, se aprecia cuál es la concepción que *LNS* tiene del vínculo amoroso y cómo juzga la institución matrimonial: un hecho social que, en su indisolubilidad, atenta contra el sentimiento verdadero.

Si volvemos a quienes son los personajes involucrados en los conflictos en el tópico *Amor vs. Matrimonio*, vemos que el panorama tampoco diverge demasiado:

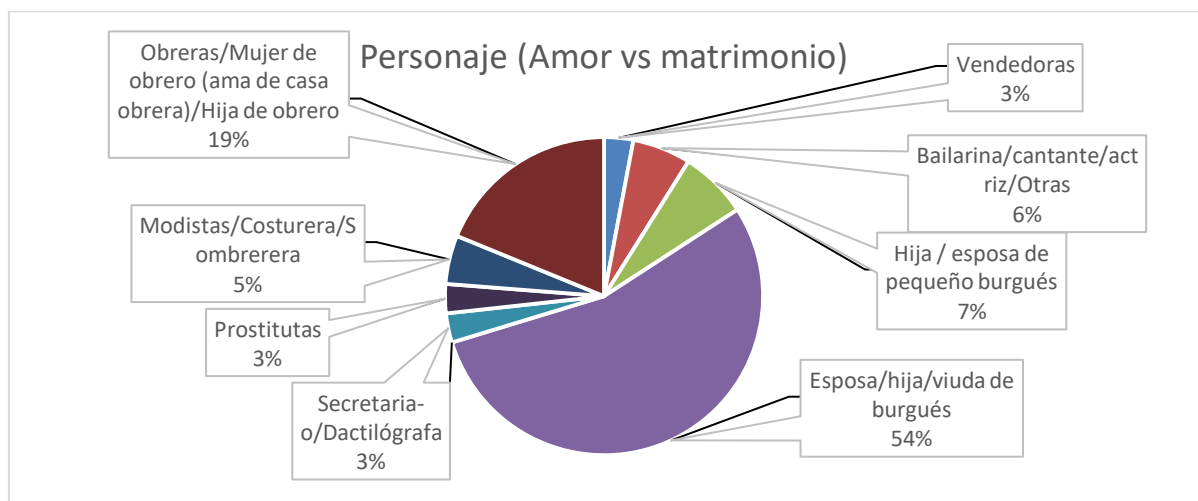


Gráfico 38 (Fuente: Base)

Habiendo eliminado las personificaciones que contienen entre 0 y 1% de los casos, el perfil de la “esclava” se modifica de modo apreciable para incluir a las mujeres obreras en mayor cantidad, pero el grueso de las sometidas al matrimonio indisoluble sigue siendo abrumadoramente burgués. No obstante, tiende a acercarse a la representación de cada personaje en el total, lo que refuerza la idea de que todas las mujeres tienen este problema.

Veamos, antes de la conclusión, cómo, precisamente, terminan estas historias:

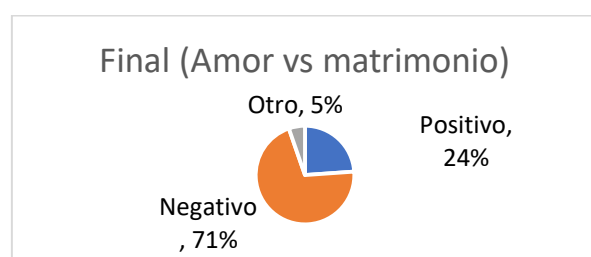


Gráfico 39 (Fuente: Base)

Aun con guarismos menores, el resultado sigue siendo negativo. El matrimonio indisoluble es la cárcel del amor. *LNS* es muy clara: tanto en forma directa como indirecta, no existirían los problemas que llevan a un final infeliz, si no fuera por la existencia de un vínculo posesivo y bárbaro.

Un examen parecido podemos hacer con el ítem *Amor como propiedad privada*. El análisis del contenido de clase de los conflictos en los que este ítem aparece resulta revelador:

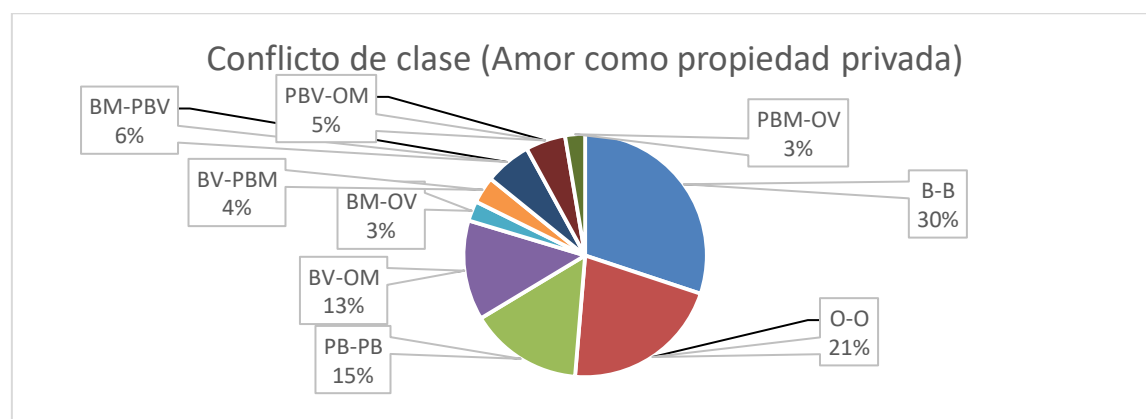


Gráfico 40 (Fuente: Base)

Lo primero que notamos es la preponderancia que en este ítem adquiere el conflicto intracase frente a aquel en que chocan las clases. Como si cada varón de cada clase dijera: “esta mujer es mía”. Lo más sugerente, sin embargo, es la confirmación de la existencia e importancia del “gran depredador”: el burgués varón aparece casi en tantos conflictos con mujeres de otra clase como su inmediato seguidor

en relación a las suyas (19% del burgués varón en relación a mujeres obreras (15%) y pequeñoburguesas (4%), contra 21% de obreros con obreras. A la inversa, la burguesa aparece en relación a otros varones en menos de la mitad de los casos (9%). El que la mujer burguesa aparezca en relación al varón pequeñoburgués en mayor cantidad de casos que la mujer pequeñoburguesa con el varón burgués es más bien un reflejo de lo poco importante numéricamente que es, frente al número dominante de burguesas.

Si nos preocupamos por la valoración de los personajes, el escenario muestra ahora una situación muy pareja. Un síntoma, sin dudas, de que todas las clases y ambos sexos tienen en común la ideología de que el amor consiste en la propiedad privada de otra persona; en suma, el progresismo de *LNS* llega hasta la monogamia (no alcanza a propuestas como la de *amor libre* anarquista, por ejemplo) y no supera los límites que impone el capitalismo. *LNS* plantea esta crítica social, al mismo tiempo que exige una serie de medidas progresistas que aligerarían la vida cotidiana de las masas.

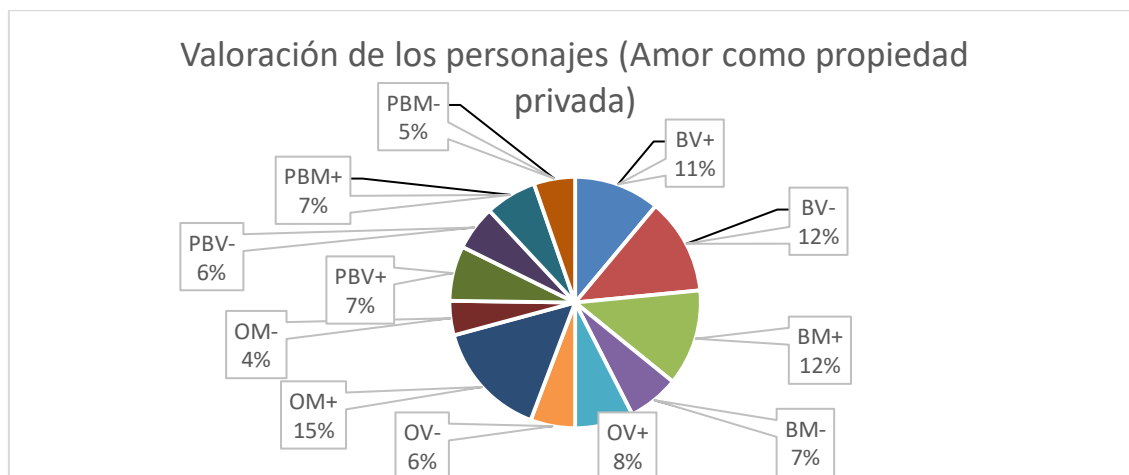


Gráfico 41 (Fuente: Base)

Los motores principales de estos conflictos donde aparece el tópico que examinamos revelan nuevas cuestiones:

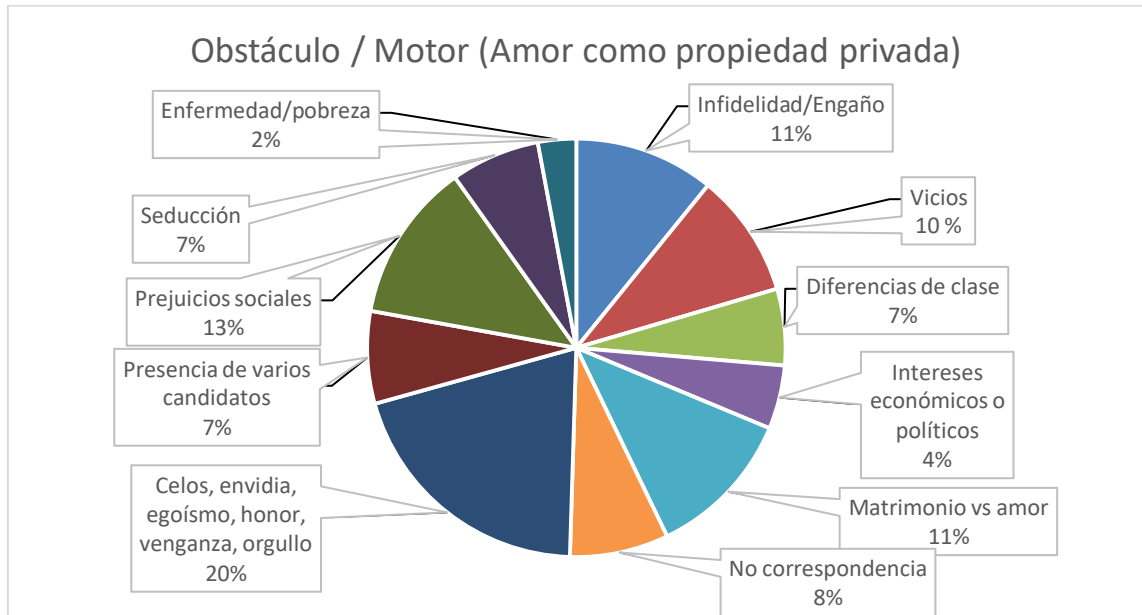


Gráfico 42 (Fuente: Base)

Aquí cruzamos los obstáculos/motores con el tópic *Amor como propiedad privada*: el ítem *Celos, envidia...* ocupa, por sí mismo, casi el doble de espacio que cualquiera de los otros obstáculos que le siguen numéricamente (*Prejuicios sociales, Infidelidad, Matrimonio vs amor*). Si vemos en qué personajes está afincado este ítem (sacando todos los casos entre 0 y 1%), tenemos la misma “democracia” conceptual:

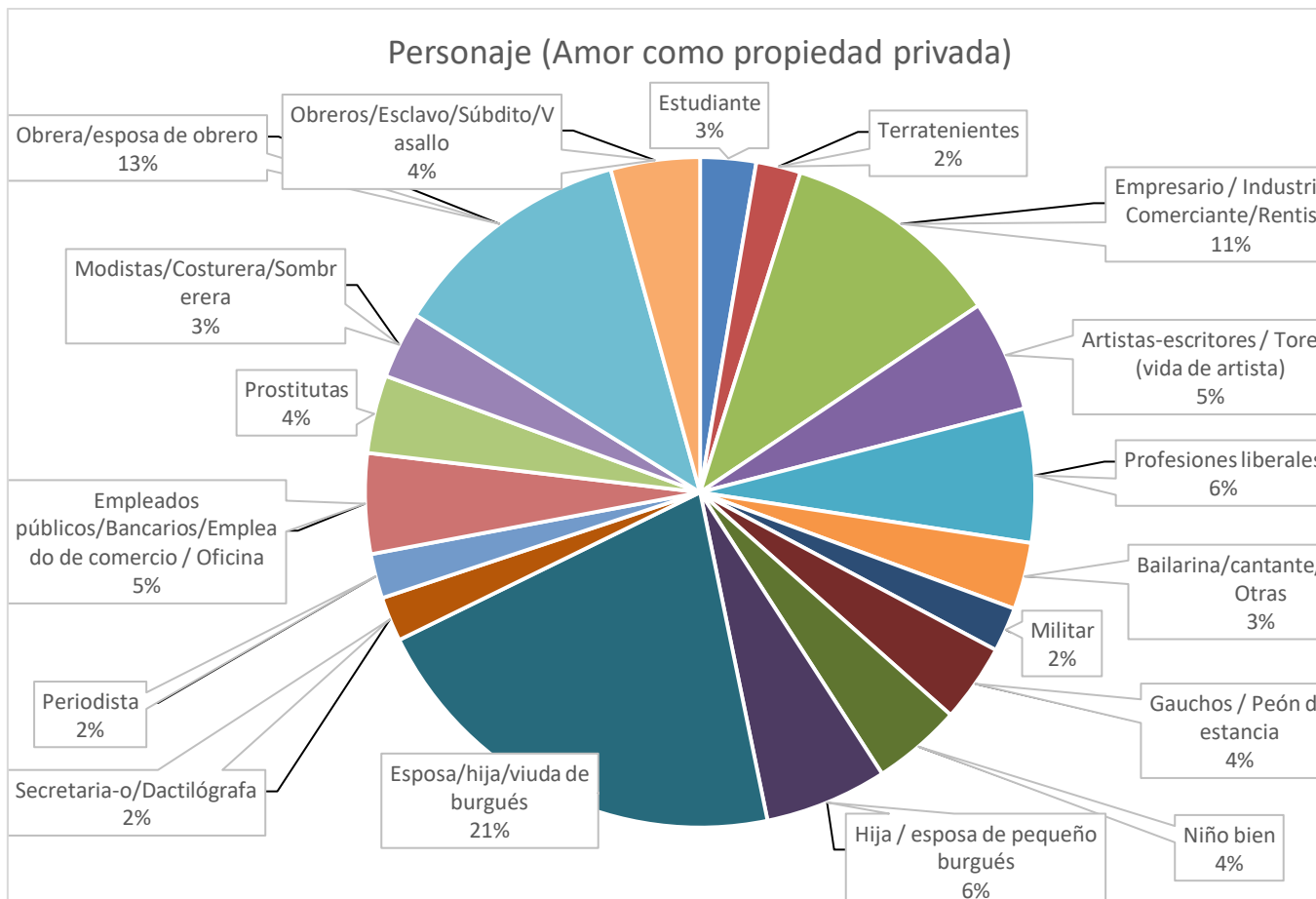


Gráfico 43 (Fuente: Base)

Como se ve, el peso de las mujeres dependientes de la burguesía y la pequeña burguesía es alto, pero todos los personajes, masculinos y femeninos, ocupan algún lugar aquí. Lo que significa que el patriarcado permea a toda la sociedad de clases y no es propio de ninguna clase o capa social específica. El vínculo entre *Amor como propiedad privada* y el obstáculo *Infidelidad/engaño* demuestra lo mismo:

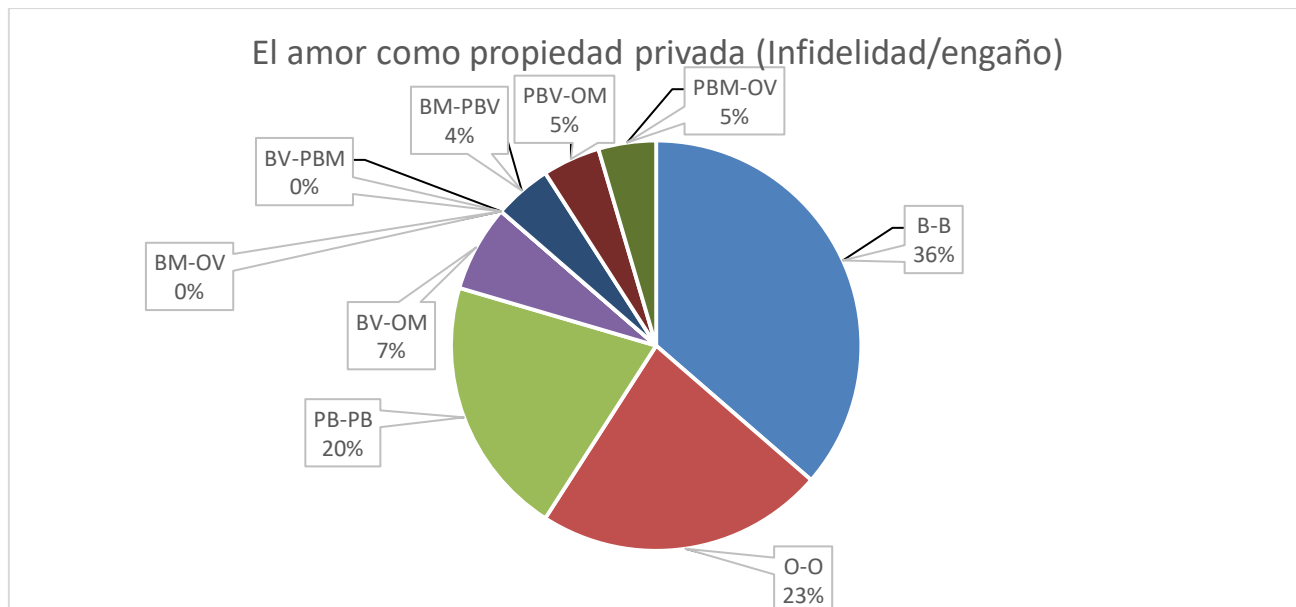


Gráfico 44 (Fuente: Base)

Si aislamos los casos en los que el tópico *Amor como propiedad privada* adquiere su mayor intensidad, es decir, aquellos en los que coincide con el tópico *Amor vs Matrimonio* y con el obstáculo/motor *Matrimonio vs Amor*, el resultado es muy similar al anterior, salvo por el hecho que el *locus* principal de esta relación es con más intensidad el conflicto intraburgués, lo que resulta coherente con la importancia que la propiedad privada reviste para la burguesía.

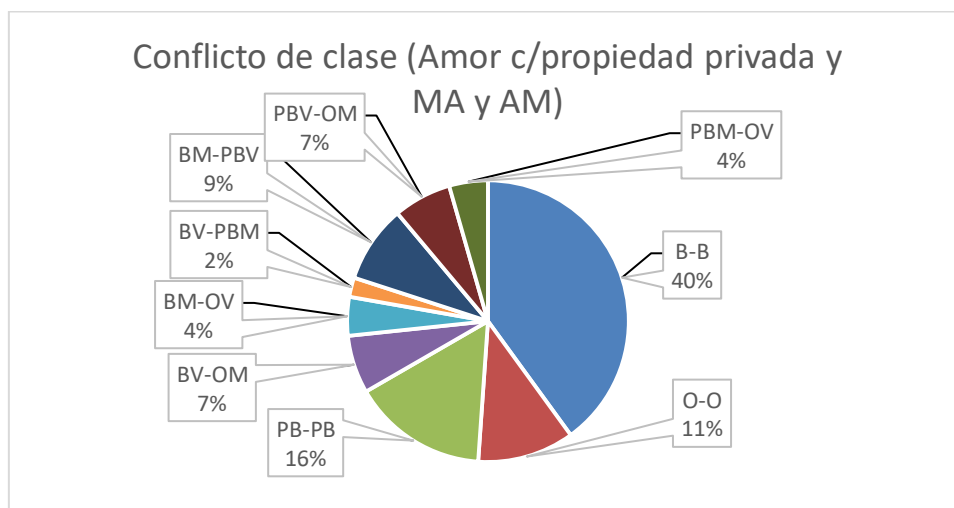


Gráfico 45 (Fuente: Base)

Si hacemos el mismo ejercicio con los personajes, veremos que aquí también la mujer burguesa dependiente, junto a la pequeñoburguesa dependiente, tiene una presencia sobresaliente, pero que adquiere relevancia otro personaje, que podríamos denominar el “buen amante” (“Artistas, Escritores, Toreros”, “Profesiones liberales” y “Empleados públicos, bancarios, etc”, con un 27%) que no es otro que el *alter ego* del escritor pequeñoburgués. (Gráfico 46)

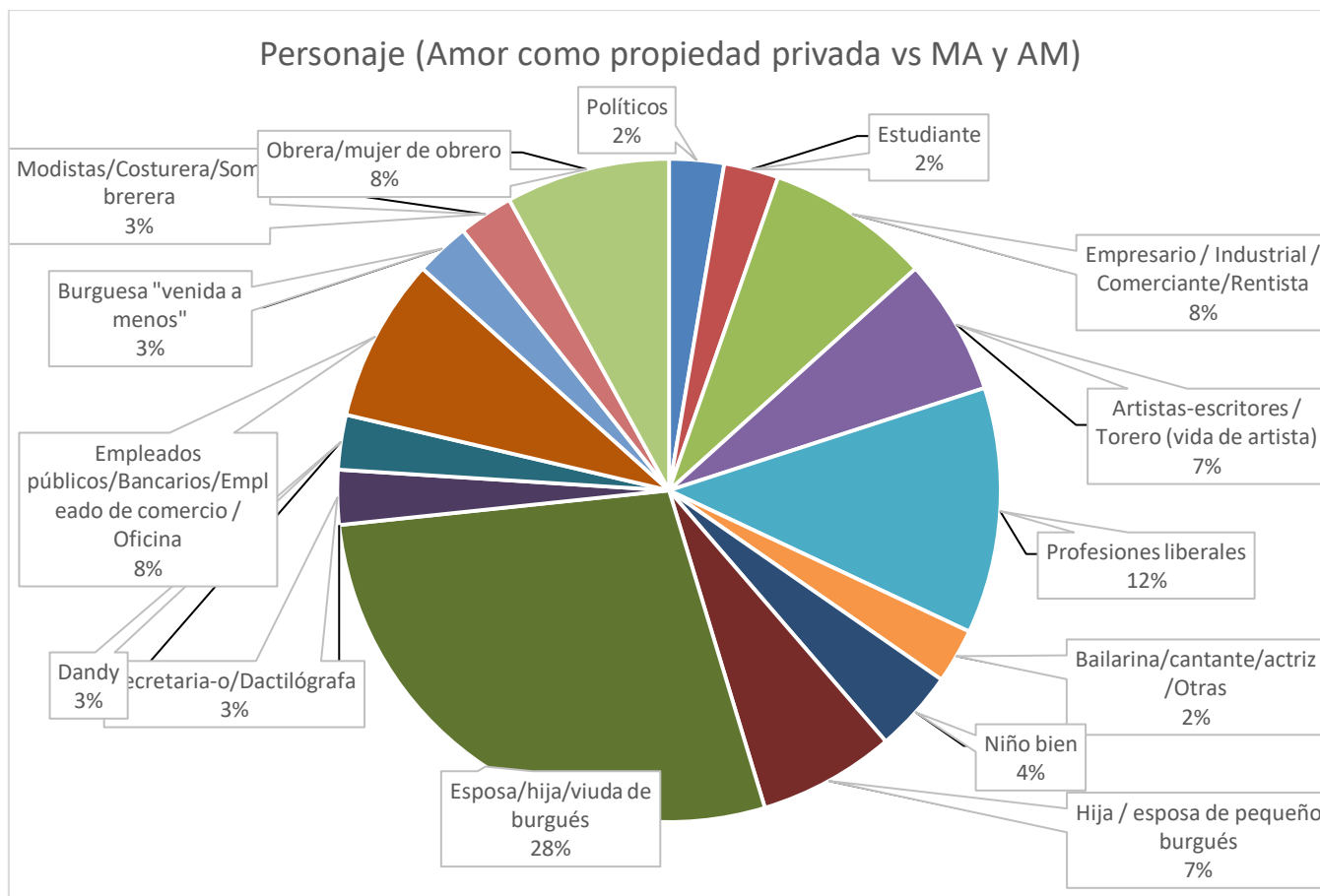


Gráfico 46 (Fuente: Base)

Si quisiéramos resumir la problemática del divorcio en *LNS* diríamos que su ausencia genera un conjunto de dramas en los cuales el amor, tal como el corpus lo define (puro, sin intereses espurios, espontáneo, etc.), sale perdiendo. Esto significa una *crítica* y no una reafirmación de los valores sociales. Al mismo tiempo, se consagra al varón como el principal beneficiario de tal situación y se considera que perjudica sobre todo a las mujeres. No obstante, del conjunto de los varones, el burgués aparece como más beneficiado que el resto, mientras el varón pequeñoburgués resulta ser el más perjudicado de su género porque, como veremos más adelante, el titular del amor, el amante por excelencia, es el escritor pequeñoburgués. El divorcio es la llave para la liberación del objeto preferente de su amor, la mujer burguesa. Como sea, el programa de *LNS* postula la legalización del divorcio y, por ende, la devaluación de la institución matrimonial en su giro hacia un sentido puramente laico.

4. El bien deseado

Si examinamos el bien que los personajes buscan en sus conflictos, nos encontramos con que es mayoritariamente el amor. En el 69% de los casos, este sentimiento es el objeto perseguido. Ello no solo confirma una vez más el carácter sentimental del corpus, sino la concentración en aquello que resulta un obstáculo para su realización. En efecto, los otros bienes deseados por los participantes del conflicto amoroso son el sexo y el capricho (14%), el interés económico y otros elementos ligados (9%) y la seguridad y la necesidad (6%).

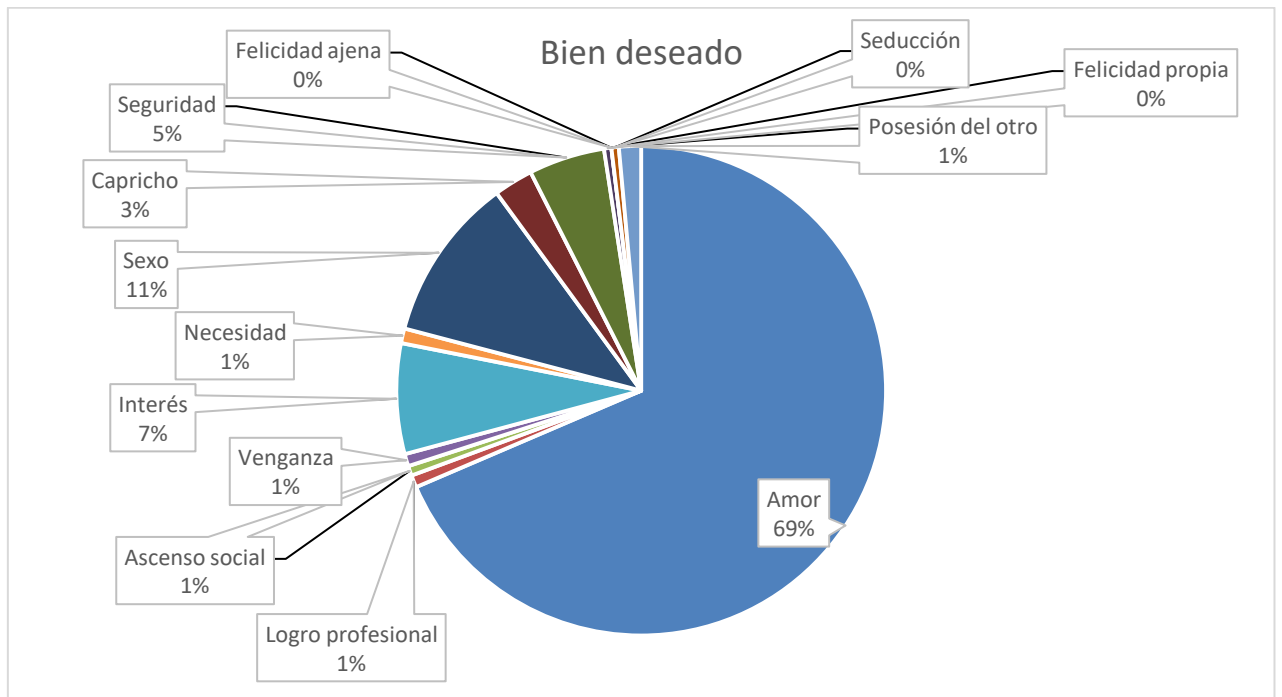


Gráfico 47 (Fuente: Base)

En el siguiente gráfico podemos ver cómo les va a los personajes en la prosecución de su interés. En general, el mayor porcentaje de casos corresponde a la sanción (S) del personaje, es decir, que no consiguió lo que buscaba.

Cuando el bien deseado es el amor, el porcentaje de sanción y premio es el siguiente:

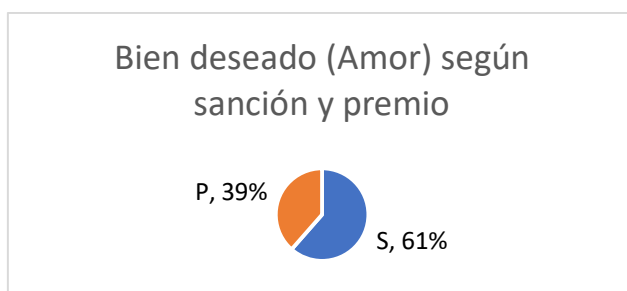


Gráfico 48 (Fuente: Base)

Esto confirma que *LNS* no es una novela “rosa”, en tanto las historias “felices” alcanzan un porcentaje elevado (en el 39% de los casos, el personaje resulta premiado, es decir, consigue el bien deseado), pero las que no lo son casi las duplican. Nos resta ver quién lo consigue y quién no.

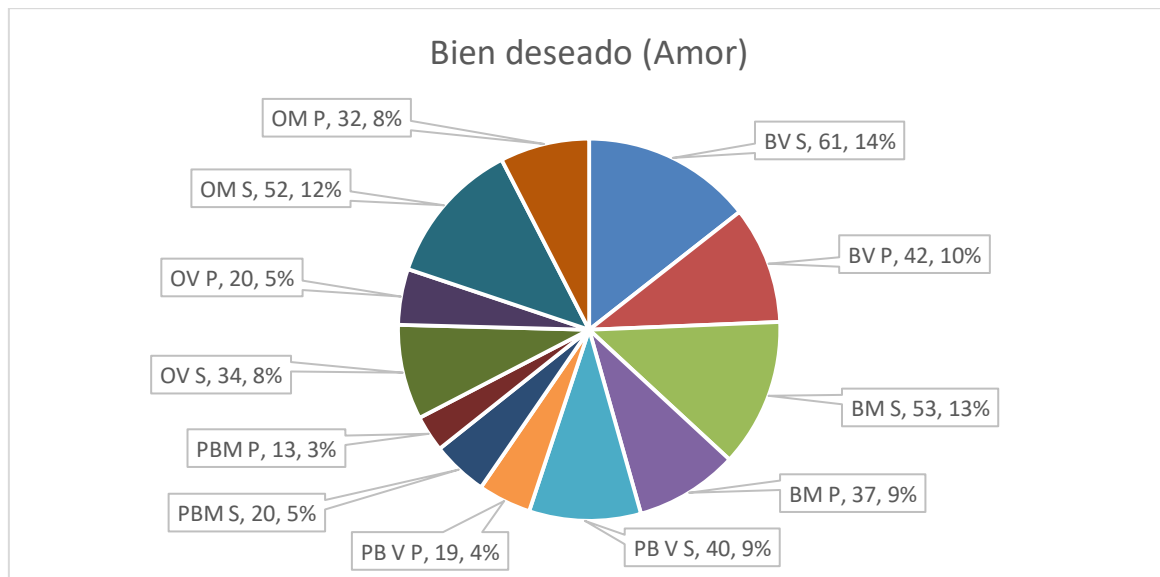


Gráfico 49 (Fuente: Base)

Todos los personajes son más sancionados que premiados y no hay, en este punto, mayores diferencias entre las clases y los sexos. En todos los casos, salvo uno, el varón pequeño burgués, el “premio” alcanza entre el 60 y el 70% de la magnitud de la “sanción”. En cambio, en el caso del varón pequeño burgués, esa magnitud se ubica veinte puntos más abajo, en torno al 40%. Recordemos que el varón pequeño burgués fue establecido previamente como el *alter ego* del escritor. ¿Dice algo sobre la imagen que de sí mismo tiene el productor? Sí, y mucho: su propensión a colocarse en el lugar de la víctima, del héroe romántico que sufre. Puede interpretarse también como la voluntad de identificación del varón pequeño burgués con la suerte de los obreros, es decir, de la alianza que busca con ellos. Él no es un enemigo, el enemigo es el varón burgués.

Vimos que hay en el corpus otros bienes deseados. El del interés económico, por ejemplo. El Gráfico 50 nos dice que los obreros reciben un castigo mayor que los burgueses cuando buscan el interés económico. En el primer caso, la razón entre unos y otros va de tres (mujeres obreras) a 4 (varones). En el segundo, de casi 1 a 1 (mujeres) a 2 a 1 (varones burgueses). También por sexo: los varones tienden a ser más castigados que las mujeres. Esto, obviamente, se relaciona no solo con el mayor poder social (clase), sino con el hecho ya establecido de que son las mujeres las que circulan entre varones y no a la inversa. El corpus estaría señalando que el deseo de ascenso social o de mejora de la situación material no sería tan mal visto entre las mujeres. Aunque también podría estar señalando cierta concepción de la mujer como poseedora de habilidades y “tretas del débil” (Ludmer 1985), que le permitirían obtener la

victoria en las lides “amorosas”. El caso de la pequeña burguesía resulta parcialmente divergente, en tanto el pequeñoburgués es más premiado que sancionado, pero dado que se trata de cantidades despreciables de casos, no resulta relevante. La pequeñoburguesa, por el contrario, cumple con más holgura con la norma aquí detectada: siempre que busca el interés económico lo consigue.

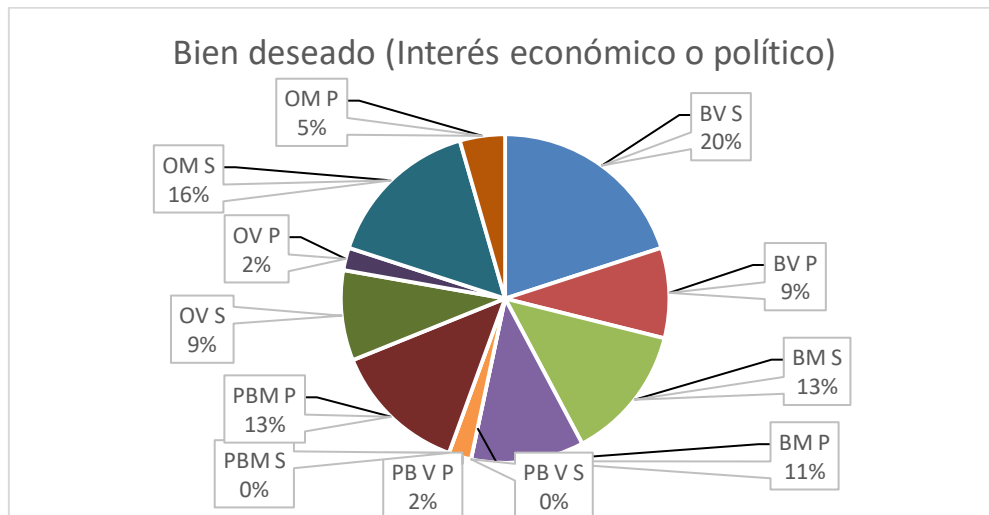


Gráfico 50 (Fuente: Base)

La situación es distinta cuando el bien deseado es el sexo y/o la diversión. En este caso, el lugar de la mujer se invierte.

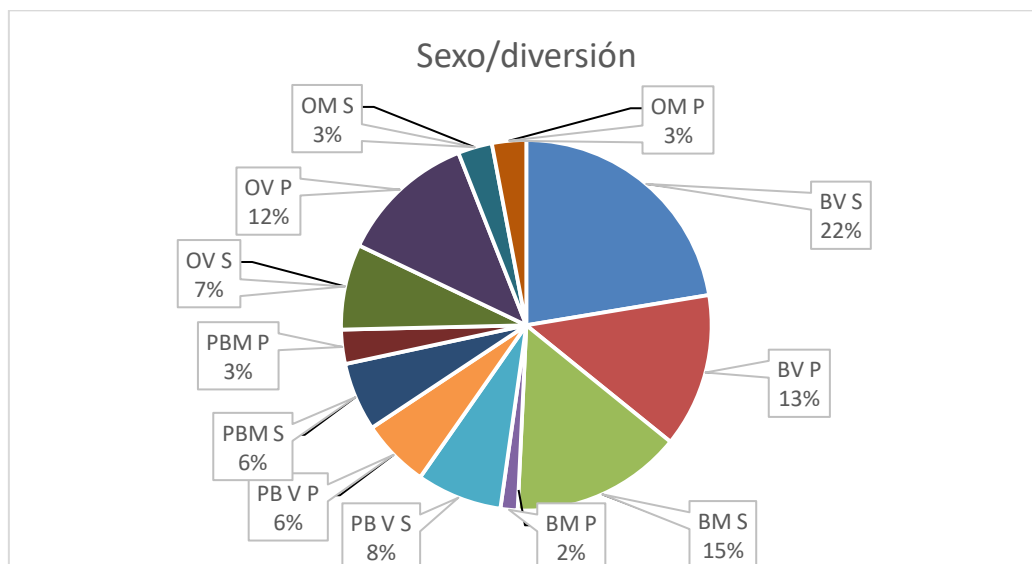


Gráfico 51 (Fuente: Base)

Efectivamente, en general, los hombres son premiados en una cantidad de veces mayor que las mujeres en relación a las sanciones que reciben. Esta situación se magnifica en el caso de los obreros en relación a los otros varones, y de las obreras, en relación al resto de los varones y mujeres. De todos modos, esto último puede deberse a una deformación estadística dado el exiguo número de casos (2). Si

excluimos estos casos, nos queda clara la regla: el sexo y la diversión se castigan en la mujer y suelen premiarse en los varones. No obstante, eso no significa que la consideración final deba ir en este sentido. La mayoría de los casos de este ítem incluye una condena por parte de la producción, en tanto, siguiendo la lógica dominante en el corpus del amor como valor central, perseguir la sexualidad en lugar de los sentimientos aparece como un disvalor. En ese sentido, un burgués “premiado” por sexo suele incluir una sanción valorativa: un burgués que arruinó la vida de una muchacha obrera que se había ilusionado con el amor puede obtener lo que buscaba (sexo), pero eso no significa que su conducta sea apreciada positivamente. En el caso de los obreros sucede algo semejante: su “éxito” sexual está ligado a la barbarie.³²⁰

Cuando el bien deseado es el capricho o el esnobismo, la realidad se presenta concentrada en la figura de la mujer burguesa. Ya sea sancionada o premiada, el 75% de los casos le corresponde. Este es el único dato que importa aquí. El resto está representado por muy pocos casos (1 o 2) y carece de valor estadístico. ¿Qué nos dice esta presencia dominante de la mujer burguesa en este ítem? Que estamos en presencia de una mujer con poder, que lo ejerce como modo de dominación genérico. Si bien esta mujer en apariencia “independiente” es preponderante en el ítem, se trata solo de 12 casos del total de mujeres burguesas en el corpus. Es decir, la “caprichosa” es una minoría absoluta en el mundo de la mujer burguesa. Y casi siempre su actitud es sancionada. El “capricho” es, también, un disvalor y ocupa, más o menos, el lugar que el sexo en relación al varón burgués, aunque con mayor magnitud de “castigo”. Algo así como “la mujer burguesa no solo debe ser buena sino también parecerlo”.

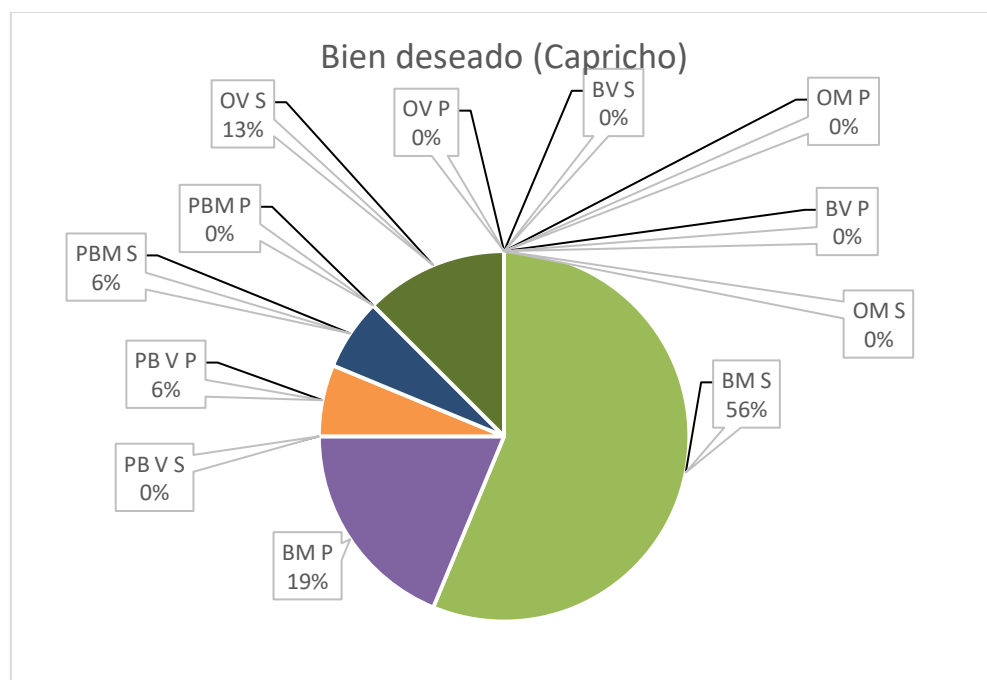


Gráfico 52 (Fuente: Base)

³²⁰Casos como este aparecen en “Una girl”, de Agustín Remón (*LNS* n° 40) y “La audaz”, de Ramón Estany (*LNS* n° 120).

Si el bien deseado es la seguridad, la costumbre o la comodidad, es decir, el amor visto como resolución de problemas materiales y/o sociales, pero no interesado en sí mismo, vemos que la moral dominante en el seno de la burguesía suele ser pareja entre burgueses y burguesas. Eso, en general, en el corpus se ve mal. Al resto del mundo, por lo general, le va mal, salvo al varón pequeño burgués.

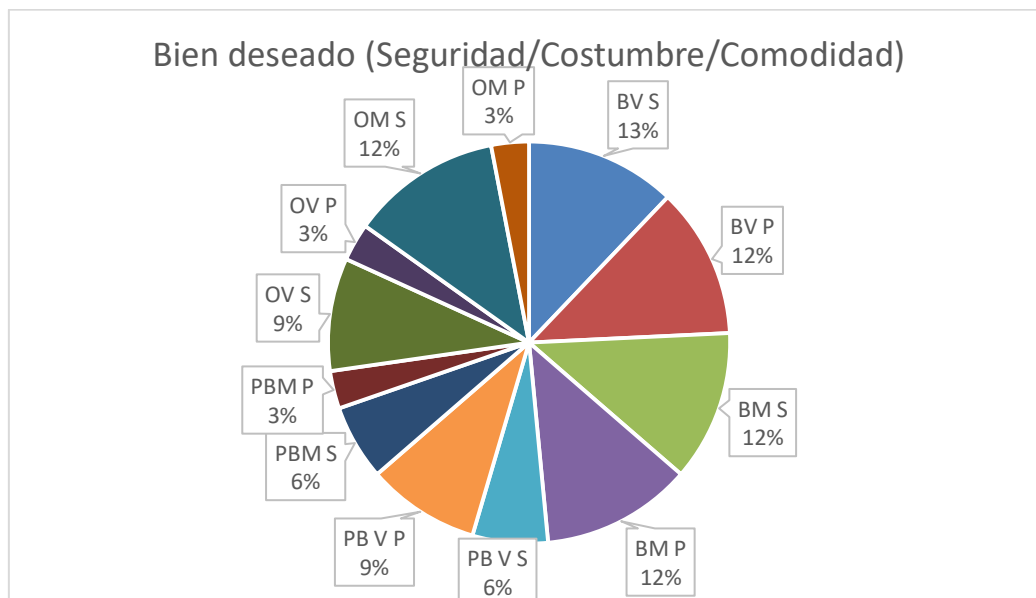


Gráfico 53 (Fuente: Base)

La estructura de la historia que cuenta *LNS*

Podemos, ahora, resumir, al modo de Propp, cuáles son los personajes y cuál es la estructura de la historia que cuenta *LNS*. Es decir, si abandonamos el mundo fenoménico (cada novela tomada por separado) e intentamos reducir la miríada de personajes a un conjunto limitado de “actantes”, ¿con qué nos encontraríamos? Primero, con una figura central: el Gran Depredador, corporizado por el burgués varón. En segundo lugar, su contraparte, la Inocente Absoluta, la mujer obrera. El tercero en discordia es aquí el Buen Amante, el escritor pequeño burgués. Por último, la otra cara de la mujer: la Gran Dependiente. Están ausentes de esta historia la mujer pequeño burguesa y el varón obrero. Si limitamos aún más la estructura a su forma más sencilla, aquí dos varones, el “malo” y el “bueno”, se disputan un objeto, que no es otro que la mujer, bajo sus dos personificaciones. El Buen Amante lucha por la Gran Dependiente/Inocente Absoluta contra el Gran Depredador. En esa lucha, el Buen Amante puede encontrar auxilio en varones obreros, pero el protagonismo es claro, porque el escritor pequeño burgués es el director de esa alianza contra el poder social. Representa la fuerza del amor contra el poder del dinero, o lo que es lo mismo, el amor contra el capitalismo.

¿Qué podemos concluir de este largo análisis acerca del programa de *LNS*? Dijimos que un programa es la enunciación de los propósitos de una voluntad dada. Aquí, el escritor pequeño burgués es el titular de esa voluntad. Es la expresión de una alianza popular: el escritor pequeño burgués batalla

contra el poder del dinero en defensa de su derecho al acceso a todas las mujeres (incluyendo a la mujer burguesa) y en defensa de la mujer obrera. Dicha alianza une a obreros y pequeñoburgueses con una orientación política centro-izquierdista que se expresa en un programa democrático-popular.

Capítulo 9

La dirección

Un programa puede ser explícito o implícito. Es explícito cuando se enuncia como tal, ya sea bajo la forma de proposición concreta, ya de una preceptiva que se pretende “necesaria”, ya de una narrativa que se pretende “ejemplar”. Todo programa tiene una presencia difusa y otra concentrada. La primera obedece a una lógica de la ubicuidad y la repetición: encontraremos aquí y allá, desparramados y sin lógica evidente, una serie de temas que se repiten. La estrategia elegida en los capítulos anteriores ha buscado lidiar con este tipo de presencia. Sin embargo, el programa puede aparecer concentrado en dos tipos de textos: los abiertamente programáticos, es decir, los que exponen conjunta y sistemáticamente las ideas rectoras de la acción que se pretende; y los que dan un rodeo para hacerlo menos explícito, pero no por ello menos sistemáticamente. Estamos hablando de textos programáticos y de novelas de tesis.

En general, quienes se orientan a la producción de ambos tipos textuales suelen tener vocación de hegemonía sobre el conjunto del corpus en el que se insertan. Cuando alguien desarrolla explícitamente un programa, estamos en presencia de una dirección, es decir, de un personal político/intelectual que ordena la tarea, fija sus métodos y objetivos. ¿Qué es la dirección?:

“En toda sociedad de clases, lo primero que se separa es la función de dirección de la de ejecución. En eso consiste, en ultimísima instancia, el poder: en dirigir el trabajo ajeno. [...] existen diversas formas de dirección. Dirección técnica: toda clase requiere especialistas en sus diferentes funciones, desde las militares a las industriales. Es la primera dirección que se desglosa y da lugar a las figuras del guerrero, el ingeniero y el escriba. La segunda es la dirección política [...]. El último desdoblamiento construye aquellas figuras más cercanas al sentido común sobre el intelectual y que corresponden a la dirección moral: el cura, el periodista, el filósofo. Si la primera es una dirección de personas a través de cosas, si la segunda es la dirección de personas a través de personas, la tercera es la dirección de personas a través de ideas. [...] la función intelectual se reparte a lo largo de todo el edificio social y no solo en las alturas.” (Sartelli 2006)

La dirección moral, de eso trata, entre otras, cosas la literatura, es la dirección de personas a través de ideas. Los textos programáticos y las novelas de tesis cumplen acabadamente con esa función: decirles a los demás lo que deben hacer (que lo consigan, es otra cuestión, aquí destacamos la existencia de una voluntad de dirección). En ambos casos, la necesidad y el valor pedagógico se fundamentan generalmente en relación a las ciencias. Los textos programáticos suelen fundamentarse en conocimiento

reconocido, validado institucionalmente. Las novelas de tesis comparten, hasta cierto punto, determinadas características de la ciencia ficción.

En efecto, la relación entre el discurso científico y el discurso ficcional puede adoptar diversas formas de articulación. Una de las más corrientes es la de la *ciencia ficción* o *ficción científica*, género literario en el cual los enunciados de ficción son validados intratextualmente a través de una serie de recursos. El discurso literario se vale de un respaldo metodológico que se conoce como garantía científica. De allí que la *ciencia ficción* sea un género literario en tensión con lo no ficcional, pero que toma de esa misma tensión su efecto de verosimilización. Este efecto puede lograrse por medio de la extrapolación de un paradigma científico (o de datos aislados de ese paradigma) a una realidad diferente o de la extrapolación de conflictos (problemáticas sociales y políticas de una época determinada) a otro espacio o tiempo diferente. El enunciado contrafáctico, el que no puede comprobarse en la realidad, que se propone como posible o fáctico en la ciencia ficción, suele estar justificado con una teoría científica extrapolada.

Ciertamente, el *locus classicus* de la relación entre ciencia y literatura es la ciencia ficción.³²¹ Sin embargo, tal consideración resulta en un recorte arbitrario. En efecto, la relación entre ciencia y literatura suele restringirse en ambos campos: del lado de la literatura, al género de ciencia ficción; del lado de las ciencias, a la física, la astronomía, las consideradas tradicionalmente (no sin cierto prejuicio) como *ciencias duras*. Sin embargo, la literatura suele recurrir a la ciencia también en el análisis social. Es frecuente que consideraciones de orden sociológico sean utilizadas como soporte del discurso literario. En la medida en que otras ciencias puedan abonar a la sociología, como es el caso de la biología, esta se incorporará a la literatura de manera mediada. El principal ejemplo de esta articulación entre literatura y ciencia, más allá de la ciencia ficción, es el de la novela de tesis, vinculada por lo general, a la sociología positivista del siglo XIX, más o menos influenciada por el evolucionismo o el darwinismo social.³²² Surgida al calor del realismo y del naturalismo, la novela de tesis exhibe entre sus principios una postura pedagógica del arte: tanto el teatro como la novela de tesis se plantearon, de manera deliberada, la producción de ficciones a los efectos de criticar, de poner en cuestión, de hacer tomar partido, de enseñar a los receptores qué errores sociales estaban cometiendo y, en todo caso, cómo debían (o podían) ser reparados. En esos textos predomina la idea sobre la acción o, por mejor decir, la acción sirve de ejemplo para la idea. El propósito no solo es docente, sino también polémico: el autor combate por sus ideas y mueve a sus personajes a los efectos de demostrar su tesis. De Ibsen a Payró, en el teatro, y de Zola a Cambaceres, en la novela, las *tesis*, cuyo denominador común es la crítica y el análisis social

³²¹Ejemplo de este género en el corpus son “La psiquina”, Ricardo Rojas, n° 6; “Homúnculus”, Pedro Angelici, n° 58, o “La ciencia del dolor”, M. R. Blanco Belmonte, n° 153.

³²²Ejemplos: “El instinto”, n° 10; “La voluptuosidad del poder”, n° 20; “El hambre”, n° 43; “La suerte”, n° 62; “El miedo”, n° 88; “Una mujer imposible”, n° 100, y “Una voluntad extraña”, n° 179. Todas de Pedro Sonderéguer. También “Hipódromo”, de Mario Bravo, n° 27.

con efectos didácticos, pueden abarcar programas políticos de izquierda (socialismo, juanbejustismo) o claramente reaccionarios, oligárquicos y xenófobos (como el de Cambaceres o el de Julián Martel).

En el corpus de la narrativa de circulación periódica entre los años 1917 y 1922, particularmente en la colección de *La Novela Semanal*, la presencia de novelas de tesis y de textos teóricos sobre lo sentimental revelan, más que una postura políticamente conservadora, una gran disputa en torno a los sentimientos: el amor es terreno de batalla política, es un escenario más del recrudecimiento de la lucha de clases. De allí que la presencia de textos que hacen explícita su posición política (novelas de tesis) y de textos teóricos que discuten los fundamentos del objeto en cuestión, los sentimientos, contribuye a poner en evidencia el carácter político de las novelas sentimentales. Los textos de contenido teórico exhiben explícitamente su carácter programático y de ordenador de la discusión del conjunto del corpus.

Luego de examinar el contenido programático implícito de *LNS*, es posible detectar un conjunto de autores que expresan ese programa explícitamente, bajo alguna de las dos formas señaladas. Esos autores son los que aquí denominamos “dirección” moral del corpus. El único autor que provee de textos abiertamente programáticos es José Ingenieros. Su programa se manifestará en las novelas que se preguntan cómo es posible amar en la sociedad de clases. En este caso, quienes mejor expresan el programa de Ingenieros, no sin matices, son César Carrizo, Josué Quesada, Héctor Blomberg y Juan José de Soiza Reilly. Pedro Sondereguer, Belisario Roldán y Marcelo Peyret expresan otras perspectivas programáticas, que serán examinadas aparte. Como veremos, Ingenieros establece el *pathos* principal de la colección. Como veremos también, las perspectivas dominantes del amor en *LNS* no se diferencian demasiado de las examinadas en el capítulo correspondiente a las “teorías” sobre el amor: podríamos decir que, con matices y diferencias, el corpus examinado es mayoritariamente “helleriano”, aunque no faltan las variantes biologistas (Sondereguer) y aristocráticas (Peyret).

Antes de avanzar, una aclaración. Como hemos mostrado en los capítulos anteriores, es posible detectar una línea dominante, que, de alguna manera, en su repetición, implica, de hecho, más allá de la conciencia de los editores, una voluntad de incidir en un debate. A eso llamamos “programa” y “dirección”. Hemos visto que esa voluntad tenía éxito porque coincidía con el clima ideológico dominante. Que *LNS* constituía uno de los focos del debate, es algo aceptado incluso por Beatriz Sarlo, cuyo juicio sobre el conjunto del fenómeno tiende a resultar uniforme en tanto todas serían “conservadoras”. Sin embargo, la misma Sarlo acepta que *LND* era, de algún modo, la contracara ideológica de *LNS*. Es decir, que esta última, como la propia *LND* aceptaba cuando la acusaba de “pornográfica”, tenía una línea editorial particular. Es decir, un “programa”. Para que haya un programa, es necesario que haya una dirección, es decir, aquellos que “marquen” la línea, indiquen, aunque más no sea por su sola presencia, la naturaleza ideológica del corpus. Eso queremos decir cuando señalamos que José Ingenieros es esa presencia. Como veremos en lo que sigue, Ingenieros se auto-adjudicaba esa función, en general, no en relación a *LNS* específicamente, y le era en buena medida, reconocida.

1. Ingenieros entre Werther y Don Juan

¿Qué hace ese hombre ahí?

En la colección *LNS* se publican cuatro textos de José Ingenieros. El primero, “Werther y Don Juan”, vio la luz el lunes 31 de diciembre de 1917, con el número 7. Precede al texto una carta del autor dirigida a los directores de la colección, Miguel Sans y Armando del Castillo. Allí señala que está interesado en colaborar con la publicación, aun cuando no sea escritor de ficciones, pues el “noble propósito de abaratar la edición de producciones argentinas, merece aplauso y estímulo” y porque “difundir el libro es una verdadera función de gobierno espiritual”. Ingenieros es muy consciente, como se ve, de la intención “pedagógica” de la colección. Dado que no cuenta con una novela para enviarles, les entrega una “conferencia sobre psicología de los sentimientos, pronunciada en la Universidad en 1910 e inédita hasta la fecha.”

El único dato que puede inferirse de esta carta, que aparece a modo de presentación, es que los editores habrían solicitado a Ingenieros una colaboración. Si Sans y del Castillo le solicitaron una novela (cualquiera fuera su género) o una historia de amor, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que los cuatro textos publicados tienen como tema los sentimientos: el primero, que ya hemos mencionado; el segundo, “La psicología de los celos”; el tercero, “Cómo nace el amor” y por último, “El delito de besar”.³²³ Los textos fueron recopilados luego en las obras completas publicadas por Elmer Editor. Los tres primeros, en el *Tratado del amor* (1956) (Parte cuarta, “Psicología del amor”); el cuarto, en *La psicopatología en el arte*. (1957)

¿Ocupan los textos de Ingenieros un lugar político preciso en la colección, ofician como programa? Aparentemente, no. La intención de los editores pareciera ser contar con escritores e intelectuales de primer nivel para insertarse en el mercado. Buscaron para ello a reconocidos personajes del mundo intelectual que funcionaran a modo de aval. La lista es impresionante: José Ingenieros, Enrique García Velloso, Hugo Wast, Enrique Larreta, Belisario Roldán, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Alejandro Sux, Horacio Quiroga y Pedro Sonderegger. De todos estos autores, solamente Ingenieros no escribía literatura. Por otra parte, tampoco hay, al menos en estos primeros números, un predominio de la temática sentimental, sino que lo fundamental en la selección parece ser el nombre del autor.

Según Sarlo,

“Los desarrollos teóricos de Ingenieros no son la armazón conceptual de las narraciones sentimentales. Pretenderlo así, equivaldría a postular una relación improbable entre el discurso científico y el literario. Sin embargo, sus ideas circulaban en los mismos espacios ocupados por muchos de los autores de estas narraciones semanales.” (Sarlo 1985: 78)

³²³Números 57, 86 y 131, respectivamente.

Con esto, Sarlo pretende resolver la contradicción entre un corpus considerado, como hemos visto al comienzo, consolatorio, es decir, políticamente conservador o reaccionario, y un intelectual progresista como Ingenieros, que aparenta expresar el *programa* de la colección. De hecho, el *Tratado del amor* es considerado por Sarlo un texto crítico de la moral social con respecto a los sentimientos (el matrimonio exclusivo e indisoluble coarta el derecho a amar; el amor se somete a un contrato, el de la domesticidad conyugal, familiar) y la moral que Ingenieros propone es superadora de las formas del amor de su época (amar sin acatar las normas impuestas convierte a cualquier pasión amorosa³²⁴ en “literariamente interesante”). (Sarlo 1985: 80) Notemos, de paso, y sin tensionar en nuestro favor una interpretación excesiva, que Sarlo señala que “sus ideas circulaban en los mismos espacios ocupados por muchos de los autores de estas narraciones semanales”. Es decir, que tenían una influencia real sobre estos autores. Dicho de otra manera, oficiaban como dirección.

Recordemos que Sarlo afirma que las novelas semanales no destruyen las barreras que se interponen entre la pasión y su realización, porque “atentarían contra el prejuicio y la hipocresía denunciados por Ingenieros”, que forma parte de la ideología de los receptores populares (lo esperable, lo no novedoso, el horizonte de expectativas). Como contrapartida, las narraciones tampoco pueden evitar el tema motor, las barreras sociales como obstáculos para el amor, porque “no interesarían a su público”. Dado que los desenlaces de los amores que se oponen a los obstáculos en esta narrativa son, en su mayoría, trágicos para los amantes o imposibles de realizar, Sarlo concluye que la ideología de la *LNS* es conservadora, que está pensada para mantener el *statu quo*. Como el ideal es el ideal matrimonial, la domesticidad, la pasión solo puede realizarse si se dan las condiciones *mágicas* de superación del obstáculo (por ejemplo, si como en “La vendedora de Harrods” de Josué Quesada³²⁵, el protagonista enviuda, lo cual le permite volver a su verdadero amor).

Ingenieros llegaría, en su texto, a tocar “el límite de lo permitido en el espacio de las narraciones periódicas”, pues “la publicación de este texto era posible en el marco de una serie como *LNS*, pero hubiera sido impensable en *La Novela del Día*, de inspiración católica, que en varias ocasiones denuncia el erotismo comercial y la laxitud moral de sus competidoras.” (Sarlo 1985: 83) No queda claro si Sarlo considera que *LNS* es menos conservadora (frente a *LND*) y, entonces, Ingenieros resulta compatible con ella (y, por lo tanto, no podría ser considerada “conservadora”) o si todas las colecciones eran más o menos conservadoras e Ingenieros resulta una inclusión extemporánea en cualquiera de ellas. De hecho, Sarlo pretende que su inclusión no constituye un ejemplo de las intenciones programáticas de los directores de la colección, sino más bien de su oportunismo comercial. Es evidente que esta presencia

³²⁴*Pasión*, según Ingenieros, “suele ser un alzamiento contra la sociedad que impide amar fuera del matrimonio.” (*Tratado del amor*, p. 231). Vale decir, aquel sentimiento en el cual el amor (natural) debe enfrentar obstáculos (de índole social) que lo convierten en motor de las narraciones; de allí que Ingenieros tome de la literatura todos los ejemplos que utiliza para analizar los estados amorosos. Realiza esta misma operación en *La simulación en la lucha por la vida*: para Ingenieros, la literatura es fuente y, a la vez, prueba científica.

³²⁵*LNS*, n° 69.

conmoción los fundamentos mismos de la hipótesis sarliana, hecho que la lleva a tratar de salvar la teoría buscando una explicación *ad hoc*.

En primer lugar, tal como hemos observado, Sarlo parte de una posición cercana al miserabilismo reproductivista (o dominocentrismo) al considerar el corpus. Por eso no puede conciliar la publicación de Ingenieros con las ficciones que lo acompañan y la forma que encuentra de explicarlo es la de establecer una distinción arbitraria y tajante entre el discurso científico y el discurso literario. Como hemos visto más arriba, ello es imposible. Es factible que una narrativa sin obstáculos a la realización del amor pudiera negar de plano la existencia misma de esa narrativa, pero de allí no se deduce que novelas donde el amor encuentra obstáculos y no los vence sean conservadoras. Más bien puede pensarse lo contrario. Como hemos mostrado en el análisis cuantitativo, el corpus arroja un resultado distinto: el núcleo de *LNS* distaba de ser conservador, lo que explica mejor la presencia de Ingenieros que cualquier malabarismo interpretativo.

Más recientemente, Margarita Pierini ha sostenido que la “presencia de Ingenieros, una voz influyente en el campo intelectual del período, contribuirá a apuntalar el concepto de lo nacional compartido con el público.” Ya hemos hablado de la hipótesis de la “nacionalización”. Hemos visto que existe una explicación mejor para el éxito de *LNS* que la aparente voluntad y los dichos explícitos de sus creadores. Agreguemos que esta hipótesis poco puede hacer, además, para explicar la presencia en el corpus de un intelectual que, además de extranjero, era cosmopolita como Ingenieros. Y que en la época en que se produce el *boom* de *LNS* se transforma en el mayor defensor público de la Revolución Rusa. En tanto Pierini, al igual que Sarlo, reconoce el papel de dirección de Ingenieros (en el sentido que aquí venimos señalando, “una voz influyente”), abona a nuestra hipótesis de que su presencia en el corpus no es inocente. Sin embargo, más que en la perspectiva de la “nacionalización”, dada la temática del corpus que estudiamos, sería mejor observar qué dice Ingenieros sobre el amor y luego vincularlo con el programa que hemos expuesto en los capítulos anteriores.³²⁶

Antes de avanzar, es necesario defender al Ingenieros de *LNS* de una última interpretación que desfigura el sentido de su intervención. En efecto, en un texto que pretende más de lo que realmente muestra, Cristina Fernández sostiene que las “novelas” editadas en la colección de Sanz y Del Castillo revelan a un Ingenieros “ñoño”, al decir de la famosa encuesta ya examinada. Comparando los trabajos publicados allí, Fernández descubre que no se corresponden con los “normalizados” luego en las *Obras Completas* de Elmer Editor. Siendo cierto este hecho, la autora supone mucho más de lo que prueba:

“Si vamos a las *Obras Completas* de Ingenieros, en la aclaración de los editores con la cual presentan el *TA*, solo se menciona la publicación previa de algunos capítulos en la *Revista de Filosofía*, obliterando otras instancias de edición anteriores, como las ya señaladas. Desde luego esto implica una valoración de los editores del *TA* respecto de un campo cultural estratificado en sus circuitos de difusión y consumo.

³²⁶Este lugar de dirección que Pierini reconoce a Ingenieros es una perspectiva más plausible en relación a la propia colección que dirige el autor de *El hombre mediocre*, analizada por Fernando Degiovanni (2007), donde precisamente prima lo “nacional”.

Y además parece hablarnos de un afán de encuadrar el tratado en un campo disciplinario –la filosofía de base biológica, tal como la entendía Ingenieros– para lo cual resulta casi necesario el borramiento de instancias de publicación que podrían desdibujar ese marco epistemológico.” (Fernández 2016)³²⁷

Si la primera afirmación puede parecer razonable, aunque no hay prueba alguna de tal cosa, la segunda, es pura especulación. Esta ausencia de prueba se completa con un marco explicativo tomado de Sarlo, que hace desfigurarse por completo el sentido de la intervención de Ingenieros en *LNS*. Así, cree notar en la eliminación del párrafo final de “Werther y Don Juan” de la edición de *LNS*, en la correspondiente al *Tratado del Amor* en las obras completas, una concesión del autor al carácter moralmente conservador de la colección que examinamos:

“La ausencia de este final en las versiones posteriores, incluida la de la *RF*, nos induce a repensar en el sentido implicado en esta transformación de Don Juan en un sujeto no sólo eugénicamente positivo sino domesticado al punto de entrar en sintonía con esa moralizante *narrativa de la felicidad* que, si bien no era la tónica excluyente en *LNS*, era dominante en la colección, tal como lo ha señalado Beatriz Sarlo. Una compensación simbólica a las injusticias sociales que no requería la transformación en profundidad del orden social sino apenas la concreción de objetivos personales y que, en el corpus de las novelas sentimentales –que eran, repetimos, un sector significativo pero no único dentro de *LNS*– proponían la existencia de una felicidad al alcance de la mano, anclada en el desenlace del matrimonio y la familia. Frente al pesimista, improductivo y suicida Werther, don Juan se convierte así en la figura heroica que posibilita el *final feliz*, metaforizado en ese pelícano que lo convierte de lúdico seductor en garantía de saludable paternidad para el futuro de la especie humana. En ese punto, Ingenieros parece officiar como uno de los tantos autores de esas novelas decimonónicas cuyos rasgos genéricos fueron adaptados –en algunos casos, simplificados– al formato casi folletinesco de *LNS*...”

Aunque examinaremos con detalle este texto más abajo, podemos anotar algunas cosas aquí. Por empezar, el final del que hablamos, en el que Don Juan se transforma en buen padre, no hace más que explicitar lo que Ingenieros desarrolla a lo largo de todo el texto estudiado. Su exclusión no cambia en modo alguno el sentido general. Por otra parte, si se recuerda que Ingenieros es socialista, que piensa en términos de la “especie” y que encuentra en ese análisis biólogo el fundamento material para una moral “eugenista”, es obvio que Don Juan tenga *necesariamente* que “sentar cabeza”. Si no lo hiciera, sería un peligro para la especie y no habría ninguna razón por la cual preferirlo a Werther. Aquí, lo que está en discusión es el tema del “amor libre” anarquista, que se desentiende del problema de la reproducción social, amén de que termina en la poco feminista actitud del abandono y la recarga sobre la mujer de lo que debió ser una responsabilidad compartida.³²⁸

³²⁷Notemos, de paso, que en la recensión bibliográfica de Fernández olvida nuestro texto: “La pedagogía del amor en *La Novela Semanal*: el caso Ingenieros”, asequible en http://www.razonyrevolucion.org/jorn/PONENCIAS%20EN%20PDF/Mesa%2018/La_pedagoRosana.pdf.

³²⁸Véase aquí la crítica que, en la prensa anarquista escrita por mujeres, desde *La voz de la mujer*, hasta *Nuestra Tribuna* (como veremos en este mismo capítulo, más adelante) hacían a los compañeros en el Ideal: “Es preciso ¡Oh! Falsos anarquistas que comprendáis una vez por todas que nuestra misión no se reduce a criar vuestros hijos y lavaros la roña, que nosotras también tenemos derechos a emanciparnos y ser libres de toda clase de tutelaje, ya sea social, económico o marital.” (n° 2, enero de 1896). Véase también Fernández Cordero (2017)

Si Don Juan es superior, lo es sobre todo porque su *educación sentimental* es coherente con las necesidades de la especie. Solo después de ejercitar la pasión amorosa, dominarla y organizarla psíquicamente, el hombre está en condiciones de ser *padre*. Nos viene a la mente el Ignacio Rescoldo de “Del Parnaso al chiquero”, el joven fogoso y apasionado al que se debe enseñar, no a *reprimir*, sino a *organizar* su estructura erótico-sentimental. Está claro que, en la moral de la época, esto en modo alguno es conservador. Más bien encaja mejor en la moralidad popular, siempre más dispuesta a aceptar los hechos de la vida real, que en la de la burguesía, cuya hipocresía en estos temas es objeto de crítica permanente en *LNS*.

Por esta razón, también, es inaceptable la lectura que Fernández hace de “El delito de besar”, que también veremos más abajo. Enfrentada con el hecho obvio de que Ingenieros se ríe de las pretensiones de regular la pasión amorosa por la vía de la represión, concluye que “más allá del humor, de lo que se trata en este número de *LNS* es de una cuestión de gobernabilidad: la fijación de normas de conducta social y su legalidad”. En realidad, el texto, como dijimos, abona a lo inútil y contraproducente de una actitud tal. Lo cual nos lleva a rechazar la conclusión prejuiciosa de Fernández:

“Creo que no es costoso aceptar que una colección de difusión masiva como *LNS* –se vendían 200.000 ejemplares, según consta al pie de las portadas, en la época en que publicaba Ingenieros– cumplió también, en el contexto urbano de la segunda y tercera décadas del siglo XX, con ese rol de intervención en el campo social que reflexionaba sobre la familia y la sociedad en la nación argentina moderna.”

Es prejuiciosa porque es simplemente la extensión de la interpretación sarliana a la obra de Ingenieros. Se muestra aquí cómo esa interpretación deforma lo que toca. Sin ninguna prueba sustantiva, Fernández dice cosas obvias: *LNS* es una “intervención en el campo...” La discusión es de qué tipo es esa intervención, es decir, con qué programa. Como ya hemos visto hasta el cansancio, el programa de *LNS* distaba de ser “conservador”. Ingenieros, consecuentemente, no solo encaja bien en la colección, no hacía falta “aññarse”, sino que empuja a una reflexión “sobre la familia y la sociedad” a la izquierda de la moral ambiente.

La filosofía de Ingenieros y sus recorridos políticos

José Ingenieros nace en Palermo, Italia, en 1877 y pasa su infancia en Montevideo. Su familia se establece luego en Buenos Aires, donde comienza en 1888 el bachillerato. Cuando en 1896 se funda el Partido Socialista Obrero Argentino, Juan B. Justo es su presidente y el secretario, José Ingenieros. Su primer texto significativo, *¿Qué es el socialismo?*, es del año 1895. Allí señala que el capitalismo es un sistema parasitario e improductivo en el cual lo único que interesa es la ganancia. Por eso, considera que ese parasitismo es inmoral y que la única fuerza que puede oponerse a esa inmoralidad es la del trabajo. La causa de la crisis social es moral. La corrupción es entonces la que se enseñorea en el poder y la

degeneración de la clase ociosa, producto de la inmoralidad, es su origen. Este primer momento de la intervención política de Ingenieros, que formalmente aparece ligada a la militancia en el PS, está ideológicamente relacionado con el anarquismo. Tanto Ingenieros como Leopoldo Lugones, su compañero en la experiencia de *La Montaña*, exponen posiciones conflictivas con relación al programa del PS en el congreso partidario de junio de 1896, más cercanas al anarquismo que al socialismo. Ingenieros no acuerda con la opción electoral del partido y prefiere, en cambio, la acción directa.

Poco menos de tres años después de *¿Qué es el socialismo?*, en 1898, publica un texto en el cual se revela su filiación spenceriana. El evolucionismo de Ingenieros considera que la sociedad está inevitablemente condenada al progreso, gracias a los mecanismos de selección natural (supervivencia de los más aptos) y adaptación humana al medio natural y social a través de la herencia de los caracteres adquiridos. En efecto, en “De la barbarie al capitalismo” considera que el capitalismo es un momento en un proceso evolutivo continuo; por lo tanto “ha dejado de ser la bestia improductiva y expoliadora denunciada en los años 1895-97, para ser pensado cual una estructura económico-social que alberga al menos tres positivities: desarrolla las fuerzas productivas, universaliza las relaciones humanas y genera una clase social destinada a superarlo.” (Terán 1986: 28)³²⁹ Ingenieros abandona el voluntarismo anarquista para derivar, en esta etapa, en el evolucionismo biólogo, en el darwinismo social. Cree en la unidad de lo real (monismo), que se transforma incesantemente (evolucionismo) por causas naturales (determinismo). Por otra parte, su sociología está atravesada por su mirada *médica*: una medicalización de la sociedad en la detección de patologías individuales y colectivas.

En 1899, Ingenieros deja la militancia en el PS y tres años después se desafilia. Comienza a partir de ese año una nueva etapa en el pensamiento ingenieriano en la cual deja a un lado su preocupación por la *cuestión social* para centrarse en el *problema de la nación*, aunque sin romper definitivamente con sus convicciones anteriores, pues sigue considerando que el advenimiento del socialismo es inevitable.

Ingenieros, desde la óptica de Terán, va pasando del socialismo al roquismo. En 1904 ya critica tanto a los retrógrados como a “los impacientes, radicales y socialistas de todo corte, que no retroceden ante la eventualidad de una crisis revolucionaria para apresurar la realización de sus ideas y suplir por la fuerza el número que les falta.” Además de estos sectores políticos cuestionados por Ingenieros, menciona otros dos, el de la clase rural y el de la burguesía industrial. Este es “uno de los momentos de mayor acercamiento de Ingenieros al roquismo” (Terán 1986: 38). En esta etapa, la reformulación de los postulados evolucionistas de la lucha por la vida tiene la forma de expansionismo imperialista pacífico, que difundirá la civilización en forma inexorable. Para la problemática nacional, la expresión *cuestión social* ya no es una expresión de la lucha de clases que prefigura una nueva sociedad, sino una expresión de la necesidad de nacionalizar a las masas inmigrantes, que, si bien por un lado ostentan la capacidad de trabajo, por otro, la simulación, la locura y el delito, productos de su marginalidad, representan un

³²⁹Sobre el positivismo de Ingenieros, también hemos abrevado en Soler, Ricaurte: *El positivismo argentino*, Paidós, Buenos Aires, 1968 y Biagini, Hugo: *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1985.

peligro social. De allí que la noción de ciudadanía cobre crucial importancia en esta etapa. Sin embargo, el positivismo de Ingenieros aplicado al *peligro inmigratorio* no apostaba tanto a las políticas de represión cuanto a las de integración, con propuestas reformistas: educación de la clase obrera, mejoramiento de sus condiciones de vida. En consonancia con su propia ideología, Terán celebra este abandono de Ingenieros de toda política que implique antagonismo de clases y su franco reformismo. (1986: 46) El lugar de un intelectual en este contexto es el de mantenerse “incontaminado tanto de las multitudes (pues el socialismo es inaccesible a los obreros) cuanto de los burgueses intereses creados”. Sobre las bases positivistas y darwinianas, Ingenieros se inscribe en la escuela lombrosiana aunque, a diferencia de esta, privilegia los factores psicológicos a los morfológicos. Comienza a evaluar al anarquismo como un misticismo peligroso que, en contacto con una personalidad delictiva, puede provocar episodios abiertamente antisociales. Como ejemplos considera los casos de los atentados anarquistas. Por ese motivo, Ingenieros desdeña la literatura que ha hecho del bandidismo un “mitología rosada”, que valoriza a algunos personajes delictivos como Juan Moreira.

En 1913, relegado de una terna académica para ocupar un puesto en la universidad, Ingenieros se autoexilia en Europa. Completa sus estudios científicos en las universidades de París, Ginebra, Lausana y Heidelberg. Desde allí dirige una carta abierta al presidente de la República, en la que señala que, en el enfrentamiento entre la cultura y la barbarie, entre el genio solitario, la aristocracia del talento y la mediocridad, parece estar triunfando la “mediocracia”. Cuestiona el sufragio universal y los Derechos del Hombre, porque la igualdad ante la ley no equivale a igualdad de aptitudes. En contacto con las obras de Nietzsche y el pensamiento de Stirner, Ingenieros ensalza el yo aristocrático que se eleva por sobre la mediocridad. Propone la aristocracia del mérito (meritocracia) frente a la aristocracia oligárquica (que responde a sus propios intereses) y a la democracia cuantitativa, sistema para el cual la igualdad es la justicia. Por el contrario, para Ingenieros, la justicia es la desigualdad del mérito.³³⁰

Regresa a Buenos Aires en julio de 1914, al tiempo que se produce otro giro en su pensamiento. De la actitud individualista y aristocrática de *El hombre mediocre* va “hacia una ética social cuyo modelo se halla en las referencias a Emerson y a las iglesias liberales norteamericanas.” El concepto que prima ahora (por sobre las categorías darwinianas de lucha por la vida y supervivencia del más apto) es el de solidaridad. Según Terán se verifica en esta etapa del pensamiento de Ingenieros una tensión entre el elitismo y la solidaridad. Entre los años 1914 y 1917, desplaza su “eurocentrismo hacia un nuevo modelo europeizado aunque instalado en América.” Inicia así un proceso que lo lleva hacia el nacionalismo y el antiimperialismo, sin dejar de privilegiar la moral y la cultura como los elementos que producirán la transformación gradual de la sociedad y el mejoramiento de la raza. Dado que la cultura se encarna en aparatos ideológicos, los intelectuales deben dominar dichos aparatos para llegar a todos los sectores

³³⁰Una postura que se observa todavía unos años después en muchos de los textos del corpus, como los ya analizados “El escándalo de la Avenida Alvear”, de Elsa Norton, n° 178; “Un gobernador”, de Mariano de Vedia, n° 132 y “Carne triunfal”, de Amado Villar, n° 82; entre otras. En todos los casos, se rechaza la política conservadora a la vez que se desconfía del ascenso de las masas.

sociales: habrá que ocupar los cargos en las universidades, publicar revistas teóricas “para ilustrar a las capas intelectuales medias” y también publicar libros con grandes tiradas y precios accesibles. En este sentido, no es casual la simpatía que manifestará con *La Novela Semanal*. Y está claro, también, que se postula para la dirección moral de las masas. Esta última vuelta de tuerca en el pensamiento de Ingenieros se produce entre los años 1918 y 1925. Y si en 1914, cuando escribe “El suicidio de los bárbaros”, defiende las intervenciones de Francia, Estados Unidos, Bélgica e Italia “porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos”, en oposición a Alemania, país que representa la barbarie (feudal, esta vez), en 1918 defiende la Revolución Rusa, pues observa en ella el principio de solidaridad realizado. Valora la socialización de los medios de producción, la nacionalización de la tierra y la supresión de las clases sociales, dado que con ello se elimina el parasitismo. Aunque mantiene en gran medida sus contradicciones, Ingenieros se encuentra en esta etapa a cierta distancia del positivismo de sus comienzos. También, en 1918, toma partido a favor de la Reforma Universitaria y se nuclea al año siguiente en torno al grupo *Claridad*, “fundado en París y con secciones en numerosos países donde se agrupaban intelectuales que compartían la repulsa por la reciente guerra mundial y que, [...] presenciaron con simpatía el desarrollo de la revolución soviética.” (Terán 1986: 94)³³¹

Más recientemente, Horacio Tarcus ha observado la relación entre José Ingenieros y el marxismo en el marco de una interpretación más general de las lecturas marxistas en nuestro país, no solo por parte de intelectuales, sino también de diferentes órganos de difusión partidaria (como periódicos, centros gremiales o bibliotecas). Uno de los capítulos de *Marx en la Argentina*, “Leer a Marx en el 900. El materialismo histórico en la formación del campo de las ciencias sociales”, introduce un acápite dedicado a Ingenieros, “Del socialismo a la sociología”, que abarca desde el año 1897 hasta 1906. Volveremos más adelante sobre la cuestión de estas fechas. Se caracteriza al filósofo partiendo de variadas citas textuales que, en general, son elocuentes y, en muy pocos casos, requieren una justificación. La primera discusión es si Ingenieros en su primera etapa, la de *La Montaña*, es socialista o está más ligado al anarquismo. Tarcus señala que algunos autores (como Marcela Croce) prefieren ver ese periódico como abiertamente anarquista, mientras que otros, como Terán, lo ubican a mitad de camino. Según Tarcus, el periódico se inscribe en el campo del socialismo de la Segunda Internacional, desde los autores que allí se traducen (Enrico Ferri, Émile Vandervelde, Jean Jaurès) hasta su abierto combate con la doctrina anarquista. Se inscribiría en un campo a la izquierda del socialismo juanbejustista, antes bien un socialismo revolucionario que parlamentario, pedagógico y cooperativista. El Ingenieros de *La Montaña* celebra el surgimiento del anarquismo organizador y considera que tiene unidad de criterios con el socialismo revolucionario. Con todo, tal como también señala Terán, ya por esta época, entiende que la revolución es el resultado ineludible de la evolución biológica y social. Su

³³¹Entre los participantes de la experiencia *Claridad* se encuentran Henri Barbusse, Anatole France, Vicente Blasco Ibáñez, Upton Sinclair, H. G. Wells y Stefan Zweig. En la Argentina, se vinculará con Samuel Glusberg y la revista y editorial de ese nombre.

primera teoría sociológica es, por lo tanto, el bioeconomicismo: “la biología y la economía [...] articulan este esbozo de teoría sincrética marxo-positivista que Ingenieros desarrollará” hasta transformarse en la “*Sociología argentina*, cuya lógica crecientemente científicista, determinista y elitista dejará un lugar cada vez menor a la acción política y la militancia socialista.” (Tarcus 2007: 425) El evolucionismo ingresa a las teorías de Ingenieros por una mezcla entre Spencer, Morgan y Engels y el elitismo y el tema del superhombre, por la vía de Nietzsche, Ibsen y Nordau. Las posturas de Ingenieros y Lugones empiezan a entrar en franca tensión con el PS, hasta el punto en que se produce la ruptura. (Tarcus 2007: 430) Una bravuconada de Ingenieros casi le cuesta su expulsión del Partido. Juan B. Justo mociona en 1897 que le sea levantada la sanción.

Luego de este episodio, el viraje de Ingenieros hacia una postura socialdemócrata se hace más evidente: apoya las tesis de Bernstein y llega a cuestionar la gesta de la Comuna (que ha elogiado en 1898), pues en 1901 escribe que no es un “ejemplo a imitar. Perpetuar el culto de la revuelta armada no es hacer obra de buenos socialistas. La dictadura obrera, de que habló Marx, es un error sociológico que se está disipando; ninguna sociedad puede cambiarse bruscamente...” (Tarcus 2007: 233) En ese mismo año ya declara que se ha vuelto “pesimista a causa de la ignorancia del pueblo” y que se ha dicho *socialista* solamente a causa de su juventud y de los efectos de la lectura antiburguesa... El primero de mayo de 1902 se despide del PS en el acto, circunstancia en la que su atuendo desentona con el de la mayoría obrera presente. El dandy Ingenieros solicita, a modo de despedida, la mano de J. B. Justo, quien le niega su saludo, en actitud digna. Pocos días después, se desafilia del PS. En sus escritos siguientes recrudescen su crítica hacia el socialismo marxista y se refuerza su postura reformista y positivista. El antagonismo irreconciliable entre las clases ha dado lugar en sus teorías a la cooperación entre clases.

Más duro con Ingenieros que Terán, no solamente por los episodios y citas que retoma de la obra del filósofo, sino también por sus conclusiones, Tarcus no avanza más allá de 1910. Nos quedaremos sin saber cómo evaluaría Tarcus, por ejemplo, la postura adoptada por el escritor ante los episodios de la Revolución Rusa o de la Reforma Universitaria. En líneas generales, critica a Ingenieros por su errónea interpretación del marxismo más por la vía de la exposición de anécdotas (minuciosamente narradas, eso sí) que del análisis de la obra del autor.

Más interesante que seguir a nuestro personaje a lo largo de sus contradictorias mutaciones es insistir en lo que parece un hilo conductor de su personalidad, sobre el que se enhebran los “botones” ideológicos de cada momento histórico. Nos referimos a la influencia persistente de Nietzsche. En efecto, aunque no pueda encontrarse ningún elemento intelectual relevante en su desarrollo que pueda vincularse directamente con alguna perspectiva doctrinaria del filósofo alemán, como señala Rodrigo Páez Canosa, Ingenieros se consideraba y era considerado un “nietzscheano”. (Páez Canosa 2001: 153-4) Es nietzscheano por posición vital, en particular por su identificación con el arquetipo de *superhombre*. Su adopción posterior del positivismo y su trabajo como científico no alteran esta

convicción íntima. Al contrario, la refuerzan en el sentido del *superhombre*: el científico, el intelectual que, por encima de la sociedad, de la que desconfía, la estudia y pontifica sobre ella. El libro en el que se resume la vinculación entre Ingenieros y la moral nietzscheana, es decir, el punto de convergencia que conservará siempre el primero en relación al segundo, es *El hombre mediocre*, texto con el cual generaciones de argentinos, según Terán, incorporarán, inconscientemente, las ideas del filósofo alemán.

En suma, encontramos en Ingenieros a un positivista, socialista (al principio más cercano al anarquismo, reformista después), filosoviético, antiimperialista, nacionalista en sus comienzos, latinoamericanista sobre el final de su vida, aristocratizante y elitista, etc. etc. Es el “tema de las contradicciones”, del que hablaba Héctor Agosti. (1975) Lo importante es que, para la época que analizamos, Ingenieros reivindica la Revolución Rusa. No es contradictorio con el “espíritu nietzscheano”, menos aún con la moral que ese “espíritu” imprime en la juventud de la época en todo el mundo.

Ingenieros es un intelectual clave en el período que estamos tratando. Un intelectual liberal de izquierda, progresista, con las limitaciones, ambigüedades y contradicciones que hemos señalado. Resultaría extraño, entonces, que la presencia de un intelectual de tamaño importancia, en el comienzo de la serie que constituye el corpus, interviniendo sobre un tema medular a la colección -los sentimientos, desde un texto científico- no constituyera, objetivamente, un programa. Más importante se vuelve esta observación si recordamos que Ingenieros intervino repetidas veces a lo largo de varios años con el mismo tipo de textos. Esta vocación pedagógico-popular en esta clase de publicaciones no se limitó a *LNS*. Contemporáneamente, Ingenieros publica también en las *Ediciones Mínimas* un texto sobre el mismo tema, “La intimidad sentimental”. Esto no quiere decir que el de Ingenieros fuera el único programa presente en la colección, pero sí, sin duda, que constituía uno de los polos programáticos del conjunto de la experiencia.

Esta vocación de dirección de Ingenieros está bien documentada en la citada obra de Fernando Degiovanni. Degiovanni caracteriza la intervención de Ingenieros como “guerra cultural”, es decir, en términos similares a los que aquí utilizamos. Su actitud es la que corresponde a una pretensión de dirección política, en este caso, cultural:

“No menos inusitado tiene que haber sido descubrir en las frágiles contratapas de papel anaranjado de los volúmenes de la colección la decidida advertencia de que adquirir *La Cultura Argentina* suponía para el público estar colaborando con una empresa que se definía como tal por apartarse de las iniciativas culturales nacionalistas promovidas directa o indirectamente por el Estado. En efecto, sistemáticamente y casi con un tono de desafío, Ingenieros recordaba allí que ‘*La Cultura Argentina* no tiene subvenciones ni vende ejemplares a las reparticiones públicas’: su espacio privilegiado de constitución y de lucha era el del mercado.” (Degiovanni, 2007:216)

Degiovanni insiste con mucha energía en esta pretensión directiva, cuya característica más destacable era la referencia al mercado, que otorgaba independencia frente al Estado, a diferencia de la

apuesta de Ricardo Rojas. Sugerentemente, sostiene que esta decisión está inspirada en la experiencia de la izquierda de comienzos de siglo. El propio Rojas, sostiene Degiovanni, tomó nota de este fenómeno de la extensión de una cultura de izquierda a través de publicaciones baratas, en palabras que recuerdan las de los editores de *LND*:

“El innoble veneno, profusamente difundido en los libros baratos por ávidos editores, ha contaminado a las turbas ignaras y a la adolescencia impresionable. Y ha sido una de las aberraciones democráticas de nuestro tiempo y de nuestro país, que la obra de alta y peligrosa filosofía circulase en volúmenes económicos más asequibles que el libro nacional o que los manuales de escuela.” (Degiovanni, 2007:220)

Y vuelve a citar a un Rojas escandalizado por la penetración de esa cultura de izquierda:

“imprimir en condiciones costosas el libro [nacional], sería [...] sustraerlo a la lectura de obreros, estudiantes y maestros, clientela habitual de esas otras bibliotecas económicas, tristes antologías al revés, de filosofía negativa, de ciencia fragmentaria, de nefanda literatura.”

Nótese que detrás de la demanda de “nacionalización” por parte de uno de sus mentores, lo que se esconde, claramente, es un problema de clase: el problema no es que nadie lee el libro “nacional”, el problema es que no lo leen los obreros. Y no porque no lean, sino porque leen otros libros. Degiovanni detalla los títulos de la biblioteca de La Vanguardia, dejando en claro qué asusta a Rojas: una clase obrera que tiene una cultura de izquierda.

Degiovanni anota una característica más de la experiencia protagonizada por Ingenieros: el circuito comercial en el que juega su emprendimiento editorial:

“Valiéndose del circuito de circulación de impresos populares, Ingenieros logró ir más allá de la librería y la biblioteca como espacios de acceso a un capital cultural. Para evitar el ‘clásico negocio editorial de vender al Estado y a las reparticiones públicas’, decidió incorporar su serie a los espacios de adquisición de diarios, revistas, ‘novelas semanales’ y folletos de obras teatrales en boga –quioscos de las calles y las estaciones de subterráneo, almacenes y tiendas de ramos generales, agencias de loterías, cigarrerías y barberías- dándoles de ese modo una amplia disponibilidad.” (Degiovanni, 2007:222)

Según Degiovanni, el propósito de Ingenieros con esta empresa era “convencer, arrebatar, mejorar a mis coetáneos y contribuir así al perfeccionamiento de la época”. Un pensamiento coherente con el lugar que Ingenieros otorgaba a la élite intelectual, depositaria “del sentido de la nación”, el único “elemento capaz de señalar su continuidad y su persistencia a través del tiempo”. En términos gramscianos, Ingenieros se propone como dirección intelectual y moral de un campo preciso, el campo popular, que comparte con *LNS*, en el mismo terreno en el que ambos comparten también un público. Ambos comparten también un furibundo éxito editorial. La Cultura Argentina llegará a editar más de un millón de ejemplares de los 116 títulos lanzados al mercado. Estas coincidencias están bien marcadas en el texto de Degiovanni. Ingenieros compartía con los inmigrantes y los “sectores contestatarios”,

“circunstancias biográficas (había nacido en Italia) y por militancia política (había sido dirigente del Partido Socialista en su juventud y fue siempre votante socialista)”. Tenemos aquí, entonces, un claro exponente de dirección de lo que Bourdieu llamaría “campo intelectual”, recortando un espacio específico, y Raymond Williams, “estructura de sentimiento”, para aludir a un ámbito mucho más amplio y difuso.

Sin embargo, esta pretensión de dirección de una corriente de nacionalismo popular, europeizante, urbano, litoraleño e inclinado hacia la izquierda del espectro político, ofrece un ángulo más complejo de análisis, en tanto aparece, no solo una oposición al nacionalismo hispanizante asentado en los valores de los “criollos viejos, descendientes de colonizadores españoles”, en contacto “con el espíritu territorial del interior”, a favor del que batalla Rojas (y como hemos visto, *LND* y sus intelectuales católicos), sino vinculado a una tradición contestataria: “Ingenieros promovería a lo largo de una década la idea de que el proyecto de nación desarrollado por los intelectuales posteriores a 1810 era la expresión de principios del jacobinismo y del socialismo”, afirma Degiovanni. Más contundentemente: “Una de las rupturas más violentas que Ingenieros impondría al relato histórico de la ‘argentinidad’ consistiría en afirmar que el pensamiento de izquierda estaba en el fundamento ideológico mismo de la tradición nacional.” (2007:245) Basándose en la nueva función que Ingenieros imponía a la sociología, Degiovanni afirma que “el lanzamiento de *La Cultura Argentina* representaría un intento de establecer un nuevo orden social”. Un orden social ligado a la dirección de una élite intelectual, una aristocracia del mérito, que lleva a Ingenieros a enfrentar las estructuras universitarias y lo coloca, agregamos nosotros, en el camino que lleva a la reforma universitaria y al apoyo a la revolución rusa.

De este largo paso por el excelente texto de Degiovanni, no solo extraemos la confirmación de la vocación directiva de Ingenieros, sino su validación, mediante su éxito editorial, por el espacio al que se dirigía, y su adecuación al contenido ideológico social de ese ámbito. Es evidente, entonces, que la oposición Rojas-Ingenieros anticipa y repite la de *LND-LNS*. Su publicación en esta última colección, entonces, no puede ser inocente. Y con esto, no queremos decir que Ingenieros se reunió con Sanz y Del Castillo y juntos delinearon las historias básicas y los desenlaces pedagógicos que deseaban imponer al lector. Tal cosa sería absurda, amén de que no está amparada en los hechos. Pero sí que pertenecían al mismo “clima de ideas”, para recuperar la expresión de Tulio Halperín Donghi, un clima en el cual Ingenieros tenía un lugar tutelar. Se diría, tomando ahora la expresión de Michel Löwy, que se trata de una “afinidad electiva”, es decir, elementos comunes fragmentos ideológicos diversos que empujan en el mismo sentido y producen puntos de encuentro. Examinando el “programa” de Ingenieros para el amor, encontraremos que reproduce y anticipa los temas que ya vimos que dominan la colección. Examinaremos después varios autores que corporizan las ideas de Ingenieros, para dar una prueba más de esta función de “dirección” intelectual y moral. Veamos primero en qué consistía el programa de Ingenieros, y acerquémonos, hacia el final, al debate en el que intervino.

El amor según Ingenieros

Volviendo a los textos *sentimentales* de Ingenieros: ¿cuál es la concepción de los sentimientos (y del amor en particular) que aparece en sus textos publicados en esta colección? En “Werther y Don Juan”, Ingenieros establece que hay diferentes tipos de amantes y los extremos pueden representarse por los personajes del título. Las diferencias dependen de factores biológicos y sociales. Todos los seres humanos nacemos con determinado temperamento afectivo, que consiste en la herencia de “determinadas tendencias instintivas: la afectividad común a la especie y las variaciones de raza, sociedad, familia.” El temperamento es, entonces, “una predisposición inicial para desenvolver de cierta manera los sentimientos individuales. Las diversidades del temperamento revelan desigualdades hereditarias.” Ahora bien, la personalidad sentimental que se forja sobre la base del temperamento afectivo depende de la educación, es estrictamente relacional. Según Ingenieros, es “el proceso continuo de adaptación a los sentimientos ajenos”, mientras van transcurriendo las experiencias afectivas de la vida. Por lo tanto, hay variaciones y desigualdades a partir de aptitudes innatas (los caracteres sociales también pueden heredarse, según Ingenieros) y a partir de la formación que otorga la experiencia.

Ingenieros otorga una importancia fundamental a la educación sentimental que, por causa de la hipocresía social, no se lleva a cabo en forma sistemática. Al quedar librada al azar no solo hay muchos individuos que pecan por excesos donjuanescos o wertherianos, sino que además vamos por la vida aprendiendo “a los golpes”, adquiriendo “empíricamente” lo que bien podría adquirirse “con todas las ventajas de la disciplina racional.” Aun cuando, según la mayoría de la gente, “el sentimiento amoroso es un accidente del deber social llamado matrimonio”, Ingenieros considera que la experiencia forma el ideal amoroso y la personalidad amorosa, aunque nunca debe ser excesiva, pues demostraría la falta de maduración de la personalidad, que no puede fijarse en un ideal: “La educación sentimental es el resultado de múltiples ensayos [...] hasta que la experiencia se polariza por sí misma en un ideal estable.”

Todas las personas nacen con temperamentos opuestos (o Werther o Don Juan): Werther es pesimista; en él predomina la imaginación y la incapacidad para obrar. Piensa tanto que su acción se paraliza, “para ser feliz ensaya cuantos medios conducen a la infelicidad, goza de sufrir” y, aun cuando tiene a su alcance el amor de Carlota, “prefiere morir de un amor para el cual no sabe vivir.” Su amor aparece idealizado, esta pasión platónica solamente puede ser la fase inicial de un sentimiento que deberá transformarse en acción, de lo contrario, será un trastorno, será enfermizo. Aparece como un sujeto inofensivo, por ello es alabado por los varones, quienes, según Ingenieros, mienten, ya que todos prefieren ser Don Juan antes que Werther. Las personalidades afectivas pueden estar más o menos desequilibradas, según el equilibrio o desequilibrio que exista entre el instinto y el pensamiento. Ambos extremos de la serie, tanto Don Juan como Werther, son formas anormales “contrarias a los fines supremos del amor.”

En cambio, Don Juan es optimista, con una fuerte pujanza de los instintos y los sentidos y poca imaginación, es un hombre de acción que se mueve para lograr sus deseos. Don Juan es envidiado por ser exitoso. El personaje “es un revolucionario sentimental.” “Contra los dogmatismos que obstruyen la vida sentimental de la mujer, coartando sus derechos [...] Don Juan aparece como el ángel de la rebelión, instigador, justificador, redentor, apóstol, predicando los derechos de la naturaleza contra las coacciones de la sociedad.” Simboliza, frente a unas instituciones y unas costumbres que obstruyen el derecho de amar, su ejercicio y su reivindicación.

Ingenieros señala que los maridos burlados por Don Juan han inventado el mito hipócrita de que el “burlador” no ama a sus víctimas. Esto es una mentira evidente, pues no hay amor sin deseo, ni pasión sin sentimiento. Don Juan no es un depravado sensualista, sino un hombre que percibe el amor de las mujeres que lo desean y desea y ama a esas mujeres. La curiosidad de Don Juan es “infinita”, por eso seduce a mujeres que se entregan a él gustosas. Hasta que... se enamora definitivamente y esa mujer será la última de la serie. La psicología de Werther es más femenina y la de Don Juan, viril. “Los hombres parecen preferir una mujer con el corazón de Werther y las mujeres suelen optar por un hombre con la decisión de Don Juan”, antes que aburrirse con un abúlico.

No obstante, teniendo en cuenta que ambos personajes representan extremos no recomendables (justamente por ser extremos), la apuesta de Ingenieros es “ni Werther ni Don Juan”. Ahora bien, si el primer derecho de la vida es continuarse, Werther es un tipo que “conspira contra la humanidad”. Werther representa el “miedo de amar” y Don Juan la “necesidad de amar”, que se rebela contra el primero. Don Juan simboliza la primavera de los instintos; el aprendizaje, la experiencia que cuando llega a su madurez hará que sus sentimientos evolucionen. “Sus nobles atributos”, la reivindicación de la vida y el amor, harán de él un padre amoroso, así como fue un fervoroso amante.

En “La psicología de los celos”, la segunda publicación de la serie, señala que hay diferentes tipos de celos que se corresponden con diferentes temperamentos sentimentales. Los celos pueden ser “de imaginación” (cuando se duda sin pruebas y se teme el engaño que hiere su amor propio, como es el caso de Otelo), “de los sentidos” (no dudan, sino que tienen certezas, pero no pueden perdonar) y los celos “del corazón” (que “perdonan, pero siguen amando”). Los celos son prueba de que no existe indiferencia, pero no necesariamente amor. Los celos, la envidia y la emulación son sentimientos que pueden llegar a confundirse, pero “se envidia lo que otros tienen y se desearía tener, sintiendo que el propio es un deseo sin esperanza; se cela lo que ya se posee y se teme perder; se emula en pos de algo que otros también anhelan, teniendo la posibilidad de alcanzarlo.” A veces se confunde el egoísmo o la envidia con los celos, aunque solamente entre personas de distinto sexo puede haber celos. La única forma de celos que no es patológica, aun cuando es la más rara, es la de los celos del corazón, pues la persona que renuncia (no sin sufrimiento) al amor que no ha podido conservar es una persona digna, no desequilibrada o atormentada.

A veces los celos son la manifestación de la desigualdad entre los amantes: “sentirse inferior a la persona amada inclina a dudar constantemente de ella.” De allí que sea lógico que las mujeres sean más celosas que los hombres: “Ellas no pueden perseguir los honores, las riquezas y otros éxitos reservados al sexo viril”, por lo tanto “ponen lo más altivo de su orgullo en ser amadas como aman, polarizando hacia ese ideal único la parte más intensa de su vida.” Las mujeres equilibradas, aquellas que no experimentan celos, son más severas con la infidelidad. “por eso entre amantes que se merecen y no se celan, la infidelidad tiene por consecuencia única la muerte del amor.”

El tercer texto es “Cómo nace el amor”. Dado que para Ingenieros el sentimiento amoroso es una experiencia individual que se forma sobre tendencias instintivas, “existen tantos modos de amar como personas.” Por otra parte, las formas que adquiere el amor son variables históricamente y evolucionan con la sociedad en la que se manifiesta: Ingenieros no cree que “el hombre primitivo fuera capaz de amar con tanta nobleza y refinamiento como los hombres cultos de los tiempos modernos.” “La experiencia sentimental de infinitas generaciones hace nacer al hombre moderno con un instinto en que se resume y perfecciona la capacidad de amar de todos sus antepasados”: la herencia biológica de los instintos que se han modificado histórica y socialmente. Por esta razón, el amor nace de maneras diferentes según las épocas y los pueblos.

El amor puede presentarse cuando ambos miembros de la pareja están preparados para enamorarse y los “guía su *necesidad de amar*”, o cuando las personas no tienen aún su ideal definido, entonces, “las domina el *miedo de amar*”. El sentimiento amoroso y el contrato matrimonial no siempre coinciden porque “el deseo de casarse es independiente de la necesidad de amar; personas hay que se casan sin tener ideal y otras que por casarse lo sacrifican.” Hay mujeres inexpertas, dice Ingenieros, que no saben lo que desean y quedan cautivas del primer hombre que las seduce, pues aún no tienen formado su ideal. “Sienten la embriaguez de los sentidos y creen que eso es el amor”, que “cada festejante encarna su ideal”, dice el autor. Una vez que el flechazo se produce, tanto el hombre como la mujer pretenden que les entreguen pruebas de ese amor, sin embargo, es razonable que la mujer se entregue al amor más tímidamente, pues la prueba que debe dar ella es “decisiva y única”. Por eso las mujeres se resisten “bruscamente, para ponerse en estado de defensa y detener el impulso de la primera impresión”.

Cuando el deseo no se mantiene significa que “ha correspondido a un error del ideal”. Mientras que, si el flechazo se mantiene, es porque se ha iniciado por la inteligencia o por el corazón, no tanto por el deseo que inspira la belleza. Las mujeres bellas ejercen más resistencia a los deseos masculinos justamente por esta razón; al contrario, las menos agraciadas, tienen mayor seguridad de haber generado un sentimiento amoroso inequívoco. Además, en ellas es más seguro el amor porque no ha sido inspirado por el deseo físico y la belleza: Ingenieros alude varias veces al refrán “La suerte de la fea, la linda la desea”³³². Habrá que tener mucho cuidado, entonces, según el autor, de no confundir amor con deseo.

³³²Nosotros hemos tomado también este principio organizativo (refranero popular como tópico) para analizar el contenido del corpus.

Ahora bien, si pueden confundirse será porque se identifican. Ingenieros mismo ha dicho, a instancias del análisis del Don Juan que “no hay amor sin deseo y no hay deseo sin amor”. Entonces, ¿en qué se diferencian? ¿Son identificables o no? En todo caso, ¿vale la pena para Ingenieros establecer una distinción? Tal como hemos visto, Ingenieros no sortea este escollo, sino que sostiene una contradicción.

El último texto de la serie, “El delito de besar”, desarrolla cuáles son las circunstancias en las cuales un beso puede ser considerado delito. Para ello distingue entre beso “casto” y “de amor”. En general, los primeros se dan en el ámbito de la familia, pero particularmente entre personas con un alto grado de confianza o costumbre, puesto que “el amor no es imposible entre consanguíneos.” Solamente en los besos castos puede considerarse el consentimiento tácito. El beso de amor consentido o recíproco, “entre personas que tienen responsabilidad de sus actos”, no solo no es delito, sino que es la manifestación natural del amor que ambos se profesan. “El beso simultáneo es una promesa hecha al deseo recíproco”. Los besos de amor pueden ser de diversos tipos, con infinitos matices, desde la ternura hasta la sensualidad.

Ahora bien, el beso puede ser considerado un atentado al pudor o a las buenas costumbres si se realiza sin el consentimiento expreso de la persona besada, en especial si el beso se da en público. Además, puede ser el episodio inicial que desencadenará un delito: una seducción, un rapto, un adulterio. Según Ingenieros, es imposible “tener siempre verdadera certidumbre del consentimiento”, pues el primer beso de amor no podría ser nunca dado si se esperara o “exigiera un permiso expreso y formal”. “Es simple cuestión de tacto y de prudencia el saber en qué momento el corazón pide que sí”, en oposición a las “normas que gobiernan el orden y el decoro de las familias”.

Como médico está en contra de limitar higiénicamente las manifestaciones del amor, pero acuerda con las limitaciones legales y las impuestas por las costumbres. Uno de los atenuantes de los besadores acusados de algún delito es la belleza provocadora, que genera tentación y ha llevado a besar irresistiblemente. Obviamente, al considerar la belleza como motivo suficiente, y no la voluntad o el consentimiento de la mujer, convierte a la víctima en victimaria. No se sabe, sin embargo, dónde empieza y termina el humor, puesto que Ingenieros insiste en que la ofensa del beso puede ser reparada pecuniariamente, pero como el daño moral no siempre puede compensarse con dinero,

“podría autorizarse a la ofendida a devolver el beso que no ha deseado recibir, imponiendo al besador la obligación de soportarlo. Pues, al fin y al cabo, un beso suele ser un homenaje más que una ofensa, por lo menos en la intención de quien lo da; y si quien lo recibe tiene la ingratitud de no quererlo... que lo devuelva.”

Si bien Ingenieros retoma el discurso médico (lesiones físicas y psicológicas) y el discurso legal del Estado burgués (sentencias, cortes, tribunales, artículos, códigos, procesos, edictos policiales), en la conclusión muestra sus reservas con relación a las limitaciones legales, morales y médicas para la

manifestación más genuina del amor. El humor es la forma en que Ingenieros exhibe su crítica a la moral y las leyes como límites para el derecho de amar.

Por otra parte, cabe aclarar que, en los cuatro textos, Ingenieros utiliza siempre como ejemplos textos literarios u obras de arte. De allí toma sus modelos. En este texto cita a Góngora, Propertio, Marcial, Ovidio, Catulo, Cyrano, Ronsard, D'Annunzio, Dante. El arte es social y enseña cómo amar y muestra cómo se ama en determinada sociedad.³³³

El *Tratado del Amor* se completa con otros textos no publicados en *La Novela Semanal*, en los que Ingenieros analiza diferentes aspectos (histórico, sociológico y moral) del amor. Así, señala cuáles son las características del amor en la Antigüedad griega: el amor homosexual es una metafísica de la belleza y se desprecia el amor de la mujer (solo necesario para la reproducción). Ingenieros critica esta concepción griega del amor: “El amor es un sentimiento de preferencia individual que en circunstancias especiales un ser humano siente por otro determinado, de sexo complementario, para satisfacer las tendencias instintivas relacionadas con la reproducción de la especie.” (Ingenieros 1956: 53)

Esto significa que, para el autor del *Tratado*, el amor es un instinto (a veces aparece como “sentimiento”) cuya base es otro instinto (el sexual), pues depende directamente de la necesidad de reproducción. Por lo tanto, el amor es siempre heterosexual. Ingenieros sanciona la homosexualidad (“monstruosidad sentimental” que debe ser censurada moralmente), pues el sentimiento debe asentarse “sobre las bases naturales de la conservación de la especie” y la conyugalidad es la “orientación normal del instinto”. El amor es la base de la conservación de la especie; por eso, entre los enamorados se produce selección sexual, pues se elige al que se considera mejor para la reproducción. Así los herederos recibirán las mejores características. Según Ingenieros, las preferencias individuales a la hora de elegir pareja no están en absoluto exentas de un sentido y necesidad eugénicos.

Ingenieros intenta distinguir el instinto sexual del amoroso. El deseo sexual y su satisfacción placentera son condición *sine qua non* para que se desarrolle el instinto de amar. El sexo responde a la necesidad corporal; el deseo de amar, a una necesidad psicológica. La presencia de este rasgo psicológico es un rasgo de evolución, un deseo lleva al otro, el sexo se implica siempre en el amor. “El ‘ideal amoroso’ que cada uno construye es una hipótesis individual, más o menos consciente, acerca de la perfección eugénica complementaria”, pues “amar implica elegir para procrear mejor”. Intenta establecer una distinción entre ambos instintos infructuosamente, pues uno se deriva del otro y se implican mutuamente.³³⁴ Sentir el impulso sexual lleva a amar a la persona con la cual se pretende procrear, así como no existe forma de amor que no lleve a la relación sexual, salvo que sea patológico.

Ahora bien, como este ideal eugénico reproductivo al que tiende el amor está atravesado por necesidades y convenciones sociales, se pone en juego otro sentimiento (o instinto): el de la

³³³Cfr. la obra de Freud, quien, al igual que Ingenieros toma la literatura como prueba de su sistema teórico.

³³⁴Ingenieros critica a Schopenhauer diciendo que el filósofo no distingue un instinto de otro.

domesticidad.³³⁵ Las condiciones sociales (para Ingenieros van desde la herencia patrimonial, la propiedad privada hasta la necesidad de las crías humanas de ser cuidadas por un largo período después del parto) han hecho que el amor esté sometido al matrimonio monogámico e indisoluble. Esta institución contraría la naturaleza del amor, que no es eterno ni exclusivo. El instinto maternal también deviene del instinto de reproducción. Según Ingenieros, el amor (instinto) maternal y el matrimonio no forman parte de la esencia humana, sino que son un desarrollo social. Sin embargo, la mujer que al amor no se asoma es considerada por Ingenieros como un personaje enfermo desde el punto de vista sentimental. Así lo observamos en el análisis que hace del personaje de Hedda Gabler (de Ibsen): ser una “mujer fuerte” no está mal si la fortaleza significa “la que sabe amar más, la mejor compañera, la mejor madre, la mejor ciudadana, la que posee en más alto grado los sentimientos necesarios para aumentar la felicidad de los que la rodean, en el hogar y en la sociedad, pues de ello depende su propia dicha.” Puede además poseer una inteligencia superior, pero debe estar puesta al servicio del bien, del amor. Hedda Gabler “carece del instinto que embellece toda la vida de la mujer”, no tiene “alma de madre.” Esta teoría del amor como reproducción (y más allá de la lucha ideológica que encara Ingenieros contra las instituciones y la hipocresía social) mantiene a cada uno de los sexos en su rol genérico establecido: la mujer debe ser madre y tener desarrollado ese instinto, concomitante con el deseo de reproducción (sexual en el varón). Obviamente, esto no implica que el instinto maternal deba ser mantenido y respetado para todo el resto de la educación y crianza del hijo, pues solo está ligado a la sexualidad.

Los celos, el adulterio, la prostitución, los amores en contra de las leyes son producto de esta construcción social que favorece el patrimonio, los intereses y, por lo tanto, el matrimonio monogámico e indisoluble, antes que el matrimonio por amor. La moralidad es una experiencia histórica y, consecuentemente, variable. Dice Ingenieros que el derecho de amar está cercenado por las leyes, las costumbres y la religión; dado que ese derecho no puede desaparecer, la sociedad debe aceptar (lo cual demuestra un alto grado de hipocresía) que suceda todo aquello que sanciona. Si amar es un delito que va en contra de las costumbres y la moralidad, que se haga, pero que no se sepa. “No pudiendo defender la moral, la sociedad acentúa su defensa de la hipocresía. El respeto a las apariencias se convierte en culto.”

Ingenieros confiaba en la transformación progresiva de la sociedad; consideraba que la sociedad se modificaría progresivamente hacia la eliminación de la subordinación de las mujeres a los hombres (estructura conocida actualmente como *patriarcado*) y que esos cambios serían irreversibles: el acceso a la educación y al trabajo para las mujeres les daría la posibilidad de ubicarse en otro lugar, no solamente dentro de la sociedad, sino dentro de la familia. En principio, se modificarían las costumbres (la realidad siempre se adelanta a la moralidad imperante), luego esas presiones se trasladarían a las leyes y, por

³³⁵“El Instinto Doméstico es el conjunto de hábitos sistematizados hereditariamente en una especie para que sus individuos se adapten eficazmente a las condiciones de vida familiar más adecuada a la protección de los hijos.”

último, se modificaría la moralidad “antigua”. Ingenieros no acuerda con el amor libre, sino que cree que el matrimonio evolucionará hacia un

“contrato civil entre partes jurídicamente iguales, asociadas con fines de bienestar y de felicidad común, con deberes y derechos equivalentes. Ninguna ventaja habría en que los cónyuges renunciaran al derecho de reparar un error posible en el momento de asociarse; siendo falibles todos los seres humanos, parece natural y justo que pueden separarse cuando la experiencia les demuestre que la asociación ha sido perjudicial.”

Considera también que la indisolubilidad del matrimonio lleva a que la realidad plantee “problemas terribles”. Ingenieros no solo hace la apología del matrimonio civil (con contenido específicamente reproductivo) que pueda disolverse, sino que revela el individualismo de esta concepción tan restringida del amor. La mayoría de los temas de los desencuentros amorosos de las novelas semanales tiene como eje esta serie de preguntas que funcionan como obstáculo para obtener la felicidad por la vía del amor de pareja. Ingenieros también ha caracterizado el otro gran conflicto que aparece en las novelas del corpus: el casamiento por interés, por causa de las presiones sociales, situación en la cual el amor y el matrimonio no coinciden. Estas presiones y la necesidad de mantener las apariencias son la causa de la prostitución o el adulterio, por ejemplo.

La familia también experimentará cambios pues apuesta a la socialización de los deberes familiares, que liberará tanto a los hombres como a las mujeres. En la sociedad futura el amor podrá ser ejercido libremente, pues el cuidado y la crianza de los niños, de los ancianos y de los “hijos malsanos” será una responsabilidad social. El amor funcionará entonces como la forma que corresponde a la elección eugénica.

Aunque Ingenieros considera que tiene una concepción no dogmática, científica y social del amor, podemos señalar las siguientes conclusiones a partir de la lectura de los textos: a) el concepto de amor es muy restringido y excluye todos los sentimientos que no estén ligados a la reproducción (amistad, amor filial, amor fraternal, homosexualidad); b) considera cuáles son las limitaciones y condicionamientos sociales que tiene el amor (domesticidad, maternidad) pero no deja de ser, fundamentalmente, una concepción biologista fundamentada en la teoría evolutiva con influencias lamarckianas (transformismo); c) Ingenieros es, desde el punto de vista político, un reformista liberal de izquierda que apuesta a la transformación social de la familia monogámica y patriarcal por la vía de la educación, de la emancipación de la mujer (instrucción y trabajo) y la reforma legislativa paulatina (sufragio femenino y divorcio). Esto llevará a un matrimonio de amor, electivo, la opción “erótica” que será la garantía de buena elección eugénica (fundado en b), y d) la domesticidad en la sociedad futura desaparecerá, pues los deberes domésticos estarán socializados.

Ingenieros no tiene en cuenta la lucha de clases, por eso no considera la explotación como un obstáculo para la emancipación definitiva de la mujer (y del varón, por supuesto) sino que, por el

contrario, ve el trabajo como una vía de liberación. Por otra parte, confía en la “evolución natural y progresiva” de la sociedad por la vía parlamentaria y jurídica.

El maestro de los sentimientos

Ingenieros escribe textos con la intención de realizar un análisis científico de los sentimientos. Sus textos programáticos publicados en *La Novela Semanal* permiten una lectura crítica del corpus, pues la intervención de la ciencia en la ficción tiene como función producir un campo crítico. Así como en el naturalismo y el realismo los personajes lúcidos, los médicos, los docentes, los científicos, exhiben el procedimiento de verosimilización para convertir al texto de ficción en un momento del proceso de enseñanza-aprendizaje para el receptor, un momento de discusión con su experiencia de la realidad, de confrontación del verosímil con lo posible y con la realidad, la inclusión de Ingenieros apunta a una pedagogía del sentimiento. Estos textos científicos (o pretendidamente tales) con intención didáctica ordenan por contigüidad una lectura crítica de las pasiones. En este caso, esta intervención parece *externa* si se considera cada texto por separado, pero es *interna* si se toma el conjunto de la colección.

Por otra parte, y como hemos concluido en el capítulo anterior, lo que *LNS* dice, su programa, es básicamente, el de Ingenieros. En efecto, como vimos en los dos capítulos anteriores, el amor en *LNS* es un valor en sí mismo, se vincula con la sexualidad en forma natural, se opone a los prejuicios sociales, prescribe una normativa para los amantes basada en el respeto mutuo y constituye un vínculo que no debe ser constreñido por las formas legales. Casi se diría que aquello que hemos denominado el “Buen Amante”, es un remedo del Don Juan madurado por el aprendizaje del amor, la expresión, al mismo tiempo, de esa “aristocracia del mérito” que reivindica Ingenieros y que se construye contra el poder de las instituciones y del dinero. El Buen Amante pequeñoburgués es el alter ego del intelectual que se ha hecho a sí mismo, que enfrenta a los poderes estatuidos en alianza con las clases populares contra la expropiación de los depredadores sentimentales y sociales.

Más allá de si los editores Sans y del Castillo se propusieron intervenir políticamente en el tema sentimental, lo que queda claro es que objetivamente su colección es un corpus serio de discusión teórico-política acerca de la educación sentimental. No se cuentan allí “solamente historias de amor”, sino que también se brinda la reflexión sobre ellas. Al contrario de lo que pretende Sarlo para la novela *rosa*, la teoría de Ingenieros destruye el espíritu consolatorio o conservador (del tipo: enamoramiento, obstáculo, resolución mágica o resolución trágica); es anticlimático. La misma función cumplen las novelas de tesis que, al exhibir el programa, se proponen enseñar al receptor de manera crítica a través de la puesta en cuestión, antes que domesticar (dominar) a un lector (obrero) ingenuo. Si los textos de Ingenieros no constituían el único programa de la colección, es indudable que otros autores le otorgaron la suficiente importancia como para entablar con él un debate, implícito la mayor parte de las veces, casi explícito en alguna ocasión.

Los representantes literarios del programa de Ingenieros

Los autores elegidos a continuación representan posiciones afines con la concepción amorosa de Ingenieros. No se trata de una afinidad política (algunos son radicales, otros católicos, otros anarquistas), ni siquiera de un reconocimiento explícito de alguna influencia intelectual. Se trata de una “afinidad electiva”, es decir, piensan de modo similar por ubicarse dentro del mismo campo político-intelectual.³³⁶

César Carrizo (o las virtudes de la amante)

César Carrizo, a quien ya conocemos, podría ser considerado el principal representante “ficcional” del programa de Ingenieros. Escritor, dramaturgo, periodista y profesor riojano, nacido en 1888, publicó en revistas prestigiosas, como *Mundial*, de Rubén Darío, y obtuvo premios literarios por su labor en poesía. Muy conocido en su época, en el corpus está presente repetidas veces, amén de participar de todas las otras colecciones que son básicamente “colectoras” de *LNS*. Católico radical, Carrizo expone una concepción del amor afín a la de Ingenieros.

La ya mencionada “Ramo de pasión”³³⁷, por ejemplo, expone el conflicto entre domesticidad y amor-pasión. Es la historia del enfrentamiento entre dos mujeres en la vida de un médico, el doctor Ábalos; una representa el matrimonio, la legalidad, la obligación, pero es una mujer hueca, sin sentimientos, solo tiene aspiraciones materiales. La otra es la vida, el sostén, lo prohibido por la ley, aquello que corresponde atender si no perdemos de vista los sentimientos. El doctor tiene un “espíritu múltiple” y convoca a su alrededor a “varios intelectuales, periodistas, abogados, médicos jóvenes, pintores, músicos, atraídos por la bella amistad.” Son los amigos y admiradores de un personaje brillante y lúcido. Las tesis del doctor Ábalos son significativamente similares a las de Ingenieros; igual que Ingenieros, el protagonista interpreta la sociedad desde la perspectiva médica, una sociedad enferma que produce enfermedades, pero para Ábalos, la causa está en el avance y el progreso (a diferencia de Ingenieros, para quien la causa es la acumulación parásita o la mediocracia):

“Esto marcha mal. La avariosis, la bacilosis, la neurastenia, la lepra, el cáncer, las perversiones morales y sexuales avanzan a pesar de la ciencia y del consejo médico. Y, admírense ustedes: avanzan en razón directa al cuadrado del progreso y de la civilización.”

Carrizo plantea de este modo la oposición entre sus dos mujeres:

³³⁶Tomamos el concepto de “afinidad electiva” de Michel Löwy: *Redención y Utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997.

³³⁷*LNS*, n° 232.

“¿Dónde está el verdadero amor: en la mujer que va al holocausto con la fe de los mártires y se quema en la llama viva del dolor de amar, o en la otra que se entrega previo un seguro de la vida y a raíz de un contrato matrimonial? ¿Y cuál de las dos merece ser amada: aquella que nos alienta y consuela, y hace de la pasión un culto, o ésta que, armada con los derechos que le conceden la ley y el prejuicio social, nos grita, nos aturde con sus majaderías y cree que el marido es un buey condenado a arar siempre?”

La balanza del texto se inclina hacia Leonor, la amante, quien luego de la muerte del doctor, gana la batalla por mantener vivo el recuerdo de su amado. También se señala en este texto la crítica a la hipócrita moral burguesa que no permite la educación sentimental, pues tiene intereses materiales que superan a los sentimientos: “esto de la familia, de la esposa y de los hijos es casi siempre la vanidad, el egoísmo, el prejuicio y el interés, vestidos de legalidad, y llevados al refinamiento más acabado. Pocas veces en este negocio intervienen el corazón y priman los sentimientos.” Aún más, redobla la apuesta: “El matrimonio, con excepciones contadas que no pasan del uno por ciento, es una lotería, una ruleta. Hombres y mujeres confiamos en el azar antes que en el sentimiento; y éste es el cáncer terrible que está minando a nuestra generación.” A pesar de todo, el doctor no se animará nunca a romper con su familia, mostrándose más cerca de Werther que de Don Juan.

Josué Quesada y las contradicciones de un nietzscheano en el torbellino de la crisis

Un personaje controversial, Josué Quesada, se presta para la mala interpretación. Filosóficamente liberal nietzscheano, políticamente cercano al radicalismo, ideológicamente conservador, fue, como ya se dijo, secretario de Manuel Carlés, participó de la Liga Patriótica y llegó a escribir una “novela semanal” defendiendo la represión de las huelgas de la Patagonia. Un verdadero profesional de la pluma. Escritor prolífico, sus “novelas” se encuentran en casi todas las colecciones del período, incluso en *LND*, con y sin seudónimo, adoptando posiciones ideológicas muy diversas. Resulta fácil, entonces, sacárselo de encima y sumarlo a la lista de los escritores reaccionarios o conservadores que escribían “novelitas” con esa carga, apta para un público sentimental y en busca de consolación. Como veremos, el asunto no es tan sencillo.

Ampliaremos ahora acerca de “La costurerita que dió aquel mal paso...”. La novela cuenta las historias cruzadas de María Luisa y de Esther, como vimos en el capítulo 7. La historia de Emilio, el hermano de María Luisa, es ilustrativa de las diferencias entre varones. El joven pasó, gracias a su entereza y su defensa de los débiles, de la vida anónima a los carteles de propaganda política. “En el partido de los obreros, un joven había perfilado los rasgos de una inteligencia despierta y ágil. [...] Fue siempre un temperamento independiente el suyo, desde que tuvo uso de razón, campeó por sus cabales, dejó los estudios, aprendió cualquier oficio, y siguiendo las inclinaciones de su carácter, frecuentó las bibliotecas obreras. Allí, bebió en todas las fuentes las ideas más extrañas.” Un episodio de la conscripción lo convirtió en un personaje admirable y admirado por las muchedumbres obreras: en el cuartel le cortaron la “melena socialista” y luego de sufrir diversas humillaciones, un día en que se le

permitiera la salida, publicó en un diario socialista una nota en la que denunciaba “la ‘vida perra’ que llevaban en el cuartel; el mal trato de algunos cabos y sargentos; la falta de alimentación y los trabajos desagradables a que le obligaban. Y para rematar la nota, agregaba que un sargento apellidado Jalil [...] castigaba a los reclutas con su sable.” Cuando se supo de la nota, se produjo un gran revuelo en el cuartel. Luego de eso, el muchacho enfrentó al sargento y por ese motivo fue sometido a un juicio militar. Aun cuando quiso que lo defendiera el Dr. Palacios, solo podía ser un militar el defensor. María Luisa fue al cuartel para ver qué podía hacer por su hermano y habló con Carlos Lima, quien le ofreció ayuda. Luego vendría la absolución de Emilio y su candidatura: sería “diputado por el partido de los obreros”. En tanto, María Luisa³³⁸ conoció a Esther, quien (como vimos) había sido prostituta y le ofrece trabajo como sombrerera. Ya habíamos anticipado que al joven rebelde no le importaba el pasado de dolor de la joven, siempre la consideró su compañera. Mientras tanto, la gratitud de María Luisa hacia Carlos fue llevándola al amor. Cuando la chica creyó haber obtenido la felicidad, él la abandonó. María Luisa se sentía desfallecer: “Soy menos que Esther. [...] Ella va a casarse con Emilio. Él la elevó del fango hasta su corazón.”, pensaba. Emilio, “casado con Esther, era feliz como lo había supuesto. Nada le faltaba ya por conseguir, dentro del límite de sus aspiraciones obreras.” Esther le impuso a su cuñada que fuera fuerte y que olvidara a Carlos, que no la merecía. Sin embargo, María Luisa no soportó el dolor de haber entregado su pureza a un hombre que había abusado de su bondad y de su amor y se suicidó.

Tanto Esther como María Luisa *han caído*, pero la primera se salva y su cuñada no. ¿Por qué sucede esto? Hay algunas diferencias entre ambas, pues Esther tiene experiencia de la vida, los hombres y el amor; en tanto María Luisa ha idealizado el amor y la entrega amorosa, cree (como su madre que es “fervorosa cristiana” seguramente le ha enseñado) que la virginidad es la virtud primordial en la mujer. Esther es más realista porque se enamora de un hombre de su misma clase, que es bueno y la acepta tal como es, con su pasado y con su deseo de trabajar y de vivir. María Luisa se equivoca al entregar su amor a un hombre que era “la antítesis” de su hermano. No tanto porque las mujeres fueran diferentes, sino más bien porque las elecciones amorosas que ambas hacen son diametralmente opuestas es que la suerte que se les presenta para el futuro es trágica en un caso y afortunada en el otro. En la elección del amor se juega la felicidad de las mujeres obreras. La mujer solamente puede lograr la dicha si se respeta a sí misma, si no se prostituye. En este caso, prostituirse no es la situación por la que ha atravesado Esther, que lo ha hecho por necesidad, sino la entrega de María Luisa que, sin “necesidad” alguna se entrega a su enemigo de clase. Significa entonces que, si Carlos es la antítesis de Emilio, es porque Emilio es el paladín de la causa obrera, en tanto Carlos es el representante de la causa burguesa. La conjunción de militarismo y clericalismo asociados a la política burguesa son fatales para la felicidad de la mujer obrera. La pedagogía de la literatura popular retoma otra forma que ya había enseñado este tópico antes; Evaristo Carriego y su poema y el tango con su letra que ya estaba instalado en la memoria y la experiencia de la vida de los receptores. Después de todo, en ese año se había producido la masacre

³³⁸María Luisa era primera oficiala en costura.

más grande que, en pleno corazón del país, llevó adelante un gobierno “democrático” (burgués) en contra de la clase obrera.

La obra que caracteriza mejor tanto a Josué Quesada como al programa amoroso de Ingenieros y de *LNS*, tanto por su éxito editorial como por su temática, es “La vendedora de Harrods”. Ya hemos hablado de ella y no abundaremos aquí. Solo diremos que, para Quesada, el amor es una relación entre iguales y esa igualdad solo puede fundarse en la vida material: el “amor triunfa”, tal el título de la conclusión de la historia inicial, cuando su protagonista femenina ha construido una vida propia, es autosuficiente económica y sentimentalmente, es decir, se iguala al varón. El amor es cosa de iguales.

Juan José de Soiza Reilly, el amor y la vida social

Soiza Reilly, un verdadero obrero de la pluma, es probablemente el autor con más conciencia de la vida política y social en la cual se enmarca el amor. Soiza es un escritor “popular”. Porque es un escritor populista. Un escritor populista es aquel que reflexiona sobre las “experiencias del pueblo”: para reflexionar sobre estos problemas hay que colocarse en ese campo, es decir, aceptar que ser un escritor proletario no está tan mal, que el núcleo de problemas dramáticos que se privilegia no son los problemas de la pequeña burguesía intelectual. No por casualidad, tuvo dos momentos de “gloria”, coincidentes con gobiernos populistas, Yrigoyen y Perón. Escritor para las masas que no pretende ser burgués, populista conforme con su situación de proletario de las letras, Soiza escribe dramas para “la gente común”, es decir, para el proletariado o para la pequeña burguesía sin pretensiones. Ya nos hemos referido a “Un hombre desnudo”, entre otras novelas de su autoría. Allí la *cuestión social*, tema favorito de Soiza, aparece en primer plano, expuesta políticamente en clave anti-burguesa.

El relato comienza con una conversación en el Jockey Club. Uno de los personajes sostiene que el maximalismo no tiene futuro en nuestro país pues es un país rico. Pone como ejemplo a los allí presentes. Sin embargo, uno de los aludidos responde, en sentido contrario: “nosotros somos los menos. Somos la excepción, y siendo la excepción, nos aislamos en las suntuosas salas de este club para arreglar el mundo, mientras nos divertimos con el póker. Pero... ¿y fuera del club? [...] ¿En los barrios pobres?” La asociación entre este planteo completamente realista, una política de izquierda y la identificación con la figura del escritor revela el campo social en el que Soiza se coloca y la alianza que propone con sus lectores: “Estoy por creer que está ud. envenenado por la filosofía de Lenin. Sería curioso que un millonario argentino, y además médico de talento como ud. tuviera ideas de vagabundo lírico. ¡Tiene ud. ‘ideas de escritor’!” En realidad, este personaje es todo lo contrario de lo que se lo acusa. Representa, en la trama política de la novela el papel del burgués consciente. En ese momento un empleado del Club le avisa que lo busca una comisión de obreros. Mientras se retira hace una última recomendación: “¡Ojo con los obreros! A uds. puedo conquistarlos con caramelos de palabras. A los obreros es menester conquistarlos con la sinceridad.” No está muy lejos del paternalismo yrigoyenista-peronista al que fue

fiel Soiza toda su vida. Si recordamos el final de la novela, comentado más atrás, el amor y la justicia social van de la mano. Amar es posible cuando se sostiene una vida “digna” y ello se consigue solo con cierto bienestar material. Soiza es quizás el autor que mejor expresa la alianza social de la que hemos hablado.

Héctor Blomberg, el amor en el subsuelo

Blomberg, cuya popularidad se debe más al tango que a la literatura, es quien con más consecuencia explora la relación entre economía y amor. En novelas como “El chino de Dock Sud”, “Las cigarras del hambre” o “Los errantes” describe los bajos fondos, la miseria, la vida en el margen, los aventureros en busca de un batacazo desesperado³³⁹, en un registro que parece remitir a Gorki. En “El idilio de Simón”, Blomberg relata una historia de amor en el peor de los mundos: una mujer víctima de trata de personas para explotación sexual, rescatada por un borracho perdido, a su vez rescatado por ella de su dependencia alcohólica.

Simón ayudó a la muchacha, Irene, desinteresadamente, a escapar de sus captores. Hospitalizada, la cuidó y, cuando ya estaba por salir, le dejó un mensaje que demostraba su cariño genuino: “Espero que encuentre trabajo y algún día un hombre que la quiera de veras.” Sentía que ese hombre no era él, un simple borracho, cuyo mayor acto de amor era no obligarla a nada. “Todo el día se lo pasó bebiendo”, nos informa el narrador. Cuando se le terminó el dinero, volvió a su cuchitril decidido a dar fin a sus dolores: se colgó de una viga del techo. En ese momento llegó Irene, que lo había estado buscando todo el día. Ella lo veía de una manera distinta. Para ella, él era un santo, que la había cuidado, le había dado su dinero y la había salvado de esos miserables. Lo abrazó:

“Por segunda vez en su vida, Simón sintió que algo insólito y extraño se agitaba en sus alcoholizadas entrañas. [...]

–No quiero que me abandones... Quiero estar siempre contigo, Simón. Yo seré tu mujer, tu hija... No te emborraches más...

–Nunca más -aseguró Simón Bordenave.”

³³⁹“Algunos de esos lugares típicos, personajes del puerto, soñadores y vagabundos, inspiraron poemas que integraron los libros escritos por aquellos años, dignos del recuerdo, [...] “Bajo la Cruz del Sur”, “A la deriva”, poemas porteños, junto a otra serie de cantos de clima foráneo, inspirados por puertos de todo el mundo desde el Cabo a Singapur, desde Bombay a San Francisco...”, así lo reseña Raúl González Tuñón a Blomberg, “el poeta del puerto”, quien había mostrado esos lugares y personajes que lo habitaban como ningún otro poeta antes en nuestra literatura. En su narración de la bohemia artística de los 20 y los 30 aparecen como personajes importantes Blomberg (quien sería uno de los fundadores de SADAIC), Enrique Richard Lavalle (organizador de tertulias y de la peña El Infundio que funcionaba en “Re dei Vini”, cantina italiana del hotel del mismo nombre) y Enrique González Tuñón. En ese contexto, remarcaremos un detalle no menor de esta reseña: José Ingenieros también había sido de la partida. Un personaje, como dijimos, faro catalizador en el campo intelectual de su época. Así lo cuenta González Tuñón: “Fue en ese ‘Re dei Vini’ que ya no existe –allá en Córdoba y el entonces Paseo de Julio – donde los jóvenes “martinfieristas” organizaron una comida en homenaje a Pettoruti, quien por entonces –fines de 1924 o comienzos del 25– había alborotado el ambiente artístico con su primera exposición de pinturas de vanguardia. [...] entre los asistentes a esa comida figuraban José Ingenieros –desaparecido poco después–, siempre alentador de las empresas juveniles.” (González Tuñón 2012)

Esta escena culminante de aquel tópico que denominamos “el amor salva” distingue las historias de Blomberg. Es posible amar en la miseria. En los momentos más desesperados, el amor salva, como a los protagonistas de “Los pájaros perdidos”. Un joven artista empobrecido, que ya no quiere vivir más, se encuentra fortuitamente con una mujer sola, madre soltera y abandonada. La muchacha, que no cree en esa posibilidad, intenta suicidarse. La busca desesperadamente hasta que la encuentra, internada en un hospital. Lerena la convence y van a vivir juntos a una pensión, pero su situación económica no mejora: “El único trabajo que conseguía eran algunas traducciones mal pagadas que en nada aliviaban lo angustioso de la situación.” Irene continúa con su voluntad suicida. Deja una carta y se marcha. En la escena final, ella va al cementerio donde está enterrada su pequeña hija, muerta de pulmonía mientras ambas deambulaban sin destino en medio de un crudo invierno. Otra vez, él la busca y la encuentra. Un antiguo amigo le ha conseguido un buen empleo: la dirección de una nueva revista. Llega a tiempo y rescata a su amada: “La tempestad había pasado. Los pájaros perdidos habían encontrado el nido.”

Es posible amar en la miseria. El amor salva a los amantes, los sostiene, es antídoto contra la muerte, aun en las peores circunstancias. Blomberg encarna en estas novelas, quizás con mayor energía que cualquier otro, ese elemento del corpus que define al amor como una fuerza positiva, que no solo debe ser liberado de ataduras, sino que es también un instrumento de liberación. En línea con Soiza Reilly, Blomberg es quizás el que más lejos llega en la tarea de darle al programa amoroso de Ingenieros una carnadura social concreta. Se diría que hace el análisis de clase que Ingenieros no aborda. Desde este punto de vista particular, Blomberg es capaz de enfatizar, en ese programa, aquello de lo que ya habla Soiza: la realización del amor depende de una transformación social. Es lo que proclama, al final, Canseway Britos en “Amor y bolcheviquismo” y que, en formas más o menos enfáticas, constituye un tema subterráneo que recorre todo el corpus.

2. Los programas disidentes

Como dijimos, hay en el corpus otros programas. De todos ellos, destacamos dos, por su originalidad y por su influencia. El primero es el caso de Pedro Sondereguer: el amor como instinto. El segundo, Marcelo Peyret: el amor como cualidad aristocrática.

Sexo, mentiras y política

Como acabamos de decir, hay otros autores que expresan concepciones muy diferentes. Son menos importantes, cuantitativa y cualitativamente hablando, en el corpus, pero muestran que hay un clima de debate en la época. Es decir, que el amor es terreno de discusión. Una intervención particularmente poderosa, por lo disidente y por lo audaz, es la de Pedro Sondereguer.

Sondereguer va a colocar al amor en abierta clave biológica y disruptiva. El amor es una fuerza poderosa, imposible de dominar y que expresa, sobre todo, el lugar del poder. En el corpus que estamos observando, la educación sentimental aparece de tres maneras diferentes: una, en forma de teoría (los ensayos de Ingenieros); otra, en ficciones cuya apariencia no es de tesis porque no se proponen a sí mismas como tales; por último, las ficciones que aparecen en forma explícita como *de tesis*. En ellas se expone una tesis social y la narración será el ejemplo que sirva de comprobación para la tesis. Las novelas de Pedro Sondereguer pertenecen a este campo.

En “El instinto”³⁴⁰ seis hombres y una mujer, ligados de una manera u otra al poder, discuten acerca del instinto sexual; unos dicen que es superior en el hombre, otros que en la mujer. También intentan dilucidar si en la mujer hay otros instintos más importantes que el instinto sexual. La historia que cuenta la mujer vale como ejemplo para responder a las preguntas planteadas. Amalia dice: “La naturaleza que es ciega se suele exceder en sus propósitos. Mi existencia demuestra que es imposible luchar contra el instinto.” Ella ha cometido incesto con su hijo, a quien no conocía porque lo había entregado a una familia sustituta. Demuestra con ello no solo que el instinto sexual es superior a cualquier otro, inclusive el maternal, sino también que es tan importante en las mujeres como en los varones. Con todo, lo más transgresor es la tesis de que la maternidad (aunque aparezca como un instinto, de menor importancia que el sexual) es, en realidad, una construcción, antes que un instinto, tal como se deduce de la situación. Madre no se nace, se hace, por eso Amalia no reconoció a su hijo: “la voz de la sangre es un mito”.

Cerca de Ingenieros, lejos de Ingenieros: para Sondereguer el instinto sexual es el más importante (la supervivencia de la especie por la vía de la reproducción, tesis que suscribiría el propio Ingenieros), pero la historia demuestra (y no solo con el episodio que relata Amalia) que en las relaciones entre hombres y mujeres no hay nada para aprender. Todo es instinto, nada se modela con la educación, ni la sociedad. Esta es la gran distancia entre Ingenieros y Sondereguer.

En otra novela, Sondereguer continúa con esta línea de desarrollo. “El hambre” es una tesis sobre la pasión amorosa y el matrimonio. La pasión pierde a los involucrados en ella y el matrimonio es una convención social en la cual se demuestra el dominio de la mujer sobre el hombre. Ellas son las que se quieren casar y ellos aceptan... Rodrigo Clever, el *alter ego* del autor, escritor de algo más de 30 años, envidiable celebridad y curioso de todas las ciencias, es en esta ocasión el cínico portavoz de la tesis de la novela, quien la expone en medio de una situación muy a propósito: los personajes están en una iglesia a punto de presenciar el matrimonio entre un político eminente, Juvenal Reyser, y una joven culta y hermosa, Marta Rigau (también personaje de “La voluptuosidad...”). Aunque el narrador afirma que ambos pertenecen a la “clase acaudalada de Buenos Aires”, en realidad los caudales de Reyser estaban siendo obtenidos por la vía matrimonial: la que tiene dinero es ella. Rodrigo Clever cuenta a los invitados la historia de Horacio Garza y Rosa de Marbi. Pasan hambre, no tienen dinero, ella queda embarazada y

³⁴⁰LNS, n° 10.

decide ir a ver a su ex marido para pedirle dinero. Debe acostarse con él a cambio de unos pesos. Nace el niño y Horacio no tiene trabajo siquiera. Horacio se humilla hasta el punto de ir a pedirle dinero a Carlos del Pozo, amante de Rosa, quien se conmueve y lo ayuda. Horacio compra comida y cuando llega a su casa encuentra que Rosa ha muerto. Se lleva al niño con él y ahora sobrevive pidiendo limosna. Antes que las tesis sobre el hambre como “necesidad social”, la novela concluye que las pasiones humanas pierden (como les sucede a Horacio y a Rosa) y que el matrimonio por conveniencia de Reyser es la acción de un individuo que se ha adaptado, bien que *criminalmente*, a la necesidad fundamental: la de paliar el hambre... Se trata de una conclusión con la fuerza de la ciencia, cuya presencia en el texto se evidencia en el apellido del narrador, Clever.

En la obra siguiente, “La suerte”, continúa la saga de Juvenal Reyser y los otros. Viajan en el barco cuyo nombre sintetiza la tesis, *Audacia*, que va de París a Buenos Aires, Reyser (que ha sido elegido presidente y está muy enfermo), Conrado Brassa, Diana de Luis y su hijo. Mientras tanto, durante el viaje, Rodrigo Clever presenta a los personajes su tesis: “La suerte es inexplicable”, existe un azar que, misterioso, los seres humanos no podemos comprender. Cuenta entonces la siguiente “fantasía”: Alma Saphir, una joven casada con un judío riquísimo, sufre vehementes deseos “indefinibles”, su insatisfacción la hizo buscar consejo en un sacerdote y en un médico. El primero le sugirió “un remedio tonto” y el doctor “le recetó duchas de agua fría”. Un día, Alma conoce a Noé Job, un personaje muy extraño, que vive de la limosna y se considera a sí mismo filósofo. La mujer piensa que ese hombre es el

“único ser humano [capaz] de satisfacer su curiosidad martirizante. [...] Su razón le decía que aquello era un absurdo, lo que sin embargo, no la hacía variar de determinación. Pascal dijo que el corazón tiene razones que la razón no sabe comprender. [...] Si él pedía dinero, ella pedía amor; ¿es acaso mejor el dinero que el amor?”

Inician una relación y ella se siente indignada y frustrada. Alma culpa a Noé de su situación, pelean, él la lastima y ella siente que por fin había encontrado lo que esperaba. “Desde aquel día, los héroes de mi cuento fueron amantes vulgares”, cierra su narración Clever. Queda probado, entonces, para el escritor, que existen situaciones y sentimientos en la vida humana que son fortuitos e inexplicables. Los encuentros y las pasiones, los deseos y su satisfacción o no, no dependen de la voluntad del individuo, ni de su raciocinio, son puramente arbitrarios y nos dominan. De allí que esta tesis sea fundamental para explicar por qué la política nunca puede ser una actividad limpia, honesta, correcta. El sistema es defectuoso porque los seres humanos somos manejados por nuestras pasiones.

En “El miedo”, Sonderegger abandona la voz de un personaje para la tesis y la plantea directamente en la voz de un narrador: “El miedo es una fuerza social de valor incalculable. [...] La legislación se basa casi totalmente en ese poderoso sentimiento.” Pero ningún sentimiento humano llevado a su extremo es beneficioso. Así, aunque en esta novela no hay política explícita, los excesos de

las pasiones, que son siempre inevitables e inmotivados, destruyen las vidas de los protagonistas, quienes terminan arrastrados por sus desbordes.

En “Una mujer imposible”, el autor vuelve sobre la cuestión del incesto. Otra vez personajes ligados a la política que se muestran hipócritas y cínicos. La corrupción de la moral política es la corrupción de la moral individual. El sistema político funciona y funcionará, entonces, con esas limitaciones. El texto no es narrativo, sino teatral, con trama dialogal y acotaciones. La acción transcurre durante unas vacaciones en Mar del Plata. La pareja protagónica está formada por los enamorados Lydia Rodil y Víctor Alcázar, quienes descubren que son hermanastros. Cuando Lydia le anuncia a su madre que está embarazada, los personajes plantean cuáles pueden ser las soluciones. El padre le dice al joven: “Lydia es tu hermana y la moral te impide vivir maritalmente con ella. Pero Lydia lleva en su seno un hijo tuyo y la sociedad la obliga a casarse con el padre de esa criatura. No hay otra alternativa: vas contra la moral o contra la sociedad. Estás entre dos prejuicios.” Como la sociedad no sabe que son hermanos y, si no se casaran, Lydia sería deshonrada, el padre sugiere que es mejor que se casen. La obra se cierra con una enigmática afirmación bajo la forma de acotación: “Víctor y Lydia marchan en pos de lo inalcanzable.”

El último texto de la serie es “Una voluntad extraña”, que ya examinamos *in extenso*. Recordemos que el protagonista termina enloquecido por la presencia maléfica de una “voluntad extraña” en su casa: “Aquí domina una voluntad que no es la mía. Aquí domina el vicio... el vicio... el vicio.” Por tal debe entenderse una sexualidad alejada de la moral social. El liberalismo (no el *comunismo*, entendido en el texto con el sentido de propiedad común de los bienes, opuesta a la propiedad privada, la de una persona sobre otra, en particular la del varón sobre su esposa, que rige el matrimonio) es la *política* de este texto. Nadie debiera ser dueño de otro, el matrimonio mismo es una inmoralidad, solamente vale la unión libre según hombres o mujeres lo deseen. Más cerca de la propuesta del amor libre del anarquismo que de cualquier forma de *comunismo* político, en la cual se exhibe un profundo individualismo. Individuos adultos que anteponen siempre sus deseos a cualquier convención social o necesidad colectiva, que se dejan llevar por sus pasiones sin tener en cuenta los deseos, necesidades y sentimientos de los que los rodean: ¿qué pasará con el hijito de Enrique y Ana, en la medida en que ella pueda ser arrastrada por la filosofía liberal? Y ¿cuál será el destino del hijo de Lydia y Víctor si ellos actúan como sus propios padres?

Evidentemente, para Sondereguer el amor no es un sentimiento social. Es un instinto que no puede gobernarse. No hay lugar alguno para la educación sentimental. Tampoco parece posible reformar la sociedad para que ella se adapte a estas pasiones irrefrenables, entre otras cosas porque está dominada por ellas y los políticos son su expresión más visible. Su programa consiste, en última instancia, en una especie de hipocresía consciente y defensiva, que ayude a cumplir formalmente con los valores sociales y libre de culpa y remordimiento a los que han tenido la desgracia de ser arrastrados a contradecirlos. Sintomáticamente, el único seguidor del “programa Sondereguer” es Sondereguer.

Amar la clase

Hay una concepción del amor que es minoritaria en *LNS* pero es la dominante en *LND*: el orden de clase no debe perturbarse por la irrupción amorosa. Esta concepción del amor “aristocrático” (solo hay verdadero amor entre iguales y el terreno de la igualdad es la clase) que vimos al comienzo expresada por Ortega y Gasset, se manifiesta en un autor de gran éxito en la temática sentimental, Marcelo Peyret. Ya hemos hablado de él en capítulos anteriores. Nos limitaremos traer de nuevo a la palestra a “Yo también quise a una”. Armando Villegas, el protagonista, sufre un desengaño amoroso que lo imposibilitará emocionalmente por el resto de su vida. Recordemos la maniobra del padre por la cual, para que su hijo olvide a la bailarina de *music hall* de la que está enamorado, contrata los servicios de Luz Ballester, una chica de “vida alocada” para que lo enamore. Una vez cumplido su cometido, el padre le explica cínicamente que las mujeres no son dignas de confianza ni de respeto, y que solo portan intereses espurios. Sin embargo, es significativo que el padre haga esto para quitarle a su hijo de la cabeza y del corazón el amor por una mujer de “mala vida”. ¿Cómo lo hace? Pues recurriendo a otra chica con las mismas características. Armando se entera de que Luz no es la mujer recatada y seria de la que cree estar enamorado cuando un amigo le habla de ella.

Otro rasgo común entre ambas es que no pertenecen a la misma clase social del protagonista. Entonces, en la educación sentimental que le provee su padre, cuando le dice “mañana cuando yo falte, no [quiero] que sufras por ellas”, lo que le dice es que, en tanto heredero de fortuna, no puede vincularse con mujeres de la clase obrera, porque sus intereses materiales son del orden del arribismo. Todas las mujeres son igualmente interesadas, aunque la situación cambia si la candidata es una mujer con fortuna. Por supuesto que esta diferencia de clase viene solapada tras los prejuicios sociales: las artistas y las mujeres cuya vida sexual es libre (como la de un varón), no son dignas esposas para un burgués. La máscara del padre es “hijo, hago esto para cuidarte”; la verdad clasista detrás de la máscara es otra.

Peyret es una figura extraña. Escribe textos cuya crueldad hacia su previsible público femenino es notoria (la joven pobre engañada que, finalmente, se lo merece por pretender lo que no le corresponde) y sin embargo llegó, en su corta vida, a ser un autor exitoso. Con todo, esta perspectiva es muy poco frecuente en *LNS*. Se diría que Peyret es más bien un autor propio de *LND*, o que podría ser un caso de lectura “desviada”.

Amor libre/amor liberado

Hay otro programa amoroso que no se expresa en *LNS* más que marginalmente, el del “amor libre” anarquista³⁴¹. Sus características eran simples: el amor es un hecho voluntario, temporal, no necesariamente monogámico, que no crea ninguna obligación a los amantes y que no debe estar regulado por ninguna otra institución que no sean los sentimientos mismos. Lo importante aquí es que la crítica interna a este programa, es decir, la crítica que hacían las anarquistas, en realidad, nos ayuda a comprender por qué el programa de Ingenieros ocupaba la izquierda de la época y no el de los “libertarios”.³⁴²

En efecto, si escuchamos a las anarquistas de *Nuestra Tribuna*, periódico anarquista de comienzos de los años 20, “dos seres que se aman libertariamente [...] no necesitan recurrir a la ley ni al código”. No dejan de ser conscientes, sin embargo, de que allí radica el peligro para las mujeres: “malos son los hombres que propagando un amor sin ritos ni cánones, seducen y pervierten”, aunque no tienen más propuesta que “erguir la frente y llevar en tu corazoncito idealista el canto de la vida y del amor.”³⁴³ En efecto, la crítica al “donjuanismo anarquista”, a los que se aprovechan de las mujeres y después las abandonan está: “El verdadero amor libre no estriba en seducir a una mujer para abandonarla después”, “hay muchos don juanes, desgraciadamente ‘idealistas’ que bajo la égida del amor libre practican el más vergonzante libertinaje”, “cientos de hogares son víctimas de esta moderna prostitución, por los modernos don Juanes”.³⁴⁴ Pero, como dijimos antes, no hay otra cosa que hacer más que apelar a la conciencia moral individual de los compañeros: que sean anarquistas consecuentes; que sean coherentes con su programa; que no sean hipócritas; que, si conscientemente eligieron el anarquismo, no deben usar a la mujer como un objeto de su propiedad, tan desechable como cualquier mercancía; que se *involucren* en la relación libre y que se hagan cargo de los hijos (tanto moral como materialmente) si la relación termina.³⁴⁵

En tanto la ética del anarquismo es idealista e individualista, depende de la decisión de cada uno con relación al tema de los sentimientos. Además, la paternidad misma es un problema moral, hacerse cargo de la educación y la manutención de los hijos es una responsabilidad moral, por eso, las madres anarquistas están desamparadas con relación a los efectos que produce la formación patriarcal y sexista en los varones. Frente a la realidad, no hay programa idealista, ni apelación a la conciencia o voluntad moral individual que valga. La propia Juana Rouco Buela, *alma mater* de *Nuestra Tribuna* y militante

³⁴¹Aunque el objetivo de nuestra investigación no se centra específicamente en la/s caracterización del amor en el campo anarquista, mencionaremos dos libros que se sumaron a nuestras lecturas en el momento de escribir este acápite. Por un lado, una compilación: Baigorria, Osvaldo (comp.): *El amor libre. Eros y anarquía*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2006. En segundo lugar, un trabajo más reciente que es muy ilustrativo en su recorrido de las distintas perspectivas desde las cuales el anarquismo planteó la problemática amorosa: Fernández Cordero, Laura: *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2019.

³⁴²Seguimos aquí lo que hemos desarrollado en forma más extensa en “El silencio de la mujer anarquista. La autobiografía de Juana Rouco Buela, la maternidad y las contradicciones del feminismo anarquista”, en *Razón y Revolución* n° 13, invierno de 2004.

³⁴³*NT*, 1°-1-1923, N° 10. El texto citado es de Juana Rouco.

³⁴⁴*NT*, 1°-1-1923, N° 10 y 28-2-1923, N° 14.

³⁴⁵*NT*, 28-2-1923, N° 14.

anarquista cuyas memorias examinamos en otro lugar, experimentó este problema. (Rouco Buela 1964: 93)

Después de nacer su segundo hijo, en su “vida se produjo una transformación muy *natural*, ya no era la mujer libre, había adquirido una responsabilidad que me imponía el cuidado y la educación de mis hijos.” (Rouco Buela 1964: 94) Ella, que dice haber demostrado “al mundo cómo la mujer es tan capaz como el hombre” con su periódico femenino, y que lo único que necesita es “que se estimule su trabajo”, cae en la trampa del feminismo que postula, que básicamente hace de miseria, virtud: su militancia “materna” tuvo más que ver con la atención y el sostén de la vida de los hijos que con una nueva concepción del anarquismo basado en la educación de los hijos. Sobre su compañero, del cual en ningún momento nos dice su nombre, solo sabemos que, después del golpe del 30, no se comportó como la teoría esperaba:

“Mi hogar también se destruyó. Mi compañero fue uno de los que se fueron, abandonando todas sus obligaciones, compromisos y responsabilidades para con sus hijos. Yo, casi quedo bajo los escombros de mi hogar destruido, después de casi trece años de vida en común, con dos hijos, al perder al ser que más he querido: al padre de mis hijos. Mucho me costó poder reaccionar y organizar de nuevo mi vida, pero pudo más el ideal que había sostenido toda mi existencia, que la traición. [...] El cariño de mis hijos y el ideal me dieron fuerzas para seguir el camino por mí trazado; mis hijos eran chicos y tenía la obligación de atender su sustento y educación, que el padre había descuidado. Antes que nada era madre.” (Rouco Buela 1964: 106)

Esa afirmación de sentimientos de dolor, de frustración, de fracaso, de traición, constituye en realidad un dolor político que muestra las limitaciones de su programa. Solo aparece bajo la forma de un conflicto personal, de un dolor individual. Un compañero sin nombre, los hijos que la han naturalizado como madre responsable, una familia (nuclear, como los burgueses quieren, aun cuando los anarquistas se reivindicaran revolucionarios porque negaban el matrimonio civil y religioso) que se destruye: todo ello constituye el *punctum* en el programa anarquista. *Punctum* en el sentido que Roland Barthes utilizó para la fotografía, ese *agujero* hacia el afuera sobre el cual la mirada se orientará para que la lectura “impulsada *racionalmente* por una *cultura moral y política*” (Barthes 1990: 89) signifique mucho más que lo que literalmente se dice. “Muy a menudo el *punctum* es un ‘detalle’, es decir, un objeto parcial” que sale de la escena textual porque apunta a la realidad exterior que determina y, por lo tanto, resemantiza todo el texto. Lo que se muestra apenas en un fragmento y que sirve para iluminar todo el texto y la realidad del programa anarquista: el amor libre sin transformación de las relaciones sociales (es decir, sin que la sociedad se responsabilice por la reproducción social) es una concesión graciosa al varón aprovechado. *LNS* se muestra en este aspecto, mucho más consciente del amor como problema social que el anarquismo argentino.

En efecto, amén de que en muchas novelas se pone sobre la mesa la desigual posición que varones y mujeres tienen ante el hecho de la maternidad, la clave de la intervención de *LNS* es la problematización del amor. El núcleo de esa intervención se resume en la pregunta: ¿cómo es posible el amor en la

sociedad capitalista? O lo que es lo mismo, ¿cómo algo que debe ser la expresión de la libertad humana puede realizarse en una sociedad en la que tal cosa no existe? Veremos a continuación varias formulaciones del mismo problema y sus correspondientes intentos de respuesta.

Uno de los pocos autores que podría encajar en este programa es Belisario Roldán. Analicemos alguna de sus obras. Belisario Roldán, surgido a la vida política como radical, fue expresando a lo largo de su vida una posición “anarquizante”, al menos en temas culturales. Destacado orador, escribió poemarios, obras de teatro y narrativa. Su postura liberal en lo atinente a las “costumbres” genera un cierto feminismo cercano al de Ingenieros, no sin algunas diferencias. Si bien no lo menciona, en “El bastonazo”³⁴⁶, Roldán se burla de la tendencia a la medicalización del amor, pero opone también amor a domesticidad como propiedad privada. Los celos provienen de esta cadena que se le impone al amor. Pero las pasiones llevan al antagonista, médico, famoso por su donjuanismo, a poner en cuestión todas sus teorías positivistas acerca del amor:

“Dentro de su manera harto positivista de ver la vida, había querido explicarse muchas veces en forma cabal y concreta la razón de ser del amor; y no podía admitir sin una protesta el hecho de que él, el incrédulo, el irreverente, el ‘fumista’, se sintiera atormentado como un colegial por la sugestión de una mujer. Porque era preciso convenir que para un hombre de su temperamento, esta pasión implicaba una derrota. ¿Qué pensar ahora de aquella teoría suya tantas veces explicada a los amigos en la tertulia habitual que proclamaba la existencia de un degenerado en cada Romeo y una pobre maníaca en cada Julieta? ¿Sería del caso aplicarse a sí mismo el recurso del sanatorio con que afirmaba que habría curado a Werther y sus similares? Ello es que el hombre se sentía dominado por la pasión [...]. No se detendría a recordar su último opúsculo –‘El amor bajo el microscopio’- donde una cierta teoría microbiana explicaba en forma amena las pasiones de ésta índole y ponía un poco en solfa a los amantes y su correspondiente decorado de rayos de luna y rincones agrestes.”

Roldán no solo cuestiona el positivismo como modo de explicar el amor, pues no hay teoría científica ni razón que explique al amor, sino que también, en ese gesto, filia sus reflexiones en la línea del pensamiento romántico decadentista: la pasión amorosa es inexplicable, no puede ser aprehendida por la razón. Como vimos en “La Venus del arrabal”, el texto más cercano de todo el corpus a las ideas del “amor libre” anarquista, amar presupone la aceptación de lo que es primero que nada un acto de libertad. El amor es expresión de la libertad y no se puede amar sin una elección consciente, que expresa el deseo personal. El deseo es, sin embargo, inexplicable, aunque la “Venus” parece demostrar lo contrario, en tanto guía sus elecciones de un modo muy racional.

3. A modo de cierre

En este capítulo hemos explicado en qué consiste la unidad programática del corpus, mostrando que hay textos y autores que ofician como dirección. Si se comparan las ideas de Ingenieros con las que hemos detectado en el corpus mismo, se puede ver una correlación bastante estrecha. Esto no quiere

³⁴⁶LNS, n° 72.

decir que los escritores leyeron a Ingenieros y simplemente “ficcionalizaran” sus tesis, sino que lo que aquel “teoriza” es, en realidad, la estructura de sentimientos, el clima de ideas que domina en un amplio espectro de intelectuales, por un lado, y en el público lector por otro. En suma:

1. El amor, tal cual lo vemos en el análisis de las novelas del corpus, tiene un teórico explícito en José Ingenieros, en un momento en que este aparece ligado a la Revolución Rusa.

2. Esta concepción del amor se puede ubicar, dadas las coordenadas de la época, en la izquierda del espectro político.

3. Los programas rivales, como el que señala al amor como un instinto no educable o el que pretende que solo se puede amar cuando se respetan los límites de clase, ocupan muy poco espacio en el corpus.

4. El corazón de la intervención de *LNS* consiste en un examen de las condiciones que hacen posible el amor: ¿cuándo es posible amar?

5. El amor es posible cuando se respeta su naturaleza, tal cual la concibe el romanticismo: el amor es una fuerza positiva, que presupone la igualdad de los amantes, lo que lleva, casi siempre, a la confrontación con los valores estatuidos.

6. El amor, entonces, no es un instrumento de reproducción social, sino más bien, una energía subversiva que lleva a protestar contra el *statu quo* (Carrizo), a mantenerse firme contra las convenciones (Roldán), a construirse como individuo independiente (Quesada), a reformar la sociedad mediante la lucha (Soiza Reilly) y a apoyarse en él como tabla de salvación frente a una sociedad cruel (Blomberg).

Conclusiones

En las primeras páginas de esta tesis nos proponíamos responder a una pregunta: ¿por qué, en medio del auge de las producciones hebdomadarias, una de ellas destaca sobre todas las demás? O, lo que es lo mismo, ¿cuál es la clave del éxito de *La Novela Semanal*? Como dijimos al comienzo, también, la clave no es el hecho obvio de cierta adecuación de su propuesta editorial a los intereses del mercado, sino cuáles eran esos intereses. Dicho de otro modo: ¿qué tiene en su cabeza la clase obrera, el destinatario reconocido de tales publicaciones? Es decir: ¿cuál es el programa de *LNS*, que tiende a coincidir con el de su público? Como vemos, todas estas formas de plantear la cuestión se implican y no son más que puntos de vista diferentes desde donde observar el problema. Entre las respuestas que se han dado a esta pregunta y la nuestra, entonces, la diferencia se encuentra en dos puntos focales que organizan el resultado: por un lado, la caracterización del programa de la producción y, por otro, la evaluación del estado de conciencia de la recepción.

Comenzamos, entonces, examinando las distancias que separan nuestra interpretación de las existentes (Capítulo 1), un campo dominado por dos posiciones focales, la de Beatriz Sarlo, por un lado; la de Margarita Pierini, por el otro. A nuestro juicio, Sarlo parte del prejuicio de que el género sentimental como tal remite a una instancia consolatoria y, por ende, conservadora. La producción es, entonces, conservadora. Es en ese punto donde se encuentra con la recepción, cuyo estado de conciencia expresa el mismo resultado, dada la movilidad social que caracterizaría a la Argentina de ese período. Por su parte, Margarita Pierini supone que el programa de la producción no existe, que se trata de una diversidad problemática y política cuyo único punto en común es el intento de “nacionalizar” la literatura. La recepción estaría en sintonía con la necesidad de una ficción variada que respetara la escena local. Si bien reconoce a los lectores competencias importantes, no escapa finalmente a la interpretación más bien conservadora de los textos y de quienes los disfrutan.

No resulta extraña esta confluencia final, porque, en última instancia, ambas se apoyan en una lectura del período en cuestión que supone que la sociedad argentina se encuentra ya embarcada en un camino conservador, dejando atrás los convulsionados años de principios de siglo, marcados por el surgimiento del movimiento obrero dominado por el anarquismo. En efecto, es la perspectiva que defienden Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, Juan Suriano, Mirta Lobato y otros, dominante en el mundo académico en la actualidad, la que es, en realidad, objeto de nuestra crítica. Lo que venimos a sostener, en esta tesis, es que, por lo menos para el período que abarca el primer gobierno de Yrigoyen, la idea de que la sociedad argentina se ha embarcado en una vía de desarrollo pacífica y exenta de grandes conflictos, gracias al ascenso social, es, por lo menos, prematura. La coyuntura es notablemente crítica y, en modo alguno, habilita a suponer un clima de época conservador. Precisamente, nuestra tesis busca defender lo contrario: que con la ley Sáenz Peña y el ascenso del radicalismo, se produce un ascenso correlativo de una corriente de opinión (un “clima de ideas”, diría Tulio Halperín Donghi) marcada por el reformismo, la “izquierda” y una perspectiva “moderna” en cuanto a la política, sí, pero, sobre todo, en relación a las costumbres. Dicho de otro modo, el “público” que recibió de manera tan masiva una publicación como *LNS* no era conservador sino más bien lo contrario. Estaba, finalmente, en línea con un clima de época mundial signado por la crisis de las ideologías dominantes, en particular, del liberalismo conservador, y la creciente popularidad de sus críticos, desde la izquierda liberal, hasta el bolchevismo, pasando por el socialismo reformista y el “nietszcheanismo”.

Dicho ascenso se encuentra con la decepción que produce la democracia burguesa, por un lado, y con los nuevos bríos que desata la Revolución Rusa, por otro. Son años confusos, en los que vemos un intenso debate ideológico y en los que, los que los protagonizan, cambian frecuentemente de posición. Este clima va a empezar a refluir luego de la intensa represión política que se va a desatar después de la Semana Trágica y va a dar lugar a una nueva configuración ideológica hacia fines del período bajo estudio. Se podría decir que la “línea programática” de Ricardo Rojas triunfa, finalmente, sobre la “línea programática” de Ingenieros, para recuperar la interesantísima propuesta de Degiovanni, luego de la

represión que la Liga Patriótica y las fuerzas conservadoras despliegan sobre el movimiento obrero en general. Pero hasta entonces, el cuadro favorece lo que podríamos llamar, de modo amplio, a la “izquierda” cultural. Nuestra tesis abona a esta conclusión demostrando que la discusión sobre lo “sentimental” es una discusión sobre lo “social” y que allí, en la propuesta “sentimental” de *LNS*, se encuentra una prueba más sobre la existencia de ese clima contestatario durante el primer gobierno de Yrigoyen. Es decir, que *LNS* forma parte de ese clima, contribuye a crearlo y es, también, un campo de discusión de las líneas ideológicas variadas que se entrecruzan en él. De allí su éxito. Si el público fuera conservador o si expresara una demanda de “nacionalización” en general, *LNS* no hubiera alcanzado el reconocimiento que obtuvo por sus lectores. Porque no era conservador y porque entendía la problemática de su época (entre ellas, la de la gestación de una nacionalidad) a partir de parámetros ubicados en la izquierda del espectro político, una propuesta que pone en cuestión valores establecidos, tenía todas las posibilidades de expresar su conciencia.

Para poder examinar el corpus desde una nueva perspectiva, se hacía necesario, primero que nada, poner en cuestión los prejuicios existentes sobre lo “sentimental” y lo “popular” (Capítulo 2). De allí que dedicáramos un primer esfuerzo a la revisión de la bibliografía sobre los sentimientos. Sin una reconsideración de la materia sentimental, es difícil no recaer en una mirada que sostiene la irracionalidad de deleitarse con el fracaso. De allí que arribamos, gracias a Agnes Heller, al rechazo de la oposición “razón/sentimientos” y, de allí, a la idea de la literatura como “educación sentimental”. Esta educación requiere de la experiencia del “dolor”. Y otra vez Heller nos ayuda a entender no solo la importancia de la experiencia del dolor, sino la diferencia con otra experiencia, muy diferente, la del “sufrimiento”. El que sufre es pasivo, no se moviliza, no transforma su situación. El dolor es la experiencia de lo contrario, de lo que nos lleva a la acción. Así, la literatura sentimental, a través de la experiencia figurada del dolor que vemos en otros, ayuda a superar la situación, da insumos, *enseña*. De allí la importancia que dimos aquí, al punto de una ardua tarea de cuantificación, a detectar qué nos quería enseñar *LNS*. Si Heller nos ayuda a entender ese problema, otros autores nos permiten comprender qué es lo popular y cómo es la recepción popular. Gracias a Lenin, para el concepto de “pueblo” y a Carlo Guinzburg, Umberto Eco, Raymond Williams y Pierre Bourdieu, para el problema de la recepción, nos dimos cuenta de la necesidad de revisar el estado de la recepción, es decir, de ver cómo era y en qué estado de conciencia se encontraba el lector de *LNS*. Para eso, era necesario, primero, conocer las bases del fenómeno, tanto en la economía como en la vida social y la ideología (Capítulo 3). Descubríamos allí un período muy particular, agitado por la crisis económica, por el enfrentamiento social y por la mutación de las ideologías, un proceso similar al que, en otras regiones del mundo, producían cambios similares en dichos campos, e incluso otros de mayor envergadura. Es la época de la Primera Guerra Mundial, de la crisis económica que la acompaña, de la crisis del mundo liberal y del ascenso de la revolución. Se trata, entonces, de un período que no encaja en una era de ascenso social y estabilidad conservadora.

Continuando por ese camino, debimos poner en cuestión las imágenes del productor (Capítulo 4) y del receptor (Capítulo 5) que surgían del paradigma que queríamos discutir. De ambos capítulos, surge una percepción bastante clara de la proximidad de la experiencia vital compartida que une a las dos puntas del fenómeno: cuando el escritor de *LNS* dice, implícitamente, al lector “a mí me pasa lo mismo que a usted”, no está muy lejos de la realidad. Su experiencia social (la pauperización y proletarización de muchos de ellos, la “profesionalización”, el problema de la propiedad intelectual y su defensa frente a los “otros” burgueses, etc.), pero también su estado de conciencia, es decir, esa realidad del escritor popular de la segunda década del siglo, muestran que hay elementos materiales e ideológicos en común que no solo facilitan la comunicación, sino que permiten hablar de un programa compartido. La reconsideración de la recepción, por su parte, pone sobre la mesa una experiencia vital mucho más compleja del lector popular, que difiere de la que surge de la bibliografía existente y puede ser caracterizada por la *movilización*: de lugar, en tanto inmigrante; social, en tanto participante de la lucha de clases; de la conciencia, en tanto miembro de una escena cultural ideológicamente variada y cambiante. Este lector, esta lectora, no parece encajar con la idea de un receptor conservador que acepta pasivamente el sufrimiento. Más bien, parece uno que experimenta con el dolor que lo moviliza.

Los dos capítulos siguientes nos ocupamos de examinar eso que une a los protagonistas (escritores y lectores), es decir, la obra literaria. Para ello, realizamos un análisis cuantitativo de las variables que consideramos importantes en el discurso en torno a lo amoroso/social de *LNS*, separándolas en relación a dos órdenes: el de clase (Capítulo 6) y el de género (Capítulo 7). En el primero nos interesa saber cómo juega el amor en relación al poder social en general, el poder del capital, el poder social. En el segundo, en relación al poder entre los sexos, es decir, el amor (según *LNS*) y la dominación del varón sobre la mujer. El discurso de *LNS* se inclina por una crítica de ambos órdenes, una crítica no conservadora sino más bien reformista. El Capítulo 8 toma las conclusiones de los anteriores y extrae de ellas el programa político que domina el corpus, es decir, la concepción del amor que se propone como solución a los “dolores” que produce la experiencia del amor en la sociedad de la que se habla. La concepción del amor de *LNS* representa no la de una sociedad “tradicional” sino la de una sociedad “moderna”, que presupone una cierta liberación de la mujer, bien que dentro de un conjunto de valores que *hoy* consideraríamos “tradicionales” pero que en aquella época no lo eran.

Finalmente, en el último capítulo volvemos a un análisis cualitativo para examinar con más detalle un conjunto de producciones específicas que corresponden a lo que creemos es el núcleo normativo (“programa”) del corpus. En ese capítulo mostramos que la figura de José Ingenieros resume en sí el programa, lo cual no es extraño si se recuerda la centralidad de su figura para esa fracción de izquierda del campo intelectual de la época durante la segunda década del siglo XX. Los textos de Ingenieros sobre el amor sintetizan una forma de pensar el problema que es común a muchos otros escritores de la colección, los “representantes” de ese programa. Vemos allí también los programas rivales, que en el corpus tienen un peso menor.

Resumiendo, a diferencia de las investigaciones que nos precedieron, los principios que han orientado nuestro trabajo son los siguientes:

1. La temática sentimental está atravesada por el conflicto social y funciona allí como vehículo de la crítica social. Estos textos, a diferencia de lo que sostiene Beatriz Sarlo, son, desde nuestra perspectiva, textos de la contradicción y no de la consolación.

2. El conjunto de textos de circulación periódica debe ser observado como un campo en el cual se desarrolla esa lucha y no como un aparato o instrumento al servicio de una voz homogénea. Por el contrario, el arco ideológico de las voces presentes cubre prácticamente todo el espectro político. Hay, no obstante, un programa que domina al resto.

3. La disputa por el amor y sus formas es una disputa por la sociedad y sus formas. En un momento en el cual la sociedad se veía envuelta en la crisis, resulta plausible que textos que debatían sobre las formas necesarias de la sociedad y de la resolución de su crisis tuvieran un éxito masivo.

Más allá de las críticas puntuales que hemos hecho a nuestras predecesoras, los elementos centrales de nuestra intervención residen en el examen sistemático de la producción y en la reconsideración del estado de conciencia de la recepción. En el primer punto, hemos adoptado una articulación entre el análisis textual de los recursos empleados en cada caso y una metodología cuantitativa, para extraer de allí el programa tal cual lo expresan los textos mismos. En relación con el segundo, hemos mostrado con el examen de la coyuntura inmediata que la misma se corresponde con una crisis mundial motorizada por un agravamiento de las condiciones materiales de existencia del proletariado y de la pequeña burguesía. De tal manera que, entre las consecuencias políticas de la crisis se encuentra la revolución como horizonte general. Dicha crisis política se expresa como crisis ideológica, no solo como caída de la ideología dominante, sino también como proliferación ideológica: teniendo en cuenta esa complejidad, concluimos que tanto la producción como la lectura son complejas ideológicamente.

Por su parte, la trayectoria de la recepción nos permite conjeturar la existencia de un estado de conciencia más bien contestatario que consolatorio, que finalmente no es muy diferente del que se hace cuerpo en la producción misma cuando examinamos la evolución social de esa capa particular a la que pertenecen los autores de *LNS*. Tanto la producción como la recepción comparten un programa político que es expresión de sus luchas recientes y de sus intereses particulares: se encuentra a la izquierda del radicalismo y expresa una voluntad de reforma que va más allá del plano puramente electoral. Esa alianza popular es la que impulsa al radicalismo, sobre todo en la primera mitad del gobierno de Yrigoyen, es decir, hasta que la Semana Trágica aleje las esperanzas reformistas que en él habían depositado muchos intelectuales procedentes del anarquismo, sobre todo, y del sindicalismo revolucionario. Esta corriente “progresista” se liga a la proveniente del socialismo, que por esta época

vive también sus convulsiones, incluyendo vertientes izquierdistas que desembocan en un apoyo a la experiencia soviética. Es el caso del eje ideológico de la colección, José Ingenieros. A esto se suma un grupo difuso de intelectuales que podrían definirse como “radicales populares” al estilo de Juan José de Soiza Reilly o Josué Quesada. La Semana Trágica llevará a muchos de estos personajes a la derecha del espectro político, ya sea como derechización pura (Josué Quesada) o como aproximación a un centro derecha que no deja de ser popular pero que se separa de las corrientes más críticas (Soiza Reilly o Manuel Gálvez). Este grupo terminará confluyendo como “ala izquierda” de los grupos ligados al catolicismo popular filofascistoide (Wast) en una tendencia que, unificada por el *nacionalismo*, desembocará en el peronismo veinte años después. También se producen deslizamientos hacia la izquierda, como el caso señalado de Ingenieros.

Estos escritores que ocupan un rango medio en el proceso de producción ideológico propio de una sociedad capitalista desarrollada como la Argentina de la época, se encuentran en este período mucho más a la izquierda de lo que en general los estudiosos han reconocido. Hecho que encaja bastante mejor con el clima de la época y los procesos vividos por estos nuevos escritores, convocados por el capital a desarrollar las tareas intelectuales y morales en un momento en el cual el personal proveniente de la propia burguesía resulta escaso para las magnitudes adquiridas por aquellas. Debido a esta particular situación en que se encuentra la pequeña burguesía intelectual, desarrolla en esta etapa una lucha por su independencia política de la burguesía (contra “el triunfo de los otros”) buscando darse una base material, es decir, la independencia económica. En este contexto, produce esta literatura que se adapta al mercado, sí, pero que puede hacerlo porque, finalmente, las vidas de los lectores no se alejan demasiado de las de los escritores. Dicho en términos de Raymond Williams, los escritores de *LNS* comparten con sus lectores una misma “estructura de sentimientos”. De modo tal que el éxito de *LNS* debe buscarse en la equivalencia del programa de los escritores y los lectores. Eso constituyó su carta de triunfo frente a los que esbozaban otros programas (*La Novela del Día* o *Los intelectuales*). A su vez, la miríada de publicaciones que simplemente repetían el modelo y las ideas de *LNS* para “morder” una parte del mercado fracasaron por las reglas de la competencia capitalista: no podían desplazar un producto ya instalado ofreciendo lo mismo al mismo precio.

En términos políticos, hemos señalado entonces que el público y los escritores de *LNS* representan, en el campo literario y cultural en general, las bases de la alianza que llegó al gobierno en 1916, el yrigoyenismo. O, lo que es lo mismo, ese sustrato popular que va desde el yrigoyenismo populista hasta el anarquismo, pasando por el socialismo. Un conjunto que se encuentra más bien hacia la izquierda del espectro político que hacia la derecha. No es conservador, sino reformista. La literatura sentimental se vuelve, entonces, el escenario de la representación de ese programa: la situación civil y social de la mujer, de los hijos, el divorcio, los prejuicios sociales contra la realización de la libertad de los individuos, la crítica de las diferencias de clase, un igualitarismo “amoroso” que exalta lo popular y cuestiona lo “burgués”. Eso que, como señalamos ya, Matthew Karush encuentra en el cine y la radio a

partir de 1920, y que caracteriza como una cultura de clase contestataria, se puede observar mucho antes, probablemente, arrancando a comienzos del siglo XX. Está, sin duda alguna, en *LNS*.

En *LNS* el amor es nada más ni nada menos que el amor, no contaminado por otros sentimientos ni necesidades y la sexualidad forma parte indisoluble del amor; es un sentimiento prioritario, previo a la vida social, o mejor, constituyente de la vida social. Es el resultado de la libre elección de los individuos, los obliga solamente a ellos y la sociedad no tiene derecho a intervenir, esta es la razón por la cual la imposición de una voluntad ajena al hecho amoroso es siempre destructiva. De allí que el amor fracase por causa de los prejuicios sociales, por las miserias generadas por la subordinación del individuo a la sociedad de clases. Las líneas de acción no son, sin embargo, revolucionarias. No se trata de abolir la sociedad de clases, sino de liberar al amor de sus ataduras sociales. Este programa liberal de izquierda batalla contra una moral conservadora cuyos puntos centrales se encuentran en la situación subordinada de la mujer y en el matrimonio indisoluble, que no son sino la expresión de una sociedad organizada, en última instancia, en torno al poder de clase. El programa de *LNS* no es el del *amor libre* anarquista ni el de la abolición de la familia comunista. Expresa, en realidad, la ilusión de construir nuevas relaciones entre los individuos sin transformar las estructuras básicas de la sociedad. De allí que el amor, en las páginas de *LNS*, pueda realizarse y ser feliz a pesar de la estructura de clases. Es una preceptiva que se detiene en la moral: *aunque esto es así* (la estructura de clases y la subordinación del género), *no debiera ser así*. Para que la segunda parte se cumpla, el programa apela a la conciencia subjetiva de los protagonistas.

La novela sentimental se expone como directamente “social” y se vuelve canal de debate de las condiciones de existencia no solo de las clases sociales involucradas, sino también de la condición genérica de los participantes de la sociedad de clases. *LNS* se revela crítica tanto de la clase como del género, exponiendo, junto con una defensa del ciudadano común, un feminismo liberal de la igualdad coherente con esa reivindicación de lo cívico frente a lo burgués, entendido esto como la oposición entre ricos y pobres y no tanto como clases antagónicas en el sentido marxista.

En resumen, hemos mostrado aquí que *LNS* tenía un programa, que ese programa tenía una dirección “moral” en José Ingenieros, es decir, en un intelectual de izquierda. Un intelectual que, como han mostrado Horacio Tarcus y otros que se han ocupado de su trayectoria, expresa los límites, las contradicciones y los vaivenes de la franja intelectual de la que nos ocupamos. Ese programa expresaba una crítica de izquierda reformista por lo menos, de la cual no estaban ausentes elementos aún más radicales. Era la expresión literaria de la alianza social entre pequeña burguesía y clase obrera que nutrió a todo el espectro que iba desde el radicalismo hasta el socialismo y la FORA anarquista, con predominio del primero. Las formas ideológicas que dicho programa contiene incluyen tanto al liberalismo como a eso que hemos llamado “nietzscheanismo”, que exaltan la importancia del individuo social frente a la clase. La concepción del amor que domina el corpus es coherente con esta defensa del valor del individuo social frente al poder del dinero, lo que incluye, muy disruptivamente para la época, a las mujeres, aun

dentro de los límites que hemos marcado. Se insinúa, entonces, como conclusión, que para que el amor triunfe es necesaria la reforma social. Se trata, por lo tanto, de un corpus progresista que alcanza el beneplácito de las masas, porque este objetivo es el que ellas mismas persiguen en esa coyuntura. El éxito de *LNS* se encuentra, entonces, en el mismo movimiento general que lleva a la creación de una estructura sindical, de partidos de izquierda, la reforma electoral, la reforma universitaria, el triunfo de la UCR y las conquistas sociales que la mujer en general y la clase obrera en particular buscan en el período, dentro o fuera del sistema político. Radica, en última instancia, en el ascenso de la lucha de clases nacional e internacional, con los límites que ella tiene en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX. Más que expresión del conformismo frente a una sociedad abierta al ascenso social, se trata de la forma literaria que alcanzan los conflictos de un país que ha llegado al fin de una etapa de crecimiento fácil y comienza a embarcarse en otra, mucho más turbulenta y de resultado incierto. Una nueva etapa de crisis y de reconstitución de actores, tendencias y propuestas políticas. *LNS* es, si se quiere, testigo y protagonista privilegiado de ese cambio profundo de tendencias cuyas consecuencias se verían en las décadas siguientes. El espejo del amor las reflejó, quizás, antes que ningún otro.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Bibliografía

- AAVV: *Amor, familia, sexualidad*, Argot, Barcelona, 1984.
- AA.VV.: *Anthropos* N° 29, “La autobiografía y sus problemas teóricos”, Barcelona, 1991.
- AA.VV.: *Crónicas del periodismo*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- AA.VV.: *Historia popular y teoría socialista*, Raphael Samuel ed., Grijalbo, Barcelona, 1984.
- AA.VV.: *La novela semanal*, Buenos Aires, UnQui y Página/12, Buenos Aires, 1999.
- AA.VV.: “¿La pasión sin misterios? Anatomía, química y biología del amor”, Copyright Bibliomed Holdings LLC, 2004.
- AA.VV.: *La primera vez o la novela de la virginidad perdida, a través de los siglos y los continentes*, Sudamericana/Planeta, Buenos Aires, 1984.
- AA.VV.: *Moral y enfermedad. Un sociograma de época (1890-1916)*, Nicolás Rosa dir., María Inés Laboranti coordinadora del volumen, Laborde, Rosario, 2004.
- AA.VV.: *Otramente: lectura y escritura feministas*, México, FCE, 1999. Coordinadora Marina Fe.
- AA.VV.: *Sociología de la creación literaria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
- AAVV: *Vida, obra y trascendencia de Sebastián Marotta*, Calomino, Buenos Aires, 1971.
- AAVV: *Folletos anarquistas en Buenos Aires*, Ediciones Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2015.
- Agosti, Héctor: *Ingenieros. Ciudadano de la juventud*, Juárez Editor, Buenos Aires, 1975.

- Alonso, Mercedes: "Formas compensatorias: literatura de cordel y folletín" en AA.VV.: *Historia comparada de las literaturas argentina y brasileña: de la crisis bursátil al nacionalismo católico (1890-1922)*, p.p.265-282, Tomo III, Eduvim, Buenos Aires, 2020. Dir. Marcela Croce.
- Althusser, Louis: "La filosofía como arma de la revolución", *Cuadernos de Pasado y Presente*, México, 1985.
- Álvarez Lijó, Moisés: *Luis Luchía Puig. Vida y obra de un editor*, Difusión/Esquiú, Buenos Aires, 1981.
- Amorós, Andrés: *Subliteraturas*, Ariel, Madrid, 1974.
- Anapios, Luciana: "Prensa y estrategias editoriales del movimiento anarquista en la Argentina de entreguerras", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, nº 2, 2016.
- Ansolabehere, Pablo: *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2011.
- Armus, Diego (comp.): *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- "Milonguitas' en Buenos Aires (1910-1940): tango, ascenso social y tuberculosis", en *História, Ciências, Saúde*, vol. 9 (supl.), Manguinhos, 2002.
- Arroyo, Gustavo y Teresita Matienzo (comps.): *Pensar, decir, argumentar. Lógica y Argumentación desde diferentes perspectivas disciplinares*, Buenos Aires, Editorial Prometeo/UNG, 2009.
- Auza, Néstor: *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1987.
- *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea, realizaciones y conflictos*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1988.
- *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Proyecto episcopal y lo social*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1987.
- Badinter, Elizabeth: *¿Existe el amor maternal?*, Paidós-Pomare, Barcelona, 1981.
- Bagú, Sergio: *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Claridad, Buenos Aires, 1936.
- Baigorria, Osvaldo (comp.): *El amor libre. Eros y anarquía*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2006.
- Bajtín, Mijail: *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, Siglo XXI, Madrid, 1989.
- Barrancos, Dora: *Anarquismo, educación y costumbres*, Contrapunto, Buenos Aires, 1990.
- *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores (1890-1930)*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1996.
- Barthes, Roland: *La cámara lúcida*, Paidós, Barcelona, 1999.
- *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Bastida Bellot, Jonathan: *¿Qué fue la Reforma universitaria?*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2018.
- Bayer, Osvaldo: *Los anarquistas expropiadores*, Legasa, Buenos Aires, 1986.
- *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, Galerna, Buenos Aires, 1974.
- *Severino di Giovanni, el idealista de la violencia*, Galerna, Buenos Aires, 1970.
- Beauvoir, Simone de: *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005.

- Belloni, Alberto: *Del anarquismo al peronismo*, Ediciones Documentos, Buenos Aires, 1960.
- Bergson, Henri: *La risa*, Sarpe, Madrid, 1985.
- Berl, Emmanuel: *El burgués y el amor*, Buenos Aires, Leviatán, 1995.
- Bertoni, Lilia Ana: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 2001.
- Biagini, Hugo: *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1985.
- Bigsby, C. W. E. (comp.): *Examen de la cultura popular*, FCE, México, 1982.
- Bil, Damián: *Descalificados. Proceso de trabajo y clase obrera en la rama gráfica (1890-1940)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007.
- Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero (1900-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1985.
- La Semana Trágica*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
- Bosch, Mariano: *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino y la época de Pablo Podestá*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969.
- Botana, Natalio: *El orden conservador*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984.
- Bourdieu, Pierre: *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.
- La distinción*, Taurus, Madrid, 1998.
- Braverman, Harry: *Trabajo y capital monopolista*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1987.
- Brecht, Bertolt: *La política en el teatro*, Alfa Argentina, Buenos Aires, 1972.
- Buquet Corleto, Ana: “El orden de género en la educación superior: una aproximación interdisciplinaria”, en <http://www.scielo.org.co/pdf/noma/n44/n44a03.pdf>, 2016.
- Burgos de Maldonado, María Inés: *Nosotras* (año I, n° 35), s/f.
- Burke, Peter: *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1991.
- Cabrera Infante, Guillermo: *O*, FCE, Madrid, 1998.
- Camarero, Hernán y Carlos Herrera: *El Partido Socialista en Argentina*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2005.
- Tiempos rojos. El impacto de la Revolución Rusa en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2019.
- Caterina, Luis María: *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, Corregidor, Buenos Aires, 1995.
- Caudwell, Christopher: *La agonía de la cultura burguesa*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008.
- Corbière, Emilio J.: “La cultura obrera argentina como base de la transformación social (1890-1940)”, en *Herramienta*, n° 12.
- Cragolini, Mónica: *Moradas nietzscheanas*, Ediciones La Cebra, Buenos Aires, 2016.
- Cristiá, Moira: “Entre tradición e innovación. Representaciones femeninas en otra modernidad periférica (Rosario, 1922-1924)”, *Debates*, <http://nuevomundo.revues.org/57686>, 2009.
- Curtius, Ernst Robert: *Literatura europea y Edad Media Latina*, FCE, Madrid, 1995.

- Darnton, Robert: *La gran masacre de gatos y otros episodios en la historia cultural francesa*, FCE, Buenos Aires, 1987.
- Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución*, FCE, Buenos Aires, 2008.
- Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, FCE, Madrid, 2003.
- De Certeau, Michel: *La invención de lo cotidiano, Artes de hacer 1*, México, Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, 2000.
- Del Campo, Hugo: *Los anarquistas*, CEAL, Buenos Aires, 1971.
- Sindicalismo y Peronismo*, CLACSO, Buenos Aires, 1984.
- Delgado, Verónica: “Novela y mercado en *Ideas* (1903-1905)”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 2008.
- Degiovanni, Fernando: *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2007.
- Derrida, Jacques: *The ear of the other: Otobiographie, Transference, Translation*, Schocken, New York, 1985.
- De Ruschi, María Isabel: *El diario 'El pueblo' y la realidad socio-cultural de la Argentina a principios del siglo XX*, Guadalupe, Buenos Aires, 1988.
- De Urquiza, Juan José: *Enrique García Velloso*, ECA, Buenos As., 1964.
- Devoto, Fernando: “Las sociedades italianas de ayuda mutua en Buenos Aires y Santa Fe. Ideas y problemas.”, en *Studi emigrazione*, Centro Studi Emigrazione, Roma, anno XXI, settembre, 1984, nro. 75.
- di Stefano, Mariana: *El lector libertario*, Eudeba, Buenos Aires, 2013.
- Di Tella, Guido y Manuel Zymelman: *Las etapas del desarrollo económico argentino*, EUdeBA, Buenos Aires, 1967.
- Dorfman, Adolfo: *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1986.
- Drews López, Pablo: *Recepción y crítica de la obra de Nietzsche en Uruguay*, Tesis de doctorado, Universidad de Valencia, 2013.
- Eagleton, Terry: *Las ilusiones del posmodernismo*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Eco, Umberto: *Apocalípticos e integrados*, Lumen, Barcelona, 2004.
- El superhombre de masas*, Lumen, Barcelona, 1998.
- “Retórica e ideología en *Los misterios de París*, de Eugene Sue”, p.p. 99-126 en AA.VV., *Sociología de la creación literaria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
- Engels, Federico: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Claridad, Buenos Aires, s/f. Puede consultarse en: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf
- Fabris, Mariano: “De *El Pueblo* a *Esquiú*. Modernización y regresión conservadora frente a la crisis de la prensa católica”, en *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, nº3, 2013.

Fernández, Cristina: “Entre la *Revista de Filosofía* y *La novela semanal: el Tratado del amor*, de José Ingenieros”, en Verónica Delgado y Geraldine Rodgers (editoras): *Tiempos de papel*, UNLP, La Plata, 2016.

Fernández Cordero, Laura: *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2019.

Fernández López, Justo: “El influjo de Nietzsche en España”, en <http://www.hispanoteca.eu/Filosof%C3%ADa%20espa%C3%B1ola/El%20influjo%20de%20Nietzsche%20en%20Espa%C3%B1a.htm>

Ferrús Antón, Beatriz, “Cuando las “obreras del pensamiento” escriben de amor: Juana Manso, Carlota Garrido de la Peña y Mercedes Práxedes Muñoz”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 43, 2014.

Firestone, Shulamith: *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona, 1976.

Fischer, Ernst: *La necesidad del arte*, Planeta Agostini, Barcelona, 1994.

Fisher, Helen: *Por qué amamos*, Punto de Lectura, Buenos Aires, 2006.

-*El primer sexo*, Punto de Lectura, Madrid, 2001.

Ford, Aníbal: *Navegaciones*, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

Freud, Sigmund: “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II)”, en *Obras completas*, Tomo XI, Amorrortu, Buenos Aires, 2006.

Frydenberg, Julio y Miguel Ruffo: *La Semana Roja de 1909*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2012.

Gabrielidis de Luna, Angélica: *El pensamiento estético de Mariano Antonio Barrenechea*, p. 123.

Disponible en http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/4017/06-vol-02-luna.pdf

García, Germán: *Roberto J. Payró. Testimonio de una vida y realidad de una literatura*, Nova, Buenos Aires, 1961.

García Canclini, Néstor: *Las culturas populares en el capitalismo*, Nueva Imagen, Buenos Aires, 1982.

Gay, Peter: *A experiencia burguesa da Rainha Vitória a Freud*, Companhia das Letras, Sao Paulo, 1988-90.

Gilimón, Eduardo: *Un anarquista en Buenos Aires (1890-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1971.

Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1991.

Godio, Julio: *La Semana Trágica de enero de 1919*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Golombek, Diego: *Sexo, drogas y biología (y un poco de rock and roll)*, Unqui/Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.

-*Las neuronas de Dios. Una neurociencia de la religión, la espiritualidad y la luz al final del túnel*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2014.

González Lanuza, Eduardo: *Genio y figura de Roberto J. Payró*, EUDEBA, Buenos Aires, 1965.

González Tuñón, Raúl: “Héctor Pedro Blomberg: el poeta del puerto”, en <http://serdebuenosayres.blogspot.com/2012/06/hector-pedro-blomberg-el-poeta-del.html> 2012.

Gori, Gastón: *La Forestal*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988.

Gramsci, Antonio: *Literatura y vida nacional*, Lautaro, Buenos Aires, 1961.

-“La formación de los intelectuales” en

<https://sociologia1unpsjb.files.wordpress.com/2008/03/gramsci-formacion-intelectuales.pdf>

Grignon, Claude y Jean Claude Passeron: *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

Grillaert, Nel: *What the God-seekers found in Nietzsche? The Reception of Nietzsche's Ubermensch by the Philosophers of the Russian Religious Renaissance*, Rodopi, Amsterdam, 2008.

Guy, Donna: *El sexo peligroso*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

Hakim, Catherine: *Capital erótico: el poder de fascinar a los demás*, Best Business, Río de Janeiro, 2012.

Heller, Agnes: *El hombre del Renacimiento*, Península, Barcelona, 1980.

-*Historia y vida cotidiana*, Grijalbo, Barcelona, 1972.

-*Instinto, agresividad y carácter*, Península, Barcelona, 1980.

-*La revolución de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1982.

-*Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1998.

-*Teoría de los sentimientos*, Fontamara, Barcelona, 1980.

Hobsbawm, Eric: *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995.

Hodgart, Matthew: *La sátira*, Guadarrama, Madrid, 1969.

Hoggart, Richard: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Enlace Grijalbo, México, 1990.

Hoystad, Ole: *Una historia del corazón*, Manantial, Buenos Aires, 2008.

Illouz, Eva: *Por qué duele el amor*, Katz, Buenos Aires, 2012.

Ingenieros, José: *Tratado del amor*, Elmer Editor, Buenos Aires, 1956.

- *La psicopatología en el arte*, Elmer Editor, Buenos Aires, 1957.

Iscaro, Rubens: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Buenos Aires, 1958.

Jauss, Hans Robert: “Estética de la recepción y comunicación literaria” en *Punto de Vista* n° 12, julio-octubre 1981.

Kabat, Marina: *Del taller a la fábrica. Proceso de trabajo, industria y clase obrera en la industria del calzado (Buenos Aires 1870-1940)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2005.

Kabat, Marina y Silvina Pascucci: “El trabajo a domicilio como empleo precario. Alcances y límites de la legislación que intentó regularlo en Argentina”, 2010, en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5414/ev.5414.pdf

Karusch, Matthew: *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1902-1946)*, Ariel, Buenos Aires, 2013.

Kohan, Martín: *Ojos brujos. Fábulas de amor en la cultura de masas*, Ediciones Godot, Buenos Aires, 2015.

- Kreimer, Roxana: *Falacias de amor*, Paidós, Buenos Aires, 2005.
- Kristeva, Julia: *Historias de amor*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1997.
- Kropotkin, Piotr, *La conquista del pan*, Editorial Mateu, Barcelona, 1971.
- Labeur, Paula: “Mujeres que trabajan en *La Novela Semanal*”, en *La Novela Semanal (1917-1926)*, Universidad Nacional de Quilmes y *Página/12*, Buenos Aires, 1999.
- Larra, Raúl: *Payró. El hombre y la obra*, Editorial Claridad, 1938.
- Laurent, Eric: “La disparidad en el amor”, conferencia pronunciada en Tours, 11-11-1999.
- Leites, Edmund: *La invención de la mujer casta. La conciencia puritana y la sexualidad moderna*, Siglo XXI, Madrid, 1990.
- Lenin, V.I.: *Obras completas*, Cartago, Buenos Aires, 1969.
- Leonard de Amaya, María del Carmen: *Roberto Payró y su tiempo*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1974.
- Lerner, Gerda: *La creación del patriarcado*, Crítica, Barcelona, 1990.
- Lewis, Thomas, Fari Amini y Richard Lannon: *Una teoría general del amor*, R.B.A., Barcelona, 2001.
- Lida, Miranda: *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: “El Pueblo”, 1900-1960*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2012.
- López, Mara Soledad: “Payró y la génesis del intelectual de izquierda”, en *Razón y Revolución* n°13, invierno de 2004.
- López Rodríguez, Rosana: “Infancia, sátira y revolución. Una lectura alternativa a la literatura popular”, en *Razón y Revolución*, n° 9, otoño 2002.
- “Dolores que educan. Otra vez acerca de Sarlo, la literatura popular y la lectura masoquista” en *Razón y Revolución* N° 10, primavera de 2002.
- “El origen del canon. Una hipótesis de investigación sobre la relación entre clase, literatura y política a propósito de Soiza Reilly”. Artículo en *Razón y Revolución* n° 14, invierno de 2005
- “El precio del pan. Acerca de la literatura popular y la lucha de clases en el campo cultural (1917-1922)”, en *Razón y Revolución* N°11, invierno de 2003.
- “El silencio de la mujer anarquista. La autobiografía de Juana Rouco Buela, la maternidad y las contradicciones del feminismo anarquista”, en *Razón y Revolución* n° 13, invierno de 2004.
- “El concepto de lectura desviada. Una crítica a Beatriz Sarlo”, ponencia presentada en las X° Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Rosario, setiembre 2005.
- “El Crítico. José González Castillo, el teatro como arma”, prólogo a González Castillo, José: *Los invertidos y otras obras*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.
- “La lectura desviada: una crítica al reproductivismo y al populismo”, ponencia presentada en Terceras Jornadas sobre Cultura Popular, IES Alicia Moureau de Justo, Buenos Aires, setiembre 2005.
- “La razón sentimental. Razón, sentimientos e individuo en la cultura popular. Argentina 1917-1922”. Artículo en *Razón y Revolución*, N° 22, segundo semestre de 2011.

- “Un programa para el amor. José Ingenieros y la literatura popular”. Artículo en Anuario CEICS, año 2, número 2, 2008.
- Löwy, Michel: *Redención y Utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997.
- Ludmer, Josefina: “Las tretas del débil”, en *La sartén por el mango*, Ediciones El Huracán, Puerto Rico, 1985.
- El cuerpo del delito. Un manual*, Perfil Libros, Buenos Aires, 1999.
- Lukács, Georg: *El asalto a la razón*, Grijalbo, México, 1983.
- Mangone, Carlos: “La República Radical: entre Crítica y El Mundo”, en AAVV: *Yrigoyen, entre Borges y Arlt, (1916-1930)*, Contrapunto, Buenos Aires, 1989.
- Marotta, Sebastián: *El movimiento sindical argentino*, Líbera, Buenos Aires, 1975.
- Marx, Carlos y Federico Engels: *La Sagrada Familia y Otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, México, 1986.
- Marx, Karl: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1971.
- La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1985.
- La Sagrada Familia*, Grijalbo, México, 1986.
- McGee Deutsch, Sandra: *Contrarrevolución en la Argentina (1900-1932) La Liga Patriótica Argentina*, UnQui, Buenos Aires, 2003.
- Millett, Kate: *Política sexual*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Minguzzi, Armando: “‘La cuestión social’ en *La Novela Semanal*”, en *La Novela Semanal (1917-1926)*, Tomo II, UnQui y *Página/12*, Buenos Aires, 1999.
- Mizraje, María Gabriela: “Perdularios, perdidos y emprendedores (Los irrecuperables de Soiza Reilly)”, introducción a Soiza Reilly, Juan José: *La ciudad de los locos*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2007.
- Mogin-Martin, Roselyne: *La Novela Corta*, CSIC, Madrid, 2000.
- Moi, Toril: *Teoría literaria feminista*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Moraga, Fabio: “Nietzsche y los intelectuales de la izquierda latinoamericana, 1900-1936”, en <http://biblioteca.itam.mx/estudios/60-89/64-65/FabioMoragaNietzscheylosintelectuales.pdf>
- Nagy, Denise: “Novelas semanales (1917-1922) ¿Un proyecto de intervención cultural?”, ponencia presentada en V Jornadas de Investigación Histórico-Social de *Razón y Revolución*, Buenos Aires, 16 al 18 de diciembre de 2005.
- Ollier, María Matilde y Leandro de Sagastizábal: *Tu nombre en mi boca. Historias argentinas de la pasión y del amor*, Planeta, Buenos Aires, 1995.
- Orgambide, Pedro: “Prólogo”, en *La novela semanal (1917-1926)*, Tomo III, UnQui y *Página/12*, Buenos Aires, 1999.
- Ortega y Gasset, José: *Estudios sobre el amor*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1971.

- Oved, Isaacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en argentina*, Siglo XXI, México, 1978.
- Páez Canosa, Rodrigo: “El culto a la risa. El joven Ingenieros y Nietzsche”, en *Instantes y azares*, Año I, nº 1, primavera de 2001.
- Panettieri, José: *Los trabajadores*, CEAL, Buenos Aires, 1982.
- Parret, Herman: *Las pasiones. Ensayo sobre la puesta en discurso de la subjetividad*, Edicial, Buenos Aires, 1995.
- Pascucci, Silvina: *Costureras, monjas y anarquistas*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007.
- Pastoral colectiva sobre la Gran colecta nacional pro paz social*, consultada en http://www.episcopado.org/portal/2000-2009/cat_view/150-magisterio-argentina/24-1889-1928.html?start=10
- Pérez Leirós, Francisco: *Grandezas y miserias de la lucha obrera*, Líbera, Buenos Aires, 1974.
- Pierini, Margarita et.al. (coord.): *La Novela Semanal (Buenos Aires 1917-1927). Un proyecto editorial para la ciudad moderna*, CSIC, Madrid, 2004.
- Pierini, Margarita: “Alcaloides de papel. Una encuesta argentina de 1923 sobre la ‘literatura barata’”, en *Revista de Literaturas Populares*, año II, UNAM, julio-diciembre de 2002, www.rlp.culturaspopulares.org/textos%20II-2/03-Pierini.pdf, fecha de consulta 04/07/2017.
- “Casarse pronto y bien. Una ‘Guía matrimonial’ para los lectores de novelas semanales”, en *Lean, che*, Políticas culturales y crítica de la cultura, Publicación del Grupo de Investigación y Crítica de la Cultura, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, año 4, nº 7, verano de 2005.
- “El programa de una empresa cultural: las novelas semanales a través de las propuestas de sus editores”. Actas I Congreso Internacional CELEHIS de Literatura, Mar del Plata, Centro de Literaturas Hispanoamericanas, Facultad de Humanidades, UNMdP.
- “Introducción”, en *La novela semanal (1917-1926)*, Tomo I, Unqui y *Página/12*, Buenos Aires, 1999.
- La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1926): un fenómeno editorial y sus proyecciones en la cultura de masas*. Tesis de doctorado por la UNAM, 2006, en prensa.
- “Presencias de España en *La Novela Semanal* de Buenos Aires”, Primer Congreso Internacional de Literatura y Cultura Española Contemporáneas, 2003. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=eventos&d=Jev350> Fecha de última consulta: 04/07/2017.
- “¿Una narrativa para el ‘gusto plebeyo’? Los autores de *La Novela Semanal* le contestan a *La Razón*”, http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.41/ev.41.pdf. Fecha de última consulta: 04/07/2017.
- Pittaluga, Roberto: *Soviets en Buenos Aires*, Prometeo, Buenos Aires, 2015.
- Prieto, Adolfo: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

- Queirolo, Graciela: “*Dactilógrafas y secretarias perfectas: el proceso de feminización de los empleos administrativos (Buenos Aires, 1910-1950)*”, en *Historia Crítica*, n° 57, julio–septiembre, 2015.
- “El mundo de las empleadas administrativas: perfiles laborales y carreras individuales (Buenos Aires, 1920-1940)”, en *Trabajos y Comunicaciones* (2a época), n° 34, 2008. Disponible en http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3727/pr.3727.pdf
- ““Estudie por correo una profesión lucrativa’: capacitación profesional y jerarquías de género en la enseñanza por correspondencia (Buenos Aires, 1910-1950)”, en *Revista Mundos do Trabalho*, vol. 8, n° 15, janeiro-junho 2016.
- “Mujeres en las oficinas. Las empleadas administrativas: entre la carrera matrimonial y la carrera laboral (Buenos Aires, 1920-1950)”, *Diálogos*, v. 16, n.2, p. 417-444, mai.-ago./2012. Disponible en <http://periodicos.uem.br/ojs/index.php/Dialogos/article/view/36141/0>
- “Mujeres que venden: aproximaciones al trabajo femenino asalariado en el sector comercial (Buenos Aires, 1910-1940)”, en *Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social*, 13, 14 y 15 de mayo de 2009, La Falda, Córdoba, Argentina. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9704/ev.9704.pdf
- Randall, Laura: *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*, Amorrortu, Buenos Aires, 1983.
- Rapalo, María Ester: *Patrones y obreros*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012.
- Recalde, Héctor: *Matrimonio civil y divorcio*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- Riera Díaz, Laureano: *Memorias de un luchador social*, Edición del autor, Buenos Aires, 1979.
- Rivera, Jorge B.: *El escritor y la industria cultural*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.
- Rock, David: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 1984.
- Rodríguez Molas, Ricardo: *Divorcio y familia tradicional*, CEAL, Buenos Aires, 1985.
- Romano, Eduardo: *Revolución en la lectura. El discurso periodístico literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, El Calafate Editores, Buenos Aires, 2004.
- Romero, Luis Alberto y Leandro H. Gutiérrez: *Sectores populares, cultura y política*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Romero, Luis Alberto: *Breve historia contemporánea de Argentina*, FCE, Buenos Aires, 1994.
- Rosales, Juan: *Badaraco, el héroe prohibido*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 2001.
- Rubin, Gayle: “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo” en *Nueva Antropología*, vol. VIII, n° 30, 1986. Puede consultarse en: <https://www.unc.edu.ar/sites/default/files/EL%20TR%20C3%81FICO%20DE%20MUJERES%20-%20Gayle%20Rubin%2C%201975.pdf>
- Rougemont, Denis de: *El amor y Occidente*, Kairós, Barcelona, 2002.
- Ruiz Serrano, Esteban: “Nietzsche y el pensamiento político español”, *Res publica*, n° 7, 2001.

Sábato, Hilda: “Ciudadanía, participación política y la formación de la esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880”, en *Entrepasados*, nro. 6, Buenos Aires, 1994.

Saintout, Florencia y Natalia Ferrante (comp.): *¿Y la recepción? Balance crítico de los estudios sobre el público*, La cruzía ediciones, Buenos Aires, 2006.

Santonja, Gonzalo: *La novela revolucionaria de quiosco, 1905-1939*, El Museo Universal, Madrid, 1993.

Sarlo, Beatriz: *El imperio de los sentimientos*, Catálogos, Buenos Aires, 1985.

- La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992.
- Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996.
- Signos de pasión*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2012.

Sartelli, Eduardo: “Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera bajo Yrigoyen”, en *Razón y Revolución* n° 2, primavera de 1996.

- “De estrella a estrella, de sol a sol. Huelgas de braceros en Buenos Aires, 1918-22”, en Waldo Ansaldi (comp.): *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, CEAL, Buenos Aires, 1989.
- La cajita infeliz. Un viaje marxista a través del capitalismo*, Akal, Barcelona, 2014.
- La plaza es nuestra*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007.
- La sal de la tierra. Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano 1870-1950*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2022.

“Sobre la necesidad del parricidio. A propósito de Julio Argentino Roca y la construcción de la Nación Argentina”, en Bayer, Osvaldo: *Historia de la crueldad argentina*, Ediciones del CCC, Buenos Aires, 2006.

Sazbón, José: *Nietzsche en Francia*, UnQui, Quilmes, 2009.

Scott, Joan: “El género, una categoría útil para el análisis histórico”, ed. digital en https://www.fundacionhenrydunant.org/images/stories/biblioteca/derechos_economicos_sociales_culturales_genero/EI%20Genero%20Una%20Categoria%20Util%20para%20el%20Analisis%20Historico.pdf

Seibel, Beatriz: *Historia del teatro argentino*, Corregidor, Buenos Aires, 2002.

Sobejano, Gonzalo: *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, 2009.

Soler, Ricaurte: *El positivismo argentino*, Paidós, Buenos Aires, 1968.

Stendhal: *Del amor*, Biblioteca EDAF, Madrid, 1998.

Sue, Eugenio: *Los misterios de París*, Maucci Hnos., Buenos Aires, 1950.

Suriano, Juan: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

Tarcus, Horacio: *Marx en la Argentina, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2007.

Terán, Oscar: *José Ingenieros: pensar la nación*, Alianza, Buenos Aires, 1986.

- Terán, Oscar: *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, Montevideo, 1987.
- Trotsky, León: *Literatura y Revolución*, Cruz, Buenos Aires, 1989.
- Vallejo-Nágera, Alejandra: *El amor no es ciego*, Planeta, Buenos Aires, 1999.
- Vassallo, Jaqueline y Leandro Calle: *Alfonsina Storni: literatura y feminismo en la Argentina de los años '20*, Eduvim, Villa María, 2014.
- Verzero, Lorena y Carlos Fos: *En las tablas libertarias*, Atuel, Buenos Aires, 2011.
- Veyne, Paul; "Familia y amor durante el Alto Imperio Romano", en AA.VV., *Amor, familia, sexualidad*, Barcelona, Argot, 1984.
- Viñas, David: *Literatura y política*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Voloshinov, Valentin N.: *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1992.
- Wallon, Henri: *Estudios sobre psicología genética de la personalidad*, Lautaro, Buenos Aires, 1965.
- Williams, Raymond: *Marxismo y literatura*, Península, Badalona, 1980.
- Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.
- Zaretski, Eli: *Familia y vida personal en la sociedad capitalista*, Anagrama, Barcelona, 1978.
- Zimmermann, Eduardo: *Los liberales reformistas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Zubieta, Ana María (dir.): *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Humor, nación y diferencias. Arturo Cancela y Leopoldo Marechal*, Beatriz Viterbo, Buenos Aires, 1995.

Diccionarios y similares

- Abad de Santillán, Diego: *Gran enciclopedia argentina*, Ediar, Buenos Aires, 1956-1963.
- Castro, Silvana: *Breve diccionario biográfico de autores argentinos desde 1940*, Ediciones Atril, Buenos Aires, 1999.
- Cútodo, Vicente: *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Editorial Elche, Buenos Aires, 1968.
- Cútodo, Vicente: *Novísimo diccionario biográfico argentino (1930-1980)*, Editorial Elche, Buenos Aires, 2004.
- Lafleur, Héctor, Sergio Provenzano y Fernando Alonso: *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*, El 8vo. Loco Ediciones, Buenos Aires, 2006.
- Sosa de Newton, Lily: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.
- Tarcus, Horacio: *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Emecé, 2007.
- Zayas de Lima, Perla: *Diccionario de directores y escenógrafos del teatro argentino*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1990.

Memorias y ensayos

Chiarante, Pedro: *Ejemplo de dirigente obrero clasista*, Fundamentos, Buenos Aires, 1976.

De Salvo, Luis: *Ejemplar dirigente obrero*, Anteo, Buenos Aires, 1984.

Echagüe, Juan Pablo: *Vida Literaria*, Sopena, Buenos Aires, 1941.

Fernández Moreno, Baldomero: *Vida. Memorias de Fernández Moreno*, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1957.

Flores, Gregorio: *Lecciones de batalla*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006.

Gálvez, Manuel: *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Taurus, Buenos Aires, 2002.

-*Recuerdos de la vida literaria (II). Entre la novela y la historia. En el mundo de los seres reales*, Taurus, Buenos Aires, 2003.

García Velloso, Enrique: *Memorias de un hombre de teatro*, Galerna, Buenos Aires, 1994.

-*Historia de la Literatura Argentina*, Angel Estrada Editores, Buenos Aires, s/f.

González Arrili, Bernardo: *Tiempo pasado. Semblanzas de escritores argentinos*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1974.

Lozza, Arturo Marcos: *Tiempo de huelgas*, Anteo, Buenos Aires, 1985.

Martínez Cuitiño, Vicente: *El café de los Inmortales*, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1954

Mertens, Federico: *Confidencias de un hombre de teatro*, Editorial NOS, Buenos Aires, 1948.

Nalé Roxlo, Conrado: *Borrador de memorias*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1978

Peter, José: *Crónicas proletarias*, Esfera, Buenos Aires, 1968.

Podestá, José: *Medio siglo de farándula*, Galerna, Buenos Aires, 2003.

Reyes, Cipriano; *Yo hice el 17 de octubre*, CEAL, Buenos Aires, 1984.

Rodríguez Acasuso, Luis: *Del teatro al libro*, Cooperativa Editorial Limitada, Buenos Aires, 1920.

Romariz, José: *La Semana Trágica*, Hemisferio, Buenos Aires, 1952.

Rouco Buela, Juana: *Historia de un ideal vivido por una mujer*, Kaufman, Buenos Aires, 1964.

Saldías, José Antonio: *La inolvidable bohemia porteña*, Editorial Freeland, Buenos Aires, 1968.

Soiza Reilly, Juan José de: *Mujeres de América*, Buenos Aires, s/f .

Soria, Milagros: *Historia de mi vida*, Edición del autor, Buenos Aires, 1945.

Tiempo, César: *Protagonistas*, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1954.

Varone, Domingo: *La memoria obrera*, Cartago, Buenos Aires, 1989.

Vuotto, Pascual: *Vida de un proletario*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1975.

Revistas y periódicos

Caras y Caretas, edición digital, 1890-1892; 1898-1924.

El Suplemento, revista de *La Novela Semanal*.

La Organización Obrera, periódico del sindicalismo revolucionario, 1917-1921.

La Protesta, periódico anarquista, varios números.

La Vanguardia, periódico socialista, varios números.

La Voz de la Mujer, periódico comunista anárquico, 1896-1897.

Nuestra Tribuna, quincenario femenino de ideas, arte, crítica y literatura, 1922-1925.

Suplemento Literario de La Protesta, varios números.

Fuentes fuera del corpus

La Novela del día

Nº 1, “Bombarda”, Hugo Wast, 16-11-1918.

Nº 10, “La niña de los ojos negros”, Mamá Justa, s/f.

Nº 28, “El maximalismo en marcha...”, Luis Barrantes Molina, 3-06-1919.

Nº 113, “Maximalismo”, José María Samperio, 21-02-19.

Nº 84, “La leyenda del gaucho”, Manuel Ugarte, 13-08-1920.

Nº 91, “Ciudad turbulenta, ciudad alegre...”, Hugo Wast, 09-09-1920.

Nº 97, “La dulce venganza”, López de Molina, 01-10-1920.

Nº 99, “La sombra de la madre”, Manuel Ugarte, 15-10-1920.

Nº 139, “Confidencias a una sombra”, Rosalba Aliaga Sarmiento, 27-05-1921.

Nº 160, “De aventura en aventura”, E. M. S. Danero, 16-09-1921.

Nº 203, “El suplicio de un Padre”, Enrique Conscience, 10-03-1922.

Nº 212, “La pequeña Anielka”, Alfredo Bufano, 31-03-1922.

Nº 225, “El Malón”, Manuel Ugarte, 05-05-1923.

Los intelectuales

Nº 5, “Prostitución y miseria”, Octavio Mirbeau, 12-06-1922.

Nº 14, “Cuentos breves”, Rafael Barret, 14-08-1922.

Nº 72, “Al despertar de nuestra mente”, Enrique Ibsen, 30-07-1923.

Otras fuentes fuera del corpus

Lesuer, Daniel: *La partidaria de Nietzsche*, Biblioteca de ‘La Nación’, Buenos Aires, 1909.

CORPUS DOCUMENTAL

Nº 1, “Una hora millonario”, Enrique García Velloso, 19-11-1917

Nº 2, “La huelga”, Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), 26-11-17

Nº 3, “Artemis”, Enrique Larreta, 3-12-1917

- Nº 4, “Una madre, en Francia”, Belisario Roldán, 10-12-1917
- Nº 5, “Luna de miel”, Manuel Gálvez, 17-12-1917
- Nº 6, “La psiquina”, Ricardo Rojas, 24-12-1917
- Nº 7, “Werther y Don Juan”, José Ingenieros
- Nº 8, “El cofre de ébano”, Alejandro Sux, 7-1-1918
- Nº 9, “Un peón”, Horacio Quiroga, 14-1-1918
- Nº 10, “El instinto”, Pedro Sondereguer, 21-1-1918
- Nº 11, “La evasión”, Benito Lynch, 28-1-1918
- Nº 12, “La ciudad del amor y de la muerte”, Julián de Charras, 4-2-1918
- Nº 13, “El babú de Naranyana”, Carlos Muzzio Sáenz Peña, 11-2-1918
- Nº 14, “Expiación”, J. L. Fernández de la Puente, 18-2-1918
- Nº 15, “Un casamiento en el gran mundo”, Elsa Norton, 25-2-1918
- Nº 16, “Plutón”, Julio Navarro Monzó, 4-3-1918
- Nº 17, “Bobó”, Miguel R. Roquendo, 11-3-1918
- Nº 18, “La esfinge”, Julio del Romero Leyva, 18-3-1918
- Nº 19, “En la senda”, Antonio Juliá Tolrá, (Oscar Tarloy), 25-3-1918
- Nº 20, “La voluptuosidad del poder”, Pedro Sondereguer, 1-4-1918
- Nº 21, “El tul violeta”, Sra. d.R. de Orlandiz (Olga Wirtz), 8-4-1918
- Nº 22, “La degollación de los inocentes”, Atilio Chiappori, 15-4-1918
- Nº 23, “El apóstol del Ayuí”, Juan José de Soiza Reilly, 22-4-1918
- Nº 24, “Holocausto”, César Carrizo, 29-4-1918
- Nº 25, “El pozo de las murenas”, Pedro Angelici, 6-5-1918
- Nº 26, “La diva”, El marqués de Atela, 13-5-1918
- Nº 27, “Hipódromo”, Mario Bravo, 20-5-1918
- Nº 28, “La revelación”, José León Pagano, 27-5-1918
- Nº 29, “El caballo de Carcela”, José de Maturana, 3-6-1918
- Nº 30, “Dorios”, Cyro de Azevedo, 10-6-1918
- Nº 31, “La expulsión de los doctores”, Enrique Richard Lavalle, novela colonial del año 1613, 17-6-1918
- Nº 32, “Del Parnaso al chiquero”, Eustaquio Pellicer, 24-6-1918
- Nº 33, “Cristina”, Alfredo Duhau, número extraordinario, 1º de julio de 1918
- Nº 34, “El ataja-camino”, Juan Carlos Dávalos, 8-7-1918
- Nº 35, “La conversión”, Claudio de Souza, 15-7-1918
- Nº 36, “El último brindis”, César Carrizo, 22-7-18
- Nº 37, “El hombre de la barba en punta”, Miguel Roquendo, 29-7-1918
- Nº 38, “La casa de los cuervos”, Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), 5-8-1918

- Nº 39, "El alma de Buenos Aires", Enrique Gómez Carrillo, 12-8-1918
- Nº 40, "Una 'girl'", Agustín Remón, 19-8-1918
- Nº 41, "Córdoba triste", Luis Rodríguez Embil, 26-8-1918
- Nº 42, "Trinidad Guevara", Enrique García Velloso, 2-9-1918
- Nº 43, "El hambre", Pedro Sondereguer, 9-11-1918
- Nº 44, "El ucumar", Ricardo Rojas, 16-9-1918
- Nº 45, "Poligamia sentimental". E. Carrasquilla Mallarino, 23-9-1918
- Nº 46, "Chez Mme. Lucie (Robes y Manteaux)", Julio del Romero Leyva, 30-9-1918
- Nº 47, "La historia de la muchacha", Agustín Remón, 7-10-1918
- Nº 48, "Caballero andante", Hugo del Monte, 14-10-1918
- Nº 49, "El chino del Dock Sur", Héctor Pedro Blomberg, 21-10-1918
- Nº 50, "El cocobacilo de Herrlin", Arturo Cancela, 28-10-1918
- Nº 51, "El héroe", Eligio González Cadavid, 4-11-1918
- Nº 52, "Una historia absurda", Pilar de Luzarreta, 11-11-1918
- Nº 53 (1ª parte), "Confesiones de una mujer", César Carrizo, 18-11-1918
- Nº 53 (2ª parte), "Confesiones de una mujer", César Carrizo, 19-11-1918
- Nº 53 (3ª parte), "Confesiones de una mujer", César Carrizo, 20-11-1918
- Nº 54, "Le jour de gloire est arrivé", Julián de Charras, 25-11-1918
- Nº 55, "Los ojos negros", José López Silva, 2-12-1918
- Nº 56, "La pasarela", Otto Miguel Cione, 9-12-1918
- Nº 57, "La psicología de los celos", José Ingenieros, 16-12-1918
- Nº 58, "Homúnculus", Pedro Angelici, 23-12-1918
- Nº 59, "El marqués de Santalicia", Sara H. Montes, 30-12-1918
- Nº 60, "El misterio de la calle Maipú", Alfredo Palacios M. (Mono sabio), 6-1-1919
- Nº 61 (1ª parte), "Stella", César Duayen, 15-1-1919
- Nº 61 (2ª Parte), "Stella", César Duayén, 16-1-1919
- Nº 62, "La Suerte", Pedro Sondereguer, 20-1-1919
- Nº 63, "El capitán Morillo", Julio Llanos, 27-1-1919
- Nº 64, "La serena prosa, Arturo Giménez Pastor, 3-2-1919
- Nº 65, "Una semana de holgorio", Arturo Cancela, 10-2-1919
- Nº 66, "El comprador de cadáveres, E. Carrasquilla Mallarino, 17-2-1919
- Nº 67, "Fray Maticandelas", Enrique Richard Lavalle, 24-2-1919
- Nº 68, "Relmu", Estanislao S. Zeballos, 3-3-1919
- Nº 69, "La vendedora de Harrods", Josué Quesada, 10-3-1919
- Nº 70, "La virtud salvaje", José López Silva, 17-3-1919
- Nº 71, "Las cigarras del hambre", Héctor Pedro Blomberg, 24-3-1919

- Nº 72, “El bastonazo” (primera parte) Belisario Roldán, 31-3-1919
- Nº 72, “El bastonazo” (segunda parte) Belisario Roldán 1-4-1919
- Nº 73, “La viuda rica, con un ojo llora y con otro repica”, Alfredo Duhau, 7-4-1919
- Nº 74, “El sapo de oro”, Rubén Darío, 14-4-1919
- Nº 75, “El silencio”, César Carrizo, 21-4-1919
- Nº 76, “Silvia”, Pedro S. Lamas, 28-4-1919
- Nº 77, “Lala Verdier”, Pablo Della Costa (hijo), 5-5-1919.
- Nº 78, “El camino del ensueño”, Julián de Charras, 12-5-1919
- Nº 79, “Cuando el amor triunfa”, Josué Quesada, 19-5-1919
- Nº 80, “La rendición”, Arturo Giménez Pastor, 26-5-1919
- Nº 81, “La señorita Marcela”, Gustavo Caraballo, 2-6-1919
- Nº 82, “Carne Triunfal”, Amado Villar, 9-6-1919
- Nº 83, “El secreto que no dicen las mujeres”, Juan José de Soiza Reilly, 16-6-1919
- Nº 84, “Un espejismo”, Ricardo Castellanos, 23-6-1919
- Nº 85, “El crimen de la mosca azul”, E.Richard Lavalle, 30-6-1919
- Nº 86, “Cómo nace el amor”, José Ingenieros, 7-7-1919
- Nº 87, “La vida falsa”, Claudio Arenas, 14-7-1919
- Nº 88, “El miedo”, Pedro Sondereguer, 22-7-1919
- Nº 89, “El hijo de la apuesta”, Otto Miguel Cione, 28-7-1919
- Nº 90, “¡Al fin juntos!” , José López Silva, 4-8-1919
- Nº 91, “Aquel lunar”, Pablo Della Costa, 11-8-1919
- Nº 92, “Una mujer sin corazón”, Josué Quesada, 18-8-1919
- Nº 93, “Una mancha de sangre”, Joaquín Belda, 25-8-1919
- Nº 94, “Segundas nupcias”, Coelho Netto, 1-9-1919
- Nº 95, “Babel”, Arturo Cancela, 8-9-1919
- Nº 96, “Los dos amores”, Sara H. Montes, 15-9-1919
- Nº 97, “Lilian”, Alberto del Solar, 22-9-1919
- Nº 98, “Irremediablemente”, Alfredo French, 29-9-1919
- Nº 99, “Destinos truncados”, Alfredo Palacios Mendoza, 6-10-1919
- Nº 100, “Una mujer imposible”, Pedro Sondereguer, 13-10-1919
- Nº 101, “Sol de amor”, Armando Mook, 20-10-1919
- Nº102, “El último encuentro”, Julio Llanos, 27-10-1919
- Nº 103, “Más fuerte que el destino”, Julián de Charras, 3-11-1919
- Nº 104, “Allá, en el río...”, Emilio Gouchón Cané, 10-11-1919
- Nº 105, “Una pecadora”, Tristán Aguirre, 17-11-1919
- Nº 106, “Memorias de un loco”, Roberto G. Paterson (Pater), 24-11-1919

- Nº 107, “La escuela de los pillos”, Juan José de Soiza Reilly, 1-12-1919
- Nº 108, “El deber de matar”, Marcelo Peyret, 8-12-1919
- Nº 109, “El precio del triunfo”, Pilar de Lusarreta, 15-12-1919
- Nº 110, “La costurerita que dió aquel mal paso...”, Josué Quesada, 22-12-1919
- Nº 111, “Conciencia de médico”, Joaquín Belda, 29-12-1919
- Nº 112, “La Venus del arrabal”, Belisario Roldán, 5-1-1920
- Nº 113, “Llamarada”, Emilio Gouchón Cané, 12-1-1920
- Nº 114, “Aquellos ojos que fueron!...”, Armando Moock, 19-1-1920
- Nº 115, “Amar al vuelo”, Sara H. Montes, 26-1-1920
- Nº 116, “Ventura soñada”, José López Silva, 2-2-1920
- Nº 117, “El sudario de oro”, Atilio Chiappori, 9-2-1920
- Nº 118, “Frente a la vida”, Segundo Moreno, 16-2-1920
- Nº 119, “El derecho a la sangre”, Arturo Giménez Pastor, 23-2-1920
- Nº 120, “La audaz”, Ramón Estany, 1-3-1920
- Nº 121, “La única prueba”, Otto Miguel Cione, 8-3-1920
- Nº 122, “Marejadas porteñas”, Augusto Vaccari, 15-3-1920
- Nº 123, “Detrás del Yashmak”, Mariano C. (G.) Bosch, 22-3-1920
- Nº 124, “La casquivana”, López de Molina, 29-3-1920
- Nº 125, “Como el pavo real...”, Rubén Darío (hijo), 5-4-1920
- Nº 126, “La ofrenda de las rosas”, Juan P. Ramos, 12-4-1920
- Nº 127, “Al atardecer”, Alfredo Palacios Mendoza, 19-4-1920
- Nº 128, “Amor y bolshevikismo”, J. Canseway Britos, 26-4-1920
- Nº 129, “El hombre feliz”, José Antonio Saldías, 3-5-1920
- Nº 130, “La estatua”, Mariano Maciá, 10-5-1920
- Nº 131, “El delito de besar”, José Ingenieros, 17-5-1920
- Nº 132, “Un gobernador...”, Mariano de Vedia, 24-5-1920
- Nº 133, “Horas amargas”, Juan Antonio Argerich, 31-5-1920
- Nº 134, “Audacia de indio”, Emilio Berisso, 7-6-1920
- Nº 135, “La desaparecida”, Antonio Lamarque, 14-6-1920
- Nº 136, “Los dos aventureros”, Juan José de Soiza Reilly, 21-6-1920
- Nº 137, “Redención”, Juan Orozco, 28-6-1920
- Nº 138, “Flor del aire”, Enrique Richard Lavalle, 5-7-1920
- Nº139, “Mis dos ‘yo’”, C. Toranzo Calderón, 12-7-1920
- Nº140, “El aroma del perdón”, Alfredo Palacios Mendoza, 19-7-1920
- Nº 141, “La marcha nupcial”, César García de Zúñiga, 26-7-1920
- Nº142, “Con toda el alma”, Josué Quesada, 2-8-1920

- Nº 143, “Hijas de Eva”, Mariano Maciá, 9-8-1920
- Nº 144, “La burladora”, Carlos Molina Massey, 16-8-1920
- Nº 145, “Matar por amor”, Otto Miguel Cione, 23-8-1920
- Nº 146, “Nanette”, Marcelo de la Vega, 30-8-1920
- Nº 147, “Historia de un corazón”, Raúl Casariego, 6-9-1920
- Nº 148, “Orgullo funesto”, Antonio Lamarque, 13-9-1920
- Nº 149, “Agua que no has de beber...”, Marcelo Peyret, 20-9-1920
- Nº 150, “Ganarás el pan”, Ramón Estany, 27-9-1920
- Nº 151, “Mi crimen”, Rolando Durandal, 4-10-1920
- Nº 152, “El amor que llega”, César Carrizo, 11-10-1920
- Nº 153, “La ciencia del dolor”, M. R. Blanco Belmonte, 18-10-1920
- Nº 154, “El cáliz de la vida”, Pilar de Lusarreta, 25-10-1920
- Nº 155, “La última conquista”, Héctor Olivera Lavié, 1-11-1920
- Nº 156, “Los errantes”, Héctor Pedro Blomberg, 8-11-1920
- Nº 157, “El bien de olvidar”, Juan Bautista López, 15-11-1920
- Nº 158, “La chica de Florida”, Josué Quesada, 22-11-1920
- Nº 159, “Fuera de la ley”, Enrique Richard Lavalle, 29-11-1920
- Nº 160, “Estamos a mano!...”, Augusto Vaccari, 6-12-1920
- Nº 161, “El honor de los Vallejo”, Carlos Muzzio Sáenz Peña, 13-12-1920
- Nº 162, “Un hombre desnudo”, Juan José de Soiza Reilly, 20-12-1920
- Nº 163, “Mariposa de luz”, Adolfo López Andrade, 27-12-1920
- Nº 164, “Manantial de los amores”, Sara H. Montes, 3-1-1921
- Nº 165, “El primer ‘ator’”, José Antonio Saldías, 10-1-1921
- Nº 166, “Alma bohemia”, Ramón Estany, 17-1-1921
- Nº 167, “Justicia ciega”, Néstor I. Peralta, 24-1-1921
- Nº 168, “Sin perdón”, Héctor Olivera Lavié, 31-1-1921
- Nº 169, “Como las golondrinas”, Juan S. Mollard, 7-2-1921
- Nº 170, “La hija del taller”, Julio Fingerit, 14-2-1921
- Nº 171, “Milonguita”, Josué Quesada, 21-2-1921
- Nº 172, “Mosquita muerta”, Gustavo Barroso, 28-2-1921
- Nº 173, “Los pescadores de dotes”, Carlos Muzzio Sáenz Peña, 7-3-1921
- Nº 174, “Con todo el corazón”, Manuel L. Nogueira, 14-3-1921
- Nº 175, “En la paz del convento”, A. Palacios Mendoza, 21-3-1921
- Nº 176, “La herencia venenosa”, Juan José de Soiza Reilly, 28-3-1921
- Nº 177, “El último naufrago”, José de López Silva, 4-4-1921
- Nº 178, “El escándalo de la Av. Alvear”, Elsa Norton, 11-4-1921

- Nº 179, “Una voluntad extraña”, Pedro Sondereguer, 18-4-1921
- Nº 180, “¡Porca América!”, José Antonio Saldías, 25-4-1921
- Nº 181, “El relicario”, Sara H. Montes, 2-5-1921
- Nº 182, “Un lunar en la mejilla”, Marcelo Peyret, 9-5-1921
- Nº 183, “Alma negra”, Monteiro Lobato, 16-5-1921
- Nº 184, “El idilio de Simón”, Héctor Pedro Blomberg, 23-5-1921
- Nº 185, “La hija del molinero”, Enrique Richard Lavalle, 30-5-1921
- Nº 186, “El misterio del dominó”, Aristides Rabello, 6-6-1921
- Nº 187, “El placer de los dioses”, Héctor Olivera Lavié, 13-6-1921
- Nº 188, “El hombre misterioso”, Juan José de Soiza Reilly, 20-6-1921
- Nº 189, “El apóstol”, José María Casais, 27-6-1921
- Nº 190, “El robo del collar de perlas”, Rolando Durandal, 4-7-1921
- Nº 191, “La princesa rusa”, Augusto Vaccari, 11-7-1921
- Nº 192, “Aves de presa”, Ciro Torres López, 18-7-1921
- Nº 193, “La francesita”, Marcelo Peyret, 25-7-1921
- Nº 194, “Una cruz y unas flores”, Martín del Campo, 1-8-1921
- Nº 195, “Cuando ella volvió”, Josué Quesada, 8-8-1921
- Nº 196, “Los brutos”, Ramón Estany, 15-8-1921
- Nº 197, “La hora del perdón”, Belisario Roldán, 22-8-1921
- Nº 198, “Dora”, Juan Orozco, 29-8-1921
- Nº 199, “Más allá del odio”, César Carrizo, 5-9-1921
- Nº 200, “Unidos por la muerte”, Andrés Sorel, 12-9-1921
- Nº 201, “El secreto”, Sara H. Montes, 19-9-1921
- Nº 202, “La señorita de compañía”, Héctor Molina Massey, 26-9-1921
- Nº 203, “Una vida humilde”, Héctor Olivera Lavié, 3-10-1921
- Nº 204, “La bestia”, C. Toranzo Calderón, 10-10-1921
- Nº 205, “Pájaros perdidos”, Héctor Pedro Blomberg, 17-10-1921
- Nº 206, “Un amor bajo la tiranía”, Raúl Bordenave, 24-10-1921
- Nº 207, “A cadena perpetua”, Enrique Richard Lavalle, 31-10-1921
- Nº 208, “Muñeca”, José Antonio Saldías, 7-11-1921
- Nº 209, “La divorciada”, F. García Beltrán, 14-11-1921
- Nº 210, “La guacha”, Carlos Muzzio Sáenz Peña, 21-11-1921
- Nº 211, “Fuego fatuo”, Adolfo López Andrade, 28-11-1921
- Nº 212, “Las mujeres que se venden”, Juan José de Soiza Reilly, 5-12-1921
- Nº 213, “La tragedia del cónsul argentino”, Héctor Pedro Blomberg, 12-12-1921
- Nº 214, “Judith”, Marcelo Peyret, 19-12-1921

Nº 215, “El camino de las ánimas”, Armando Palacios Mendoza, 26-12-1921

Nº 216, “La esclava moderna”, Sara H. Montes, 2-1-1922

Nº 217, “La novia imposible”, Augusto Vaccari, 9-1-1922

Nº 218, “El derecho a la dicha”, Josué Quesada, 16-1-1922

Nº 219, “La historia de una abuela”, Juan P. Ramos, 23-1-1922

Nº 220, “Marión, la cortesana”, Julián de Charras, 30-1-1922

Nº 221, “El zorro gris”, Héctor Olivera Lavié, 6-2-1922

Nº 222, “La casa de la soltera”, Elsa Norton, 13-2-1922

Nº 223, “El carnaval de Lili”, E. Carrasquilla Mallarino, 20-2-1922

Nº 224, “La sed de amar”, Silvio B. Pereyra, 27-2-1922

Nº 225, “Besos brujos”, Enrique García Velloso, 6-3-1922

Nº 226, “Si fueras como Octavio”, José Antonio Saldías, 13-3-1922

Nº 227, “El desnudo de Florida”, Armando Palacios Mendoza, 20-3-1922

Nº 228, “El crimen de Carlos Souza”, Calixto F. Ferreyra, 27-3-1922

Nº 229, “El dolor de un niño”, Juan José de Soiza Reilly, 3-4-1922

Nº 230, “Al fragor de la revolución”, Vizconde de Lazcano Tegui, 10-4-1922

Nº 231, “Brasita”, Marcelo Peyret, 17-4-1922

Nº 232, “Ramo de pasión”, César Carrizo, 24-4-1922

Nº 233, “Culpas ajenas”, Roberto Mariani, 1-5-1922

Nº 234, “El amargo sendero”, Héctor Pedro Blomberg, 8-5-1922

Nº 235, “La revoltosa”, José López Silva, 15-5-1922

Nº 236, “El endemoniado”, Alfredo R. Bufano, 22-5-1922

Nº 237, “Tormentas de otoño”, Augusto Vaccari, 29-5-1922

Nº 238, “Una más...”, A. López Andrade, 5-6-1922

Nº 239, “El príncipe que mató al dragón”, Alfredo Duhau, 12-6-1922

Nº 240, “Soñar...”, Héctor Olivera Lavié, 19-6-1922

Nº 241, “La rubia de los ojos verdes”, Josué Quesada, 26-6-1922

Nº 242, “Los dioses del amor”, Julio Fingerit, 3-7-1922

Nº 243, “El amor, la mujer y otros venenos”, Juan José de Soiza Reilly, 10-7-1922

Nº 244, “Rastro de sangre”, Mario Sette, 17-7-1922

Nº 245, “La salvaje”, Julián de Charras, 24-7-1922

Nº 246, “La mano colorada”, Bernardo González Arrili, 31-7-1922

Nº 247, “Los hombres tienen sed”, César Carrizo, 7-8-1922

Nº 248, “Destino trágico”, José Blaya Lozano, 14-8-1922

Nº 249, “El amigo de mi marido”, Elsa Norton, 21-8-1922

Nº 250, “Sacrificio de amor”, Andrés Sorel, 29-8-1922

- Nº 251, “El secreto”, Alfredo R. Bufano, 4-9-1922
- Nº 252, “Una mujer de honor”, Luis Enrique Osorio, 11-9-1922
- Nº 253, “El hombre que volvió a la vida”, José León Pagano, 18-9-1922
- Nº 254, “Tribulaciones de un marido tímido”, Carlos Muzio Sáenz Peña, 25-9-1922
- Nº 255, “Cómo se salva una vida”, Adriano Díaz Olazábal, 2-10-1922
- Nº 256, “El culto del odio”, Augusto Vaccari, 9-10-1922
- Nº 257, “La muerte de Olmedo”, A. López Andrade, 16-10-1922
- Nº 258, “El dolor de Benavente”, Manuel María Oliver, 23-10-1922
- Nº 259, “La coqueta”, Manuel L. Nogueira, 30-10-1922
- Nº 260, “Para ellas, solamente...”, César Carrizo, 6-11-1922
- Nº 261, “La mancha de sangre”, Enrique Orlandini, 13-11-1922
- Nº 262, “La canción del oro”, Juan José de Soiza Reilly, 20-11-1922
- Nº 263, “Horas de amargura”, Emilio Gouchón Cané, 27-11-1922
- Nº 264, “Yo también quise a una”, Marcelo Peyret, 4-12-1922
- Nº 265, “La mulata”, Héctor Pedro Blomberg, 11-12-1922
- Nº 266, “La fuerza invencible”, Elisa Moyobén, 18-12-1922
- Nº 267, “El hombre de la capa roja”, Julián de Charras, 25-12-1922